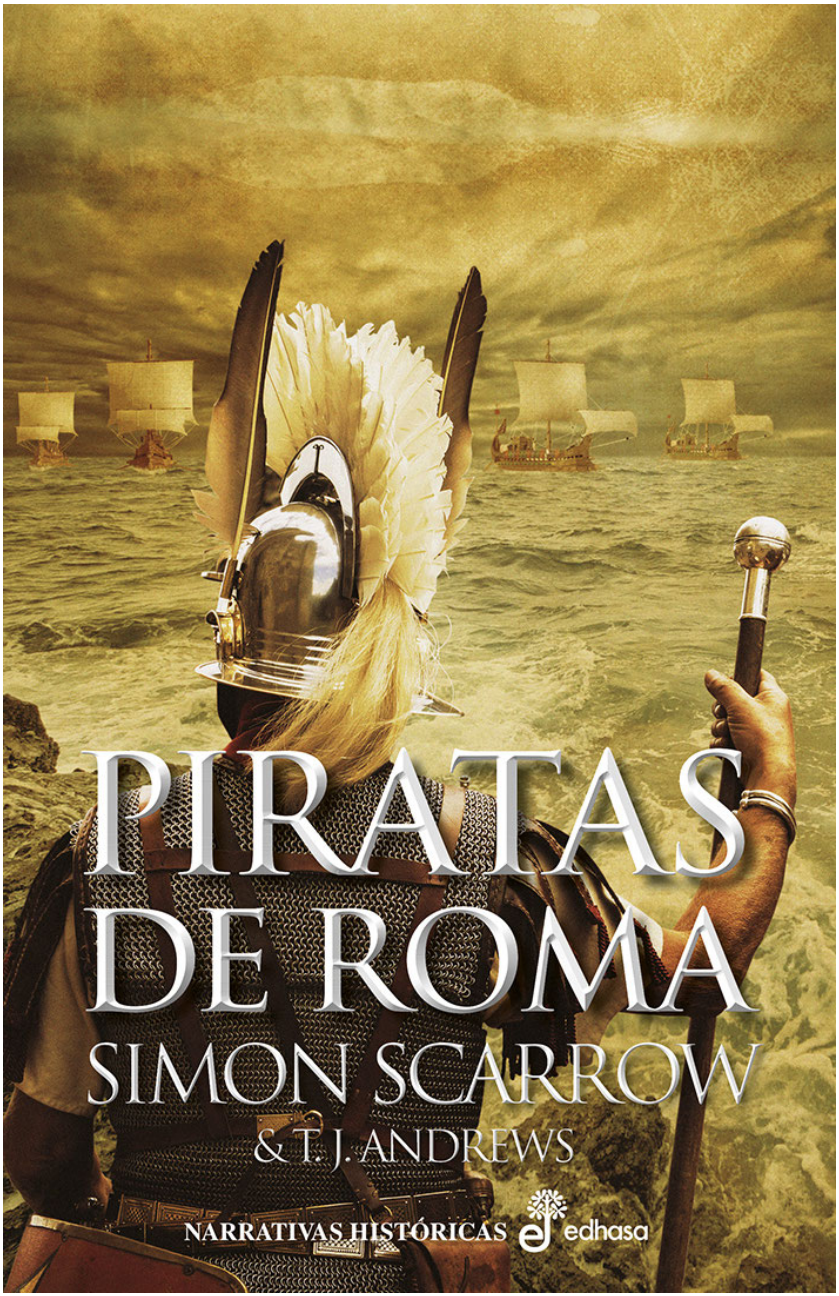
PIRATAS
DE ROMA
SIMON SCARROW
& T. J. ANDREWS
NARRATIVAS HISTÓRICAS
edhasa

PIRATAS DE ROMA

SIMON SCARROW Y T. J. ANDREWS

En nuestra página web: https://www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: Pirata

Diseño de la sobrecubierta: Salva Ardid

Primera edición impresa: julio de 2020

Primera edición en e-book: septiembre de 2020

© Simon Scarrow, 2019

© de la traducción: Ana Herrera, 2020

© de la presente edición: Edhasa, 2020

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante

alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-6354-8

Producido en España

MAR MEDITERRÁNEO ORIENTAL Y MAR EUXINO 25 d. de C.

DRAMATIS PERSONAE

Telémaco: joven huérfano griego.

Nereo: el hermano mayor de Telémaco, esclavo.

Néstor: temible jefe pirata.

Agrio: capitán del buque pirata Pegaso.

Cayo Munio Canis: prefecto de la flota de Rávena.

SELENE

Clemestes: capitán del barco.

Leito: segundo de a bordo.

Geras: marinero.

Syleo: marinero.

Dimeto: timonel del barco.

TRIDENTE DE POSEIDÓN

Bulla: capitán del barco.

Héctor: segundo de a bordo.

Cástor: oficial de derrota.

Esciro: experto en torturas.

Longaro: vigía del barco, uno de los miembros más jóvenes de la tripulación.

Virbio: marinero experto.

Basso: luchador tracio.

Próculo: carpintero del barco.

Lastenes: pirata sirio.

Calkas: timonel del barco.

PIRATAS DE ROMA

CAPÍTULO UNO

El Pireo, a principios del 25 d. C.

Una fuerte ráfaga de viento y lluvia azotó al capitán griego mientras se tambaleaba por la calle mal iluminada. Era una noche de mal tiempo de principios de la primavera, y las calles del puerto estaban desiertas. Clemestes corría por ellas, echando de vez en cuando una mirada por encima de su hombro hacia las tres robustas figuras que lo seguían a corta distancia. El curtido capitán del barco mercante Selene acababa de regresar de un viaje muy afortunado a Salamis, donde desembarcó un cargamento de garum y pescado salado. Aunque el viaje sólo le había proporcionado pequeños beneficios, apenas lo suficiente para cubrir los gastos de tripulación y buque, había significado mejor negocio que para muchos de sus compañeros. Eran tiempos difíciles para los mercantes de El Pireo, tras dos años de malas cosechas y numerosos ataques piratas que afectaban a la disminución del comercio que pasaba por el puerto. Unos cuantos habían tenido que abandonar el negocio, y otros muchos se veían obligados a tomar prestadas sumas sustanciales de los comerciantes para poder cubrir sus pérdidas. Clemestes había decidido celebrar el raro pero afortunado viaje con unos tragos de mulsum en una de las tabernas locales y, cuando la oscuridad ya se iba instalando en el puerto y la luz se desvanecía, marchó de El Marinero Feliz para volver al calor de su pequeño camarote a bordo del barco. Poco después, se dio cuenta de que unos hombres lo seguían.

La lluvia seguía cayendo sin parar, golpeando las tejas de madera de los edificios que lo rodeaban, mientras Clemestes caminaba por las calles oscuras del distrito de los almacenes. A aquella hora tardía los almacenes normalmente estaban muy ajetreados, con equipos de estibadores que descargaban los artículos de los mercantes recién llegados, gran parte de ellos destinados a Atenas; pero en esa parte de la ciudad reinaba una quietud extraña. La amenaza de ataques por parte de bandas de piratas que capturaban a sus presas en las rutas principales de comercio había

puesto nerviosos a los mercaderes locales y a los propietarios de buques, y la mayoría se mostraba reacia a arriesgarse a transportar sus bienes por todo el Imperio. Como resultado, El Pireo había sufrido muchísimo, y se hallaba sumido en un periodo de agitación económica de la cual no mostraba señales de recuperarse.

Clemestes miró por encima de su hombro de nuevo, sin dejar de avanzar en su camino. Los tres hombres mantenían el mismo paso que él, envueltos sus corpachones en túnicas de color pardo. Habían permanecido a una distancia segura detrás de él, siguiendo cada uno de sus movimientos y sin desaparecer nunca de la vista. Al principio descartó la idea de que lo siguieran precisamente a él. Pero luego vio sus caras durante unos segundos, a la luz de una puerta abierta, y los reconoció de la taberna. Habían estado sentados en una mesa con caballetes, en un rincón oscuro, bebiendo y observando con interés al resto de la clientela. Un interés exagerado, pensaba ahora Clemestes, angustiado. No tenía ninguna duda. Aquellos hombres eran asaltantes de caminos. Lo habían visto abandonar la taberna y se proponían robarle.

Tragó saliva con fuerza, miró al frente, apretándose bien el manto sobre la frente, y aceleró el paso, maldiciéndose por no haberse dado cuenta antes de que lo seguían unos atracadores. Si los hubiera visto nada más salir de la taberna, podría haber buscado refugio en cualquier otro de los abrevaderos baratos y tascuchas que medraban a lo largo del ágora principal. Por el contrario, estaba demasiado ocupado felicitándose por el éxito de su viaje y sólo percibió su sombra cuando salió de la avenida principal, al entrar en los oscuros callejones del distrito de los almacenes. Ahora no tenía dónde esconderse ni tampoco podía resguardarse y esperar a que los asaltantes abandonaran su caza. Nadie lo salvaría en cuanto iniciaran su ataque.

Se echó a temblar bajo su manto y miró tras él una vez más. Los ladrones estaban ya a unos veinte pasos; se movían con rapidez, a pesar de su enorme tamaño. Clemestes caminaba con una cojera pronunciada que lo retrasaba, resultado de una antigua herida que sufrió durante sus años como oficial de un barco. Con una sensación de temor cada vez más profunda, se dio cuenta de que sus perseguidores lo alcanzarían enseguida.

Procurando sacudirse la neblina del alcohol de la mente, decidió que lo mejor que podía hacer era introducirse en el laberinto de almacenes e intentar perder a sus perseguidores antes de volver al Selene. Se había criado en El Pireo; de joven se había dedicado a hacer recados para los jefes de los almacenes, antes de unirse a la tripulación de un pequeño barco de pesca, y conocía mejor que la mayoría las calles de aquel barrio del puerto. Mejor que los hombres que lo seguían, o al menos eso esperaba. Con un poco de suerte, podría quitárselos de encima, y luego sería libre de emprender su camino hacia la seguridad de su barco y su tripulación.

Se metió a toda prisa por una calle lateral e hizo una serie de giros rápidos, dirigiéndose hacia un gran emporio comercial situado junto al muelle. El fétido olor de los desperdicios humanos flotaba en el aire mientras corría. El corazón le latía mucho más rápido ahora, y rogó a los dioses que lo protegieran. Pasó junto a un pequeño almacén abandonado, otro recordatorio doloroso de los malos tiempos que estaba sufriendo El Pireo a causa de la depredación de los piratas. Aunque siempre habían existido unas pocas tripulaciones que causaban terror en las rutas marítimas, cargándose de vez en cuando a algunos mercaderes incautos, la situación había empeorado mucho los últimos años, ya que los piratas, envalentonados por su éxito, asaltaban cada vez más frecuentemente y más atrevidos, tanto en el Mediterráneo oriental como más allá. La situación ahora era tan mala que Clemestes ya había decidido retirarse del negocio en cuanto hubiese pagado sus deudas. En un año o dos planeaba vender el Selene y establecerse en una de las islas del Egeo. Se casaría con una chica del lugar, compraría un terreno, lo cultivaría y pasaría las noches bebiendo en alguna posada local, intercambiando historias de marinos con otros viejos lobos de mar. Si es que conseguía vivir hasta entonces.

Se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de que dos de sus perseguidores todavía iban tras él. Y se acercaban. Se volvió y siguió avanzando, pese a la cojera. En la distancia oía carcajadas, y supo que se acercaba al muelle. Una vez llegara allí, aquellos hombres se verían obligados a abandonar la persecución. Aunque el comercio de El Pireo no estaba en su mejor momento, el muelle estaría atestado; el puerto aún bullía de mercaderes, marineros y

tabernas, incluso a aquella hora tan tardía. Seguramente los atracadores no se atreverían a atacarlo en una zona tan concurrida de la ciudad.

Se metió en un callejón que tenía a la derecha, un espacio estrecho situado entre dos edificios medio caídos, y por dos veces casi resbaló al intentar evitar la orina y la mierda que fluían por el pavimento de aquella parte de la ciudad. En la oscuridad sólo veía unos pasos por delante de él, y tenía que cuidar mucho dónde pisaba, abriéndose camino entre los montones de basura apestosa tirada a ambos lados del callejón. A una corta distancia por delante, una lámpara de aceite colgaba de un soporte de hierro para iluminar la entrada de uno de los almacenes adyacentes al emporio, y notó que su corazón se ensanchaba, pues casi había alcanzado su objetivo. Al siguiente paso, notó que su pie rozaba algo duro y huesudo. Trastabilló hacia delante, y sólo recuperó el equilibrio en el último instante.

–¡Eeeh!

–¡Vigila! –le susurró una voz.

Clemestes se detuvo y echó un vistazo hacia atrás. Entre las sombras sólo pudo distinguir a un joven escuálido, con una manta raída alrededor de su cuerpo flaco. Debido a la oscuridad del callejón no se había fijado en la figura del mendigo y había tropezado con sus piernas extendidas. El joven lo miró y frunció el ceño.

El sonido de unos pasos urgentes corriendo hacia él atrajo la atención del capitán, apartándola del desdichado chico, y se tambaleó de nuevo. Estaba a menos de diez pasos de la esquina, y por un instante pensó que podía escapar de sus perseguidores. Luego atisbó una sombra enorme que aparecía ante su vista, en el extremo del callejón. Avanzaba entre las sombras, y Clemestes se detuvo en seco, pues había reconocido al hombre de la cabeza afeitada y la cara llena de cicatrices. Se dio cuenta horrorizado de que era el tercer atracador. Seguramente había echado a correr por delante de sus camaradas, por una de las calles paralelas al callejón, cortando la única ruta de escape hacia el muelle, mientras los otros dos mantenían la distancia detrás de su objetivo. Clemestes se vino

abajo. El plan de los ladrones había funcionado a la perfección. Estaba atrapado.

Giró sobre sí mismo, justo cuando los otros dos asaltantes aparecían en la entrada del callejón. Se movían rápidamente hacia él. Miró frenéticamente a todos lados, buscando una salida, pero no la había. Un escalofrío de terror le recorrió la columna vertebral. Los tres atracadores seguían acercándose. Abrió la boca, queriendo gritar para pedir ayuda, pero uno de ellos saltó hacia él de repente y le hundió un puño en el estómago. El capitán jadeó, intentando llenar de aire los pulmones, y se dobló en dos, agarrándose los costados. El hombre le dio una patada con la bota y lo envió estrepitosamente al suelo. Un dolor terrible se abrió pasó dentro de su cráneo cuando los otros dos hombres se abalanzaron sobre él y desencadenaron una lluvia de puñetazos y patadas por todo su cuerpo. Clemestes levantó los brazos, en un inútil intento de protegerse la cabeza, pero los golpes continuaron lloviendo sobre él. Una bota dio en su flanco expuesto. Algo crujió, y notó que en su pecho estallaba un dolor agudo.

–¡Coge la bolsa!

Los golpes cesaron cuando los dos ladrones comenzaron a retroceder. Clemestes gimió, llevándose una mano al pecho, que le ardía. Notaba el sabor de la sangre en la boca. Uno de los hombres, con la nariz rota y varios huecos entre los dientes, se puso de rodillas a su lado. Rebuscó debajo de su manto y cogió la bolsa del dinero que llevaba atada al cinturón; la soltó y se la arrojó a su compañero, un hombre achaparrado y barbudo con los ojos pequeños y oscuros. Éste miró dentro de la bolsa y frunció el ceño. Luego fijó su mirada en Clemestes, estrechando los ojos hasta que no fueron más que unas rendijas.

–Y el resto, ¿dónde está? –preguntó.

Clemestes hizo una mueca.

–No sé de qué me estás hablando.

–¡Una mierda! No nací ayer, viejo. Hemos oído que has conseguido vender el cargamento. Un compañero nuestro tenía los

ojos puestos en todos los artículos que llegaban. Calcula que has sacado un buen precio por los tuyos. Más que las míseras monedas que llevas aquí. –El ladrón barbudo dio unos golpecitos en la bolsa medio vacía, y luego hizo un gesto al camarada al que le faltaban dientes–. Y ahora, dime dónde tienes el resto del dinero, o si no Cadmo, aquí, te cortará las pelotas.

Una mueca amenazadora se abrió paso en los labios llenos de cicatrices de Cadmo, que sacó una daga. Clemestes volvió a mirar al barbudo y meneó la cabeza rápidamente.

–¡Por favor! ¡Es todo lo que tengo!

–Este hijo de puta está mintiendo –gruñó Cadmo–. Lo sé.

–Es verdad, lo juro –protestó Clemestes.

El ladrón lo miró un momento, y luego se volvió hacia su compañero, que tenía ya el cuchillo en la mano.

–Sácale un ojo, Cadmo. Así se le soltará la lengua.

Cadmo se movió hacia el capitán. La punta de su daga brillaba bajo la escasa luz. Clemestes yacía indefenso sobre el pavimento ojado por la lluvia, presa del pánico al darse cuenta de que iba a morir en aquel asqueroso callejón y no a manos de algún terrible monstruo marino o de una tormenta violenta, como había temido siempre. Sus músculos se tensaron y, aterrorizado, mientras la hoja se acercaba a su rostro, ofreció una silenciosa plegaria a los dioses.

Entretanto captó un destello de movimiento detrás del asaltante. Una figura rápida y ligera se abalanzó hacia ellos desde una de las puertas que había más allá, en el callejón; cargó sobre el barbudo, que cayó de espaldas por el golpe, con el hombro por delante. El hombre dejó escapar un fuerte gruñido cuando se golpeó con la pila de basura y madera podrida que estaba en el lateral del callejón.

Al oír el grito de dolor de su camarada, Cadmo apartó la vista del capitán y miró hacia la figura que venía corriendo. Clemestes captó una imagen de la cara del atacante y reconoció al joven

vagabundo con el que había tropezado. Miró con asombro cómo saltaba por encima del ladrón caído y avanzaba hacia Cadmo.

–¡Hijo de puta! –susurró Cadmo.

Empuñó la daga hacia el joven, apuntando a su garganta, pero éste era más rápido que el ladrón, muy pesado, y diestramente esquivó el golpe. Cadmo gruñó, lleno de frustración, al tiempo que apuñalaba el aire. Rugió y se arrojó hacia delante, acuchillándolo salvajemente y obligando al joven a saltar para ponerse fuera de su alcance, y luego se abalanzó hacia él, con la idea de clavarle la hoja en el estómago. Sin embargo, con un movimiento suave y fluido, el joven esquivó el golpe con el antebrazo e, inmediatamente, saltó sobre su adversario y le dio un puñetazo en la cabeza. Se oyó el crujido sordo del hueso contra el hueso y la cabeza de Cadmo saltó hacia atrás. La daga se soltó de su presa y rebotó en el suelo.

–¡Vigila! –le gritó Clemestes.

El joven se dio la vuelta justo cuando el otro ladrón, sacudiendo la cabeza para aclararla, se ponía de pie y se lanzaba hacia él. El vagabundo se arrojó entonces hacia delante, cogió la daga caída y se dio la vuelta con agilidad para enfrentarse al ladrón. Cuando el hombre le dio un puñetazo de cualquier manera, el joven primero se agachó, apartándose y esquivando el golpe limpiamente. Luego saltó, poniéndose de puntillas, y lanzó una estocada, metiendo la punta afilada de la daga en el estómago de su oponente. Éste gimió al notar que la hoja se hundía. Su boca se relajó, se tambaleó allí donde estaba, mientras sus ojos bajaban hacia el mango, que sobresalía de sus tripas. Una mancha brillante se fue extendiendo desde la herida, empapando su túnica.

El joven arrancó la hoja y la soltó, y el ladrón cayó, retorciéndose. El chico se volvió y se enfrentó entonces a Cadmo, que había conseguido levantarse del suelo. Por aquel entonces, el tercer hombre también corría hacia ellos, hasta ponerse al lado de su camarada, y los dos contemplaron con cautela a su joven oponente.

–¡Vamos! –chilló el joven–. ¿Cuál de vosotros dos, hijos de puta, quiere ser el siguiente?

Ambos dudaron. Sus ojos se movían a un lado y otro, entre su compañero herido y el joven asesino que estaba de pie encima de él, con la daga ensangrentada en la mano. Una mirada enloquecida brillaba en sus ojos, y sus músculos esbeltos estaban tensos, como un animal salvaje a punto de atacar. Durante un momento nadie se atrevió a moverse. Al poco, unas voces rompieron el silencio; se aproximaban desde la dirección del muelle principal. Cadmo miró al joven con el ceño fruncido, pero enseguida hizo señas a su compañero y los dos asaltantes se volvieron y echaron a correr por el callejón, de vuelta al distrito de los almacenes, lejos del ruido. El alivio invadió a Clemestes al verlos desaparecer de la vista.

El joven se metió la daga en el cinturón y corrió hacia él.

–¿Estás bien? –le preguntó.

Clemestes forzó una sonrisa.

–Sí, me pondré bien. Sólo estoy un poco aturdido. Creía que esos hijos de puta me iban a matar.

–Sí, son unos malos bichos, ésos. Pero no te causarán más problemas. –El joven inclinó la cabeza hacia el ladrón moribundo–. Al menos, no uno de ellos.

–No. –Clemestes frunció el ceño ante el cadáver–. Supongo que no.

Intentó ponerse en pie, pero el esfuerzo fue demasiado grande y se derrumbó de nuevo, conmocionado y temblando de dolor.

–Ven. Déjame que te ayude. –El joven le ofreció la mano. Clemestes la tomó y se levantó, inestable, haciendo una mueca. Le dolían todas las fibras de su cuerpo, y se esforzaba por respirar.

–Gracias –inclinó la cabeza hacia la figura que estaba ante él, que parecía la de un muerto de hambre–. ¿Cómo te llamas?

–Telémaco. ¿Y tú?

–Clemestes, capitán del Selene –inclinó la cabeza–. Estoy en deuda contigo, joven Telémaco. Me has salvado la vida.

Telémaco se encogió de hombros.

–Sólo estaba aquí cerca, eso es todo. Cualquiera habría hecho lo mismo.

–Sinceramente, lo dudo...

El capitán se quedó silencioso un momento, sin quitar la mirada del joven. Iba vestido con harapos y no parecía tener más de quince o dieciséis años. Sus mejillas y barbilla estaban cubiertas de cicatrices blancas y anudadas. «Otro de los desesperados niños abandonados de El Pireo», pensó. La progenie de algún marinero foráneo que había disfrutado de un polvo rápido con alguna de las mujeres locales, arrojado a las calles al nacer y abandonado para que se valiera por sí solo. El puerto estaba repleto de ellos. Y, sin embargo, había algo en Telémaco que lo intrigaba. Aquel pobre y miserable vagabundo había vencido a tres criminales curtidos, y Clemestes veía en él una fiera resistencia.

–¿A dónde te dirigías? –le preguntó Telémaco–. Te echaré una mano.

–A mi barco –graznó el capitán. Agitó una mano en dirección al puerto e hizo una mueca–. Mierda... Me han dado una buena paliza.

Telémaco asintió.

–Será mejor que nos vayamos, no sea que vuelvan.

Deslizó una mano por la espalda de Clemestes, y los dos juntos recorrieron el trecho faltante hasta el puerto. A su espalda, el ladrón moribundo dejaba escapar un hondo gemido.

CAPÍTULO DOS

La lluvia comenzó a difuminarse hasta convertirse en llovizna, y luego acabó por morir; la débil luz de la luna se abrió paso por un hueco entre las oscuras nubes, mientras Telémaco ayudaba al capitán a acercarse al puerto. El joven griego podía distinguir los mástiles y jarcias de las docenas de barcos que se encontraban fondeados en él. La imagen al instante le fue familiar, porque formaba parte de la vida del puerto, igual que el ruido de los marineros borrachos que cantaban e intercambiaban bromas soeces cuando volvían a sus barcos a pasar la noche. Sólo unos pocos valientes se atrevían a desafiar las calles heladas y barridas por el viento que bajaban desde el muelle, luchando unos con otros o jugando a los dados. A un lado del embarcadero, una pareja de guardias patrullaba junto al más grande de los enormes almacenes de madera. El puerto en sí daba al exterior, a un par de malecones de piedra. Más allá, las olas oscuras se estrellaban contra el espigón, estallando en enormes surtidores blancos que resplandecían bajo la pálida luz nocturna.

Clemestes se detuvo frente a un gran barco de carga que estaba fondeado en el extremo más alejado del muelle.

–Aquí está –anunció, presuntuoso–. El Selene. No es el barco más rápido del mundo, en absoluto. Pero es bastante resistente.

Telémaco levantó la vista hacia el barco mercante. A la débil luz de la luna, pudo ver que tenía una amplia manga y una proa roma, con una roda curvada y alta donde un relieve representaba a la diosa griega Selene conduciendo su carro de luna. Un gran timón de espadilla colgaba de la popa, y una estrecha pasarela conducía desde la cubierta de proa hasta el muelle. Sin carga, flotaba muy alto en el agua. Era más grande que la mayoría de navíos que estaban anclados en el puerto, y pensó que el aspecto era realmente imponente.

Clemestes hizo una seña a su rescatador y sonrió, como disculpándose.

–Me temo que no puedo ofrecerte gran cosa como recompensa... Pero quizá no te importe subir a bordo y comer y beber algo. Es lo mínimo que puedo hacer.

Telémaco frunció los labios; sopesaba cuál sería la propuesta del capitán. Llevaba el tiempo suficiente viviendo en las calles para tratar las ofertas amables de los desconocidos con la máxima precaución. Pero habían pasado dos días desde la última vez que había comido, y su estómago gruñía dolorosamente por el hambre. Además, razonó, el capitán parecía bastante amistoso. Asintió.

–Gracias.

–Bien. –Clemestes consiguió esbozar una sonrisa dolorida–. Por aquí.

Telémaco ayudó al capitán a subir por la pasarela de embarque que conducía a la cubierta de proa. Un puñado de hombres yacían dormidos allí, envueltos en fardos o echados debajo de unos refugios a modo de tiendas, para protegerse del mal tiempo. Clemestes se detuvo junto al que tenía más cerca y lo sacudió un poco. El hombre, que roncaba pesadamente, se dio la vuelta. El capitán lo sacudió con más fuerza, y esta vez el marinero se removió, murmurando, sin aliento, pero se puso de pie al momento y una mirada de preocupación apareció en sus ojos turbios al notar los hematomas que cubrían la cara de Clemestes.

–¡Buen Zeus! –chapurreó. Telémaco captó el aroma de vino barato en su aliento–. ¿Qué te ha ocurrido, por el Hades?

–Estoy bien, Syleo –respondió Clemestes–. De verdad. He tenido un pequeño contratiempo, nada más. Habría sido mucho peor de no ser por este tipo –añadió, señalando con la cabeza a Telémaco.

Syleo arqueó una ceja al joven.

–¿Ah, sí?

–Despierta a mi grumete, venga –dijo el capitán–. Bajo a mi camarote.

–Sí, capitán.

Telémaco vio cómo Syleo se volvía y se abría camino por cubierta hacia unas siluetas que se refugiaban bajo una de las tiendas levantadas en la proa del barco. Gritó a una de las figuras y la despertó a patadas. Un grumete unos años más joven que Telémaco se puso de pie enseguida y echó a correr hacia la escotilla de popa para inmediatamente bajar las escaleras que conducían al camarote del capitán. Telémaco y Clemestes lo siguieron a corta distancia por detrás, moviéndose lentamente a lo largo de las cuadernas blanqueadas por el sol. En cuanto llegaron a la abertura de la escotilla, Clemestes bajó primero, y el joven lo siguió hasta un pequeño camarote construido en un rincón en la popa del barco. El espacio era muy apretado, y Telémaco tuvo que agacharse para pasar por debajo del dintel antes de entrar en el camarote del capitán. El grumete acababa de encender una lámpara de aceite en el pequeño escritorio construido en torno al codaste, que iluminaba débilmente el interior del camarote.

–Ve a buscar algo de comida y bebida del almacén del barco, Nesso –le ordenó Clemestes.

–Sí, señor.

El chico se marchó, raudo. Telémaco guiñó los ojos en la oscuridad, mirando a su alrededor. Había un estrecho coy a un lado del escritorio, con una caja fuerte de aspecto muy recio en el suelo, a su lado. Un olor muy intenso de soga gastada y de alquitrán flotaba en el aire. Clemestes se echó en el camastro y señaló el taburete que estaba frente al escritorio.

–Por favor, siéntate.

Telémaco se sentó en el taburete e intentó ocultar su incomodidad ante el lento balanceo del barco amarrado.

–¿Es la primera vez que subes a un barco? –preguntó Clemestes.

Telémaco asintió, mareado.

–He visto muchos, eso sí. Llevo toda la vida viviendo en el puerto, más o menos. Pero nunca antes había puesto los pies en uno.

–Supongo que vives en las calles, ¿no?

–Sí. –Telémaco bajó la cabeza, avergonzado–. Casi toda mi vida.

–¿Y tu familia?

–Mis padres murieron –respondió el joven, secamente.

–Pero ¿no tenías ningún otro familiar que pudiera hacerse cargo de ti? ¿Una tía, un tío quizá? ¿O un hermano? Debe de haber alguien...

Telémaco se encogió de hombros, desechando la pregunta, y apartó la vista. Unos momentos después el grumete apareció con una bandeja con queso y algunos trocitos de buey seco y pan. Lo dejó en el escritorio, y volvió al poco con un par de tazas de cerámica samia y una jarra llena de un vino de olor fuerte. Telémaco se humedeció los labios al mirar con gula la comida que tenía delante. En cuanto Nesso se hubo marchado de nuevo, Clemestes sirvió vino aguado en las dos tazas y le pasó una a su joven invitado. Telémaco empezó enseguida a engullir, haciendo pausas solamente para beber de su taza, sediento. El vino le corría por la mejilla al dejar la taza, cuando cortó un trozo de carne seca. Clemestes sonrió, compasivo.

–Debe de ser triste –dijo–. Vivir en las calles, quiero decir.

–Te acostumbras –replicó Telémaco entre bocado y bocado–. La mayor parte del tiempo buscaba en la basura, alrededor de los almacenes. Los comerciantes siempre tiran cosas. Casi todo está podrido, pero te acostumbras al sabor. –Se metió un trozo de queso en la boca y eructó–. El invierno es lo peor. No hay nada, sólo frío y humedad.

–¿Y tus padres? ¿Qué les pasó?

–Eso es cosa mía –respondió Telémaco, enfurruñado. Dejó la

tira de buey que tenía en la mano y levantó la vista hacia el capitán–. Y, de todos modos, ¿a ti qué te importa? No es asunto tuyo.

–No. No lo es. Pero tú me salvaste de esos matones. Eso requiere valor, una cualidad muy rara hoy en día. Me gustaría saber algo más del valiente joven que me rescató.

Telémaco negó con la cabeza.

–No soy ningún héroe.

–Sin embargo, la mayoría de la gente no habría levantado ni un dedo para ayudar a alguien en peligro. En realidad, se me ocurren unos cuantos que se habrían dado la vuelta y se habrían alejado en dirección contraria. Tengo curiosidad por saber qué hace un tipo como tú en la calle.

Telémaco se quedó callado un momento, la mirada fija en la comida sólo consumida a medias.

–No conocí a mi madre –empezó en voz baja–. Murió al darme a luz.

–Lo siento.

–¿Que lo sientes? No fue culpa tuya. Tú no la mataste.

–No. Pero aun así... Es duro criarse sin madre.

Telémaco se encogió de hombros.

–Después de morir ella, nuestro padre nos crio solo a los dos, a mí y a mi hermano mayor, Nereo. Vivíamos en una casa pequeña, junto a los muelles, en Munichia. No era mucho, pero nos arreglábamos. Nuestro padre trabajaba en los barcos. Era capitán, como tú.

–¿Aquí? ¿En El Pireo?

El joven asintió.

–Tenía un barco mercante. Pequeño. No tan grande como éste. Intentó hacerlo lo mejor que supo, pero en nuestra casa siempre fuimos apurados. No se le daba muy bien el dinero, lo gastaba en cuanto lo conseguía. Sobre todo, jugando y bebiendo. Volvía a casa de algún viaje por mar, nos echaba un vistazo y luego salía directamente a emborracharse en alguna taberna cercana. A veces desaparecía durante semanas. Yo apenas lo veía. En realidad, Nereo era el único que me cuidaba. Sacaba unas cuantas monedas de la bolsa de nuestro padre cuando éste se desmayaba, para asegurarse de que teníamos dinero suficiente para comida y ropa mientras él no estuviese. Mi hermano mayor me crio mucho mejor que mi propio padre.

Se quedó callado un momento y cogió algo de comida. Clemestes lo miraba en silencio. Al cabo de unos momentos, Telémaco dejó un trozo de pan, levantó la vista hacia el capitán y continuó hablando:

–Un día, fuimos al muelle para ver llegar el barco de nuestro padre, como hacíamos siempre los días que tenía que volver. Esperamos y esperamos, pero el barco no llegó. Al final se hizo de noche, y empezamos a preocuparnos. Luego llegó otro barco, y uno de los amigos de nuestro padre nos vio esperando en el muelle y se acercó a nosotros. En cuanto vi la expresión de su cara, supe que había pasado algo. Nos dijo que el barco de nuestro padre había quedado atrapado en una tormenta junto a la costa de Elos. Los vientos lo empujaron hacia unas rocas, junto al cabo, y se destrozó. Cuando llegó otro barco a rescatarlo sólo quedaban unos pocos supervivientes, agarrados a unos trozos de madera y muertos de frío y hambre. –Telémaco dudó–. Mi padre no estaba entre ellos. Se había perdido en el mar.

–¿Qué edad tenías tú entonces?

–Seis años. –Telémaco contó interiormente–. O sea que fue hace diez años –sonrió tristemente al capitán–. Apenas recuerdo cómo era mi padre ahora mismo.

–¿Qué os ocurrió entonces a tu hermano y a ti?

–Mi padre dejó un montón de deudas. Después de morir

averiguamos que había pedido prestado dinero para su vicio de jugar. Resultó que debía una suma importante a uno de los prestamistas del puerto. El hombre quería que se le devolviera su dinero, pero no teníamos medios para pagarle. Entonces, un día llegó con un par de matones para apoderarse de las pocas propiedades que teníamos y vendernos a mí y a Nereo como esclavos. Prendieron a mi hermano, y me habrían cogido a mí también, pero Nereo luchó con ellos el tiempo suficiente para permitirme escapar a las calles. Conseguí despistarlos, pero no tenía ningún sitio donde ir. Mi vida ha sido difícil desde entonces.

–Sí, ha tenido que ser terrible. Tener que abandonar a tu hermano de esa manera...

–No tuve elección. De no ser por Nereo, que pensó rápido, los dos habríamos acabado cargados de cadenas.

–¿Y dónde está él ahora? –preguntó Clemestes.

–En una forja en Tórico –respondió Telémaco, con la voz llena de rabia–. Se lo oí contar a un amigo que trabaja en uno de los talleres. Compran todas las herramientas a ese herrero romano que tiene la base allí, Décimo Rufio Burro. El caso es que mi amigo hizo una visita a la forja y vio allí a Nereo. Burro lo obligaba a hacer todos los trabajos peligrosos: trabajar con los fuelles, limpiar el horno... Ese hijo de puta romano trata a sus esclavos como si fueran basura, los deja completamente agotados. Uno de sus esclavos murió en un accidente el mes pasado. Si obligan a mi hermano a trabajar allí mucho tiempo, temo que le ocurra lo mismo.

Telémaco cerró los ojos un momento, luchando por contener su ira. Cuando los abrió, se dio cuenta de que el capitán lo miraba mientras parecía reflexionar en silencio. Al final, Clemestes se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante.

–¿Y si hubiera una forma de comprar la libertad de tu hermano?

Telémaco bufó ante la idea y meneó la cabeza.

–Nunca podría ahorrar tanto dinero. Lo máximo que gano son

unos pocos ases aquí y allá, ayudando a los pasajeros a bajar su equipaje de los barcos. Pero es poca cosa. Me costaría diez vidas ahorrar lo suficiente para liberarlo.

–Quizá –musitó Clemestes, acariciándose la barbilla–. O quizá no.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Un tipo como tú me iría muy bien en mi tripulación. Alguien que tiene ingenio y a quien no le asusta el trabajo honrado.

Telémaco se quedó mirando al capitán en silencio, asombrado.

–¿Me estás ofreciendo trabajo?

Clemestes se encogió de hombros.

–Tú necesitas dinero, y yo necesito a alguien que ayude en el barco.

Una mirada de duda pasó por el rostro de Telémaco.

–Pero yo no sé nada del mar.

El capitán desdeñó su preocupación con un gesto de la mano.

–Eres joven. Aprenderás rápido. Haré que uno de los oficiales te enseñe el oficio. Además, no lo puedes hacer peor que la tripulación que ya tengo.

–¿Y qué tipo de trabajo haría?

–Pues serías grumete. Empezarías con media paga, al menos hasta que probaras tu valía. Tus deberes incluirían aprender navegación y sobre los cabos, hacer guardia y fregar. –El capitán se inclinó hacia delante y lo miró de frente–. No te voy a mentir. Trabajar en un barco no es fácil. Puede ser desagradable y peligroso. Pero confía en mí: no hay nada que se pueda comparar a la vida en el mar. Tendrás la oportunidad de ver mundo, y de hacer

algo con tu vida. –Se echó atrás y se encogió de hombros de nuevo–. Será mejor eso que vivir en la calle, ¿no?

Telémaco entrecerró los ojos.

–No lo entiendo... ¿Por qué quieres ayudarme?

–Tú me has salvado la vida. Te lo debo. Y no has tenido una vida fácil, por lo que parece. Me gustaría ayudarte.

–No necesito tu caridad. Ni tu piedad.

–No te estoy ofreciendo ninguna de las dos cosas, en absoluto. Lo que pasa es que creo que tienes las cualidades necesarias para convertirte en un excelente marinero. Eres duro e intrépido. Un poco exaltado quizá, pero eso es de esperar, dado lo que acabas de contarme. ¿Y quién sabe? Si ahorras, al final quizá tengas el dinero suficiente para liberar a tu hermano de esa forja maldita por los dioses.

Telémaco miró la comida que tenía delante, sumido en sus pensamientos.

–¿Y cuándo empezaría?

–De inmediato. Te presentarás ante el segundo de a bordo mañana por la mañana. Zarparemos en cuanto hayamos guardado nuestra próxima carga y el tiempo haya despejado. –El capitán hizo una pausa y miró la ropa destrozada de Telémaco–. Necesitarás algo de ropa nueva y el baúl también, supongo. Saldrá de la paga de tu primer viaje. No puedes trabajar en mi barco con harapos, ¿verdad? –Dio unas palmadas de repente–. Bueno, ¿qué dices?

Telémaco hizo una pausa. Una hora antes estaba temblando por el frío y la lluvia, soñando con escapar algún día de sus patéticas circunstancias. Ahora se hallaba sentado en el caldeado camarote de un capitán, con el vientre lleno y una oferta de trabajo con una paga decente. Apenas podía creer su repentino cambio de fortuna. Y, sin embargo, dudaba si aceptar la generosa oferta. La vida en las calles de El Pireo era miserable, pero, por las historias que había oído en el puerto, trabajar en un barco podía tratarse de un asunto

peligroso. Muchos barcos se perdían en el mar, especialmente en invierno. ¿Estaba él preparado para unirse a la tripulación y arriesgarse a sufrir el mismo destino que su padre? Entonces pensó en Nereo, a quien estaban matando a trabajar en la forja, y tomó una decisión. Levantó la vista hacia el capitán.

–Está bien. Acepto.

–Bien –Clemestes se puso de pie y sonrió cálidamente. Cogió la mano del nuevo miembro de su tripulación y la estrechó con fuerza–. Bienvenido a tu nueva vida en el Selene, Telémaco –dijo, con un brillo en los ojos–. No lo lamentarás.

CAPÍTULO TRES

Una helada llovizna caía desde el cielo encapotado sobre el puerto a la mañana siguiente, mientras la tripulación del Selene terminaba los últimos preparativos para su viaje. Hubo gran bullicio y actividad cuando los marineros despejaron las cubiertas y abrieron la escotilla de carga. Clemestes despachó a su grumete al mercado local para que comprara suministros de galleta seca, agua y pan para el viaje que se avecinaba. Cuando el sol empezaba al fin a brillar débilmente detrás de las nubes lúgubres, apareció una larga fila de trabajadores de los muelles, procedentes de los almacenes, cargando las grandes ánforas destinadas a la bodega del Selene.

Después de abandonar el camarote del capitán, uno de los tripulantes había escoltado a Telémaco a cubierta. Geras era un marinero musculoso y valentón y, aunque no era mucho mayor que el joven, su rostro ya estaba muy curtido por los años pasados en el mar. Enseñó a Telémaco un espacio en la atestada cubierta de popa donde podía dormir por la noche, antes de emprender sus deberes al día siguiente. Tras despertarse de un sueño inquieto, a Telémaco le entregaron una túnica desvaída, procedente del baúl del barco. Luego Geras lo presentó al segundo de a bordo. Leito era un marinero entrecano, con el pelo áspero y gris, unas patas de gallo muy pronunciadas junto a sus ojos azules y una cicatriz aserrada que le corría por el cuello. Se quedó en medio del barco, vigilando a la multitud que levantaba las grandes ánforas de arcilla, mientras las pasaban por la cubierta y las bajaban hasta la bodega. Geras se alejó corriendo en cuanto Leito arrojó una mirada fulminante a la figura despeinada que estaba ante él.

–Así que eres tú el que luchó con esos ladrones, ¿eh? –preguntó el segundo de a bordo, con voz ronca–. ¿Cuántos años tienes, chico?

–Dieciséis.

Leito arrugó sus rasgos curtidos por la intemperie, frunciendo el ceño, y bufó.

–¡Dice que dieciséis! Pues no lo parece. He cagado mierdas que tenían más músculos que tú. ¿Cómo se las arregló un capullo larguirucho como tú para ahuyentar a esos matones cuando atacaron al capitán?

–Soy más fuerte de lo que parece –replicó Telémaco, con los dientes apretados.

Eso hizo que el segundo de a bordo soltara una risita.

–No es decir mucho... No te preocupes. Un mes halando cabos en este cascarón y pronto te pondrás en forma. ¿Qué experiencia tienes del mar?

–Ninguna.

–¿Nunca has estado en ningún barco, aunque fuera de pesca? –se horrorizó Leito.

Telémaco negó con la cabeza y bajó la vista hacia sus pies desnudos.

–Es la primera vez que subo a un barco.

–¡Que los dioses nos protejan! Al menos sabrás nadar...

–No –respondió Telémaco, desanimado.

Una expresión de palpable repugnancia se formó en el rostro del segundo de a bordo.

–Así que no sabes nadar y tampoco has estado nunca en el mar... Y aseguras que naciste y te criaste en El Pireo. ¿Sabes hacer «algo», chico?

El joven se lo quedó mirando.

–Sé cómo arreglármelas en una pelea.

–Eso no te servirá de gran cosa –rio Leito–. A los únicos que puedes matar aquí están en la bodega de carga. A bordo hay muchas ratas. Está repleto de esos asquerosos bichos.

–No me asustan unas pocas ratas –respondió Telémaco, airado–. Me he criado en las calles. Hace falta mucho más que eso para asustarme.

El segundo de a bordo levantó una espesa ceja.

–Unas palabras muy valientes. Pero espera a que estemos en alta mar... Entonces sí que tendrás de qué asustarte. Hay que vigilar por los piratas, las tormentas..., incluso por los monstruos marinos.

–¿Monstruos marinos?

–Sí. –Leito le señaló con un dedo–. Esa chulería tuya a lo mejor te ha servido bien en las calles, pero en la mar es otra cosa totalmente distinta. Puede ser una auténtica zorra si le apetece, y harás muy bien en respetarla. Ésa es la primera lección que debe aprender un marinero. ¿Está claro?

Telémaco asintió, inseguro.

–Vale.

–Para ti es «sí, señor», chico. –La expresión de Leito se endureció–. Ya no eres ningún marinero de agua dulce. Ahora, como grumete, se espera que eches una mano en cualquier cosa que haga falta. Yo te enseñaré lo básico. Será un trabajo duro, pero, si sigues las órdenes y cumples con tu deber, pronto podrás desamarrar un rizo y cambiar de bordada como el mejor. ¿Comprendido?

–Vale... Quiero decir, sí, señor.

–Mejor. –Leito se volvió y cogió un cubo de madera sellado con brea y medio lleno de agua, y se lo pasó a Telémaco.

–Aquí tienes. Tu primera tarea: frotar la cubierta. El capitán la quiere impoluta antes de zarpar.

–¿Frotar? –preguntó Telémaco, luchando consigo mismo por ocultar su desilusión.

Leito fulminó al joven con la mirada.

–¿Qué pasa, que tienes algún problema con eso?

–No. –Telémaco tragó saliva y miró hacia el puerto–. ¿Adónde vamos exactamente?

–Moesia. En la costa este del mar Euxino. ¿Has oído hablar de ella?

Telémaco negó con la cabeza.

–Pues te vas a llevar una buena sorpresa. –Leito soltó una risita–. Los nativos de allí son unos salvajes. A su lado los malditos germanos parecen cultos. Desembarcaremos en un lugar llamado Tomis, al norte de la costa tracia. Comparado con ese agujero de mierda, El Pireo es un paraíso.

–¿Y por qué vamos allí, si es tan malo?

–Por el vino mendeano. –El segundo de a bordo señaló las ánforas que estaban cargando en la cubierta del barco–. Hace furor allí. Los locales pagarán una pequeña fortuna por ese vino. El capitán puede sacar un bonito beneficio de su parte de los bienes.

–¿Y cuánto tiempo nos costará llegar?

–Depende. Por lo general, si el viaje es rápido, será más lento que un perro con una sola pata en la otra dirección. Los vientos no son favorables en esta época del año, de modo que tendremos que atravesar como podamos el mar Euxino. Pero normalmente hay brisa de popa en el camino de vuelta. Yo diría que un mes para completar todo el viaje. Suponiendo que no nos topemos con piratas.

Telémaco lo miró y tragó saliva.

–¿Es probable que demos con ellos?

Leito se encogió de hombros.

–Siempre existe esa posibilidad, chico. Especialmente, en torno al Euxino. Los mares del este están repletos de esos hijos de puta –señaló hacia su cuello–. ¿Cómo crees que me hice esta cicatriz?

–¿Te la hicieron unos piratas? ¿Cómo?

–Trabajaba en otro barco, el Andrómeda. Eso fue hace varios años. Volvíamos de Perintho con una carga de arroz y unos cuantos pasajeros. Dos barcos piratas cayeron sobre nosotros cuando bajábamos por la costa tracia. Intentamos huir de ellos, al principio, pero el cobarde de nuestro capitán se rindió en cuanto nos tiraron unas cuantas flechas. Algunos queríamos luchar, pero el capitán no lo permitió. El muy idiota pensaba que los piratas nos respetarían si les dejaba abordar el barco y les entregaba el botín.

–¿Y qué pasó?

–Ejecutaron al capitán y mataron a todo aquel que intentó resistirse. Una vez se hubieron llevado todo lo que querían, su capitán reunió a los pasajeros y la tripulación y nos dijo que no podía permitir que hubiera supervivientes, por si los identificaban como piratas ante la marina romana. Y entonces empezaron las ejecuciones. Esos hijos de puta mataron a los pasajeros uno a uno. Ancianos, mujeres, niños... Todos asesinados.

Telémaco se estremeció.

–¿Y cómo conseguiste sobrevivir?

–Nos vio un barco imperial que bordeaba la costa transportando a unos dignatarios. En cuanto los piratas lo vieron, pasaron el botín a su barco y salieron huyendo. –Leito se quedó callado un momento–. Sólo cuatro sobrevivimos al ataque. A uno le sacaron los dos ojos, pobre tipo. Confía en mí, chico, los piratas son escoria, sencilla y llanamente. Es mejor no encontrarse con ellos nunca. Y ahora, a trabajar en esa cubierta. Hay mucho que hacer antes de zarpar.

Telémaco se pasó el resto del día de rodillas, frotando con un basto bloque de arenisca las tablas hasta dejarlas bien limpias. En cuanto hubo terminado de frotar la cubierta, Leito le ordenó que vaciara la sentina en los huecos oscuros e infestados de ratas que había al otro lado de la bodega. Era un trabajo extenuante y, cuando el día acabó, notó que sus ánimos se hundían ante la perspectiva de meses y meses con unos deberes similares. Pero

entonces recordó de nuevo la desesperada situación de su hermano. A menos que pudiera sacar dinero para comprar su libertad, Nereo estaba condenado a pasar el resto de su vida trabajando en la forja bajo las órdenes de su cruel amo romano. Continuó con sus deberes con renovado vigor, decidido a hacer todo lo que pudiera para salvar a su hermano.

A última hora de la tarde, la lluvia desapareció y una ligera brisa sopló sobre el puerto mientras el sol se hundía bajo la superficie gris y bamboleante del mar. A medida que la luz se desvanecía, la tripulación redoblaba sus esfuerzos, ansiosos por concluir sus deberes y marchar a beber un poco en El Pireo por última vez antes de echarse a la mar. En cuanto hubo terminado sus deberes de limpieza, Telémaco se dirigió a la escotilla de carga de popa para subir comida desde el almacén a la popa, donde los marineros tomarían la cena. No recordaba haber trabajado tan duro en toda su vida. Notaba los músculos tiesos y doloridos, tenía las manos cubiertas de dolorosas ampollas y no ansiaba más que unas pocas horas de preciado sueño.

Un olor acre a alquitrán y a pescado flotaba en el aire cuando bajó a la bodega y se dirigió al espacio reservado para las provisiones del barco. Cientos de ánforas se almacenaban bajo cubierta, colocadas verticalmente y con los huecos rellenos de arena. Syleo y otro marinero estaban arrodillados frente a una de las pilas, acabando de colocar las últimas cargas. Syleo hizo un nudo con una cuerda deshilachada, mientras el segundo hombre sujetaba los recipientes de arcilla. Al cabo de un momento se levantó, se limpió el sudor de la frente y asintió, contemplando su obra.

–Muy bien, así tendría que bastar, calculo –dijo.

El segundo hombre frunció los labios y miró dubitativo la cuerda desgastada y floja.

–¿El capitán no dijo que sujetásemos la carga al menos con tres cuerdas? Sólo para asegurarnos de que se mantiene en su sitio...

Syleo agitó una mano.

–Estas hijas de puta ya están lo suficientemente seguras, me parece a mí. ¿Por qué molestarse cuando en realidad podríamos estar ya bien achispados? Podría ser nuestra última oportunidad de emborracharnos durante días.

–¿Y si el capitán averigua que no lo hemos hecho como él nos pidió?

–No lo hará. Ese viejo cabrón nunca se molesta en inspeccionar la bodega. Confía en mí, todo irá bien.

–No sé...

Syleo dio unas palmadas a su compañero en la espalda.

–Te preocupas demasiado, Androcles. Es el problema que tienes –sonrió–. Vamos. Tengo mucha sed. Yo pago la primera ronda.

Hubo una pausa, durante la cual una rata corrió por el suelo, sobresaltando a Telémaco. Syleo y Androcles se dieron la vuelta y el primero frunció el ceño al ver al grumete.

–¿Qué cojones estás mirando? –siseó.

–Nada –replicó Telémaco con prevención.

–Eso está bien. –Syleo escupió en el suelo y se acercó al chico. Su aliento apestaba a cebolla, y los ojos le brillaban, llenos de malicia–. Aquí no hay nada que ver. ¿Entendido, chico?

Telémaco miró al recio marinero, pero no dijo nada. Las cicatrices en los nudillos del hombre hablaban de las muchas peleas en las que se había visto implicado, y no tenía sentido enfrentarse con él. En los estrechos confines de la bodega, sin el elemento sorpresa, sabía que tenía muy pocas posibilidades contra dos hombres. Afirmó con la cabeza y Syleo sonrió, dando un paso atrás.

–Bien –dijo con voz ronca–. Y ahora, lárgate de mi vista.

Telémaco se adentró corriendo en la bodega mientras Syleo y Androcles lo adelantaban y subían por la escalera que conducía a la abertura de la escotilla, riendo y haciendo bromas. Se detuvo un

momento y, en cuanto desaparecieron de su vista, notó que el corazón le pesaba como el plomo. Syleo le había cogido ojeriza instantáneamente. Era obvio que aquel hombre tenía un fondo cruel, y era de esos que disfrutan haciendo la vida imposible a los que consideran que están por debajo de ellos. Telémaco tendría que vigilar por dónde pisaba a partir de ese momento. Suspiró pesadamente. Llevaba menos de un día en el Selene y ya estaba haciéndose enemigos...

La segunda mañana, el cielo se aclaró y una fresca brisa de tierra empezó a soplar hacia el mar. Una vez cargadas a bordo todas las provisiones, el capitán reunió a la tripulación; hizo una ofrenda frente al pequeño altar de piedra en la cubierta de proa y pronunció una plegaria para garantizar libre paso al Selene. Entonces, Clemestes hizo una seña y la tripulación pasó a la acción. Desatracaban. Un par de marineros subieron la pasarela, y dos marineros más desataron las amarras de los postes que se alineaban en el muelle. Leito aulló una orden a Telémaco, y éste corrió a ayudar a varios marineros que luchaban con un palo largo de madera. Era sorprendentemente pesado, y Telémaco gruñó, esforzándose bajo el peso del madero, mientras la tripulación sacaba la proa del barco hacia las aguas de la bahía. En cuanto estuvieron a una distancia segura del muelle, Clemestes chilló a los hombres que sacaran los remos. A su orden, una docena de los marineros más robustos cogieron los gigantescos remos almacenados en la cubierta y empezaron a conducir al Selene hacia el estrecho hueco entre los dos malecones. En cuanto hubieron pasado, el capitán se volvió hacia la tripulación.

–¡Remos dentro! ¡Izad la mayor! –gritó, rodeándose la boca con las manos para hacerse oír en medio del viento que arreciaba–. ¡Tomad un rizo!

De inmediato, guardaron los remos y varios hombres treparon a las jarcias y se repartieron por el penol. Leito gritó una nueva orden, y los marineros desenrollaron la vela cuadrada. La lona se agitó con el viento al extenderse. En cubierta, el resto de la tripulación haló las escotas, atándolas a las cabillas a lo largo de las barandillas. Entonces, los hombres que estaban en el penol empezaron a atar los lazos a la primera línea de rizos, y luego

volvieron a bajar por el cordaje. Para Telémaco todo aquello resultaba una hazaña impresionante, y miró con admiración cómo bajaban los marineros por los flechastes, mientras el Selene avanzaba con su vela mayor pesadamente arrizada, cortando el agua con la proa.

–¡Dimeto! –gritó Clemestes al timonel, un robusto marinero nubio que estaba detrás del mástil–. Ponlo en la amura de babor. ¡Rumbo cuatro dedos!

El nubio afirmó bien los pies en el techo del camarote y se apoyó en el timón con sus antebrazos musculosos para ajustar el rumbo del mercante, hasta que éste navegó tan cerca del barlovento como se atrevió el capitán. Telémaco se agarró con fuerza a la barandilla de madera de popa, con la cabeza dándole vueltas y el mar siseando a su alrededor. El Selene alzándose y bajando con las olas. Un sudor frío empezó a formarse en su cara y le invadió una oleada de náuseas. Intentó concentrarse en el horizonte como punto de referencia para estabilizarse, pero al cabo de unos momentos echó la cabeza hacia delante y se inclinó por encima de la borda, vaciando por completo el estómago en los chorros de espuma blanca. Acabó de escupir todo el vómito, se limpió la boca y luego se volvió hacia la cubierta, agarrándose a la barandilla como si le fuera la vida en ello.

–¿Ya estás mareado? –dijo Leito, sonriendo ampliamente.

–Que se jodan los dioses –gruñó Telémaco–. Mi cabeza...

El segundo de a bordo soltó una carcajada.

–Si piensas que esto es malo, espera a que lleguemos al Euxino. Puede ser muy duro por allí. Entonces sabrás de verdad lo que es estar mareado.

Telémaco se agarró el estómago, temiendo ya la perspectiva de pasar varios días en el mar.

–¿Es peor que esto?

–Mucho peor. –Leito le dio una fuerte palmada en la espalda–.

No pongas esa cara. Te acostumbrarás enseguida. Además, cuando estemos en alta mar, que haya mala mar será la menor de tus preocupaciones. Hay muchos piratas en los mares que rodean Moesia.

–¿Y no nos protegerá el ejército?

–No hay ninguna esperanza en el Hades. El Euxino es el culo del Imperio. Los romanos no se molestan en patrullar toda la zona, dejan que los locales se arreglen con el problema. Pero éstos no tienen ni dinero ni flota suficiente para patrullar con efectividad las aguas, así que los piratas se han hecho los amos del lugar. Si nos encontramos a alguno de esos hijos de puta por el camino, que los dioses nos ayuden.

Telémaco iba a replicar, pero el Selene cabeceó de repente, provocándole otra oleada de náuseas. Se tuvo que inclinar de nuevo por encima de la barandilla, con violentas arcadas. Cuando se le pasó un tanto el nuevo ataque de mareo, levantó los ojos y miró hacia el puerto, el viento salado agitándole el pelo y pinchando sus mejillas. Temporalmente se olvidó de la turbación que le atenazaba las tripas y del martilleo de la cabeza, y una curiosa mezcla de temor y emoción se arremolinaron en su pecho. Se iba de casa por primera vez, en un barco lleno de desconocidos, con destino a uno de los rincones más alejados del Imperio. Era una oportunidad para seguir las huellas de su padre y llevar una vida de aventuras en el mar. Una oportunidad que estaba decidido a aprovechar. Echó una mirada final al puerto. Luego se volvió y miró hacia delante, hacia donde el Selene se movía por las aguas abiertas que había más allá.

CAPÍTULO CUATRO

Los primeros días a bordo del Selene pasaron de una manera muy poco feliz para Telémaco. Aparte de la inacabable lista de deberes que Leito había reservado para él, el nuevo grumete debía pelear contra los constantes brotes de mareo y los insultos de algunos de los miembros más antiguos de la tripulación cada vez que vomitaba. Todos los días andaba atareado por un lado y otro, vaciando la apestosa sentina, limpiando la cubierta y preparando comidas. Leito tenía el ojo muy agudo e insistía en inspeccionar personalmente su trabajo después de que completara cada tarea. Y el segundo de a bordo nunca dejaba de encontrar algún defecto; siempre tenía alguna observación crítica que exacerbaba el sufrimiento del joven. Pronto, la excitación y los nervios de sus primeros días en el mar dejaron lugar a una profunda melancolía y soledad, y amargamente se maldecía a sí mismo por haber aceptado la oferta del capitán de unirse a la tripulación.

Cada día, después de acabar sus deberes, informaba a Leito, y el segundo de a bordo lo instruía en lo más básico de la navegación. Las lecciones eran un paréntesis muy bienvenido de la inacabable rutina. Aprendía a hacer una gran variedad de nudos y a desplegar y arrizar las velas. Practicaba subir a las jarcias y usar el escandallo para medir la profundidad del mar, en aguas poco profundas, y por la tarde Leito le enseñaba cómo maniobrar el buque con la espadilla y le explicaba el funcionamiento de las velas y los distintos elementos. Telémaco se resistía al principio, ya que encontraba difícil concentrarse con el estómago todavía dando vueltas. Pero después de los primeros días el mareo empezó a desaparecer y cada vez fue cogiendo más confianza, demostrando un entusiasmo y una sed de aprender de sus errores que impresionó incluso al refunfuñón segundo de a bordo.

Al final de cada jornada, la tripulación del Selene buscaba fondear en la seguridad de alguna bahía o cala cercana. Una vez el barco echaba el ancla, los hombres se acercaban a la costa con el pequeño bote que se guardaba en la mitad del barco. Encendían

fuego en la playa y los marineros disfrutaban de una comida caliente antes de retirarse al barco para pasar la noche. Cuando los últimos rayos de sol brillaban en el horizonte, Telémaco arrastraba su cuerpo fatigado hasta un espacio vacío en la cubierta de popa y se echaba bajo el cielo puntuado por las estrellas, con el resto de la tripulación roncando a su alrededor. Nunca se había sentido tan cansado en toda su vida. Ni tan solo. Únicamente Geras hizo algún esfuerzo por hablar con él durante aquellos primeros y solitarios días en el mar. El marinero miró a Telémaco cuando este último se dejó caer en su improvisado lecho de cuerdas enrolladas, al final de un turno muy duro, con los músculos doloridos por el cansancio.

–¿Un día difícil? –le preguntó.

Telémaco lo miró y gruñó.

–No es ninguna vergüenza reconocerlo –continuó Geras–. Algunos simplemente no llegan a acostumbrarse al mar, por mucho que lo intenten. Esta vida no es para todo el mundo.

–No pienso dejarlo –respondió Telémaco, furioso–. Preferiría morir que fracasar.

Geras levantó una ceja, sorprendido por la intensidad de los sentimientos que se transparentaban en la voz del joven.

–¿Y qué te ha hecho aceptar un puesto en este buque? No te ofendas, pero no pareces exactamente un tipo muy ducho en cosas del mar.

–Mi hermano, Nereo. Es esclavo. Juré que ahorraría el dinero suficiente para comprar su libertad.

–¿Y has decidido probar suerte en los barcos?

Telémaco se encogió de hombros.

–Me ha parecido la mejor manera.

Geras hinchó las mejillas.

–Habrías hecho mejor uniéndote a una escuela de gladiadores.

O a una banda de ladrones. Aunque te vaya bien como marinero, pasarán años antes de que puedas guardar tanto dinero.

–Tengo que probar algo. Para liberar a mi hermano.

–Vale, de acuerdo –bostezó Geras–. Yo me gastaré mi paga en putas y bebida. Hay mucho de ambas cosas en Moesia. La gente de allí es bastante mala, pero las mujeres conocen un par de trucos interesantes. Si quieres hacerte un favor, hazles una visita. Te animarán mucho.

Telémaco sonrió, medio descorazonado.

–Gracias. Pero tengo que ahorrar cada sestercio que gane. Aunque me cueste años, tendré que empezar de alguna manera.

–Pues nada, que te aproveche, chico. Pronto cambiarás de opinión, cuando veas lo caprichoso que puede ser el mar.

–¿Qué significa eso exactamente?

–No vale la pena mirar demasiado hacia el futuro, eso es todo. El mar puede llevársenos, a cualquiera de nosotros, en cualquier momento. Ser marinero es mejor que ser destripaterrones, pero este trabajo es mucho más arriesgado que otros, y todos los chicos de la tripulación conocen a alguien que se ha perdido en el mar. Si me preguntas mi opinión, yo diría que será mejor que te olvides de tu hermano y disfrutes de la vida, mientras puedas.

Telémaco negó con la cabeza.

–No, no puedo. Nereo es la única familia que me queda, y le debo la vida.

Al octavo día, el Selene pasó a través de los estrechos que hay entre Tracia y Bitinia y entró en el mar Euxino, donde una oscura franja de nubes se espesaba a lo largo del horizonte oriental. Mientras cumplía con sus obligaciones, Telémaco detectó una tensión en el aire, entre los marineros. Incluso Clemestes parecía nervioso. El capitán estaba de pie en la cubierta de proa, comprobando constantemente el horizonte mientras navegaban hacia el noroeste, a lo largo de la costa, hacia Odessus, buscando

cualquier señal de aquellos piratas que se sabía que atacaban a los barcos mercantes. Leito estaba de pie junto a él, contemplando el azul horizonte.

–¿Estamos en peligro? –le preguntó Telémaco.

Leito se encogió de hombros.

–No más que cualquier otro barco. Las aguas por aquí son bastante traicioneras. Los piratas estarán navegando pegados a la costa, igual que nosotros.

Telémaco intentó no parecer alarmado.

–¿No deberíamos alejarnos de la costa, entonces?

–No con estas aguas tan malas. Es demasiado peligroso. Tenemos que mantenernos cerca de la costa por si acaso. El tiempo no es demasiado prometedor, ahora mismo.

–De modo que, si navegamos demasiado lejos de la costa, nos quedaremos atrapados en una tormenta, pero, si navegamos más cerca, existen muchas posibilidades de que tropecemos con piratas, ¿no es así?

Leito sonrió débilmente.

–Veo que ya vas aprendiendo, muchacho. No nos aburrimos ni un momento en el mar.

–Es una forma de decirlo...

Telémaco miró hacia atrás, hacia el horizonte allá donde el mar parecía acabar, sintiéndose más nervioso que nunca. Dormir al raso en los suburbios de El Pireo había supuesto una existencia deprimente, pero las únicas amenazas provenían de algún mendigo ocasional que se peleaba con él por algún resto de comida y de los insultos que le gritaban algunos de los habitantes peor hablados de la ciudad. Ahora se enfrentaba con un peligro detrás de cada rincón.

Por la tarde, el viento empezó a arreciar, y luego viró salvajemente. El humor entre los marineros empeoró cuando vieron

un banco de nubes oscuras que se cernía sobre el barco. Por el rabillo del ojo, Telémaco se dio cuenta de que Leito miraba con angustia hacia el agua, con la mandíbula tensa.

–¿Qué pasa? –preguntó.

El segundo de a bordo entrecerró los ojos, mirando las nubes.

–Parece una tormenta. Y de las grandes. Se mueve deprisa. Estará enseguida encima de nosotros.

Telémaco siguió la vista del marinero. El horizonte había desaparecido detrás de una cortina de un gris oscuro, de una anchura de varios kilómetros, borrando casi el sol mientras el viento aullante y la lluvia los azotaban. Clemestes estaba de pie en la cubierta de popa, con la cara tensa por la concentración, clavando la mirada en la tormenta, que se movía con rapidez, y dio la orden de alejarse de tierra.

Telémaco se volvió a Leito y señaló la línea de costa, a no más de un kilómetro y medio de distancia.

–¿Por qué no nos dirigimos hacia la costa?

Leito sacudió la cabeza.

–Necesitamos algo de espacio de maniobra si queremos evitar que el viento nos estrelle contra las rocas. –Escupió en cubierta y miró la neblina sucia que corría hacia ellos–. Parece que tendremos que aguantarla.

Menos de una hora después, la tormenta los golpeó con terrible ferocidad. Un viento rabioso azotó el mercante, seguido por un torrente de lluvia gélida. Las gotas heladas golpeaban incesantemente la cubierta, salpicando a la tripulación y empapando sus túnicas. Telémaco se agarró a la barandilla desesperado, con la lluvia pinchando su piel mientras el buque cabeceaba y se balanceaba. A su alrededor, los marineros se sujetaban donde podían con denuedo, escudándose del diluvio mientras las olas se estrellaban a su alrededor. Miró hacia arriba; el viento conducía el barco hacia la costa, que ahora parecía

peligrosamente cercana, y, aunque sólo había pasado algo más de una semana en el mar, de inmediato comprendió el peligro.

–¡Todos los marineros! –aulló Clemestes, con la voz apenas audible por encima del gemido del viento en las jarcias–. ¡Aferrad las velas! ¡Fondead!

Leito gritó también a los marineros. Varios de ellos treparon por las jarcias y luego se fueron moviendo a lo largo del penol, trasladándose a sus puestos con dificultad debido al viento y la lluvia incesantes. Al mismo tiempo, un puñado de hombres corrieron hacia la proa para aferrar la trinquete. Telémaco ocupó su lugar con el resto de los marineros, preparados para soltar el ancla. En ese momento, el Selene se inclinó de costado, y un grito penetrante atravesó el aire. Telémaco se agarró frenéticamente a la barandilla y levantó la vista. Androcles había perdido pie y ahora colgaba de la verga, con los brazos envueltos en torno al mástil y las piernas suspendidas en el aire. El siguiente marinero en la fila empezó a avanzar hacia él, poco a poco, pero entonces el barco se inclinó mucho hacia delante y Androcles se cayó, aullando, en el abismo del agua. Los gritos acongojados del marinero callaron en seco, abruptamente, cuando el mar se lo tragó y lo hundió bajo las olas grises. Varios de los tripulantes miraron el sitio donde había caído, en busca de alguna señal de su camarada, pero no había ninguna.

–¡Telémaco! –gritó Leito. Señaló hacia la obencadura–. ¡Sube y echa una mano! ¡Ahora!

El miedo atenazó al grumete durante un momento pasajero al levantar la vista hacia el penol. La idea de trepar por las jarcias en tan malas condiciones lo aterrorizaba. Pero comprendió la urgencia de la situación, así que dejó a un lado el miedo y empezó a subir por los flechastes, decidido a no decepcionar a sus compañeros. El viento aullaba a su alrededor, tirando de su túnica mientras él avanzaba, esforzándose por no mirar hacia abajo. Los demás marineros estaban repartidos por la verga, y el hombre más alejado del mástil ocupaba el lugar de Androcles. En cuanto todos los hombres estuvieron en sus puestos, Clemestes dio la orden y la tripulación aferró la vela. La lluvia los azotaba sin misericordia. Todo lo rápido que pudieron, recogieron los dobleces, que

gualdrapeaban salvajemente, y los ataron al penol. Telémaco ató las tiras de cuero tal y como Leito le había enseñado. Un momento más tarde, los hombres que estaban en la cubierta de popa dejaron caer el ancla de popa, soltando cable hasta que las uñas se engancharon en el lecho marino, y el movimiento del buque poco a poco empezó a estabilizarse. Telémaco bajó por las jarcias con los demás marineros. Jadeaba para recuperar el aliento cuando cayó en la cubierta, barrida por la lluvia.

Leito le hizo una señal con la cabeza, a regañadientes.

–Buen trabajo, chico. Al final conseguiremos hacer de ti un marinero.

–¿Y ahora qué? –gritó Telémaco.

–Esperaremos a que la tormenta se deshaga sola.

–¿Y cuánto tiempo le costará?

–Pues todavía un buen rato –dijo Leito–. Horas, diría yo. Todavía no ha pasado lo peor.

Telémaco hizo una mueca ante aquella perspectiva, pero no había tiempo para descansar. Con el barco balanceándose sobre el ancla, Clemestes ordenó a la tripulación que empezaran a achicar. El cable del ancla tiraba con fuerza y el barco temblaba, y los hombres, con grandes dificultades para mantener los pies firmes, escalaban como podían la cubierta. Por turnos iban achicando el agua que había anegado con rapidez la sentina, mientras el resto de la tripulación aseguraba el barco y ataba una lona impermeabilizada por encima de la entrada de la bodega. En cuanto hubieron acabado sus obligaciones, se acurrucaron al abrigo de la barandilla de proa, temblando, con las túnicas empapadas. Unos pocos murmuraban plegarias a los dioses. Otros miraban añorantes hacia la costa, deseando encontrarse al abrigo de un puerto o una cala resguardada.

La oscuridad fue creciendo a su alrededor, pero la tormenta no mostraba señales de calmarse. Durante toda la noche, los vientos y la lluvia azotaron al Selene y a su tripulación. No había esperanza

alguna de dormir, ya que los marineros se vieron obligados a trabajar toda la noche para achicar el agua de la sentina. Las horas pasaron lentamente para Telémaco, y su terror agudizaba más y más con cada sacudida del barco o cuando las jarcias y las cuadernas gemían bajo la tensión de la tormenta. La noche pareció eterna, y cada momento traía un tormento nuevo para el grumete, que temía que el barco se deshiciera o que el cable del ancla se partiera por la tensión, haciendo que el Selene y su tripulación quedaran completamente destrozados en la costa rocosa de Tracia. Pero el cable aguantó.

A la mañana siguiente, finalmente, la tormenta cedió, el viento se fue calmando hasta quedar convertido en una suave brisa y el sol empezó a atisbar por encima del horizonte. Pronto la lluvia cesó y el sol asomó por un hueco entre las nubes, sombreando las montañas distantes con un color dorado e intenso. La furia implacable de la noche anterior se vio sustituida por el suave y repetitivo chapoteo de unas olas aceitosas contra el casco del barco y el agua que goteaba del cordaje. Los marineros, helados, cansados y hambrientos, cumplieron arrastrando los pies cuando Clemestes ordenó una inspección completa del barco. Éste iba anotando cualquier daño en una tablilla encerada, para poder llevar a cabo las reparaciones en cuanto alcanzaran el puerto de Tomis.

–¡Telémaco! –lo llamó Clemestes–. Trae algo de comida para los chicos. No podemos hacer que larguen las velas con el estómago vacío, y menos aún después de la noche que hemos pasado.

–¡Sí, capitán!

Asintiendo con entusiasmo, Telémaco corrió a la escotilla de popa y desató los cabos atados en torno a las cornamusas. Al bajar las escaleras, notó que algo brillaba en la bodega de carga. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se quedó helado.

Cientos de fragmentos de arcilla yacían repartidos por toda la bodega, en medio de una papilla chapoteante de arena y vino. Trozos de cuerda se esparcían entre las piezas rotas. Telémaco miró a su alrededor y se dio cuenta, consternado, de que la mayoría de las ánforas se habían soltado y estaban rotas, derramando su precioso contenido por la bodega. Sólo un puñado seguían intactas.

–¡Date prisa, chico! –gruñó Leito, bajando a la bodega–. ¿Por qué tardas...?

Se detuvo en seco al ver el desastre.

–Mierda –murmuró, con una mirada de pánico en el rostro–. Espera aquí.

Se volvió y subió corriendo las escaleras, al tiempo que llamaba al capitán. Un momento más tarde volvió con Clemestes. Varios marineros lo seguían con rapidez, curiosos por ver a qué se debía todo aquel escándalo. Clemestes se quedó como atontado, clavado en su sitio, al comprobar el daño que había sufrido su valiosa carga. Su rostro se arrugó con una expresión de amarga frustración y desesperación.

–¿Qué ha ocurrido, en nombre de los dioses? –gruñó.

–Han debido de soltarse durante la tormenta, capitán –le respondió Geras.

–Pero... ¿cómo? –lo interrumpió Leito. Meneó la cabeza–. Estas ánforas se supone que estaban más atadas que el culo de una virgen vestal. No tendrían que haberse soltado. Ni siquiera con la tormenta.

Syleo, que estaba entre los demás marineros de pie, se removía, incómodo.

–Son las cuerdas... Esas hijas de puta debían de estar desgastadas...

Telémaco iba a hablar, pero vio que Syleo lo fulminaba con la mirada y rápidamente cambió de opinión. Mantuvo la boca bien cerrada.

–No importa. La carga está perdida. –Clemestes miró con desánimo las ánforas rotas–. Esto va a ser mi ruina. Tuve que pedir prestado dinero al mercader para pagar mi mitad del envío. Ahora, todo ha desaparecido.

* * *

Cuando, cinco días más tarde, el mercante llegó a Tomis, se deslizó hacia el pequeño malecón. Después de tirar por la borda las ánforas rotas, la tripulación se había dedicado a salvar las pocas que todavía permanecían intactas y a asegurarlas bien a los estantes. Los hombres estaban de un humor sombrío mientras recogían los remos y arrojaban el extremo de las amarras a los trabajadores que estaban de pie al borde del muelle. Normalmente habrían saludado su llegada a un nuevo puerto con entusiasmo, ansiosos de gastar su paga duramente ganada degustando los dudosos entretenimientos que ofrecía la ciudad. Pero la muerte de Androcles, junto con la pérdida de gran parte de la carga, habían aplastado su espíritu. Telémaco había pensado brevemente en informar al capitán de que Syleo no había asegurado adecuadamente el vino, pero, poco después del incidente, el marinero lo había llevado a un lado y le había amenazado con cortarle la garganta si decía una sola palabra de lo que había presenciado en El Pireo. De modo que el grumete guardó silencio.

Mientras el Selene se iba acercando al malecón, los trabajadores del puerto largaron las amarras y las aseguraron a los postes que se encontraban a lo largo del embarcadero, acercando así el mercante. Entonces Leito gritó que bajaran la pasarela, y un par de marineros la deslizaron por encima del costado de estribor del barco, hacia el muelle. En cuanto el barco estuvo asegurado, Clemestes dio permiso para que la mayoría de la tripulación bajara a tierra y ahogase sus penas en las tabernas cercanas. Telémaco deseaba unirse a sus compañeros, pero Clemestes le pidió que se quedara para ayudar a los estibadores a descargar las pocas ánforas que habían sobrevivido.

A medida que se iba instalando la oscuridad sobre Tomis, una figura corpulenta con varios anillos de oro en los dedos avanzó resueltamente por la pasarela y se dirigió hacia Clemestes, que estaba en la cubierta de popa.

–¡Capitán! –lo llamó el hombre, jadeando por el esfuerzo de subir a bordo del barco. Hizo una pausa para coger aliento–.

¿Dónde está el resto de mi vino? –continuó, señalando las ánforas descargadas–. Aquí no veo más que un cuarto del envío.

Clemestes se volvió para saludar al hombre.

–Herakleido –tosió y puso cara de dolor–, me temo que hemos tenido algunas dificultades por el camino...

–¿Eh? ¿Qué dificultades? –saltó Herakleido, irritado.

Clemestes bajó la cabeza y respiró hondamente, y luego explicó la situación al mercader, describiendo los acontecimientos de la tormenta y el consiguiente daño de la carga. Herakleido lo escuchaba en silencio, inmóvil, con la cara desprovista de expresión.

–Bien, capitán –dijo, después de que Clemestes hubiera acabado de hablar–. Ciertamente éste es... un giro muy desafortunado de los acontecimientos –esbozó una sonrisa falsa–. Si es cierto...

Clemestes frunció el ceño.

–¿Qué se supone que significa eso?

–Debes reconocer que es un relato de lo más conveniente... ¿Cómo sé yo que no te has limitado a desembarcar parte de la carga en otro puerto, embolsándote así los beneficios para ti solo?

El capitán parecía asombrado.

–¿Me estás acusando de mentir?

–No serías el primer capitán que intenta engañarme. No esperarás que me crea ese camelo de las ánforas rotas, ¿no?

–¡Es la verdad, lo juro por todos los dioses! Pregúntale a cualquiera de mis hombres y te dirá lo mismo.

–No lo dudo –respondió el comerciante, en tono apagado–. Sin embargo, aunque lo que dices fuera verdad, no puedes esperar que te pague una carga que no has conseguido entregarme. Nuestro

acuerdo era por doscientas ánforas de vino mendeo de primera. Entenderás cuál es mi situación, estoy seguro.

El capitán frunció los labios, pero no dijo nada.

–Está también la cuestión de cómo me compensarás –añadió Herakleido.

–¿Compensar? –repitió Clemestes, frunciendo el ceño–. ¿Qué quieres decir?

El comerciante señaló las ánforas.

–Casi todo el envío se ha perdido..., si debemos creernos tu historia. Eso incluye la mitad de tu parte. Una parte que pagaste con dinero que yo te presté. Un préstamo que me tienes que devolver, aparte de lo que le pueda haber pasado al vino.

Las arrugas del capitán se hicieron más hondas.

–¿Y de dónde se supone que tengo que sacar ese dinero?

–Ah, eso no es problema mío –respondió el comerciante–. Pero, si no puedes pagarme lo que me debes, entonces no me dejas otra solución. Me veré obligado a llevar el caso ante el magistrado y pedirle que requise tu barco. –Una leve sonrisa se formó en las comisuras de sus labios–. Pullo es un buen amigo mío. Estoy seguro de que simpatizará con mi situación.

–¡No puedes hacer eso! –replicó Clemestes, sacudiendo la cabeza con ira–. ¡No puedes quitarme mi barco! Es todo lo que tengo. Por favor, tiene que haber alguna otra forma...

Miró suplicante al mercader. La expresión de Herakleido no transparentaba la menor piedad. Entonces, el hombre sonrió levemente y sus ojos se entrecerraron, mientras se acariciaba la barbilla.

–Quizá podría haber una forma de que me pagases tu deuda.

–¿Cómo? –preguntó Clemestes, con la desesperación apoderándose de su voz.

–La otra noche, en una cena, oí unos cotilleos. Algunos de los comerciantes discutían las últimas noticias llegadas de Ilírico. Dime, capitán, ¿has comerciado mucho por allí?

–He desembarcado en Salona unas cuantas veces. No está lejos de la costa iliria. Pero ahora hace años que no hago esa ruta. Son unos hijos de puta, esos ilirios. Es muy difícil negociar con ellos y nunca pagan a tiempo. ¿Por qué?

–Al parecer, ha habido un levantamiento en la región. Uno de los caudillos derrotados de la tribu de los desiciates ha vuelto del exilio y ha empezado a agitar las cosas entre los nativos. El tipo se llama Bato.

–Eso he oído. Algunos capitanes en El Pireo hablaban de ello. ¿No han conseguido aplastar la revuelta los romanos?

Herakleido asintió.

–Tiberio ha despachado una columna de la Quinta Macedónica para restaurar el orden. Han aplastado a los rebeldes, han matado a los líderes y han vendido a los demás como esclavos. Pero la rebelión ha supuesto una gran prueba para el suministro local de grano. La comida es escasa, y la población está hambrienta. –Sus ojos brillaron cuando añadió–: Un cargamento de grano podría cobrarse a un precio muy elevado ahora mismo. Lo suficiente para saldar tus deudas, y para que los dos sacásemos un buen provecho.

Clemestes miró al comerciante con suspicacia.

–Si esta oportunidad es tan lucrativa, ¿por qué no están enviando los demás comerciantes sus bienes a Salona?

–Lo están haciendo. O, mejor dicho, lo están intentando. Pero la mayoría de los envíos no han conseguido pasar. Parece que algunos piratas han oído lo del aumento de la actividad de envíos y han trasladado su base de operaciones al Adriático.

Clemestes asintió, pensativo.

–Es lógico. Siempre están en busca de nuevas rutas para conseguir presas.

–Sí, exactamente. Ahora que se ha corrido la voz de la amenaza de piratas, muchos propietarios de barcos se niegan en redondo a navegar a Salona. O bien cargan unas tasas escandalosas. He preguntado por ahí si alguien puede transportar mis suministros, pero no ha habido suerte. –Herakleido hizo una pausa, y luego continuó–: Por supuesto, todo este pánico está elevando más aún el precio del grano. Cualquiera que consiga llegar a Salona sacará un buen precio.

–Ya veo –respondió Clemestes, lacónico–. Mis hombres corren todo el riesgo, y tú te llevas todo el dinero.

–Si quieres expresarlo así, pues sí. Pero te estoy ofreciendo una oportunidad de recuperar tus pérdidas, capitán. Y quizá ganarte un modesto beneficio además, en cuanto me hayas pagado tu deuda. –El comerciante se encogió de hombros–. Otros en mi profesión quizá no serían tan razonables.

Clemestes sopesó la oferta.

–¿Y si me niego?

–Entonces no tendré otro remedio que hablar con el magistrado y pedir como pago que se te confisque el barco.

Clemestes abatió los hombros antes de contestar:

–En ese caso, supongo que no tengo otro remedio que aceptar.

–¡No, capitán, no lo haga! –gritó Telémaco, poniéndose de pie de un salto.

Clemestes y el comerciante simultáneamente se volvieron hacia el grumete, que había estado escuchando la conversación con creciente intranquilidad. Apenas podía creer que Clemestes aceptase una oferta tan peligrosa. No había podido contener más su ansiedad.

–Es demasiado peligroso –continuó, mientras los otros dos hombres lo miraban en silencio–. ¿Qué ocurrirá si nos atrapan los piratas? Que este comerciante pruebe suerte con el próximo barco en el que pueda poner sus sucias manos. No es un buen trato,

capitán...

–¡Calla! –Clemestes lo miró con frialdad–. Tú eres un simple grumete. No te pago para que me des tu opinión.

–Pero, capitán...

–¡Ya basta! –soltó Clemestes–. Si quiero tu consejo, te lo pediré, maldita sea. Y ahora vuelve a tu trabajo y guárdate tus malditas ideas para ti.

La dureza del tono del capitán cogió por sorpresa a Telémaco. Asintió y se volvió, dirigiéndose hacia la proa. Por el rabillo del ojo vio que Clemestes enderezaba la espalda y movía la cabeza con entusiasmo hacia el comerciante.

–Tenemos un trato, Herakleido. Di a tus hombres que empiecen a cargar el grano lo antes posible. Zarparé hacia Salona al amanecer.

CAPÍTULO CINCO

Una brisa intensa del norte soplaba sobre la cubierta del Selene. Telémaco miraba a estribor. En la distancia podía distinguir la débil silueta de la costa iliria, una serie diseminada de islas yermas y calas rotas por una serie de montañas aserradas. Nubes grises colgaban bajas en el cielo y el rugido del mar batía contra la línea de la costa, mientras el barco avanzaba por la costa oriental del Adriático. Había pasado casi un mes desde que el mercante dejó Tomis con su carga de grano en la bodega, y el viaje de vuelta al este había sido tranquilo y sin problemas. Pero, después de pasar los altos acantilados de Dirraquio, el cielo se encapotó y el humor entre los marineros cambió. Algunos entre la tripulación miraban con angustia hacia el otro lado del mar, como si temieran que un barco pirata fuese a atacarlos en cualquier momento. Incluso Leito parecía intranquilo, mirando hacia el horizonte con la misma expresión de preocupación que los demás marineros.

–¿Cuánto falta hasta Salona? –le preguntó Telémaco.

–Pasado mañana, calculo yo –replicó Leito–. Llevamos una buena velocidad, aun con la bodega llena. Simplemente, tenemos que confiar en que aguante este viento. Y rezar para no toparnos con los piratas.

–Os voy a decir una cosa, chicos: no puedo esperar a llegar allí –dijo Syleo, frotándose las manos con anticipación, mirando a sus compañeros–. En cuanto atraquemos, vino y mujeres a placer.

–Mientras no nos encontremos con ningún problema por el camino... –respondió Leito con brusquedad.

Syleo hizo un gesto hacia el horizonte.

–Mira a tu alrededor. No hay señal alguna de peligro. Este trozo de mar está más vacío que el corazón de un banquero.

–Por el momento. Pero esos hijos de puta están ahí fuera, eso es

seguro. El capitán Néstor y los suyos llevan años aterrorizando estas aguas.

–¿Néstor? –repitió Telémaco, frunciendo el ceño.

–El líder de una de las bandas piratas que operan a lo largo de esta costa –explicó Leito–. Solía ir con una banda de forajidos por los alrededores de Larissa, y luego decidió que podía conseguir más dinero en el mar. Sus hombres son los cabrones más crueles de este lado de El Pireo. Fíjate en lo que te digo: es mejor que no te capture su gente.

–No tendremos problemas –replicó Syleo, en tono displicente–. Nadie ha visto ni oído hablar de Néstor desde hace meses. Confía en mí, dentro de unos días estaremos celebrándolo en Salona.

–Ojalá tengas razón... Por el bien de todos nosotros.

Syleo se volvió y atravesó la cubierta para acabar sus deberes, intercambiando bromas con los demás marineros. A pesar de las obvias amenazas que los esperaban en el Adriático, seguían entregados a sus tareas con una actitud despreocupada. Telémaco los envidiaba en secreto, deseando poder olvidar la amenaza pirata tan fácilmente como lo hacían otros hombres. Sólo Leito y los marineros más experimentados parecían compartir sus preocupaciones por la posibilidad de un ataque.

–¿Qué haremos si los piratas nos encuentran? –preguntó, volviéndose al segundo de a bordo.

–Pues tendremos que hacer un esfuerzo para huir de ellos. –Leito se encogió de hombros–. Llevamos peso de más. Incluso los gilipollas que apuestan por el equipo azul, en el Circo Máximo, podrían derrotar a este barco en una carrera, y todo el mundo sabe que los aurigas más inútiles son los que corren por los Azules.

Telémaco apartó la vista y miró hacia el agua, y un nudo de intranquilidad le tensó el estómago. El oleaje era fuerte, y el barco mercante se alzaba con cada ola para luego caer de nuevo en el seno del mar, mientras la quilla cortaba el agua con rapidez. Hacia el este, la línea de la costa se desvanecía lentamente de la vista

mientras ellos se dirigían hacia el norte; hasta que las montañas desaparecieron lo único que se pudo ver fue el borde infinito del horizonte.

–¡Ah, de la cubierta! –aulló Geras desde el tope del mástil–. ¡Vela a la vista, capitán!

Clemestes salió de su camarote y se encaminó hacia el mástil, estirando el cuello. Geras tenía un brazo envuelto en torno al tope para asegurarse, con el otro brazo levantado. El capitán bajó la mirada y entrecerró los ojos, mirando en la dirección hacia la que señalaba el vigía.

Telémaco siguió su línea de visión, buscando cualquier señal de la vela. Pero en realidad no vio nada, excepto la superficie agitada del mar y de las nubes, que iban en aumento.

Clemestes se llevó las manos en torno a la boca.

–¿Cuántos, Geras? –aulló.

–Una sola vela, capitán. A unas tres millas.

–¿Y hacia dónde se dirigen?

Hubo una breve pausa, y luego Geras informó:

–Se acercan a nosotros. Parece que vienen de la costa.

–¿Piratas? –preguntó Telémaco en voz alta.

La frente de Clemestes se frunció.

–Quizá. O a lo mejor simplemente es otro barco mercante.

–¿Por aquí? –Leito levantó una ceja–. Apenas nos hemos encontrado con ningún otro barco en los últimos días. La mayoría evita esta ruta, como dijo el mercader. Tienen que ser piratas. Debían de estar escondidos en una de las ensenadas, esperando una presa. Deberíamos dar la vuelta.

Clemestes frunció los labios. Su rostro, encarado hacia el

horizonte, mostraba el puro retrato de la indecisión.

–No –dijo, después de una pausa–. Está demasiado lejos para estar seguros. Por ahora mantendremos el rumbo. Cuanto antes lleguemos a puerto, mejor. Especialmente con este tiempo, que parece que va a empeorar. No podemos permitirnos quedar atrapados en otra tormenta.

–Si es un barco mercante, ¿por qué se dirige recto hacia nosotros? Sabemos que los piratas acechan en estas aguas, capitán. Deberíamos dar la vuelta y alejarnos de ellos ahora que todavía podemos.

Clemestes se volvió hacia el segundo de a bordo y lo fulminó con la mirada.

–¡Este barco es mío! Yo soy el capitán. Y no cambiaremos de rumbo a menos que haya una buena razón para ello, maldita sea. ¿Comprendido?

–Sí, capitán –respondió Leito, con los dientes apretados.

–Bien. –Clemestes se puso tenso, y luego levantó la vista hacia el vigía y gritó–: Mantenlos vigilados, Geras. Llámame en cuanto veas algo más.

–Sí, capitán.

Clemestes se apartó y miró más allá del oleaje de su barco, con la mandíbula apretada y todos los músculos retorciéndose por el nerviosismo. Telémaco se inclinó por encima de la barandilla en busca de alguna señal del barco que se aproximaba. Durante un rato no vio nada. Una hora después, le pareció distinguir la diminuta forma de una vela, apenas visible en el horizonte mientras el Selene remontaba la cresta de una ola. Cuando el mercante se volvió a hundir otra vez, el triángulo desapareció de la vista.

Un momento más tarde, Geras llamó desde el tope.

–Veo el casco ahora, capitán. Es más pequeño que el nuestro. Lleva un gallardete en el mástil.

–¿De qué color? –gritó Clemestes.

Geras dudó antes de responder, y el nerviosismo de su voz resultó aparente a todos los que estaban en cubierta.

–Negro, capitán.

–¿Negro? –repitió Clemestes, alarmado. El color desapareció de su rostro–. Mierda...

–Piratas –murmuró Leito. Se golpeó el muslo con el puño–. ¡Lo sabía, joder!

Automáticamente, Clemestes se apartó de sus hombres para ocultar su reacción; cerró las manos formando puños y murmuró maldiciones, en voz baja. El momento pasó y consiguió rehacerse.

–¿Cuáles son tus órdenes, capitán? –preguntó Leito.

–Tendremos que dar la vuelta e intentar escapar de ellos –dijo Clemestes. Y lanzó un grito al timonel–: ¡Dimeto! ¡Vira!

El nubio tiró con fuerza de la caña del timón a babor, volteando la proa del mercante de modo que apuntara hacia el lado opuesto de donde estaba el barco pirata. Al mismo tiempo, Leito comenzó a dar órdenes a la tripulación para que soltaran los rizos. Telémaco y otros marineros corrieron a sus puestos frente a las jarcias, mientras el resto subía a la obencadura. Los hombres se fueron repartiendo precariamente por el penol. A un grito del segundo de a bordo, los hombres se inclinaron y soltaron los nudos que mantenían las velas arrizadas, dejando que la vela mayor se extendiera en todo su tamaño. Se oyó un chasquido atronador, y las escotas oscilaron como serpientes bajo el viento susurrante, justo cuando en cubierta los marineros empezaban a halarlas y asegurarlas en unas cornamusas.

El Selene se escoró primero bajo el viento y luego se lanzó hacia delante, trepando por encima de una ola tras otra. Parecía que se movían con rapidez, pero, cuando Telémaco miró por encima de su hombro, se quedó conmocionado al comprobar que el barco pirata se había acercado muchísimo a ellos. Su vela estaba ahora a

plena vista, y el navío se abría camino por las aguas directamente a popa del mercante. Se volvió hacia el segundo de a bordo, con el corazón latiéndole con furia.

–¿Nos cogerán?

–Sí. –Había fatalismo en la voz de Leito cuando siguió hablando–: El Selene es un pájaro bastante duro, pero está construido para tener un buen tamaño, no velocidad. Los piratas prefieren naves más ligeras, y no podemos soltar más rizos. Nos alcanzarán enseguida.

Telémaco sintió un temor espantoso en la boca del estómago.

–¿Y entonces qué vamos a hacer?

El segundo de a bordo se encogió de hombros.

–Seguir manteniendo el rumbo y rezar para que el tiempo cambie. Podemos manejar el mal tiempo mejor que un barco más pequeño.

–¿Y si eso no funciona?

–Entonces intentarán abordarnos, y tendremos que coger las armas que podamos para defender nuestra vida. –Leito sonrió torvamente–. No nos dejaremos abatir sin luchar.

Telémaco se sintió consolado por las bravuconadas del segundo de a bordo, pero silenciosamente maldijo las dudas de Clemestes y se preguntó por qué el capitán no se había dado la vuelta y había echado a correr nada más ver la vela del enemigo. Al menos entonces el mercante habría tenido una oportunidad de escapar. Ahora estaban a la merced de los elementos y de la decisión de los piratas a la hora de cazar su presa.

Durante la hora siguiente, los marineros siguieron apiñados a lo largo de la popa, apoyados en la barandilla, estirando el cuello para observar cómo el barco pirata se acercaba cada vez más. Clemestes recorría la cubierta de un lado a otro, haciendo pausas para mirar hacia arriba, a la vela mayor, muy tensa bajo el fuerte viento del este. Pero los piratas continuaban acercándose, y Telémaco supo

que sólo era cuestión de tiempo que alcanzaran al mercante.

De repente, Clemestes se volvió al segundo de a bordo.

–Saca las armas, Leito. ¡Ya! Distribúyelas entre los más fuertes. El resto de la tripulación tendrá que usar lo que tenga a mano.

–Sí –respondió Leito, en tono grave–. ¡Todos los marineros! –gritó–. ¡Preparados para rechazar el abordaje!

Un torbellino de actividad invadió la cubierta. Los hombres se movían con silenciosa desesperación, preparando cómo defenderse contra el ataque de los piratas. A una orden del segundo de a bordo, dos de los marineros bajaron corriendo a la bodega. Volvieron unos momentos después cargados de un pequeño baúl de madera que contenía un puñado de espadas cortas y dagas, muchas de ellas en muy mal estado. Los marineros empezaron a tender las armas a los hombres más robustos de la tripulación, mientras otros cogían las cabillas sobrantes, bicheros y cualquier otra arma improvisada que podían encontrar. Telémaco miró con creciente temor hacia el barco enemigo, con su vela a todo ceñir. Los piratas estaban cada vez más peligrosamente cerca del mercante.

–¡Muévete, maldita sea, chico! –le gritó Leito–. ¡Coge una puta arma!

Telémaco buscó desesperadamente por cubierta y cogió una de las cabillas, y luego echó a correr para unirse al grupo de los marineros que estaban reunidos en torno al mástil, preparándose para la batalla. Algunos de los hombres menos experimentados temblaban visiblemente, y temió que no fueran capaces de soportar la furia de los piratas durante largo tiempo, una vez subieran a bordo. A menos que pudieran dejar atrás a su enemigo, los hombres del Selene estaban condenados. Se dio cuenta con amargura de que moriría aquel día, a bordo de aquel barco. Inmediatamente, se acordó de su hermano y sintió que le invadía una sensación de pena. Había jurado hacer lo que estuviera en su mano para salvar a Nereo. Ahora se daba cuenta de que había fracasado, y la frustración y la desesperación le golpearon en el pecho.

Un grito resonó desde el tope.

–¡Buque a la vista! –gritó Geras, señalando hacia el oeste–. ¡Por la amura de babor, capitán!

CAPÍTULO SEIS

Clemestes miró hacia el horizonte, entrecerrando los ojos. La mirada de todos los que estaban en cubierta se dirigió hacia el mismo punto. Al cabo de un momento, el capitán meneó la cabeza y levantó la vista hacia el vigía.

–¿Qué ves?

–Ocho velas, capitán... No, nueve... ¡diez! –chilló Geras, extendiendo el brazo por encima de la proa del mercante–. A siete u ocho kilómetros de distancia. Ahora las veo con mayor claridad... ¡Son buques de guerra, capitán!

–¡Gracias a los dioses! –Syleo se volvió hacia los marineros–. Deben de ser los romanos. ¡Estamos salvados!

–¡Silencio! –exclamó Clemestes. Se volvió hacia el vigía–. ¿Hacia dónde se dirigen?

–Van a cruzar ante nuestra proa, capitán. Van en dirección norte. Parece que son seis barcos de guerra y cuatro embarcaciones más pequeñas.

–Debe de ser un escuadrón romano de patrulla –murmuró Clemestes, mirando más allá de la proa del Selene–. Quizá los hayan enviado a ocuparse de los piratas.

Telémaco, que estaba escuchándolo, notó que le invadía una abrumadora sensación de alivio.

–¿Ya está, entonces? ¿Estamos a salvo ahora?

Leito frunció el ceño; miró hacia delante, luego a popa, calculando mentalmente la distancia respectiva entre los piratas, el Selene y los barcos de guerra y la fuerza del viento. Entonces sacudió al cabeza, cansado.

–Me temo que no, chico. Los buques de guerra no nos

alcanzarán a tiempo. Los piratas están demasiado cerca.

Telémaco miró hacia atrás, a su perseguidor.

–¿No podemos ir más rápido?

–No hay oportunidad alguna. A menos que los piratas se desanimen al ver los buques de guerra, nos van a adelantar.

Telémaco se volvió y su alivio se vio reemplazado rápidamente por una puñalada intensa de indefensión. En las calles de El Pireo se había visto obligado a recurrir a su propio ingenio para seguir con vida. Pero en el mar estaba a merced de unos elementos que se hallaban muy lejos de su control y no podía hacer nada salvo mirar desesperadamente a los piratas, que seguían acercándose.

Poco después, Geras llamó a cubierta y señaló hacia los buques romanos.

–¡Capitán! ¡El escuadrón está cambiando de rumbo! ¡Se dirigen justo hacia nosotros!

Clemestes miró por encima de la proa de nuevo. Telémaco aguzó la vista en la misma dirección. Las velas de los buques de guerra se volvían viento en popa, la flota maniobraba hacia el drama que estaba a punto de suceder al oeste. Los romanos corrían para llegar hasta el mercante antes que los piratas, y sus espolones, enfundados en bronce, cortaban grácilmente el mar. Los buques más grandes iban extendiendo sus remos como patas de araña, esforzándose por aumentar su velocidad, aunque estaban todavía a tres millas de distancia. El barco pirata se había acercado a menos de media milla, ahora.

–¿Por qué no se van los piratas y salen huyendo? –preguntó Telémaco en voz alta–. Seguramente pueden ver a los buques de guerra que se dirigen hacia nosotros, ¿no?

–Sí –respondió Leito–. Pero el escuadrón todavía está a cierta distancia. Los piratas tendrán tiempo más que suficiente para abordar el Selene, matarnos, llevarse todo lo que hay en el barco y escapar antes de que lleguen los romanos.

–¡Telémaco! –gritó el capitán, por encima de la conmoción que reinaba en cubierta–. Coge el timón. Mantennos en dirección hacia esos buques de guerra. Nosotros intentaremos mantener a raya a los piratas en lo posible. Eso puede que nos dé el tiempo suficiente para que los romanos nos rescaten.

Era una esperanza vana, y Telémaco notó la desesperación que teñía la voz del capitán. Pero corrió a popa y arrebató el timón de las manos de Dimeto. El nubio asintió y se dirigió a proa, presto a unirse al resto de la tripulación. Uno de los marineros le tendió una pica y los dos hombres ocuparon sus puestos en torno al mástil, junto con el resto de los marineros, dispuestos a enfrentarse con el enemigo.

Telémaco tensó los músculos de sus brazos y centró el timón hacia los buques de guerra romanos, recordando las lecciones que Leito le había dado a lo largo de las últimas semanas. El mercante iba tan rápido como podía, las jarcias susurraban bajo la tensión del viento. Pero no bastaba. La caza proseguía. Cuando miró por encima del hombro, el barco pirata estaba tan cerca que ya podía distinguir a los hombres que se apiñaban en su cubierta. Ofrecían un aspecto terrorífico, con la boca abierta y lanzando un salvaje grito de guerra. Muchos de ellos llevaban una armadura encima de sus túnicas vivamente coloreadas, y blandían hachas o espadas cortas, cuyas puntas relucían sombríamente bajo la pálida luz. Volvió la vista de nuevo hacia delante, y notó una garra helada que le rodeaba el cuello. Leito tenía razón. La distancia entre el mercante y los barcos de guerra era demasiado grande, sencillamente, e incluso los ojos no entrenados de Telémaco podían ver que los piratas llegarían hasta ellos mucho antes de que el escuadrón acudiera en su rescate.

Movió el timón, y entonces vio que el barco pirata había cambiado ligeramente de rumbo. Se proponían atacar al Selene por estribor. Menos de cien pasos separaban ahora a los piratas de su presa. En la cubierta, los hombres provocaban a los marineros en peligro pinchando el cielo con la punta de sus espadas y golpeándose el pecho, anticipando el inminente ataque. Además de los que estaban ya preparados para abordar, un grupo separado cogía ya los ganchos de abordaje, dispuestos para arrojarlos al

mercante en cuanto estuviera a su alcance. Cuando Telémaco volvió a levantar la mirada, los piratas casi se habían colocado borda con borda con el Selene, y los dos barcos se levantaron cuando las olas pasaron bajo sus quillas, y luego se volvieron a sumergir en el seno de las olas.

–¡Vamos, chicos! –aulló Leito, desafiante–. ¡Matad a todos los hijos de puta que podáis! ¡Que no haya piedad para ellos!

Los gritos de los enemigos se transmitían por encima del agua, ya preparados para arrojar los ganchos de abordaje. Al momento siguiente, el barco pirata se alzó en la cresta de una ola que levantó su proa, para después caer con un repentino y violento descenso en picado. La cresta pasó por debajo de la quilla y el agua que subía desplazó la proa del barco hacia el mercante, en ángulo agudo. Cuando Telémaco vio el movimiento por el rabillo del ojo, se dio cuenta exactamente de lo que tenía que hacer para asegurarse de que sus camaradas y él tenían la oportunidad de sobrevivir. Reaccionó al instante. Inclinó el timón hacia un lado, de modo que la proa del pesado mercante empezara a pivotar hacia estribor, hacia el costado del barco pirata, más pequeño. En la cubierta de proa del otro buque, unos cuantos piratas gritaron una advertencia y se prepararon, al darse cuenta de lo que estaba a punto de ocurrir. Un estruendo y un fuerte desgarro resonaron en el aire cuando la proa roma del mercante golpeó y rompió el bao del navío pirata. Éste retrocedió, con el mástil temblando, y el impacto rompió las escotas. En el mismo momento, docenas de piratas volaron por el aire y cayeron en cubierta, aterrizando unos encima de otros. Uno de ellos chilló al perder el equilibrio y cayó por encima de la borda, al mar.

Con la siguiente ola, el Selene rebotó, alejándose del barco pirata, y este último se acercó contra el viento, con sus velas sueltas gualdrapeando salvajemente, perdido todo impulso. Antes de que los piratas pudieran ponerse en pie de nuevo y buscar sus ganchos de abordaje, Telémaco inclinó de nuevo el timón. Lentamente, el mercante empezó a alejarse. Una fresca ráfaga de viento llenó su vela mayor y el impulso lo llevó hacia el escuadrón romano, con el barco pirata dañado en su estela. El grumete miró hacia atrás. Un puñado de piratas había conseguido ponerse de pie y ahora estaban

en cubierta, arrojando jabalinas y flechas al mercante que huía. Pero los proyectiles se quedaron cortos, no dieron en el blanco, sino que se zambulleron cerca en el mar. Pronto, el Selene había conseguido alejarse de los piratas, y los marineros lanzaron vítores de triunfo y gritaron como locos ante su inesperada huida.

Clemestes miró a Telémaco, sonriendo con deleite.

–¡Bien pensado, chico! Así aprenderán esos hijos de puta.

–Todavía no estamos a salvo. –Leito miraba a los piratas con expresión precavida.

–¡Mirad ahí! –gritó otro de los marineros, señalando más allá de la proa del mercante.

Todos los ojos se volvieron hacia los barcos de guerra romanos. Telémaco también, justo cuando el escuadrón se dividió en dos. Media docena de los birremes y un trío de las liburnas más pequeñas cambiaron su rumbo para pasar junto al mercante, en dirección al barco pirata. El de mayor tamaño, que llevaba un gallardete ancho de color morado, puso rumbo hacia el Selene. Dándose cuenta de que el mercante los había burlado, los piratas se apresuraban a arreglar los cabos. Telémaco vio varias figuras diminutas que se ponían a trabajar a toda prisa, asegurando nuevas escotas a la vela, que se agitaba salvajemente. En cuanto hubieron halado las escotas, la proa del barco empezó a balancearse, poniendo al fin la embarcación en dirección con el viento. De inmediato la vela se tensó y, con el viento de popa, los piratas pudieron retirarse a toda prisa hacia mar abierto.

–Están huyendo. –Clemestes soltó un suspiro de alivio audible–. Todo ha terminado. Estamos salvados. Gracias a los dioses.

El barco romano que quedaba siguió en su rumbo directamente hacia el mercante. Telémaco lo examinó atentamente. Era más grande que el resto de su escuadrón, con tres filas de remos a cada lado y una catapulta montada en una torre construida encima del castillo de proa.

–Es un trirreme –explicó Leito, al ver la mirada curiosa en la

cara del muchacho–. Un «tres», como lo llaman en el servicio. Usado como bestia de carga de la marina imperial.

Clemestes arrugó sus rasgos, frunciéndolos profundamente.

–Me pregunto qué querrán de nosotros.

–Parece que pronto vamos a averiguarlo, capitán.

Cuando el barco estuvo más cerca, levantó los remos y ciñó el viento, y Clemestes dio la orden a la tripulación de ponerse al pairo. Al cabo de un momento de pausa, bajaron el esquife por el costado del buque de guerra, y Telémaco se fijó en dos figuras sentadas en la popa, con los cascos y armaduras resplandeciendo bajo el sol, que acababa de abrirse camino en un cielo más claro. El esquife cabeceó sobre las olas. Un par de remeros lo propulsaron a través del espacio que había entre los dos barcos, y poco a poco consiguieron llegar al costado de estribor del mercante. Clemestes gritó una orden, y rápidamente echaron un cabo. Entonces dos figuras uniformadas subieron por el costado del Selene hasta la cubierta, dejando a los remeros en el esquife.

El romano más alto se irguió, con el peto de su armadura brillante bajo su manto largo y rojo, y examinó los rostros de los marineros que se alineaban en cubierta.

–¿Dónde está vuestro capitán? –preguntó en latín.

Clemestes se adelantó rápidamente y tendió la mano.

–¡Bienvenido a bordo! Capitán Clemestes, del Selene, a vuestro servicio. ¿Y tú eres...?

–El tribuno Cayo Munio Canis. –El hombre miró la mano del capitán, pero no se la estrechó–. Prefecto de la flota de Rávena. Éste es Quinto Atio Musca, mi navarca de rango superior –añadió, inclinando la cabeza hacia el oficial delgado y curtido por la intemperie que tenía a su lado. El hombre llevaba un morral, según observó Telémaco.

–Un placer –dijo Clemestes, retirando la mano discretamente.

–Habéis hecho un truco muy bueno, antes –observó Canis–. Inusual, pero altamente efectivo. Deberías considerarte afortunado, capitán. No muchos barcos por estos lares han conseguido burlar a estos malditos piratas.

–No habríamos tenido problemas si nos hubiéramos dado la vuelta antes –gruñó Leito en voz baja, de pie junto a Telémaco.

Ni el capitán ni los oficiales romanos parecieron oír al segundo de a bordo. Canis echó una ojeada a la bodega de carga antes de continuar con tono oficioso:

–¿Y a dónde os dirigíais, cuando os han atacado?

–A Salona –replicó Clemestes–. Tenemos la bodega llena de grano. Esperamos conseguir un precio decente cuando desembarquemos.

El prefecto sonrió.

–Haréis mucho más que eso, imagino. Apenas hay barcos que hayan conseguido pasar las últimas semanas, con los piratas corriendo libremente por la costa, arriba y abajo. Hemos puesto patrullas extra en ambos lados por mar, pero eso no les ha impedido actuar, en absoluto, me temo. Habéis tenido suerte de dar con nosotros.

–Sí. –Clemestes sonrió débilmente–. Gracias.

–¿Cuánto tiempo llevaban siguiéndoos?

El capitán pensó un momento.

–Unas cuatro horas. No mucho más. Los hemos visto poco después de levar anclas y largar vela esta mañana. Han salido de la nada, maldita sea.

–Ya veo –Canis entrecerró los ojos–. Necesitaré que le indiquéis a Musca la situación de vuestro último anclaje. Así podremos tener alguna indicación de dónde está su base de operaciones. Ya va siendo hora de que nos movamos y aplastemos a esa escoria. Últimamente se están volviendo muy atrevidos. Apenas hay barcos

que osen aventurarse por estas aguas por culpa de esos piratas hijos de puta.

Clemestes parecía sorprendido.

–No sabía que la situación era tan grave. Me habían dicho, pero...

–Ah, sí –respondió Canis, amargamente–. Por eso mis barcos tienen que patrullar hasta aquí, a tanta distancia de Rávena. Ya era malo cuando los piratas empezaron a atacar las rutas comerciales, pero ahora también les ha dado por asaltar los puertos pequeños de la costa iliria. Incluso alguna de nuestras patrullas ha sufrido algún ataque. Por eso hemos sabido de ellos.

–¿Qué ocurrió? –preguntó Clemestes.

–Hace un mes, tuve noticias de que un cierto número de buques mercantes no habían conseguido llegar a Salona desde el principio de la estación de navegación. Naturalmente, supuse que se habían hundido en alta mar. Pero, sólo para estar seguro, ordené a un pequeño destacamento que patrullase la costa más lejana y que vigilaran bien. Un birreme y una liburna. Los piratas los sorprendieron y abordaron al birreme, y mataron a la mayor parte de la tripulación. La liburna consiguió escapar y volver a Rávena con las noticias. Desde entonces, hemos intentado aplastar la amenaza pirata. Los comerciantes y los líderes del consejo de Salona están preocupados por los perjuicios para sus negocios, claro. Pero, sencillamente, no tengo los barcos suficientes para cubrir todo el mar.

–Yo pensaba que la flota de Rávena estaba a pleno rendimiento...

–Y yo también –rio Canis–, antes de que me nombraran para la prefectura. Es una flota envejecida. La mayor parte de los barcos fueron capturados en Actium, y Augusto los incorporó a la marina imperial. Ni que decir tiene que algunos de ellos no se han hecho a la mar desde hace años, y los que son más marineros necesitan reparaciones constantes. Ahora mismo sólo podemos disponer de un par de escuadrones a flote. Tenemos los barcos suficientes para

mantener nuestro lado del mar protegido, pero no mucho más.

Leito tosió, tapándose la cara con el puño. Miró a Clemestes, que empezó a hablar:

–Te ruego que me perdones, prefecto, pero ¿cómo se supone que vamos a continuar comerciando si las rutas ya no son seguras?

Un gesto de irritación cruzó por la cara lisa de Canis. Miró desapasionadamente al segundo de a bordo y replicó con tono glacial:

–Puedes estar seguro de que nos ocuparemos de esa escoria pirata como es debido. Sólo es cuestión de tiempo. En cuanto hayamos localizado su base, les asestaremos un golpe fatal. No se perdonará a ninguno de ellos. Todo pirata que se atreva a cazar en estas aguas será eliminado, de una manera o de otra. Tenéis mi palabra.

En los ojos del prefecto, mientras hablaba, brillaba una fría determinación. Clemestes agitó una mano hacia el barco pirata que huía y los barcos de guerra romanos.

–¿Y ésos de ahí? ¿Estaremos seguros?

Telémaco miró a popa. El rápido barco pirata, ya muy pequeño, llevaba una gran ventaja a los birremes y liburnas. Huía viento en popa.

Canis se quedó mirando los barcos y luego se dirigió al capitán:

–Ah, tendré que pensarlo. Al final los cazaremos..., pero, mientras tanto, sugiero que os refugiéis para pasar la noche en algún sitio de la costa. Podréis continuar hasta Salona a salvo en cuanto hayamos capturado a los piratas.

–¿Y cuánto tiempo pasará hasta que limpiéis el mar de esos animales? –preguntó Clemestes–. ¿Meses? Porque yo tengo negocios que hacer y bocas que alimentar... No es factible que tengamos miedo de ser capturados cada vez que dejamos el puerto, señor.

El prefecto sonrió débilmente.

–No tenéis de qué preocuparos. Esos bellacos no irán muy lejos. Nuestros barcos quizá no sean tan rápidos como los suyos, pero están más que decididos a llevar a cabo su tarea.

–¿Y si escapan?

–No, no escaparán. Sin duda, se estarán dirigiendo hacia una de las islas que hay a lo largo de la costa. Ahí los atraparemos. Con un poco de suerte, incluso podremos coger un par de prisioneros y averiguar más.

Asintió hacia Musca, y ambos cogieron un mapa dibujado en un pergamino de cabra y un estilo que sacaron del morral. Canis se volvió hacia Clemestes y señaló el mapa con un gesto.

–Y ahora... Capitán, por favor, si pudierais señalarnos exactamente cuál fue vuestro último punto de anclaje...

Un poco más tarde, Canis y Musca bajaron por el costado del barco en el esquife y volvieron al trirreme. Poco después, el buque de guerra se hizo a la vela y se marchó en la misma dirección que el resto del escuadrón. En la distancia, la vela triangular del barco pirata rondaba cerca del horizonte brillante, por delante de los romanos. Telémaco se quedó de pie junto a Leito, contemplando la persecución lejana con una mezcla de alivio y de aprensión, mientras el Selene se ponía en marcha una vez más.

–¿Crees que los alcanzarán? –preguntó.

–¿Quién sabe? Una cosa es segura, y es que no tenemos muchas posibilidades si volvemos a dar con esa gente. Los dioses puede que no nos favorezcan una segunda vez.

Clemestes agitó la mano desdeñosamente.

–No te preocupes, Leito. Ya has oído al prefecto. Por ahora estamos a salvo. Esos piratas no nos causarán más problemas.

Leito miró angustiado al barco de guerra que se alejaba, y luego cerró los ojos.

–Espero que tengas razón, capitán. Por nuestro bien...

CAPÍTULO SIETE

Aquella misma tarde, el Selene puso rumbo a la costa iliria y, cuando los últimos rayos del sol brillaban en el horizonte, Clemestes dio órdenes a la tripulación de dirigirse hacia tierra. El timonel guio hábilmente el barco de carga hacia una bahía con una costa llena de guijarros, metida entre dos cabos rocosos y estrechos. Más allá, el monte bajo se alzaba en una pendiente empinada hacia una extensión con árboles bajos. Más tierra adentro, un bosque denso se extendía hacia una serie de montañas, en la distancia, que se levantaban de la tierra como puños gigantes. Altos acantilados sobresalían a cada lado de la costa, protegiendo la playa del mar abierto. La bahía parecía bastante pacífica, decidió Telémaco, y se relajó un poco. El mercante siguió avanzando.

Cuando el barco estuvo a corta distancia de la costa, la tripulación recogió las velas y dejó caer el ancla, y el cable rozó conforme iba pasando por el escobén de popa. Clemestes había decidido celebrar su ajustada huida de los piratas con un ánfora extra de vino de la bodega del barco, y los hombres se apresuraron a cumplir con sus deberes, ansiosos de bajar a tierra y servirse unos tragos.

Una vez el barco estuvo bien seguro, los marineros bajaron el bote por el costado, cargado de comida para la cena. Se encendió una fogata para cocinar, bien cerca, en la playa, y se llenaron de vino unos odres de piel, que luego se distribuyeron entre la tripulación. Pronto el aroma exquisito de la carne asada llenó el aire nocturno, y los hombres se sentaron en torno a las llamas vacilantes. Algunos bebían en silencio. Otros intentaban animar la reunión, contando historias de las tierras distantes que habían visitado o discutiendo los méritos respectivos de los burdeles de Alejandría y Gades. Telémaco, sentado en silencio, miraba la negritud creciente más allá del casco oscuro del Selene.

–¡Bebe, chico! –le sonrió Geras. Tendió a Telémaco un vaso lleno de vino hasta el borde–. Toma. Así te crecerán pelos en el pecho. Y en otros sitios también...

Telémaco tomó el vaso y se lo llevó a los labios. Ignorando el potente olor, dio un sorbo indeciso. Aquel mejunje de olor asqueroso le quemó la garganta, y se inclinó hacia delante tosiendo y con arcadas.

–¡Dioses! ¿Qué es esta porquería?

–Vino de Creta –hizo una mueca Geras–. El capitán conoce a un mercader que le hace un buen precio. Es barato, pero sube bien. Mejor que esa mierda aguada de los galos que sirven en las tabernas, en cualquier caso. ¡Salud! –levantó el vaso y brindó, dio un largo sorbo de vino y luego eructó, satisfecho.

–¿Crees que los piratas todavía andarán por ahí? –preguntó Telémaco, mirando hacia fuera, hacia la oscuridad.

–Joder, yo qué sé... –Geras se encogió de hombros–. Probablemente.

–¿Y no te preocupa que nos tropecemos de nuevo con ellos?

–Siempre hay peligro en el mar. Si pasamos todo el día preocupándonos por lo que podría ocurrir, nunca saldríamos de puerto. –Geras agitó una mano hacia los demás marineros–. ¿Por qué crees que vivimos día a día? Sólo los dioses saben lo que sucederá mañana, de modo que podemos disfrutar hoy.

–Supongo que sí.

Geras le dio una palmada en la espalda y se echó a reír.

–Anímate. Tú eres el héroe del momento. No hay muchos que sean capaces de hacer lo que has hecho tú hoy. Se requiere pensar deprisa. Nos has salvado a todos.

Telémaco negó con la cabeza.

–Lo he hecho para salvar a mi hermano.

Geras lo miró de cerca.

–Pues realmente tienes que quererlo mucho.

Telémaco bajó la mirada hacia las brasas y asintió.

–Nereo es el único motivo de que yo esté aquí. Es la única familia que me queda, después de morir mis padres. Haría cualquier cosa por recuperarlo, por volver a ver su cara. –Levantó la vista–. ¿Y tú? ¿Por qué te hiciste marinero?

–Pues no me acuerdo. Llevo en el mar desde que tenía diez años. Mi viejo siempre estaba intentando convencerme de que siguiera sus pasos y me uniera al servicio del Imperio, pero a mí no me convencía nada. Demasiado trabajo duro. Todo ese rollo de «sí, señor; no, señor». Lo único que quería yo era viajar, ponerme borracho como una cuba y disfrutar de la compañía de unas cuantas putas de precio razonable. Cuando averiguó que quería unirme a la tripulación de un mercante, el viejo cabrón me dio la paliza de mi vida. Nunca lo olvidaré.

–Lo siento.

–Que se joda. Ésta es mi familia ahora. Todo esto. Hacerme marinero fue la mejor decisión que he tomado en la vida.

Telémaco sonrió con calidez.

–Estoy empezando a ver el atractivo que tiene. Aunque no diría lo mismo de este vino...

Geras se acercó más a él.

–Has demostrado ser un marinero de primera hoy, chico. De hecho, creo que estás demostrando que vales para esto. –Se tragó las heces de su vino y sonrió ampliamente–. Quizá podamos hacer de ti un gran marino, después de todo.

Tras la cena, la tripulación volvió al barco de buen humor. Sus risas ebrias y sus gritos hacían eco a través de la bahía cuando se echaron a dormir, con los estómagos llenos de vino y comida. Una luna creciente brillaba en el cielo sin nubes, reflejándose en la superficie del agua como mil puntas de espada embotadas. Mientras el Selene se balanceaba suavemente con las aguas calmas, Telémaco se echó en cubierta y levantó la vista hacia las distantes estrellas

que titilaban, notando el cálido abrazo del vino y la fresca brisa del mar. Los demás se durmieron pronto, y la bahía quedó en silencio excepto por sus sonoros ronquidos, los chasquidos de las jarcias y el suave chapoteo del agua contra las rocas.

A pesar de la emoción y el cansancio del día, sin embargo, a Telémaco le resultaba imposible dormir. Por primera vez desde que aceptó un sitio en el Selene se sentía parte de la tripulación, y notaba un poco el profundo vínculo que existía entre aquellos hombres. Quizá Geras tuviera razón. Quizá le esperase un futuro prometedor como marinero.

A medida que fueron pasando las horas, sus pensamientos volvieron hacia su hermano. Se preguntaba cuántos viajes costaría ganar el dinero suficiente para comprar la libertad de Nereo de su amo romano. Al final de la comida, Clemestes lo había llevado a un lado y le había prometido aumentar su paga hasta cobrar lo mismo que un marinero cualquiera, en cuanto desembarcaran en Salona, como recompensa por haber salvado al barco de las garras de los piratas. La noticia había llenado de alegría a Telémaco. Con la paga completa de marinero sería capaz de ahorrar mucho más que con una escasa media paga. Quizás en cuanto Nereo fuese libre, los dos pudieran servir juntos en el Selene. Si trabajaban duro y ahorraban cada sestercio que les sobrara, un día quizá podían conseguir el dinero necesario para comprar un barco propio, igual que había hecho su padre. Y podrían navegar hasta las costas más distantes del Imperio y hacer fortuna...

Sus ociosos pensamientos se vieron interrumpidos por un débil sonido de chapoteo, apenas audible por encima de los ronquidos ebrios y la brisa que susurraba por la cubierta. Se incorporó hasta quedar sentado y aguzó el oído. Cuando lo oyó una vez más, se arrastró hacia Geras y lo sacudió hasta despertarlo. Geras se removió, volviendo a la conciencia, y clavó sus ojos adormilados en Telémaco, arrodillado a su lado.

–¿Qué pasa? ¿Qué ocurre ahora?

–¿Has oído eso? –dijo Telémaco, muy bajo.

–¿Oír el qué?

–¡Escucha!

Geras contuvo el aliento y escuchó. Al cabo de unos momentos se frotó los ojos y se asomó por encima de la borda, entrecerrando los ojos, como guiñándolos en la oscuridad. Telémaco se unió a él, esforzándose por distinguir los detalles de la luna creciente.

–¡Mira! –susurró–. ¡Ahí!

Señaló hacia la oscura masa de la cala que estaba más cerca de la bahía. Geras miró en la misma dirección. Mientras miraban, la silueta negra de un barco surgió de la oscuridad; avanzaba como un fantasma, movido por los remos, hacia el mercante anclado. Habían quitado el mástil de la carlinga para hacerlo menos visible bajo el cielo iluminado por las estrellas, pero a medida que se iba acercando, Telémaco reconoció su elegante silueta del día anterior, y la sangre se le heló en las venas. El barco pirata estaba a menos de cuatrocientos metros.

–¡Mierda! –susurró Geras–. ¡Los piratas! ¡Nos han encontrado!

En la cubierta, los otros bultos dormidos poco a poco empezaron a removerse. Leito se puso de pie e inmediatamente corrió hacia la barandilla, junto a Telémaco y Geras. Clemestes los siguió, adormilado y confuso.

–¿Qué? ¿Qué pasa? –exigió, irritado. De inmediato, al ver al barco que se aproximaba, se quedó helado. Inmóvil, se lo quedó mirando, lleno de sorpresa y horror–. No... –jadeó, sacudiendo la cabeza–. ¡No puede ser!

–Esos hijos de puta han despistado a los romanos –Leito rechinó los dientes–. Deben de haberse escondido en la cala de al lado y nos han visto acercarnos. Y ahora nos tienen atrapados...

Por aquel entonces el resto de marineros ya se había despertado también, y la alarma se extendió rápidamente. Ahora que el elemento sorpresa se había perdido no había necesidad de sigilo alguno, y los remeros incrementaron el ritmo rápidamente. Los remos se dirigían hacia delante, luego hacia atrás de nuevo, y el barco pirata se acercaba al Selene. Telémaco podía ver las figuras

oscuras que se apiñaban en la cubierta de proa, los gruñidos de su comandante claramente audibles por encima del sonido del mar. No había oportunidad alguna de eludirlos aquella vez, se dio cuenta con desesperación. Tendrían que hacerles frente y luchar.

–Prepara a los hombres –dijo Clemestes a Leito–. ¡Ahora!

Leito se volvió y aulló una orden. La tripulación echó a correr a través de la cubierta, agarrando todas las armas que tenían a mano, preparándose de nuevo para enfrentarse a los atacantes. Entre la confusión, el segundo de a bordo agarró un bichero y se lo arrojó a Telémaco.

–Parece que al final tendrás que luchar un poco, muchacho...

Telémaco agarró el mango de madera y corrió junto a Geras hacia el lado de babor, uniéndose al resto de los hombres. Notaba el miedo y la desesperación de sus compañeros. Algunos parecían aterrorizados ante la perspectiva de enfrentarse a los piratas, mejor armados, con las rudimentarias armas temblando en la mano. Otros miraban angustiosamente a su alrededor, como si estuvieran debatiendo en su interior si echarse a nadar hacia tierra, huyendo por seguridad. Las oportunidades estaban en contra de la tripulación del Selene, y Telémaco notaba que el corazón le latía con mucha rapidez dentro de su pecho ante la perspectiva de la batalla inminente. Apretó con fuerza el mango del bichero, y clavó la vista en el barco pirata, tensando los músculos.

En la cubierta de popa del otro buque, el comandante ladró una orden. Los remos se quedaron quietos en el agua, en el último momento. El barco entonces dio la vuelta y se oyó un golpe sordo cuando su proa chocó contra el costado de babor del mercante. Al instante, lanzaron los ganchos de abordaje y las púas de hierro volaron por el aire. Éstas se clavaron en las tablas y los piratas tiraron de los cabos, manteniéndolos bien tensos, y así fueron uniendo los barcos entre sí. Entonces, uno de los atacantes lanzó un salvaje grito de guerra, y la primera oleada de abordaje comenzó a subir a la barandilla y saltar el hueco, aterrizando en la cubierta. Al momento se volvieron hacia los comerciantes.

–¡A por ellos! –rugió Leito.

CAPÍTULO OCHO

Los marineros se arrojaron hacia el enemigo. Todos se enzarzaron en un frenesí de porras que volaban, hachas que asestaban golpes y estocadas de las dagas y espadas. Dos de los tripulantes fueron abatidos al instante. Telémaco cargó contra un hombre con el pecho muy ancho que llevaba una daga curvada. El pirata echó atrás su brazo derecho y lanzó un mandoble en un arco amplio. Telémaco, ágil, dio un salto hacia atrás, esquivando el golpe, y la brillante hoja pasó justo por delante de él. El impulso que llevaba el pirata lo obligó a dar un paso al frente y, con un rápido movimiento, Telémaco saltó hacia delante y lo ensartó con el bichero. Los ojos del hombre se abrieron mucho cuando el gancho le pinchó la carne por debajo de la barbilla y se oyó un leve crujido. Lo sacudió un espasmo y abrió la boca, y luego Telémaco soltó el gancho, desgarrando carne, tendones y músculo. El pirata cayó al suelo, con la sangre manando a borbotones del oscuro boquete que tenía en la garganta.

El grumete se volvió y buscó a su siguiente oponente. A su alrededor, la lucha era brutal contra los piratas, y por encima del sonido de los hachazos y el entrechocar de espadas oyó que Clemestes gritaba animando a sus hombres. A un lado, Dimeto rugía salvajemente, a la par que golpeaba en el rostro a un pirata con una cabilla, golpe que produjo un sordo crujido. Pero la batalla estaba desesperadamente escorada a un lado, y los marineros empezaron a retirarse de la borda, hacia el palo mayor, ya que la fuerza del número de enemigos se empezó a notar. Ya unos cuantos de la tripulación yacían asesinados en cubierta, entre oscuros charcos de sangre, y Telémaco supo que no podrían aguantar mucho más aquel salvaje ataque. En medio del tumulto, vio cómo Syleo dejaba caer el arma y levantaba los brazos. Se rendía. Pero los piratas estaban exaltados, y dos de ellos lo abatieron rápidamente. Los gritos de agonía de Syleo resonaron por todo el barco; desapareció bajo un revuelo de estocadas de las espadas.

–¡Vigila, chico! –gritó Leito.

Telémaco vio un relámpago de acero por el rabillo del ojo y giró rápidamente a su derecha. Un pirata gordo, con la piel oscura y vestido con una coraza de cuero, apuntó hacia él su espada corta, dirigiendo la punta a su garganta. Telémaco, instintivamente, se inclinó hacia delante antes de que el golpe pudiera alcanzarlo, y lo atacó con el gancho, consiguiendo abrir una brecha al hombre en el muslo, desgarrándole la carne. El pirata siseó, lleno de dolor, y se llevó la mano a la herida, y luego lanzó un golpe torpe hacia Telémaco. Este último evitó el golpe con toda facilidad y volvió a apuñalar a su enemigo. Esta vez, su objetivo fue mortal y preciso, y el otro se dobló en dos cuando el gancho quedó enterrado en su ingle. Telémaco retorció el arma y el pirata jadeó de dolor, con el gancho lacerando sus órganos, y luego se desplomó, el mango todavía enterrado en su ensangrentada ingle. Telémaco intentó soltarlo, pero el gancho se había incrustado con gran firmeza en las entrañas del hombre.

Se volvió al oír un grito a su lado, y vio a uno de los marineros en cubierta; la sangre le brotaba del muñón que era ya su brazo. Un enorme pirata se inclinaba hacia él, con un hacha en la mano. Balanceó el arma por encima de la cabeza y la dejó caer sobre la cara del marinero, provocando una explosión de sangre, cartílagos y huesos.

–¡Aquí, hijo de puta! –gritó Telémaco, furioso–. ¡Ven aquí!

El pirata tiró del arma y la liberó antes de volver la cara hacia su joven oponente. De inmediato se le unió otro pirata, que llevaba una hoja curva. Los dos hombres se acercaron, previendo ante ellos a una presa fácil. Telémaco se agachó y agarró la espada del hombre al que acababa de matar, e inmediatamente se dio la vuelta para enfrentarse a los dos piratas que avanzaban hacia él. Por aquel entonces, el suelo de la cubierta estaba embadurnado de sangre y vísceras, y el hombre del hacha casi resbala al arrojarse hacia Telémaco, mientras balanceaba el hacha en un arco maligno hacia arriba. Telémaco se agachó, y el hacha pasó justo por encima de su cabeza, fallando sólo por unos centímetros, y vibró al dar en el mástil con un fuerte chasquido. El portador del hacha luchaba por soltar el arma, y mientras tanto Telémaco saltó y se acercó a él, y lo golpeó con el pomo de la espada en un lado del cráneo. El pirata

gruñó y se tambaleó por la cubierta, hasta estrellarse de cabeza contra el costado del bote que allí guardaban.

En el mismo momento, Telémaco entrevió un leve movimiento a su costado. Se volvió, demasiado tarde para enfrentarse al segundo pirata. El hombre lo acuchilló antes de que pudiera retirarse. El grumete jadeó, lleno de dolor, porque la punta de la espada le había rozado el hombro. Los labios del pirata se entreabrieron en una sonrisa implacable al ver la cálida sangre brotando de la herida de Telémaco, y se dirigió hacia él para rematarlo con su espada. Telémaco retrocedió dando tumbos y resbaló en el suelo ensangrentado; la espada cayó de su mano y rebotó con estrépito en la cubierta. La fuerza del impacto dejó sin aire sus pulmones, asombrándolo momentáneamente. Sacudió la cabeza para aclararla y buscó su arma, pero el pirata se había movido rápidamente y le dio una patada, alejándola antes de que pudiera recogerla. Telémaco levantó la vista y se quedó helado. La punta de la espada del pirata brillaba maligna bajo la luz de la luna, dispuesta para clavarse en él.

–¡No, no lo vas a hacer, joder! –gritó una voz.

El pirata miró a su izquierda. Geras cargaba hacia él con un rugido estremecedor, sujetando con ambas manos una pica. El hombre de la espada se apartó de Telémaco y paró el golpe, desviando la punta de hierro lejos, y luego lo acuchilló con salvajismo. Telémaco agarró su propia espada y, tras agitarla ante él con un movimiento de corte, consiguió dar con el borde en el tobillo del pirata. El pirata aulló cuando la espada le cortó el tendón, destrozándole el hueso del tobillo, y cayó sobre una rodilla, y entonces Geras le dio una patada en la espalda, abatiéndolo en cubierta. Trató de incorporarse otra vez, pero el marinero cayó sobre él antes de que pudiera moverse, y le metió la pica en la parte de atrás del cráneo.

Geras arrancó su arma y se apartó del ensangrentado cadáver. Tendió una mano a Telémaco. Tenía la cara y los brazos salpicados de sangre, y sus rasgos estaban retorcidos con una expresión salvaje y desesperada. Telémaco abrió la boca para darle las gracias.

–¡Ahórratelo para luego! –gritó Geras–. Todavía no hemos

terminado.

Cuando Telémaco se puso en pie, Clemestes aullaba a sus hombres que retrocedieran, y los marineros se retiraban sistemáticamente hacia la popa, mientras los piratas continuaban subiendo por el costado del barco. Mirando a su alrededor, Telémaco se dio cuenta de que sólo un puñado de la tripulación permanecía en pie. El resto yacía derrumbado en cubierta, junto con una docena de piratas. Unos pocos habían intentado correr y saltar al mar, pero el enemigo los había interceptado y matado.

Telémaco permanecía hombro con hombro junto con los demás marineros, mientras los piratas los rodeaban. Los hombres del Selene habían ofrecido una resuelta defensa de su barco, pero ahora el resultado ya estaba decidido. Todo se había perdido. No había nada más que hacer, excepto matar a tantos piratas como fuera posible antes de morir. Cogió aliento, y se preparó para caer luchando.

Cuando ya los tenían encima, una voz los llamó desde detrás de las filas delanteras. A su orden, los piratas se apartaron del estrecho grupo de marineros, manteniendo las armas levantadas, sin dejar de observar a los defensores con recelo. Un momento más tarde se abrió un espacio entre ellos, y se adelantó un personaje con el pelo oscuro. Iba vestido con unos pantalones de cuero y una coraza negra decorada con intrincadas espirales de plata y oro. Llevaba una pesada falcata con el mango de bronce en forma de gancho en la mano derecha.

Todos los ojos se volvieron hacia ese hombre que se abría camino entre los cadáveres que llenaban la cubierta. Se detuvo a unos pocos pasos de distancia y miró al puñado de marineros apiñados en la popa del Selene. Se hizo una quietud sobrenatural, los sonidos de la lucha sustituidos por los gritos de dolor de hombres heridos y moribundos y por la respiración errática de los supervivientes.

–Me llamo Bulla –dijo el hombre–. ¿Quién es vuestro capitán?

Pasó un momento antes de que llegara la respuesta.

–Soy yo. Soy el capitán –dijo Clemestes, adelantándose y levantando una mano temblorosa.

Bulla lo miró. Una ligera sonrisa se formó en sus labios.

–Tus hombres han luchado bien, capitán. Pero ahora todo ha terminado. Dile a tu tripulación que se rinda.

Clemestes dudó brevemente, luego inclinó la cabeza y soltó la pica que llevaba agarrada. Se volvió hacia sus hombres.

–Dejad las armas, chicos.

Hubo una pausa larga, seguida por un sordo estrépito, cuando el resto de la tripulación, de mala gana, siguió el ejemplo de su capitán y arrojó las armas una a una. Hasta que sólo quedó Telémaco. Sujetó su espada un momento más, y luego la soltó. Bulla se volvió hacia Clemestes y gruñó.

–Nunca he visto luchar con tanta fiereza a un barco mercante. Son hombres buenos y duros los que tienes aquí, capitán. Un buen esfuerzo. Creo que me llevaré a los supervivientes a mi barco.

Clemestes sacudió la cabeza, intentando ocultar su miedo.

–Mis hombres son marineros, no ladrones. A ti no te servirán de nada.

–No estoy de acuerdo. –Bulla señaló hacia la multitud de piratas que rodeaban a la tripulación–. Todos mis hombres eran marineros antes, en un momento u otro. Simplemente cambiaron de bando cuando les hice una oferta mejor. Tus hombres no serán distintos.

–¿Y si no nos unimos a ti?

El capitán pirata se encogió de hombros.

–Entonces podéis morir aquí, y pudriros en el fondo del mar. Vosotros elegís.

Clemestes se adelantó un paso y señaló hacia la escotilla de

popa.

–Mira, te voy a hacer una oferta. Quédate nuestro cargamento. Es tuyo... Todo. Incluso el dinero que tengo en la caja fuerte. Pero déjame ir, a mí y a mis hombres. Te lo suplico.

–¿Por qué iba a hacer tal cosa? –preguntó Bulla, frotándose la mandíbula cubierta por un rastrojo de barba.

–Porque ya tienes lo que querías. Lo que perseguías era la carga. No tienes que robarme también a la tripulación.

–No. –Bulla negó con la cabeza–. Estás equivocado. Esta noche he perdido a unos cuantos hombres buenos. Bastantes. Necesito reemplazarlos.

–Mi tripulación no se unirá a tus filas –respondió Clemestes, tensando los músculos del cuello–. Sería mucho más fácil que nos dejaras ir.

–¿Ah, sí? –El capitán pirata arqueó la esbelta ceja y sonrió–. Eso ya lo veremos.

Hubo un súbito brillo, un movimiento, mientras él sacaba el brazo y movía su falcata. El borde curvo formó un arco en el aire y cortó el cuello de Clemestes con un solo y limpio movimiento. La cabeza del capitán mercante cayó y rebotó en el suelo. Su cuerpo siguió erguido durante un instante, pero luego se derrumbó, entre los respingos de horror de la tripulación. Telémaco miró, horrorizado, la sangre que brotaba del corte irregular que era el cuello de Clemestes, y que formaba un charco en torno a su cuerpo sin cabeza.

Bulla se quedó mirando un momento al capitán muerto con desprecio.

–Y ahora, escuchad –empezó a decir entonces, dirigiéndose a los marineros–: vuestro capitán era un idiota. Pero mi oferta sigue en pie para el resto de vosotros. Uníos a mi tripulación, haced un juramento para nuestra causa, y se os perdonará la vida. Aquellos que demostréis vuestra lealtad seréis recompensados con una parte

del botín que recojamos. Negaos, y sufriréis el mismo destino que vuestro capitán. Éstos son los términos. Os sugiero que elijáis más cuidadosamente que él. –Retrocedió un poco y miró a los marineros, esperando su respuesta.

El silencio se abatió sobre la cubierta iluminada por la luna mientras la tripulación rumiaba la oferta. Uno o dos simplemente se quedaron mirando a su capitán muerto llenos de terror, otros observaban a los piratas con desconfianza. Al cabo de unos pocos momentos, Dimeto se adelantó e inclinó la cabeza hacia Bulla. Los otros pronto lo siguieron, uno tras otro. Telémaco vaciló un momento, desgarrado entre su temor a los piratas y la perspectiva de una muerte espantosa. Su instinto de supervivencia ganó al fin, y se unió al resto de la tripulación. Bulla sonrió, satisfecho; se envainó la falcata con un susurro, y luego hizo señas a uno de los otros piratas.

–¡Héctor!

Un veterano gordo y lleno de cicatrices, con el pelo oscuro todo enmarañado, se acercó.

–¿Sí, capitán?

–Llévate a estos hombres a bordo del barco y que hagan el juramento. –Bulla hizo un gesto con el brazo siguiendo la fila de marineros–. Si alguno de ellos se queja..., le cortas la lengua.

Héctor sonrió hacia los tripulantes supervivientes. Su mirada descansó en Telémaco, y en sus ojos se vio una expresión cruel que heló la sangre del joven marinero.

–¿Qué hacemos con este mierdecilla larguirucho, capitán? –gruñó. Hizo un gesto hacia el hombre del hacha asesinado–. Este hijo de puta ha matado a Pasto.

–¿Ah, sí? –Bulla examinó al grumete de cerca. Miró la túnica del chico, llena de salpicaduras de sangre, luego los cuerpos rotos tendidos a sus pies, y levantó una ceja–. Has matado a uno de mis mejores hombres, ¿sabes? –Pensó un momento y después se volvió hacia Héctor–. Bien. Llévalo abajo con los demás.

El pirata con las cicatrices frunció los labios.

–A los hombres no les gustará nada esto, capitán. Pasto era popular entre la tripulación. Querrán que se le saquen las tripas a este pedazo de mierda.

–Pues que se fastidien. Ahora mismo necesitamos a todos los hombres que podamos conseguir. Especialmente los que sepan manejarse en combate.

–Como desees, capitán –replicó Héctor, luchando por disimular su decepción–. ¿Y el barco?

Bulla pensó.

–Vaciadlo del todo, y luego dejadlo a la deriva. Servirá como advertencia para los demás. Cualquiera que coopere con los romanos no merecerá misericordia alguna.

Tras un movimiento de cabeza, Héctor se apartó y comenzó a gritar a sus compañeros de tripulación:

–¿Y bien? ¿A qué cojones estáis esperando? Ya habéis oído al capitán. ¡Coged el botín y cargadlo en el barco!

Los piratas se pusieron a trabajar de inmediato. Varios de los hombres abrieron la bodega de carga, otros se dirigieron al camarote del capitán, bajo cubierta, y el resto se dedicó a registrar los cuerpos de los muertos, para quitarles anillos y otros objetos de valor. Sacaron al exterior sacos de grano y arroz y suministros de las bodegas del barco. Se oyó un crujido intenso cuando uno de los piratas abrió la caja fuerte de Clemestes, y luego hubo un grito de deleite cuando descubrieron las pequeñas pilas de monedas de plata que contenía. Mientras tanto, Héctor empujó a los nuevos reclutas a bordo del barco pirata, con la espada levantada, dispuesto a ensartar a cualquiera que intentara huir.

Cuando se hubo transferido hasta la última parte de la carga, se dio la orden de que los piratas volvieran al barco y los ganchos de abordaje se retiraron. Los hombres pasaron por encima de la borda y abandonaron al Selene con sus muertos.

Con el primer atisbo del amanecer iluminando el horizonte, el barco pirata salió de la bahía, con la bodega cargada con el botín del ataque y una docena de nuevos reclutas. Telémaco estaba de pie en cubierta, con el resto de la tripulación, mirando con desesperación el Selene, que desaparecía lentamente en la distancia. Se permitió un momento de ira ante el abrupto final de su carrera como grumete, que había sido muy breve, y luego puso todos sus pensamientos en el futuro inmediato. Siempre había sido capaz de adaptarse rápidamente a cualquier circunstancia en la que se encontrara, una habilidad que había perfeccionado durante los muchos años de vida en las calles de El Pireo. Su rápido ingenio lo había salvado ya antes. Necesitaría esos instintos más que nunca, si quería sobrevivir a la peligrosa nueva situación en la que se encontraba inmerso.

–¿Qué nos pasará ahora? –preguntó a Geras.

El marinero se encogió de hombros, torvo.

–Imagino que harán lo que hacen siempre las tripulaciones piratas con los marineros que capturan. Nos harán pronunciar un juramento de lealtad, nos meterán entre sus filas y nos harán trabajar en su barco. A menos que anden cortos de dinero. En ese caso, podrían vender a algunos de nosotros como esclavos por unos pocos sestercios. De cualquier modo, nos esperan tiempos duros.

Telémaco tragó saliva.

–Ya veo.

–Se acabó lo de la vida tranquila en el mar... –Geras maldijo entre dientes y meneó la cabeza–. Tendría que haber hecho caso a mi viejo y unirme al ejército. Al menos no estaría rodeado por estos locos.

–Podría ser peor –respondió Telémaco.

–¿Ah, sí? ¿Cómo es eso, chico?

–Bueno, estamos vivos. Eso al menos lo tenemos...

Geras gruñó y apartó la vista.

Telémaco hizo un esfuerzo para pensar con claridad, olvidando el temor creciente que le oprimía el pecho. A pesar de sus apuradas circunstancias, se había ahorrado el destino lúgubre de aquellos tripulantes que habían tenido la desgracia de caer en manos de los piratas. Según Bulla, iban a tener la oportunidad de ganarse un sitio entre sus hombres, y quizá compartir los lucrativos beneficios de saquear los barcos mercantes. Quizá no todo estuviera perdido. Entonces levantó la vista y vio que el segundo de a bordo meneaba la cabeza con tristeza en dirección al mercante distante.

–Es posible que estemos vivos, chico –dijo–. Pero me temo que ahí acaba nuestra suerte. Estamos bien jodidos, pero bien.

–¿Por qué?

Leito indicó el Selene con la cabeza.

–El ejército romano dará con el barco pronto. Y, cuando lo hagan, van a estar más decididos que nunca a dar caza a los responsables.

–Entonces todavía existe una oportunidad de que nos rescaten, ¿no?

El segundo de a bordo contempló el mercante un momento más. Después se volvió a Telémaco con los ojos llenos de aprensión.

–¿No lo entiendes, chico? El prefecto enviará a sus barcos a cazar y aplastar a Bulla y a sus hombres..., incluidos nosotros. Cuando los romanos ataquen, nos veremos atrapados justo en medio de todo el follón, joder.

CAPÍTULO NUEVE

La oscuridad rodeaba el barco pirata, que se deslizaba lentamente hacia la playa. En la cubierta de popa del Tridente de Poseidón, el capitán Bulla miraba la línea de la costa y las montañas distantes que había más allá. Después de navegar hacia el norte, el capitán había decidido fondear a salvo entre las islas y ensenadas de la costa iliria. Estaba oscureciendo, el barco llevaba la bodega llena y viajaba muy bajo por el agua, así que no quería navegar por la noche y arriesgarse a chocar con algún bajío.

Se volvió hacia Héctor. El segundo de a bordo tenía un raro talento en lo que tocaba a matar e infundir terror a otros hombres. Por eso Bulla lo había elegido como segundo al mando, a pesar de sus limitadas habilidades marineras. Llevaban cinco años navegando juntos en el Tridente de Poseidón, dirigiendo a una tripulación de los piratas más sedientos de sangre y violentos que se podían encontrar en todo el Imperio.

–Que los hombres se preparen para bajar a la playa.

–Sí, capitán –respondió Héctor, ásperamente, e inclinó la cabeza hacia el grupo desaliñado de marineros cautivos, que se apiñaban allí cerca. Muchos de ellos llevaban cicatrices recientes de la dura escaramuza de la noche anterior–. ¿Y qué hacemos con esta escoria miserable?

Bulla pensó un momento.

–Los iniciaremos en cuanto hayamos desembarcado. El barco necesita más hombres. Ya es hora de que los metamos en las filas.

* * *

Geras vio apartarse al segundo de a bordo y meneó la cabeza

amargamente.

–Qué hijos de puta estos piratas. Ya estaríamos en Salona ahora, si no hubiéramos dado con ellos. Podríamos estar emborrachándonos a muerte y degustando los talentos locales. Por el contrario, estamos metidos en este cascarón.

Leito dirigió una dura mirada a su compañero.

–Típico tuyo, maldita sea. Nos van a meter, quieras o no, al servicio de los degolladores más notorios de todo el Adriático, y tú preocupado porque echas de menos a unas putas.

Geras se encogió de hombros.

–Era por decir algo...

Telémaco miró hacia la bahía.

–¿Dónde crees que estamos, Leito?

El viejo marinero miró las montañas y se frotó la barba grisácea.

–Hemos pasado Ragusa hace un rato. Ésta debe de ser una de las islas junto a Corcyra Nigra. Parece que vamos a fondear para pasar la noche. Su base debe estar en algún sitio más al norte. Me imagino.

–Quizá la marina nos encuentre antes de que lleguemos allí –sugirió Geras.

–¿En estas islas? –Leito bufó–. Lo dudo, chico. Y aunque se nos echen encima, los romanos no nos tratarán de manera diferente a los piratas.

El joven frunció el ceño.

–Pero sí que somos distintos. ¿No es así? No somos piratas. Su capitán nos ha obligado a rendirnos y a unirnos a su tripulación.

–Obligados o no, por lo que respecta a los romanos, somos

iguales. Además, ¿por qué se iban a creer nuestra historia? Cada pirata capturado desde aquí a Mileto asegura que ha sido obligado, que lo es en contra de su voluntad.

–Leito tiene razón –cortó Geras–. Al haber aceptado la oferta del capitán, nos hemos convertido en enemigos de Roma. Sea justo o no, somos hombres marcados, ahora mismo. De cualquier modo, estamos jodidos.

Telémaco tragó saliva con fuerza.

–¿Debemos intentar escapar?

–No, a menos que quieras que tu cabeza quede separada de los hombros. Si intentas escapar, esta gente te matará antes de que puedas ir muy lejos. Estamos a millas de distancia del puerto más cercano.

–Entonces ¿qué vamos a hacer?

–Pues mantener la cabeza gacha –dijo Leito, con precaución–. No hacernos enemigos y, por los dioses, intentar que no nos maten.

Los marineros guardaron a partir de entonces un silencio sombrío mientras el Tridente de Poseidón se acercaba a la playa. Héctor gritó una orden, y todos los que hasta el momento se mantenían ociosos se dirigieron a la cubierta de popa a ayudar a levantar la proa del barco. Mientras varios de los otros presos murmuraban plegarias a los dioses o hablaban en susurros bajos sobre la posibilidad de huir, Telémaco estudiaba a los piratas con precaución. Aunque temía a esos hombres, su temor inicial había ido disminuyendo gradualmente, al tiempo que su mente inquieta volvía a los pensamientos de supervivencia. Los marineros a bordo del Selene a menudo habían intercambiado relatos de atrocidades cometidas por los piratas, pero también habían mencionado las riquezas que saqueaban tales tripulaciones. Si tal cosa era cierta, todavía podía hacer fortuna como pirata, en lugar de como grumete. Y, si iba a ser un hombre condenado, igual podía morir rico.

Un estremecimiento lo sacudió y lo sacó de sus pensamientos:

la proa había quedado varada en los guijarros. El barco se había detenido. Bulla ya gritaba a los hombres que levantaran los remos, y estaban bajando una recia pasarela por el costado de estribor de la proa. Los piratas desembarcaron rápidamente, transportando a la costa ánforas llenas de vino para celebrar el éxito de su incursión. Se encendieron varias fogatas, y pronto un débil aroma a cerdo asado empezó a flotar por la cubierta. Telémaco notaba que su estómago gruñía dolorosamente de hambre. Había pasado casi un día entero desde que los marineros comieran algo, y la idea de algo caliente proporcionaba un tormento nuevo a los cautivos.

En cuanto se hubieron despejado las cubiertas y tapado las escotillas, Héctor se acercó deprisa a ellos y dio una patada al que tenía más cerca.

–¡Levantaos, inútiles de mierda!

Telémaco se puso de pie lentamente junto con sus compañeros. Tenía los músculos tiesos y doloridos por las largas horas en cubierta, y la herida de su hombro, abierta aún, le latía con dolorosa intensidad. Pero su incomodidad física no era nada comparada con la ansiedad que le tensaba las tripas.

–¿Qué ocurre? –preguntó.

Héctor se lo quedó mirando, con la cara llena de odio.

–Es hora de que hagas el juramento, chico. Tú y los demás miembros de tu alegre banda. –Sus labios se abrieron con una sonrisa siniestra–. Vamos, corred. El capitán tiene una sorpresa para vosotros.

–¿Sorpresa? –repitió un marinero gordo con el pelo muy ralo–. ¿Qué quieres decir?

La mueca del pirata se amplió más aún.

–Ahora mismo os vais a enterar, ¿no? –Su expresión se endureció–. Vamos, moveos, joder. Todos. El capitán os espera en la playa.

Se volvió y, sin más, condujo a los marineros hacia la pasarela.

Telémaco, Leito y Gera se pusieron atrás del todo, y uno a uno fueron recorriendo la pasarela, arrastrando los pies. El hombre corpulento que iba ante ellos miraba a su alrededor nerviosamente, con los ojos llenos de terror.

–Esto no puede estar sucediendo –gimoteó–. No puede ser. Tengo que volver con mi familia.

–¡Quieto, Nearco! –susurró Leito, agudamente–. ¿Quieres meternos a todos en problemas?

Nearco se quedó callado y miró hacia delante, con los hombros abatidos. Pero poco a poco todos descendieron la pasarela y comenzaron a caminar por la playa de guijarros. Las llamas de las fogatas lamían el cielo, que se oscurecía, iluminando los rostros de los piratas. Se hallaban reunidos en torno a su capitán, sujetando unos vasos de cuero repletos de vino y vitoreando animadamente. Bulla estaba de pie junto a un brasero de hierro, con los brazos cruzados en su ancho pecho, debajo del cual colgaba su espada en la vaina. Junto a él se encontraba un sirio achaparrado y recio, con una barba muy enmarañada, que introducía una barra de hierro en las ascuas de un fuego. El brillo anaranjado de las llamas se reflejaba en sus ojos negros y amenazadores.

–Mierda –susurró Geras–. Esto no pinta bien.

–No –replicó Telémaco, mirando a su alrededor, a la bahía que los rodeaba. Estaba enmarcada por una fila de acantilados. No había forma de salir de aquella playa, y al instante desechó la idea de intentar escapar. Leito vio la cara que ponía y se acercó más, bajando la voz hasta que sólo fue un susurro.

–Ocurra lo que ocurra, chico, no demuestres miedo. No les des esa satisfacción a estos hijos de puta.

Los gritos emocionados de los piratas se volvieron más estentóreos cuando Héctor condujo a los marineros hacia delante, hasta que quedaron a sólo unos pasos de Bulla. El capitán levantó un brazo para indicar que se detuvieran, y se hizo el silencio en la playa. Entonces se adelantó y se aclaró la garganta.

–Hombres del Selene –empezó–, hoy es el mejor día de vuestra patética vida hasta el momento. Hoy ya no sois la escoria más inferior del comercio marítimo, ganándoos a duras penas una miseria mientras algún codicioso mercader ateniense se regodea con los beneficios. No. Esa vida ha concluido para vosotros. Hoy os vais a unir a las filas de una nueva tripulación. A partir de este día, todos vosotros serviréis en un barco cuyo nombre instila el miedo en los corazones de todos los hombres a lo largo y ancho del Adriático... ¡El Tridente de Poseidón!

Un rugido a pleno pulmón surgió de los piratas. Telémaco miró a los demás prisioneros. Algunos miraban con los ojos muy abiertos a sus captores; muchos, resignados a su destino, contemplaban al capitán con una hosca expresión de derrota. Las manos de Nearco temblaban de miedo, Telémaco lo notó. Él miró a Bulla cuando los piratas se quedaron callados una vez más.

–Algunos de vosotros habréis oído historias sobre nuestra forma de vida –continuó el capitán–. De por qué nos dedicamos a robar en las vías marítimas del Imperio. Para aquellos que no lo habéis oído antes, deberíais saber esto: en tiempos, muchos de nosotros servimos en barcos mercantes. Sabemos lo que es sufrir la comida rancia, las humillaciones diarias, ganar apenas lo suficiente para salir adelante. Estar a merced de un capitán incompetente, trabajar para un propietario de barcos romano o griego a quien vosotros no le importáis lo más mínimo. Ahora tenéis la ocasión de escapar de todo eso. Seguid las normas, y os prometo que recibiréis una rica recompensa. Pero, si alguno de vosotros nos traiciona, será tratado con severidad. Aquellos que roben del tesoro del barco o se guarden botín para ellos mismos serán condenados a muerte. Lo mismo ocurrirá a quienes intenten escapar o incitar al motín. Cuando os unáis a nuestras filas, seréis parte de una hermandad. Compartiremos penalidades y peligros, pero también todas las recompensas que vengan con ellas –sonrió–. Y, si vivimos lo suficiente para retirarnos de la vida del mar, seremos más ricos que Creso. Tendréis todas las monedas y el vino que podáis desear.

–¡Y coños! –gritó uno de los piratas, provocando un coro de risas.

Telémaco miró a sus camaradas, sorprendido. Para un huérfano

que no conocía otra cosa que la pobreza absoluta, incluso la piratería parecía algo prometedor. Escuchó atentamente al capitán, que continuaba:

–Para garantizar vuestra lealtad, cada uno de vosotros será marcado con la marca del tridente. En cuanto hayáis recibido la marca, todo el mundo sabrá quiénes sois..., en qué os habéis convertido. Como sabéis, esos perros romanos que recorren estas aguas no muestran misericordia alguna con nuestra profesión. El nuevo prefecto, Canis, ha anunciado que, a partir de ahora, cualquier hombre que sea sorprendido en acto de piratería acabará clavado en una cruz. Aceptad la marca, servid bien en este barco y luchad como malditos héroes, y yo os prometo que seréis más ricos de lo que jamás habíais soñado. Rechazad la marca, y se os cortará la lengua y se os venderá a los tratantes de esclavos en el primer puerto en que hagamos escala.

Telémaco notó que un escalofrío helado le corría por la espalda. A su alrededor, algunos de los marineros se miraban unos a otros, aterrorizados, al darse cuenta de lo que estaba a punto de suceder. Entonces, Bulla se volvió hacia un par de piratas muy robustos que estaban de pie a un lado de la tripulación.

–¡Traed al primer hombre!

CAPÍTULO DIEZ

El miedo se propagó entre los cautivos cuando los dos piratas se acercaron a ellos. Algunos de los que estaban junto a Telémaco bajaron los ojos, y algunos retrocedían, con la esperanza de que eligieran a otro antes que a ellos, retrasando así su propio sufrimiento. Los piratas se acercaron y, tras señalar a Nearco, lo agarraron por los brazos con sus manos peludas. El marinero, aterrorizado, suplicaba a sus captores, rogándoles que lo dejaran en paz mientras se acercaban al capitán.

–¡Por favor! –gritaba–. ¡No me hagáis esto! ¡No huiré, os lo juro!

Los piratas ignoraron sus súplicas desesperadas y lo empujaron. Cayó de rodillas frente a Bulla, al tiempo que los murmullos de emoción se extendían entre la multitud que vitoreaba. El jefe pirata bajó la vista hacia Nearco, mirándolo un momento con frío desdén. Luego se volvió hacia el sirio que estaba junto al brasero e hizo una señal afirmativa.

–Márcalo, Lastenes.

De inmediato, Lastenes sacó el hierro de las llamas del brasero y lo dirigió hacia Nearco. Este último empezó a temblar incontrolablemente ante la visión de la brillante punta roja. Sus ruegos desesperados apenas resultaban audibles por encima de los insultos pintorescos que gritaban los piratas. Cuando Lastenes se acercó más, el marinero intentó apartarse la cabeza del hierro de marcar, provocando con ello más exclamaciones e insultos.

–No –gemía–, por favor...

–¡Cállate! –dijo Bulla con aspereza–. Sujetadlo.

Uno de los piratas rodeó con la mano la muñeca del hombre, de modo que el antebrazo se quedara quieto. Lastenes sujetó el hierro cerca de la piel un momento, como para torturarlo, con una

mueca cruel en los labios. Luego apretó firmemente la forma de tridente contra el antebrazo de Nearco, quien lanzó un inhumano chillido de dolor. Los gritos del marinero se vieron ahogados al momento por los rugidos ebrios de la multitud cuando el humo se levantó desde el hierro, acompañado por un siseo bullente. El metal quemaba la carne y el olor a quemado penetró en el aire. El proceso duró tres o cuatro segundos de agonía, antes de que Lastenes retirase el hierro y retrocediera, y Nearco entonces se derrumbó hacia delante sobre los guijarros, temblando y sollozando. Siguiendo la orden de Bulla, los dos piratas lo levantaron y lo sacaron a rastras de allí, mientras el marinero sollozaba de dolor. Bulla meneó la cabeza y luego se volvió hacia Héctor.

–¡Traed al siguiente!

–Sí, capitán.

El segundo de a bordo agarró a Telémaco. Lo apartó de sus camaradas, empujándolo hacia delante.

–¡Ya has oído al capitán! ¡Muévete!

Telémaco avanzó, tambaleándose por la arena, con los músculos del estómago encogidos por el miedo. Sonaron fuertes abucheos cuando los dos piratas lo agarraron de los brazos y lo llevaron hasta el brasero. Lastenes sujetaba con un trapo el extremo del mango del hierro, y lo mantuvo metido en las llamas unos momentos, hasta que se puso al rojo de nuevo por el calor. Entonces lo sacó y se dirigió hacia Telémaco. Este último tensó los músculos y cogió aliento con fuerza, preparándose para el dolor inminente. Notaba el calor abrasador que procedía del extremo del hierro, cosquilleándole la piel y abrasando el vello de su brazo. A su alrededor los piratas gritaban, azuzando al sirio.

–¡Márcalo! –chilló uno–. ¡Quema a este delgaducho de mierda!

–¡Hazlo chillar! –aulló otro.

Lastenes esbozó una sonrisa maligna.

–Esto te va a doler, chico.

Un dolor abrasador explotó dentro del cuerpo de Telémaco cuando Lastenes apretó la marca contra su antebrazo. Cada fibra de su ser chillaba, mientras él mantenía la mandíbula bien apretada y cerrada, luchando contra el dolor. El hedor a carne quemada le llenó la nariz, y una intensa oleada de náuseas se removió en sus tripas, subiendo hasta la garganta. Se esforzó por no chillar, decidido a ocultar su sufrimiento a los piratas. Por un momento terrible temió desmayarse de dolor, pero entonces Lastenes echó atrás el brazo. Telémaco cayó de rodillas, jadeando. Bulla dio un paso al frente y miró al joven griego con curiosidad.

–Creo que nunca había visto nada semejante... –dijo–. Los reclutas siempre lloran como bebés cuando los marcamos.

–Tendríamos que quemarlo otra vez –sugirió Héctor–. En el culo esta vez. Ya verás como así grita enseguida, capitán.

Bulla negó con la cabeza.

–No. Tiene agallas éste. Ya ha tenido bastante. Al menos por ahora. –Entrecerró los ojos mirando al recluta–. ¿Cómo te llamas, chico?

–Telémaco –gruñó éste.

–Debes decir «capitán». –Un parpadeo de reconocimiento atravesó los rasgos del pirata–. Eres el grumete, ¿verdad? El que mató a Pasto.

Telémaco le devolvió la mirada, desafiante.

–Sí, ése soy yo..., capitán.

–Pasto era un buen luchador. Uno de los mejores de mi barco. Y, sin embargo, alguien como tú le venció... ¿Dónde ha aprendido a luchar un insecto delgaducho como tú, me pregunto?

–No he aprendido en ninguna parte. Me las he apañado yo solo, en los suburbios de El Pireo. Ahí es donde me he criado. Tenías que saber defenderte...

–Ah, un huérfano de la calle, ¿no? –Bulla examinó al joven

durante un momento–. Te sugiero que comas algo y que hagas que te limpien bien esa herida. Zarparemos otra vez mañana, y no me servirás para nada si estás demasiado débil para trepar por los flechastes.

–Sí..., capitán.

Los dos piratas que sujetaran antes a Telémaco lo pusieron de pie y lo acompañaron hasta una hoguera cercana. Nearco estaba sentado allí cerca, con las lágrimas corriendo por sus mejillas, mientras miraba las llamas, desconsolado. Los piratas arrojaron a Telémaco al suelo y luego volvieron junto a su capitán, murmurando entre ellos. Unos momentos después se acercó otro pirata, cojeando. Era alto y delgado, con la cabeza afeitada y la frente muy arrugada. La marca del tridente era claramente visible en el interior de su antebrazo. Le tendió a Telémaco un vaso de arcilla descascarillado, lleno de vino.

–Toma –dijo–. Bébete esto.

Telémaco husmeó el contenido, suspicaz.

–¿Qué es?

–Vino. Lo robamos de un barco de suministros hace unas semanas. Es barato y sabe a meado de rata, pero es potente. Ayudará con el dolor.

–Gracias. –Telémaco levantó el vaso, se lo llevó a los labios y dio un largo trago. El vino le quemó la garganta y se instaló en su vientre, pero no consiguió adormecer el dolor que sentía en el brazo.

–Me llamo Cástor. Soy el intendente del barco. –El pirata señaló con la cabeza en dirección a los otros hombres–. Parece que has causado una gran impresión al capitán.

–Si tú lo dices...

Cástor asintió.

–No dejes que se metan contigo. Siempre son muy duros con

los nuevos reclutas. Especialmente, con los capturados en otros barcos. –Frunció el ceño–. ¿Cómo has acabado en un barco mercante? No pareces exactamente un lobo de mar...

–Unos ladrones atacaron a nuestro capitán en las calles de El Pireo. Resultó que yo estaba cerca cuando ocurrió... –Telémaco bajó la cabeza–. Luché con ellos, los eché, y el capitán me dio cobijo en su barco, como recompensa.

El intendente se echó a reír.

–¡Vaya recompensa! En un barco de carga. Eso por estos lares es una mierda. Te habría ido mejor en las calles, chico.

–No tuve elección –respondió Telémaco, malhumorado.

–¿Y qué significa eso exactamente?

Telémaco dudó. Le latía dolorosamente el cráneo.

–Me uní para ayudar a mi hermano. Es esclavo en una forja en Tórico. Pensé que, si ahorraba el dinero suficiente, podría comprar su libertad.

–Bueno, pues una cosa es segura, y es que ganarás mucho más dinero en nuestra tripulación de lo que habrías ganado en un barco mercante. Yo lo sé mejor que otros porque también era marinero.

Telémaco levantó la vista.

–¿También te obligaron a alistarte?

Cástor negó con la cabeza.

–Yo navegaba con Bulla, años antes de que fuéramos piratas. Trabajábamos en un mercante hecho polvo que comerciaba junto a Delos. Hace cinco años de eso. Nuestro antiguo capitán era un desgraciado. Pensaba que podía tratarnos como a una mierda sólo porque era un maldito romano. Así que unos cuantos lo matamos a él y a la comadreja del segundo de a bordo, y nos hicimos con el mando del buque, con Bulla como comandante. Desde entonces saqueamos los mares.

–¿Y nunca has pensado en dejar esta tripulación?

–¿Por qué iba a hacerlo? Aquí tengo una buena vida. Mejor de la que tendría en un barco mercante, en realidad. Como regularmente, tengo una parte del botín y la libertad de los mares. Y algunos de los chicos no son tan malos, cuando los conoces bien.

–Si tú lo dices... –murmuró Telémaco, con la vista fija en los piratas que lanzaban vítores cuando marcaban al siguiente marinero. Miró de nuevo a Cástor–. ¿Y adónde iremos mañana?

–Volveremos subiendo por la costa, buscando más presas. En cuanto nos quedemos sin suministros, volveremos a nuestra guarida, que es Peiratispolis. La ciudad de los piratas. ¿Has oído hablar de ella?

Telémaco negó con la cabeza.

–No, claro –continuó Cástor–. No está señalada en ningún mapa, y los romanos ni siquiera saben que existe. Es más un pequeño puerto de pescadores que una ciudad, en realidad.

–¿Y a qué distancia está?

–A dos días de navegación desde aquí, con viento favorable. Era un puerto floreciente hasta hace unos pocos años, cuando una gran tormenta arrasó la costa y destruyó casi todos los edificios. Unos pocos de la localidad se quedaron y reconstruyeron sus hogares, pero la mayoría se fueron, de modo que decidimos trasladarnos allí y utilizarla como base, junto con otros barcos piratas que actúan en estas aguas. Pronto lo verás tú mismo. –Cástor hizo una pausa–. Si consigues sobrevivir hasta entonces...

Telémaco se incorporó, con una sacudida.

–¿Qué significa exactamente eso?

El pirata miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo oyera. Al otro lado de la playa, un espantoso grito rompió el aire; el siguiente marinero capturado había recibido su marca. La tripulación volvía a lanzar hurras, rugiendo y riendo con carcajadas ebrias.

–Digamos que algunos de éstos no están encantados que digamos con el hecho de que te hayan metido en nuestras filas –dijo Cástor–. Incluido Héctor. Se dice que va a por ti.

–¿Por qué? Yo no le he hecho nada.

–Pasto era popular entre la tripulación. Héctor y él eran buenos amigos. Querrá vengarse.

–¿Por matar a un hombre que intentaba matarme a mí?

–Así son las cosas, chico.

–No tengo miedo de nadie –respondió Telémaco, decidido.

–Pues deberías tenerlo –le advirtió Cástor–. Lo digo en serio. Héctor es un auténtico hijo de puta. La mayor parte de los otros chicos le tienen pánico, y son los hombres más duros que he conocido en mi vida. –Se quedó mirando a Telémaco con expresión sombría–. Créeme. A partir de ahora, tienes que vigilar muy bien tus espaldas.

CAPÍTULO ONCE

A medida que pasaban los días, el cielo se iba iluminando y el sol primaveral bañaba la cubierta. Después del frío y el sufrimiento húmedo de los meses invernales, los hombres aprovechaban la oportunidad de trabajar con el pecho desnudo, y ponían a los nuevos reclutas a frotar la cubierta y reparar las velas de repuesto, de las que un día podían depender sus vidas. Mientras que unos pocos de los más viejos del Selene lloraban por las familias y hogares a los que nunca volverían a ver, muchos de los reclutas rápidamente se resignaron a su destino y se adaptaron a su nueva vida.

Telémaco descubrió enseguida que tenía mucho que aprender. Además de sus deberes en cubierta, cada noche, cuando el barco estaba atracado, Lastenes le enseñaba a combatir con falcatas, escudos y hachas pesadas. Telémaco demostró que aprendía rápido, y pronto hubo dominado las técnicas básicas. Era un trabajo que lo dejaba deslomado, pero se entregaba totalmente a la tarea, decidido a probar su valía. El destino le había dado una rara oportunidad de hacer fortuna, y se juraba a sí mismo no dejarla escapar.

Pero Héctor nunca estaba lejos de sus pensamientos. El segundo de a bordo había demostrado una crueldad salvaje con los nuevos reclutas en cuanto zarparon, golpeando a los hombres cuyo trabajo no merecía su aprobación. Había señalado a Telémaco, a quien claramente le daba un trato especial, y parecía dedicar todos sus esfuerzos a hacerle la vida imposible, sin dejar escapar jamás la oportunidad de insultarlo o lanzarle siniestras amenazas cuando pasaba junto a él. La estrechez de los espacios del buque hacía imposible que Telémaco pudiera evitarlo por completo, a pesar de sus esfuerzos por mantener una distancia segura, y cada vez que levantaba la vista veía a Héctor mirándolo con expresión hostil desde otro punto de la cubierta.

Pasaron dos semanas sin que los piratas encontrasen más presas para saquear y, al pasar junto a Colento, Bulla tuvo que dar la orden a regañadientes de abandonar la búsqueda y volver a la base.

Al acabar su turno, Telémaco tomó una comida modesta, sentado en la cubierta: agua con vinagre y un poco de buey seco. Cástor estaba allí cerca, apoyado en la barandilla, mirando hacia el mar revuelto.

–¿Cuánto falta para llegar a Peiratispolis? –preguntó el joven.

Cástor miró hacia el horizonte con los ojos entrecerrados.

–Deberíamos estar allí mucho antes de anochecer. Este pájaro viejo es mucho más rápido que cualquier mercante normal. Pero, con la bodega llena, va mucho más lento. Desembarcaremos antes de anochecer, en cualquier caso.

–¿Y qué pasará una vez lleguemos allí?

–Pues reavituallaremos el barco mientras el capitán negocia el precio con nuestro comerciante por la carga. Él nos compra todo lo que tenemos, sin hacer preguntas. Los más jóvenes bajarán a tierra para emborracharse en cualquier tasca, por supuesto. Unos cuantos de los más viejos pasarán el tiempo con su familia. –Cástor hizo una pausa–. Pero dudo de que estemos mucho tiempo en tierra.

–¿Y eso por qué?

El pirata frunció los labios.

–Los chicos esperan un botín mejor que un cargamento de grano. Ese lote conseguirá un precio razonable con la venta, pero no va a cubrir a la tripulación de plata, y el capitán sentirá la presión de encontrar un buen botín.

–No me había dado cuenta de que las cosas estuvieran tan mal –dijo Telémaco.

–Y no lo están. Bueno, todavía no. Pero no somos los únicos piratas que cazan en estas aguas. Ni mucho menos. La competencia es dura. Como ves, pocos buques mercantes se atreven por estas rutas, porque tienen miedo de ser atacados –Cástor sonrió como disculpándose–. Hemos sido demasiado eficientes en nuestro comercio para nuestro propio bien, parece ser.

Telémaco asintió. Apenas habían avistado vela alguna desde que tomaron el Selene, una señal segura de que la actividad pirata había afectado a la navegación de la zona.

–¿Cuántas tripulaciones cazan en estas aguas? –preguntó.

–Pues unas cuantas –replicó Cástor–. Algunos de nosotros salimos de las mismas bases, pero casi todos nos mantenemos separados cuando estamos en el mar.

–¿Y nunca navegáis juntos?

Cástor se rio secamente.

–No tenemos una maldita oportunidad. Antes éramos una hermandad, entre las bandas de piratas ilirios, pero ahora mismo cada pirata tiene que mirar para sí mismo. No encontrarás a muchos que quieran trabajar con otras tripulaciones. Especialmente el capitán Néstor y su gente.

–¿Néstor? –preguntó Telémaco–. ¿Anda por aquí?

Cástor lo miró.

–¿Has oído hablar de él?

–Un par de veces –dijo Telémaco, discretamente, recordando las historias sobre el temible capitán pirata que había oído contar a bordo del Selene–. ¿Creéis probable que nos tropecemos con él?

–Lo dudo. Su gente trabaja más al norte. Estaremos bien mientras nos quedemos en nuestro propio trozo de mar.

–¿Y qué va a hacer el capitán? –preguntó Telémaco, cambiando de tema–. Si no encontramos ningún barco que saquear...

–Bulla se librará. Siempre lo hace. Pero ha pasado un tiempo desde la última vez que dimos con una pieza importante. Si no tiene cuidado, algunos de la tripulación podrían volverse contra él.

–Pero él es el capitán... No pueden meterse con él, ¿no?

–Esto no es la marina imperial, chico. Mira a tu alrededor... –Y Cástor señaló a los otros piratas–. Estos hombres vienen de todas partes. Tracia, Hispania, Egipto, Licia. Lo único que tienen en común es que buscan una vida fácil. Nadie recibe órdenes de otro hombre a menos que pueda hacerlos ricos. Si no puede, entonces simplemente se libran de él y eligen a otro que los dirija.

–Pero ¿cuál es el plan entonces? ¿Seguir recorriendo las aguas hasta que encontremos un barco? Al final encontraremos algo, ¿no?

–No es tan fácil... El capitán tiene que compensar las necesidades de la tripulación con el riesgo de atacar un buque. Los barcos más pequeños tienden a rendirse en cuanto ven el gallardete negro, pero suelen llevar cargas de poco valor. Las presas de mayor importancia son los mercantes que hacen la ruta de Cesarea. Llevan especias, seda, incienso. Los comerciantes pagan una fortuna por esas cosas. Pero muchas de sus tripulaciones han empleado a marineros y gladiadores retirados como precaución. Algunos de los chicos han sugerido tomar rehenes o atacar asentamientos para variar, pero el capitán se ha opuesto a la idea.

–¿Por qué? –se preguntó Telémaco en voz alta–. Si en las vías marítimas cada vez cuesta más ganarse la vida, parece sensato encontrar nuevos objetivos, ¿no?

–Piensa en ello, muchacho. –Cástor se dio unos golpecitos en un lado de la cabeza–. Ahora mismo, somos sólo una pequeña irritación para Roma. El emperador quizás haya armado mucho escándalo, diciendo que nos va a expulsar y todo eso, pero todo el mundo sabe que la flota imperial se encuentra en un estado penoso y que no tienen suficientes barcos ni hombres para patrullar los mares con efectividad. Si empezamos a secuestrar a romanos de buena cuna y a saquear pueblos, se verán obligados a emprender acciones. Mientras nos limitemos a asaltar barcos mercantes, Roma no nos hará demasiado caso.

–Yo no estaría tan seguro... –replicó Telémaco, suspicaz–. Conocí al nuevo prefecto. Subió a bordo del Selene. Parece decidido a barrer a todos los piratas con que se encuentre...

Cástor se echó a reír, desdeñando las preocupaciones del joven

con un gesto de la mano.

–Esos prefectos de la marina son todos iguales, créeme. Yo también conocí a un par de ellos en mis tiempos de mercante. Aceptan el cargo pensando en hacerse un nombre. Dentro de un año o dos se irá a otro puesto más lucrativo y se olvidará por completo de nosotros. Además –añadió–, aunque los romanos quisieran, nunca nos encontrarían. En estas islas, no. Podrían buscar años y años sin localizar nuestra base.

Telémaco miró hacia el horizonte, deseando poder compartir la confianza del intendente. Recordó la mirada feroz en los ojos de Canis mientras juraba cazar a esos piratas que aterrorizaban las rutas marítimas. El prefecto de la flota de Rávena no se detendría hasta que Bulla y todos los demás piratas del Adriático hubieran sido exterminados.

* * *

Aquel mismo día, Bulla encargó a Telémaco vaciar la sentina. Los piratas no se molestaban en achicar el agua de la sentina con la misma frecuencia que sus homólogos mercantes, y un hedor abrumador subía de la rejilla de la bodega cuando el joven comenzó con la tarea, sacando grandes cubos de madera llenos de agua de un marrón oscuro que vaciaba por la barandilla de popa. Era un trabajo asqueroso y, al subir por la escalerilla, a última hora de la tarde, le dolían brazos y piernas por el cansancio. Apenas había tenido un momento para descansar desde que se unió a la tripulación pirata, y no ansiaba nada más que improvisar una cama con las velas sobrantes y las sogas enroscadas que se encontraban en torno al palo mayor, y cerrar los ojos un rato.

Bajó el cubo a la sentina, lo sacó y se quedó junto a la rejilla. Al volverse, tres figuras le bloqueaban el paso entre los sacos de grano, al otro lado. Héctor estaba delante de otros dos piratas, con la boca abierta en una mueca amenazadora y los ojos oscuros brillando de crueldad. Una daga relucía en su mano derecha. Se

movió hacia Telémaco, y su mueca se hizo más amplia.

–¿Qué? ¿Vas a algún sitio, chico?

Telémaco mantuvo su terreno.

–Déjame pasar.

–¿O qué...? –Héctor sonrió divertido a los otros dos piratas–. ¿Me vas a abrir las tripas, como hiciste con nuestro amigo Pasto? No lo creo. Además, todavía no te hemos dado una bienvenida como es debido.

Telémaco miró a los piratas, muy robustos, a cada lado de Héctor, y luego trasladó su mirada al segundo de a bordo.

–¿De qué estás hablando?

–De esto –dijo Héctor, blandiendo la daga. La punta brillaba con un resplandor maligno en la apestosa oscuridad de la bodega–. Tú mataste a Pasto. Ahora vamos a darte algo para que lo recuerdes. Una segunda marca para que haga juego con la de tu brazo. De esa forma, todos los hombres de este barco sabrán que has matado a un camarada.

Telémaco notó que un terror helado le agarraba la garganta. Dio medio paso hacia atrás, con el corazón latiéndole con fuerza, y miró la bodega en torno, en busca de un arma o de otra salida. Pero estaba completamente solo. Los otros reclutas habían terminado sus deberes y estaban arriba, en cubierta. Oía el ruido de sus pies al moverse por las desgastadas tablas que tenía encima de la cabeza, y el tono ahogado de sus voces.

Héctor dio un paso al frente.

–No hay donde esconderse –siseó.

Cambió el peso y movió la daga hacia él. Telémaco captó el movimiento y saltó hacia la derecha, situándose justo fuera del camino del puñal. Antes de que Héctor pudiera recuperar el equilibrio, Telémaco le dio una patada en la entrepierna. Héctor jadeó, dolorido, y se dobló por la cintura, cogiéndose con la mano

libre sus pelotas magulladas. La daga se le cayó de la mano y rebotó en la rejilla de la sentina.

–¡Cogedlo! –aulló a los otros piratas–. ¡Cogedlo, joder!

El pirata de la derecha cargó contra el joven, con los rasgos tensos, lleno de ira. Telémaco se agachó mucho al tiempo que el hombre se abalanzaba hacia él, y esquivó el golpe; luego saltó y dio al pirata en el costado. El hombre jadeó y se dobló en dos. El tercer pirata se lanzó hacia delante, dejando caer el hombro, y dio al joven recluta un mazazo en un lado de la cabeza, echándolo para atrás. Telémaco se quedó en blanco un momento, y recuperó la visión justo a tiempo de ver que el otro pirata iba a por él. Al moverse hacia un lado para esquivar el golpe, su pie dio contra el cubo de agua de la sentina que estaba junto a la rejilla; tropezó y cayó, aterrizando de espaldas, y el agua asquerosa se volcó y le salpicó encima.

Intentó ponerse en pie, pero uno de los piratas que estaban a su lado levantó la bota y le pateó las costillas, dejándolo sin resuello. Telémaco miró hacia arriba y vio que los tres hombres se inclinaban hacia él. El segundo de a bordo tenía en la cara una sonrisa triunfante, pues al fin tenía a su oponente acorralado. Cogió la daga del suelo, mientras los otros hombres se echaban sobre Telémaco, sujetándolo contra el suelo.

–Ahora ya te tengo –gruñó Héctor–. Esta vez sí que chillarás. Me voy a asegurar...

La punta de la daga estaba ya sobre él. Pero en ese momento resonó el sonido de unas botas que recorrían la bodega. Alguien se aproximaba desde popa. Los dos piratas que sujetaban a Telémaco se pusieron de pie de un salto de inmediato, y los tres hombres se dieron la vuelta para encararse a la figura que se aproximaba. Telémaco levantó la vista. Bulla los miraba, iluminado por la luz de la escotilla abierta.

–¿Qué está pasando aquí abajo? –preguntó el capitán, frunciendo el ceño.

Héctor se enderezó.

–Nada, capitán. Sólo un accidente, eso es todo. El chico ha resbalado cuando estaba vaciando la sentina. Los chicos y yo le estábamos diciendo que no fuera tan torpe.

Bulla miró a Telémaco.

–¿Es cierto eso?

Telémaco dudó. Por el rabillo del ojo veía a Héctor dirigiéndole una mirada dura. Sabía que si decía la verdad nunca se ganaría el respeto de los demás piratas. En el breve tiempo que había pasado a bordo del barco, había visto que la tripulación del Tridente de Poseidón estaba formada por hombres duros e intrépidos que resolvían las diferencias con los puños en lugar de quejarse a su capitán. Además, era muy poco probable que Bulla creyera su versión de los hechos, en lugar de la de su hombre de confianza, el segundo al mando. Si decía algo, sólo conseguiría que su vida a bordo del barco fuera mucho más insoportable de lo que ya era.

–Sí, capitán. Héctor tiene razón. He resbalado y me he caído.

Bulla lo miró con recelo.

–Ya veo. Bueno, pues tendrás que tener más cuidado en el futuro. Mientras tanto, limpia todo esto. –Se volvió hacia Héctor–. Deja al chico que haga su trabajo.

–Sí, capitán.

Bulla asintió brevemente y luego subió por la pasarela, seguido por los otros dos piratas. Héctor los vio marchar, y luego miró a Telémaco, con la cara deformada por la ira.

–Esto no ha terminado –susurró con tono helado–. En cuanto desembarquemos, el capitán ya no estará cerca para salvarte. Entonces te lo haré pagar, chico. ¡Ya lo verás! En cuanto salgamos de este barco, eres mío.

Cuando acabó de limpiar el desastre de la bodega, Telémaco se dirigió a la pasarela con una sensación espantosa de temor como un nudo en el estómago. Más tarde o más temprano tendría que ocuparse de Héctor, y lo sabía. De otro modo, sus días entre la

tripulación pirata estarían contados. Se le ocurrió brevemente la posibilidad de escapar. Sería fácil escabullirse en cuanto bajaran a tierra, en Peiratispolis. Podía desaparecer tierra adentro, mientras la tripulación estuviera entretenida con mujeres y vino, ocultar su tatuaje e intentar hacer fortuna en otro lugar, quizás unirse a un grupo de atracadores... Pero rápidamente desechó la idea. Aunque consiguiera evitar la captura, tendría pocas oportunidades de ahorrar el dinero suficiente para comprar la libertad de su hermano. Pensó en Nereo y en las privaciones que estaría sufriendo a manos de su amo romano, y eso hizo más firme su resolución. No, no pensaba fallarle ahora. No podía hacer otra cosa. Tendría que ocuparse de Héctor en cuanto llegasen a la base de los piratas.

Al llegar a la cubierta de popa, corrió hacia Geras. Este último bajó de las jarcias e hizo una seña a su amigo, con los músculos brillantes de sudor.

–¿Qué te ha pasado en la cara? –preguntó.

–No es nada –respondió Telémaco, hoscamente.

Geras arqueó una ceja.

–Estás de buen humor, ya veo. No te preocupes. Sonreirás en cuanto desembarquemos en Peiratispolis.

–Pues dudo de que sea así.

Geras le dio una fuerte palmada en la espalda.

–¿Sabes lo que necesitas? Una buena bebida y la compañía de una puta barata. Y en Peiratispolis hay mucho de esas dos cosas, al parecer. He estado hablado con algunos de los chicos y han accedido a enseñarnos cómo pasar un buen rato en la ciudad, esta noche –sonrió–. Quizá la vida de pirata no sea tan mala, después de todo, ¿eh?

Telémaco suspiró y apartó la vista, con una punzada de frustración y celos. Llevaban menos de tres semanas entre la tripulación y Geras ya estaba haciendo amigos. Si pudiera ser tan despreocupado como su compañero, la vida a bordo del buque

pirata sería mucho más tolerable.

Justo entonces se oyó un grito angustiado. Era del vigía, en el mástil.

–¡Capitán! ¡Justo por delante! ¡Mira ahí!

Los piratas dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a la cubierta de proa, luchando para ocupar un espacio a lo largo de la barandilla, mientras el Tridente de Poseidón se aproximaba por fin a Peiratispolis. Había una sensación palpable de inquietud entre la tripulación, mientras miraban afuera, al mar. Telémaco lo notó cuando corrió hacia delante, apretándose en el espacio ente Geras y Cástor. Geras miró hacia el horizonte y luego al pirata veterano, con el ceño muy fruncido.

–¿Qué pasa?

Cástor señaló más allá de la proa del barco. Telémaco volvió la vista hacia allí, esforzando mucho los ojos, y vio un cabo alto y rocoso, a unas millas al norte. Más allá del punto la tierra se elevaba hacia una serie de colinas bajas y densamente boscosas.

–Peiratispolis está al otro lado de esa punta –explicó Cástor. Y tragó saliva–. O, al menos, lo que queda de ella.

Telémaco levantó la vista, alarmado.

–¿Qué quieres decir?

El barco se alzó con la siguiente ola y Cástor señaló hacia el horizonte. Entonces lo vio. A cierta distancia más allá del cabo unas gruesas columnas de humo subían perezosamente por el cielo de la tarde.

CAPÍTULO DOCE

Un silencio nervioso descendió sobre la tripulación conforme el Tridente de Poseidón se aproximaba al cabo. Como precaución, Bulla ordenó a los hombres que cogieran las armas almacenadas en los armarios que tenían en medio del barco, por si algún enemigo los acechaba detrás del cabo. Telémaco cogió un hacha; Geras y Leito empuñaron unas espadas cortas al estilo de los legionarios. Algunos de los piratas llevaban ornamentadas corazas encima de las túnicas, y otros iban equipados con cascos y armadura. Los que iban armados con arcos y hondas ocuparon sus posiciones en la cubierta de proa, dispuestos a lanzar proyectiles a cualquier barco enemigo. Bulla estaba junto al palo mayor, con la mano derecha apoyada en el pomo de su falcata, aún envainada; miraba más allá de la proa del buque, al borrón gris que se alzaba en el cielo, por delante. En torno a él, todos los hombres estaban tensos, nerviosos por saber qué iban a encontrarse al otro lado.

Conforme el barco fue dando la vuelta al cabo, se hizo patente la magnitud de la devastación. Tres barcos embarrancados yacían de costado sobre los guijarros de la playa, quemados, y el humo todavía se elevaba de sus maderas ennegrecidas. Dos barcos más estaban hundidos al ancla, con los remos rotos y las velas flotando en los bajíos, a lo largo de la costa, junto con los restos destrozados de varios botes más pequeños. A corta distancia tierra adentro, Telémaco vio un grupo de edificios derruidos. Los fuegos continuaban ardiendo entre las ruinas de las estructuras de mayor tamaño, y entre esas ruinas resultaban visibles un puñado de figuras, que se agachaban de vez en cuando en busca de supervivientes o de cosas valiosas. Un par de habitantes contemplaban desconsolados los esqueletos de madera. Docenas de cuerpos sin vida salpicaban el suelo, en las ruinas y en torno a ellas.

–¡Mirad! –exclamó Geras–. ¡Allí!

Telémaco siguió su dedo, que señalaba hacia el cabo opuesto, al norte de la bahía. Se había erigido allí una larga fila de marcos de madera, y notó un escalofrío de horror por la espalda al ver los

cadáveres que colgaban de cada uno de ellos. Los piratas, apiñados en cubierta, temblaban de ira ante aquella imagen, y algunos rezaban entre susurros, pidiendo que sus seres queridos no hubiesen sufrido tan terrible destino. Otros sacudían los puños y juraban venganza contra los responsables. Telémaco miró a Cástor y vio la expresión acongojada de sus ojos al examinar la escena que tenía delante.

–¿Pero qué demonios ha ocurrido? –susurró Telémaco.

–Hemos sido atacados –replicó Cástor, torvamente.

–¿Por los romanos?

–¿Y quién, si no? Esos hijos de puta han encontrado nuestra base. –El pirata sacudió la cabeza, desesperado–. Lo han destruido todo..., todo desaparecido. No ha quedado nada. –Cerró los ojos con fuerza y apartó la mirada, vencido por el dolor.

Telémaco examinó la tierra primero, y luego miró hacia el mar, en busca de alguna señal del enemigo. Pero, aparte de los pocos supervivientes, la base parecía desierta, y supuso que los atacantes debían de haberse echado a la mar poco después de destruir el escondrijo oculto de los piratas. El barco continuó acercándose, hasta que sólo estuvo a unos metros de la costa, y entonces pudieron oír el crujido de las llamas que todavía consumían algunos de los edificios de mayor tamaño.

Más allá, en la cubierta de proa, Héctor miró hacia Bulla, esforzándose por disimular su ansiedad.

–¿Qué vamos a hacer, capitán?

Bulla se quedó callado un momento, pero enseguida respondió:

–Arriad las velas. Que los hombres saquen los remos y nos lleven hasta la playa.

El segundo de a bordo miró nerviosamente en torno, por toda la bahía.

–Quizá deberíamos irnos... No es seguro estar aquí.

–Hay supervivientes –dijo Bulla, señalando las figuras a corta distancia de la playa–. Quiero saber qué ha pasado, y ellos son los únicos que pueden contárnoslo. Ahora, da la orden.

–Sí, capitán –replicó Héctor, de mala gana.

Se apartó de la barandilla y comenzó a dar órdenes a voz en grito a la tripulación. Telémaco y los demás marineros respondieron con lentitud, distraídos por la horrorosa escena que tenían tras ellos, mientras se movían por cubierta, subiendo a las jarcias y arrizando la vela. Al mismo tiempo los remeros esforzaban sus músculos, y el timonel movía la espadilla con todas sus fuerzas, llevando el barco hacia un tramo vacío de arena, apartado de los barcos ardiendo. Cuando estuvieron a poca distancia de la bahía, Bulla aulló a la tripulación que se preparasen para desembarcar, y Telémaco se unió al resto de piratas que estaban ya agolpados junto a la popa. El Tridente se levantó un instante, cuando su proa embarrancó en la arena húmeda, y luego se detuvo, temblando.

–¡Armad los remos! –chilló Bulla–. ¡Bajad las pasarelas!

Tan pronto como hubieron echado las rampas, el capitán bajó a la playa, seguido por Héctor y gran parte de los piratas. Sólo un puñado se quedó en cubierta haciendo guardia para vigilar a cualquier barco que se acercase. Los hombres llegaron poco a poco a la arena, mirando cautelosamente los cabos que estaban a ambos lados de la costa. Un hedor acre a carne quemada y madera carbonizada llenaba el aire. Telémaco seguía a los otros piratas por las ruinas, con cuidado de pisar alrededor de los cuerpos ennegrecidos y mutilados, los cascotes y las ánforas rotas que cubrían las calles. Varias de las víctimas habían sido decapitadas. Otras yacían en charcos de sangre seca, con el estómago abierto. Unos cuantos piratas reconocieron a sus mujeres e hijos entre las ruinas y corrieron hacia sus cadáveres ensangrentados. Uno de ellos recogió a su hijo muerto y lo acunó entre sus brazos, gimiendo como un animal herido. Telémaco apartó la vista, con el corazón oprimido por una furia amarga.

–Esos hijos de puta... –murmuró Cástor–. Cabrones romanos. Sé que siempre nos han odiado a muerte, pero en todos los años de mi vida no había visto nada como esto.

Telémaco frunció los labios.

–¿Cómo encontraron este sitio? Pensaba que Peiratispolis estaba a salvo de Roma...

–Sí, lo estaba. –Se encogió de hombros el intendente–. La flota seguramente debió de seguir a uno de los barcos piratas, de vuelta después de una incursión.

Justo entonces un grito perforó el aire, y todos los ojos se volvieron hacia una figura que venía tambaleante hacia ellos desde una zanja cercana que se usaba de letrina. La cara y la túnica del hombre estaban manchadas de excrementos humanos y suciedad. La sangre brotaba de una profunda herida que tenía en el cuero cabelludo. Entonces tropezó, soltó un gruñido y cayó al suelo. Bulla corrió hacia él.

–Mierda –susurró Cástor–. Es Sostrato.

Telémaco arrugó la nariz, asqueado por el pútrido hedor que emanaba del hombre.

–¿Quién es?

–Uno de los comerciantes que se ganaba la vida aquí. Pobre diablo.

Bulla apoyó una rodilla en tierra junto al comerciante herido. Sostrato agarró con fuerza el brazo del capitán y levantó la cabeza, haciendo una mueca de dolor.

–Ayudadme..., por favor –graznó–. Agua...

Bulla hizo un gesto hacia uno de sus hombres.

–Tú, dame tu cantimplora.

A toda prisa cogió la cantimplora y quitó el tapón; inclinó hacia atrás la cabeza de Sostrato y vertió un hilillo de agua entre sus labios agrietados. El comerciante gruñó al tragar el líquido. Al cabo de unos cuantos sorbos más, empezó a toser y a resoplar violentamente. Bulla apartó la cantimplora y se la devolvió a su

dueño.

–Coge el baúl de medicamentos. A ver lo que podemos hacer por éste. ¡Rápido!

El hombre se volvió y echó a correr por la costa hacia el Tridente. Bulla bajó la mirada hacia Sostrato, que hacía muecas de dolor y respiraba con dificultad.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó el capitán.

El comerciante se humedeció los labios.

–Los romanos... nos han atacado.

Bulla intercambió una breve mirada con Héctor, y luego volvió a mirar a Sostrato.

–¿La flota de Rávena? ¿Son ellos los que han hecho esto?

Sostrato asintió débilmente.

–Llegaron ayer. Al amanecer. –Señaló hacia el cabo en torno al cual habían navegado los piratas–. Uno de los vigías vio los buques de guerra. Venían directamente hacia la bahía, y dio la alarma. No hubo tiempo de preparar las defensas. –Su voz se quebró, llena de desesperación–. Reunimos a nuestras familias, dispuestos a irnos a las colinas. Pero, en cuanto nos volvimos para huir, aparecieron los soldados en las lomas y nos cortaron el camino. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, nos tenían atrapados.

Héctor examinó las bajas colinas boscosas tierra adentro.

–Los romanos debieron de desembarcar al otro lado de la cresta esa de ahí, capitán. Seguramente llegaron la noche antes y esperaron a que llegara la flota.

El jefe pirata se acarició la mandíbula, sumido en hondos pensamientos.

–¿Qué ocurrió entonces, Sostrato?

–Algunos intentaron salir del apuro luchando –murmuró el comerciante–. Pero los romanos eran demasiado numerosos. Sus soldados mataron a muchos de nuestros hombres, antes de que tuvieran la oportunidad siquiera de coger sus armas. Unos pocos consiguieron escabullirse entre las líneas enemigas y escapar hacia las colinas, pero los demás supervivientes se retiraron a la plaza del mercado.

–¿Y dónde estabas tú mientras pasaba todo esto?

–Uno de los romanos me dio un golpe en la cabeza y me dio por muerto. Conseguí arrastrarme hasta las letrinas que hay detrás de la taberna antes de que alguien me encontrara.

–Continúa.

–Una vez nos tuvieron rodeados, sus barcos de guerra echaron el ancla en la bahía. Entonces, sus oficiales llegaron en botes hasta la orilla, y vinieron a por los que todavía resistíamos. Uno de ellos dijo que era el nuevo prefecto de la flota de Rávena.

–El tribuno Canis –gruñó Telémaco.

Sostrato tragó saliva y asintió.

–¿Y qué quería? –preguntó Bulla.

–Hacernos una oferta. –El comerciante jadeó cuando otra oleada de dolor sacudió su cuerpo–. Dijo que sabía que Peiratispolis era un nido de piratas. Que si los capitanes que quedaban y sus tripulaciones del fuerte accedían a rendirse pacíficamente, entonces perdonaría la vida a los demás habitantes. Si se negaban, prometía matar a todos los piratas y vender al resto como esclavos.

–¿Y qué hicieron los capitanes?

Sostrato negó con la cabeza, amargamente.

–No tenían otro remedio que aceptar. Los romanos tenían nuestro asentamiento rodeado. Si se hubieran resistido, los habrían aplastado. Y también a sus mujeres e hijos. Los capitanes discutieron, pero aceptaron los términos del prefecto y rindieron las

armas –hizo una pausa–. Entonces Canis dio la orden. Dijo a sus hombres que rodearan a los supervivientes y los mataran a todos.

Bulla se le quedó mirando, con los ojos entrecerrados.

–Espera. ¿Canis ordenó su ejecución «después» de que se hubieran rendido?

Sostrato asintió, con la frente arrugada por el terrible recuerdo.

–Los piratas le rogaron que perdonara a sus familias. Pero ese hijo de puta de corazón frío se negó.

–¿Y los demás capitanes? ¿Cosicas, Socleidas, Zenicetes?

–Muertos. –Sostrato se mordió el labio inferior, que le temblaba–. Todos ellos. Sus tripulaciones también, y sus familias. Canis no ahorró la cruz a nadie. La matanza duró horas. Tuve que escuchar sus gritos mientras estaba escondido.

–¡Romanos hijos de puta! –saltó Héctor, convirtiendo sus manos en furiosos puños–. ¡Pagarán por esto, lo juro!

Bulla mantenía la mirada fija en Sostratos.

–¿Cuándo se fueron?

–Anoche. Al oscurecer.

El hombre emitió un gemido de dolor, debilitado por el esfuerzo de hablar. Bulla se puso de pie y echó a andar, en dirección al pirata que había vuelto con el baúl de medicinas. Este último se arrodilló y examinó las heridas del comerciante. Mientras, Héctor miraba hacia mar abierto.

–No pueden estar lejos de aquí, capitán –murmuró.

–No.

–¿Cuáles son tus órdenes?

Bulla pensó unos momentos.

–Haz que los hombres busquen a más supervivientes entre las ruinas. Encuentra todos los suministros que puedas y cárgalo todo en el barco. No podemos arriesgarnos a quedarnos aquí. Tenemos que establecer una nueva base. En algún lugar donde los romanos no puedan encontrarnos.

–Pero ¿dónde? Nos costó siglos descubrir Peiratispolis. Podrían pasar meses antes de que hallemos otro fondeadero decente.

–No será fácil, estoy de acuerdo. Pero no tenemos elección. El prefecto Canis y sus hombres están decididos a cazarnos, eso está claro. Elijamos la base que elijamos, debemos ser capaces de defendernos. Mejor de lo que se han defendido nuestros hermanos, al menos.

–Podemos dirigirnos a Risinio –sugirió Héctor–. Estaríamos cerca de las rutas comerciales en torno a Dirraquio. Muchos barcos fáciles para hacer presa en ellos.

Bulla negó con la cabeza, firmemente.

–Hay muy pocas islas por ese camino. Algún barco patrulla de la marina nos vería con demasiada facilidad. No. Nos dirigiremos al norte, hacia Flanona. Es la mejor posibilidad. Hay muchos lugares donde escondernos por allí.

–¿Flanona? –Héctor arrugó la frente–. ¿Pero no es terreno de Néstor todo eso, capitán?

–Sí. ¿Y qué?

El segundo de a bordo abrió la boca para protestar, pero el rango venció al final y se limitó a asentir con la cabeza, tenso.

–Muy bien, capitán. Flanona, pues.

Se volvió y gritó unas órdenes a los piratas. Varios miembros de la tripulación se habían desperdigado en busca de amigos y familiares supervivientes, mientras el resto se hacía cargo de buscar entre las ruinas algo de comer, vino y objetos de valor que hubieran sobrevivido a la destrucción. Cuando los piratas se repartieron por los humeantes restos de la base, Telémaco levantó la vista con una

creciente sensación de aprensión hacia los marcos de madera que se alineaban en el cabo. La masacre de los habitantes de Peiratispolis había dejado claramente conmocionada a la tripulación del Tridente de Poseidón. Canis, ciertamente, se había revelado como un hombre al que habría que tener en cuenta, dispuesto a hacer lo que fuera necesario para derrotar a Bulla y los demás capitanes piratas. Aunque significara el asesinato de mujeres y niños. ¿De qué otros horrores sería capaz el prefecto de la flota de Rávena?

En ese momento Geras suspiró y meneó la cabeza.

–Parece que nos hemos unido a los piratas en el peor momento, chico. La base ha sido atacada, los otros barcos han sido destruidos y, por si esto fuera poco, ese loco de Canis parece decidido a matarnos a todos.

Telémaco apartó la mirada de los piratas crucificados y asintió.

–Esperemos encontrar algún sitio bien pronto...

–Hay cientos de millas de costa entre aquí y Flanona. Tendrá que haber un buen fondeadero en algún lugar, a lo largo del camino.

–Espero que tengas razón –replicó Telémaco–. Por el bien de todos nosotros. Porque, si no es así, no tardaremos mucho en acabar todos clavados a una cruz.

CAPÍTULO TRECE

Una fresca brisa soplaba desde el interior, y Telémaco se quedó helado mientras miraba a estribor. A unas tres millas a su derecha se encontraban las montañas rocosas de la costa iliria. Diez días habían pasado desde que se hicieron a la mar desde las ruinas de Peiratispolis, cargados con provisiones y con un puñado de supervivientes, y la búsqueda de una nueva base hasta el momento había resultado infructuosa. Cada día tenían la misma rutina: el barco navegaba despacio a lo largo de la costa, con el vigía escudriñando la costa distante. Cuando se avistaba una posible ubicación, la tripulación cambiaba de bordada, y entonces se acercaban para echar un vistazo más de cerca. Pero ninguna de las bahías ni ensenadas que habían explorado era adecuada para su propósito. Los pocos lugares donde se podía desembarcar estaban demasiado cerca de los puertos y colonias, y eran usados con frecuencia por los capitanes mercantes para varar sus barcos por la noche. Otros estaban más disimulados, pero carecían de suministro de agua. Aquella mañana habían arribado a una isla que en principio parecía prometedora, pero la bahía resultó demasiado estrecha y difícil de navegar.

A medida que iban pasando los días, el cielo y el mar se mezclaban en una enorme masa gris, y algunos entre la tripulación empezaron a refunfuñar abiertamente sobre sus posibilidades de encontrar alguna vez en la vida un buen fondeadero. Telémaco sabía que la desesperación se iba apoderando del ánimo de los piratas.

A su lado, Cástor miraba hacia el horizonte con una expresión de preocupación.

–Es inútil, maldita sea –dijo–. Nada por estos lugares, salvo millas y millas de costa estéril. Buscaremos un nuevo hogar hasta la Saturnalia, a este paso.

–¿Cuánto falta para llegar a Flanona? –preguntó Telémaco.

El pirata se quedó un momento pensativo.

–Otros dos días desde aquí, diría yo.

–Todavía nos queda mucha costa para investigar, pues.

–Una buena parte, sí. Pero nuestro problema no es quedarnos sin sitios que ver. El problema es cuánto tiempo más nos podremos permitir estar en el mar.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que nos estamos quedando sin provisiones. Ya teníamos que recurrir a las medias raciones antes de llegar a Peiratispolis. Con todas estas bocas extra que alimentar, nuestros suministros no nos durarán mucho más. Calculo que podremos pasar en el mar tres o cuatro días más, como máximo.

–¿Y qué ocurrirá si no hemos encontrado un sitio hasta entonces?

–Pues quién sabe, chico. El capitán podría decidir asaltar un barco de suministros para reavituallarnos. O bien podría arriesgarse a desembarcar en un fondeadero no demasiado bueno, para poder volver a atacar los barcos mercantes.

–Pero eso es una locura. No podemos establecernos en una base mal situada, desde luego. No después de lo que han hecho los romanos con Peiratispolis.

–Quizá no tenga elección. Una parte de los hombres está ya bastante cabreada por tener que navegar tanto y tan lejos sin un botín decente. Están ansiosos por piratear como es debido, y Bulla quizá tenga que comprometerse a algo para mantener la paz... –Cástor frunció los labios–. Aunque algunos a bordo se sentirían muy contentos de que se reemplazara al capitán...

–¿Quiénes?

El intendente miró a su alrededor; luego bajó la voz y susurró:

–El secreto peor guardado de este barco es que Héctor ha puesto los ojos en el cargo más alto. Puede que use su descontento para su ventaja, para proponerse como jefe y desafiar a Bulla.

Un pinchazo de ansiedad atravesó a Telémaco.

–¿Y podría ganar?

–Es difícil decirlo. Bulla es muy querido. Trata con justicia a los hombres, y ha dado con buenos botines. Pero, si nuestra fortuna no mejora, ¿quién sabe a quién podría votar la tripulación?

Telémaco apartó la vista, angustiado por la horrible perspectiva de que Héctor pudiera llegar a asumir el mando del barco. Si ocurriese tal cosa, su carrera en el Tridente de Poseidón sin duda tendría un final rápido y brutal, justo cuando estaba empezando a adaptarse a su nueva vida como pirata. Se quitó de encima el intranquilizador pensamiento mientras miraba hacia la costa, ansiando de repente la tierra seca y la sencillez de su antigua vida. Vivir en las calles de El Pireo había supuesto una lucha dura, pero al menos nunca había tenido que preocuparse por piratas vengativos, tripulaciones amotinadas o el poderío de la marina imperial romana. Sus antiguos enemigos, el hambre, el frío y la miseria, se habían mostrado relativamente mansos en comparación. Meneó la cabeza, frustrado.

–Tiene que haber una buena base por ahí, en alguna parte –dijo.

Cástor se limitó a encogerse de hombros.

–Lo único que podemos hacer es seguir buscando. Y rogar a Poseidón que este tiempo aguante.

–¿No crees que aguante? –Telémaco lo miró.

Cástor señaló el denso banco de nubes que se estaba formando sobre las colinas, hacia el este.

–En esta época del año el tiempo es una perra caprichosa. Cambia más a menudo que la lista de precios de un burdel ateniense.

Y, efectivamente, poco después las nubes se espesaron en el horizonte. El cielo se oscureció. La espuma blanca, furiosa, comenzó a adornar las olas, y el barco empezó a cabecear y oscilar cuando el viento arreció de repente. Telémaco notaba cómo le revolvía el pelo, de pie en el puente. Las nubes de tormenta corrían hacia ellos.

–¿Cuánto falta para que llegue hasta nosotros? –preguntó entonces a Cástor.

–Muy pronto, chico. La única cuestión es si nos veremos atrapados en medio, o no. De cualquier manera, vamos a tener un tiempecito duro.

Bulla dio órdenes a la tripulación para que largasen velas, y unos cuantos echaron a correr por la cubierta, cerrando las escotillas y sujetando cualquier cosa que pudiera soltarse. El estruendo fue terrible cuando la tormenta se acercó a ellos y el viento dio la vuelta de nuevo, inclinando tanto el barco que Telémaco tuvo que agarrarse bien a la barandilla para evitar que lo tirara por encima de la borda. Entonces, se oyó un grito en la cubierta de popa y, cuando miró hacia allí, justo a tiempo, vio que el timonel caía en la masa de espuma rugiente que tenía debajo. Una cortina de relámpagos iluminó brevemente la escena y, durante un momento terrorífico, Telémaco vio que el hombre se agitaba arriba y abajo entre las olas, con los brazos levantados, gritando frenéticamente para que sus compañeros lo rescataran. De repente, una gran ola se abatió sobre él, y se perdió en el mar para siempre.

–¡Héctor! –aulló Bulla, esforzándose por hacerse oír por encima del rugido espantoso–. ¡Coge el timón! ¡Ahora!

El segundo de a bordo corrió por la resbaladiza cubierta, se arrojó hacia delante y se agarró bien al timón. Plantó bien los pies y arrojó todo su peso sobre la espadilla, estabilizando la dirección del barco. Pero, cuando el barco se enderezó, empezó a caer granizo. Piedras del tamaño de bolas de honda de plomo repiqueteaban sobre las maderas de la cubierta, magullando cada centímetro de piel expuesta. Telémaco se agarró a la barandilla aún más fuerte y miró hacia las olas, protegiéndose la cara de los chorros de agua de mar con la otra mano. A su alrededor, sólo un velo de lluvia congelada y nubes negras, sin señal alguna de la costa iliria. El

barco se había apartado de la costa a causa del viento, se dio cuenta con amargura. Cualquier esperanza de encontrar refugio en una cala cercana para pasar allí la tormenta al ancla había desaparecido. Los piratas tendrían que enfrentarse y salir de ella luchando a brazo partido.

–¡Tenemos que virar! –aulló Bulla a Héctor. Luego se volvió hacia la tripulación–: ¡Marineros, arriba! ¡Dos rizos en las velas!

El granizo rápidamente se convirtió en lluvia. Relucientes y heladas gotas brillaron a lo largo de la cubierta, empapando a Telémaco y los demás hombres que subían a las jarcias de mala gana, empujados por una catarata de invectivas e insultos de su capitán. Se movían con lentitud, temblando, con las ropas empapadas por la lluvia, avanzando a lo largo del penol. Desde abajo, Bulla aulló una orden y empezaron a desplegar la vela en la segunda banda de rizo: lo único que necesitaban para huir de la tormenta. Demasiado viento podía romper el palo limpiamente o poner al Tridente en peligro de volcar. En cuanto hubieron terminado de ligar las ataduras al penol, volvieron a bajar a la cubierta principal, jadeando con fuerza por el esfuerzo.

Una hora más tarde la lluvia comenzó a aligerar, hasta convertirse en llovizna. Y, aunque el cielo seguía muy encapotado, Telémaco se atrevió a creer que habían sobrevivido a la peor parte del mal tiempo. Pero la tregua resultó ser sólo temporal, y el viento sopló de nuevo fieramente, como si Neptuno hubiese intentado seducir a los piratas con el breve hechizo de la calma. La tripulación se preparó, y otra espantosa borrasca gris llegó corriendo por el mar hacia ellos.

–¡Capitán! –gritó Cástor–. ¡Por ahí!

Bulla y toda la tripulación miraron simultáneamente hacia la popa del barco. A través de las rociadas del mar, Telémaco vio horrorizado cómo una ola inmensa que venía hacia ellos, tan alta como un edificio. Algunos se quedaron congelados por el miedo, momentáneamente paralizados. La cubierta se movía bajo sus pies, y Telémaco miró a Héctor, que luchaba por mantener el barco apartado de aquel monstruo que se abalanzaba hacia ellos. Bulla le chilló que virara el barco para enfrentarse a la ola de proa, y

Telémaco se dio cuenta de inmediato del espantoso error de cálculo que había cometido el segundo de a bordo. Si se alejaban de la ola, presentarían de lleno el costado del casco del Tridente a la ferocidad de la tormenta.

Los gritos de Bulla se perdieron cuando la ola golpeó el costado del barco con una intensidad salvaje. Telémaco tendió una mano y se agarró al palo mayor con toda su fuerza, mientras la ola le pasaba por encima, llenándole la garganta y la nariz de agua salada. Tosió y escupió, jadeó buscando aire. Cuando pudo abrir los ojos, miró hacia arriba y vio que la vela con sus rizos tiraba de sus costuras. Un relámpago de luz silueteó la verga, casi vertical ante el cielo negro.

–¡La vela está cogiendo demasiado viento! –gritó Geras, colgado de uno de los estays–. ¡Vamos a perder el barco!

Otra ola chocó entonces contra ellos, llevándose a dos piratas más. La cubierta estaba ahora totalmente escorada, el Tridente yacía de costado cuando el primero de los obenques se partió. Unos cuantos hombres se agarraron al mástil, entre ellos el propio Telémaco, demasiado asustados para moverse. El joven miró el armario de las armas en la parte media del buque, y al instante comprendió lo que tenía que hacer. No había tiempo para consultar a Bulla ni a nadie más. Cogiendo aliento con fuerza, subió a pulso por la cubierta empinada hacia el armario. Lo abrió de golpe, agarró un hacha y cerró la puerta con fuerza antes de que cayeran las demás armas. Entonces comenzó a subir por el costado.

La cubierta se escoraba más y más a medida que la tempestad se hacía más fuerte y, por un espantoso momento, Telémaco temió perder el agarre y deslizarse hacia el tumulto rabioso. Pero pasó, y consiguió, agarrado, seguir recorriendo la barandilla lateral, aun cuando otra ola se estampaba contra el costado del Tridente y explotaba con un estallido de agua helada. Al fin, alcanzó las escotas atadas a las cabillas. Levantó el hacha y cortó las sogas, que, libres, desaparecieron al instante llevadas por el viento. La vela, más suelta, aleteó como un puñado de pájaros salvajes en medio de la tempestad, y la cubierta se estremeció al empezar a enderezarse el Tridente. Resonaron los gritos de júbilo y de alivio de los piratas. El agua salió por los imbornales, pero, mientras, pesadamente, el

barco se iba estabilizando.

No hubo tiempo para celebrarlo. La tormenta continuaba soplando, y Bulla gritó a los piratas que reemplazaran las escotas dañadas con nuevas sogas. Varios hombres, sin embargo, permanecían acurrucados en torno al mástil, conmocionados por haber escapado por tan poco de las garras de Neptuno. Bulla dio una patada al que tenía más cerca.

–¡Moveos! –gritó con fuerza–. ¡Este barco no se va a reparar solo!

Los piratas se incorporaron como pudieron y rápidamente se pusieron a trabajar. Sacaron rollos de soga de repuesto de un armario y los llevaron por la cubierta, hasta las jarcias. Las sogas cortadas remolineaban como zarcillos cortados al viento, y azotaron a un hombre en la mandíbula cuando intentaba empalmar los bordes deshilachados. Unos cuantos camaradas suyos desenrollaron a toda prisa la pequeña trinquete unida al bauprés, estabilizando la proa del buque. Al mismo tiempo, los demás piratas retiraron un par de remos almacenados en la mitad del barco y los unieron para reemplazar al timón, que había quedado destrozado por la enorme ola.

Mientras Telémaco acababa de unir una de las escotas, Lastenes se acercaba tambaleándose hacia el capitán desde la bodega, agarrándose a la barandilla, pues el barco seguía agitándose fuertemente.

–¿Qué pasa, Lastenes? –preguntó Bulla, con la voz ronca por tener que gritar constantemente para hacerse oír con el viento.

–Es la bodega, capitán –replicó Lastenes–. Está entrando demasiada agua.

–¿Y no podemos achicarla?

Lastenes negó con la cabeza.

–El barco navega demasiado bajo. Tendremos que tirar parte de la carga. Es nuestra única esperanza.

Bulla se quedó callado un momento, intentando captar todas las implicaciones de las palabras del sirio. Apretó los labios, negándose a dejar que su rostro traicionase sus tormentos interiores.

–Tiene que haber otra manera...

–No la hay, capitán. Algunas de las costuras están muy tensas. Podemos intentar repararlas, pero no será fácil con este tiempo. Si no aligeramos la bodega, nos hundiremos.

El capitán dudó, pero acabó por asentir, amargamente.

–Muy bien, pues. Que los hombres vacíen la carga por encima de la borda.

–Sí, capitán.

Lastenes aulló una orden, y todos los marineros no ocupados lo siguieron. Trabajaban en medio de la oscuridad, levantando los sacos de grano y arroz empapados, almacenados bajo la cubierta, junto con las pocas posesiones que los supervivientes de Peiratispolis habían recogido tras la destrucción de sus hogares. Con gran parte de la carga eliminada, y el Tridente de Poseidón al fin navegando más alto, la tripulación centró sus esfuerzos en achicar el agua que se había colado en la bodega. Al mismo tiempo, un grupo reparaba temporalmente las cuadernas dañadas, metiendo trozos de cuerda alquitranada vieja en las grietas que filtraban agua. En cuanto hubieron remendado el barco lo mejor que pudieron, Bulla les aulló que cazaran las escotas, y los piratas de cubierta halaron las nuevas sogas, atándolas a las cabillas. Una vez la vela arrizada, el barco siniestrado empezó a capear la tormenta.

Se abrió un hueco en las nubes distantes, el viento se fue desvaneciendo y la tormenta poco a poco cesó. Un rato después paró también la lluvia y, cuando el primer brillo del sol apareció en el horizonte, Telémaco acabó su turno en la bodega y se echó en la cubierta de popa, completamente empapado y exhausto por el esfuerzo de achicar agua durante horas inacabables.

–Maldita sea. Esta tormenta casi acaba con nosotros –dijo

Geras, sentándose a descansar a su lado–. Pensaba que íbamos a acabar todos en una tumba acuática.

Telémaco se limitó a asentir, demasiado cansado para replicar incluso. Le dolía el cuerpo por el frío y el cansancio. Geras le sonrió débilmente.

–Anímate. Lo has hecho muy bien. Si no hubiera sido por ti, esta bañera se habría hundido, junto con todos los que vamos dentro.

Telémaco miró la distante línea de la costa.

–Todavía no han acabado nuestros problemas...

–¿Cómo? –Geras frunció el ceño–. ¿De qué estás hablando?

Telémaco señaló la bodega de carga vacía.

–Acabamos de tirar por la borda las únicas cosas de valor que nos quedaban. –Miró a Geras y tragó saliva–. Esta gente ya estaba de muy mal humor. ¿Cómo crees que reaccionarán cuando lleguemos a tierra?

CAPÍTULO CATORCE

El sol bruñía los picos de las montañas distantes mientras el Tridente de Poseidón se acercaba a trompicones hacia la línea de la costa la mañana siguiente. Por un rato, los piratas se echaron sobre la cubierta, vencidos por el cansancio. Habían estado toda la noche trabajando para achicar el agua, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, la embarcación había continuado llenándose de agua, y su progreso se volvió tan lento que casi se arrastraba, bamboleándose hacia el norte a merced del suave oleaje. Conteniendo a duras penas su frustración, Bulla había decidido finalmente buscar un refugio donde poder reparar correctamente el maltrecho barco. Cuando amaneció, dio la orden de recoger la vela y usar los remos, y de este modo avanzaron, con torpeza, entre las olas hacia una cala aislada, alejada de las rutas comerciales principales.

Bulla se volvió hacia Héctor y le indicó una franja de guijarros donde los acantilados formaban una curva. Más allá de la playa se veía una estrecha fila de pinos, y luego la tierra se elevaba mucho hasta formar una cordillera de montañas áridas e implacables.

–Dirígenos hacia allí –dijo–. Que los hombres comiencen las tareas de reparación necesarias en cuanto tomemos tierra. Si los hacemos trabajar duro, podríamos hacernos a la mar otra vez dentro de un día o dos más.

–¿Y qué haremos entonces, capitán?

–Continuar hacia Flanona, por supuesto.

–¿Flanona? –escupió Héctor, mirando a Bulla con expresión alterada–. Llevamos días buscando por estas aguas sin encontrar un fondeadero decente. Quizá sería mejor que probásemos suerte en algún otro sitio. He oído que el mar Euxino tiene algunos buenos cazaderos...

Bulla lo interrumpió con brusquedad:

–¿Estás cuestionando mi autoridad, Héctor?

–No, capitán. Por supuesto que no. –Héctor se encogió de hombros–. Era sólo una forma de hablar... Quizá sea hora de cambiar de planes, eso es todo. Hace mucho tiempo que los chicos no consiguen un buen botín.

–Es duro –soltó Bulla–. Si los hombres tienen que sufrir algunas penalidades temporales, que así sea. El futuro de esta tripulación pasa por que encontremos algún sitio seguro para establecer una nueva base. En algún lugar donde podamos escondernos de los romanos. Continuaremos buscando hasta que localicemos un lugar adecuado. ¿Está claro?

–Sí, capitán –replicó Héctor, con los dientes apretados.

–Bien. Me alegro de oírlo. –Bulla enderezó la espalda–. ¡Y ahora vamos a varar el maldito barco!

Héctor se volvió, fulminando con la mirada a los hombres que estaban ociosos junto al mástil.

–¡Ya habéis oído al capitán! ¡Moveos!

La tripulación siguió con sus obligaciones en medio de un silencio adusto y cansado, mientras el Tridente iba dando la vuelta en torno a la bahía y se dirigía a la amplia playa. En un momento, Héctor aulló una orden, y los hombres armaron los remos y se agolparon junto a la popa, para hacer la aproximación final. La quilla dio unas cuantas sacudidas cuando tocaron tierra, y luego los piratas saltaron a los bajíos y llegaron a la costa, andando con dificultad sobre los guijarros sueltos. Inmediatamente se dejaron caer sobre la arena, debilitados por las largas horas de trabajo para salvar el barco. Pero no había tiempo que perder, y de inmediato Bulla ordenó que una partida de reconocimiento fuera a cortar madera para encender fuego. Héctor y el resto de los hombres se dedicaron a sacar la carga que había quedado de la bodega y llevar a cabo una inspección completa del barco.

–¡Cástor! –gritó Bulla, dirigiéndose hacia el intendente. A diferencia del resto de la tripulación, el jefe pirata no mostraba

señal alguna de agotamiento.

–¿Capitán?

–Necesitamos raciones –dijo Bulla–. Baja el bote y pescad algo. –Señaló a Telémaco–. Llévate también a algunos de los chicos nuevos contigo. –Y, sin más, se giró y caminó a lo largo de la playa, para consultar con el carpintero del barco.

Cástor gritó a los reclutas que cogiesen las redes de pesca, los cuchillos para desventrar y las cestas de mimbre del almacén.

–Maravilloso –murmuró Geras, entre dientes–. Justo cuando quería ponerme a descansar, vamos a salir en una expedición de pesca. ¿Por qué siempre me tocan los trabajos de mierda?

Telémaco se encogió de hombros, pero no ofreció respuesta alguna. En privado, sin embargo, agradecía la distracción. Un viaje a través de la bahía al menos significaba que podía evitar a Héctor y su incansable acoso durante un tiempo más.

–Quizá tengamos una oportunidad de escapar –les dijo Nearco en voz baja–. Podemos salir corriendo en cuanto estemos fuera de la vista.

Leito se echó a reír secamente.

–Lo dudo, muchacho. Nos vigilarán con mucha atención hasta que estén bien seguros de nuestra lealtad. Además, aunque pudiéramos darles esquinazo, ¿dónde iríamos?

–Pues tiene que haber algún asentamiento no lejos de aquí, colonias...

–¿Y qué dirás cuando alguien vea esto? –respondió Leito, señalando con un movimiento de cabeza el antebrazo de Nearco–. Estamos marcados, chico. Todos. En cuanto alguien vea eso, estás muerto.

–Podemos explicarlo –dijo Nearco, balbuciente–. Decirles que nos han secuestrado...

–Pues que tengas suerte y encuentres a alguien que te escuche con simpatía. Tienes que afrontarlo: estamos aquí, empeñados con Bulla y su gente, lo queramos o no. Lo único que podemos hacer es sacar el mejor partido posible y hacer nuestro trabajo. O eso o pasamos el resto de nuestra vida en las sombras, ocultos en algún rincón del Imperio olvidado de los dioses.

–Mierda. –Geras se puso de pie–. Vamos. Si nos vamos ahora podremos estar de vuelta antes de que esta gente se haya terminado el vino que queda.

Telémaco y sus compañeros, junto con Cástor y un par de fornidos piratas, bajaron el bote por el costado del casco del Tridente embarrancado en el agua hasta que lo acogieron las suaves olas. El sol continuaba brillando por encima de los picos aserrados de las montañas, mientras los hombres trepaban a bordo, cogían los remos y comenzaban a propulsar el bote fuera de la bahía. Leito, al timón, conducía el bote en torno al cabo.

–Deberíamos encontrar algún caladero decente para pescar. Por ahí –estaba diciendo Cástor, que señalaba una baja punta rocosa, a un par de millas en la costa–. Echaremos las redes allí y pillaremos lo que podamos, y luego volvemos. Pero tendemos que hacerlo rápido.

–¿Y eso por qué? –preguntó Telémaco.

–Hay algunos pueblos repartidos por estos lugares. Será mejor no dar con ninguno de los locales, si podemos evitarlo, no sea que informen de nuestra presencia a la armada.

–¿Y por qué iban a hacerlo? Pensaba que la gente odiaba a los romanos en todas partes.

–Y así es. Pero los locales temen más a los piratas. Especialmente desde que Néstor y su banda han empezado a asaltar a los comerciantes.

–¿Néstor? –preguntó Telémaco–. ¿Anda por aquí?

Cástor asintió, intranquilo.

–Tiene una base por aquí, en algún sitio. O eso he oído decir. El caso es que preferiría no encontrarme con él. Ese hombre es un asesino que mata a sangre fría. Preferiría enfrentarme a un monstruo marino antes que a su gente.

Un escalofrío familiar bajó por la columna de Telémaco al recordar las historias que había oído sobre Néstor y su banda y el terror que inspiraban entre los otros piratas. Rezó fervientemente para no cruzarse nunca en el camino del capitán Néstor y sus hombres.

–Cuanto antes nos encuentre un lugar seguro el capitán, mejor –suspiró Geras–. Personalmente, espero con ganas el día en que podamos dejar de preocuparnos por el prefecto Canis.

Telémaco frunció los labios.

–Yo no tendría tantas esperanzas. No creo que un nuevo hogar vaya a solucionar nuestros problemas.

–¿Y qué te hace pensar eso?

–Adonde quiera que vamos, los romanos siguen buscándonos. Podríamos estar a salvo un tiempo, quizá. Pero más pronto o más temprano vamos a tener que ocuparnos de Canis.

–Chorradas. Sus hombres acaban de arrasar nuestro antiguo hogar hasta los cimientos. Ahora que nos ha dado una buena paliza, volverá a Rávena corriendo.

–Tal vez –replicó Telémaco, no muy convencido–. Pero no creo que vaya a parar hasta que haya terminado el trabajo. Habrá interrogado a los prisioneros de Peiratispolis antes de matarlos. Sabrá que todavía seguimos operando en el Adriático. Y eso significa que enviará a su escuadrón a buscarnos.

–Pues que nos busque –dijo Geras–. Ese idiota de buena cuna lo pasará fatal para localizar nuestra nueva base, dondequiera que acabemos.

–¿Y si nos encuentra antes? ¿Y si topamos con su flota antes de establecernos en un nuevo lugar?

Geras miró a su compañero con los ojos muy abiertos.

–Por los dioses, sabes cómo poner a la gente de mal humor, chico. Aquí estamos, habiendo escapado por los pelos de una horrible tormenta, y lo único que se te ocurre es pensar cuánto tiempo nos queda hasta que Canis venga a matarnos. Creo que necesitas beber, más que yo incluso, ahora mismo.

Una hora más tarde, el esquife daba la vuelta al cabo. Éste reveló una cala bien abrigada por un arrecife en el extremo más alejado. Leito guio la embarcación hacia los bajíos, y los piratas sacaron los remos enseguida. Arrojaron unas redes de pesca por la borda. Al cabo de un rato, fueron reuniendo las capturas, y los marineros más expertos de la tripulación sacaron las redes. Los peces, que no dejaban de removerse, fueron arrojados en unas cestas, para que los reclutas limpiaran las tripas cuanto antes.

El sol brillaba muy alto por encima de la cala cuando Telémaco abrió el vientre de uno de los pescados con un cuchillo. Arrojó las entrañas a un lado, y luego, ya limpio, lo colocó junto a sus semejantes en una de las cestas. Como el sol pegaba muy fuerte, el hedor a rancio rápidamente llenó su nariz, y hasta añoró volver a bordo del Tridente para vaciar la sentina.

–Un maldito día de pesca –murmuró Geras–. Vaya vida la que llevamos los piratas... Lo único que hemos hecho desde que nos unimos a esta gente es cocinar, limpiar y trabajar como esclavos.

Telémaco asintió, de acuerdo con él.

–Espero que no pase mucho tiempo antes de que ocupemos un lugar junto al resto de la tripulación.

–No, a menos que cambie nuestra suerte y Bulla nos encuentre una base. A este ritmo, estaremos fregando y limpiando peces el resto de la estación.

–Quizá sea lo mejor –comentó entonces Leito.

Telémaco miró inquisitivamente al canoso marinero.

–¿Qué quieres decir?

Leito se encogió de hombros.

–No es lo peor del mundo mantenernos apartados de los asaltos a las vías marítimas por un tiempo. Con Canis y sus escuadrones buscándonos, lo mejor podría ser quedarse quieto hasta que las cosas se calmen.

–Brindaré por eso –dijo Geras–. Francamente, sería muy feliz si no tuviéramos que volver al mar durante unos meses.

–¿Por qué has hecho el juramento, entonces? –preguntó Telémaco.

–Para hacerme rico y emborracharme, claro. ¿Qué otros motivos podía tener? Además, no tuvimos elección. Si nos hubiéramos negado, Bulla nos habría matado o nos habría vendido como esclavos. Y preferiría estar muerto que ser esclavo –dudó un momento y miró a Telémaco–. Mierda. Lo siento. No quería decir eso...

Telémaco se quedó callado un momento. Sus pensamientos volvían a su hermano mayor. Recordaba la última vez que había visto vivo a Nereo, el día que el recaudador de impuestos volvió con sus guardaespaldas para apoderarse de las propiedades de su difunto padre y vender a sus hijos como esclavos. A menos que pudiera encontrar el dinero necesario para comprar pronto la libertad de su hermano, Nereo podía morir a manos de su amo, en la forja de Tórico.

–No te preocupes, chico –añadió Geras–. Estoy seguro de que pronto volveremos a capturar alguna presa. Ahorrarás lo suficiente para pagar a ese hijo de puta romano de Burro en poco tiempo.

Telémaco miró a su compañero.

–Pensaba que no tenías ganas de volver al mar...

–No es el mar lo que me preocupa. Es tropezar con ese maldito romano. Pero me vendrían bien unas cuantas monedas más, la verdad. Planeo emborracharme bien, a conciencia, en cuanto estemos en una base, y todo ese vino no se pagará solo...

Telémaco se esforzó por sonreír.

–¿Nunca piensas en nada más? ¿Aparte de vino, mujeres y tú mismo?

Geras se encogió de hombros.

–¿Qué más hay?

Justo entonces uno de los piratas lanzó un grito en la entrada de la cala. Telémaco levantó la vista, dándose sombra en los ojos con la mano. Se acercaba un pequeño bote de pesca. Varias figuras remaban sentadas en él; estiraban el cuello, escrutando a los hombres que estaban en la costa. Otros cogieron los arpones y las redes de pesca. Telémaco se unió al resto de los piratas, en la orilla. Todos miraban hacia el bote.

–Parece que no estamos solos –murmuró Geras.

–¿Pescadores? –se preguntó Telémaco en voz alta.

–¿Qué otra cosa pueden ser, en estas aguas? Sean de donde sean, no estará muy lejos.

Resonó un grito desde el otro lado de la cala. Una de las figuras llamaba a los piratas. Dejaron de remar al momento, y miraron hacia la costa.

–¿Qué deberíamos hacer? –preguntó Telémaco.

–Tranquilos, chicos –replicó Cástor, lúgubre–. Diremos sencillamente que somos de un barco mercante que está en la bahía de al lado. Les dedicaremos una amistosa sonrisa. Averiguaremos quiénes son.

–¿Y si son hostiles?

–Entonces tendremos que ocuparnos de ellos... –Tensó la mandíbula y se dirigió a los demás–. Mantened las armas cerca. Procurad estar en guardia. Si alguno de ellos se pone hostil, lo matamos. No les deis ni una sola oportunidad de atacar primero.

Los hombres mantuvieron un silencio nervioso, sin dejar de mirar al bote que remaba hacia la costa. Telémaco se puso de pie al lado del esquife que estaba embarrancado en la playa, y se concentró en observar a los que se acercaban. De cerca no parecían pescadores. Tenían el físico musculoso y quemado por el sol de marineros expertos, y las cicatrices en caras y brazos sugerían que habían combatido antes. Algunos descansaban las manos en los mangos de sus cuchillos, como si previesen problemas.

–¡Saludos, amigos! –exclamó Cástor cuando vararon el bote en la playa, a poca distancia del esquife, y saltaron a la arena.

La figura más cercana levantó una mano e hizo una señal a sus compañeros de que se quedaran detrás. Dio unos pasos, inspeccionando a los piratas, y sus ojos oscuros se entrecerraron, suspicaces. Telémaco se fijó en que tenía una cicatriz rosa en forma de lágrima en la mejilla izquierda.

–¿Quiénes sois? –preguntó roncamente en griego.

Cástor se aclaró la garganta.

–No queremos haceros ningún daño –dijo con tono ligero–. Nuestro barco quedó atrapado en una tormenta anoche. Está al ancla aquí cerca. Simplemente queríamos pescar un poco, nada más.

–¿Y qué barco es ése? –preguntó el hombre. Miró la marca en el antebrazo de Telémaco y un brillo de alarma relampagueó en su rostro–. Espera. Reconozco esa marca. Sois del Tridente de Poseidón, el barco del capitán Bulla.

Telémaco intercambió una mirada con Geras, antes de volverse hacia el hombre con la cara llena de cicatrices.

–Parece que nuestra reputación nos precede.

–¿Cómo sabéis lo de nuestro barco? –preguntó Cástor.

El hombre ignoró la pregunta.

–¿Dónde está el resto de vuestra tripulación?

–No lejos de aquí. Bastante cerca.

–¿Ah, sí? –Los labios del hombre se curvaron en una débil sonrisa–. Es curioso. No recuerdo que nuestro capitán diese permiso a nadie más para pescar aquí.

–¿Permiso?

El hombre hizo una seña hacia la cala que los rodeaba.

–Estas aguas nos pertenecen a nosotros. Nadie tiene permiso para entrar aquí sin que el capitán Néstor lo sepa.

Telémaco se quedó helado: Néstor...

El hombre de las cicatrices dio un paso para acercarse más. Sus compañeros cerraron filas a su alrededor. Levantó su cuchillo de destripar y desnudó los dientes.

–Estáis en una propiedad privada. Salid de aquí ya, y decidle a vuestro capitán que se largue ahora mismo, si sabe lo que es bueno para él.

Cástor se agachó, como preparándose para atacar. A su alrededor, los otros hombres echaron mano a sus espadas. El pirata con cicatrices miró de soslayo a sus compañeros. Pasó un segundo antes de que gruñera:

–¡A por ellos, chicos!

Los dos bandos se enzarzaron unos con otros en un frenético torbellino de estocadas y puñaladas.

Telémaco trastabilló hacia atrás cuando el pirata que parecía al mando se le echó encima. Evitó por poco el ataque, y luego dio un paso hacia un costado y se arrojó hacia él, apuntando a la garganta. El otro se desplazó para parar el golpe, y entonces Telémaco echó atrás el brazo libre y lo golpeó justo por debajo de las costillas. Pero no consiguió quitar el aliento al pirata, y éste gruñó, rabioso, y arremetió contra el chico antes de que pudiera atacarlo de nuevo. Telémaco se vio obligado a retroceder varios pasos. A su alrededor podía oír el entrechocar y rozar de las hojas entre sí. La tripulación

del Tridente de Poseidón mantenía el terreno, y rápidamente empezaron a resonar los gruñidos desesperados de los hombres que luchaban por su vida.

–¡Hijo de puta! –gruñó el pirata–. ¡Estás muerto!

Con un rugido furioso, se abalanzó sobre Telémaco en un ataque salvaje. El hombre era engañosamente rápido, a pesar de su físico pesado, y casi acaba con el joven con una de sus malignas estocadas. Pero, rápido como el rayo, éste cambió el peso a la izquierda y se arrojó hacia su adversario, levantando la mano libre, convertida en un puño. Se oyó un crujido de huesos rotos, ya que le dio en el puente de la nariz, y esto lo aturdió momentáneamente. El pirata se tambaleó hacia atrás, y Telémaco se arrojó hacia delante antes de que pudiera reaccionar de nuevo; sin pensarlo, le metió la hoja en la zona blanda por debajo de la barbilla. El pirata gruñó, y todo su cuerpo se retorció cuando la hoja se abrió camino hacia su cráneo. Telémaco arrancó el cuchillo, que salió con un gorgoteo húmedo, y el cuerpo flácido del hombre cayó en las olas. La sangre se mezcló con las aguas espumeantes.

Justo en ese momento, se oyó un grito. Telémaco se volvió hacia su izquierda, a tiempo de ver que un pirata barbudo y achaparrado lo embestía con un arpón de pesca que apuntaba a su pecho. Se retorció hacia un lado y evitó por poco el golpe. Angustiado, miró a su alrededor. A lo largo de la costa, varios cuerpos se retorcían en la arena y en la playa, sobre todo de tripulantes del otro bote. La decisión de los tripulantes del Tridente había cogido por sorpresa a sus adversarios, y los pocos hombres de Néstor que quedaban ahora se hallaban superados en número, el sentido de la batalla se había vuelto contra ellos. Telémaco volvió a mirar al hombre del arpón, que ya lo atacaba de nuevo. Esta vez se agachó mucho y trató de pincharle con fuerza, buscando una herida en los órganos vitales del pirata. Pero el alcance mucho más largo del arma de su oponente le hacía imposible acercarse lo suficiente, y al instante siguiente el pirata blandía el arpón y golpeaba a Telémaco en el costado con el mango de madera. El joven griego aulló y, antes de que pudiera recuperarse, el hombre lo atacaba de nuevo, esta vez golpeándolo en la mandíbula. Aturdido, Telémaco cayó pesadamente en la arena, notando el sabor de la sangre en la

boca. Al levantar la vista, vio que el pirata se inclinaba hacia él, con los ojos brillantes y llenos de triunfo, dispuesto a dar el golpe de gracia.

–¡Ya te tengo, basura!

El hombre de Néstor apuntaba con el arpón barbado hacia su oponente caído. Telémaco se retorció a un lado y dio una patada, golpeando con el empeine la parte trasera del talón del hombre. Éste dejó escapar un grito de sorpresa y cayó torpemente hacia delante, de cara. El arpón de pesca se le cayó de las manos.

Telémaco se puso de pie de un salto y le dio una patada en las costillas antes de que pudiera recoger el arpón, y entonces lo sujetó, apretando con fuerza su espalda contra el suelo. El pirata luchaba, se removía, agitando brazos y piernas en un intento inútil de liberarse. Telémaco agarró un mechón del pelo del hombre y levantó el brazo del cuchillo, dispuesto a clavar la hoja en el cogote desnudo.

–¡No! –chilló Cástor–. ¡Déjalo!

Telémaco se quedó inmóvil. De repente, por sorpresa, fue consciente de que los sonidos de la escaramuza habían cesado. Levantó la mirada para ver que los últimos enemigos habían muerto; la sangre fluía libremente de sus heridas. La rabia creció en su interior al ver los cadáveres de dos de sus camaradas caídos en la arena. Su victoria había tenido un coste, por tanto. Miró a Cástor entonces, y éste se adelantó; gotas de sudor relucían en su cabeza afeitada.

–Lo necesitamos vivo –dijo el intendente, entre jadeos.

–¿Para qué? –preguntó Telémaco.

–Puede que nos cuente dónde está la guarida de Néstor. Tiene que estar muy cerca.

Telémaco empuñó la hoja un momento más, con la sangre hirviendo en sus venas. No quería otra cosa que apretar la punta en el cuello del hombre y vengar a sus compañeros muertos. Pero la

razón prevaleció, y se apartó del pirata herido. Dos de los supervivientes de la tripulación del Tridente corrieron hacia él y lo pusieron de pie.

–¿Deberíamos interrogarlo ahora? –preguntó Telémaco.

Cástor negó con la cabeza.

–Ponedlo en el bote con el pescado. El capitán Bulla querrá interrogarlo enseguida.

CAPÍTULO QUINCE

–Creo que ya está preparado, capitán –dijo Cástor, apartándose del prisionero maltratado.

Telémaco observaba la escena desde un rincón de la bodega de carga. Bulla bajó la mirada hacia el pirata capturado y mostró una sonrisa. Después de hacer prisionero al hombre, Telémaco y sus compañeros habían vuelto a la bahía con silencioso alivio por haber sobrevivido a aquella brutal escaramuza. En cuanto hubieron llevado a la costa la pequeña embarcación, descargaron las cestas de pescado plateado y Bulla ordenó a Cástor y a Telémaco que llevaran el cautivo a bordo del Tridente para interrogarlo. Se había despejado un espacio en una zona de la bodega. Habían atado las muñecas del prisionero con un trozo de áspera soga, con el final atado a un anillo de hierro fijado a la parte superior de una de las costillas del barco. El hombre se había resistido al principio, pero unos cuantos golpes en la cara y el pecho lo habían contenido rápidamente. En cuanto lo aseguraron, apareció Bulla, seguido de Héctor y otro pirata hombre de aspecto duro. Habían encendido una lámpara de aceite en un rincón de la bodega, y ésta bañaba los rasgos machacados del cautivo con un débil resplandor anaranjado.

–Excelente trabajo, Cástor –dijo Bulla–. Lo has hecho muy bien. La captura del día. Creo que me haré cargo yo, a partir de ahora.

Cástor asintió.

–¿Podría trabajarlo un poco más, capitán? Para soltarle la lengua.

–No creo que sea necesario. Pienso que podemos saltarnos las cortesías e ir directamente a la tortura.

Una mirada de alarma apareció en la cara del prisionero. Bulla se apartó de él e hizo una seña al pirata que estaba junto a Héctor. El hombre, bajo y musculoso, se adelantó, al tiempo que hacía crujir sus nudillos llenos de cicatrices.

–Éste es Esciro –explicó Bulla–. Es un experto en dolor, se podría decir. Se enorgullece mucho de su trabajo. Se le conoce por mantener a un hombre vivo durante días en un estado de inimaginable sufrimiento. Cuando acabe contigo, llorarás como un bebé.

El prisionero miró al capitán.

–Si sabes lo que te conviene, me soltarás ahora que todavía tienes la oportunidad. Antes de que mis amigos vengan a buscarme. No me sacarás nada. No hablaré.

–¿Quién ha dicho nada de hablar? –Bulla sonrió levemente–. Ni siquiera te hemos hecho ninguna pregunta aún.

Se vio un breve brillo de temor en los ojos del prisionero. Luego éste tensó los músculos y su expresión se endureció.

–Eres hombre muerto. Tú y el resto de tu tripulación.

Los labios de Bulla se curvaron hacia arriba en una ligera sonrisa.

–Bravuconerías. Siempre es una buena cualidad en un pirata. Voy a disfrutar mucho con esto. Puedes empezar, Esciro.

El interrogador se acercó sonriente al prisionero. Sin decir una sola palabra, levantó el brazo, formó un puño con su enorme mano y golpeó con fuerza al hombre en el vientre. El prisionero gruñó y se inclinó hacia delante, jadeando, lleno de dolor. Esciro lo volvió a golpear antes de que pudiera recuperar el aliento, dando con los nudillos en la nariz del pirata con tal dureza que su cabeza saltó hacia atrás y golpeó las tablas, que emitieron un sordo ruido.

Telémaco lo observaba hacer con una mezcla de horror y fascinación. Esciro propinaba ahora una serie de golpes terribles al prisionero, que soportaba aquella paliza brutal en silencio. No suplicaba misericordia ni rogaba a sus captores que se detuvieran. Simplemente, apretaba la mandíbula para sofocar gruñidos de dolor.

Al final, Bulla se aclaró la garganta y pidió a Esciro que parase.

El prisionero respiraba con cortos jadeos, pero levantó su machacado rostro hacia el capitán. Tenía el ojo izquierdo hinchado y cerrado, y un coágulo de sangre y moco burbujeaba encima de su labio superior, cortado. Tras escupir sangre, fulminó con la mirada a Bulla, con los rasgos magullados retorcidos por la rabia.

–Quizá sería buena idea empezar a hablar ahora –sugirió el capitán–. ¿O acaso deseas que Esciro saque su bonita colección de herramientas?

–Pagarás por esto –susurró el prisionero–. Cuando el capitán Néstor averigüe lo que has hecho, estás acabado. Os perseguirá... Os matará a todos...

–Sinceramente, lo dudo. –Bulla soltó una risa seca–. Considera la situación. Tus camaradas están todos muertos, y pasará un tiempo antes de que tu capitán se dé cuenta de que estás desaparecido. Para entonces ya nos habremos ido, y para ti será muy tarde. Demasiado tarde. Puedes seguir sufriendo, si lo prefieres. O bien puedes ahorrarte mayores agonías. Lo único que tienes que hacer es decirme lo que quiero saber.

–¿El qué, por ejemplo? –El pirata frunció el ceño–. No puedo decirte nada útil.

–Sí, claro que puedes. Según lo que dijiste a mis hombres, la tripulación del capitán Néstor tiene la base en algún lugar cerca de aquí. En algún lugar muy bien escondido, presumiblemente, porque no recuerdo haber visto ninguna aldea pirata durante los muchos viajes que hemos hecho por estas aguas. Y resulta que nuestro hogar fue atacado recientemente por los romanos y necesitamos un nuevo fondeadero seguro. El vuestro nos iría de maravilla. Y me vas a decir exactamente dónde encontrarlo.

El prisionero sonrió, revelando una hilera de dientes rotos y ensangrentados.

–Eres un loco. Néstor nunca accederá a compartir nuestra base contigo. Apenas hay botín de las rutas comerciales para nosotros ahora mismo.

–Ah, pero yo no planeo compartir la base. No, tengo una idea mucho mejor. Vamos a quitaros vuestra guarida. Será nuestra, en cuanto me digas dónde buscar. Quiero saber cuántos barcos tiene Néstor bajo su mando, cuántos hombres, si está bien defendida la base. Todo lo que necesito para aplastarlo cuando ataque con mi tripulación. Responde a mis preguntas, y tienes mi palabra de que te respetaré la vida. Y quizá te deje unirte a nosotros después. Los buenos hombres siempre vienen bien. Si te niegas, las torturas que Esciro experimentará contigo no tendrán fin. La elección es tuya.

–¡Que te jodan! –El prisionero escupió en el suelo, con una mirada salvaje y llena de desafío.

Bulla rio.

–No es muy original, pero es una opinión. Lástima. Habrías sido un añadido valioso a la tripulación. –Hizo una seña al fornido pirata que tenía a la derecha–. Todo tuyo, Esciro. Haz todo el daño que puedas. No tiene sentido contenerse con éste. Tiene pelotas. Por ahora, al menos...

Durante la hora siguiente, la bodega del barco se llenó de gritos de agonía mientras Esciro continuaba su trabajo. Después de administrarle una buena paliza con los puños, desenrolló un juego de herramientas y procedió a someterlo a una serie de horripilantes torturas, entre ellas golpeándolo con una maza tachonada o arrancándole jirones de piel con un pequeño gancho de hierro. Como todo esto fracasó, acabó cortándole uno de los dedos del pie con un cuchillo. Telémaco sentía un creciente respeto por el hombre, a pesar de sus lealtades. Estaba claro que los que se encontraban bajo el mando de Néstor estaban dispuestos a morir los unos por los otros. Aunque Bulla finalmente se enterase de dónde se encontraba su guarida, conquistarla resultaría un desafío formidable.

Finalmente, el prisionero se deshizo en sollozos. Esciro se disponía a serrarle los dedos.

–Por favor... No más –jadeó–. Os lo suplico...

Bulla levantó una mano y la movió hacia delante.

–Sólo dime una palabra, amigo. Dime lo que quiero saber, y tus torturas acabarán. Ya has comprendido que tu negativa a ayudarnos no tiene sentido, ¿no? Averiguaremos lo que sabes de una manera u otra. Hablarás. Simplemente, es cuestión de saber cuánto dolor quieres soportar antes de ese momento.

El hombre emitió un gemido bajo y quejumbroso, desgarrado entre la idea de traicionar a sus camaradas y el temor por sufrir más tormentos a manos de su interrogador.

–¿Por qué iba a decirte algo? Me matarás de todos modos.

–En absoluto –respondió Bulla, rotundamente–. Si me dices cuál es la ubicación de la guarida de Néstor, te respetaré la vida. Tienes mi palabra. Y ahora, dime lo que quiero saber. O, si lo prefieres, Esciro volverá al trabajo...

La visión del aterrador pirata blandiendo el cuchillo ensangrentado finalmente rompió la resolución del prisionero, que ya se estaba desvaneciendo. Levantó la vista hacia Bulla con ojos suplicantes, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

–¡No! ¡No lo hagas! Hablaré...

–Bien. Ahora parece que al fin estamos llegando a alguna parte. –Bulla sonrió e hizo señas a Esciro de que se apartara. Este último no hizo intento alguno de ocultar su decepción, pero obedeció–. Trae el mapa de mi camarote –ordenó Bulla a un grumete.

El chico, varios años más joven que Telémaco, corrió hacia el camarote de popa. Bulla volvió a mirar de nuevo al prisionero.

–Y, ahora, dime dónde está la base de Néstor. Pero tienes que saber una cosa: si descubro que me has mentido o que me has ocultado algo, haré que mis hombres te desgarren en pedazos. Te cortaré el resto de los dedos de manos y pies, y luego las pelotas. Cuando hayamos acabado contigo, nos suplicarás la muerte. Pero te costará días morir. ¿Comprendido?

El prisionero lo miró a su vez. Tragó saliva y asintió.

–Petrapylae –graznó–. Nuestra base está en Petrapylae.

–¿Las puertas de Piedra? –Bulla frunció el ceño–. Eso no puede ser cierto. He oído decir que era un puesto comercial muy bien defendido.

–Lo era –replicó el prisionero–. La guarnición de la milicia, junto con la mayoría de los locales, se fue hace años, cuando hubo malas cosechas. Nos apoderamos del puerto hace unos meses. Uno de los rehenes de uno de los barcos que atacamos nos contó que era comerciante y tenía la base allí. Accedió a abrirnos las puertas del lugar si respetábamos la vida de su familia. Capturamos el puerto, nos hicimos con la ciudadela y reclutamos a todos los hombres que podían usar una espada.

–Ya me imagino que la gente de la ciudad no habrá quedado demasiado complacida con esto.

–No importa –dijo el prisionero–. Néstor los gobierna con puño de hierro. Empezó a gravar con impuestos a los comerciantes locales, quedándose una cuota de sus beneficios, y deja que los chicos se sirvan gratis comida y bebida en las tascas.

Bulla frunció el ceño.

–¿Y la gente de la localidad lo aceptó sin más, sin quejarse?

–Unos cuantos nos desafiaron, al principio, pero Néstor los hizo matar. Y también a sus familias. Los llevó a los acantilados y los tiró, uno por uno, mientras los demás miraban. Los que quedaron vivos tienen demasiado miedo para desafiarlo después de aquello. –El cautivo gruñó y bajó la voz, vencido por el cansancio.

Unos momentos después, el grumete volvió con un mapa hecho en piel de cabra. Bulla se lo cogió y caminó hasta los baúles de almacenaje apilados que había a un lado de la bodega. Allí desenrolló el pergamino. Héctor y los demás piratas se acercaron para mirar más de cerca, entrecerrando los ojos por la oscuridad de la bodega.

–Aquí. Petrapylae. –Bulla dio con el dedo en un punto no lejos del fondeadero presente–. Bueno, ciertamente, Néstor ha elegido una buena situación para su guarida. Está bastante cerca de las

rutas de navegación principales, pero bien oculto. Montañas por todos lados, y una entrada estrecha. Los romanos nunca nos sorprenderán allí. –Meneó la cabeza, asombrado–. Seguro que hemos pasado por la entrada de esa bahía docenas de veces, sin verlos siquiera. La base perfecta, justo delante de nuestras narices.

Héctor frunció el ceño.

–Si es que está allí realmente, capitán. ¿Y si el prisionero está mintiendo para proteger a los suyos?

Bulla pensó un momento.

–No. Es la única situación posible en este tramo de la costa. Cualquier otro sitio estaría demasiado lejos de las rutas comerciales. Tiene que ser ése el lugar. La cuestión es ¿cómo vamos a tomarlo?

Se acercó al prisionero. La sangre le caía por la barbilla, y empezaba a formar un charco pegajoso en las tablas del suelo. Bulla se agachó y lo cogió por el pelo para levantarle la cabeza.

–Esa guarida vuestra... ¿está bien defendida?

El pirata capturado hizo una mueca.

–Hay una ciudadela –replicó débilmente–. Allí es donde Néstor tiene sus cuarteles. Tiene unos cuantos lanzadores de proyectiles. Sus vigías verán acercarse vuestro barco... y darán la alarma. El barco quedará hundido antes de que podáis alcanzar la bahía.

–¿Y los barcos, y los hombres? ¿Cuántos tiene Néstor?

–Dos... No, mejor dicho, tres. Néstor tiene tres barcos... Su propio buque insignia, más otras dos tripulaciones que han accedido a navegar con él. Tripulación completa. Trescientos en total.

–¿Trescientos? –Los ojos de Héctor se abrieron mucho, alarmados–. Nuestros chicos son duros, pero nunca conseguiremos vencerlos. Con esa proporción...

Bulla lo ignoró y miró al prisionero a los ojos.

–¿Por qué has dicho dos barcos? Di la verdad ahora o, si no, ya te puedes olvidar de mi promesa de dejarte vivo.

El hombre dudó y cerró los ojos unos segundos.

–Uno de los barcos está fuera –dijo–. El Aqueloo. El barco del capitán Peleo. Ha pasado el último mes haciendo incursiones por la costa junto a Agruvio.

–¿Y cuándo tiene que volver?

–Dentro de unos días. –El hombre bajó la cabeza, demasiado cansado y destrozado para seguir.

Bulla pidió al grumete que le diera pan y agua, y dio órdenes de que otro pirata fuera a por el baúl de las medicinas. Cuidarían al prisionero hasta que se recuperase (si es que se recuperaba), y luego lo obligarían a unirse a la tripulación del Tridente. Mientras ayudaban al hombre a bajar de las cuadernas, Cástor se aclaró la garganta y se volvió al capitán, frotándose la mandíbula.

–¿Cómo vamos a derrotar a Néstor? Nos supera en número por mucho, capitán.

Bulla se incorporó y miró a su tripulación.

–Puede haber una forma. El Aqueloo ahora está fuera, en el mar. Eso reduce sus posibilidades contra nosotros. Debemos atacar ahora, mientras la ciudadela esté mal guarnecida. Si encontramos una forma de sorprender a las dos tripulaciones que quedan, podemos vencerlos y quedarnos con Petrapylae.

–Seguiremos teniendo que ocuparnos de los habitantes, capitán. Quizá no nos den la bienvenida como nuevos gobernantes.

–Quizá. Pero si son tan desdichados como sugiere nuestro prisionero, nos agradecerán que los libremos de Néstor.

Héctor aspiró el aire entre los dientes. Miraba el mapa.

–Aun así, va a ser muy duro tomar esa posición. A menos que intentemos subir a las montañas e introducirnos sigilosamente en la

ciudadela...

–Ni pensarlo –respondió Bulla–. Ya he pasado antes por esas montañas. Son demasiado empinadas para subirlas. No. Tendremos que aproximarnos por mar.

–Pero ¿cómo? –preguntó Cástor–. Los vigías de Néstor nos avistarán en cuanto demos la vuelta al cabo. Tendrán mucho tiempo para atacarnos con sus proyectiles. Nunca conseguiremos llegar a la costa.

–¿Y si lo intentamos al abrigo de la oscuridad? –sugirió Héctor.

Bulla negó con la cabeza.

–Demasiado arriesgado. Hay rocas a lo largo de toda la costa. Podríamos embarrancar en los bajíos antes de poder siquiera atacar, y seguimos teniendo el problema de cómo entrar en la ciudadela misma... No, tiene que haber otra forma de aproximarnos...

Telémaco estudiaba el mapa, pensativo. Un germen de plan empezaba a formarse en su mente. No carecía de riesgos, pero podía permitir que los piratas se introdujesen en la ciudadela sin levantar la alarma. Se aclaró la garganta.

–¿Capitán?

–¿Sí? –soltó Bulla, irritable–. ¿Qué pasa?

Telémaco no se atrevió a responder. Sabía que estaba hablando cuando no le correspondía. Un joven recluta no está en posición de ofrecer consejos a su capitán, y cualquier plan que compartiera seguramente se desestimaría sin más. Pero luego recordó que había intentado advertir a Clemestes de que no navegara por el Adriático, a bordo del Selene. El capitán del mercante lo había ignorado y al final pagó el error con su vida. Cogió aliento con fuerza y se decidió a hablar:

–Puede haber otra forma de entrar en la ciudadela, capitán.

–Nadie te ha pedido tu opinión, chico –replicó Héctor–. Cierra la boca y déjanos a nosotros la planificación.

Bulla levantó la mano y miró con curiosidad al joven.

–No, creo que podemos oír lo que tiene que decir.

–¿Él? –Héctor respondió con desdén–. Es sólo un puto recluta. ¿Qué sabrá él de incursiones o de asaltar fortificaciones?

–Pues no estoy seguro. Pero una cosa sí que la sé: el chico ha demostrado que piensa bien y es astuto. ¿O te has olvidado de que nos salvó durante la tormenta?

La nariz del segundo de a bordo se dilató, llena de ira. Bulla se apartó de él e hizo una seña a Telémaco.

–Bien, oigamos tu plan. Pero es mejor para ti que sea bueno...

Telémaco asintió, nervioso.

–Ese tercer barco, capitán... El que está en el mar, ahora mismo...

–El Aqueloo. ¿Qué pasa con él?

–El prisionero dice que Néstor espera que vuelva dentro de pocos días. ¿Y si volviera un poco antes?

Bulla se rascó la mejilla.

–Podría... si la tripulación encuentra un buen botín, podría volver antes de lo esperado. Y eso nos podría causar problemas.

Telémaco esbozó una sonrisa astuta.

–Entonces esperemos que no vuelva pronto, señor.

–¿Qué quieres decir?

–Creo que podemos encontrar una forma de meternos en la ciudadela sin alertar al enemigo. Pero primero tenemos que saber exactamente qué aspecto tiene el Aqueloo...

CAPÍTULO DIECISÉIS

–Deberíamos tener a la vista la base de Néstor pronto –dijo Cástor, mientras miraba por encima de la proa del barco.

Telémaco estaba de pie en cubierta junto a su compañero. La suave brisa acariciaba sus mejillas mientras el Tridente de Poseidón avanzaba hacia la costa. Por delante de ellos se encontraba una ensenada larga y estrecha con una montaña imponente situada justo enfrente. Según la información que habían conseguido sacar al prisionero, la guarida de Néstor estaba en la base de la montaña, al otro lado del cabo.

–Ese plan tuyo será mejor que funcione, chico –siguió Cástor–. Por nuestro bien.

–Sí que funcionará –insistió Telémaco–. Ya lo verás.

–Esperemos que tengas razón. Porque, si los hombres de Néstor se dan cuenta de nuestra trampa, estaremos muy pero que muy jodidos.

Telémaco asintió lacónicamente, mirando a su alrededor por la cubierta del barco. Los dos días anteriores la tripulación había estado trabajando duro a bordo del Tridente de Poseidón, haciendo los cambios necesarios para que pudiera pasar por el Aqueloo. Bulla había visto el barco antes, durante un viaje a Lisso y, aprovechando también la información que les dio el prisionero, habían hecho diversas alteraciones a las jarcias y el velamen del Tridente. Una inspección cercana del buque no engañaría a nadie, pero Bulla había juzgado que el parecido era suficiente para engañar a los vigías de la ciudadela, al menos desde la distancia. Después de los preparativos finales, había abandonado el fondeadero al amanecer. Habían pasado las últimas horas navegando hacia abajo, por la costa de Ilírico, y dieron la vuelta a la entrada a la ensenada poco antes de mediodía. Ahora ya se aproximaban a Petrapylae.

Sólo un puñado de piratas se encontraban en la cubierta

principal. El resto de la tripulación se escondía en la atestada bodega, representando el papel de prisioneros. Se les habían unido unos pocos supervivientes de Peiratispolis que se habían recuperado de sus heridas y eran capaces de empuñar una espada. Bajando la mirada hacia la brazola de la escotilla, Telémaco podía ver a Geras y Leito bajo la cubierta, entre un mar de tensas caras, todos ellos vestidos con trapos mugrientos y asegurados los unos a los otros por los tobillos y las muñecas. Sus cadenas estaban sujetas con unas espigas de madera finas que se podían romper al instante. Sonrió con satisfacción ante su aspecto desharrapado, y reflexionó de nuevo sobre su plan.

En cuanto el Tridente hubiese pasado la estación del vigía, izaría los colores del Aqueloo y se dirigiría hacia la bahía, fondeando en la costa, tan cerca como fuera posible de la base pirata. Tan pronto como hubiesen desembarcado, Telémaco y los que estaban en cubierta harían salir a los prisioneros de la bodega y los dirigirían por la playa hacia la ciudadela enemiga. Había varios tratantes de esclavos que operaban fuera de Petrapylae, según el prisionero, y la visión de la tripulación del Aqueloo escoltando a un nuevo grupo de marineros capturados hacia la ciudadela no despertaría ninguna sospecha. Una vez dentro, Bulla daría la orden, y entonces los prisioneros romperían sus cadenas, cogerían las dagas que llevaban ocultas bajo las túnicas y se dirigirían hacia los cuarteles de Néstor. Cualquier pirata que se resistiera sería asesinado. El resto serían tomados como prisioneros y les darían a elegir entre la muerte y el juramento de lealtad a Bulla y su barco. En cuanto hubiesen capturado Petrapylae, Bulla y sus hombres podían dedicarse de nuevo a buscar presas. Si conseguían unos cuantos botines importantes, Telémaco podría estar en condiciones de comprar la libertad de su hermano mucho antes de lo que había imaginado.

Pero el plan no carecía de riesgos, se recordó a sí mismo. Si el engaño fracasaba antes de que el Tridente anclase junto a la costa, el enemigo tendría mucho tiempo para preparar sus defensas. Aunque la tripulación se las arreglase para desembarcar y pasar junto a los centinelas, tenían que meterse en el interior de la ciudadela y matar a todos los enemigos posibles antes de que se diera la alarma. ¿Y si uno de los guardias de la puerta descubría la

trampa y alertaba a sus camaradas? Telémaco hizo una mueca al pensarlo. Sin el elemento sorpresa, los hombres del Tridente acabarían masacrados. Era muy improbable que Néstor mostrara misericordia con ellos. Aquellos desgraciados a los que capturasen vivos serían vendidos como esclavos, o bien sujetos a espantosas torturas, antes de concederles la misericordia de la muerte.

Un grito surgió de la tripulación, y todos los ojos en la cubierta miraron hacia el pequeño fuerte que se distinguía sobre el acantilado. Una pincelada de color vivo apareció por encima de la estación del vigía, como si hubieran izado una bandera de señales en el mástil.

–El vigía debe de estar haciendo señales a la ciudadela –gruñó Héctor.

Bulla entrecerró los ojos para ver mejor el distante gallardete.

–Amarillo. Ésa es la señal de que se aproxima un barco, ¿verdad?

Telémaco asintió.

–Eso es lo que nos dijo el prisionero, capitán.

–A menos que ese hijo de puta mienta –dijo Héctor–. Entonces estaríamos navegando derechos hacia una trampa.

El sol continuaba brillando en el claro cielo de la tarde. El Tridente se acercaba al cabo, con la vela situada en ángulo para aprovechar el viento de popa. Bulla había decidido no usar a los remeros con la vela, no queriendo arriesgarse a cansar a los hombres antes de llegar a la bahía, y ello conllevó un retraso al doblar el cabo que incidió en los nervios de la tripulación. Al final consiguieron pasar la punta, y Telémaco y los marineros en cubierta se alinearon en la barandilla cuando la guarida de los piratas quedó a la vista. Una masa de rocas sobresalía del pie de la montaña, conectada con la playa con un camino de grava. Al final del promontorio rocoso se alzaba un asentamiento fortificado, flanqueado por unos empinados acantilados y rodeado por un muro de mampostería medio derruido. Una zanja defensiva y una puerta

de madera guardaban el acceso por tierra. Detrás del muro, Telémaco vio un grupito de tejados que se alineaban en la suave loma, alzándose hasta una torre de homenaje de piedra que daba a la bahía.

–Parece que el prisionero tenía razón –dijo Cástor, con una nota de emoción en la voz–. Este lugar está muy bien defendido.

Telémaco asintió; observaba las catapultas montadas en plataformas por encima del muro.

–Néstor no corre ningún riesgo. Una cosa sí que es segura, sin embargo: será una base estupenda para nosotros.

Cástor gruñó.

–Si podemos apoderarnos de ella...

Al bajar la mirada, Telémaco vio una galera de aspecto esbelto, al ancla en las calmadas aguas por debajo de la ciudadela. Por lo que había contado el prisionero, se dio cuenta de que era el buque insignia de Néstor, el Proteo. Otro barco, mucho más pequeño, estaba inclinado de costado en la playa, apoyado en unos recios maderos. Varias figuras diminutas se movían a su alrededor; parecía que aplicaban una capa de brea fresca al casco. Más arriba de la playa, había unas chozas repartidas y varias barquitas de pesca pequeñas. La escena parecía bastante pacífica, y el puñado de piratas que estaban en la playa no habían visto aún al Tridente.

–¡Capitán! –gritó Cástor–. ¡Ahí!

Telémaco siguió la dirección de la mirada del intendente. Un humo oscuro y espeso se alzaba por encima de la torre de homenaje, que fue seguido inmediatamente por otros hilos de humo que remolinearon en el cielo sin nubes.

–Bombas incendiarias... –gruñó Héctor–. Lo sabía, joder. ¡Nos han descubierto! ¡Tenemos que dar la vuelta, capitán!

–¡Aguanta los nervios, maldito seas! –soltó Bulla–. No van a disparar. Todavía, no. No nos han desafiado.

Varios momentos más tarde se oyó un grito entre la tripulación. Uno de los hombres alargó el brazo, y todos se volvieron hacia donde señalaba, hacia el pequeño fuerte que estaba en la parte superior del cabo. Telémaco miraba fijamente. El gallardete bajó, y un segundo gallardete, de color oscuro, fue izado rápidamente en su lugar. Bulla tensó la mandíbula y se puso muy tieso.

–Vale. Es la señal de que nos identifiquemos –se volvió hacia Telémaco–. ¡Iza el gallardete!

Telémaco y Geras corrieron hacia el armario de almacenamiento, a popa, y sacaron la pila de tela color verde. La llevaron hasta las jarcias y, rápidamente, uniendo los cazonetes que remataban el gallardete a las escotas recién reparadas, lo izaron en el mástil. El gallardete se agitó con la brisa por encima del palo como una lengua verde. Si la información del prisionero era correcta, eso identificaría al barco ante la ciudadela como el Aqueloo y significaría su regreso de una expedición con éxito, y a los piratas que se ocupaban de las bombas incendiarias se les ordenaría que se retirasen.

–Roguemos a los dioses que funcione, capitán –murmuró Héctor.

–Lo averiguaremos muy pronto –respondió Bulla fríamente. Se llevó las manos en torno a la boca–. ¡Piloto! Mantén el rumbo. ¡Marineros! ¡Arriad las velas! ¡Fuera remos!

Telémaco se unió a los demás, que seguían con sus deberes de la manera más normal posible, recogiendo la vela y atando los lazos. El resto de los piratas se inclinaban por encima de los remos, manteniendo una remada lenta para no levantar muchas sospechas entre los de la playa. Sólo estaban a unas decenas de metros de los guijarros ya, y a cada momento que pasaba tenían la certeza de que el enemigo conseguiría ver más allá de su disfraz y desencadenaría una andanada de proyectiles incendiarios sobre el barco, convirtiéndolo en un auténtico infierno. Mientras tanto, Bulla andaba lentamente por cubierta, a un lado y otro, deteniéndose ocasionalmente para mirar las columnas de humo negro que flotaban encima de las fortificaciones. Su conducta fría y controlada ayudó a tranquilizar a la tripulación y, por primera vez, Telémaco

se admiró de las cualidades de liderazgo vital necesarias para dirigir un barco pirata.

El capitán llamó al timonel para que se dirigiera a una franja de guijarros lejos de donde se encontraba varado en la playa el otro barco pirata. Telémaco se unió a los marineros reunidos en la popa, con el corazón latiéndole muy fuerte debido a la tensión del momento. Todos seguían observando con angustia el humo que se elevaba por encima de la ciudadela, como si esperaran que en cualquier momento cayera una lluvia de proyectiles en llamas sobre ellos. Pero no se disparó ninguno, y de repente las tablas de cubierta temblaron, la proa del barco tocó la playa y luego se detuvo. Se oyó un estruendo sordo cuando metieron los remos en el barco y la nave dejó de moverse.

–¡Bajad las pasarelas! –ordenó Bulla–. ¡Preparaos para desembarcar!

La tripulación se puso en acción de inmediato. Un par de marineros maniobraron la rampa de desembarco, dejándola caer en los bajíos con una sorda salpicadura. Héctor gritó al resto de la tripulación que trajera a los prisioneros, y al momento Leito, Geras y los demás emergieron de los oscuros confines de la bodega, parpadeando bajo el áspero resplandor del sol. Al mismo tiempo que Bulla ordenaba el desembarco, tres hombres salieron de la ciudadela para saludar a los recién llegados. Héctor conducía ya a los prisioneros fuera del barco, y éstos entrechocaban las cadenas al arrastrar los pies por la pasarela hacia las aguas que les llegaban hasta la cintura. Telémaco hizo un esfuerzo para seguirlos a paso lento, vadeando hacia la costa, hacia la playa de guijarros y a tierra firme.

Miró con cautela al otro lado de la bahía, hacia los hombres que estaban junto al pequeño barco embarrancado, por si alguno de ellos se aproximaba al Tridente de Poseidón para dar la bienvenida a sus amigos, que volvían al fin. Si era así, el plan estaba condenado al fracaso. Bulla y sus hombres no tendrían otro remedio que intentar escapar de la bahía antes de que apuntaran con los proyectiles de la ciudadela y los hundieran. Pero, para su inmenso alivio, ningún enemigo se movió hacia ellos, y sólo uno o dos hicieron una breve pausa para saludarlos antes de volver al trabajo.

Una vez hubieron bajado los últimos piratas, Bulla se volvió y valientemente condujo a sus hombres a través de la playa, dirigiéndose a la delgada tira de tierra que conducía a la ciudadela. Los tres hombres que habían salido de la puerta se quedaron de pie en el extremo más alejado del camino, mirando a los recién llegados con interés. Bulla marchaba a paso rápido, delante de aquellos que fingían ser prisioneros luchando con sus pesadas cadenas. Se oyó un grito cuando Geras pisó la grava suelta y se tambaleó y cayó al suelo. Instintivamente, Telémaco fue a ayudar a su compañero a ponerse en pie, y recibió una mirada furiosa del capitán.

–¡Tú, ahí! –dijo Bulla en voz baja–. ¿Qué demonios piensas que estás haciendo? No son tus putos compañeros. Se supone que son nuestros prisioneros. Empieza a tratarlos así, antes de que los de la puerta sospechen...

Telémaco retiró el brazo rápidamente. Al momento endureció su expresión y dio a Geras una rápida patada en las costillas, provocando que éste gruñera.

–¡Levántate, escoria! –gritó, lo suficientemente alto para que los centinelas que estaban encima de la puerta le oyeran.

Geras se levantó con dificultad, haciendo una mueca. Arrojó una mirada oscura sobre Telémaco.

–Gracias, hombre.

–Lo siento.

–Olvídalo. –Sacudió la cabeza furioso–. Cadenas y palizas... Es justo decir que no es exactamente así como esperaba que resultara mi carrera como pirata.

Telémaco tragó saliva, nervioso.

–Esperemos que el enemigo se lo trague. Si no, todos llevaremos cadenas dentro de poco.

–¡Cerrad el pico! ¡Seguid avanzando! –soltó Bulla. Señaló con un dedo a Geras–. ¡Tú, vuelve a la fila!

Geras dio unos pasos atrás, hacia la columna de prisioneros, murmurando maldiciones entre dientes, mientras continuaban hacia la ciudadela. Más allá de la puerta abierta, ya se podía distinguir una calle ancha y empedrada, flanqueada por unas casuchas destartaladas, con un mercado floreciente en el extremo más alejado. En la plaza se alineaban varias tabernas que debían hacer negocio con los hombres de Néstor. La gente de la ciudad miró desconfiada a los piratas que estaban al otro lado de la calle. Algunos bajaron los ojos y se alejaron rápidamente, arrastrando los pies y evitando su mirada. Uno o dos los miraron con abierta hostilidad, y Telémaco notó la mala relación que existía entre los locales y los intrusos. En la distancia ya se anunciaba la parte superior de la torre de piedra donde Néstor había establecido su cuartel general.

–Casi estamos –susurró Bulla–. Tranquilos, chicos. Seguidme.

Uno de los que vigilaban la puerta, un pirata de aspecto duro, ya de mediana edad, se acercó a los recién llegados. Levantó el brazo, como seña a Bulla y sus hombres de que se detuvieran. Un par de centinelas se encontraban a cada lado del hombre, con las manos apoyadas en los pomos de sus falcatas. El pirata se adelantó e inclinó la cabeza ante Bulla.

–¿Vosotros sois los hombres del Aqueloo? No os conozco.

Bulla sonrió.

–Somos nuevos en la tripulación del capitán Peleo.

–Ya veo. –El pirata gruñó, al tiempo que pasaba los ojos por la partida. Por sus rasgos curtidos y su pelo gris, Telémaco supuso que era uno de los hombres de mayor edad de Néstor.

–¿Y dónde está vuestro capitán? –preguntó.

Bulla señaló con el pulgar en dirección al Tridente.

–Todavía a bordo del barco, reuniendo el resto del botín. Vendrá enseguida. Nos ha dicho que traigamos primero los prisioneros. Sacaremos un buen precio con los tratantes de esclavos.

–¿Ah, sí?

Los labios del pirata se separaron en una sonrisa, revelando unos dientes amarillentos y manchados. El beneficio obtenido de la venta de dos veintenas de prisioneros representaría una recompensa notable para los más cercanos a Néstor, y Telémaco lo sabía. Algo que sin duda apareció en la mente del hombre, que volvió a mirar los prisioneros.

–Echemos un vistazo, a ver lo que tenemos aquí, pues. –Se detuvo ante Geras e hinchó las mejillas–. Joder, éste parece muy burro. No sacaremos mucho, eso seguro. Esos atenienses rácanos hoy en día sólo pagan un precio decente por los que saben leer y escribir. Éste parece que no sabe ni decir su propio nombre, y mucho menos deletrearlo.

Telémaco dirigió una mirada de soslayo a Geras y vio que la cara de su amigo hervía de indignación. Como los centinelas andaban distraídos, Telémaco rápidamente apoyó la mano en el pomo de su espada. Cerró los dedos en torno al mango del arma, dispuesto a empuñarla a la menor señal de problemas.

–Pero es bastante recio –comentó uno de los centinelas, dando un golpe a Geras en el estómago–. Podríamos venderlo para una de esas escuelas de gladiadores. Pagan muy poco, pero es mejor eso que nada.

–Supongo que sí –gruñó el viejo–. Es lo mejor que podemos esperar, seguramente, por este saco de mierda. Será mejor asegurarnos de que tiene todos los dientes...

Levantó la mano, cogió la cara de Geras con una mano y le metió un mugriento dedo en la boca y lo paseó por sus mandíbulas. Geras retrocedió abruptamente, gritando furioso, apartó al pirata y le dio un empujón hacia atrás.

–¡Vete a la mierda! ¡Apártate de mí!

En la plaza resonó un estruendo metálico cuando las cadenas que llevaba en torno a las muñecas se soltaron y cayeron al suelo. Hubo un momento de silencio y de asombro, y el pirata miró

sorprendido los grilletes rotos a sus pies. Luego levantó la mirada hacia Geras, y la expresión de su rostro cambió rápidamente de la confusión a la alarma. Buscó a su costado para desenfundar su arma envainada. En el mismo instante, Bulla liberó su propia hoja de su vaina y se volvió hacia sus hombres.

–¡Ahora! –rugió–. ¡A por ellos!

CAPÍTULO DIECISIETE

La voz de Bulla todavía hacía eco en las paredes de los edificios que los rodeaban cuando la tripulación del Tridente de Poseidón entró en acción. Telémaco y sus compañeros desenvainaron las espadas, creando un coro de roces acompañado por el estruendo de las cadenas sueltas que caían al suelo al liberarse de ellas los hombres que habían fingido ser prisioneros. Rápidamente, sacaron las armas que llevaban ocultas debajo de sus túnicas harapientas, ante el horror mortal de las tres figuras que tenían delante de ellos. Al pirata canoso apenas le había dado tiempo para darse cuenta de lo que estaba ocurriendo cuando Telémaco ya corría hacia él con la espada en alto y la clavaba con fuerza en su costado, subiendo luego en ángulo hacia las costillas y perforándole un pulmón. Los otros dos centinelas se volvieron y echaron a correr, gritando a sus camaradas reunidos en la plaza del mercado. Los hombres de Bulla cayeron rápidamente encima de ellos, antes de que pudieran escapar. En el extremo más alejado de la calle resonaron varios gritos de pánico, y un grupo de piratas se incorporaron de su juego de dados y los bancos donde bebían y se volvieron hacia los atacantes, al tiempo que buscaban sus armas enfundadas.

–¡Matadlos a todos! –gritó Bulla–. ¡Matadlos!

Sus hombres no necesitaban que los animasen más. Se lanzaron a la carrera de repente y cargaron hacia la plaza del mercado, aullando gritos de guerra. En torno a ellos, la gente de la ciudad chillaba; las mujeres agarraban a sus niños y corrían a ponerse a cubierto, mientras los piratas se abalanzaban sobre sus asombrados oponentes. Los hombres de Néstor no tuvieron tiempo de reaccionar, y muchos fueron muertos sin piedad antes de que pudieran siquiera sacar las espadas de sus vainas. Telémaco oyó un grito de agonía a su derecha. Uno de los defensores había sacado la espada y se había abalanzado sobre el pirata más cercano, hiriéndolo en la entrepierna. La alegría del defensor duró muy poco, ya que Telémaco ocupó el lugar de su camarada caído y metió la punta de la espada hondamente en las tripas del hombre. Retorció

brutalmente la espalda, el otro soltó un respingo de dolor y cayó, maldiciendo a su asesino mientras se desangraba.

Telémaco retrocedió, apartándose de su oponente y mirando a su alrededor, a la lucha, con la sangre latiendo en sus venas. Sólo un puñado de los hombres de Néstor habían conseguido escapar a la carnicería, retirándose por el laberinto de calles laterales y avenidas que conducían a lo más profundo de la ciudadela. Varios de sus camaradas, desafiantes, mantenían el terreno, pero pronto se vieron abrumados por un buen puñado atacantes implacables. En el borde de su visión, Telémaco vio a cuatro hombres de Bulla apiñados en torno a un pirata de aspecto juvenil, que llevaba una espada corta. El joven arrojó su arma a un lado y levantó los brazos, rindiéndose, pero la tripulación ignoró sus súplicas y un espantoso chillido perforó el aire cuando desapareció bajo una lluvia de salvajes estocadas. Al menos una docena de cuerpos estaban tendidos ya en la plaza del mercado, entre el caos de ánforas de cerámica rotas, bancos de madera volcados y puestos de mercado abandonados. Los hombres de Bulla se aprovechaban de la sorpresa con la que habían caído sobre sus enemigos.

–Esto es pan comido –dijo Geras, secándose el sudor de la frente.

–No por mucho tiempo –replicó Telémaco, torvamente–. ¡Mira!

Señaló hacia una de las callejuelas estrechas que conducían fuera de la plaza principal. Un grupo de hombres corría hacia ellos desde la torre de homenaje, blandiendo armas y escudos redondos, dispuestos a repeler a los atacantes.

–Mierda... –murmuró Geras.

Uno gritó, como señal de advertencia, y los hombres del Tridente de Poseidón simultáneamente se volvieron para enfrentarse a la nueva amenaza. Los hombres de Néstor gritaron el nombre de su comandante al atravesar a la carrera la plaza del mercado, saltando por encima de sus camaradas asesinados, arrojándose a la lucha. Pronto la plaza se convirtió en una masa bullente de dagas, espadas y porras de madera, con los dos bandos destrozándose entre sí. Un pirata muy fornido, con un escudo y una

coraza de lino decorada, demasiado pequeña para su tamaño, fijó sus ojos entrecerrados en Telémaco y se lanzó hacia él con brutales estocadas. Telémaco desvió la hoja hacia un lado y respondió atacando a su vez, pero el pirata paró el golpe con facilidad y rápidamente cambió el peso de su cuerpo y contraatacó, apuntando al rostro de su oponente. Telémaco apartó la cabeza a un lado, y un dolor agudo lo atravesó cuando el filo le rozó la mejilla. Se tambaleó hacia atrás, siseando.

–Estás sangrando, chico –se burló el pirata–. ¡Con el siguiente golpe te corto el cuello!

Telémaco tensó los músculos y se agachó, su atención plenamente centrada en su oponente. Este último desnudó sus torcidos dientes y saltó hacia delante, haciendo una finta y luego apuntando hacia abajo, por el lateral del joven. Telémaco paró el golpe dejando caer el hombro, y arrojó todo su peso hacia delante, apuntando a la cabeza de su oponente. Éste levantó el escudo justo a tiempo y la hoja rebotó en el tachón con un fuerte sonido metálico, pero obligando al pirata a soltar el escudo de su mano entumecida. Sin parar un momento, Telémaco le metió su hoja por el costado, en el hueco entre la parte delantera y trasera de la coraza. Saltó un chorro de sangre oscura y entonces tiró del arma para soltarla, y el pirata cayó al suelo con un gruñido desesperado.

Rápidamente Telémaco se agachó y recogió el escudo de su adversario, para volverse hacia su siguiente oponente. Un pinchazo de temor recorrió su espina dorsal al ver que el enemigo superaba en número a la tripulación del Tridente. Una vez desaparecido el elemento inicial de sorpresa, el ataque se había estancado, y se dio cuenta de que sólo era cuestión de tiempo que Bulla y sus hombres acabaran derrotados. Al otro lado de la plaza, un grupo de hombres de la ciudad miraba la escena desde la oscuridad de una estrecha calleja lateral, angustiados por conocer el resultado de la lucha.

–¡No os quedéis ahí parados de pie, joder! –gritó–. ¡Echadnos una mano! ¡Si queréis libraros de Néstor y su banda, ahora es vuestra oportunidad!

Los hombres se miraron entre sí indecisos. Unos pocos miraron las armas repartidas por la plaza del mercado, vacilantes entre su

poca disposición a verse implicados y su deseo de ver derrotado a Néstor. Uno de ellos de repente corrió hacia delante, un gigantón con una espesa barba. Agarró una brillante espada de entre el revoltijo de cadáveres ensangrentados y cargó contra el pirata más cercano, un individuo rechoncho cuyo pelo rizado sobresalía a cada lado de un casco de piel. El pirata apretó la mandíbula en una mueca de odio y dirigió su hacha hacia el gigante. Este último se agachó y esquivó el golpe, y luego atacó a su vez, y el otro dejó escapar un sangriento gorgoteo cuando la espada se hundió en su pecho. Con un profundo gruñido, el gigante plantó una bota sobre su enemigo herido y recuperó la espada. Luego se volvió y gritó para animar a sus amigos, que seguían refugiados en las calles laterales.

Más gente salió entonces de sus escondites, inspirados por el ejemplo del gigante. Agarraron las primeras armas que encontraron y se arrojaron hacia los hombres de Néstor con rabia acumulada y frustración. Uno de ellos cogió una horca de una carreta cercana y hundió los pinchos de hierro en el costado de un robusto pirata que empuñaba una porra. El pirata chilló con agonía cuando las afiladas puntas le penetraron las entrañas, con el mango sobresaliendo de la herida. Otro de los locales dio una patada a uno de los hombres de Néstor en la espalda, y lo hizo caer a cuatro patas. Apretó luego al pirata contra el suelo, mientras un compañero levantaba un trozo de mampostería y se lo estampaba en el cráneo. Algunos se enfrentaron a los defensores con porras o piedras, y otros simplemente con los puños desnudos.

–¡Vamos! –aulló Telémaco, apretando el puño hacia los hombres de la ciudad que todavía no se habían unido a la lucha–. ¿Qué tenéis que perder? ¡Uníos a nosotros!

Los últimos mirones dudaron un momento más, pero enseguida corrieron hacia delante, empuñando armas improvisadas y arrojándose hacia sus enemigos con brutal intensidad. Aunque no eran luchadores entrenados, el gran número de locales que se unían a la escaramuza rápidamente superó a los hombres de Néstor y los obligó a retirarse. Viendo que la lucha había dado un vuelco a su favor, Bulla y sus hombres se abalanzaron sobre el enemigo con renovado furor, obligándolos a retroceder paso a paso hasta que

alcazaron el extremo más alejado de la plaza del mercado. Unos pocos defensores huyeron por las calles laterales. Unos pocos de la tripulación del Tridente se desmarcaron de la escaramuza principal y marcharon tras ellos, y los acorralaron antes de que pudieran escapar. Se les unió un puñado de locales que, dejándose llevar por la sed de sangre, mataron a todos los hombres de Néstor que todavía respiraban.

–¡Héctor! –gritó Bulla–. Llévate a alguno de nuestros chicos y vete por esos edificios. Tenemos que cortarles la retirada y atrapar a los que queden.

–¡Sí, capitán!

Sólo quedaba ya un pequeño grupito. Con Héctor y los demás piratas cortándoles la retirada, no les quedaba ningún sitio a donde ir, y Bulla gritó a sus hombres que parasen. La lucha se detuvo al cabo y, cuando la tripulación del Tridente retrocedió unos pasos del tumulto, el estruendo de las armas contra los escudos rápidamente se vio sustituido por un silencio inquietante, sólo roto por los gritos desesperados de los heridos. Telémaco, de pie junto a sus camaradas, escuchaba su propia respiración agitada, mientras contemplaba al enemigo de cerca. Los hombres de Néstor seguían teniendo las armas levantadas, como si se preparasen para una última y desesperada carga. Se abrió un hueco entre las filas y Bulla pasó entre ellos.

–¿Quién de vosotros es el capitán Néstor?

Una figura alta y oscura, con una coraza muy ornamentada, se adelantó.

–Soy yo. ¿Y tú quién coño eres?

–Me llamo capitán Bulla, del Tridente de Poseidón. Estoy aquí para apoderarme de la ciudadela. Tus hombres están rodeados, Néstor. Diles que se rindan. No hay necesidad de derramar más sangre hoy.

Néstor bufó, burlón.

–Venga, capitán. Ambos sabemos que eso no es cierto. En cuanto les diga que depongan las armas, nos mataréis a todos.

Bulla negó con la cabeza con fuerza.

–No matamos por matar. Se os respetará, a ti y a tu tripulación. Y ahora, di a tus hombres que suelten sus armas, o si no haré que mis chicos os corten en pedazos y os den como alimento a los perros.

Los que estaban a cada lado de Néstor se miraron indecisos los unos a los otros. Durante un momento, nadie se movió. Luego, uno, que sangraba profusamente de una herida en la pierna, dejó caer su espada, que resonó en el suelo. Los otros lo imitaron al momento. Telémaco vio un parpadeo final de desafío en los ojos de Néstor, pero enseguida gruñó, con amarga frustración, y de mala gana arrojó a un lado su única arma, y después inclinó la cabeza.

–¡Héctor! –llamó Bulla.

–¿Capitán?

–Llévate a éste –señaló a Néstor–. Mételo en una de las celdas. Ya me ocuparé de él más tarde. El resto pueden unirse a nuestra tripulación y sustituir a los hombres que hemos perdido.

Uno de los locales lo miró con sorpresa e incredulidad.

–¿Vais a perdonar la vida de esos miserables? ¿Después de todo lo que nos han hecho?

Bulla asintió.

–Hemos perdido muchos hombres hoy. Los necesitaré a todos para la nueva tripulación.

–Pero ¿qué les impedirá cortarnos el cuello en cuanto les demos la espalda? ¡Deberíamos matar a esos hombres, no recompensarlos!

Varios lugareños gruñeron, asintiendo a la vez. Pero Bulla se dirigió al primer hombre que había hablado.

–Ya hemos derramado suficiente sangre por hoy. Además, ahora esos hombres me pertenecen. Mi tripulación es la que te ha liberado.

–¿Liberarme? –El hombre levantó los brazos y rio amargamente–. ¡Y una mierda! Le acabas de decir a Néstor que estáis aquí para quedaros la ciudadela para vosotros. ¿Por qué debemos dejarte que nos gobiernes a todos los demás?

Algunos de la multitud lo vitorearon, y varios más gritaron que los piratas debían abandonar la ciudadela. Bulla ignoró sus voces y miró ecuánimemente al hombre.

–Averiguarás que yo soy mucho más justo que Néstor. Te aseguro que no tendréis nada que temer de nosotros. Os trataré con justicia, y vosotros disfrutaréis de una parte de nuestros botines.

–¡Eso ya lo hemos oído antes! –El hombre, que estaba claro que era una figura con cierta autoridad entre la gente del pueblo, miró a su alrededor, como suplicando a los demás de la multitud–. No hemos arriesgado nuestras vidas para librarnos de Néstor y su gente sólo para rendirnos a otro déspota pirata. ¡Yo digo que recuperemos el control de la ciudadela para nosotros!

–¡Ya basta! –rugió Bulla, silenciando a los disidentes. Se adelantó hacia él, con la mano en torno al pomo de su espada–. Escuchadme. Si no hubiera sido por nosotros, tú y tus amigos seguiríais viviendo bajo el gobierno de Néstor. –Hizo una pausa para que sus palabras se asimilaran, y luego siguió, amenazador–: Ahora, puedes aceptar nuestra oferta y disfrutar de una parte de las riquezas que saquearemos, cuando volvamos al mar, o bien podéis uniros a Néstor y sus lugartenientes y pudriros en una celda. ¿Qué preferís?

El hombre se quedó mirando a Bulla y pareció por un momento que iba a seguir protestando. Pero luego se apartó, murmurando entre dientes a sus compañeros. El resto de los lugareños fueron desarmados antes de que se dispersaran, lentamente, y Héctor gritó sus órdenes a la tripulación, que se mostraba exhausta. Dos hombres se adelantaron de la fila y arrastraron a Néstor fuera de la multitud, hacia las celdas de la prisión. Telémaco vio partir al jefe

pirata derrotado y le invadió una oleada de alivio. A su lado, Geras reía nerviosamente. Dio una palmada a su camarada en la espalda.

–Lo hemos conseguido –dijo–. Lo hemos conseguido, maldita sea. ¡Petrapylae es nuestra!

* * *

Aquella misma tarde, los piratas se reunieron en la plaza principal para celebrar la victoria. En cuanto hubieron rodeado a los pocos rezagados que quedaban, Bulla ordenó unas guardias en las torres de los vigías, por si volvía el Aqueloo. Al mismo tiempo, aquellos piratas que se habían rendido y accedido a unirse a la tripulación fueron marcados e hicieron el juramento. Sin embargo, unos cuantos hombres permanecieron tozudamente leales a su capitán Néstor. Cambiaron de opinión enseguida, en cuanto Bulla los amenazó con venderlos a uno de los tratantes de esclavos.

Mientras los nuevos reclutas eran iniciados, Bulla ordenó que la tripulación original ayudara a despejar los restos y los cadáveres de la plaza del mercado. Unos pocos de los hombres de Néstor muertos durante la lucha habían dejado familias en el pueblo, y sus mujeres y niños miraban con ira a los piratas, llorando a sus muertos. Pero la mayoría de los locales rápidamente quisieron congraciarse, y regalaron a Bulla vino y comida.

Su ansiedad por complacer era comprensible, reflexionó Telémaco. Petrapylae había pasado por tiempos difíciles, después de que la guarnición de la milicia abandonase el puerto, y sólo confiaban en el comercio con los piratas para sus menguados ingresos. Con Néstor derrotado, los locales necesitaban desesperadamente a la tripulación del Tridente para que gastasen su dinero en las diversas tabernas, puestos del mercado y burdeles. Los piratas recibieron los regalos de muy buen grado, y compartieron ánforas de vino barato en una de las tabernas destartaladas del pueblo. Aunque muchos, ebrios, celebraban una gran victoria, otros bebían en un silencio sombrío, recordando a camaradas caídos y

reflexionando sobre lo cerca que habían estado de compartir el destino de las dos docenas de hombres caídos durante el asalto. A medida que pasaban las horas, sin embargo, la conversación volvió inexorablemente a temas más animados y los piratas empezaron a discutir con nerviosismo su siguiente viaje y las posibles riquezas que los esperaban en el mar.

Telémaco hizo todo lo posible por escuchar a sus camaradas, pero se encontró distraído pensando en su hermano. Nereo seguía a merced de su propietario romano, y la simple idea ardía como una punta de lanza al rojo en el interior de su corazón. Sabía que no podría descansar hasta que lo hubiera liberado de sus ataduras.

–Ahora todo es mucho mejor –anunció Geras, volviéndose a llenar el vaso de vino hasta el borde–. Bebida barata, buena compañía y, lo mejor de todo, la perspectiva de una puta a buen precio al final de la noche.

–Disfruta mientras todavía puedas –dijo Telémaco–. Muy pronto saldremos a cazar alguna presa.

Geras le dirigió una mirada de soslayo.

–Siempre tienes que estropearlo todo, ¿no? No puedes dejar que disfrute por una vez... –Se bebió el vino y luego continuó–. Además, ¿qué te hace pensar que Bulla tendrá prisa por salir otra vez al mar? Apenas hemos tenido tiempo de recuperar el aliento.

–El chico tiene razón –lo interrumpió Leito. Señaló a los piratas que estaban sentados en las otras mesas con caballete–. El capitán tendrá que capturar algún buen botín pronto, si quiere tener contenta a su gente.

–A mí me parecen bastante contentos.

–Por ahora –respondió Telémaco–. Pero su buen humor no durará demasiado. No a menos que Bulla atrape una buena presa o dos dentro de poco. Recuerda que la mitad de esta gente estaba dispuesta a echársele encima antes de llegar a Petrapylae. No les costará mucho volver a ponerse en su contra otra vez. Si ocurre tal cosa, tendremos problemas.

–¡Dioses, vosotros dos...! –Geras bufó–. Sois los piratas más deprimentes de toda Iliria. Hay muchísimo tiempo para preocuparse de eso... mañana. Ahora mismo, sencillamente, pongámonos ciegos a beber, ¿eh?

En ese momento una ráfaga de viento barrió la taberna, al abrirse la puerta para dar paso a uno de los oficiales del barco. Miró a su alrededor y sus ojos se clavaron en Telémaco. Atravesó la repleta estancia e hizo señas al joven pirata.

–El capitán quiere verte –dijo, con voz indiferente.

–¿A mí? –Telémaco levantó la vista, intrigado–. ¿Para qué?

El oficial se encogió de hombros.

–¿Y yo qué sé, por el Hades? Y ahora, muévete. Te está esperando.

Suspirando pesadamente, Telémaco se puso en pie y siguió al hombre al exterior. La oscuridad había empezado a apoderarse de la ciudadela, las calles estaban vacías, excepto unos pocos habitantes del pueblo que buscaban entre los muertos a sus seres queridos. Algunas caras se asomaron al débil resplandor de las ventanas, mientras Telémaco seguía al oficial a través del patio hacia la puerta de madera tachonada que estaba en un lado de la torre de homenaje. Subieron un tramo de escaleras, y luego recorrieron un oscuro pasillo, hasta una puerta que se encontraba a la izquierda. El hombre se detuvo ante la puerta y llamó dos veces.

–¡Adelante! –exclamó Bulla, desde el otro lado.

El oficial levantó el pesado cerrojo e hizo un gesto a Telémaco para que entrase. El joven se encontró en un espacio cuadrado, con ventanas cerradas con postigos en dos paredes y un brasero de hierro encendido en un rincón. Bulla estaba sentado en el otro extremo de la habitación, detrás de una mesa grande de madera con un mapa de pergamino de la costa extendido encima. Se había trasladado al antiguo cuartel general de Néstor poco después de asegurar la ciudadela, con los otros hombres asignados a unos alojamientos más cercanos a la puerta de entrada. Esperó a que los

pasos del oficial se oyeran de nuevo por el pasillo, y señaló un taburete que se encontraba frente a la mesa.

–Siéntate, Telémaco.

El capitán unió los dedos por las puntas, mirando al recluta vigilante mientras éste se sentaba frente a él.

–¿Qué tal la herida?

Telémaco se tocó los puntos que el carpintero del buque le había aplicado al corte poco hondo de su mejilla. Le había limpiado la herida, confirmando que se curaría a su debido tiempo, aunque le quedaría una cicatriz.

–No es nada, señor. Me late un poco, eso es todo.

–Hoy te has portado bien –dijo Bulla–. Ese plan tuyo ha funcionado mucho mejor de lo que podíamos esperar ninguno de nosotros. Si no hubiéramos capturado este sitio, uno de esos ingratos bastardos de la tripulación ya me habría apuñalado por la espalda, a estas alturas.

Telémaco asintió lentamente, sin saber todavía muy bien por qué lo había convocado Bulla. El capitán gruñó, y dio un sorbo al vino de un vaso de plata que tenía junto al mapa.

–Bueno, al menos por ahora les he callado la boca. Petrapylae es nuestra. Y Néstor es nuestro prisionero –sonrió débilmente–. Cuando haya acabado con él, lo ejecutaré delante de todos los habitantes de la ciudad. Eso les gustará. Pero queda todavía el problema del Aqueloo real, por supuesto.

Telémaco asintió una vez más.

–¿Qué haremos cuando vuelva?

–Ya he pensado en eso. Eliminaremos cualquier señal de lucha que quede y haremos creer a la tripulación que Néstor y los suyos todavía controlan la ciudadela. En cuanto desembarquen, nos apoderaremos de la tripulación y les haremos la misma oferta que a los demás. Uníos a nosotros o moriréis. Imagino que se rendirán

enseguida, en cuanto se den cuenta de lo que tienen en contra. Nos vendrían bien más hombres, ahora que somos libres de ir en busca de presas de nuevo.

–¿Vamos a volver al mar, capitán? –preguntó Telémaco, emocionado.

–En cuanto nos hayamos establecido bien aquí –dijo Bulla–. Dentro de unos pocos días, espero. Si lo alargo mucho más, la tripulación se inquietará.

–Pero el Tridente... no está en buena forma. No conseguiremos que esté arreglado a tiempo.

Bulla dejó el vaso y se pasó una mano por el aceitoso cabello, antes de continuar.

–No usaremos el Tridente. Usaremos los barcos de la flota de Néstor, por el contrario. El carpintero me dice que dos de ellos pueden navegar. El buque insignia, el Proteo, y uno de los barcos más pequeños, el Galatea. Héctor se hará cargo del Proteo. Y eso nos deja la cuestión de quién gobernará el otro barco.

Telémaco arqueó una ceja, con sorpresa.

–¿No vendrás con nosotros, señor?

El jefe pirata negó con la cabeza.

–Tendré que quedarme aquí para sujetar con mano firme a los locales y a los chicos de Néstor. Además, tendremos que hacer mejoras importantes en las defensas de la ciudadela, si queremos asegurarnos de que los romanos no vuelven a sorprendernos nunca –dudó un momento y luego continuó–: El caso es que ya tengo en mente al capitán perfecto para el Galatea: Tú.

Telémaco se quedó sin habla un buen rato. Apenas podía creer lo que estaba oyendo. Unos meses antes estaba mendigando unos mendrugos en las calles de El Pireo. Ahora le ofrecían la oportunidad de comandar un barco pirata propio.

–¿Yo, capitán? ¿Pero por qué?

–¿Por qué no? Has demostrado que eres un marinero muy capacitado. Más que capacitado, en realidad. Y necesito a alguien con buen instinto de navegación para el Galatea. Alguien que piense bien.

Bulla hizo una pausa y se inclinó por encima de la mesa. Había un cierto brillo en sus ojos mientras sonreía ampliamente a Telémaco.

–¿Y bien? –preguntó–. ¿Estás dispuesto a asumir tu primer mando?

CAPÍTULO DIECIOCHO

–Apuesto mi dinero al gris –anunció Geras, varios días más tarde–. Ganará con toda facilidad esta pelea.

Telémaco miró a su compañero y frunció el ceño.

–¿Qué te hace estar tan seguro de eso?

–Es obvio –dijo Geras–. Es un pájaro mucho más grandote que su oponente. Además, los gallos grises son los mejores luchadores. Todo el mundo lo sabe. Créeme, va a hacer pedazos al otro.

Telémaco desvió su atención de nuevo hacia la palestra improvisada, y los dos galleros se acercaron sujetando a sus gallos de pelea. Una multitud de piratas rugientes se había colocado en círculo en el patio, y sus gritos ebrios hacían eco en las paredes mientras esperaban con ansia la siguiente pelea: el último entretenimiento del día. Se habían reunido en un rincón oscuro de la ciudadela para pasar el tiempo haciendo apuestas sobre las peleas de gallo locales, a la espera de la orden de salir al mar. Los hombres del capitán Bulla estaban ahora firmemente establecidos en su nueva base, y había una sensación palpable de emoción ante su inminente regreso al mar. Después de semanas enteras sin participar de ningún botín, estaban nerviosos por reemprender la busca de presas a lo largo de la costa iliria.

Telémaco miró fijamente a los hombres, que cruzaban la palestra, salpicada de sangre, y se aproximaban al árbitro. Un silencio súbito descendió sobre la multitud, y el hombre anunció el combate que se celebraría a continuación: un gallo de plumaje gris contra un ave blanca con el pecho de un rojo intenso. Igual que con las otras competiciones del día, tenían que luchar a muerte, y la última ave que quedara en pie sería declarada vencedora. Mientras hablaba el árbitro, los galleros prepararon a sus luchadores para la pelea, acariciándolos y comprobando los curvados espolones de metal que llevaban atados a las patas. La punta afilada de los espolones brillaba con un toque maligno bajo la pálida luz de la

última hora de la tarde.

El más pequeño de los dos gallos se revolvió en las manos de su manipulador, aleteando salvajemente y provocando que el hombre lanzara una maldición.

–Creo que el blanco tiene una oportunidad –declaró Telémaco.

–¿Ése? –replicó Geras, levantando una ceja–. Debes de estar bromeando, maldita sea.

–¿Por qué? ¿Qué tiene de malo?

–¡Qué no tiene de malo, dirás mejor! –farfulló Geras–. ¡Míralo! Ese hijo de puta escuálido tiene la mitad del tamaño que el pájaro gris. Yo tengo más posibilidades de ser el siguiente emperador de Roma.

–Es más pequeño –reconoció Telémaco–, pero a la larga le irá bien, y es más rápido que su oponente. Quizá nos dé una sorpresa.

–Lo que quieras, chico. Pero yo no apostaría por él. Creo que tu suerte se ha agotado hoy.

–¿Qué quieres decir?

–Hasta ahora tus juicios no han sido demasiado provechosos, ¿no? –Y Geras señaló hacia la bolsa de cuero que llevaba su amigo–. Quizá seas capitán de barco y todo eso, pero aún tienes mucho que aprender sobre el bello arte de la pelea de gallos.

Telémaco apartó la vista, con una mezcla de emociones aleteando en su pecho, y recordó la rapidez de su promoción. El Galatea iba a ser su primer mando independiente como pirata. Debería estar emocionadísimo por la perspectiva. Por el contrario, sentía un temor creciente. La noticia de su rápida promoción había sido saludada con hostilidad por algunos de los marineros más antiguos de la tripulación, que se habían tomado mal que se ascendiera a un joven recluta en vez de a ellos. A menos que estableciera rápidamente su autoridad, temía que su primer mando acabase por ser también el último.

–¿Cuándo saldremos al mar de nuevo, entonces? –preguntó Geras–. Tú eres íntimo de Bulla. Debes de tener alguna idea.

–Pronto, diría yo. No quiere que nos quedemos parados mucho tiempo más. Todos estos están desesperados por pillar su parte del botín –respondió Telémaco, señalando en la dirección de los demás piratas.

–Esperemos que no sea mucho, pues. El vino y las mujeres de este pueblo no es que sean baratos, precisamente. Imagino que a ti también te vendrá bien algo de dinero.

Telémaco notó un pinchazo de ira al pensar en su hermano mayor, esclavo en una forja de Tórico. Se consoló pensando que, como comandante de un barco, tendría una parte doble de cualquier botín que capturasen. Si disfrutaba de una campaña con éxito en el mar, quizá pudiera liberar a Nereo mucho antes de lo que inicialmente había esperado. Si su hermano todavía estaba vivo, se recordó a sí mismo, tristemente. Habían pasado meses desde las últimas noticias que tuvo, y rogó a Júpiter, el mejor y el mayor, que protegiese a Nereo de los terribles accidentes que suelen ocurrir a menudo a los esclavos que viven en tan peligrosas condiciones.

–Está a punto de empezar –dijo Geras, interrumpiendo sus oscuros pensamientos–. La última pelea del día. Espero que sea buena.

Telémaco volvió su mirada hacia la palestra, justo cuando los dos galleros colocaban juntos a sus animales. Éstos reaccionaron, tensándose, al verse el uno al otro; ensancharon sus cuellos coloridos y cacarearon salvajemente. Una vez los gallos se sintieron adecuadamente provocados, el árbitro, un veterano muy curtido llamado Calkas, hizo un gesto a los galleros para que se retirasen a las líneas señaladas con tiza, a varios pasos de distancia; al tiempo, los corredores de apuestas se movieron en torno al borde del círculo para recoger las apuestas de la multitud. Geras apostó el dinero que le quedaba al gran favorito, mientras que Telémaco tendió sólo unos pocos sestercios en favor del gallo de plumas blancas: todo el dinero que le quedaba de su cuota del grano capturado a los hombres del capitán Néstor. Habían vendido el grano a un

comerciante de rostro arrugado en un puerto vecino, y cada tripulante del Tridente recibió su cuota conforme a su veteranía. A largo plazo, una victoria en aquella última pelea podría cubrir sus pérdidas anteriores y, quizá, procurarle un pequeño beneficio.

En cuanto se recogieron las apuestas, resonó un fuerte golpe. Calkas había estampado su bastón contra las losas de piedra, la señal para que los manipuladores soltasen a sus aves.

–¡Empezad!

–¡Allá vamos! –rugió Geras–. ¡Vamos! ¡A por él!

Los espectadores emitieron un coro excitado de vítores cuando los gallos cargaron hacia delante, saltando uno hacia el otro con un frenético borrón de alas agitadas, garras que se clavaban y plumas desgarradas. Telémaco estiró el cuello, esforzándose por conseguir una mejor visibilidad de la acción. Las aves volvían a enzarzarse la una con la otra. Sus dueños estaban de pie en lados opuestos del círculo, dando palmadas y gritando para animar a sus respectivos luchadores. El gallo gris hizo una finta, y luego golpeó con el pico el cuello de su contrincante. Este último se retorció y se agachó, intentando sacarse de encima a su oponente de mayor tamaño. Entonces, el de plumaje gris echó la cabeza atrás y dio un salto, golpeando al otro con las garras en el flanco expuesto. El gallo blanco dio unos pasos tambaleantes hacia atrás, cacareando de dolor, y brotó la sangre de una profunda herida debajo de su ala.

–¡Sí! –gritó Geras. Se volvió a Telémaco sonriendo ampliamente–. ¿Qué te decía yo? El gris está masacrando al peso ligero. Esta pelea terminará enseguida, mira y verás.

Telémaco ignoró las exclamaciones de su amigo. La lucha continuaba y él mantenía la mirada clavada en la palestra. El dueño del gallo herido chillaba a su luchador, implorándole que atacase. Pero el impulso de la lucha lo llevaba de manera impepinable el de color gris, que se lanzó de nuevo hacia delante, golpeando a su enemigo mientras lo tenía apretado contra el suelo con sus garras. El blanco se removía con impotencia; cacareaba sin cesar, agitando la cabeza, mientras el otro lo golpeaba repetidamente con el pico. El suelo rápidamente se tiñó de sangre, y Telémaco silenciosamente se

maldijo ante la idea de perder las últimas y patéticas monedas que le quedaban.

–¡Así se hace! –chilló Geras–. ¡Mátalo! ¡Acaba con ese hijo de puta!

El pájaro herido reunió los últimos restos de sus fuerzas, pateó a su oponente y se apartó de su alcance, cojeando, en un intento de que el gallo gris no volviera a atacarlo. Hubo una breve pausa mientras ambos recuperaban el aliento; sus pechos subían y bajaban con rapidez. El ave blanca estaba muy mal, se dio cuenta Telémaco con desaliento. Sus plumas brillaban de manchas de sangre, una de las alas la tenía muy dañada y donde antes tenía un ojo se veía ahora un agujero oscuro y supurante. Seguramente, un golpe más decidiría el combate.

Se oyeron fuertes gritos entre los piratas cuando el gallo gris saltó a matar. En el último momento, el blanco se dio cuenta del peligro y dejó caer la cabeza, esquivando así el ataque. El gallo gris aterrizó tambaleándose, pero se dio la vuelta, con los músculos tensos, dispuesto a atacar de nuevo. Sin embargo, el ave blanca reaccionó deprisa, abriendo el cuello de su oponente con una de sus afiladas garras. El gallo gris osciló en el sitio un momento; la sangre fluía del agujero que tenía en la garganta. Luego cayó al suelo y empezó a agitarse frenéticamente con estertores de muerte, entre los respingos de incredulidad de los piratas. Un momento más tarde, el gallo blanco bajó la cabeza, empapada de sangre, y se derrumbó junto a su oponente muerto.

Ambos galleros inmediatamente corrieron a atender a sus aves heridas. Calkas se inclinó junto a los luchadores caídos y los empujó con el palo, buscando señales de vida. La multitud miraba en silencio, esperando con ansia su decisión. Al cabo de unos momentos muy tensos, se incorporó y señaló el cuerpo ensangrentado del gallo más pequeño, que temblaba, mientras el pájaro se iba desangrando.

–¡El blanco todavía vive! ¡Gana!

–¡Sí! –gritó Telémaco, levantando el puño en el aire para celebrarlo–. ¡Lo sabía!

–Increíble –Geras meneó la cabeza, pesaroso–. Yo pensaba que ese pájaro estaba muerto antes de empezar.

Telémaco sonreía.

–Supongo que algo sé de peleas de gallos, después de todo...

–La suerte del principiante –replicó Geras, con un profundo gruñido. Meneó la cabeza–. Vamos. Coge tus ganancias y salgamos de aquí. Necesito un poco de vino.

La multitud empezó a clarear, y Telémaco se dirigió a uno de los corredores. Al acercarse, Héctor salió entre la multitud, empujando a un lado a unos cuantos hombres, y atravesó la palestra en dirección al árbitro. Fulminó a Calkas con la mirada, su expresión retorcida estaba llena de rabia.

–¡Esta pelea ha sido un empate! –aulló, haciendo gestos hacia los gallos que se llevaban los manipuladores–. Los dos están muertos. ¡El resultado no debe contar!

–El gris murió primero –dijo Calkas, en tono oficioso–. Por lo tanto, es el perdedor.

–Me importa una mierda –soltó Héctor–. Ninguno de los dos gallos está vivo, eso significa que no vale el resultado.

–No puedo ayudarte. Las normas son bien claras.

–¡Que se jodan tus normas!

El árbitro tragó saliva, nervioso, sin dejar de mirar a Héctor, que dio un paso hacia él y le pinchó en el pecho con un dedo carnoso.

–Me has costado un montón de dinero, viejo. Y ahora quiero el dinero que aposté, o tú y yo tendremos problemas.

Telémaco miró las caras de la multitud a su alrededor. Nadie parecía querer intervenir. Era comprensible, desde luego. Entre los piratas, Héctor tenía la reputación de ser un hombre peligrosamente violento, que usaba muy bien los puños y hábil con la espada, y la

mayoría de los tripulantes sabían que no era juicioso desafiarlo.

–He dicho que me devuelvas mi dinero –exigió Héctor–. Lo harás si quieres conservar tus dientes...

–Por favor –suplicó Calkas–. Sé razonable...

–Déjalo, Héctor –dijo Telémaco con voz firme, acercándose a él–. Calkas tiene razón. Tu ave perdió.

Héctor dio la espalda al árbitro y clavó su mirada despiadada en Telémaco. Las comisuras de sus gruesos labios se curvaron hacia arriba en una cruel sonrisa.

–¡Mira quién aparece aquí! Éste es el chico que se cree que es un pirata –endureció su expresión–. Nadie te ha pedido tu opinión sobre la pelea. Y, ahora, lárgate de mi vista.

Telémaco hizo un esfuerzo por mantener el terreno frente al segundo de a bordo. A su alrededor, los demás piratas los miraban en silencio, muy interesados por aquella inesperada secuela del entretenimiento de la tarde.

Héctor gruñó y escupió en el suelo.

–¿Estás sordo o qué, chico? He dicho que te largues.

Telémaco lo miró fijamente.

–No soy un chico.

–¿Ah, no? Pues a mí me parece que sí. –Héctor soltó una risita y se acercó más aún–. Te crees que eres muy duro porque el capitán te ha dado el mando de ese viejo cascarón, ¿verdad? Pues espera hasta que salgamos a alta mar. Pronto se verá que no eres más que un niño jugando a ser pirata.

Cerró las manos formando unos enormes puños, y por un momento Telémaco pensó que tal vez le daba un puñetazo. Pero entonces el hombre retrocedió y buscó un espacio abierto entre los que miraban. Telémaco siguió su mirada a tiempo para ver que uno de los grumetes se aproximaba desde la ciudadela. El joven, pecoso,

se detuvo en el borde de la palestra e hizo una seña a Telémaco y Héctor, primero a uno y luego al otro.

–Con los respetos del capitán, desea veros a los dos. De inmediato.

Héctor arrojó una última e intensa mirada a Telémaco, y luego asintió al chico.

–Bien, pues vamos. El chico y yo hemos terminado nuestra pequeña conversación, de todos modos.

–¿Y mis ganancias? –preguntó Telémaco, buscando con la mirada a Calkas.

–Yo te las guardaré –dijo Geras. Puso una mano en el hombro de su amigo y esperó a que Héctor comenzara a caminar tras el grumete, y entonces se inclinó hacia él.

–Un consejo –susurró–: ten cuidado con Héctor.

–Ya lo sé.

–Lo digo muy en serio. Acabas de desafiarlo delante de todo el mundo. No se olvidará de esto así como así. Tú ten cuidado, ¿vale?

–Lo intentaré. –Telémaco suspiró, se volvió y salió corriendo detrás del segundo de a bordo y del grumete. Por mucho que lo intentaba, no conseguía alejarse de los problemas.

CAPÍTULO DIECINUEVE

El sol ya se escondía detrás de las montañas cuando Telémaco y Héctor iban siguiendo al chico a lo largo de la avenida que conducía hacia la plaza principal. Se movían a paso rápido a través de las calles empedradas de la ciudadela, y pasaron junto a varias tabernas decadentes, garitos de juego y burdeles que competían por los favores de los nuevos ocupantes del asentamiento.

–Este sitio apesta –gruñó Héctor, mientras rodeaba un pequeño vertedero rebosante de moscas–. Me alegraré mucho de volver a alta mar.

Telémaco asintió, aunque él en realidad se alegraba más ante la idea de apartarse de Héctor. El chico los condujo bajo un arco medio desmoronado que atravesaba un pequeño patio. Se dirigía hacia la torre del homenaje. Un pirata hacía guardia junto a la entrada principal, y levantó el pesado cerrojo de hierro cuando se acercó el pequeño grupo. Las antiguas bisagras protestaron cuando se abrió la puerta. Primero pasó por encima del umbral desgastado el joven, escoltando a Telémaco y Héctor escaleras arriba. Se detuvo ante una puerta al final del pasillo, y llamó con los nudillos.

–¡Adelante! –exclamó una voz áspera tras una pausa.

El chico levantó el cerrojo, con un chasquido y un roce, y Héctor pasó primero. Un momento después lo siguió Telémaco dentro del alojamiento del capitán.

La habitación se había ido amueblando lujosamente durante los días transcurridos desde que la tripulación del Tridente tomara posesión de la ciudadela. Delgados rayos de luz atravesaban las ventanas con postigos, revelando un lujoso sofá en un lado de la habitación, junto a una alfombra tejida. Una bandeja plateada con higos con miel, olivas y quesos se encontraba intacta en una mesa lateral, junto al sofá. En el otro lado de la habitación, el capitán Bulla estaba de pie, inclinado sobre la amplia mesa, con la frente arrugada, muy concentrado. Examinaba el mapa de piel de cabra.

Al entrar sus invitados, levantó la vista desde el mapa e hizo señas al grumete.

–Déjanos ahora.

El joven inclinó la cabeza, obediente, y luego salió corriendo por el pasillo. Bulla se volvió y contempló a los dos piratas que estaban frente a él. Muy tieso, hizo una seña a ambos.

–Vuestros barcos están ya preparados para hacerse a la vela, supongo, ¿no?

–Sí, capitán –replicó Héctor–. Los chicos del Proteo se mueren de ganas de salir.

–¿Y tú, Telémaco? ¿Qué tal está el Galatea?

Telémaco se aclaró la garganta.

–Pues está plenamente aprovisionado, señor. He hecho que comprobasen las jarcias y reemplazasen algunas que estaban gastadas. Las velas están remendadas, pero se sustituirán pronto también.

–Bien. –Bulla se pasó una mano por los rizos oscuros, y luego continuó–: Os haréis a la mar mañana. Ahora que el tiempo está despejado, seguro que saldrán muchísimos barcos de carga hermosos y bien provistos.

–¿Y el Aqueloo, capitán? ¿Y si vuelve cuando nosotros andamos de caza?

Bulla frunció el ceño. Durante los días anteriores, había ordenado a sus hombres que hicieran guardia constantemente, pero todavía no había señales del buque.

–Tengo hombres aquí más que suficientes para defender la ciudadela, si vuelve –replicó–. Pero es improbable que lo haga ahora mismo. Se ha retrasado muchísimo. Quizá se haya perdido en el mar.

–O a lo mejor ha tropezado con una patrulla naval... –especuló

Telémaco.

–Es posible –replicó Bulla–. Ese hijo de puta de Canis parece decidido a borrarnos del mapa, eso es seguro. Tendréis que vigilar muchísimo en el mar, ahora que los romanos están patrullando mucho más por todo el Adriático –sonrió débilmente–. Supongo que tenemos que agradecerles eso a los antiguos ocupantes de esta ciudadela. Es una lástima que Néstor y su gente no tuvieran mucho éxito a la hora de ocultarse de la atención de la flota imperial. Ahora nuestra vida sería considerablemente más fácil.

Héctor se encogió de hombros.

–Unos cuantos birremes recorriendo la costa no nos han detenido antes, capitán.

–No. Pero evitar a los romanos puede ser el último de nuestros problemas.

–¿Qué quieres decir, señor? –preguntó Telémaco.

–Hablé con nuestro amigo Néstor poco antes de su ejecución. –Bulla esbozó una sonrisa cruel–. El muy idiota creía que yo le perdonaría la vida si respondía a mis preguntas. Me confirmó lo que yo ya había sospechado. A sus hombres les ha costado encontrar barcos mercantes que atacar, últimamente, y la mayoría está aterrorizada de navegar a lo largo de la costa, por si dan con sus hombres. Va a ser realmente difícil encontrar el botín suficiente para mantener felices a nuestros hombres. Esos perros ya se están amotinando.

Telémaco enarcó una ceja.

–¿Motín, capitán? Los chicos parece que están de buen humor, si quieres que te lo diga.

–Sí, ahora quizá sí –concedió Bulla–. Pero no pasará mucho antes de que se muestren muy inquietos. Capturar Petrapylae me ha dado algo de tiempo, pero nada más. A menos que los hombres consigan pronto su parte de un buen botín, alguien entre la tripulación se volverá contra mí. Pero encontrar presas suficientes

en estas aguas va a ser difícil.

–¿Y qué vamos a hacer entonces, capitán? –preguntó Héctor.

–Sólo se puede hacer una cosa: buscar en nuevos cazaderos. –Bulla agitó una mano hacia el mapa extendido en la mesa. Telémaco y Héctor se inclinaron para estudiar la línea de la costa más de cerca, mientras su capitán continuaba–: Patrullaréis las zonas del norte y el sur de Petrapylae, apoderándoos de todo barco que os encontréis. Necesitamos todo el botín que podáis conseguir; no podemos permitirnos dejar pasar ni una. Yendo por separado, tendréis los dos mejores oportunidades de encontrar presas. –Dio con el dedo en un punto costero, a cierta distancia al norte de la ciudadela–. Telémaco, tú tomarás el Galatea y te dirigirás al norte, cazando a lo largo de las vías marítimas de la costa liburnia, entre Ortopla y Nesactio. Como el Galatea tiene una bodega pequeña, tendrás que conservar cualquier barco que captures y poner en ellos una tripulación de presa.

Telémaco asintió.

–¿Y yo, señor? –preguntó Héctor.

Bulla se volvió hacia el segundo de a bordo y trazó con el dedo otro punto en el mapa.

–Tú tomarás el Proteo y te dirigirás al sur, hacia Tragurio.

Héctor levantó la mirada desde el mapa y se acarició la curtida frente.

–¿Tragurio, capitán? Pero eso no está lejos de Salona.

–¿Y qué?

–Pues que recientemente hemos pasado por allí y no hemos encontrado ni una señal de algún otro barco. Ningún capitán mercante se ha arriesgado a navegar por allí desde hace tiempo.

–De eso hace casi un mes. La situación quizás haya cambiado. Supongo que el prefecto Canis habrá alardeado de su ataque a nuestra antigua base. Los capitanes mercantes ya tendrán noticias

de todo ello, ahora. Algunos incluso pueden estar considerando que es seguro volver a la zona.

Héctor no parecía muy convencido.

–Aunque eso sea cierto, tendré la competencia de las demás tripulaciones piratas que operan por allí. Me tendré que conformar con las migajas.

–Quizá. Pero no lo sabremos seguro hasta que eches un vistazo.

El segundo de a bordo meneó la cabeza.

–Déjame ir a mí en lugar del chico, capitán. Hay muchos puertos buenos por esa zona, y el Proteo tiene una bodega mucho mayor que el Galatea. Podría traer mucho más botín que él.

–No, ni hablar. Nesactio está mucho más cerca de la base imperial en Rávena, y eso significa que hay un riesgo mucho mayor de encontrarse con un escuadrón romano. Como la de Telémaco es la embarcación más rápida, es mejor para explorar esa zona de la costa y evitar problemas.

–Pero el chico no tiene ninguna experiencia –rezongó Héctor–. ¡Ni siquiera ha abordado nunca un barco, por Júpiter!

–Ya he tomado mi decisión –respondió Bulla, con firmeza. Dirigió una mirada desafiante a Héctor–. Por supuesto, si no quieres obedecer mis órdenes, entonces estoy seguro de que podré convencer a uno de los otros oficiales de que ocupe tu lugar.

Héctor bajó la cabeza.

–No. Está bien, señor. Tragurio, pues.

–Me alegro de oírlo.

Telémaco había estado mirando fijamente el mapa, perdido en sus pensamientos. Levantó la vista; una pregunta se formaba ya en su mente.

–¿Cuánto tiempo debemos quedarnos en el mar, capitán?

–Hasta que encontréis buenas presas. Es vital que no volváis con las manos vacías. Debe haber botín para compartirlo con los hombres... –Bulla los miró con intensidad, para poner énfasis en este punto, antes de devolver su atención al mapa otra vez–. Hay otra cosa –indicó una de las masas de islas pequeñas, no lejos de la ciudadela–. Insula Pelago. Es un puesto de comercio abandonado. No hay nada salvo ruinas deshechas, ahora mismo. Os reuniréis allí cada diez días e intercambiaréis toda la información que hayáis recogido en vuestros viajes. Eso os debería dar mucho tiempo para cazar entre encuentro y encuentro.

Héctor se rascó la mejilla.

–Va a ser muy difícil llegar allí a la vez, capitán. ¿Y si uno de nosotros se retrasa? ¿O se mete en problemas? ¿Cómo lo sabrá el otro?

–Sencillo. El que llegue primero esperará un día entero al otro. Si sigue sin haber señales de él a la segunda mañana, entonces continuaréis buscando presas. Ésas son mis órdenes. ¿Alguna pregunta?

–¿Y qué hacemos con los marineros de los buques que capturemos? –dijo Héctor–. ¿Los matamos o los hacemos prisioneros?

–Matad a cualquiera que se os resista. Al resto tenéis que hacerlos cautivos y traerlos aquí. Aquellos que deseen unirse a nosotros tendrán la oportunidad de hacerlo; por los otros, sacaremos un precio decente en el mercado de esclavos. –Bulla dudó–. Y hay una cosa más: tenéis órdenes estrictas de no saquear ningún asentamiento.

–A los hombres no les va a gustar eso... –dijo Héctor, con un rastro de decepción en la voz–. Menos oportunidades de coger botín.

–Aun así, no podemos permitirnos enfurecer más a los romanos. Y menos con Canis echándonos el aliento en la nuca. Lo último que queremos es darles un motivo a esos hijos de puta para que refuercen la flota de Rávena. Tenéis que evitar cualquier otra

cosa que no sea robar cargas, al menos hasta que Canis pierda interés en cazarnos y vuelva su atención hacia algún otro sitio. ¿Comprendido?

–Sí, capitán –replicó Héctor, malhumorado.

Bulla asintió y enderezó la espalda.

–Tenéis que informar a vuestros oficiales. Mientras tanto, yo dispondré que se os entreguen reemplazos para vuestras tripulaciones. Algunos de los hombres de las filas de Néstor navegarán con vosotros. Tenéis que vigilarlos muy de cerca, por supuesto.

Telémaco asintió lentamente. Incluso entre las tripulaciones piratas de Ilírico, las del capitán Néstor tenían la reputación de ser una banda implacable de cortagargantas, al parecer tan interesados en torturar y descuartizar como en conseguir botín. La idea de que varios de los piratas de Néstor sirvieran en el Galatea se añadió a su lista creciente de preocupaciones.

–Todos pronunciarán el mismo juramento que pronunciamos nosotros –continuó Bulla–. Pero unos pocos quizá todavía sean leales a su antiguo capitán. Puede resultar difícil mantenerlos a raya.

Telémaco frunció el ceño, mirándolo.

–¿Por qué entonces obligarlos a introducirse en nuestras filas, capitán?

–Porque no tenemos elección. Tenemos pocos marineros buenos y, sin las nuevas adiciones de las filas de Néstor, ni siquiera tendríamos hombres suficientes para manejar ambos barcos y defender este lugar. Necesitamos a esos hombres, lo queramos o no. La situación no es ideal, pero haréis lo que podáis para aprovechar lo que tenemos. ¿Entendido?

Telémaco y Héctor asintieron. Bulla los miró un momento.

–No tardéis demasiado en volver con botín. Cualquier retraso podría animar a mis enemigos a hacer movimientos en mi contra.

Mi... Nuestro futuro depende de que volváis a esta base con tanto botín como podáis cargar. De otro modo, quizá no haya base segura a la que podáis volver. Y ahora, a menos que tengáis otras preguntas...

–No, señor –dijo Telémaco.

–Pues os sugiero que os pongáis en marcha. Zarpáis al amanecer.

CAPÍTULO VEINTE

–Así que esta zona era un buen cazadero... –se quejaba Geras, de pie en la atestada cubierta de proa del Galatea–. Tendremos más oportunidades de dar con una ninfa marina, a este paso.

Telémaco se pasó los dedos por la cicatriz reciente de su rostro, sin dejar de mirar hacia la extensión azul. Una brisa suave llegaba desde tierra, por estribor, susurrando al pasar entre las jarcias, mientras el Galatea seguía avanzando a lo largo de la costa liburnia. Por delante de él no veía nada, excepto la línea del horizonte y las olas coronadas de blanco reluciendo bajo el brillante sol del mediodía. Buscó en vano alguna señal de velas, a lo lejos, y luego golpeó con el puño la curvada barandilla, lleno de frustración.

–No lo entiendo... Tendríamos que haber encontrado algo a estas alturas. Eso es lo que calculaba Bulla.

–Quizás el capitán esté equivocado –dijo Geras–. O a lo mejor los capitanes piratas tienen más miedo de lo que nosotros pensamos.

–Pero no hay nadie más moviéndose tan lejos al norte. No que nosotros sepamos, al menos. Los capitanes no tienen nada que temer por aquí.

Geras se encogió de hombros.

–Bueno, algo debe de haberlos apartado de las vías marítimas habituales. Han pasado ya seis días y no hemos visto nada. El capitán Bulla no va a estar demasiado contento.

Telémaco hizo una mueca al recordar su responsabilidad última, como comandante del Galatea. Una responsabilidad que pesaba terriblemente sobre sus hombros desde que zarparon de Petrapylae. Cuando el Galatea rodeó el cabo y puso rumbo al norte, con la bodega llena de suministros, había sentido que su inquietud inicial daba paso a un brote de emoción. Con el viento favorable a

su espalda, había experimentado el poder jubiloso de estar al mando de un barco pirata, y pronto se había olvidado de sus problemas con Héctor. Ni siquiera los brotes regulares de mareo que lo afligían, durante aquellos primeros días en el mar, podían empañar su entusiasmo.

Pero su esperanza de capturar una presa se había visto rápidamente destruida. La tripulación sólo había avistado un puñado de barcos desde que dejaron la base. Los pocos que se encontraron dieron la vuelta y huyeron nada más avistar otra vela, sin esperar a ver si eran amistosos o no. Cada día que pasaba infligía más aburrimiento y frustración a los piratas, que llevaban a cabo las interminables rutinas de hacer guardia, vaciar la sentina y remendar las velas.

Para acrecentar aún más las tribulaciones de Telémaco, varias de las ánforas almacenadas en la bodega contenían vino rancio. Se vio obligado a echar el vino estropeado al mar y no le quedó otro remedio que reducir las raciones de la tripulación, empeorando así su humor. El hecho de que el Aqueloo no hubiera conseguido volver a Petrapylae pesaba mucho en las mentes de los hombres, y algunos se preguntaban incluso abiertamente si el Galatea no sufriría el mismo destino que aquel barco perdido, hundido en el mar o bien capturado por la marina imperial.

Al menos tenía un rostro amistoso con el que navegar. Bulla había permitido que los comandantes eligieran a sus oficiales para cada barco, y Telémaco se había sentido muy aliviado cuando Geras accedió a unirse a él como segundo de a bordo en el Galatea. Su naturaleza complaciente y su tranquilo valor lo convertían en una figura popular entre los hombres. Nombrarlo segundo de a bordo había sido una elección fácil. Era uno de los pocos amigos que tenía, y Telémaco sabía que dependía de la lealtad y la camaradería de Geras.

–Quizás Héctor haya tenido más suerte que nosotros –murmuró.

–¿Por el sur? Yo no confiaría demasiado en ello. Todos los marineros desde aquí a Dirraquio saben que deben evitar ese tramo de costa. Tendría mucha más suerte encontrando una gallina con

una buena dentadura.

–Entonces todo depende de nosotros, supongo.

Geras se encogió de hombros.

–En cualquier caso, uno de nosotros va a tener que encontrar una presa pronto. Si no, tendremos que recortar de nuevo las raciones y, francamente, no me apetece decirle a esta gente que se nos ha acabado el vino.

–No –respondió en voz baja Telémaco–. A mí tampoco.

Los interrumpió un intercambio de gritos acalorados en cubierta. Telémaco miró hacia la popa justo a tiempo de ver cómo Leito gritaba órdenes a un pirata con muchas cicatrices, con unos rizos negros que parecían flotar en el aire. Al segundo siguiente, el pirata se echaba sobre él y le propinaba una fuerte serie de golpes. Rápidamente se reunió un montón de marineros, mientras el hombre blandía el puño, golpeaba a Leito en la mandíbula y lo enviaba volando a la cubierta.

–Mierda –murmuró Telémaco–. ¿Qué pasa ahora?

Se apartó de la barandilla y se acercó a popa, cruzando la estrecha cubierta, y Geras corriendo tras él. Telémaco empujó a uno de los mirones que lanzaba hurras y se puso al frente. Se llenó los pulmones de aire.

–¡Ya basta! –gritó–. ¡Separaos!

Hubo tiempo todavía para que el pirata del pelo oscuro atizara una rápida patada en las costillas a Leito. Telémaco lanzó una orden a un par de marineros y éstos se pusieron en acción de inmediato: sujetaron al hombre y lo apartaron de allí a rastras. Lo agarraron bien fuerte mientras Leito se levantaba, conmocionado, tocándose con los dedos la sangre que salía de su nariz.

–¿Qué ha pasado aquí? –preguntó Telémaco.

–Ese hijo de puta me ha pegado –gruñó Leito.

–Se lo merecía –graznó el otro pirata–. Me ha llamado perro tracio perezoso.

–Es la verdad. –Leito escupió sangre–. Esta escoria no está haciendo su parte. Le he dicho que le tocaba limpiar la cubierta, y se ha negado. Lo he amenazado con disminuir sus raciones, si no hace lo que le digo, y el hijo de puta se me ha tirado encima.

–¡Una mierda! –El tracio lo fulminó con la mirada, temblando de ira–. No es trabajo mío limpiar la cubierta. ¡Yo no me he alistado para eso!

Telémaco miró de soslayo al hombre. Lo reconoció como uno de los nuevos reclutas del buque, uno de la tripulación derrotada de Néstor. Tenía una figura impresionante, las venas en sus brazos musculosos eran tan gruesas como una soga. Igual que todos aquellos reclutados forzosamente para las filas de los piratas, llevaba la marca del tridente en el antebrazo izquierdo.

–Basso, ¿verdad?

El tracio asintió.

–Sí. Ése soy yo.

–¿Es un problema para ti obedecer órdenes?

Basso bufó.

–Es un problema que me digan que tengo que limpiar la cubierta y vaciar la sentina todo el día, eso es. Soy un pirata. Me he unido a este barco para saquear, no para limpiar de rodillas como si fuera un puto esclavo.

Telémaco dio un paso hacia el tracio lleno de cicatrices y lo miró severamente a los ojos.

–Harás tu trabajo, lo mismo que el resto de la tripulación.

–¿Y qué trabajo es ése? ¿Perder el tiempo en el mar en lugar de perseguir presas?

–Tendremos presas pronto. Muy pronto.

–¿Ah, sí? –Basso miró las caras de los que lo rodeaban–. ¿Y por qué íbamos a creer ninguno de nosotros ni una palabra de lo que tú digas? Llevamos seis días, y no hemos visto nada de botín, ni de lejos. Si no encontramos ningún barco, entonces deberíamos saquear uno de esos puertos tan ricos que hay por aquí, y no quedarnos sentados.

Varias voces murmuraron su apoyo al tracio. Por el rabillo del ojo, Telémaco vio que algunos de los piratas más viejos lo miraban con intención, curiosos por ver cómo respondía el joven comandante a aquel desafío a su autoridad. Él tensó los músculos y se acercó un paso más a Basso.

–Nuestras órdenes son limitarnos a atacar barcos mercantes –respondió, con voz firme–. No enfrentarnos más a los romanos.

–¡A la mierda nuestras órdenes! El capitán Néstor jamás habría permitido esto. Si él hubiera sido nuestro comandante, ahora mismo estaríamos hartos de vino y saqueos.

–¡Silencio! –gritó Telémaco a pleno pulmón.

Los murmullos en cubierta se acallaron. Por un momento no se oyó sonido alguno, excepto el leve quejido del viento que pasaba entre las jarcias y el susurro del mar que se agitaba al pasar. El capitán buscó una cara familiar entre la multitud.

–¡Cástor!

–¿Sí, señor?

–Azota a este hombre –ordenó Telémaco, señalando con la cabeza a Basso.

–¿Cómo? –La mandíbula del tracio quedó colgando.

–Por pegar a un superior. Veinte latigazos. Normas del barco.

La cara de Basso se oscureció.

–No puedes hacer eso...

–Sí, ya lo creo que puedo –respondió Telémaco, con la voz más iracunda cada vez–. Tú aceptaste las normas cuando te uniste a nosotros. Y las seguirás ahora, o si no serán cuarenta latigazos. Tú eliges.

Basso instintivamente abrió la boca, pero rápidamente la cerró.

–¡Atadlo! –ordenó Telémaco a los marineros que estaban más cerca, dos hombres de la tripulación original de Bulla en cuya lealtad podía confiar. Éstos maniataron al pirata de pelo oscuro y lo llevaron luego hasta la jarcia, donde lo prepararían para los azotes. Mientras tanto, Cástor corrió a uno de los armarios de almacenamiento situados en la parte media del barco. Unos momentos más tarde volvía sujetando un corto látigo de cuero, con una sonrisa en su arrugado rostro. Los marineros desnudaron a Basso hasta la cintura y le ataron las manos a los obenques, dejándole así la espalda expuesta. Entonces, Telémaco hizo señas a Cástor de que empezara.

Hizo un esfuerzo por ver cómo Cástor azotaba al pirata, quien lanzaba un grito de dolor con cada golpe. Cuando acabó de darle los latigazos, bajaron a Basso para curarle la espalda lacerada con vinagre. Geras gritó al resto de la tripulación que volviera a sus deberes, y rápidamente todos se dispersaron por la cubierta, murmurando entre ellos.

–Lo has manejado bien –dijo Geras, acercándose al comandante del Galatea–. Es duro, pero servirá. Unos buenos azotes siempre funcionan. Esto debería hacer que queden conformes.

–Por ahora, quizá –dijo Telémaco.

–¿Capitán?

–Odio decir esto, pero Basso tiene razón. Estos hombres se han unido a nosotros para luchar y hacerse ricos. La disciplina está muy bien, pero no los mantendrá callados para siempre. Sólo lo conseguiremos apresando algún barco.

–¿Y si no capturamos ninguno? ¿Qué pasará entonces?

Telémaco se encogió de hombros.

–Muchos se volverán contra nosotros. Y no bastará con unos latigazos para detenerlos la próxima vez.

Geras negó con la cabeza.

–Vaya con la vida del pirata... Casi sin vino, sin saqueos y con una tripulación medio amotinada. Casi añoro los días que pasamos a bordo del Selene.

Telémaco sonrió débilmente a su camarada. Menos de dos meses habían pasado desde que el Selene había sido atacado por el Tridente de Poseidón, pero ya parecía que hubiera transcurrido toda una vida.

–¿Te lo estás pensando mejor, Geras?

–Claro que no, capitán. Sólo digo que la vida era mucho más sencilla por aquel entonces. Ser marinero no era fácil, pero al menos no teníamos que preocuparnos por mantener apartada a la mitad de la tripulación de nuestras gargantas.

Telémaco apartó la vista, sofocado por una terrible sensación de desamparo. Quizá si hubiera sido un comandante más experimentado, los hombres no habrían cuestionado tan rápidamente su juicio. Pero, como novato en aquel primer mando independiente suyo, sabía que tenía todo por demostrar. Y por eso había castigado tan severamente a Basso, se recordó a sí mismo. Su limitada experiencia como pirata le había enseñado que los mejores capitanes raramente recurren al látigo, pero él no había tenido otra elección que azotar a aquel hombre. Algunos entre la tripulación ya se mostraban escépticos ante su joven líder, y estaban dispuestos a saltar sobre él a la menor señal de debilidad. No podía permitir que pensaran que era un blando.

De repente, el vigía, que estaba sentado a horcajadas en la verga, aulló:

–¡Ah, de cubierta! ¡Vela a la vista!

Telémaco y Geras levantaron la cabeza hacia el muchacho que estaba haciendo las labores de vigía. Sentado en el palo, rodeaba el mástil con un brazo mientras señalaba con el otro hacia la amura de babor, en alta mar. Telémaco miró en la misma dirección, oteando el horizonte, pero no veía nada. Llamó en voz alta.

–¿Por dónde, Longaro?

El chico hizo una pausa antes de responder.

–Una vela, señor. No se ve el casco. A seis, quizá siete millas.

–¿Y a dónde se dirige?

–Al norte.

–Podría ser un mercante –especuló Geras.

Telémaco asintió, ausente, recordando el mapa de la línea costera que había examinado la noche antes de hacerse a la mar.

–Sea quien sea, seguro que se dirige hacia Tarsatica. Es el único puerto a millas de distancia en cualquier dirección.

Geras frunció el ceño.

–Entonces, ¿por qué no nos ha enseñado todavía su popa, me pregunto? Seguro que nos ha avistado ya.

–No necesariamente. –Telémaco señaló el sol del mediodía–. Está al norte desde nuestra posición, lo que significa que su vigía tendrá el sol de cara.

Geras guiñó los ojos hacia el horizonte y gruñó, accediendo.

–¡Ah, ahora sí que veo el casco! –llamó Longao de nuevo–. Es un mercante. ¡Y grande, por lo que parece!

–¡Por fin! –Geras se golpeó con el puño en la palma de la otra mano–. Con un poco de suerte, llevará vino decente a bordo.

–Muy pronto lo averiguaremos –dijo Telémaco–. Llama a todos

los hombres y pon rumbo de intercepción. Nos acercaremos en ángulo y le cortaremos el paso. No tendrá escapatoria.

CAPÍTULO VEINTIUNO

El mercante no intentó escapar en ningún momento, sino que arrió las velas tan pronto como estuvo a la vista de los piratas y su gallardete negro. La Galatea surcaba las olas. Telémaco dio la orden de acercarse al barco de carga por su aleta de popa, y los recios maderos se movieron debajo de él, cuando el timonel ajustó el rumbo. Mientras los hombres de la partida de abordaje preparaban las armas, miró hacia atrás, al mar, y precavidamente examinó al otro barco. Navegaba muy alto, sin la habitual lentitud de un barco voluminoso lleno de carga. Entonces vio algo más y se volvió hacia Geras, frunciendo el ceño.

–¿Dónde está el resto de la tripulación? Apenas hay un alma en cubierta. Tendría que haber más marineros, ¿no os parece?

–Igual están abajo en la bodega, cagándose encima. –Geras se encogió de hombros–. ¿Qué más da? ¡Es la presa más fácil que tendremos jamás a nuestra disposición! –Sonreía con emoción. Antes, Geras no quería ser pirata, y aseguraba que estaba más interesado en complacer sus deseos epicúreos que en coger presas. Ahora compartía la anticipación que reinaba entre los piratas al acercarse a su presa.

Telémaco miró de nuevo hacia el mercante, pese a que el sol de mediodía lo obligaba a cerrar los ojos. Sólo se veía un puñado de hombres en su cubierta. Ninguno de ellos parecía llevar arma alguna, y al parecer tampoco habían hecho ningún esfuerzo para armarse o preparar el barco ante el inminente abordaje. Resultaba muy chocante que renunciaran a la lucha. Bulla les había enseñado que hasta las tripulaciones más mansas ofrecían alguna resistencia antes de deponer las armas. Pero estos marineros se habían rendido sin luchar. Sacudió la cabeza, preguntándose de nuevo por qué el barco no había tan siquiera intentado evadir la captura. Si su capitán hubiera largado amarras nada más ver a los piratas, podría haber tenido una oportunidad de escapar, o al menos de prolongar la caza, con la esperanza de poder escabullirse bajo el amparo de la oscuridad. Pero ahora ya no tenían posibilidad alguna de ello.

A su lado, Geras mantenía los ojos clavados en el horizonte, buscando cualquier señal de cambio abrupto en el tiempo, pero el cielo seguía maravillosamente claro. Cuando estaban a menos de cien pasos del mercante, Telémaco le hizo una seña.

–Prepara a los hombres, Geras. Abordaremos el barco enseguida.

–¡Sí, señor!

Geras se volvió a gritar a la tripulación. Los piratas levantaron escudos y armas, se arremolinaron en torno al mástil, y algunos de ellos corrieron hacia los ganchos de abordaje sujetos a unas cornamusas en los costados del buque, dispuestos a lanzarlos al mercante en cuanto les dieran la orden. Telémaco chilló al timonel que llevase al Galatea hasta el costado de estribor del mercante. Entonces cogió una falcata y un pequeño escudo y ocupó su lugar delante del resto de la partida de abordaje. Aunque el buque de carga había arriado sus velas, no pensaba correr ningún riesgo, y quería a sus hombres dispuestos a atacar, por si los esperaban con una trampa.

Pronto, poco a poco, los dos barcos se iban poniendo al mismo nivel, y entonces Telémaco gritó hacia la cubierta:

–¡Listos los ganchos!

Varios piratas apoyaron bien los pies en las tablas y empezaron a hacer oscilar los ganchos de hierro que llevaban unidos trozos de cuerda. Telémaco calculó el hueco entre los dos buques con mucho cuidado, conforme el Galatea se colocaba delante del mercante.

–¡Timonel, rumbo a puerto! –gritó de repente.

Calkas se apoyó en el mango y la proa del Galatea se puso en ángulo hacia su presa. El veterano pirata era un timonel muy competente, y uno de los hombres que habían decidido voluntariamente servir con Telémaco, ya que una gran parte de la tripulación del Tridente se mostró angustiada por evitar servir con Héctor.

–Ganchos de abordaje... ¡Lanzadlos! –chilló Telémaco.

Los ganchos describieron un arco y pasaron por encima del costado del mercante, llegando a su cubierta. Los hombres tiraron con fuerza de las sogas, acercando los dos barcos entre sí. En cuanto estuvieron justo al lado, Telémaco aulló una orden y los marineros bajaron la vela mayor a toda prisa. Entonces él trepó por encima de la barandilla y saltó al buque de carga. Los demás piratas se arrojaron tras él, cayendo con un golpe sordo en las suaves tablas y repartiéndose por la cubierta.

A la vista de los piratas, el puñado de marineros mercantes inmediatamente arrojó las armas.

–¡No! –gritó uno de ellos–. ¡Nos rendimos! ¡Por favor!

Telémaco tenía la sangre alborotada, y le costó un poco bajar su arma.

–¡Tú, ahí! –gritó a un pirata viejo y flaco–. ¡Sirras! ¡Rodéalos!

–Sí, señor. –Una cruel sonrisa levantó una de las comisuras de los labios del pirata, y entonces Telémaco recordó que casi la mitad de sus hombres eran de la tripulación de Néstor, y por tanto estaban acostumbrados a tratar de una manera implacable a los prisioneros que habían capturado.

–Los quiero vivos, Sirras..., por ahora. Pueden resultarnos útiles.

El pirata accedió de mala gana, e hizo un gesto a varios de sus compañeros. Éstos empujaron a los aterrorizados marineros hacia la base del palo mayor, gritándoles y empuñando sus armas. Telémaco apartó la vista de ellos e hizo una seña a Cástor de que se acercara.

–¿Capitán?

–Escoge a unos cuantos de los chicos y registrad la bodega. Mirad si hay alguien escondido abajo, y comprobad qué carga llevan. Aseguraos de que nadie se guarda botín para sí. A cualquiera que pille haciendo algo parecido será azotado.

El veterano, con la cabeza completamente calva, asintió y, tras llamar por señas a unos cuantos, se dirigió a la escotilla de popa y bajaron a la bodega de carga. Cuando desaparecieron de su vista, Telémaco paseó lentamente la mirada por toda la cubierta. Se veían claras señales de lucha a bordo del mercante. Las escotillas de carga estaban abiertas, y repartidas por la cubierta se encontraban varias cajas y baúles vacíos, mientras en algunos sitios las tablas estaban manchadas de sangre.

Unos momentos más tarde, Cástor volvió desde la escotilla de popa con la cara muy seria.

–La bodega está vacía.

–¿Vacía? –repitió Telémaco.

Cástor hizo un gesto de disculpa con las manos.

–Se lo han llevado casi todo. No queda gran cosa, excepto ratas y algunas velas viejas. No sé lo que transportaba este pájaro, pero ya no hay nada.

Telémaco frunció el ceño hondamente, esforzándose por ocultar su decepción y frustración, y volvió la atención a los marineros apelotonados junto al mástil. Un puñado de pasajeros se encontraba entre ellos; su rostro más pálido y su físico menos definido los diferenciaban de la tripulación del barco, más curtida por la intemperie.

–Probablemente han tirado la carga por la borda, cuando nos han visto venir –refunfuñó Esciro, señalando a los marineros con la espada–. Yo digo que destripemos a unos cuantos de estos cobardes.

–¡No! –protestó uno de los marineros–. No hemos tirado nada. ¡Lo juro por los dioses! Fuimos atacados.

Telémaco volvió su atención hacia el que hablaba, un hombre de piel oscura con gorro frigio; parecía oriental. Era el mismo marinero que había suplicado a los piratas cuando abordaron el buque, se dio cuenta Telémaco. Entrecerró los ojos y dijo:

–¿Quién eres tú?

–Amyntas, señor –replicó el marinero–. El segundo de a bordo del Artemis.

–¿Dónde está tu capitán, Amyntas?

–Muerto, señor. Él y la mayoría de los demás. Ellos los mataron.

–¿Quiénes?

–Los hombres que nos atacaron, señor. Los piratas.

Telémaco intercambió una mirada de sorpresa con Geras. Luego se volvió hacia el marinero con una mirada glacial.

–¿Os atacaron unos piratas?

–Sí, señor. Lo juro.

–Dime qué ocurrió, Amyntas. La verdad, ahora mismo, o si no os destripo a ti y a tus amigos en un instante.

El marinero lo miró angustiado, pero enseguida se recompuso.

–Estábamos haciendo nuestra ruta habitual desde Éfeso a Pula, en compañía de otro barco, el Skamandros. La mayoría de los capitanes no se arriesgan a navegar solos, estos días, por toda la actividad pirata...

Telémaco asintió lentamente. Sabía por experiencia propia a bordo del Selene que los capitanes mercantes no querían navegar por la parte inferior del Adriático por temor a dar con piratas, y no le resultó para nada sorprendente que los barcos comerciales hubieran decidido viajar en parejas.

–Sigue.

–Entonces fue cuando los divisamos, señor. A los otros piratas. Era un barco grande. Salió de la nada y se nos echó encima. El Skamandros pudo huir, pero nosotros no tuvimos tanta suerte –añadió, amargamente–. Nuestro capitán sabía que no podíamos aguantar en combate, de modo que accedió a rendirse, pero los

piratas lo mataron de todos modos. Nos quitaron toda la carga, y la mayor parte de las provisiones también. Mientras, su capitán nos interrogó. Quiso saber qué sabíamos de otros barcos que estuvieran por la zona. Luego empezó a matarnos a los que quedábamos. Le suplicamos que respetara a las mujeres y niños que había entre los pasajeros, pero era un cabrón sin entrañas. Nos habría matado a todos si no hubiera sido por esa patrulla romana que apareció justo a tiempo.

Telémaco notó un escalofrío en la nuca.

–¿Romanos?

–Sí, señor. –El hombre bufó–. Hay patrullas yendo y viniendo por esta zona las últimas semanas.

–Ya veo... ¿Y qué pasó entonces?

–Los piratas abandonaron nuestro barco y salieron huyendo antes de que la marina pudiera perseguirlos. Uno de los oficiales romanos nos abordó para evaluar la situación. Nos aconsejó que nos dirigiésemos al puerto más cercano y no volviéramos a hacernos a la mar hasta que ellos se hubiesen ocupado de la amenaza. Nos refugiamos anoche en una bahía y esperábamos llegar a Tarsatica antes de que cayera la noche. Entonces es cuando os hemos visto. Sabíamos que no podíamos ir más rápido que vosotros, así que hemos decidido rendirnos, señor. Ya no nos queda nada de valor, de todos modos.

El marinero bajó la cabeza y abatió los hombros; viva imagen de un hombre desesperado. Telémaco lo dejó con su pena privada y se volvió a Geras.

–¿Qué opinas?

Geras apretó los labios mientras pensaba.

–Su historia parece auténtica. Al menos sabemos por qué apenas hemos visto una sola vela en los días pasados.

–Estoy de acuerdo. Pero no tiene sentido. Se suponía que no había tripulaciones operando tan al norte. A menos que haya

algunos piratas por la zona que Bulla no conozca...

–Debe de ser eso, señor. ¿Quién podría ser, si no?

Telémaco miró la cubierta salpicada de sangre, y una idea perturbadora se formó en su mente. Se volvió hacia Amyntas.

–Esos otros piratas... –dijo–. ¿Qué aspecto tenían?

El marinero levantó la vista, rascándose el codo.

–Pues piratas, sencillamente, como vosotros. Su barco era más grande.

–¿Y algo más? Haz memoria, Amyntas.

El hombre se quedó pensativo un momento, con la cara arrugada.

–Sí, ahora que lo pienso, había otra cosa.

–¿Qué? ¿Qué era?

–Su líder. Era un tío grandote. Llevaba una marca en el antebrazo. No la vi bien del todo, pero parecía como una lanza o algo así.

–¿Un tridente? ¿Como éste? –Telémaco se levantó la manga y extendió el brazo izquierdo hacia el marinero, revelando la marca que le habían grabado a fuego en la carne unas cuantas semanas antes.

Amyntas la examinó un momento.

–Sí –dijo–. Así es. La misma marca, señor.

–Héctor... –susurró Telémaco con los dientes apretados.

–¿Qué está haciendo aquí arriba? –se preguntó Geras, con la frente muy arrugada–. Se suponía que el Proteo tenía que navegar hacia el sur...

Telémaco sacudió la cabeza, enfurecido.

–Ese hijo de puta mentiroso no pensaba cumplir las órdenes en ningún momento. ¿No lo ves? Seguramente se nos adelantó después de que saliésemos de Petrapylae.

–Héctor debe de tener sus motivos –intervino Cástor–. Quizás una de las patrullas de la marina lo persiguió hasta aquí...

–Pero, si fue así, ¿por qué está asesinando a la tripulación de los barcos que toma? Piénsalo. Sólo lo hace para que no haya testigos de sus saqueos, por si descubrimos lo que está haciendo.

Telémaco apartó la vista, intentando ocultar sus emociones, pero una intensa ira ardía en su pecho. Su odiado rival lo había burlado, pensó. Había sido un idiota al creer que Héctor seguiría las órdenes de Bulla. Y, mientras, los hombres creerían que era un incompetente por permitir que otro capitán lo engañase con tanta facilidad.

Pero entonces se dijo que era el comandante de un barco pirata. Tenía que ocuparse de una tripulación insatisfecha, de un barco con pocas provisiones y de un escuadrón naval romano que estaba supervisando aquella parte del Adriático. Una vida entera de penalidades y supervivencia día a día lo habían hecho inmune al regodeo en la adversidad, de modo que hizo un esfuerzo por dejar a un lado su frustración y se volvió hacia el marinero:

–¿Cuándo os atacaron? –preguntó.

–Ayer por la tarde. No mucho antes de que oscureciera, señor.

–¿Y dónde exactamente?

–No lejos de Senia. Pocas horas después de que hubiésemos pasado por allí.

Geras se frotó la mandíbula, pensativo.

–Eso supone que Héctor va un día por delante de nosotros. El Proteo no es el barco más rápido del mundo. Todavía podemos superarlo con este viento en popa y saquear los barcos antes que él.

–Suponiendo que quede alguna presa por tomar –señaló Cástor.

–¿Qué quieres decir? Por supuesto que las habrá.

El intendente negó con la cabeza.

–Han pasado días desde que empezamos a cazar en estas aguas. Tenemos que suponer que Héctor ha tenido más éxitos, y no sólo un barco. Si ése ha sido el caso, los otros navíos ya estarán avisados de nuestra presencia a estas alturas. Y, según esta gente, la marina estará diciendo a todos los capitanes que eviten salir a alta mar. Menos barcos se aventurarán a emprender el viaje, y los que hayan salido probablemente se darán la vuelta nada más vernos.

–¡Mierda! –Geras meneó la cabeza, furioso–. Habrá algo que podamos hacer. No podemos dejar que ese cabrón se salga con la suya.

Telémaco guardó silencio un momento. Sabía que no podía volver a Petrapylae con las manos vacías. Si lo hacía, caería sobre él la ira de Bulla y sería el final de su breve carrera como comandante de un barco pirata. Necesitaba una victoria. Una que probase ante el resto de la tripulación que merecía ser su líder. Inclinó la cabeza hacia el marinero.

–Ese otro barco... El Skamandros. ¿A dónde se dirige?

El marinero se encogió de hombros.

–No lo sé. Nuestro capitán lo sabía, pero está muerto –apartó la vista y se removió, incómodo.

Telémaco vio un parpadeo de desafío en los ojos del hombre.

–Estás mintiendo, Amyntas.

–Es la verdad, señor –replicó él, mansamente.

Telémaco miró por encima de su hombro.

–¡Esciro! Córtale la lengua a este mentiroso.

El robusto pirata esbozó una sonrisa maligna y se adelantó un paso, desenfundando la daga que llevaba en el cinturón. Otros dos

hombres pasaron los brazos en torno a los de Amyntas, sujetándolo firmemente. Esciro ya acercaba la daga a su cara. Al ver la hoja brillante, la resistencia del marinero se derrumbó:

–¡Flanona! ¡Se habrá dirigido a Flanona! Ahí es donde tiene que estar ahora.

–¿Estás seguro? –preguntó Telémaco.

–Fue un acuerdo entre nuestros capitanes –respondió Amyntas, rápidamente–. Si alguno de nosotros se metía en problemas, nos dirigiríamos a Flanona y esperaríamos a que fuese seguro volver al mar.

–Me parece lógico –señaló Cástor–. No está demasiado lejos de aquí. Y es un sitio tan bueno como cualquier otro para refugiarse.

–¿Y qué carga lleva? –preguntó Telémaco, con sus penetrantes ojos azules clavados en el marinero.

–Sobre todo especias. Algo de alcanfor y madera de sándalo. Y también marfil.

–¡Especias! –silbó Geras–. ¡Por la polla de Neptuno! Eso valdría una pequeña fortuna si conseguimos echarle la mano encima.

–Eso si está todavía en el puerto –observó Cástor–. Flanona está a un día de navegación de aquí. Quizá se haya ido a otro sitio, por el momento.

El marinero negó con la cabeza.

–Estará allí un par de días como mínimo. Su capitán es un viejo lobo de mar muy precavido. Si no me equivoco, no querrá volver al mar hasta tener bien claro que es seguro.

–Eso lo soluciona todo, entonces. Volveremos al Galatea de inmediato. Leito, reúne a los prisioneros y mételos en la bodega. Transfiere todos los suministros que queden a nuestro barco.

El sol ya se estaba ocultando detrás del horizonte cuando los civiles avanzaron desconsoladamente por la cubierta hacia la

bodega.

–¿Es sensato eso, capitán? –le preguntó Geras, en voz baja–. Ya tenemos pocos suministros, sin bocas extras que alimentar.

–Son órdenes de Bulla. Además, sacaremos un buen precio de ellos en el mercado de esclavos.

Telémaco no se sorprendió al ver lo poco que le preocupaba condenar a aquellas personas a una vida de sufrimiento y servidumbre, cuando su propio hermano seguía siendo esclavo. Pero había tenido una vida muy dura, y estaba acostumbrado desde hacía tiempo a las infamantes injusticias y crueldades del mundo. Como no podía cambiarlas, quizás estaría bien aprovecharse de ellas por una vez.

–Que los demás vuelvan al barco –dijo a Geras, con decisión–. Pondremos rumbo a Flanona y atacaremos al Skamandros en su fondeadero. Si nos movemos rápido, podemos atraparlo antes de que tenga la oportunidad de moverse de nuevo.

Cástor lo oyó y aspiró el aire salado entre los dientes. Telémaco se lo quedó mirando.

–¿Qué, pasa algo?

–Es que va a ser muy difícil –replicó Cástor–. He estado en Flanona unas cuantas veces, cuando servía en barcos mercantes. Ese lugar está muy bien defendido. Tiene unos acantilados muy altos a ambos lados, y también tienen guarnición.

–¿Milicia?

–Auxiliares. Las autoridades han reforzado la guarnición después de los últimos ataques piratas, hace unos años. Tienen una torre de vigilancia, y también catapultas. No conseguiremos ni acercarnos. No con todos esos guardando el puerto.

–Podemos hacerlo de noche –sugirió Geras–. Entonces no nos verían.

Cástor pensó unos instantes, pero luego negó con la cabeza.

–No saldrá bien. Aun en ese caso tendríamos que atacar sin dar la alarma. No es posible.

–Quizá no... –murmuró Telémaco.

Geras miró a su comandante, inquisitivo.

–¿Capitán?

Telémaco sonrió. Un plan empezaba a perfilarse en su cabeza.

–Si no podemos entrar y tomar el Skamandros, sólo tenemos que hacer que la presa salga y venga a buscarnos...

CAPÍTULO VEINTIDÓS

–¿Estás seguro de que es buena idea? –preguntó Geras, mirando la negra masa de las montañas que se elevaban por encima de Flanona.

Telémaco había dado la orden de ponerse al pairo junto a la boca de la bahía, poco después de que hubiese caído la noche. Las velas del Galatea se habían arriado, y habían desmontado su yarda para reducir las posibilidades de que los vieran desde tierra. Más allá de la proa podía oír el suave chapoteo de las olas contra el casco.

Sonrió con tristeza.

–Pregúntamelo de nuevo dentro de otra hora.

–Quizá nos vaya mejor en algún otro sitio –dijo Geras–. Volvamos al mar. Daremos con algo, más tarde o más temprano.

–Ya he tomado una decisión –replicó Telémaco, con firmeza–. No podemos dejar pasar esta oportunidad. Y ahora, recuerda: si no vuelvo dentro de una hora, tienes que asumir el mando del barco y dejar la bahía de inmediato. Dirígete al punto de encuentro y no te detengas bajo ningún concepto.

–Joder, será mejor que vuelvas.

–Volveré. –Intentó esbozar una sonrisa. La cara de preocupación de su compañero apenas resultaba discernible bajo la débil luz de las estrellas. Detrás de Geras, los hombres de la partida de abordaje ya se estaban reuniendo junto al mástil. Susurraban quedamente mientras hacían los preparativos finales antes del ataque nocturno por sorpresa al Skamandros.

Los piratas habían llegado a Flanona varias horas antes, tras navegar a toda vela por la costa. Ya cerca de la bahía, Telémaco había ordenado a la tripulación que aproximase al Galatea lo más

posible al puerto, para reconocer sus defensas, antes de alejarse de nuevo en la creciente oscuridad. Con suerte, los vigías habrían visto a los piratas desaparecer por el horizonte, y quizá pensaran que se habían ido a buscar otra presa más fácil. El plan de Telémaco dependía de que el capitán del mercante asumiera que ningún comandante pirata sería tan temerario como para intentar robar debajo de las narices de la guarnición auxiliar local.

Su estudio cuidadoso del puerto le había confirmado su cálculo inicial de que era imposible una aproximación directa. Un vigía custodiaba la entrada al puerto, dispuesto a alertar a la guarnición local a la primera señal de problemas. Habían montado los lanzadores de proyectiles en las murallas de la ciudad para proteger los barcos de carga locales y las barcas de pesca, y cualquiera que atacara sería hundido antes de poder alcanzar el muelle. Aunque consiguieran sortear las defensas, atrapar al mercante no sería fácil. Amyntas había identificado enseguida al Skamandros en el fondeadero, con la advertencia de que la tripulación del barco de carga era ferozmente leal a su capitán y que presentarían una lucha encarnizada si alguien intentaba capturarlo por la fuerza.

Veinte hombres acompañarían a Telémaco en el asalto: casi la mitad de la tripulación. Había elegido a los marineros más capacitados para apoderarse del Skamandros y hacerse a la mar a toda prisa entre la oscuridad. Él mismo los seguiría con otros tres hombres en el pequeño esquife del Galatea. El resto de la partida de abordaje, al mando de Cástor, iría después, manteniendo la distancia, en un bote para pescar caballas que habían capturado aquel mismo día.

–Los chicos están listos –anunció Cástor en voz baja, acercándose junto a la barandilla.

Telémaco asintió.

–Llévalos a bordo de los botes. Y recordad: nadie tiene que hacer el menor ruido. Al hombre que pille hablando, una vez que zarpemos, le arranco el pellejo.

–No te preocupes. No dirán nada. Yo me aseguraré de que sea así.

Cástor se volvió y emitió una orden en voz baja. Sus hombres fueron bajando los primeros a la barca de pesca, que flotaba junto al Galatea. Luego, varios marineros tiraron de las poleas y levantaron el esquife de su plataforma, y lo bajaron por el costado. Telémaco fue el último; descendió por la escala de cuerda, dejándose caer con suavidad detrás de Basso, Longaro y Leito. Este último había protestado con vehemencia porque Basso los acompañara en aquella misión, pero Telémaco no le hizo caso, arguyendo que el hosco y recalcitrante tracio había realizado sus deberes sin queja alguna durante los días transcurridos desde su castigo. Además, reflexionaba Telémaco, como antiguo gladiador, las habilidades de Basso con la espada podían ser muy útiles en la expedición.

Los dos botes desatracaron poco a poco gracias al esfuerzo de los hombres con los remos silenciados. Telémaco preguntó cuánto tardarían, en voz muy baja, mientras el esquife avanzaba lentamente delante del bote de las caballas, remando hacia la costa. Todo parecía muy tranquilo y silencioso, pero notaba que el corazón le latía con mayor rapidez en el pecho a medida que se iban acercando a la bahía. El plan dependía de que los que iban en el esquife creasen confusión para que el resto de la partida de abordaje pudiera atacar el Skamandros. Sin ello, los piratas no podrían jamás superar a la tripulación del barco de carga antes de que llegaran los auxiliares. Aquellos que tuvieran la desdicha de que los atraparan vivos serían crucificados, el castigo infligido a quienes se atrevían a desafiar el dominio de los mares de Roma.

Con gran esfuerzo de voluntad, Telémaco dejó a un lado sus dudas. Miró por encima del hombro, buscando alguna señal del barco de Cástor, pero estaba ya muy por detrás de ellos, perdido en la oscuridad, con su tripulación a la espera de representar el papel que les correspondía en el ataque. Miró de nuevo hacia delante y distinguió un primer atisbo de los barcos fondeados, proa con popa, a lo largo del muelle de piedra, sus mástiles silueteados contra el cálido resplandor de las luces de la ciudad.

Susurró una orden, y el esquife cambió su rumbo, deslizándose hacia la rampa de piedra que estaba en el extremo más alejado del muelle. Al acercarse, pasó los ojos por el embarcadero. A un lado,

había una hilera de grandes almacenes construidos con madera y varias calles estrechas. La mayoría de esos almacenes parecían desiertos, pero se oía un murmullo distante de voces procedente de la ciudad; seguramente de los marineros que estaban de juerga en las tabernas locales.

Unos momentos más tarde, el esquife atracó junto al muelle, y Telémaco susurró que dejasen los remos. La pequeña embarcación chocó ligeramente contra la rampa, Basso cogió la amarra y la ató a uno de los postes de piedra, estabilizando el esquife en las aguas calmas. En cuanto estuvo firme, Telémaco lentamente se puso de pie e hizo señas a su tripulación.

–Conmigo –dijo en voz baja–. Y recordad, chicos, no corráis ni intentéis atraer la atención hacia nosotros. Si alguien se acerca, yo hablaré.

Los otros tres asintieron y siguieron a su capitán, que ya subía los escalones que conducían al muelle. Los cuatro iban vestidos con túnicas sencillas y sandalias baratas, similares a las que llevaba la tripulación del Artemis. Si se metían con ellos, dirían que eran marineros de uno de los barcos de carga fondeados a lo largo del muelle. La estratagema podía darles unos pocos momentos, para saltar luego por sorpresa y escapar.

Telémaco hizo un gran esfuerzo por andar con un paso tranquilo hacia los almacenes de un lado del puerto. Notaba que la falcata enfundada que llevaba oculta bajo el manto le golpeaba el muslo mientras cruzaba la amplia avenida que separaba el muelle de los almacenes. Un par de marineros pasaron junto a él, con sonrisas ebrias, trastabillando hacia su barco. Telémaco saludó con la mano y siguió adelante, con el corazón acelerado. En cualquier momento esperaba que lo detuvieran, pero los pocos que se encontraban paseando por las calles estaban demasiado borrachos o demasiado ocupados intercambiando bromas o luchando unos con otros como para prestarle atención.

En un momento, se detuvo abruptamente en las sombras y examinó los almacenes. Amyntas les había contado que uno de ellos guardaba cargas de lino. Al cabo de unos momentos, encontró el lugar que estaba buscando.

–Ahí –dijo en voz baja, señalando el almacén que estaba a la izquierda–. Es ése de ahí.

Los otros tres hombres concentraron sus miradas en la dirección que él les indicaba. Una señal pintada encima de la entrada del almacén mostraba que pertenecía a Vibio Draco. Junto a la puerta se sentaba un guardia muy fornido, con las facciones iluminadas por el débil resplandor de una llama. Una porra de madera con tachones colgaba de su cinturón de cuero.

–¿Qué hacemos ahora? –preguntó Leito.

–Entramos y lo quemamos.

–¿Pero cómo? Si intentamos entrar a la fuerza, ése de ahí dará la alarma. Se nos echarán encima antes de que podamos prender el fuego.

–Tengo una idea mejor –replicó Telémaco–. Vamos. Sígueme.

Respiró hondo y comenzó a andar descuidadamente hacia las puertas, con sus hombres a los lados, mirando a su alrededor para asegurarse de que no los veía nadie nadie más. Cuando estuvieron más cerca, el guardia se levantó de su taburete y les bloqueó la entrada, cruzando los gruesos brazos delante del pecho. Sus ojos pequeños y mortecinos examinaron a los cuatro hombres que tenía delante.

–¿Qué cojones queréis vosotros? –gruñó.

–Buscamos el Delfín Borracho –dijo Telémaco, levantando las manos–. Se suponía que teníamos que encontrarnos allí con unos amigos.

El guardia entrecerró los ojos, suspicaz.

–¿El Delfín? Está al otro lado de la ciudad.

Telémaco maldijo entre dientes con exagerada teatralidad.

–Típico de Galabro. Darnos mal la dirección, como de costumbre, joder. ¿Y cómo podemos llegar hasta allí, amigo?

El guardia relajó ligeramente su pose e hizo un gesto hacia un lado.

–Hay que andar un poco. Tendréis que seguir por esta calle, y luego ir por la segunda a la derecha y seguir todo el camino...

Mientras señalaba el camino, Telémaco sacó la daga de debajo de su manto y se la puso al guardia en el cuello, apretando la punta contra su carne.

–Haz un solo ruido –susurró en voz baja– y te destripo como a un pez. ¿Entendido?

El hombre bajó el brazo y asintió rápidamente. Telémaco le hizo señas de que se metiese por el hueco en el almacén con él. Los otros tres los siguieron muy de cerca. En cuanto estuvieron dentro, se detuvo y se volvió hacia sus compañeros.

–Encended las antorchas –ordenó–. Rápido.

Leito salió corriendo del almacén. Volvió al cabo de un momento con la lámpara de aceite, que había cogido de su soporte. Al mismo tiempo, Basso y Longaro sacaban las antorchas que llevaban escondidas debajo de sus mantos. Leito cogió la primera y con mucho cuidado tocó la llama de lámpara con el trapo empapado en sebo envuelto en torno a un extremo del mango de madera. Costó un momento que empezara a arder, pero enseguida cobró vida. Encendió la segunda antorcha, y entonces dejó la lámpara y se colocó en la puerta para hacer guardia. Telémaco agarró la antorcha de Basso y le dio órdenes de atar y amordazar al guardia, y de que le cortase el cuello si causaba algún problema. Luego caminó hacia el almacén, seguido de Longaro, con la luz parpadeante de las llamas de las antorchas iluminando las puertas de aspecto robusto.

Mirando en torno se dio cuenta de que todas las puertas estaban bien aseguradas con cerrojos de hierro. Se acercó al más próximo y lo probó. El mecanismo de cierre hizo un ruido rasposo mientras intentaba levantarlo de su soporte. Susurró a Longaro que lo ayudase, y con mucho cuidado fueron liberando el cerrojo, trabajando despacio para hacer el menor ruido posible. Al fin,

abrieron la puerta.

Con mucha cautela, entraron. Era una cámara amplia, con el suelo de piedra. Las balas de lino se almacenaban a lo largo de los laterales. Algunas de las pilas eran tan altas que casi tocaban las vigas de madera que corrían por la cubierta de tejas. Telémaco se desplazó hacia una de las balas de la derecha, la apartó y metió la antorcha en la tela suelta, mientras Longaro hacía lo mismo en el otro lado de la habitación. En cuanto se empezaron a extender las llamas, se apartaron y dieron la vuelta al recinto, para acercar la antorcha a varias balas más. El fuego prendió enseguida y empezó a crujir furiosamente. Las llamas, de un color amarillo y naranja intenso, se extendieron de una bala a la más próxima.

–Vamos –dijo Telémaco–. Salgamos de aquí.

Nubes de humo negro y acre se alzaban ya en el aire nocturno cuando se abrieron paso hacia el exterior. Basso había atado y amordazado al guardia y lo había arrojado junto a las carretillas de mano, a un lado de la puerta. Los sofocados gritos de socorro del hombre pronto quedaron ahogados por el rugido de las llamas, que rápidamente empezaban a consumir el almacén. No había necesidad de sigilo ya, y los cuatro hombres salieron corriendo a toda velocidad por el muelle. Ya varios marineros desde las cubiertas de los barcos fondeados despertaban a sus camaradas, haciendo gestos frenéticos hacia las llamas.

Telémaco se agachó con sus camaradas junto a una pila de cestas de grano acumuladas al lado de uno de los barcos de carga. Miró entonces hacia atrás, al almacén, y vio que un puñado de soldados auxiliares salían corriendo desde la guarnición para ocuparse del fuego. Por aquel entonces, éste rugía incontrolable, las llamas empezaban a extenderse al almacén de al lado, y uno de los guardias gritaba a los marineros que miraban que los ayudasen. Nadie se movió al principio, porque muchos se habían quedado paralizados ante la situación. Al final, algunos de los capitanes de los barcos ordenaron a sus tripulaciones que entraran en acción, sin duda comprendiendo que sus propios suministros y bienes se hallaban en peligro de ser destruidos. Pronto, sólo quedaron unos pocos hombres en la cubierta de cada barco.

–¿Dónde están los otros? –murmuró Leito–. Tendrían que haber visto la señal ya...

Telémaco volvió su atención a las plácidas aguas del puerto, sin alterar por el movimiento rítmico de ningún remo, ni siquiera silenciados, y durante unos angustiados momentos se preguntó si el segundo bote se habría perdido. Al poco, sin embargo, su oscura silueta emergía de la negrura, y su tripulación remó derecha hacia el Skamandros. Justo como había anticipado Telémaco, los tripulantes que habían quedado en la cubierta del barco estaban mirando horrorizados las llamas que devoraban el almacén, completamente inconscientes de que el pequeño bote se dirigía hacia ellos. De repente, el bote desapareció de su campo de visión, cuando se acercó al Skamandros. Hubo una pausa larga y tensa, y unos cuantos gritos de pánico perforaron el aire. Los piratas debían de haber trepado por el costado del casco hasta la cubierta, con las armas brillando bajo la luna.

–¡Ahora! –dijo Telémaco, saliendo de detrás del escondite de los sacos de grano–. ¡Conmigo, chicos!

Corrió por el muelle, seguido de sus tres compañeros, hacia la pasarela que conducía a la cubierta del Skamandros. Delante de él oía un coro de gritos. Se estaba llevando a cabo una lucha desesperada a bordo del buque de carga, pero, con el fuego rugiendo al otro lado del puerto, nadie les prestaba la menor atención. Telémaco agarró su falcata mientras subía corriendo por la pasarela, que se encontró bajada, y sus tres compañeros sacaron también sus propias espadas de las vainas ocultas y corrieron tras él.

Llegó a la cubierta de proa con unas cuantas zancadas más, y miró hacia la oscura masa de cuerpos que se apelotonaban unos con otros junto al palo mayor. Al resplandor de las llamas distantes, un pequeño grupito de marineros mantenía el terreno contra la partida de abordaje, defendiéndose con cabillas, bicheros y todas las armas improvisadas que habían podido conseguir. Estaban ofreciendo una lucha desesperada contra unos oponentes mejor armados, pero no sabían que cuatro hombres armados más corrían hacia ellos desde la cubierta de proa.

–¡Cogedlos! –rugió Telémaco.

Cargó hacia el marinero más cercano, un hombre achaparrado que sujetaba una lanza. En el último instante el marinero oyó el ruido de pisadas tras él y se dio la vuelta, encarándose con el pirata que lo atacaba. El hombre lo pinchó con la lanza, dirigiendo la punta hacia la garganta. Telémaco paró el ataque desesperadamente y respondió con una finta, pero el marinero se apartó fuera de su alcance antes de que pudiera asestarle un golpe con la falcata. Con un gruñido, el marinero lo atacó de nuevo. Esta vez Telémaco esquivó el ataque haciéndose a un lado, y luego se arrojó de costado para evitar la punta en forma de hoja, que silbó fieramente por el aire nocturno. Cogió el mango con la otra mano y tiró fuerte, haciendo que el marinero cayera hacia él. El hombre jadeó, sorprendido, y Telémaco le dio con el borde de la falcata en el torso, justo por debajo de las costillas, abriéndole una profunda herida. Unas manos temblorosas bajaron para tocarse los intestinos que sobresalían del agujero, y el hombre cayó de rodillas con la boca abierta, conmocionado.

En ese momento, Telémaco oyó vítores y, levantando la vista, comprobó que los marineros que quedaban estaban arrojando al suelo sus improvisadas armas y se rendían. Otros saltaban al agua, intentando escapar a los piratas. Pero no había tiempo para celebrar nada, ya que el ruido del ataque ya debía haber atraído la atención de las tripulaciones de otros barcos. Algunos de esos hombres corrían por el muelle, gritando con voces llenas de pánico a los auxiliares que estaban intentando apagar el fuego del almacén. Telémaco se volvió hacia sus hombres.

–¡Soltad las amarras! –aulló–. ¡Nos vamos! ¡Ahora mismo!

Una partida de hombres obedeció de inmediato y arrojaron las amarras por el costado, mientras otros agarraban los remos del buque y comenzaban a bogar para sacar al Skamandros del muelle. En cuanto estuvieron en aguas abiertas, Cástor gritó una orden, y a toda prisa el resto de piratas dejó las armas y corrió a ayudar con los remos, colocando la proa del barco en dirección a la boca de la bahía.

Telémaco miraba ansiosamente por encima del hombro cuando

empezaron a coger velocidad. Por aquel entonces, los soldados auxiliares y el resto de los marineros que estaban junto al almacén habían comprendido ya lo que estaba ocurriendo, y unas cuantas figuras diminutas subían a las murallas que protegían la ciudad, sus siluetas iluminadas por el brillo color albaricoque de las llamas. El fuego alumbraba el puerto y se reflejaba en el agua, que se mecía con suavidad, y varios de los piratas se apiñaron en la cubierta de popa para contemplar el espectáculo.

Uno de los vigilantes de la torre gritó un desafío al barco de carga capturado que atravesaba la bahía. Entonces Telémaco vio un brillo y un movimiento en la parte superior de las murallas, seguido rápidamente por el ruido característico de un lanzador de proyectiles. Sonó una fuerte salpicadura cuando el primer proyectil cayó a poca distancia de su objetivo, en el agua, justo por detrás del Skamandros. Telémaco se volvió en redondo y se enfrentó a Cástor.

–Pronto tendrán el alcance correcto. ¿No podemos ir más rápido?

El intendente negó con la cabeza.

–Los chicos reman todo lo rápido que pueden.

Telémaco murmuró una maldición para sí. Resonó una nueva serie de estampidos al otro lado de la bahía, y más proyectiles se arquearon, invisibles, a través del cielo oscuro. El siguiente disparo dio en la estela del barco, pero el tercero hizo blanco directamente en los hombres reunidos en la cubierta de popa, ensartando a dos de los atacantes. Gritos espantosos hendieron el aire nocturno cuando el proyectil cayó entre ellos, alojándose en la cubierta entre una horrible lluvia de astillas. La descarga continuaba, y el resto de tripulantes corrió por la cubierta buscando cobijo, en un desesperado intento de no sufrir el mismo destino que sus camaradas.

Telémaco notó un soplo de aire en la mejilla.

–¡Mantened la vela mayor izada! –gritó a Leito–. Usaremos la brisa para aumentar nuestra velocidad. ¡Corred!

Leito transmitió la orden, y todos los hombres que no estaban en los remos se repartieron a lo largo del penol, lo más rápido que pudieron, y soltaron las ataduras de cuero que sujetaban las velas de lino. Por debajo de ellos, en cubierta, los demás trabajaban frenéticamente halando las escotas, hasta atarlas a las barandillas laterales. La brisa llenó la vela con un sordo golpe y, bajo la presión, que iba en aumento, el Skamandros rápidamente cogió velocidad y su proa atravesó el agua hacia la entrada de la bahía.

Telémaco y Cástor miraron atrás, al puerto, al tiempo que varios estampidos más informaban de otra andanada de proyectiles, en un último intento de dar al Skamandros antes de que pudiera escapar. Pero estaban disparando ya fuera de su alcance, y cayeron en el agua tras la popa del buque, que ya alcanzaba la seguridad del mar abierto.

Los remeros lanzaron entonces vítores emocionados, mientras Telémaco les pedía que siguieran remando con fuerza para alejarse más aún. Cástor bajó a la bodega y reapareció momentos más tarde, sonriendo ampliamente.

–Toda la carga está aquí –dijo–. Una maldita fortuna en especias y marfil. Tal y como dijo el marinero del Artemis.

–¿Y suministros?

–El barco se ha aprovisionado hace poco, por lo que parece. Pan, agua, queso, barriles de cerdo salado... Mucho vino también.

Telémaco sonrió a su vez, sintiendo una enorme sensación de alivio. Su atrevido plan para apoderarse del Skamandros había funcionado. Con su parte doble del botín, estaba más cerca de poder comprar la libertad de su hermano. Mucho más cerca. Pero el plan había costado la vida de algunos de los hombres, se recordó amargamente. Y no estaban todavía a salvo. No del todo. No mientras permanecieran en la zona, con la guarnición en pie de guerra para alertar al resto de la costa de su presencia. Se volvió a Esciro.

–Reúne a un grupo de la tripulación de la presa. Te pongo al mando de este barco. Nos pondremos al pairo en cuanto lleguemos

a mar abierto. Y, cuando haya luz suficiente, rumbo a la Insula Pelagus.

–Sí, señor –replicó Esciro.

Telémaco miró al frente, hacia donde debía aguardarlos el Galatea, sonriendo para sí. Por primera vez desde que asumiera el mando, experimentó la emoción salvaje de dirigir a una curtida tripulación pirata en una razzia con éxito. Era una sensación de logro y de orgullo que iba más allá de cualquier otra cosa que hubiera conocido jamás. A su lado, Cástor le sonreía, mientras se frotaba las manos expectante.

–Esto es lo que yo llamo una buena expedición de captura –dijo–. Los hombres brindarán por ti esta noche.

Telémaco asintió y luego miró hacia atrás, hacia Flanona.

–Los chicos se han portado muy bien –dijo, al fin–. Ahora sólo tenemos que ocuparnos de ese hijo de puta de Héctor.

CAPÍTULO VEINTITRÉS

–Parece que somos los primeros... –Leito señaló la costa distante y Telémaco siguió su mirada, tapándose los ojos con la mano como visera, buscando alguna señal del Proteo y su tripulación.

El sol caía a plomo desde un cielo sin nubes, y soplaba una cálida brisa mientras el Galatea seguía el rumbo al punto de encuentro. En su estela, un par de dotaciones de presa conducían los dos barcos capturados, el Skamandros y un buque de carga más pequeño que habían interceptado volviendo desde Flanona. Este último lo habían apresado mientras luchaba contra una borrasca, por la costa, y no había tenido la menor oportunidad contra la embarcación pirata, mucho más rápida. Su cargamento de tela, cristal y cerámica samia conseguiría un precio muy decente entre los mercaderes de Petrapylae. Como a cada hombre le esperaba una cuota de los beneficios de los botines capturados, la tripulación estaba de muy buen humor, y parloteaba y reía mientras se dedicaban a cumplir sus obligaciones.

Geras examinó la costa vacía y frunció el ceño.

–¿Dónde está el Proteo? Héctor y los suyos deberían estar aquí ya.

–¿Quién sabe? –Telémaco se encogió de hombros–. Quizás han dado con otra patrulla naval. O quizá la última borrasca los haya empujado fuera de su rumbo.

–O quizás ese hijo de puta sencillamente quiere tenernos aquí esperando. Sería muy propio de él.

Telémaco suspiró con fuerza.

–De cualquier modo, no podemos hacer otra cosa que mantenernos al pairo y esperar a que llegue. Son las órdenes de Bulla.

–¿Y desde cuándo a Héctor le ha importado un pimiento seguir las órdenes? Pero, de todos modos, nosotros reiremos los últimos. Espera a que vea el botín que llevamos. Apuesto a que sus chicos no habrán apresado nada tan valioso como un cargamento entero de especias. Eso pondrá en su lugar a ese cabrón.

–Yo no estaría tan seguro. –Cástor apretó los labios.

–¿Qué significa eso? –preguntó Telémaco, volviéndose hacia el veterano pirata.

–Héctor lleva mucho tiempo en la tripulación. Mucho más que la mayoría. Quizá no sea un marinero tan hábil, pero es muy duro, y sabe sobrevivir. Han desafiado su autoridad montones de veces a lo largo de los años. En cuanto averigüe lo bien que nos ha ido, te verá como una amenaza. Fíjate lo que te digo.

Telémaco meneó la cabeza.

–Yo me limito a seguir órdenes. Al menos, Bulla estará contento.

–Intenta decirle eso a Héctor...

Geras bufó ruidosamente.

–Piratas. Más política que en la sociedad de debate ateniense. Francamente, yo lo único que quiero es llegar a la base con todo este botín. Hay suficiente para pagarnos bebida y mujeres durante meses.

–Para los otros chicos, quizá –remarcó Telémaco–. Yo dudo de que tu parte te dure tanto...

Geras lo miró, sonriente.

–Quizá no. Pero ¿qué sentido tiene capturar todo este botín si no puedes disfrutarlo?

Telémaco apartó la vista y continuó escuchando en silencio mientras Geras y los otros se enfrascaban en una emocionada discusión sobre cómo gastarían sus fortunas en cuanto volviesen a

Petrapylae. Sus propios pensamientos se volvieron hacia su hermano. Aun con su parte doble de los beneficios, quizá no tuviera el suficiente efectivo para comprar la libertad de Nereo. Según uno de los mercaderes con los que había hablado en Petrapylae, Décimo Rufio Burro tenía la reputación de ser duro a la hora de negociar, y Telémaco esperaba tener que pagar una suma elevada para liberar a su hermano. Una amarga frustración se apoderó de él. A pesar de sus esfuerzos, su hermano era todavía un esclavo a merced de su amo romano. A menos que pudiera capturar un botín mayor aún que el Skamandros, quizá nunca volviera a ver a Nereo.

* * *

Dos horas después, resonó un grito desde el palo mayor.

–¡Ah, de cubierta! ¡Vela a la vista, capitán!

Telémaco levantó la cabeza hacia el vigía.

–¿Qué es lo que ves, Longaro?

–Demasiado pequeño para ser un mercante, señor.

–Podría ser una patrulla romana –comentó Geras.

Telémaco negó con la cabeza.

–Lo dudo. Estarían muy lejos de la ruta comercial.

–Veo con más claridad ahora –dijo el vigía–. Lleva un gallardete negro. Parece el Proteo, señor.

–Ya era hora, joder. –Geras gruñó.

Telémaco asintió y se concentró en el horizonte. Habían recogido la vela mayor del Galatea, y se había colocado una trinquete para estabilizar la proa mientras surcaban las suaves olas. Una hora más tarde el gallardete negro quedó a la vista. El buque

pirata se acercaba. Se movía torpemente, oscilando sobre el mar calmo, y, cuando se volvió para dar la bordada final, Telémaco vio que había unido un palo al muñón roto del palo mayor. Una vela de repuesto, manchada y desgarrada, estaba izada de una manera irregular.

–Parece que ha sufrido daños –comentó Leito–. No me extraña que les haya costado tanto llegar hasta aquí.

Cuando el Proteo estaba a sólo una milla de distancia, un puñado de hombres bajaron cuidadosamente la vela y el palo. Entonces la tripulación comenzó a remar para acortar la distancia que quedaba hasta el Galatea, antes de ponerse al pairo, a unos cincuenta pasos de distancia. Unos momentos más tarde, un pirata apareció en la cubierta de proa y gritó a través de las olas.

–¡El capitán Héctor quiere hablar contigo, Telémaco!

Telémaco respondió, también a gritos, y luego se volvió a los oficiales del buque.

–Está bien. Será mejor que vaya a ver qué pasa. Arriad el esquife. Geras, conmigo. Leito, tú te quedas al mando hasta que yo vuelva.

El esquife se balanceaba mientras cubría el hueco entre los dos barcos. Telémaco iba sentado a popa, con Geras frente a él, y dos piratas más manejando los remos, propulsando la barquita hacia el Proteo. Cuando se hubieron colocado borda con borda de la galera, Telémaco dio la orden de que los hombres descansaran en los remos. Geras ató el bichero a la barandilla de la borda del Proteo y alguien les lanzó un cabo. Telémaco se puso de pie torpemente, esperó a que el bote subiera con las olas y se agarró del cabo, y entonces fue trepando por el costado del barco. Geras lo siguió con rapidez y se unió a él en cubierta, unos momentos más tarde.

Mirando a su alrededor, Telémaco pudo ver la extensión de los daños. Los obenques y escotas del Proteo se habían improvisado con numerosos empalmes, y algunas de las cuadernas que había en torno a la escotilla de la brazola estaban astilladas. Una cadena de hombres vaciaba cubos de agua por encima de la otra borda.

Seguían realizando sus obligaciones con expresión abatida, murmurando entre ellos.

–¿Qué ha ocurrido? –preguntó Geras al marinero que había arrojado el cabo.

–¿Y a ti qué cojones te parece? –repuso el hombre, en voz baja–. Nos atrapó una tormenta anoche. Nos partió el palo mayor, y se lo llevó.

Telémaco hizo una mueca.

–Nosotros pasamos por la misma tormenta. No parecía tan peligrosa. No lo suficiente para llevarse un mástil, vaya.

–Fue culpa del capitán –respondió el marinero, amargamente–. Se negó a recoger velas antes de que nos golpeara la tormenta. El viento nos empujó. Es un milagro que no volcásemos. Perdimos tres hombres, y los demás hemos estado achicando agua casi toda la noche.

–¿Y vuestra carga? –preguntó Telémaco.

El marinero se encogió de hombros, desanimado.

–Tuvimos que tirarla casi toda por la borda.

–Me imagino que Héctor no estará muy contento...

–Pregúntaselo tú mismo.

Hizo una seña hacia la pasarela que conducía al camarote de popa. El capitán del Proteo salía justamente de allí junto con un pirata alto y nervudo, con unos rizos oscuros y enmarañados veteados de gris. Telémaco lo reconoció vagamente como Virbio, el segundo de a bordo del barco.

Héctor frunció el ceño al marinero y este último salió corriendo, dejando a los cuatro hombres que hablaran con toda la privacidad que se podían permitir en aquella cubierta atestada. Héctor miró brevemente los dos barcos mercantes que flotaban junto al Galatea antes de fijar la vista en Telémaco.

–Iremos al grano –soltó–. El Proteo no está en condiciones de buscar más presas. Apenas se mantiene a flote.

–¿Y qué vas a hacer? –preguntó Geras.

–¿Qué puedo hacer? Pues lo llevaré de vuelta a Petrapylae para repararlo. Con este mástil improvisado apenas podremos volver de una pieza.

Virbio inclinó la cabeza hacia el Skamandros y el barco mercante más pequeño.

–Al menos tú has tenido algo de suerte.

–Nos ha ido bien –dijo Telémaco, volviéndose hacia Héctor–. Y no gracias a ti.

–¿Qué quieres decir, chico?

–Pues que sé a qué has estado jugando. –Telémaco miró fríamente al capitán del Proteo–. Hemos dado con uno de los barcos que tus hombres y tú saqueasteis el otro día. Sus supervivientes nos han contado toda la historia. No fuiste al sur. Has estado cazando presas en nuestra zona de operaciones, en contra de las órdenes.

Héctor sonrió arrogantemente y extendió los brazos.

–¿Y qué, si lo hemos hecho? Cualquier idiota podía ver que no tenía sentido ir hacia el sur.

–Has desobedecido las órdenes de Bulla.

–No tenía elección. Mis chicos y yo habríamos perdido semanas por allí antes de encontrar una maldita cosa.

–Díselo a Bulla cuando volvamos.

Héctor se rio.

–¿Y a quién piensas que creerá el capitán? Yo soy su segundo al mando. Confiará en mi palabra por encima de la tuya. Siempre. –Cruzó los brazos delante del pecho y sonrió.

Telémaco apretó las mandíbulas, airado, porque sabía que Héctor tenía razón. El segundo de a bordo tenía muchos aliados entre la tripulación, y Bulla no querría arriesgarse a provocarlos. Y mucho menos cuando su propia posición seguía bajo amenazas.

–Además –continuó Héctor–, si no hubiésemos ido a cazar al norte, no habríamos averiguado lo del convoy que se está refugiando no lejos de aquí.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué convoy?

–Hay tres barcos mercantes anclados en una bahía a medio día de navegación. Listos para ser saqueados.

–Y se supone que tengo que creer en tu palabra, ¿no?

Héctor negó con la cabeza.

–No, en la mía no. Dimos con unos pescadores ayer. Son los que nos contaron eso.

Geras lo miró de cerca.

–¿Qué dijeron?

–Aparentemente, un escuadrón naval sube y baja por la costa diciéndoles a todos los barcos que se dirijan a fondear en un lugar seguro hasta que nos hayan hundido o expulsado. Los pescadores decían que suponían que la bahía donde estaba el convoy no está defendida. El que los ataque podrá apoderarse de su cargamento.

–¿Y cómo sabemos que esos pescadores te estaban diciendo la verdad?

Héctor se encogió de hombros.

–Yo sólo te digo lo que sé.

–Si esos barcos son un blanco tan fácil, ¿por qué no has ido tú a por ellos ya? –preguntó Telémaco.

–Íbamos a ir –replicó Virbio, con voz ronca–. Estábamos planeando un reconocimiento de la bahía cuando nos cayó encima esa maldita tormenta. No podemos ir ahora, de ninguna manera, con el Proteo en este estado. Pero nada te impide ir a ti.

–¿Y dónde está exactamente esa bahía?

–A no más de treinta millas al norte por la costa desde aquí –dijo Héctor–. Debería ser fácil de encontrar. Podrías ir a explorar y ver si vale la pena atacar o no. –Hizo una pausa momentánea–. Yo me ocuparé de los barcos que has capturado y me los llevaré de vuelta a Petrapylae conmigo.

Geras se echó a reír.

–¡Una mierda! ¿Por qué íbamos a acceder a eso?

Héctor lo miró con dureza.

–Debes de pensar que nací ayer –continuó Geras–. Antes morir que entregarte nuestro botín.

Héctor se encogió de hombros, indiferente.

–Haz lo que quieras. Por supuesto, si no te gusta, puedes volver con nosotros. Y entonces le explicas a Bulla por qué has dejado escapar esos botines tan jugosos.

Telémaco se frotó la mandíbula, pensando su respuesta. Sospechaba de los motivos de Héctor, y sabía que existía una posibilidad razonable de que el segundo de a bordo los estuviera engañando. El informe podía no ser otra cosa que una estratagema destinada a engañarlos para que le entregaran el botín que tanto les había costado ganar. Pero, por otra parte, era posible que Héctor estuviese diciendo la verdad. Si los tres barcos mercantes estaban realmente refugiados en el norte, las posibles riquezas que ofrecían eran demasiado importantes como para ignorarlas. Un asalto relámpago a una bahía sin protección podría fortalecer aún más su reputación. Y, con los beneficios extra de los mercantes saqueados, podría finalmente ser capaz de comprar la libertad de su hermano.

Asintió mirando a Héctor.

–Bien. Lo haremos –decidió.

Héctor sonrió.

–Informaré a Bulla en cuanto volvamos a la base. Le diré que va a venir más botín a continuación.

Virbio se fue a toda prisa hacia el alojamiento del capitán y volvió con un mapa de papiro. Héctor lo extendió y señaló la ubicación de la bahía. Un rato después, Telémaco bajaba al esquife con Geras para volver al Galatea, donde dio la orden de colocarse al costado del Proteo para transferir parte de la carga al barco de mayor tamaño. Quería que su barco fuese lo más ligero posible, por si había que perseguir a los mercantes, y, como la tripulación de Héctor había arrojado la mayor parte de su carga al mar, necesitaban urgentemente provisiones adicionales. Quedó una modesta cantidad de vino y comida en la bodega del Galatea, junto con los útiles de pesca del barco de caballas usado al atacar Flanona. El equipo les sería útil si existía la oportunidad de complementar sus raciones.

Mientras los piratas cumplían las órdenes, Geras se unió a Telémaco junto al mástil. Tenía una expresión atribulada, mientras contemplaba a los hombres llevar barriles de buey salado a través de la cubierta, hacia el Proteo.

–¿Es prudente esto? –dijo–. No confío en Héctor.

–Yo tampoco –respondió Telémaco–. Pero no tenemos elección. Aparte del Sakamandros, apenas hemos encontrado buques que valieran la pena. Si hay algo más de botín por ahí, no podemos ignorarlo.

–Quizá –concedió Geras–. Pero no es propio de Héctor ayudarnos. Ese hijo de puta traidor no levanta jamás un dedo a menos que gane algo él personalmente. ¿Y si lo que intenta es quedarse él con el mérito de haber cogido el botín que hemos capturado nosotros?

–Ya lo arreglaremos cuando volvamos a puerto.

–¿Y si Bulla se pone de su parte? ¿Qué haremos entonces?

Telémaco suspiró, cansado.

–Mira, no podemos preocuparnos de lo que Héctor haga o deje de hacer. Nuestras órdenes son capturar todo el botín que podamos. Eso significa dirigirnos hacia el norte y, al menos, reconocer esa bahía. Parece prometedor. Puede ser la oportunidad de nuestra vida.

–¿Y si nos parece sospechoso?

–Pues nada, nos volvemos a la base inmediatamente. Sea como sea, no puede hacer daño alguno echar un vistazo más de cerca.

Geras accedió, dudoso aún.

–Como desees.

–Bien. –Telémaco estiró la espalda–. En cuanto hayamos acabado de transferir la carga, quiero que las tripulaciones de presa de ambos barcos vuelvan al Galatea. Que Héctor ponga sus propias tripulaciones. Y luego nos dirigiremos hacia la bahía. Mañana a estas horas podemos ser ricos.

–Ojalá tengas razón, capitán.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

–Deberíamos llegar a la entrada de la bahía dentro de una hora, con este viento favorable –comentó Cástor, señalando hacia el cabo.

El primer atisbo del amanecer ya relucía en el horizonte, por el este, conforme el Galatea iba acercándose a la costa. Habían bajado el gallardete para reducir las posibilidades de alertar a cualquier vigía que hubiese en el cabo, y los hombres elegidos para la partida de desembarco estaban apiñados bajo la cubierta, dispuestos para atacar al oír la señal. Sólo unos pocos piratas permanecían visibles, vestidos con túnicas sencillas para hacerse pasar por marineros de un barco mercante. Telémaco estaba entre ellos, escrutando la abertura de la bahía más allá del cabo, buscando cualquier señal de los buques de carga fondeados. Todavía estaban demasiado lejos para distinguir nada, excepto la pálida sombra de las montañas distantes.

El Galatea había llegado a la zona la noche anterior, y se mantuvo al pairo unas pocas millas más abajo, junto a la costa. Bajo la luz desfalleciente, Telémaco ordenó a Cástor que condujera a una pequeña partida de hombres en el esquife a reconocer la bahía. El intendente había vuelto unas horas más tarde contando que habían visto tres barcos, sus cascos oscuros iluminados por varios fuegos pequeños en la playa. En la oscuridad les había sido imposible distinguir más detalles, pero Telémaco se había quedado satisfecho al ver que la información que supuestamente había recibido Héctor de los pescadores era correcta. Lo único que quedaba era decidir cómo aproximarse para que el Galatea pillara por sorpresa a los tres mercantes.

A medida que iba oscureciendo, explicaba el plan a sus hombres. Después de cenar un poco de pan, queso y buey seco, se habían acostado en cubierta para intentar conciliar el sueño. Quería que estuvieran alimentados y descansados antes de lanzar el ataque a los prevenidos mercantes la mañana siguiente.

–Desde aquí parece que todo está bastante tranquilo –comentó

Geras, estirando el cuello para mirar hacia la bahía–. Al final Héctor tenía razón, después de todo.

Telémaco asintió.

–Entonces ruego a los dioses que sonrían a mi plan.

–No tienes por qué preocuparte, capitán –dijo Cástor–. Tenemos un aspecto bastante inofensivo. Esos mercantes no sospecharán nada..., hasta que sea demasiado tarde. Además, si sospechan, nos daremos la vuelta y saldremos huyendo. El Galatea fue construido para la velocidad. Seremos capaces de escapar a cualquier peligro.

–Espero que tengas razón.

Telémaco sonrió gravemente, y desvió su atención a la bahía que tenían delante. Su plan dependía de poder acercarse a los tres buques de carga sin que sus tripulaciones dieran la alarma. Desde la distancia, esperaba que el barco pirata pasara por un barco inocente. Con el Galatea bloqueando la única vía de salida de la bahía, no tendrían escapatoria. La captura de tres barcos mercantes más remataría un viaje afortunado y seguramente acallaría cualquier amenaza de motín contra el capitán Bulla.

Conforme se acercaban al cabo, Telémaco podía oír las especulaciones de los hombres sobre cómo gastarían su parte del botín en cuanto volvieran a la base, y pensó en la diferencia entre él mismo y su tripulación. Mientras ellos no dedicaban pensamiento alguno a nada, más allá del futuro inmediato, contentos con derrochar su dinero en jarras de vino barato y apuestas a los dados, él vivía motivado por un propósito mucho mayor: comprar la libertad de Nereo. Pero también le impulsaba algo más, pensó en un raro momento de reflexión: el deseo de probarse a sí mismo, de demostrarse que era un comandante pirata de valía. El éxito de la misión y la emoción de la captura de las presas le importaban más que las posibles riquezas que se encontraran.

El viento arreció, y el Galatea aumentó la velocidad. Ya estaban junto al cabo. Ahora Telémaco podía ya ver plenamente los tres buques fondeados a una media milla de distancia, por debajo de los

acantilados. Uno de los barcos era más pequeño que los otros dos, y tenía una popa muy ornamentada y una vela latina. Los más grandes estaban anclados uno a cada lado, con sus oscuros cascos reflejándose en la temblorosa superficie. Ambos tenían dos filas de remos, y unos espolones de bronce brillantes se extendían desde sus proas.

El color desapareció de la cara de Leito.

–Mierda...

–Ésos no son barcos mercantes, capitán –gruñó Geras–. ¡Son buques de guerra romanos!

De repente, una hilera de figuras, como hormigas, apareció en las cubiertas de los dos birremes, con cascos y armas que relucían intensamente bajo el sol de la mañana despejada. Hubo un súbito remolino de actividad, los soldados ocuparon sus puestos, y un puñado de romanos armados con arcos se reunió en las cubiertas de proa. Entonces sacaron los remos y se levantaron las anclas, y los dos birremes se dirigieron rectos hacia el Galatea.

–No lo entiendo –dijo Leito–. ¿Cómo hemos podido no verlos?

Cástor meneó la cabeza amargamente.

–No estaban ahí anoche cuando exploramos el sitio. ¡Lo juro!

Basso, el potente tracio, miró más allá de los birremes y se volvió a Telémaco, con los ojos desorbitados de horror.

–¿Qué vamos a hacer, capitán?

Telémaco miró los birremes un momento más, con los dientes apretados de ira. De inmediato, llamó al timonel.

–¡Da la vuelta!

–¡Sí, señor!

El timonel levantó la caña del timón por el costado de estribor, haciendo girar la proa y apartándola de los birremes que

avanzaban. Varios marineros subieron a toda prisa a las jarcias para eliminar los últimos rizos, y uno de los hombres lanzó un grito:

–¡Dos barcos más se acercan a toda velocidad capitán! –chilló, apuntando hacia la entrada de la bahía.

Telémaco miró hacia el otro lado. Efectivamente, otro par de navíos de guerra daban la vuelta por el otro lado del cabo: un tercer birreme y un barco mucho más grande que identificó enseguida como trirreme. Un largo gallardete color morado flotaba en la punta del mástil, y en él habían colocado catapultas a proa y a popa. Los hombres que estaban en la bodega habían oído la algarabía de cubierta, y Telémaco supo que una oleada de alarma rápidamente se extendía entre la tripulación mientras los romanos completaban la trampa. Geras estaba de pie a su lado, meneando la cabeza, incrédulo.

Telémaco miró hacia atrás, a los dos buques de guerra que pasaban junto al cabo, y supo de inmediato que no había esperanza alguna de escapar. Con el Galatea rodeado, sólo era cuestión de tiempo que los romanos los atrapasen y saltasen a cubierta. Podía contar con que sus hombres presentarían una lucha encarnizada, pero eran demasiado pocos para mantener a raya al enemigo mucho rato. Lo único que podían hacer era acabar con el máximo número de romanos antes de verse derrotados.

–Sería mejor dar la orden de que los hombres formasen en cubierta –dijo Geras, en tono grave.

Telémaco asintió. Estaba a punto de gritar la orden a los piratas que seguían en la bodega, pero de repente se quedó paralizado. Su mente se había disparado; una idea había aparecido. Un plan que podía evitar el desastre y salvar a su barco del peligro. Se puso las dos manos en torno a la boca y llamó a cubierta:

–¡Poneos al pairo! ¡Aferrad las velas!

Basso se quedó mirando a su comandante, horrorizado.

–¿Qué cojones estás haciendo? Tenemos que escapar mientras todavía tenemos oportunidad.

Telémaco negó con la cabeza.

–No conseguiríamos jamás salir de la bahía.

–Pero no podemos quedarnos aquí. ¡Nos matarán!

–No, si creen que no somos piratas.

Varios de la tripulación lo miraron, interrogantes. Telémaco agitó una mano hacia la escotilla de carga, y luego continuó:

–Todavía tenemos todos los avíos de pesca del barco de caballa –explicó–. Esconderemos las armas y al resto de los chicos que están abajo, y fingiremos que somos pescadores.

–Pero no puedes hablar en serio, joder –farfulló Basso–. ¿Y si se dan cuenta?

–No, no se darán cuenta. Es la única oportunidad que tenemos de salir de esto con vida. –Telémaco miró desafiante al tracio–. A menos que tengas una idea mejor, claro...

Basso se lo quedó mirando, y no replicó. Telémaco se apartó de él y comenzó a repartir instrucciones a los hombres. La tripulación trabajaba rápido, pasando a toda prisa las ligeras redes, las cestas de mimbre y los sedales de pesca almacenados en la bodega. A una orden de Geras, dos de ellos cubrieron la abertura de la bodega con una lona atada en las cornamusas, escondiendo así de la vista a los piratas ocultos en la bodega, mientras los que estaban en cubierta ocultaban las marcas de sus brazos con brazaletes de cuero, mantos y túnicas de manga larga que sacaron del baúl del barco. Cuando acabaron, Telémaco los miró satisfecho, pues ciertamente la tripulación podía pasar por pescadores. Entonces dio la orden de que el Galatea se mantuviera al pairo, y los piratas se prepararon para esperar a que se acercaran los buques de guerra.

Los dos birremes ya estaban ante ellos; bajaron los remos mientras era el trirreme el que se acercaba al buque pirata. El cuarto barco bloqueaba la salida a mar abierto. Cuando el buque de guerra se encontró a distancia de llamada, guardó los remos y unos hombres se subieron a las jarcias para aferrar la vela. Unos

momentos más tarde, una figura con una armadura brillante apareció en la cubierta de proa, con un altavoz de latón en la mano. A su lado, los marineros romanos echaban atrás los brazos de la catapulta montada en la proa, dispuestos a convertir el barco pirata en un montón de astillas a la menor provocación.

–¡Eh, vosotros! –llamó la figura en latín–. ¡Identificaos!

Aunque Telémaco había crecido en las calles de El Pireo, sabía algo de latín por los marineros de los barcos romanos que frecuentemente atracaban en el puerto, y tenía la confianza suficiente para responder en la lengua del Imperio. Cogió aire con fuerza y replicó:

–¡No disparéis! ¡Somos pescadores! ¡Tripulación del Galatea!

Hubo una pausa mientras el oficial del altavoz consultaba con sus subordinados. Entonces se volvió hacia el barco pirata.

–¡Esperad ahí! Voy a enviar un bote. Cualquier artimaña, os hundimos.

Alguien gritó una orden, y varios hombres tiraron de la polea unida a la gabarra del buque de guerra para bajarla. Mientras cuatro marineros preparaban los remos, un par de oficiales descendieron por la escalerilla de cuerda y se colocaron en los asientos de popa. Telémaco vio que el bote partía, y la pequeña embarcación osciló mientras se acercaba al Galatea.

–El momento de la verdad –murmuró Geras.

–Ha sido una mala idea –dijo Basso, con un pánico creciente en la voz–. Nos pillarán, lo sé, maldita sea.

Telémaco fulminó con la mirada al tracio.

–¡Cállate! Y lo mismo digo a los demás. Dejad que hable sólo yo.

Cuando el bote llegó al lateral del Galatea, lanzaron una escala de cuerda. Los dos romanos subieron y se quedaron de pie en la inestable cubierta con la mayor dignidad que pudieron. Uno de

ellos enderezó la espalda y se adelantó. Era un hombre alto y esbelto, fornido, y la cresta de su casco indicaba que era un oficial. Tenía el aire inconfundible de arrogancia de un romano de buena cuna. Telémaco lo reconoció al instante.

–Canis –susurró.

Notó un pinchazo de ansiedad al recordar que había visto al prefecto de la marina imperial a bordo del Selene unas semanas antes. Telémaco entonces era un simple grumete, y Canis no se había fijado en él. Pero si el prefecto lo reconocía ahora, despertaría sus sospechas. La noticia de la captura del Selene sin duda habría llegado al cuartel general naval de Rávena, junto con detalles de la captura o muerte de todos sus marineros. La visión inesperada del grumete como tripulante de un barco de pesca resultaría difícil de explicar.

El prefecto se aclaró la garganta.

–Me llamo Cayo Munio Canis, prefecto de la flota de Rávena. ¿Quién es el capitán de este barco?

–Soy yo –dijo Telémaco, manteniendo la capucha del manto subida, tapándole la cabeza. El largo periodo que había pasado en el mar había modificado su aspecto, bronceando su piel y añadiendo músculos a su cuerpo, antes delgaducho. La rala barba de su rostro se había espesado y ahora era una barba de verdad, que cubría las cicatrices nudosas de su barbilla. Aun así, temía que Canis pudiera reconocerlo, y ofreció una plegaria silenciosa a los dioses mientras se inclinaba ligeramente ante el romano–. Capitán Telémaco a tu servicio, señor.

Canis lo miró con curiosidad.

–¿Telémaco, dices? Me resultas familiar... ¿Nos conocemos de antes?

Telémaco miró inexpresivo al prefecto.

–No, la verdad es que no.

–¿Qué edad tienes?

–Diecisiete, señor.

–Un poco joven para ser capitán, ¿no?

–Es el barco de mi padre, señor. Me hice cargo de él cuando murió.

Canis lo miró un momento más.

–Quizá no os importe explicarnos qué hacéis en estas aguas.

–Mis hombres y yo venimos a pescar, señor. Hemos oído que aquí puede haber buenos bancos de caballas. Pensábamos que podríamos probar suerte.

–Ya veo. –Canis miró la pila de útiles de pesca junto al mástil–. ¿Sois conscientes de que se han visto piratas por esta zona de la costa, en días recientes?

–¿Piratas, señor? –repitió Telémaco, fingiendo ignorancia.

–Llevan meses amenazando esta parte del Adriático. De hecho, interceptamos uno de sus barcos en esta bahía hace unos días. Mis hombres fueron muy rápidos y se ocuparon de ellos.

Canis señaló con un brazo hacia la costa.

Guiñando mucho los ojos a la pálida luz de primera hora de la mañana, Telémaco pudo discernir apenas una larga fila de estacas de madera plantadas en el suelo, con varias cabezas empaladas en las puntas afiladas. No consiguió dominar un escalofrío.

Canis sonrió fríamente al ver su reacción.

–Estamos esperando aquí a atrapar a los demás, cuando vuelvan.

–¿Los otros?

Canis asintió.

–Dos de sus barcos estaban en el mar cuando atacamos. Mis

vigías han visto vuestra vela y han asumido que erais una de las tripulaciones, ya de vuelta. Pero ha resultado que es el primer barco no hostil que encontramos en días...

–¿Entonces no hay muchos barcos por aquí?

Canis se rio amargamente.

–Decir eso es quedarse muy corto. Los piratas han estado saqueando todo este trecho de costa, desde aquí hasta Ortopla, y ningún barco mercante se ha arriesgado a salir al mar desde hace semanas. Francamente, me sorprende que no lo hayáis oído. ¿De dónde decís que sois?

–No lo he dicho, señor. Somos de... Colento.

–¿Colento? Eso está muy lejos para que vengáis sólo a pescar.

Telémaco pensó deprisa.

–No hemos tenido mucha suerte faenando cerca de casa, señor.

La mirada suspicaz siguió presente en la cara del prefecto un momento más, pero luego su expresión cambió.

–Entonces deberíais dar gracias a los dioses de no haber topado con ningún pirata de camino. Se están envalentonando cada vez más, especialmente ahora que las vías marítimas se vacían de barcos mercantes.

–¿Ah, sí, señor?

–Sí, claro. Esas sabandijas tienen que arriesgar, y algunos de ellos incluso han recurrido a expediciones de captura. Hace sólo unos días robaron un valioso buque de carga en el puerto de Flanona. Pero, aun así, sólo es cuestión de tiempo que descubramos dónde se esconden. Y, en cuanto lo hagamos, iremos hasta allí y los exterminaremos a todos, hasta el último. Sin escapatoria... Sin misericordia. Esa escoria lamentará haber desafiado a Roma. –La férrea expresión de determinación en los ojos del prefecto ponía nervioso a Telémaco.

–Muy bien, señor –dijo Geras, tras un momento de silencio–. Ya es hora de que alguien les dé una lección a esos piratas. Se merecen ser crucificados, todos ellos.

–Pues sí. –Canis miró a Geras y luego hizo una seña a Telémaco, muy tieso–. Sois libres de seguir vuestro camino, capitán. Te sugiero que encuentres un fondeadero seguro para la noche y vuelvas a Colento tan pronto como puedas. Todavía existe el riesgo de que os encontréis con esos piratas. Es mejor permanecer en puerto hasta que nos ocupemos de ellos.

–Sí, señor, por supuesto. Eso es lo que haremos. Volveremos a casa en cuanto hayáis terminado aquí.

Canis enderezó la espalda y se volvió para irse. Se detuvo junto a la barandilla, recordando algo.

–Una cosa más, capitán...

–¿Señor?

–Los piratas que atacaron Flanona. El propietario del barco de carga que robaron resulta que es un buen amigo mío, de modo que doy una recompensa por cualquier información que conduzca a su captura.

–¿Cuánto, señor? –preguntó Geras.

–Diez mil sestercios. Me propongo dar ejemplo especialmente con ellos, cuando los capture. Su insolencia no quedará sin castigo. Si oís algo, aseguraos de transmitirlo a la flota.

Telémaco tragó saliva.

–Claro, lo haré, señor.

–Procurad hacerlo.

El prefecto volvió a saludar y descendió por el costado hasta el esquife que lo esperaba. Telémaco vio la diminuta embarcación oscilar arriba y abajo mientras se dirigía al trirreme. A su lado, Geras dio un enorme suspiro de alivio.

–Qué cerca hemos estado. Pensaba que nos habían pillado.

–Yo también –replicó Telémaco muy bajo, mientras apartaba la vista del trirreme–. Todo esto es obra de Héctor. Sabía que la marina romana estaba aquí. Ese hijo de puta nos ha tendido una trampa.

–Ya sabía yo que no teníamos que haber confiado en él –susurró Geras. Meneó la cabeza, furioso–. Y se ha apoderado de nuestro botín. Apuesto a que ya está de vuelta en la base, llevándose todos los méritos.

–No por mucho tiempo. –Telémaco se volvió hacia su camarada–. Sácanos de aquí, Geras. Pondremos rumbo a Petrapylae nada más apartarnos de la costa. En cuanto volvamos, llegará la hora de la verdad...

CAPÍTULO VEINTICINCO

La oscuridad empezaba a caer sobre la bahía cuando el Galatea ponía rumbo lentamente hacia Petrapylae. En la cubierta, la tripulación llevaba a cabo sus tareas con un silencio cansado. Aquella huida casi milagrosa de las garras de la marina imperial les había puesto los nervios de punta, y muchos de ellos sencillamente se sentían aliviados de volver a la relativa seguridad de la ciudadela. Sólo una vez hubieron salido del cabo finalmente su ansiedad empezó a desvanecerse.

–Parece que han trabajado muy duro –dijo Geras, uniéndose a Telémaco y a Cástor en la cubierta de proa. Señaló más allá de la proa, a la masa de rocas que se extendía desde un extremo de la estrecha playa.

Bajo la escasa luz, Telémaco apenas podía distinguir las mejoras realizadas en las defensas de la ciudadela. Habían reparado la dañada pared de mampostería que rodeaba el pequeño pueblo, y se había montado un enorme lanzador de proyectiles sobre una plataforma de madera, situada por encima de la torre de vigilancia que dominaba la bahía. Parecía que se estaban construyendo varias plataformas más a lo largo de la ciudadela para llevar más piezas de artillería, dispuestas para hundir cualquier barco hostil que se acercase.

–Impresionante –reconoció–. Pero teníamos temas mucho más inmediatos de los que preocuparnos que un ataque de los romanos, me parece a mí.

Geras le lanzó una mirada interrogante.

–¿Quieres decir el asunto insignificante de que Héctor ha intentado matarnos a todos?

–No, no es sólo eso –Telémaco bajó la voz para que el resto de la tripulación no lo oyese–. Ya has oído lo que ha dicho Canis. Apenas queda comercio en esta parte del Adriático. Y la cosa se va a

poner peor. Si sólo un puñado de capitanes mercantes se arriesga a salir al mar, nos resultará mucho más difícil encontrar cualquier tipo de presa.

–¿Y qué? Ya encontraremos nuevas aguas que recorrer.

–Pero ¿dónde? Bulla ya nos comentó que hay demasiada competencia al sur.

–No lo sé. Ése no es nuestro problema, ¿no? –suspiró Geras–. ¿Qué vas a hacer con lo de Héctor?

–Nada –replicó Telémaco–. En cuanto Bulla averigüe que nos ha mentido y ha desobedecido sus órdenes, Héctor estará acabado.

–Yo no estaría tan seguro –dijo Cástor–. Ya se ha librado antes.

–Esta vez no. No se saldrá con la suya, lo juro.

Se vieron interrumpidos por un grito del vigía.

–¡Señales de la torre de vigilancia!

Telémaco miró hacia allí, en el cabo. Una tira de tela de color oscuro flotaba en la suave brisa, en el mástil.

–Es la petición de santo y seña –dijo, volviéndose a Geras–. Haz la señal de reconocimiento.

–Sí, capitán.

Geras chilló una orden y al momento el gallardete del barco subió hasta el palo mayor, identificándose a los vigías de la ciudadela.

La oscuridad aumentaba, mezclándose con las montañas negras en la distancia, con el Galatea en la bahía. En la estrecha franja de guijarros que quedaba directamente por encima de la costa, Telémaco vislumbró las formas oscuras de tres barcos varados en la playa. El Proteo estaba volcado de lado, seguramente por estar siendo reparado, apuntalado con soportes de madera. El par de barcos mercantes capturados por Telémaco y sus hombres estaban

situados junto a la galera estropeada por la tormenta. Una fría rabia se extendió en su interior ante la visión del mercante, y juró a los dioses que se vengaría de Héctor, costara lo que costase.

Ya cerca de la playa, Geras gritó una serie de órdenes. Mientras el resto de la tripulación se reunía en la popa para que la proa se levantara, una pequeña multitud de figuras emergió de la ciudadela por el camino de grava para saludar a los recién llegados. Telémaco buscó a Héctor entre ellos, pero en la oscuridad y a aquella distancia no podía distinguir los rasgos. Se oyó un ruido discordante cuando la quilla se levantó un poco, y luego el barco tembló y se detuvo. Echada el ancla y asegurado el navío, Telémaco y su tripulación bajaron por la pasarela y se dirigieron hacia la partida que se había acercado a recibirlos, que los esperaba a corta distancia por encima de la playa. Bulla iba a la cabeza de la multitud, con aire confundido. Héctor se encontraba a su lado, se fijó Telémaco. El segundo de a bordo clavó su mirada fría y penetrante en el capitán del Galatea. Su expresión no daba a entender nada.

La cansada tripulación del Galatea iba desembarcando, de camino a un terreno más firme. Bulla se adelantó de la comitiva

–¡Telémaco! Debo reconocer que es una sorpresa. Héctor calculaba que habrías caído presa de los romanos.

Telémaco miró rápidamente al segundo de a bordo del Tridente, con la mandíbula contraída. Se esforzó por controlar su ira, y volvió la vista al capitán pirata.

–Estabas mal informado, capitán.

–Eso parece. Bueno, no importa. Tu tripulación y tu barco están a salvo, eso es lo principal. Has vuelto justo a tiempo para la celebración, por suerte.

–¿Celebración? –farfulló Telémaco.

Bulla hizo un gesto hacia el par de mercantes embarrancados junto al Proteo.

–Héctor ha vuelto con una pequeña fortuna en botín.

Telémaco se mordió la rabia y meneó la cabeza.

–Héctor te ha mentido, capitán. Esos botines son nuestros. Los capturamos mis hombres y yo.

Bulla arrugó sus rasgos con una sonrisa desconcertada.

–¿De qué estás hablando?

–Héctor nos traicionó, señor. En nuestro punto de reunión de la Insula Pelago. Nos contó un cuento de que había un convoy de mercantes escondidos en una bahía, y se marchó llevándose nuestro botín. Cuando llegamos a la bahía, dimos con un escuadrón de la marina imperial. Casi nos matan a todos.

–¡Este chico miente, señor! –gruñó Héctor–. La carga es nuestra. Pregúntale a cualquiera de mis hombres, y ellos te dirán lo mismo.

–Yo respaldo lo que él dice, capitán –intervino Virbio, colocándose junto a Héctor–. Yo estaba allí. Este chico es un mentiroso.

Bulla miró rápidamente a su segundo al mando, y después se volvió a Telémaco con expresión sorprendida.

–¿Por qué, en nombre de Neptuno, iba a querer tenderte una trampa Héctor?

–Perdió gran parte de su carga en una tormenta –explicó Telémaco con calma–. La misma que dañó tanto su barco, señor. Uno de sus hombres nos habló de todo ello cuando llegamos al punto de encuentro. Héctor no quiso volver aquí con las manos vacías, así que tramó un plan para librarse de nosotros y reclamar las mercancías que habíamos conseguido nosotros como suyas.

–¡Estupideces! –exclamó Virbio–. ¡Eres un cabrón mentiroso!

Bulla lo ignoró e inclinó la cabeza hacia Telémaco.

–¿Tienes alguna prueba que apoye tus afirmaciones?

–Uno de mis hombres estaba conmigo entonces. –Telémaco señaló a Geras–. Él respaldará todo lo que yo digo.

–Es verdad, capitán –aseguró Geras–. Héctor nos condujo a una trampa. Si no hubiera sido por el rápido ingenio de Telémaco, los romanos habrían acabado con nosotros.

Bulla se lo quedó mirando un momento, y luego se volvió hacia Héctor.

–¿Y bien? ¿Es verdad?

El segundo de a bordo bufó con desdén.

–Por supuesto que no, señor. Yo no sé nada de ningún escuadrón imperial, lo juro. Simplemente les dije lo que había oído decir. No es culpa mía que la información resultase estar equivocada.

–Eso parece justo –dijo Bulla, después de una pausa. Dirigió su astuta mirada de nuevo a Telémaco–. No puedes hacer responsable a Héctor de que su información fuera incorrecta. Quizá deberías haber explorado adecuadamente la bahía antes de poner en peligro temerariamente tu barco y a tu tripulación.

–Yo sé lo que ocurrió, señor –dijo Telémaco–. Héctor me mintió. Dame la oportunidad, y lo obligaré a reconocerlo, delante de toda la tripulación.

Los ojos de Héctor se abrieron mucho, furiosos.

–¡Nunca! No voy a reconocer nada ante ti, pedazo de mierda.

–¡Ya basta! –rugió Bulla–. ¡Los dos!

Los dos comandantes se quedaron callados. Bulla se puso tenso y se aclaró la garganta.

–Tu acusación es grave, Telémaco. Aseguras que Héctor os ha traicionado. No hay nada peor que un hombre que conspira para

enviar a sus camaradas a la muerte. Pero la decisión de lo que se debe hacer sigue siendo mía. De acuerdo con nuestras normas, acusador y acusado dirimirán su disputa con la espada. Una lucha a muerte.

Un silencio enorme descendió sobre la playa. La sorpresa momentáneamente relampagueó por la cara de Héctor, y luego sus gruesos labios se retorcieron en una sonrisa maligna.

–Por mí estupendo, capitán. Estoy ansioso por destripar a ese desgraciado.

–¿Telémaco? –Bulla miró con dureza al joven comandante–. ¿Quieres retirar la acusación? Te doy una última oportunidad...

Telémaco intentó no parecer nervioso cuando replicó:

–No, capitán, yo mantengo mis palabras.

Bulla saludó brevemente a ambos hombres.

–Entonces, está decidido. La pelea tendrá lugar mañana por la mañana, al amanecer. Daré las instrucciones a uno de los oficiales para que haga los preparativos necesarios. Mientras tanto, volved a vuestros aposentos. No quiero que haya ningún problema por parte de ninguno de los dos hasta el duelo.

Se volvió en redondo y avanzó por el camino. La multitud se dispersó lentamente, y las conversaciones empezaron a girar en torno al duelo del siguiente amanecer, mientras se dirigían todos a la ciudadela. Geras se los quedó mirando un rato y luego se volvió de frente hacia Telémaco. Su rostro mostraba una expresión de honda preocupación.

–Espero que sepas lo que estás haciendo.

–¿Qué otro remedio tenía? Es la única forma de solucionar las cosas entre nosotros.

–Quizá –dijo Cástor–. Pero Héctor no va a ser un contrincante fácil. Quizá sea inútil como marinero, pero se maneja bien en una pelea. No me gustaría nada tener que enfrentarme a él.

Telémaco levantó la vista justo entonces. Héctor se acercaba a ellos, con los labios separados en una sonrisa malvada.

–Serás hombre muerto mañana. Espera y verás. No podrás escapar esta vez, chico.

Telémaco se mantuvo firme y respondió a su mirada amenazadora.

–No te tengo miedo, Héctor.

El segundo de a bordo rio. Sus gruesos y carnosos músculos se retorcieron.

–Entonces es que eres un idiota. Yo ya luchaba con la espada cuando tú estabas aprendiendo a andar. Mañana te voy a arrancar el corazón.

–Eso ya lo veremos.

–Sí, lo veremos. –Héctor sonrió mientras se acercaba a él un paso–. Tendrás una bonita y lenta muerte, te lo aseguro. Lamentarás el día que te cruzaste en mi camino.

CAPÍTULO VEINTISÉIS

Los piratas se reunieron en la plaza principal cuando la pálida aurora teñía el cielo. Telémaco se acercaba a la muchedumbre sumida en las sombras con una angustiosa sensación de miedo que le invadía como ácido en las entrañas. Habían enviado a Geras a buscarlo en su camastro, y ahora éste caminaba junto al capitán del Galatea. Según las normas que Bulla había explicado la noche antes, las partes en conflicto habían quedado confinadas en su alojamiento hasta la hora de la pelea, y tenían que llegar separadamente al lugar señalado. Telémaco había pasado gran parte de la noche despierto en su jergón, incapaz de relajarse, contando los momentos que faltaban hasta su duelo con Héctor. Casi fue un alivio cuando llegó Geras, poco antes de las primeras luces.

–¿Qué tal te encuentras? –le preguntó su amigo en voz baja.

Telémaco forzó una sonrisa.

–Nunca me he encontrado mejor.

–Así me gusta. –Geras señaló con la cabeza hacia la multitud–. Recuérdalo. La mayor parte de esta gente odia a Héctor casi tanto como tú. Te animarán mucho.

–¿De verdad? Pues a mí no me lo parece...

Hizo una seña hacia la enorme masa de gente que, en círculo, rodeaba la plaza. Los piratas que estaban más cerca del centro se iban moviendo para intentar conseguir la mejor vista, mientras que aquellos que estaban más atrás estiraban el cuello o se ponían de pie sobre bancos de madera, esperando ansiosamente a que empezara la lucha. En medio de aquella improvisada palestra se encontraba Bulla. Héctor estaba ya allí también, junto con Calkas, el timonel de pelo blanco a quien Bulla había elegido como árbitro del duelo matutino. Varios piratas, en la parte delantera de la multitud, salmodiaban el nombre de Héctor, junto con obscenidades dirigidas a su oponente.

–Héctor tiene unos cuantos partidarios acérrimos –reconoció Geras–. Unos hijos de puta muy ruidosos. Intenta no hacerles caso.

–Es fácil decirlo. No eres tú el que va a luchar.

–No. –Geras hizo una pausa–. Pero al menos hay mucha gente. Todos los de la ciudadela quieren ver esto, por lo que parece.

–¿Y se supone que eso tiene que hacer que me sienta mejor? –gruñó Telémaco.

–Bueno, lo decía por decir. Tú eres el principal entretenimiento por aquí.

Telémaco tragó saliva nerviosamente. Se había enfrentado al peligro muchas veces antes y no tenía miedo de morir, pero pensar en perder ante toda la tripulación lo llenaba de vergüenza. Héctor podía ser un oponente muy duro, lo sabía. Más duro que ninguno de aquellos con los que se había enfrentado en combate hasta el momento. Tendría que recurrir a toda su habilidad, a sus instintos naturales de lucha si quería tener alguna oportunidad de derrotarlo. Cerró los ojos un momento y prometió hacer una oferta votiva a Neptuno si ganaba. Luego recordó algo más, y se volvió hacia Geras.

–Si Héctor gana, quiero que me prometas que procurarás que mi parte del botín vaya a parar a mi hermano.

Geras asintió.

–Por supuesto.

–No será lo suficiente para comprar su libertad, pero podría esconderlo y ahorrar el resto él mismo. Es mejor eso que nada. Te estaría muy agradecido si encontraras alguna forma de hacérselo llegar.

–No tienes que pedírmelo. Lo encontraré, si hace falta. Pero prométeme algo a cambio.

–¿El qué?

–Haznos a todos un favor, y córtale la cabeza a ese hijo de puta intrigante.

Telémaco medio sonrió a su amigo.

–Lo intentaré.

Cuando llegaron a la plaza empedrada, Telémaco compuso el rostro para abrirse camino entre los hombres hasta salir al espacio abierto donde iba a tener lugar la lucha. Héctor estaba ya frente a él. El segundo de a bordo no mostraba señal alguna de temor, sus ojos brillaban malignos, tratando de fulminar con la mirada a su oponente más joven. Bulla gritó una orden a la multitud, exigiendo silencio. Toda conversación cesó, y los mirones se volvieron hacia el jefe de los piratas.

–Cuando yo dé la orden, lucharéis. –Bulla miró fijamente a Telémaco–. A menos que quieras retirar tu acusación... Ésta es tu última oportunidad.

Telémaco negó con la cabeza.

–Te he dicho la verdad. Juro por Júpiter, el mejor y el mayor, que haré que ese hijo de puta confiese antes de acabar con él. Pero le ofrezco también una última oportunidad de salvar su honor y su vida diciendo él mismo la verdad.

Estas palabras provocaron una mirada mordaz de Héctor, que escupió en el suelo.

–¡Me meo en tu honor, canijo con ínfulas!

Bulla asintió.

–Como queráis. ¡Calkas!

El árbitro se puso firme.

–¿Capitán?

–¿Estás preparado?

–Sí, capitán.

Bulla se retiró hacia el borde del círculo, mientras Calkas hacía señas a un par de hombres que estaban de pie a un lado de la palestra. Éstos se acercaron llevando las armas que habían elegido para el combate. Héctor había optado por una pesada espada de casi un metro de largo, mientras que Telémaco había elegido la falcata, más corta y ligera. Otros dos piratas se acercaron entonces y tendieron un escudo a cada combatiente.

A una orden del árbitro, tomaron ambos sus armas y empezaron a moverse, hasta que se encontraron a la distancia de unas pocas espadas. Telémaco aferró entre los dedos el mango de la falcata y la levantó, dispuesto ya. Héctor agarró su espada larga y gruñó a su joven oponente. Entonces Calkas se dirigió a los dos.

–Conocéis las normas. Es una lucha a muerte, así que todo vale. ¿Estáis preparados?

Héctor gruñó como respuesta. Telémaco asintió, y tensó los músculos, recordando todas las pequeñas crueldades y humillaciones que había sufrido a manos del segundo de a bordo desde que se uniera a su tripulación. Notó que se le aceleraba el pulso ante la perspectiva de obtener venganza y matar a su atormentador.

–¡Empezad! –chilló Calkas.

Tan pronto como aquella palabra salió de su boca, Héctor cargó hacia delante, rugiendo, al tiempo que lanzaba una estocada contra Telémaco. La velocidad de su ataque cogió desprevenido a su joven oponente, que tuvo el tiempo justo para agacharse detrás de su pequeño escudo mientras la espada cortaba el aire. Lanzó entonces un mandoble con su falcata, pero Héctor se puso fuera de su alcance sin esfuerzo, y el alcance más largo de su arma le permitió atacar y retirarse rápidamente, antes de que Telémaco pudiera asestarle un golpe contundente. Hizo una pausa para coger aliento y se humedeció los labios.

–Ahora eres mío. Voy a disfrutar viendo cómo te desangras hasta la muerte.

–Intentaste matarme ya una vez, Héctor –murmuró Telémaco–. Y fallaste. Ahora me toca a mí.

Héctor desnudó sus dientes manchados, lleno de rabia, y volvió a lanzarse hacia delante. Hizo una finta, antes de levantar su hoja para luego bajarla hacia el cráneo de Telémaco. Telémaco levantó su escudo para desviar el golpe, y oyó un chirriante ruido metálico cuando la hoja chocó con uno de los tachones del escudo. Héctor siguió atacándolo rápidamente, empujándolo con su escudo, consiguiendo golpear a Telémaco en el costado. El impacto dejó sin aire en los pulmones al joven pirata, que se tambaleó hacia atrás, jadeando, mientras el asa de su escudo se escapaba de su agarre. Héctor sonrió.

–Ya te tengo, escoria.

Dio un paso hacia delante y se abalanzó sobre él con un torbellino de golpes y estocadas, yendo a matar. Telémaco paró los golpes con la falcata. Le ardían los músculos del brazo por el esfuerzo de desviar los ataques de su oponente. El sudor brillaba en el rostro de Héctor y fluía libremente por sus brazos, mientras sus hombros subían y bajaban sin parar. Telémaco continuó apartándose de él, aprovechando su mayor ligereza para mantenerse alejado de su alcance. Una mirada por encima del hombro le dio a entender que se había retirado casi hasta el borde de la palestra. Varias figuras animaban a Héctor, espoleados por Virbio, instándolo a que matase ya a Telémaco. Otros respondían abucheando insistentemente al segundo de a bordo y gritando su apoyo al más joven.

Por el rabillo del ojo Telémaco notó que Bulla se agitaba inquieto, moviendo los pies, y no dejaba de examinar a la multitud. Rápidamente volvió a mirar a Héctor, pues éste atacaba de nuevo, y el áspero entrechocar de las hojas resonó entre los muros de la plaza. Los avances del segundo de a bordo se estaban volviendo cada vez más irregulares, parecía que el esfuerzo de luchar con la pesada espada le iba cobrando su peaje, y Telémaco pensó que estaba empezando a cansarse. Saltó hacia atrás para detener una estocada dirigida a su garganta, y llegó casi hasta el borde de la misma palestra. Héctor se detuvo a la distancia de una espada, y una mirada triunfante relampagueó a través de sus ásperos rasgos.

–No te queda sitio al que huir, chico. Todo ha terminado. Es hora de que mueras.

Telémaco ignoró el furioso latido en su pecho y se dejó caer hasta quedar agachado. Entonces miró de cerca a su enemigo, fijamente. Héctor levantó el brazo de la espada y atacó de nuevo. Telémaco se movió a un lado, la hoja no le dio por unos pocos centímetros y cortó el aire. El impulso y la fatiga desequilibraron a Héctor, que se vio impulsado hacia delante con todo su peso. Echó el brazo atrás y se dispuso a enfrentarse a su oponente, pero un poco demasiado tarde. Telémaco bajó la espada de repente y acuchilló a Héctor en el muslo, rebanando carne y músculo. Héctor siseó entre los dientes apretados y trastabilló hacia atrás, y el escudo se le escapó de los dedos.

–¡Cabrón! –jadeó.

Volvió a abalanzarse sobre Telémaco, con la cara temblorosa de rabia y de odio. Telémaco esquivó el golpe fácilmente; se dejó caer entonces sobre una rodilla y atacó con un feroz golpe del revés. Hubo un áspero crujido cuando el pomo de su falcata golpeó la mandíbula de su oponente. La cabeza de Héctor dio un latigazo hacia atrás, sus piernas cedieron y cayó pesadamente al suelo. Sin dejar tiempo alguno, Telémaco corrió hacia delante y dio una patada a la espada, lanzándola lejos antes de que Héctor pudiera recuperarla. Ante los vítores y los abucheos de la multitud, levantó la falcata por encima de su cabeza y se dispuso a dar el golpe de gracia.

–¡Confiesa, Héctor! –exigió.

–Que te jodan, chico.

–¡Mata a ese gordo hijo de puta! –gritó alguien.

Telémaco ignoró los gritos que lo rodeaban y fijó la mirada en su rival derrotado. Héctor levantó la vista hacia él, y entonces se vio un parpadeo de miedo en su expresión.

–¡Espera! –gritó Bulla.

Telémaco se quedó inmóvil. Mantuvo el arma empuñada, pero miró por encima del hombro, porque el capitán pirata entraba en la palestra. Miraba ansiosamente a uno y a otro, descansando la mirada en los dos oponentes del duelo.

–Ya basta –anunció Bulla, gritando para hacerse oír por encima del ruido de la multitud–. Hemos visto una lucha honorable. Ahora, bajad la espada.

Los gritos emocionados se apagaron y fueron reemplazados por una oleada de murmullos. Héctor escupió sangre y se puso de pie, muy tieso, gruñendo de dolor. Telémaco se quedó mirando a Bulla, incapaz de ocultar su amarga frustración.

–Pero era una lucha a muerte... Tú mismo lo dijiste, capitán.

–Los dos habéis luchado bien –replicó Bulla, con firmeza–. No se matará a nadie hoy.

Un coro de protestas se elevó ante aquella decisión. Telémaco estaba indignado.

–Pero, capitán...

–Te estoy haciendo un favor, idiota –susurró Bulla, ásperamente, acercándose a él–. Mata a Héctor y te harás enemigo de la mitad de la tripulación. Ya has demostrado lo que querías. Ahora, baja la espada o responderás ante mí con tu vida.

Hubo un momento de duda, pero al final Telémaco, de mala gana, dejó caer el brazo de la espada a su costado. Bulla respiró aliviado, y entonces se dirigió a la multitud.

–¡La lucha ha terminado! ¡El honor se ha restaurado!

En torno a la palestra, los espectadores se quejaron con amarga decepción. Unos pocos gritaron que se debía permitir que continuara la lucha, mientras que, más lejos, otros piratas exigían, muy enfadados, que aquellos que estaban a cargo de recoger las apuestas les devolvieran su dinero. Dos hombres llegaron a las manos; se empujaron primero, y luego empezaron a darse patadas y puñetazos el uno al otro. Bulla aulló una orden, y los dos piratas

que estaban más cerca corrieron a separar a los dos hombres. Más entre la multitud se habían vuelto a presenciar la disputa, y nadie miraba ya el centro de la palestra.

Entre la confusión y el ruido, la voz de Geras llegó desde el otro lado de la plaza:

–¡Telémaco! ¡Cuidado!

En cuanto oyó la advertencia, Telémaco atisbó un movimiento por el rabillo del ojo. Se dio la vuelta en redondo, justo para ver que Héctor cargaba hacia él, tras recoger la espada del suelo, mientras los demás estaban distraídos. El joven pirata rápidamente levantó el brazo con el que sostenía la falcata y paró el golpe; de inmediato, saltó hacia Héctor y le lanzó una estocada baja. Algunos hombres se habían dado cuenta de lo ocurrido y gritaron a sus compañeros, que se volvieron a mirar a Héctor, que corría de nuevo hacia delante para volver a golpear. Al levantar su arma, Telémaco vio su oportunidad y se lanzó hacia él, con la falcata adelantada. La hoja golpeó el costado de Héctor y lo cortó en ángulo, mordiendo su carne. Héctor dejó escapar un grito agudo. Telémaco retorció el arma y ensartó los órganos vitales del segundo de a bordo. Arrancó luego la falcata, que quedó libre con un ruido de succión, y Héctor se desplomó en el suelo, jadeando en su agonía.

Hubo una pausa llena de asombro, pero enseguida los vítores llenaron la plaza. La mayoría de los tripulantes entonaron el nombre de Telémaco, y algunos espectadores condenaron a Héctor por intentar apuñalarlo por la espalda. Los que habían chillado antes, apoyando al segundo de a bordo, lanzaron unas miradas gélidas a su triunfante rival.

–¡Serpiente traidora! –gritó un hombre, señalando a Héctor–. ¡Que te aproveche!

–¡Cabrón asesino! –aulló Virbio, sin embargo, señalando a Telémaco.

Bulla se quedó un momento mirando el cuerpo de su segundo de a bordo, con una mirada de desdén. Luego hizo señas a Calkas, y el árbitro vino corriendo a su lado.

–Que se dispersen todos éstos, antes de que las cosas se pongan más feas. Ya hemos tenido bastantes problemas por hoy.

–¿Qué quieres que hagamos con ése, capitán? –preguntó Calkas, señalando a Héctor, que gemía y se retorcía mientras se desangraba.

–Lleváoslo. No me importa dónde lo tiréis. Simplemente, libraos de él y dejad que muera donde sea.

–Sí, capitán.

Calkas aulló sus órdenes y todos, poco a poco y de mala gana, se fueron apartando de la plaza en pequeños grupos, dirigiéndose a sus alojamientos o a sus deberes de guardia. Cuando la multitud se hubo dispersado, los centinelas volvieron al trabajo. Un par de ellos arrastraron el cuerpo de Héctor fuera de la plaza, mientras sus camaradas agarraban las armas y escudos usados en la lucha y los arrojaban en una carreta.

–¡Telémaco! –gritó Bulla, cuando él ya se iba.

–¿Capitán?

El jefe miró al joven pirata de arriba abajo.

–Tú, ven conmigo.

* * *

–No es el resultado que yo había esperado –le dijo Bulla a Telémaco, que estaba de pie ante él en su alojamiento, poco después–. Has luchado valientemente, y bien. Pocos hombres en esta tripulación habrían aceptado un desafío tan duro de Héctor. Aun así, habría sido mucho mejor para ti que hubiese vivido.

El halago no tuvo impacto en Telémaco, que replicó fríamente:

–Intentó matarme por la espalda. No tuve más remedio, capitán.

–Lo sé. Estaba delante –exclamó Bulla. Meneó la cabeza–. Héctor siempre fue demasiado arrogante para su propio bien. Yo sabía que existía la posibilidad de que hiciera alguna tontería cuando hice detener la lucha. Pero tenía que intentarlo.

Telémaco frunció los labios. Después del duelo, no había querido otra cosa que volver a su alojamiento, quitarse la túnica manchada de sangre y cambiarla por otra, cerrar los ojos y descansar su cuerpo agotado. Por el contrario, estaba allí de pie ante Bulla, exhausto y hambriento, mientras el capitán lo criticaba por haber matado a un hombre que había enviado a docenas de compañeros piratas a las garras de una trampa romana.

–Esa serpiente se lo estaba buscando –dijo, furioso.

–Eso puede que sea cierto. Pero Héctor tenía muchos amigos en esta tripulación, incluyendo algunos de los oficiales de mayor edad.

–¿Te refieres a Virbio? ¿El que aseguró que yo era un mentiroso?

–Entre otros. No se tomarán de buen grado que su camarada haya muerto a manos de un joven advenedizo. Al abatir a un enemigo, seguramente te has creado varios más.

–Pues pelearé también con ellos –replicó Telémaco, desafiante–. Acabé con Héctor. Probaré con cualquiera de los otros si es necesario.

–No, no lo harás –Bulla le fulminó con la mirada, retando a Telémaco a desafiar su voluntad. Luego suspiró–. Ya hemos tenido bastantes disputas por ahora. ¿Entendido?

–Sí, capitán –replicó Telémaco, enfurruñado.

–Bien. –Bulla se relajó en su silla semejante a un trono–. De todos modos, el intento imprudente de acabar con tu vida por parte de Héctor quizás haya ido en tu favor.

–¿Cómo es eso?

–Sé que desde hace tiempo tenía puesta la mira en mi puesto. Y no era el único en conspirar contra mí. Una vez muerto Héctor, hay menos oportunidades de que cualquier otro de la tripulación se vuelva contra mí.

–Pero eso habría sido motín. ¿Por qué no los mataste, a él y a los demás conspiradores?

–No podía. –Bulla suspiró pesadamente–. Un buen capitán gobierna mediante el ejemplo que da, no por el miedo. O al menos no sólo por el miedo. A veces es mejor humillar a un hombre en lugar de matarlo. Por eso quería perdonarle la vida a Héctor. Su derrota habría sido una humillación suficiente.

–No lo veo así.

–No te hagas el ofendido –respondió Bulla, despectivo–. Has conseguido lo que querías. Héctor está muerto. La tripulación ahora sabrá que no se podía confiar en él, no después del cobarde intento de apuñalarte por la espalda. Y los demás se lo pensarán dos veces antes de meterse contigo en el futuro. Y eso resultará muy útil, creo, en tu nuevo cometido.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir, capitán?

–Creía que ya había quedado claro. A partir de ahora eres mi segundo al mando.

Telémaco miró al jefe pirata con la boca abierta de sorpresa. Bulla se inclinó hacia delante, uniendo las manos ante él, encima de la mesa.

–Necesitaré a alguien que sustituya a Héctor –siguió–. Hay candidatos con mayor experiencia que tú, por supuesto, pero ahora mismo necesito alguien en quien pueda confiar. Además, hiciste un buen trabajo al burlar a la marina imperial. Está claro que tienes lo que hay que tener para gobernar un barco. Me gustaría tomarte como lugarteniente.

Telémaco sonrió, a pesar de sí mismo. Se había preguntado en silencio por qué a Bulla le preocupaba tanto que se creara enemigos. Ahora lo comprendía. Su nueva posición lo convertía en la segunda autoridad, después del capitán. Bulla no quería arriesgarse a enfurecer a los hombres promoviendo a alguien que fuera profundamente impopular entre la tripulación del Tridente.

–Se esperará de ti que me sirvas lealmente y te asegures de que la tripulación lleva a cabo mis órdenes –añadió el capitán–. El día a día del barco, mientras estemos en el mar, será tu responsabilidad, y también se te requerirá que mantengas los ojos siempre puestos en el estado de ánimo de los hombres. Ante cualquier señal de inquietud, deberás informarme en privado. ¿Queda claro?

–Sí, capitán.

Bulla asintió.

–Entonces te sugiero que vuelvas a tu alojamiento. Nos haremos a la mar en cuanto hayamos vendido el botín y dividido los beneficios. Iremos en el Tridente de Poseidón, ahora que ya está reparado. Y esta vez seré yo quien dirija la caza.

–¿Adónde iremos, capitán?

Bulla sonrió, con los ojos chispeantes.

–Hay muchas presas, si sabes dónde buscarlas. Es hora de que empecemos a atraparlas justo debajo de las narices de ese cabrón, el prefecto Canis...

CAPÍTULO VEINTISIETE

Veinte días después

De pie en la cubierta principal del Tridente de Poseidón, Telémaco miró hacia fuera, hacia el radiante horizonte. A menos de dos millas de distancia se elevaba una nube de espuma, mientras el pequeño barco de carga al que perseguían navegaba por delante.

Habían pasado cuatro horas desde que el vigía avistó por primera vez la vela del mercante, junto al puerto de Vegio. La persecución había sido larga y dura, y el capitán de la presa había tomado medidas desesperadas para intentar huir de los piratas. Habían arrojado por la borda el ancla y cordaje de repuesto y la carga de cubierta, y se habían quitado de la vela los últimos puntos arrizados, dejando expuesta hasta la última puntada de sus velas a la brisa que soplaba desde la costa de Iliria. Pero aun con el peso aligerado, el mercante no era rival para la embarcación pirata, más elegante y veloz. A medida que transcurría la tarde, el Tridente se había ido acercando cada vez más a su presa.

–Caeremos sobre ellos bien pronto –dijo Cástor, mirando hacia el mar y protegiéndose los ojos del sol cegador.

Telémaco se volvió hacia él.

–¿Cuándo?

–En una hora, diría yo. No mucho más. El caso es que es nuestro. –Cástor asintió, confiado–. Estamos a millas de distancia del fondeadero más seguro. No se nos escapará. Si se mantiene este tiempo...

Geras sonrió.

–Por fin. Ya era hora. Con la suerte que habíamos tenido, empezaba a pensar que nos tendríamos que volver a casa con las manos vacías.

Telémaco miró a su camarada.

–Las ganancias han sido escasas –reconoció.

–¿Escasas? –Geras levantó una ceja–. Eso es ser muy generosos. Es la primera maldita vela que vemos en semanas. Esta zona es más estéril que una habitación llena de viejas.

Telémaco asintió con pesar. Hacía tres semanas que habían partido de su base en Petrapylae, con el barco recién avituallado y dispuesto a saquear el Adriático por el norte. Rápidamente descubrieron que la costa estaba despojada por completo de embarcaciones, las pocas velas que se habían encontrado eran barcos de pesca..., no las capturas lucrativas que les había prometido su capitán. Bulla había ordenado duros trabajos a los hombres para evitar la ociosidad, que limpiaran la bodega y practicaran la subida a la obencadura para dar caza a presas imaginarias. Pero la amenaza de motín nunca estaba demasiado lejos, y Telémaco había oído ya los primeros murmullos de descontento unas noches antes, cuando los hombres bajaron a la costa para cenar. El avistamiento de un mercante poco antes de mediodía había provocado una sensación de tranquilo alivio en el joven segundo de a bordo.

–No lo entiendo. ¿Qué ha ocurrido con todos los demás barcos? –se preguntó en voz alta.

–Pues que se han quedado en puerto, supongo –respondió Cástor, con brusquedad.

–Pero ¿por qué?

–Tendríamos que saberlo, es obvio –dijo el veterano–. Llevamos un tiempo cazando en estas aguas. Se debe de haber corrido la voz sobre nuestra presencia.

–Quizás están esperando a que los romanos despejen el mar –especuló Geras.

–Quizá –dijo Telémaco–. O quizás alguna otra cosa los ha persuadido de que vayan a lo seguro...

–¿El qué?

–No estoy seguro. Lo único que sé es que todos los capitanes no se habrían quedado en tierra sin un buen motivo.

–¿A quién le importa? –Geras señaló el barco que tenían delante–. Nuestra suerte está a punto de cambiar. Mientras lleve una carga decente, seré feliz. Y tú también, ya que eres segundo de a bordo.

Como segundo al mando, Telémaco tendría derecho a una cuota doble de cualquier botín que capturasen en el mar. Con unos pocos asaltos afortunados más, se recordó a sí mismo, pronto habría ahorrado el dinero suficiente para hacer una generosa oferta al amo romano de Nereo, en la forja de Tórico.

–Mientras no demos con ningún barco de guerra más... –murmuró Cástor.

Geras asintió, intranquilo, y apartó la vista. Dos veces en los últimos días los piratas habían avistado escuadrones de la marina imperial. En ambas ocasiones, los hombres del Tridente de Poseidón habían cambiado de rumbo y huido a toda vela, buscando anclaje en las islas y ensenadas más remotas que se hallaban repartidas por aquella zona. Los birremes romanos no habían hecho intento alguno de perseguirlos, pero los incidentes habían puesto nerviosos a algunos tripulantes, que arrojaban miradas desconfiadas hacia el horizonte, mientras seguían navegando.

–Ciertamente, Canis parece decidido a cazarnos –dijo bajito Telémaco.

–Se rendirá, más tarde o más temprano –respondió Cástor, confiado.

Telémaco negó con la cabeza.

–Canis es distinto. Tú estuviste allí, Cástor. Oíste lo que dijo. No descansará hasta que nos pase a cuchillo a todos.

–Yo diría que tienes preocupaciones más importantes ahora que volver a encontrarte con los romanos –interrumpió Geras.

–¿Qué quieres decir?

El robusto pirata señaló con la cabeza en dirección al grupito de hombres reunidos junto a la cubierta de proa. Un par de ellos echaban miradas de soslayo a Telémaco mientras esperaban que el Tridente se acercase a su presa.

–La gente de Héctor no está encantada que digamos con tu ascenso.

Telémaco asintió lacónicamente. Aunque se había esforzado desde el duelo para demostrar su lealtad y ganarse el respeto de la tripulación, algunos de los compañeros de Héctor continuaban resentidos con él. No habían hecho intento alguno de disfrazar sus sentimientos; lo miraban mal y murmuraban a sus espaldas mientras seguían con sus tareas.

–No me preocupan unos cuantos marineros descontentos –respondió, muy serio–. Me he enfrentado a enemigos peores.

–Mira, lo único que digo es que harías bien en tener cuidado con esa gente. Especialmente con Virbio. Es un hijo de puta muy malo, ése. No es de los que dejan pasar un agravio.

–No intentarán nada. Y menos después de lo que le ocurrió a Héctor.

–Yo no estaría tan seguro.

Telémaco notó que el pirata lo miraba con un gesto desdeñoso. Meneó la cabeza, se dio la vuelta y dejó escapar un suspiro. Había supuesto que sus problemas a bordo del barco habían terminado con la muerte de Héctor, pero ahora tendría que vigilar a Virbio y los demás hombres, pues parecían buscar una oportunidad para vengar a su camarada caído. Y además tenían la amenaza constante de los romanos. Con las patrullas en aumento a lo largo de la costa, había mayores posibilidades de ser capturado por el enemigo, con la perspectiva siniestra de la tortura, seguida de una muerte dolorosa. La vida como pirata era mucho más peligrosa de lo que había imaginado.

Volvió a mirar de nuevo al mercante. El sol ya estaba bajo en el cielo y el mar brillaba bajo sus cálidos rayos mientras el Tridente de Poseidón continuaba la persecución. No más de media milla separaba ahora a los dos barcos. El barco de carga navegaba a toda vela, tozudo, pero el Tridente se acercaba muy rápido, y Telémaco sabía que su huida hacia la libertad estaba condenada a acabar en fracaso.

–¿Crees que la tripulación luchará? –preguntó Geras.

Telémaco salió de sus pensamientos, sin dejar de mirar a la presa. Incluso a aquella distancia podía ver que los marineros del otro barco se verían superados al menos en una proporción de cuatro a uno. Contra los hombres bien armados del Tridente de Poseidón no tenían la menor oportunidad.

–Si su capitán tiene algo de sentido común, se rendirá para salvar a sus hombres –dijo–. Pero si se resisten, todo acabará rápido.

El grito de uno de los hombres que estaban en la cubierta de proa lo sobresaltó. Todos los ojos miraron en la dirección en que señalaba. Telémaco también, y vio que un puñado de hombres del mercante corría por la cubierta, con el sol reflejándose en sus armas. Cástor entrecerró los ojos al ver aquello y gruñó.

–Parece que sí van a luchar, después de todo –gruñó.

–¡Telémaco! –aulló Bulla desde el otro lado de la cubierta–. ¡Aquí!

Al oír la voz de su capitán, éste dio la vuelta en redondo y se dirigió rápidamente hacia la popa. Bulla estaba junto al timonel, vestido con sus pantalones de cuero y una coraza de lino negro, con una espada curva colgando de su cinturón. Había un brillo calculador en sus ojos; juzgaba la distancia que los separaba de la presa.

–¿Capitán? –Telémaco inclinó la cabeza.

–Pronto lo alcanzaremos –dijo Bulla, haciendo un gesto hacia el mercante–. Que formen los hombres. Si no deja caer sus velas,

tendremos que tomarlo por la fuerza.

–Sí, capitán.

Telémaco se volvió y cogió aire.

–¡Todos los hombres! ¡Preparados para entrar en combate!

CAPÍTULO VEINTIOCHO

En cuanto Telémaco dio la orden, la tripulación corrió a ocupar sus puestos. Los hombres seleccionados para la partida de abordaje tomaron sus armas y se reunieron junto al mástil, con la armadura y la hoja de la espada brillante bajo el resplandor del sol de principios del verano. Otros cogieron también hondas, jabalinas y hachas, mientras que los marineros sobrantes en cubierta preparaban los ganchos de abordaje, dispuestos a lanzarlos hacia el otro barco. Todos se ocupaban de sus deberes con renovado vigor, estimulados por la perspectiva de acción y de botín después de los largos días de aburrimiento en el mar, sin nada en que ocuparse excepto de las tediosas rutinas de hacer guardia, de las velas y de limpiar las cubiertas.

Telémaco buscó un rostro entre los que corrían por la cubierta.

–¡Basso!

El enorme tracio, cubierto de cicatrices, se acercó a toda prisa. Recientemente lo habían promovido al rango de oficial del barco, siguiendo la recomendación de Telémaco. A pesar de sus limitadas habilidades marineras, Basso había demostrado ser un guerrero feroz, y Telémaco no había lamentado su decisión ni por un solo momento. Hizo una seña al robusto pirata y señaló hacia la cubierta de proa.

–Forma a los arqueros y espera a mi orden. El hombre que lance una flecha antes de que yo le dé la orden perderá el derecho a su parte del botín. ¿Entendido?

–¡Sí, señor! –Basso se volvió hacia los arqueros–. ¡Ocupad vuestros puestos! ¡Vosotros, dejad sitio!

Los otros piratas se apartaron para dar paso a los arqueros, y estos últimos cogieron sus aljabas y sus arcos y se reunieron en la cubierta de proa, preparados para desencadenar una andanada de proyectiles. Telémaco esperó hasta que toda la tripulación hubo

ocupado sus posiciones. Entonces cogió su falcata y su escudo y se unió a Cástor y a los demás junto al palo mayor. El veterano pirata hizo una seña al buque de carga; su rostro curtido estaba iluminado por la esperanza.

–Ya no falta mucho...

Telémaco dirigió la mirada al mercante. Los marineros estaban formando en cubierta, algunos con una variedad de armas improvisadas: cabillas, cuchillos de pesca, bicheros... Su capitán gritó a la tripulación; su voz se transmitió claramente por encima del agua: les imploraba que resistieran a los piratas.

–Más valientes que algunas de las tripulaciones a las que nos hemos enfrentado –observó Cástor.

Geras bufó.

–Veamos lo duros que son cuando se pongan a trabajar ésos –y señaló con una mano en dirección a los arqueros–. No sabrán por dónde les vienen los golpes.

–Esperemos que sea así –dijo Telémaco.

El segundo de a bordo, junto con el resto de los hombres, había pasado las tardes en la costa practicando con la honda y los arcos, bajo los ojos vigilantes de Bulla.

La brisa de tierra aumentó, y las jarcias vibraban conforme el Tridente de Poseidón avanzaba sobre el mar. Telémaco respiró hondo, intentando aflojar la tensión de sus músculos. Se dirigían a la aleta de popa. Notó las familiares sensaciones del pulso acelerado y la boca seca ante la perspectiva del combate inminente. A su alrededor, los hombres gritaban amenazas e insultos a los del mercante, blandiendo las espadas desafiantes. Con el pelo enmarañado, los gritos salvajes y las armas que relucían, los piratas ofrecían una imagen terrorífica. Sólo un idiota se atrevería a enfrentarse a ellos, pensó Telémaco. De repente notó un súbito pinchazo de desdén por el capitán del mercante, que arriesgaba las vidas de sus hombres en un fútil gesto de desafío.

Seguían bajando todo el costado de estribor del barco. De repente, Bulla se volvió al timonel:

–Llévanos más cerca, Calkas.

Éste apoyó bien los pies y tiró de la pala gigante, poniendo en ángulo con el mercante el Tridente de Poseidón. Estaban tan cerca que ahora Telémaco podía ver las caras de los marineros que se agrupaban en torno a su palo mayor. Algunos de ellos devolvían la mirada a los piratas en la cubierta del Tridente, mientras unos pocos oteaban nerviosamente por encima del horizonte, como si esperasen que algún escuadrón romano cercano los pudiera salvar. Telémaco pudo imaginar con toda facilidad el terror que estaban experimentando: él mismo lo había conocido siendo grumete a bordo del Selene. Pero ahora era pirata, y no tenía compasión alguna por su difícil situación. Sólo notaba un ardiente deseo de obligarlos a someterse y saquear su cargamento, para luego continuar en busca de otra víctima...

–¡Flechas preparadas! –rugió entonces a los hombres de la cubierta de proa.

Los arqueros levantaron sus arcos y apuntaron. No más de treinta metros separaban ahora a las dos tripulaciones. Algunos de los marineros habían visto a los arqueros y gritaban advertencias a sus compañeros, llenos de pánico, pero la mayoría de ellos no tenían escudos y quedaban terriblemente expuestos. En cuanto Telémaco decidió que estaban a una distancia fácil de tiro, rugió a los arqueros:

–¡Disparad! ¡Abatidlos!

Resonaron en el aire los mortales susurros y las flechas, describiendo un arco, cayeron sobre la cubierta del mercante. Unas pocas se quedaron cortas y chapotearon en el agua revuelta entre los dos barcos, pero la mayoría dieron en el blanco. Gritos de agonía hendieron el aire cuando los proyectiles barbados se clavaron en los hombres. Una flecha dio al timonel en el cuello, y lo envió dando tumbos hacia atrás, agarrándose con las manos el astil que sobresalía de su garganta. Otro oyó los gritos guturales de su camarada cuando éste caía por encima de la borda, y se deslizó

hacia la popa, pero entonces una flecha le dio en el hombro izquierdo y lo derribó, antes de que pudiera tomar el control del timón.

–¡Seguid! –rugió Telémaco–. ¡A por ellos!

Más flechas cayeron en picado sobre la cubierta del buque de carga, golpeando las tablas y pinchando la carne entre un coro de secos golpes y vibraciones. Los gritos aterrorizados de la tripulación llegaron a los oídos de los hombres del Tridente de Poseidón. Más hacia popa, tres marineros corrían hacia la escotilla de carga, en un intento de buscar cobertura bajo la cubierta. Algunos de los arqueros los vieron y dispararon hacia ellos; derribaron a dos antes de que pudieran desaparecer de la vista. A una nueva orden de Telémaco, pate de la partida de abordaje buscó sus hondas. Al poco, lanzaron una andanada desigual encima del mercante, golpeando a dos hombres más. Bajo el implacable fuego de proyectiles, los pocos marineros que quedaban dejaron caer sus armas y gritaron que se rendían, cosa que provocó un estruendoso «hurra» de la tripulación del Tridente.

Telémaco miró a Bulla.

–¿Doy la orden, capitán?

Bulla miró el buque de carga, y luego asintió.

–Yo diría que ya han tenido suficiente.

–¡Quietos! –aulló Telémaco–. ¡Dejad de disparar!

Los arqueros bajaron sus armas, pero mantuvieron los ojos clavados en el mercante. Ya estaban al lado. El barco de carga flotaba sobre las olas, y el sonido del agua chapoteando contra el casco ahogaba intermitentemente el ruido de los gritos de los heridos.

–Así aprenderán esos idiotas –rio Geras.

–No tendrían que haberse resistido –replicó en voz baja Telémaco.

A diferencia de la mayoría de sus camaradas, no obtenía placer alguno con el asesinato despiadado de marineros mal armados, y maldijo a su arrogante capitán por obligarlos a defender su barco. Si el capitán se hubiese rendido nada más ver el gallardete negro del Tridente, se habrían salvado sus hombres. Habrían sido vendidos como esclavos a uno de los comerciantes de Petrapylae, un destino mejor que la muerte, ¿no? Unos pocos quizá se habrían dejado convencer para unirse a las filas de los piratas. Por el contrario, habían muerto innecesariamente.

–¡Abarload! –gritó Bulla al timonel, y luego se volvió a Telémaco–: Que los hombres reúnan a los supervivientes en cuando los abordemos. Comprueba la bodega también. No debe haber cuartel para los que intenten resistirse. En cuanto hayamos asegurado el barco, nos apoderaremos de su cargamento.

Las velas mayores se dejaron volar. Ondeaban en la brisa cuando el buque de carga quedó amarrado al Tridente de Poseidón. Una vez la descarga de proyectiles había limpiado la cubierta del mercante, los piratas fueron libres de pasar a bordo del barco sin luchar. Los hombres de Bulla rápidamente se hicieron cargo de la tripulación que había sobrevivido; los hicieron desfilar hacia la proa, mientras otros corrían a la escotilla de popa para sacar a los pocos que se escondían bajo la cubierta.

Telémaco estaba sentado junto al capitán Bulla, en la proa, contemplando a los aterrorizados prisioneros. A su alrededor se veía la devastación causada por los proyectiles. Cuerpos caídos se encontraban repartidos por la cubierta, y en algunos lugares las tablas estaban resbaladizas por la sangre. Algunos de los hombres de Bulla se agachaban junto a los cadáveres sin vida, rebuscando anillos, joyas y cualquier otra cosa que llevasen de valor. Esos objetos se añadirían al botín de los piratas, y serían vendidos a su regreso a la base. Cualquier hombre al que vieran intentando robar o esconder objetos valiosos para sí, violando el juramento de los piratas, sería envuelto en telas, cargado con pesos y arrojado por la borda.

Cástor emergió de la pasarela que conducía a la bodega de carga y corrió hacia ellos.

–¿Bien? –preguntó Bulla.

El intendente cambió el peso de un pie a otro, incómodo.

–La carga es grano y aceite de oliva, capitán. Y tampoco hay mucho. Sólo unos pocos sacos y ánforas.

Bulla frunció el ceño.

–¿Y eso es todo? ¿No hay nada más?

–Hay también unos cuantos fardos de tela, pero nada más. Nada que nos pueda conseguir una suma decente...

–¿Y dónde está el resto? –intervino Telémaco–. Eso no puede ser todo lo que llevaban encima.

Cástor extendió las manos.

–Es lo único que han encontrado los chicos. No hay nada más allá abajo.

La frustración en su voz resultaba obvia. Sin una carga lucrativa, la tripulación del Tridente se quedaría solamente con una parte pequeña, en cuanto se hubiese vendido el botín a uno de los comerciantes de Petrapylae. Una mezquina cantidad de grano y de aceite apenas cubriría los costes del barco, y no conseguiría silenciar a los disidentes, ni mucho menos.

Bulla intentó acallar su decepción.

–Reoge los suministros, Cástor. Nos llevamos todo lo que haya.

–Sí, capitán.

El hombre se marchó enseguida hacia la escotilla. Bulla se volvió y paseó los ojos por los prisioneros: unos pocos marineros supervivientes y un puñado de pasajeros aterrorizados. Muchos de ellos estaban heridos, algunos incluso sangraban profusamente por sus heridas. Miraron a su vez a sus captores con una mezcla de miedo y aprensión.

–Me llamo Bulla –dijo con voz ronca–. Capitán del Tridente de Poseidón. ¿Cuál de vosotros es el capitán de este barco?

Hubo un momento de silencio mientras los prisioneros intercambiaban miradas angustiadas, el sonido de su aliento entrecortado puntuado por los gemidos de sus compañeros moribundos a unos pocos pasos de distancia. Bulla posó la mirada en el marinero que tenía más cerca, un hombre de rasgos oscuros, de mediana edad, canoso y fibrado, seguramente por haber pasado toda la vida con tareas duras en el mar, e hizo un gesto hacia Basso.

–¡Tú, el de ahí! Habla ahora, o haré que Basso te corte el cuello.

Al ver que el tracio bajaba la mano hacia su espada, otro prisionero levantó la mano y dio un paso al frente.

–Por favor, señor. No hay necesidad de hacer eso.

Bulla entrecerró los ojos y miró al que había hablado. Era mayor que los demás, con poco pelo y la barba veteada de gris. Había levantado la cabeza y miraba con precaución a Bulla, que lo estudiaba son sus ojos oscuros y penetrantes.

–¿Quién eres tú?

El hombre luchó por controlar su voz temblorosa al hablar.

–Tito Lúculo, señor. Capitán del Delphinus. De Arausa.

–¿Ah, sí? –Bulla se acercó más a él–. Pues dime, Lúculo, ¿dónde está el resto del cargamento?

Lúculo dudó, con los ojos llenos de miedo.

–Eso es todo. Llevábamos bienes por la costa, y pasajeros en el viaje de regreso.

–Ya veo. ¿Y no hay nada más a bordo...? ¿Nada de valor, de lo que quieras hablarnos? Piensa con mucho cuidado, Lúculo. Si veo que mientes, haré que te pasen por la quilla. Tardarás horas en morir desangrado.

El capitán del barco mercante extendió las manos, como súplica.

–Eso era todo lo que llevábamos –dijo–. Grano y aceite de oliva. Los demás barcos eran los que llevaban las cargas a Arausa. El convoy estaba esperando a que se diera la orden de zarpar.

–¿Convoy? –preguntó Telémaco–. ¿Qué convoy?

Lúculo parecía sorprendido.

–¿No lo habéis oído? La marina ofrece un servicio de convoy, señor. Como escolta de los barcos mercantes a lo largo de la costa.

Telémaco y Bulla intercambiaron una mirada de extrañeza. El capitán volvió a mirar a Lúculo, con expresión oscura.

–¿Cuándo ocurrió todo eso?

–Hace unas semanas, señor. Se anunció en el foro de Arausa. Y se hizo lo mismo en todos los puertos de la costa, arriba y abajo, al parecer.

–¿Y qué decían, exactamente?

Lúculo se encogió de hombros.

–Sólo que el prefecto Canis había ordenado que la flota de Rávena aumentase sus patrullas entre Ruginio y Salona. Cualquier barco mercante que desease hacer un viaje debía esperar a que un escuadrón romano lo acompañara antes de abandonar el puerto.

–Pero hay docenas de puertos a lo largo de este lado de la costa –dijo Telémaco–. La flota de Rávena no es lo bastante grande para proporcionar escolta a todos ellos. Vamos, no al mismo tiempo.

–Eso es lo que dijeron algunos de los mercantes. Todo el mundo sabe que la marina ha ido a peor, desde los días de Actium. Ya no es adecuada para los fines que tiene que cumplir. Pero la gente importante montó un buen escándalo y exigió que se hiciera algo. Así que ahora la mitad de la flota mercante está varada en los puertos, a la espera de que aparezca una escolta romana.

Telémaco asintió; había captado enseguida las implicaciones del servicio de convoy que estaba ofreciendo Canis. Navegar bajo la protección de una escolta naval era más seguro, indudablemente, pero alteraría gravemente el comercio por la costa iliria. El constante flujo de barcos del cual dependían los comerciantes para llevar sus bienes desde un rincón a otro del Imperio se vería reducido a un goteo. Los precios subirían, ya que los artículos serían escasos. Los bienes en los almacenes y mercados a lo largo del Adriático se estropearían debido a los retrasos del siguiente convoy. El prefecto estaba corriendo un riesgo enorme poniendo en marcha una política tan drástica.

Bulla apuntó con un dedo a Lúculo.

–Si los otros capitanes mercantes están en puerto, ¿qué estás haciendo tú aquí?

–Pues a algunos no nos ha parecido bien el arreglo, señor. Para los capitanes más ricos está bien, pero nosotros, los barcos más pequeños, no nos podemos permitir quedarnos sin salir semanas o meses sin fin. Los chicos y yo lo hablamos, y decidimos que nos arriesgaríamos a navegar hasta Parentio. –Lúculo abatió los hombros, hundido y desesperado ante su desventura.

Se le ocurrió una cuestión a Telémaco, que señaló con la barbilla hacia el derrotado capitán.

–¿Decía el anuncio cuánto tiempo seguiría haciendo esto la marina?

–Hasta que el mar quedase limpio de gente como vosotros. Eso es lo que oí decir en el foro.

–Un tiempo, entonces –murmuró Bulla, alejándose del hombre. Miró a Telémaco–. ¿Qué opinas?

–Parece que dice la verdad, capitán –replicó Telémaco, después de pensar un rato–. Esto explicaría por qué nos seguimos tropezando con esos barcos de guerra romanos.

Bulla asintió.

–Canis debe de estar mucho más desesperado por eliminarnos de lo que yo creía.

Eso provocó un bufido de desdén por parte de Virbio.

–¿Y qué? No tenemos nada que temer de esos hijos de puta romanos, capitán. Unos cuantos birremes de patrulla no nos han detenido nunca.

–No podemos continuar cazando por aquí. –Bulla meneó la cabeza–. Aunque consiguiéramos evitar a los romanos, no habrá muchos barcos que se arriesguen a navegar solos. No, si pueden evitarlo.

Virbio levantó las manos como protesta.

–¿Qué se supone que vamos a hacer entonces? A los chicos no les gustará nada que nos volvamos a casa sin nada de botín...

–Podemos intentar ir más hacia el sur –sugirió Telémaco–. Entre Epidauro y Dirraquio, quizá. El servicio de convoy sólo se extiende hasta Salona.

–Según lo que dice ese inútil... –repuso Virbio, señalando con el pulgar a Lúculo–. Además, no va a ser mucho más fácil encontrar presas por allí. Se dice que ahí es donde tiene su base el mismísimo Agrio...

–¿Agrio? –Telémaco levantó una ceja.

–Uno de los otros capitanes de nuestro comercio. Comanda el Pegaso.

–Es un auténtico loco sanguinario –añadió Leito–. Peor que ese cabrón de Néstor. En las tabernas de El Pireo se habla muchísimo de él. Dirigió un motín a bordo del mercante en el que servía. Despellejó vivo al capitán e hizo que a los oficiales lo cortaran a trocitos y se los echaran a los peces. Después, empezó a recorrer la costa iliria. Sus hombres mataban a los pueblerinos y crucificaban a todos los romanos con que se encontraban. Se dice que le arrancaba el corazón a cualquier hombre que se negase a unirse a su tripulación.

–Rumores –respondió Bulla despectivamente–. Se cuentan esas mismas historias de todos los que se dedican a lo nuestro. Agrio no es distinto de todos los demás.

–¿Y cómo sabemos que tiene su base en el sur? –preguntó Telémaco.

–Uno de los oficiales de la antigua tripulación de Néstor nos lo dijo –respondió Virbio–. Uno de los chicos que sirvió conmigo y con Héctor en el Proteo.

–¿Y qué dijo exactamente?

–No mucho. Sólo que había oído decir que Agrio había despistado a los romanos y había trasladado sus operaciones cerca de Dirraquio.

–Quizás esté equivocado –dijo Bulla.

–¿Y si no lo está? –intervino Virbio

–Entonces es sólo una tripulación. Nos quedarán muchas presas que cazar.

Leito meneó la cabeza.

–Agrio no es un capitán corriente. Si tiene su base junto a Dirraquio, los barcos mercantes se lo pensarán dos veces antes de echarse a la mar. Yo lo haría, señor.

–Quizá –suspiró Bulla, después de una pausa–. Pero no lo sabemos con certeza; no, sin patrullar nosotros mismos la zona. A menos que alguien tenga una idea mejor...

Miró a su alrededor, buscando en los rostros de los demás piratas. Pero nadie se atrevió a cuestionar el juicio de su capitán, y al cabo de una pausa éste inclinó la cabeza.

–Entonces queda decidido. Nos dirigiremos a Dirraquio. ¡Telémaco!

–¿Sí, capitán?

–Coge a los marineros que sobran y ayuda a Cástor a cargar los suministros en la bodega del barco. Que sea rápido. Tenemos que izar las velas antes de que cambie el viento.

–¿Y qué hacemos con ellos? –preguntó Leito, señalando a los prisioneros agrupados junto a la proa.

Antes de que Bulla pudiera responder, Virbio se adelantó y se aclaró la garganta.

–Quizá deberíamos soltarlos, capitán.

Bulla arrugó la frente.

–¿Por qué?

–Porque no nos sirven para nada. Míralos. La mayoría son sólo pasajeros. Apenas hay un marinero decente entre ellos. No necesitamos más bocas que alimentar. Dada la situación que tenemos con los suministros...

–Sería mucho más fácil matarlos –murmuró Bulla.

–Sí, capitán, lo sería –continuó Virbio–. Pero ¿por qué arriesgarnos a cabrear más a los romanos de lo que ya lo hemos hecho?

Bulla pensó brevemente, y al fin asintió.

–Bien. Apresad a los que sean marineros, a cualquiera que parezca que tenga alguna habilidad. A los demás los dejamos. –Y, sin más, se dio la vuelta y se dirigió hacia el Tridente de Poseidón.

Virbio vio alejarse al capitán por un momento, y luego se volvió hacia uno de los oficiales y le ordenó que reuniese a los marineros del mercante. Entonces cogió a Lúculo y fue con él hasta el camarote de popa.

–Vamos. A ver si tienes algún mapa útil, amigo.

Geras se acercó a Telémaco con expresión seria.

–Me pregunto a qué jugará este...

–¿Virbio? ¿Qué quieres decir? –Telémaco miró a su camarada.

–Es uno de los viejos amigos de Héctor. No es propio de él tratar bien a los prisioneros.

–¿Crees que trama algo?

–Ni idea. Pero no confío en él más que en un escorpión, la verdad.

–No podemos preocuparnos de él ahora –exclamó Telémaco, irritado–. Tenemos problemas más graves en los que pensar.

–¿Como tropezarnos con Agrio? Parece un tipo realmente duro de roer.

–Pensaba más bien en nuestras posibilidades de encontrar algo de botín.

Geras dedicó a su amigo una mirada interrogativa, esperando que siguiera hablando. Telémaco miró a su alrededor para asegurarse de que nadie lo escuchaba antes de continuar.

–Ya has oído lo que ha dicho el capitán. Canis está cerrando nuestro territorio de caza. Si sigue así, nuestros días de atrapar presas fáciles habrán terminado.

–Encontraremos algo, chico. Siempre lo hacemos.

–¿Y si no es así? ¿Entonces qué?

–Pues no lo sé –suspiró Geras–. Pero tienes razón. Nos estamos quedando sin opciones. Roguemos a la Fortuna que Bulla sepa lo hace. De otro modo, estaremos bien jodidos.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

El sol de principios del verano ya se había elevado por encima del horizonte. Brillaba con fuerza, iluminando la niebla acuosa y revelando una serie de imponentes acantilados grises en la distancia, cuando los piratas se acercaron a Dirraquio. Telémaco se apoyó en la barandilla y miró hacia lo lejos, a la costa irregular. El Tridente de Poseidón había salido de su fondeadero al amanecer, para continuar su viaje hacia el sur, sin aventurarse lejos de la costa. Manteniendo tierra siempre a la vista, la tripulación del Tridente tenía mayores posibilidades de avistar a algún mercante que fuese siguiendo la costa, o bien que saliera de algún fondeadero remoto.

–Nos aproximaremos a Dirraquio bastante pronto –anunció Leito, guiñando los ojos a las colinas rocosas que había al este–. Otro día más o así, calculo.

–¿Piensas que tendremos más suerte que aquí? –le preguntó Telémaco, volviéndose hacia Geras. Su camarada estaba junto a él, con la frente profundamente arrugada, examinando el horizonte.

–¿Quién sabe? –replicó Geras, en tono bajo–. No puede ser mucho peor de lo que ya hemos vivido hasta ahora.

Telémaco asintió. Habían pasado diez días desde que pusieron rumbo a Dirraquio. Como los días de verano eran más largos, podían pasar más tiempo en el mar y habían progresado mucho en su camino; alcanzaron el puerto de Agruvio la tercera tarde. Pero desde entonces no habían visto apenas velas. La tarde anterior habían avistado dos barcos, pero los dos huyeron antes de que pudieran darles caza.

Sin embargo, los hombres estaban muy ocupados: bien en la arboladura, reparando velas y reemplazando cabos desgastados, bien frotando la cubierta y lavando las túnicas con agua de mar. Pero, a pesar de todos los esfuerzos de Bulla, la tripulación estaba inquieta, y su humor había empeorado mucho ante la escasez de

agua. Recientemente había llovido muy poco y, como la mayoría de las corrientes y ríos estaban secos, la tripulación no había podido rellenar sus suministros cuando por la noche bajaban a tierra. Los barriles estaban peligrosamente vacíos y, después de consultar a Cástor, el intendente de a bordo, Bulla se vio obligado a imponer un racionamiento estricto.

–¿Por qué esos barcos dan la vuelta y huyen, sin preocuparse por averiguar quiénes somos? –preguntó Telémaco.

Geras se encogió de hombros.

–Los capitanes mercantes son muy suspicaces. Es cosa del territorio, especialmente cuando saben que hay piratas bordeando la costa.

–No. Es algo más. No suelen huir sin más sin comprobar al menos si la otra vela es amistosa o no. Algo ha hecho que entren en pánico.

–¿Y qué crees que puede ser?

–Quizás alguna de las otras tripulaciones piratas haya tenido la misma idea que nosotros. Los que operan al norte habrán oído hablar de los convoyes a estas alturas. Algunos de ellos quizá se nos hayan adelantado por aquí. Lo suficiente para asustar a todos los barcos mercantes, al menos.

–Hay una explicación más sencilla, claro.

Telémaco dirigió una mirada de consideración a su amigo.

–¿Agrio?

Geras asintió.

–Odio decirlo, pero Virbio quizá tenga razón. Si Agrio es tan temido como dice todo el mundo, habrá despejado el mar de cualquier presa decente.

–¿Lo crees de verdad?

–Serví en muchos barcos mercantes, en mis tiempos. Sé cómo piensan los capitanes. No arriesgarán el viaje si existe la menor posibilidad de topar con algún capitán pirata asesino.

–Encontraremos algo. Tenemos que encontrarlo.

–Eso espero –murmuró Cástsor–. Ya hemos tenido que poner a los chicos a media ración de agua. Unos días más sin presas, y nos veremos obligados a abandonar y volver a la ciudadela.

–Y eso no le va a gustar nada a Bulla.

Cástor abrió la boca para responder, pero la cerró de repente, familiarizado ya con el temperamento del segundo de a bordo, sabiendo que en esas ocasiones era mucho mejor dejarlo solo. La incapacidad de dar con alguna presa buena estaba empezando a afectar a Telémaco, agudamente consciente del hecho de que había sido él quien sugirió navegar hacia Dirraquio.

No era el único en notar aquella tensión. Bulla también estaba de muy mal humor los últimos días. Aquella misma mañana, Telémaco había dado su informe habitual al capitán y, en la oscuridad de su camarote privado, le sorprendió comprobar lo cansado que parecía el capitán. Notó un agudo pinchazo de ansiedad al darse cuenta de que el jefe pirata podía perder su mando, a menos que mejorase la suerte del barco. Si tal cosa ocurría, habría una intensa lucha para decidir quién lo reemplazaría. La espantosa idea de que uno de sus enemigos se convirtiera en el nuevo capitán amargó sus pensamientos todo aquel día.

Cuando llegó la noche, la tripulación echó el ancla en una estrecha bahía al sur de las altas montañas que rodeaban Olcinio. Se encendieron unas hogueras a lo largo de la playa, y los hombres masticaron silenciosamente sus magras raciones de cordero salado y pan duro, mientras Virbio instruía a los prisioneros a bordo del Delphinus en el manejo básico de la espada. A los hombres recién alistados no se les podían confiar todavía espadas reales, y tenían que usar unas armas de entrenamiento de madera para practicar con ellas, hasta que Bulla estuviera seguro de su lealtad.

Geras y Leito bebían con ganas de sus recipientes de piel, pero Telémaco estaba muy pensativo y miraba ausente las llamas, sentado junto a sus dos compañeros.

Geras se acabó el vino y chasqueó los labios.

–Al menos ese cascarón con el que dimos llevaba un vino decente a bordo. Aunque no pueda competir con un ánfora de vino mendeo.

–Si tú lo dices... –dijo Telémaco.

Geras inclinó la cabeza a un lado y miró a su amigo.

–¿Algo va mal? Apenas has tocado el vino.

–Toma. Te lo puedes beber.

–¿Estás seguro?

Telémaco asintió.

–Pues lo acepto. Salud. –Geras tomó el recipiente y dio un largo trago. Luego examinó más de cerca a su amigo–. ¿Qué crees que pasará, si no encontramos algo en los próximos días?

Telémaco pensó un momento, y luego dio su respuesta.

–Sólo puede pasar una cosa: que tendremos que encontrar otras aguas donde buscar presas.

–¿Pero dónde? Ya hemos visto que apenas había presas por aquí, con Canis llevando ese servicio de convoy. ¿A dónde podemos ir?

Telémaco se encogió de hombros.

–No lo sé, Geras.

Leito miró su vaso.

–Quizá sea hora de encontrar una nueva base. Algún sitio que esté lejos de ese hijo de puta de Canis.

–¿Abandonar Petrapylae? –Geras parecía asombrado–. Debes de estar bromeando...

–¿Y qué remedio nos queda, si no? Tú mismo has dicho que nos estamos quedando sin opciones en este trecho de costa. –Telémaco suspiró y meneó la cabeza.

–No es tan sencillo. Nos ha costado una barbaridad encontrar Petrapylae. Si nos vamos, ¿cuánto tiempo crees que tardaremos en encontrar otro sitio decente? Podrían pasar meses. Más aún.

–Sería mejor que quedarnos por aquí sin hacer nada –dijo Leito.

Geras hinchó las mejillas.

–Pues estamos jodidos si nos quedamos, y jodidos si nos vamos, ¿no?

–Más o menos, así son las cosas –replicó Leito.

–Por los dioses, hay veces que deseo estar de vuelta en el Selene. La comida era una mierda y la paga otra, pero al menos era seguro. No me extraña que los hombres estén descontentos.

–Ése es problema del capitán, no nuestro. Para eso se lleva la mayor parte del botín. Corresponden a Bulla los asuntos más difíciles.

–Por ahora –dijo Telémaco, en voz baja.

Geras se quedó mirándolo.

–¿Crees que el capitán está en peligro?

El joven segundo de a bordo guardó silencio un instante, ante la mirada de sus dos compañeros, pero al fin respondió:

–Creo que hay quien entre la tripulación está deseando tener una oportunidad para desafiar su autoridad. Ahora mismo están esperando su momento, pero la única forma de que se calmen del todo es encontrar una presa grande. Si no es así...

Dudó. Geras miró su vaso de vino y asintió, solemne.

–Esperemos que su suerte cambie pronto, entonces. Por nuestro bien.

Justo entonces, Telémaco oyó un torrente de maldiciones procedentes de la playa. Miró hacia allí, y vio que Virbio gritaba furioso a uno de los marineros que luchaban en parejas.

–¿A eso lo llamas estocada? –El nervudo pirata hizo un gesto a la espada de madera de entrenamiento que sujetaba el hombre–. ¡He visto a algún depilador de axilas luchar mejor que tú, mierda inútil!

Virbio extendió el brazo y empujó al hombre hacia atrás. El corpulento joven perdió pie, gruñendo, y cayó de espaldas sobre los guijarros. Antes de que pudiera escabullirse, Virbio se adelantó y comenzó a patearlo en las costillas y en la cara.

–¡Basura! –rezongaba–. ¡No vales para ser pirata!

Telémaco apretó las mandíbulas al ver aquello. Virbio había maltratado a los nuevos reclutas desde el principio, pegándolos mientras limpiaban las cubiertas o halaban las escotas. Pero tenía mucho cuidado de no hacerlo demasiado delante de Bulla. Telémaco miró a su alrededor; el capitán ya había desaparecido en su camarote para dormir. Se levantó cansadamente y marchó por la playa, hacia los dos hombres, mientras Virbio asestaba otra serie de golpes al marinero.

–Ya ha tenido bastante –dijo, señalando al recluta–. Déjalo.

–No es asunto tuyo –exclamó Virbio.

–Se supone que tienes que entrenar a estos hombres, no darles una paliza y dejarlos medio muertos.

Virbio bufó con desdén.

–Este gilipollas inútil necesita un buen puntapié en el culo. Es demasiado blando. Tendríamos que haberlo tirado por la borda cuando tuvimos oportunidad.

Telémaco miró al marinero, que se ponía de pie con dificultad. Tenía varios hematomas en los brazos y la cara, además de los golpes que acababa de recibir.

–Próculo, ¿verdad?

–Sí..., señor –respondió el hombre, con voz débil.

–¿Cómo te has hecho esas heridas, Próculo?

Hubo una pausa, y el marinero miró a Virbio. Éste se rascó el codo y se removió, inquieto.

–Resbalé, señor. Mientras limpiaba.

–Ya veo –dijo Telémaco. Dirigió la mirada hacia Virbio y lo examinó de cerca–. A partir de ahora lo entrenarás como es debido. Y eso vale para el resto de los reclutas. Estos hombres no nos servirán para nada si están demasiado heridos o cansados para luchar.

–Te olvidas de tu posición, chico –respondió Virbio–. Yo estoy a cargo de entrenar a estos cabrones, y los trataré como me dé la gana...

–Harás lo que yo te digo, o si no veremos lo que tiene que decir Bulla al respecto.

Virbio se echó a reír.

–¿Me estás amenazando, chico?

–No –respondió Telémaco, con voz neutra–. Te estoy dando una orden.

–Una mierda. Yo no recibo órdenes de jovencitos.

–Soy tu oficial superior. Harás lo que te digo, o si no haré que te encadenen por insubordinación.

–No creo que lo hagas –bufó Virbio.

Telémaco mantuvo el terreno y tensó los músculos.

–¿Quieres probar? Ya viste cómo fueron las cosas para Héctor. ¿O quieres sufrir el mismo destino que él?

Por un momento, Virbio vaciló. Vio la determinación que se transparentaba en los ojos de Telémaco, y entonces retrocedió.

–Está bien. Que sea como tú dices. Pero yo no me acostumbraría demasiado a ser el favorito de Bulla, si estuviera en tu lugar. Hay muchos de la tripulación que no han olvidado lo que le hiciste a Héctor.

–¿Y eso se supone que tiene que darme miedo?

–Simplemente te digo lo que hay. Vigila, chico. Quizás un día de éstos alguien se vengue de ti.

–¿Eso crees? –Telémaco sonreía fríamente.

–Ya lo veremos, ¿no? –Virbio le dirigió una última mirada, y luego se volvió para encararse a los nuevos reclutas–. ¿Qué estáis mirando, mujerzuelas? ¡A seguir entrenándoos con la espada, todos!

Los hombres reemprendieron sus combates individuales, mientras Próculo recogía la espada caída y se tocaba las costillas magulladas con la otra mano. Telémaco se quedó allí un momento más, y al poco volvió hacia las fogatas. El sordo crujido de la madera chocando contra la madera siguió haciendo eco en la playa, mientras llegaba hasta donde lo esperaban sus compañeros.

Geras lo miró con preocupación.

–¿Haciendo amigos otra vez?

Telémaco se encogió de hombros, impotente.

–Ya andamos faltos de personal. No tiene sentido dejar que empeore la situación.

–Tal vez, pero sería mejor que no hicieras enfadar a Virbio. Al menos, más de lo que lo has hecho ya.

–Si estás preocupado por mi seguridad, no tienes por qué. Sé cuidar de mí mismo.

* * *

A la mañana siguiente, el Tridente de Poseidón salió de la bahía con rumbo a Dirraquio. Soplaba una cálida brisa del norte, que llenaba la vela, mientras el buque subía y bajaba con las olas. A los hombres se les había permitido tomar un ligero desayuno a base de pan y agua, y todos los marineros no ocupados estaban ahora alineados junto a las barandillas, anhelantes por reclamar el premio de media cuota extra prometida por Bulla para el primer hombre que avistase una vela.

A medida que el sol ascendía, el viento se hacía más intenso y nubes grises se espesaban en el cielo. Bulla pidió a la tripulación que arrizara las velas. Leito estaba de pie junto a Telémaco, vigilando las jarcias con ojos inquietos.

–Tendremos que rezar para que el tiempo no empeore. Pasaremos pronto junto al cabo Timoris.

Telémaco miró al viejo pirata, recordando el nombre del cabo de sus días como grumete.

–¿Es tan malo ese cabo como dice todo el mundo?

–¿Malo? –Leito se echó a reír–. Es la zona peor y con más naufragios a lo largo de toda la costa iliria. Todos los capitanes que merecen tal nombre conocen el peligro de navegar demasiado cerca de esa punta.

–¿Y qué haremos nosotros?

–Pues lo que hace todo el mundo: pasar lejos del cabo, para capearlo bien, y confiar en no tropezarnos con una borrasca.

–¡Vela a la vista! –gritó el vigía–. ¡Veo una, capitán! ¡Por allí!

Todos los marineros de cubierta miraron simultáneamente hacia el joven pirata que estaba encima de la yarda. Éste señalaba entusiasmado hacia lo lejos, hacia el horizonte, apenas capaz de contener su emoción. Bulla echó la cabeza hacia atrás y gritó:

–¿Qué ves, Longaro? Informa tranquilo, chico.

Hubo una pausa, y entonces Longaro volvió a gritar, esta vez con un tono más contenido:

–Está por la amura de babor, capitán. A unas cinco millas más o menos, y dirigiéndose hacia nuestra proa.

Bulla fue hasta la barandilla, con Telémaco a su lado. Basso y otros se unieron a ellos unos minutos más tarde, poniéndose de puntillas para mirar hacia el horizonte. Al principio Telémaco no vio nada, pero de repente Basso levantó un brazo.

–¡Allí! –gritó.

Telémaco esforzó la vista en la dirección que indicaba el tracio. Por encima de las olas, captó una diminuta sombra oscura, apenas discernible, en el horizonte.

–¿Barco de guerra romano? –se preguntó Geras.

Telémaco negó con la cabeza.

–Aquí no. Las patrullas estarán muy atareadas al norte.

–¿Puedes ver algo más? –gritó Bulla.

Longaro oteó el horizonte unos momentos más, y luego replicó:

–Ya se ve el casco. Demasiado grande para ser un barco de pesca. Parece un mercante, capitán.

Voces llenas de emoción recorrieron la cubierta del Tridente. Cástor sonrió.

–Parece que los dioses nos favorecen, después de todo.

–Qué hijo de puta afortunado –murmuró Geras, mientras miraba envidioso al vigía–. Tendrá media cuota extra por haber avistado el barco...

Un momento más tarde, Longaro volvió a chillar, señalando en la misma dirección del mercante todavía invisible.

–¡Capitán, otra vela!

El parloteo de la cubierta cesó, y Bulla se quedó mirando el horizonte. Al cabo de unos momentos se rindió e inclinó la cabeza de nuevo hacia el vigía.

–¿Qué es lo que distingues?

–Quizás esté a una milla más allá del primer barco, capitán. En la misma dirección.

La cara de Geras se iluminó.

–¿Otro buque de carga?

Pero antes de que nadie pudiera responder, Longaro llamó una vez más. Esta vez había una clara nota de ansiedad en su voz.

–Ya lo veo con más claridad. Es más pequeño que el mercante, capitán. Y lleva un gallardete negro...

–¿Negro? –Bulla juntó las cejas–. ¿Estás seguro?

–Sí. Es negro, desde luego.

–Piratas. –Geras miró a Telémaco–. Parece que tú tenías razón. No somos los únicos que andamos de caza por esta parte.

Telémaco asintió. Los pensamientos corrían por su mente.

–Deben de haber venido desde más lejos, de la costa de Ilírico. Habrán visto a ese mercante dispuesto a pasar por el cabo, y se han puesto a perseguirlo.

–Sean quienes sean, esos hijos de puta lo están dirigiendo justo

hacia nosotros –dijo Bulla. Se enderezó–. Llama a todos los marineros, Telémaco. Lo interceptaremos antes de que la otra tripulación pueda alcanzarlo.

Telémaco se volvió y ordenó a los marineros reunidos en cubierta que ocuparan sus puestos. Entonces, Bulla apremió a Calkas, y el timonel empujó la espadilla, obligando al Tridente a girar la proa hacia el mercante. Al mismo tiempo, desataron las escotas y bracearon las vergas en cruz, hasta que el viento quedó directamente de popa. Telémaco gritó a los marineros que cazaran las escotas, y el buque pronto salió disparado. El Tridente empezaba la caza de su presa.

–¡El mercante ha cambiado de rumbo, capitán! –chilló el vigía.

Bulla automáticamente miró hacia el horizonte. Telémaco siguió su mirada. Muy lejos, el barco de carga daba bandazos, con la proa apartándose del Tridente.

–Su capitán corre con el viento, capitán –observó.

–No irá muy lejos –dijo Bulla, con una expresión decidida en el rostro–. Vamos demasiado rápidos para ellos.

Telémaco asintió, captando enseguida la situación en la que se encontraba el mercante. Con el otro barco pirata cortándole el camino de seguro hacia la costa, su única oportunidad había sido huir hacia Apulia, para buscar refugio en Brundisio. Pero, como el Tridente de Poseidón le impedía ir en dirección del mar, ahora se veían atrapados por ambos lados.

–¡El otro barco ha alterado el rumbo también! –gritó el vigía–. Se está acercando para interceptar al mercante desde tierra, capitán.

–Muy bien. Ahora ya no tiene dónde huir. –Bulla se volvió y se encaró con Telémaco–. Necesitaremos abordar a la presa tan pronto como estemos de costado. Quiero que la tripulación pase la carga con toda seguridad al Tridente antes de que el otro pirata pueda intervenir. Que los hombres estén dispuestos.

–Sí, capitán.

Telémaco aulló órdenes y a toda prisa se reunió en la cubierta de proa la partida de abordaje. Los piratas equipados con proyectiles se colocaron cerca, y los demás buscaban sus posiciones junto a los ganchos de abordaje. Bulla se dirigió a su puesto, junto al timonel, desde donde podía vigilar con cuidado el rumbo del Tridente y la distancia con la presa. Con la tripulación ya en posición, Telémaco se unió a los que estaban junto a la barandilla, buscando la primera señal de la otra embarcación pirata.

Poco después se oyó un grito de uno de los oficiales, y Telémaco captó un atisbo de una vela triangular, muy lejos, hacia tierra.

–¿Crees que llegaremos allí antes que el otro barco? –preguntó, mirando a Leito.

El veterano se rascó la mandíbula veteada de gris.

–Será muy reñido. Pero nosotros estamos más cerca que ellos, y no parece que vaya tan de barlovento como este pájaro nuestro. Yo apostaría a que nosotros llegamos primero.

La caza continuaba. Rápidamente el Tridente de Poseidón estuvo a menos de media milla del mercante, los dos barcos iban convergiendo lentamente. Telémaco notó un cálido pinchazo de emoción ante la perspectiva de apoderarse de algún botín, después de semanas de caza sin éxito. Miró hacia el lado de tierra, y se sorprendió al ver que el otro barco pirata también se había acercado mucho; la brisa tensaba su oscura vela como un tambor, manteniendo su rumbo. Su tripulación había usado los remos largos, en un intento de acercarse más rápido, pero, a pesar de todos los esfuerzos de su capitán, era obvio para Telémaco que el Tridente alcanzaría primero al mercante.

Geras se frotaba las manos con ilusión.

–Ahora ya los tenemos cogidos por las pelotas. Y trae un buen botín, por lo que parece.

Y señaló más allá de la proa. Telémaco miró a la presa; se dio cuenta de que el buque navegaba muy hundido en el agua, por lo

que debía tener la bodega repleta de carga.

–¿Qué crees que llevará? –preguntó.

–Pues, sea lo que sea, tendremos que capturarlo antes de que lo coja la otra tripulación.

El sol irrumpió de repente entre las nubes dispersas. Un coro de frenéticos gritos resonó delante del mástil. Telémaco examinaba el mercante, en cuya cubierta habían aparecido varios cascos relucientes. Se volvió hacia Geras.

–¡Mira! ¡Allí!

Geras lo vio también, y su rostro reflejó la conmoción que sentía.

–Joder...

Una multitud de hombres fuertemente armados y vestidos con túnicas sencillas, llevando espadas cortas y escudos de estilo legionario, se apiñaba en la cubierta del buque de carga. Algunos de ellos portaban jabalinas, mientras que otros organizaban la defensa del buque, chillando órdenes y animando a los marineros. Telémaco contó al menos veinte hombres armados. Más que suficientes para resistir a la tripulación del Tridente.

–¿Soldados? –se preguntó en voz alta.

Geras miró las figuras y meneó la cabeza.

–Parece que son infantes de marina, diría yo.

–¿Y qué hacen en un buque mercante?

–Igual son guardias contratados. Pronto lo averiguaremos.

Bulla chilló al timonel, y Calkas arrojó todo su peso contra la espadilla. Telémaco oyó el crujido de las maderas cuando sacaron los remos largos, y unos momentos más tarde las palas empezaron a hundirse en el mar, para llevar al Tridente más cerca del costado derecho del mercante. Una mirada hacia el este le confirmó que el

otro barco pirata también había cambiado de rumbo, queriendo apoderarse de la carga por el lado izquierdo.

El mercante cambió de dirección abruptamente, y se dirigió hacia el Tridente en ángulo. Estaba a menos de cincuenta pasos, ahora mismo, estimó Telémaco.

–¿Qué se propone su capitán? –preguntó Geras–. ¿Por qué pone rumbo hacia nosotros?

Una voz trajo por encima del mar una orden gritada en la cubierta del mercante. Telémaco captó las intenciones de los defensores un instante antes de que una lluvia de proyectiles oscuros apareciera en el cielo.

Se llevó las manos en torno a la boca y gritó:

–¡A cubierto!

CAPÍTULO TREINTA

Hubo una terrible pausa mientras los proyectiles parecían quedar colgados en el aire por un momento, para luego caer con estrépito sobre cubierta, astillando los escudos de los piratas. Más allá del borde de su escudo, Telémaco vio que un pirata se desplomaba cuando una jabalina lo ensartaba en el muslo por debajo de su escudo. Dos hombres corrieron hacia su camarada y lo arrastraron lejos, momentos antes de que otra jabalina diera en el mismo sitio; quedó clavada en las maderas, temblorosa. Sonaron muchos gritos cuando más hombres fueron alcanzados por las lanzas mortales o quedaban inutilizados por los tiros de las hondas, pero la mayoría de los piratas habían conseguido refugiarse detrás de los escudos.

La voz de Bulla se transmitió a través de la cubierta, por encima de los gritos de los heridos.

–¡Poned a trabajar a los arqueros!

Telémaco transmitió la orden, chillando para hacerse oír. Éstos colocaron sus flechas, apuntaron y dispararon hacia la cubierta del mercante. Unas cuantas no consiguieron su objetivo, sino que se quedaron en el estrecho canal de agua que quedaba entre ambos buques. Pero la mayoría dieron en el blanco, y golpearon los escudos que los defensores habían levantado a toda prisa por encima de sus cabezas. Cuando dos marineros cayeron heridos, la tripulación del Tridente exclamó en vítores.

Los dos lados continuaron intercambiando andanadas. Entretanto, Bulla daba la orden de meter los remos largos, y el Tridente se acercaba por la amura de estribor al mercante. Cuando los dos barcos estaban casi al mismo nivel, se adelantó desde la popa y exclamó:

–¡Arrojad los ganchos de abordaje!

Los marineros volvieron a sus puestos, cogieron los ganchos

puntiagudos y los lanzaron por el aire. En cuanto los pinchos hubieron mordido la barandilla del mercante, empezaron a halar de los cabos, acercando más al Tridente. Detrás de ellos, la partida de abordaje se apiñaba en torno al mástil, esperando el momento de saltar al otro barco y lanzarse contra los defensores.

–¡Tirad! ¡Inútiles, cabrones! –rugió Telémaco–. ¡Tirad!

Un ruido ronco hendió el aire cuando un grupo de honderos lanzaron sus mortales proyectiles a los piratas que tiraban de los cabos de abordaje del Tridente. No podían defenderse de aquella andanada, y el pirata que estaba justo delante de Telémaco cayó hacia atrás cuando uno de los proyectiles le dio en un lado de la cabeza y le destrozó la mandíbula. El hombre dejó escapar un gemido gutural de dolor, y el cabo que había estado sujetando se aflojó al verse suelto.

Telémaco se volvió a los arqueros que estaban en la cubierta de proa.

–¡Ahí! –rugió, señalando con el brazo de la espada a los honderos–. ¡Abatid a ésos!

Los arqueros ajustaron su puntería y soltaron un torrente de flechas hacia los objetivos que les había señalado Telémaco. Dieron a uno, y obligaron a los demás honderos a ponerse a cubierto o a retirarse entre las filas de los otros defensores bajo la lluvia torrencial de proyectiles. Entonces, Telémaco miró a los tripulantes que tenía a su derecha.

–¡Basso! –chilló, indicando el gancho de abordaje que estaba justo delante del hombre con la mandíbula destrozada–. ¡Ocupa el sitio de ese hombre! ¡Vamos!

El robusto tracio dudó brevemente, pero enseguida corrió hacia delante y agarró el cabo, movido por la perspectiva de una parte en el botín del mercante.

En proa, los hombres se mantenían firmes bajo la lluvia de proyectiles, mientras Basso y los demás iban tensando y tirando de los cabos de abordaje. En cuanto los barcos estuvieron abarloados,

los piratas ataron los cabos a las cornamusas de madera y agarraron sus armas, preparándose, mientras los que no iban a participar en el abordaje dejaban que volasen las escotas de mayor. Hubo tiempo para que los arqueros lanzaran una última andanada antes de que Bulla levantara su espada curva y gritara:

–¡Vamos! ¡Vamos! ¡Moveos!

Y se lanzaron al abordaje. Cuando el primer hombre trepó por la barandilla, uno de los marineros del mercante le lanzó una jabalina. La punta penetró en sus tripas, y el pirata dejó escapar un respingo de dolor y cayó por el estrecho hueco entre ambos barcos. Próculo y el resto de nuevos reclutas se quedaron helados al borde de la barandilla, mirando hacia abajo con terror; el cuerpo del pirata se veía allí, aplastado entre los cascos.

Rechinando los dientes, Telémaco trepó por la borda, justo cuando una flecha suelta siseaba a su lado.

–¡Vamos! ¿A qué estáis esperando, a una invitación del emperador?

Y sin más se lanzó a través del hueco, aterrizando de golpe en la cubierta del mercante. Entonces Próculo y los demás empezaron a ir tras él, inspirados por la intrepidez del segundo de a bordo.

Sin espera alguna, Telémaco cargó hacia sus defensores. No detenidos ya por el fuego de proyectiles, éstos corrían a enfrentarse con la partida de abordaje en la barandilla. Los soldados dirigían desde delante, con los marineros peor armados detrás de ellos. Los defensores no mostraban el habitual temor o preocupación de los marineros frente a una banda de piratas, y Telémaco sabía que los hombres del Tridente de Poseidón iban a tener que luchar encarnizadamente.

–¡No os paréis! –chilló a los demás–. ¡A por ellos, chicos!

Bajó el hombro y cargó hacia el defensor más cercano, muy fornido y con el pelo muy corto; llevaba una espada corta y un escudo de legionario. El romano bajó la cabeza y embistió a su oponente, y Telémaco notó un impacto estremecedor cuando los

escudos chocaron, el suyo más pequeño, quitándole todo el impulso. Trastabilló hacia atrás, y sólo se recuperó a tiempo de ver la brillante punta de una espada. El romano le lanzaba una estocada a la garganta.

Telémaco levantó el brazo derecho y paró el golpe con el borde de su falcata. El romano echó la espada hacia atrás; una breve mirada de sorpresa atravesó su rostro al comprobar lo rápidos que eran los reflejos de su oponente. Volvió a atacar, apuñalando el costado de Telémaco, quien esta vez vio venir el movimiento y movió el escudo para desviar el golpe, arrojándose inmediatamente después hacia delante antes de que el romano pudiera retirarse, de modo que lo golpeó en el rostro con el borde de su escudo. El romano dejó escapar un rugido cuando el borde de metal le rompió el puente de la nariz. Se tambaleó hacia atrás, entumecido por el impacto y el dolor, y Telémaco cortó entonces el cuello de su oponente con furia. El romano cayó de rodillas, con la sangre saliendo por la herida.

Telémaco se alejó y miró a su alrededor. Se oían por todas partes maldiciones y gritos, y el áspero choque de las espadas impactando contra los escudos. Entre la refriega, varios tripulantes del Tridente yacían ya en cubierta. El enfrentamiento parecía bastante igualado hasta el momento, los defensores mantenían el terreno. Un par de marineros arrojaron miradas de soslayo al segundo barco pirata que seguía acercándose a ellos por babor, pero la mayoría no le prestaban atención, porque estaban peleando por su vida.

Telémaco oyó un desafío a su derecha. Giró en redondo y se topó cara a cara con un nubio bajo y muy grueso, armado con un hacha, que cargaba hacia él. La sangre relucía en la cabeza del hacha, mientras el nubio la hacía girar a su alrededor. Con un movimiento veloz, la descargó hacia el cráneo de Telémaco. Éste, en el último momento, se puso en cuclillas y levantó el escudo. Un dolor intenso le recorrió el brazo cuando el hacha se enterró en él, clavándose con fuerza en la madera. Rechinando los dientes por el dolor, atacó con la espada, cortando a través de la tela y la carne y abriendo una herida poco honda en el estómago del nubio. Al parecer, el corte no hizo otra cosa que ponerlo más furioso; arrancó

su arma del escudo y luego se apartó, con los rasgos retorcidos de rabia.

El nubio volvió a atacar de nuevo, arrojando todo su peso de golpe, y abatió el hacha sujetándola con las dos manos. Telémaco dio un paso al lado justo a tiempo; la cabeza del hacha rebotó en el borde del escudo y luego astilló la cubierta. El nubio recuperó el arma mientras golpeaba con el hombro el pecho de Telémaco, que quedó apretado contra la borda. Una sonrisa de triunfo apareció en los labios del nubio.

–¡Ya no te puedes escapar, escoria!

Justo entonces, una sombra oscura pasó por encima del mercante. La otra embarcación pirata se había amurado a ellos, y las cuadernas temblaron cuando chocó contra el bao, arrojando a algunos de los hombres al suelo. Pillado por sorpresa, un marinero cercano perdió pie y cayó sobre el nubio. Ambos hombres se derrumbaron sobre la cubierta, en un revoltijo de miembros y armas, y el hacha del nubio resbaló por las tablas y quedó fuera de su alcance.

Un par de piratas se abalanzaron sobre él, antes de que se moviera, y lo acuchillaron salvajemente en el torso.

Un instante más tarde, los ganchos del segundo barco pirata salieron disparados a través del estrecho hueco entre ambos barcos, y, tras tirar de ellos, quedaron clavados en la barandilla del mercante. Algunos de los defensores gritaron para advertir a sus camaradas, pero ya los piratas más adelantados saltaban por encima de la barandilla y cargaron hacia los defensores como una masa aullante. Varios de los romanos giraron en redondo para ocuparse de esa amenaza, pero muchos otros tardaron en responder, y fueron abatidos por las puntas de espada y de lanza próximas.

–¡Eso es! –rugía Bulla–. ¡Ya los tenemos! ¡Acabemos el trabajo!

La confusión y el pánico se apoderaron de los defensores, que se reagruparon en torno al mástil mientras ambas tripulaciones piratas les marcaban su ventaja. Más hombres armados saltaban ya del otro barco pirata, asesinando a todo aquel que intentaba

resistirse. Pronto sólo quedaron un puñado de defensores, y la mayoría tiraron las armas, al darse cuenta de que no tenían posibilidad alguna de victoria. Un par de los que capitulaban murieron bajo las armas de aquellos que todavía estaban poseídos por la locura del combate, y sólo un grito de Bulla acabó por convencer a su tripulación de que no matara a los supervivientes.

Sus hombres, de mala gana, se apartaron del mástil, dejando un espacio entre los hombres del Tridente y los del segundo barco pirata. Las dos tripulaciones se miraron la una a la otra con suspicacia mutua, ninguno de los dos bandos se decidía a bajar sus armas. Entonces, alguien del otro lado gritó que le dejaran paso. Las filas se movieron rápidamente y un hombre esbelto y con el pelo oscuro se adelantó. A cada lado de su rostro, bajo el negro casquete, brillaban unos pendientes de oro. Examinó un momento a los hombres que tenía enfrente.

–¿Quién es vuestro capitán? –preguntó al cabo.

–Soy yo –anunció Bulla, dando un paso al frente–. Me llamo Bulla, y soy el capitán del Tridente de Poseidón.

–¿Bulla? –El otro pirata frunció los labios y asintió–. Sí, he oído ese nombre antes. Tú eres el que dio una paliza a la gente de Néstor.

–Sí. Somos nosotros. ¿Y tú quién eres?

El otro capitán sonrió apenas.

–Quizás hayas oído hablar de mí también. Me llamo Agrio. Comandante del Pegaso. A tu servicio.

Una expresión de sorpresa pasó por el rostro de Bulla al oír el nombre de Agrio, y varios de los hombres del Tridente intercambiaron miradas nerviosas.

Telémaco mantenía los ojos clavados en la tripulación del Pegaso como precaución, mientras su comandante daba unos pasos hacia delante. Agrio miró la pila de cuerpos que se encontraban a su alrededor en cubierta, y luego volvió su mirada hacia Bulla.

–Parece que hemos llegado justo a tiempo, capitán. Un poco más, y tú y tus hombres habríais estado acabados.

–Ya los teníamos casi derrotados –respondió Bulla–. Pero reconozco que nos han hecho luchar mucho.

–No me sorprende, dado que nos tenemos que enfrentar con mercenarios.

–¿Mercenarios? –Telémaco levantó una ceja.

Agrio señaló con la mano a uno de los romanos muertos.

–Los barcos de por aquí ya viajan con protección. Soldados de marina retirados, legionarios, gladiadores... Cualquiera que sepa manejar una espada. He perdido a unos cuantos hombres últimamente.

–Parece que tendremos que elegir nuestras víctimas más cuidadosamente, a partir de ahora –observó Bulla.

–Pues sí, capitán. Y ahora, si eres tan amable, di a tus hombres que bajen las armas y que regresen al barco. Nosotros seguiremos nuestro camino en cuanto hayamos transferido la carga a nuestra bodega.

Bulla se lo quedó mirando.

–La presa es nuestra. Nosotros lo abordamos primero. La carga nos pertenece.

–Estás equivocado, capitán. Nosotros estábamos cazando a este pájaro mucho antes de que tú aparecieses. Sólo porque hayas intentado robárnoslo delante de nuestras narices no significa que tengas derecho al botín.

–¿Quién ha hablado de robar? Nosotros interceptamos el barco con toda justicia, limpiamente.

Los ojos de Agrio se entrecerraron, hasta quedar convertidos en rendijas.

–No te lo volveré a repetir, capitán. Ordena a tu tripulación que abandone este barco de inmediato.

–No.

Un tenso silencio invadió el mercante, roto sólo por los gritos de los heridos y moribundos. Los piratas que estaban junto a sus capitanes levantaron las armas, esperando su señal para atacar. Entretanto, los supervivientes del mercante se agrupaban aún más junto al mástil, y sus ojos iban de una tripulación pirata a la otra. Por el rabillo del ojo, Telémaco vio que algunos de sus compañeros levantaban los escudos, dispuestos a luchar contra un nuevo enemigo.

Agrio dio otro paso al frente, la mirada fija en Bulla.

–Última oportunidad, capitán: retírate, o lo lamentarás.

–¡Esperad! –gritó Telémaco, metiéndose en el espacio entre ambas tripulaciones.

Todos los ojos de los que estaban en cubierta se volvieron hacia él.

–¿Y quién demonios eres tú? –exigió Agrio.

–Telémaco, señor. Segundo de a bordo del Tridente de Poseidón.

–¿Este chiquillo delgaducho es tu segundo de a bordo? –rio Agrio–. Debes de estar muy desesperado, capitán.

Varios de la tripulación del Pegaso rieron entre ellos. Telémaco les dirigió una dura mirada, y compuso un gesto serio para dirigirse a ambos capitanes.

–¿Por qué no compartimos el botín, en lugar de luchar por él?

Agrio frunció el ceño.

–¿Por qué iba a acceder a eso?

–Los dos podemos reclamar la carga. Quizá ninguno de los dos habría conseguido capturarlo solo. Me parece que una división del botín es la mejor manera de solucionar las cosas.

–¡Bobadas! –gruñó el hombre de barba espesa que estaba a la derecha de Agrio–. ¡No haremos ningún trato con esta escoria! No es justo, capitán. ¡Yo digo que nos los carguemos a todos! ¡Y que cojamos lo que es nuestro!

–¡Silencio! –siseó Agrio a su lugarteniente. Luego se volvió a Telémaco y lo miró detenidamente–. ¿Qué términos sugieres, chico?

–Al cincuenta por ciento. Un reparto equitativo. Eso me parece lo más justo, teniendo en cuenta que ambos hemos desempeñado un papel a la hora de capturar el barco.

–¿Y si nos negamos? –preguntó Agrio.

–Entonces tendréis que ganarnos la batalla para llevaros el botín. Si tenéis suerte, ganaréis. Pero muchos de tus hombres morirán. De esta forma, todos nos vamos con algo, sin derramar más sangre.

–¿Y los supervivientes?

–De lo que llevan, la mitad para cada uno, lo mismo que el resto del botín.

Se hizo un espeso silencio, roto al fin por Bulla un poco después:

–A mí me parece razonable –anunció–. ¿Y bien, Agrio? ¿Qué dices tú?

El capitán del Pegaso se tocó la barbilla, pensativo.

–Resulta tentador. Sí, podemos arreglarlo sin tener que perder más hombres... Muy bien. Acepto el trato, capitán. Esta vez.

Bulla asintió, lleno de alivio.

–Daré la orden a mis chicos de que suban la carga.

Distribuiremos todo el botín en cubierta, junto con las raciones del barco y los supervivientes.

–Demetrio acompañará a tus hombres. –Agrio agitó una mano hacia la figura barbuda que tenía junto a su hombro–. Para asegurarse de que todo está bien a la vista, podríamos decir.

–Como desees.

El mercante se llenó de una febril actividad cuando las dos tripulaciones se dedicaron a sus tareas. Los hombres del Pegaso reunieron a los marineros del mercante, mientras los del Tridente se dirigían a la escotilla para subir el cargamento del barco. Sacaron los rollos de tela, de lana fina y las pieles de la bodega y las dejaron en la cubierta, donde un grupo aparte, dirigido por Demetrio y Cástor, dividió el botín a partes iguales en dos pilas, una para cada barco. La visión de aquellos artículos tan valiosos había puesto de buen humor a ambos grupos de piratas, y la anterior animosidad entre ellos había sido olvidada enseguida.

Cuando sacaron los dos últimos fardos, Demetrio se acercó a los dos capitanes.

–Ya está todo. Hay algunos bloques de mármol en la bodega, pero pesan demasiado para levantarlos.

–Una lástima –dijo Agrio–. El mármol vale una fortuna en estos tiempos. Pero, aun así, el botín es considerable. Di a los hombres que empiecen a transferir nuestra parte, Demetrio.

–Sí, capitán.

El barbudo pirata se encaminó hacia la escotilla de carga, gritando a los otros marineros. Agrio los miró pensativamente mientras empezaban a transportar los primeros bienes al Pegaso.

–Quizás esto se podría convertir en una sociedad más provechosa... –murmuró.

Bulla lo miró con curiosidad.

–¿Qué quieres decir?

–Hemos atrapado a un barco acorralándolo entre los dos. ¿Por qué no repetir el mismo truco?

–¿Me estás proponiendo que cacemos juntos?

–Exacto. Tendríamos más oportunidades de capturar víctimas que navegando por separado.

Bulla negó con la cabeza.

–Mis hombres no accederían nunca a unir mis fuerzas contigo.

–No te sugiero un arreglo permanente –dijo Agrio–. Simplemente que naveguemos juntos durante el resto de la estación. Hasta el invierno como máximo.

–¿Y quién estaría a cargo de esta sociedad? –preguntó Bulla, mirándolo a los ojos.

–Los dos, por supuesto. Tendríamos que acordar qué barcos perseguimos o qué puertos atacamos, y fijar un punto de reunión, por si nuestros buque se separasen. Lo que tomásemos juntos, se dividiría por la mitad.

–Podría funcionar... –comentó Bulla, rascándose la mandíbula–. Pero seguimos teniendo el problema de encontrar navíos que atacar. Cualquier sitio al norte de Epidauro está fuera de toda cuestión.

Agrio escuchó atentamente mientras Bulla le explicaba el plan del convoy que había instigado Canis.

–Tienes razón, capitán –repuso, cuando Bulla hubo terminado–. No existe posibilidad de que podamos atacar la costa norte. Y tampoco hay presas por aquí. Pero quizás hay otra zona que podríamos probar...

–¿Dónde?

–Italia.

Una mirada de alarma relampagueó en el rostro de Bulla.

–¿Por qué íbamos a atacar tan cerca del enemigo?

–Porque la costa italiana está llena de botines, lista para ser saqueada. Ahora que Canis está ocupado persiguiendo a los nuestros al otro lado del Adriático, seguro que encontraremos ricas recompensas por allí.

–Los romanos no dejarían nunca sus costas sin protección –los interrumpió Telémaco–. Ni siquiera Canis es tan idiota.

Agrio lo miró despectivamente.

–Está claro que no conoces a los romanos, chico. Son unos arrogantes. Nunca se imaginarían que alguien se puede atrever a saquear tan cerca de su hogar. Además, sé de buena tinta que Canis ha dejado solamente una fuerza pequeña tras él para custodiar aquella zona.

–¿Quién te lo ha dicho? –preguntó Bulla.

–Mis hombres capturaron un barco, hace unas semanas. Un paquebote naval. No había gran cosa de valor a bordo, pero uno de los soldados nos sirvió de mucha ayuda. En cuanto vio que cortábamos el cuello a sus compañeros, no dudó en cooperar.

Telémaco reprimió un escalofrío.

–¿Y qué os contó?

–Nos habló del plan de Canis de ofrecer un servicio de convoy. También, que la flota de Rávena está en un estado mucho peor de lo que yo pensaba. La escasez de embarcaciones en condiciones de navegar es tan grave que Canis sólo ha podido dejar un puñado de barcos para que defiendan Rávena. Medio escuadrón, para ser exactos. Cinco birremes, más el buque insignia.

–¿Seis? ¿Para defender toda la costa?

–Eso es lo que nos han dicho los romanos. –En los ojos de Agrio se vio chispear un brillo calculador–. Esos birremes tienen instrucciones estrictas de no aventurarse más de un día fuera de Rávena. La costa del sur está, pues, dispuesta para ser saqueada.

Bulla frunció el ceño.

–Si Italia es tan lucrativa, ¿por qué no has navegado ya hacia allí?

–Intentábamos recoger más información. Asegurarnos de que el romano nos decía la verdad y no nos metíamos en una trampa. Lo que me acabas de decir confirma su historia.

–Pero, si atacamos sus costas, enseguida darían noticias a la marina –repuso Telémaco–. Tomarían represalias contra nosotros. No soportarían que su propia costa fuera atacada.

–¿Y qué? Para cuando los romanos consiguieran ponerse de acuerdo, nosotros nos habríamos ido ya. –Agrio sonrió, y luego se volvió hacia Bulla–. ¿Bien, capitán? ¿Entras?

Bulla miró hacia atrás, al cargamento, con la frente arrugada y los ojos entrecerrados, pensativo.

–Tendremos que poner una tripulación de presa en este pájaro para llevar a nuestros heridos y nuestra parte del botín de vuelta a la base. El Tridente es un barco lento, y no navegará tan rápido con la bodega llena.

–Por supuesto. El barco es tuyo.

Hubo sólo una brevísima duda, antes de que Bulla tomara la decisión.

–En ese caso..., acepto. Seguiremos tu plan, Agrio.

–Excelente. Pondremos rumbo a Italia en cuanto el resto de los bienes se hayan transferido a nuestro barco. Mientras tanto, informaré a mis hombres. Te sugiero que tú hagas lo mismo.

–Tendremos que ponernos de acuerdo en un punto de reunión –señaló Bulla–. Por si nos perdemos de vista el uno al otro en el mar.

–Por supuesto... Haré que Demetrio saque los mapas de mi camarote. Elegiremos una ubicación adecuada, decidiremos las señales con las que nos comunicaremos el uno con el otro, y

aclararemos todos los asuntos antes de partir.

Tras decir esto, Agrio hizo un gesto como de saludo y marchó a reunirse con sus lugartenientes.

Telémaco se volvió hacia Bulla, luchando por ocultar su intranquilidad.

–¿Estás seguro de esto, capitán?

–Agrio tiene razón –respondió Bulla, malhumorado–. Si lo que dice es cierto, es una oportunidad demasiado buena para dejarla escapar.

–Pero provocaremos a la armada... Vendrán a por nosotros.

–¿Con qué? Ya has oído lo que ha dicho. Apenas tienen barcos de guerra para proteger las vías marítimas. Podemos apoderarnos de una fortuna.

–Ahora mismo, quizá. Pero esto nos va a crear muchísimos enemigos en Roma. Más de los que ya tenemos...

Bulla lanzó una exhalación, irritado.

–Eso no me preocupa. Mi responsabilidad es este barco y su tripulación y, por lo que a mí respecta, es la mejor oportunidad que tenemos.

–Pero, capitán...

–¡Basta! –soltó Bulla. En su voz se transparentaba la impaciencia–. La decisión está tomada. Y ahora, busca a Cástor y dile que elija una tripulación para la presa. Los heridos se los llevarán ellos. El resto volveremos al Tridente. Y nos dirigiremos a la península itálica.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

Un mes más tarde

–Vaya, un comité de bienvenida –dijo Geras, señalando hacia el extremo más alejado de la bahía.

Telémaco siguió su mirada. Una multitud de figuras se reunía en la playa, a poca distancia del paso elevado que conducía a la ciudadela. Ardían fogatas más allá de los muros de Petrapylae, iluminando las plataformas de las catapultas.

En cuanto el Tridente de Poseidón hubo doblado el cabo, la tripulación había hecho la señal de acordada, anunciando su llegada a la estación de vigilancia. La señal había sido transmitida a los piratas dentro de la ciudadela, y los hombres que manejaban las catapultas habían dejado sus puestos. Ahora se dirigían hacia la costa para esperar la llegada del Tridente.

–Hemos pasado mucho tiempo fuera... –comentó Telémaco, de pie en la cubierta de proa, protegiéndose los ojos con la mano contra el sol de poniente–. Imagino que estarán desesperados por ver qué tal nos ha ido.

La cara de Gera se iluminó con una amplia sonrisa.

–Nos deben una bebida o dos esta noche, cuando averigüen la gran cantidad de botín que traemos.

Había pasado un mes desde que los hombres del Tridente de Poseidón pusieran rumbo a Italia, en colaboración con la tripulación del barco de Agrio, el Pegaso. La incursión había sido un éxito, pensaba Telémaco, mientras el Tridente de Poseidón se deslizaba hacia la playa. Entre los dos barcos habían capturado un botín impresionante. Después de acercarse a la costa de Apulia, habían navegado hacia el norte. Apresaron un par de mercantes junto al puerto de Siponto y, varios días después, capturaron otro barco, en Histonio. Las tripulaciones del Tridente y del Pegaso

habían saqueado una pequeña fortuna en seda, especias y otros lujos por los que se pagaban precios muy altos en todo el Imperio.

Después de dividir las ganancias, Bulla había decidido volver a Petrapylae antes de reemprender una nueva caza. Agrio insistió en perseguir a más víctimas, pero el Tridente iba muy cargado de botín y necesitaba suministros, de modo que Bulla no tuvo otra alternativa que dirigirse de vuelta a su base. En cuanto hubieran vendido la mercancía y reavituallado el barco, se reunirían con el Pegaso en un fondeadero aislado, lejos de la ruta comercial principal. Mientras tanto, Agrio continuaría buscando por la zona, recogiendo información sobre posibles blancos.

La única nota negativa había sido el trato brutal que infligieron Agrio y sus hombres a los prisioneros. Después de cada captura, Agrio había llamado por turno a todos los tripulantes, exigiéndoles que se unieran a las filas de los piratas. Al que se negaba, lo mataban al instante: decapitados o arrojados por la borda con las manos y los pies atados. Telémaco había visto con horror cómo un grumete lloroso, que no tendría más de diez o doce años, suplicaba por su vida, momentos antes de que Demetrio tirase al chico. Tales crueldades no harían otra cosa que inflamar la ira de los romanos contra los piratas, pero Bulla no parecía dispuesto a poner a prueba su reciente sociedad con Agrio, y no había hecho nada para intervenir.

–Es una lástima que no nos quedemos más tiempo –murmuró Geras–. Dos noches no es mucho tiempo para celebrar. Podría estar un poco más de tiempo descansando.

Telémaco se encogió de hombros.

–Bulla sabe que no podemos permitirnos perder el tiempo en tierra. Especialmente, después de que el último barco se escapara.

Geras asintió. Unos días antes, el Tridente y el Pegaso habían perseguido a un pequeño mercante costero unas millas al norte del puerto de Mireno. Aunque el mercante había quedado dañado por el fuego de los proyectiles, al final había conseguido escapar, a medida que caía la noche.

–Me pregunto cómo reaccionarán esos romanos... –preguntó Geras.

–Canis no soportará que ataquemos la península... –Telémaco se frotó la mejilla.

–Más motivo para disfrutarlo mientras dure. –Geras dio unas palmadas en la espalda a su amigo, animado–. Vamos. Las cosas parece que nos van bien, para variar. Tenemos el botín suficiente para hacer feliz a esta gente, y hay mucho más de donde ha venido esto. No está mal.

–Supongo que no.

–¡Así me gusta! Mientras tanto, planeo disfrutar con una jarra de vino de un precio razonable y la compañía de una fulana bien rellena. Seguro que encontramos de eso ahí –y Geras señaló hacia la ciudadela–. ¿Qué me dices? ¿Un brindis por nuestro éxito?

–Es tentador –sonrió Telémaco–. Pero tengo que ocuparme de otro asunto.

–¿Nereo?

Telémaco asintió en silencio, y llevó sus pensamientos hacia la parte doble del botín que tenían que entregarle. En cuanto los comerciantes hubiesen comprado la carga, tendría una auténtica fortuna, lo suficiente al fin para permitirle comprar la libertad de su hermano. Había elegido a dos de los hombres más fiables de la tripulación para que custodiaran su dinero, con órdenes de viajar a Tórico y negociar un precio justo con Burro, el herrero que había comprado a Nereo para que trabajase en su forja. Al fin estaba a punto de liberar a su hermano, y el corazón no le cabía en el pecho al pensar en volverlo a ver.

El barco hizo la aproximación final a la bahía y, al cabo de pocos momentos, la proa tembló y al fin se detuvo entre los guijarros sueltos. Telémaco bajó justo detrás de Bulla por la recia pasarela. Cástor se adelantaba ya a la multitud de piratas que había más arriba, en la playa. El intendente dirigió una mirada preocupada a Telémaco, y luego se volvió hacia Bulla.

–Capitán –empezó–, gracias a los dioses que habéis vuelto. Los chicos y yo empezábamos a preocuparnos.

–No teníais por qué –replicó Bulla, con displicencia–. No nos hemos metido en ningún problema. Hemos vuelto para reaprovisionarnos, eso es todo. Y para vaciar la bodega del Tridente.

–¿Habéis tenido un viaje provechoso, entonces?

–Más de lo que puedas imaginar. Ya hablaremos de todo esto más tarde. Pronto nos volveremos a ir, dentro de un par de días.

–¿Tan pronto? –Cástor arqueó una ceja.

–Agrio está deseoso de atrapar más barcos mientras nuestros amigos romanos siguen todavía preocupados en este lado del Adriático. Y yo estoy de acuerdo. ¿De qué tienes que informarnos? ¿Algún problema con los hombres?

–Pues ha estado todo bastante tranquilo por aquí. Uno de los guardias tuvo un roce con un prestamista. Tuve que hacer que le dieran veinte latigazos. Aparte de eso, simplemente ha habido las quejas habituales de los locales porque los chicos bebían y se peleaban.

–¿Y los heridos con los que volviste?

–Cuatro de ellos murieron. Tres más han quedado inválidos y no pueden servir ya más en el mar. Los demás están preparados para cumplir con sus deberes.

–Procura que se les pague lo que se les debe a las familias de los fallecidos –respondió Bulla, con gravedad–. Una parte entera para cada uno. Con eso les bastará para pasar el invierno. En cuanto a los que ya no son aptos para navegar, ya les encontraremos un trabajo en tierra.

–Sí, capitán. –Cástor se removía, incómodo–. Hay algo más... –Frunció los labios, evidentemente con pocas ganas de seguir.

–¿Sí? –dijo Bulla–. ¿Qué es? Dilo ya, hombre.

Cástor miró a su alrededor, precavido.

–Quizá sería mejor que lo hablásemos en privado... Telémaco, tú y yo.

Bulla dejó escapar un bufido de impaciencia.

–Bien. ¡Leito!

El marinero canoso se acercó corriendo desde el Tridente de Poseidón.

–¿Capitán?

–Te quedas al cargo –anunció Bulla–. Que los hombres empiecen a descargar las mercancías. Que no se lleven nada hasta que esté todo contabilizado. Y, mientras tanto, haz una lista de los suministros que necesitaremos. Quiero que estemos dispuestos para hacernos a la mar dentro de dos días. ¿Comprendido?

–Sí, capitán.

Leito volvió corriendo hacia el casco varado en la playa, gritando órdenes a la tripulación. La gente que se había acumulado en la playa comenzó a dispersarse, excepto los marineros que se habían quedado en tierra, dispuestos a ayudar a descargar la carga del Tridente. Bulla se alejó playa arriba, hasta llegar al extremo del camino que conducía a la puerta de entrada, de madera. Cuando estuvieron donde no podían escucharlos, se volvió hacia Cástor.

–¿Qué pasa? Habla, ahora.

Cástor se rascó el codo.

–Pues es que... Capitán..., mientras has estado fuera, algunos de los hombres y yo salimos con el barco que habíamos capturado para comprar algunos suministros en Ortopla. El último viaje casi había dejado vacía la ciudadela; los locales apenas tenían grano y carne suficiente para no morirse de hambre, y mucho menos para vendernos a nosotros.

Telémaco asintió. Ortopla era el puerto amistoso más cercano a

Petrapylae, una guarida de comerciantes corruptos que negociaban con cualquiera, sin demasiados escrúpulos y sin hacer preguntas como, por ejemplo, la procedencia de los bienes que compraban o la identidad de los hombres a los que se los vendían. La tripulación del Tridente a menudo había anclado allí cuando necesitaban suministros o equipamiento.

–Ya veo –dijo Bulla–. Sigue.

–Justo acabábamos de negociar un precio con esa serpiente de Licinio cuando uno de los chicos oyó que anunciaban algo en el foro. Uno de los heraldos leía la gaceta. En general, eran los cotilleos habituales. Se informaba también de que los romanos habían capturado una tripulación pirata que operaba hacia el norte de aquí, y que los habían matado a todos.

–Una tripulación menos con la que competir, entonces –dijo Bulla, hosco–. ¿Algo más?

–Sí. Un anuncio del prefecto imperial de la armada, Canis. Sobre este chico de aquí.

Telémaco notó que las tripas se le congelaban.

–¿Y qué decía?

Cástor se volvió hacia él.

–Canis tiene a tu hermano. Lo guarda como rehén.

–¿Nereo? No. No puede ser…

–Te estoy diciendo lo que oí, chico.

–Pero… ¿cómo han sabido los romanos lo mío y de mi hermano?

Cástor se encogió de hombros.

–No lo sé. La gente habla, se corre la voz…

Telémaco miró fijamente al intendente.

–¿Y qué más dijeron?

–Que los romanos te dan hasta finales del mes que viene para entregarte. Si te niegas, Nereo será crucificado.

Telémaco sintió cómo la ira se hinchaba en su interior y la sangre se le agolpaba en el corazón. Apretó mucho los puños y cerró los ojos un momento, superado por la rabia y el dolor. Durante los últimos meses había temido que Nereo pudiera sucumbir a algún espantoso accidente en la forja. Nunca se había imaginado que sus esfuerzos por liberar a su hermano lo pondrían en un peligro mayor aún. Respiró hondo, y se esforzó por pensar con claridad.

–¿Cuánto tiempo hace de eso?

–Hace cinco días –replicó Cástor.

Una oleada de esperanza invadió a Telémaco.

–Entonces todavía hay tiempo de salvarlo. Capitán, tenemos que rescatarlo.

–No podemos –Bulla negó con la cabeza–. No sabemos dónde lo retienen.

–Entonces me entregaré en Rávena. Mi vida por la de mi hermano.

–¡No seas idiota! ¿Crees de verdad que Canis haría honor a su palabra y perdonaría a Nereo? Simplemente, os ejecutará a los dos.

–Pero tengo que intentarlo. Si existe alguna oportunidad de salvar su vida, estoy dispuesto a arriesgarme.

–Pero yo no –replicó Bulla con firmeza–. ¿Qué crees que ocurriría si accedieras a sus términos? Los romanos te torturarían en el mismo momento en que te entregases. Sus interrogadores tienen un talento especial para hacer hablar a los hombres... Algunos son mejores incluso que nosotros. Se lo acabarías contando todo, todo lo que sabes. Incluyendo la localización de nuestra base. No puedo permitirlo.

–¡Pero no podemos abandonarlo sin más! –exclamó Telémaco–. Tiene que haber algo que podamos hacer, capitán. Tiene que haberlo...

–No, no lo hay. –Bulla vio la desesperación pintada en la expresión de su segundo de a bordo. Suavizó el tono–: Mira, lo siento mucho, pero no podemos arriesgar las vidas de toda la tripulación yendo por ahí a buscar a tu hermano a la desesperada. Supongo que puedes entenderlo...

Telémaco se esforzó por respirar con calma. A través de la neblina que le formaban la ira y la desesperación era consciente de que el argumento de Bulla era lógico. Tenía que encontrar otro modo de persuadir al capitán.

–No te estoy pidiendo que pongas en peligro a la tripulación. Sólo prométeme una cosa.

–¿El qué?

–Que si existe una oportunidad de rescatar a Nereo, me dejarás intentarlo.

Bulla suspiró.

–No pediré a mis hombres que arriesguen sus vidas por tu hermano. Pero, si existe una oportunidad de rescatarlo, sin peligro para los hombres, entonces sí. Haremos lo que podamos para rescatarlo.

–Es lo único que pido, capitán –Telémaco asintió con fuerza. Pero una cuestión turbadora lo seguía molestando aún–. Hay algo que no comprendo... Nadie sabía lo de mi hermano, aparte de los chicos de la tripulación a quienes se lo conté. Nadie más.

Bulla lo miraba con interés.

–¿Qué quieres decir?

–Pues que alguien tiene que haber hablado con los romanos. Alguien que sabía dónde trabajaba y quién era su amo. Alguien de aquí me ha traicionado.

–Lo dudo. –Bulla arqueó una ceja–. Mis hombres pueden ser unos cabrones muy crueles, cuando les da por ahí, pero no harían jamás eso con uno de los suyos.

–¿Y qué otra explicación podría haber?

Bulla se lo quedó mirando.

–¿Pero por qué iba a contar alguien lo de tu hermano?

–Para librarse de mí. Quienquiera que haya hecho esto, sabe que haría cualquier cosa por salvar a Nereo.

Hubo un momento de silencio antes de que el capitán respondiera.

–Si eso es cierto, encontraremos al responsable. Tienes mi palabra. Si entre mi tripulación hay un traidor, hay que exterminarlo. Yo me ocuparé de él personalmente.

Telémaco asintió con gratitud.

–¿Y qué hacemos ahora, capitán? –preguntó Cástor.

–Pues seguimos con nuestro plan –dijo Bulla–. Procuremos aprovisionar el Tridente y disponerlo para hacerse a la mar. Nos dirigiremos hacia el punto de reunión con Agrio, y allí decidiremos cuáles serán nuestros próximos pasos. –Y se echó a caminar por el paso elevado, acabando abruptamente la discusión. Un momento más tarde, Cástor lo siguió hacia la ciudadela para organizar los suministros necesarios para el siguiente viaje del Tridente.

Telémaco volvió a encaminarse de nuevo a la playa. Una negra desesperación lo devoraba. Geras se le acercó, también de camino al barco, señalando con la barbilla al capitán, que se alejaba.

–¿De qué iba todo eso? –preguntó.

Escuchó en silencio mientras Telémaco le contaba lo de la captura de su hermano.

–Mierda. Lo siento... –frunció el ceño–. ¿Y qué vamos a hacer?

–Pues no podemos hacer nada, ahora mismo. Pero encontraré una manera de salvarlo en cuanto volvamos a la costa de la península... Iremos de caza por las rutas comerciales del interior del Imperio, y eso significa que podremos capturar muchas presas. Es posible que demos con alguien que lo conozca.

–Es una posibilidad muy remota...

–Ya lo sé. Pero es la única esperanza que tengo.

–Aunque puedas averiguar dónde lo tienen los romanos, ¿cómo vas a conseguir rescatarlo? –rezongó Geras–. Seguro que lo tienen muy bien custodiado...

–Sin duda, pero tendremos mucho tiempo para preocuparnos por eso más tarde. Ahora mismo tengo que averiguar dónde lo tiene prisionero Canis.

–Bien, no tienes que convencerme. Te ayudaré en todo lo que pueda, si eso significa hacerles la puñeta a esos cabrones de romanos.

Telémaco sonrió cálidamente.

–Gracias.

Geras miró a su amigo.

–¿Se te ocurre quién te puede haber traicionado?

–Pues tiene que ser alguien de la tripulación –dijo Telémaco–. Alguien que supiera lo de Nereo y que estuviera en posición de transmitir ese mensaje a los romanos.

–Parece que ya sabes quién podría ser...

–Tengo una idea. Pero no puedo actuar hasta que esté seguro. –Miró a los piratas que desembarcaban los artículos del Tridente, con el odio apretándole el corazón como un puño–. Quienquiera que me haya traicionado, sufrirá por lo que ha hecho. Lo juro ante Júpiter, el mejor y mayor.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

Tres días más tarde, Telémaco estaba con Bulla y Agrio en el diminuto camarote construido en la popa del Pegaso. Habían colocado un mapa mal dibujado de la costa de la península itálica sobre el escritorio que ocupaba la parte central del alojamiento del capitán. La luz que salía de la rejilla por encima, que daba a cubierta, iluminaba los detalles. Las cuadernas crujían mientras el buque se mecía suavemente en el mar.

El Tridente de Poseidón había llegado al punto de reunión a primera hora de la tarde, con las bodegas repletas hasta los topes y las filas completadas con Cástor y el resto de la tripulación de presa. A unos cien pasos de su buque hermano, habían sacado los remos y bajado la vela, y después Bulla y Telémaco arriaron el bote para conversar con Agrio en su camarote.

–Deberíamos cazar por aquí –dijo Agrio, señalando con el dedo una parte del mapa–. Entre Ancona y Arimino. He reconocido la zona de cerca mientras vosotros no estabais. Parecía prometedor. Lleno de barcos que navegaban cerca de la costa por la principal ruta comercial, y no demasiadas calas donde esconderse. Debería ser fácil para nosotros hacer unas cuantas presas más. Quién sabe, con todos esos barcos de placer y de pasajeros viajando entre las colonias incluso podríamos pescar a un romano de buena cuna, o dos. Supondrían un buen rescate. Después de habernos divertido un rato con sus mujeres, claro está. –Había un brillo peligroso en sus ojos.

Bulla escrutó el mapa un momento, con el ceño fruncido, pensativo.

–Si navegamos por aquí, eso nos llevará cerca de Rávena...

–Sí –accedió Agrio–. ¿Y qué?

–Hay muchos puertos en la costa, y no muchos fondeaderos seguros. ¿Qué pasa si nos metemos en problemas?

–No lo haremos –respondió Agrio, confiado–. Además, ir hacia el norte es lo mejor que podemos hacer. No podemos continuar operando hacia el sur. Ya no.

–¿Por qué no?

–Avistamos un par de birremes en el camino de vuelta. Parecía que se dirigían hacia allí.

–¿Romanos? –Telémaco hizo un esfuerzo para contener la alarma en su voz–. ¿Os vieron?

–Pues claro que no –sonrió Agrio–. Nos habíamos refugiado en una cala por una tormenta cuando uno de mis chicos los vio. Habíamos bajado el palo y la vela mayor a cubierta. Esos hijos de puta pasaron justo por delante de nosotros.

–Pero, si están enviando patrullas, es que deben de saber que estamos por aquí... –observó Telémaco–. Vienen a por nosotros.

–Tranquilo, chico. Son un par de barcos patrulla, no toda la flota imperial. El resto del escuadrón está todavía a cientos de millas de distancia, en el servicio de convoy de Canis.

–Hay cinco birremes en Rávena –señaló Bulla.

–Tienen órdenes de no aventurarse lejos del puerto. Además, Canis no se atrevería nunca a usar esos barcos. No puede dejar Rávena indefensa.

–Pero si los romanos están volviendo hacia la península, es que pronto enviarán más refuerzos –dijo Telémaco–. Eso si no lo han hecho ya. ¿Y qué ocurrirá si damos con otro navío de guerra?

–Pues que le daremos esquinazo, como hacemos siempre. Nuestros barcos son más que capaces de superar a esos cascarones viejos.

Telémaco suspiró, luchando por controlar el mal humor que lo invadía. Por mucho que quisiera seguir cerca de donde su hermano estaba prisionero, tenía que sopesar aquello en contra de las vidas de la tripulación con la que había jurado servir. Se volvió y apeló

directamente a Bulla.

–Quizá deberíamos dar la vuelta y movernos por el Adriático, capitán. Probar suerte más cerca de casa. Casi estamos en otoño, y algunos de estos barcos están obligados a arriesgarse a otro viaje antes de que acabe la temporada.

–¿Por qué preocuparse cuando todavía podemos encontrar aquí muchas riquezas? –contestó Agrio.

–Es demasiado arriesgado. –Telémaco meneó la cabeza.

–Somos piratas. Correr riesgos es nuestro oficio.

–No como éste... Hay demasiadas posibilidades de que nos atrape la armada.

Agrio lo miró, desdeñoso.

–¿Tienes miedo de acabar como tu hermano, chico?

–¿Cómo sabes lo de Nereo? –Telémaco miró al jefe de los piratas.

–Todos los puertos de la costa conocen las noticias... Incluso los pescadores locales hablan de ti –sonrió Agrio–. Parece que eres el pirata más famoso de todo Ilírico, más que Bulla e incluso más que yo. Un gran logro, podrían decir algunos. Y todo gracias a tu hermano...

–Nereo no es asunto tuyo.

–Sí que lo es, si nubla tu juicio. Si no tienes las narices para atacar a los barcos aquí, quizás estés ejerciendo el oficio equivocado. La piratería no es para aquellos que se cagan en los pantalones a la primera mención de los romanos.

Telémaco meneó la cabeza.

–Si continuamos cazando en estas aguas, pondremos en peligro la vida de los hombres.

–Es un riesgo que estoy dispuesto a correr. –Agrio se encogió de hombros.

–Ya he oído bastante –anunció Bulla, levantando la vista–. Estoy de acuerdo con Agrio. Nos dirigiremos hacia el norte y golpearemos a Canis antes de que tenga la oportunidad de reforzar Rávena.

Miró a Telémaco, retándolo a que desafiara su autoridad. Telémaco pensó brevemente en protestar más, pero se lo pensó mejor. Conocía a su capitán lo bastante como para saber cuándo se decidía un asunto.

–Sí, capitán.

Los ojos de Bulla volvieron al mapa, frunciendo más aún el ceño.

–¿Y el punto de encuentro? No hay muchos refugios seguros en este lado del mar.

–Ya he pensado en eso –dijo Agrio–. Hay una bahía, junto a una colonia abandonada. Es tranquila y está lo bastante lejos de los puertos principales. Si perdemos contacto el uno con el otro, podemos dirigirnos allí y esperar a que llegue el otro.

–¿Es seguro?

–Por lo que yo sé... Uno de mis hombres trabajaba en los barcos de pesca por aquí, y me dijo que no hay barcos de pesca que se arriesguen a fondear allí desde hace años. Demasiados bajíos para ir costeándolos.

–Esperemos que tu hombre tenga razón...

–Ah, sí, seguro, capitán. Pagará con su vida si se equivoca. –Agrio inclinó la cabeza hacia el capitán del Tridente y luego hacia el segundo de a bordo, por turno–. Y ahora, a menos que haya algo más... Entonces, será mejor que volváis a vuestro barco. Partimos de inmediato.

* * *

El Pegaso y el Tridente se hicieron a la vela poco tiempo después. No encontraron buques de carga aquella tarde, y echaron el ancla para pasar la noche en una pequeña cala antes de continuar hacia el norte con las primeras luces. A medida que el día iba avanzando, el cielo se coloreó de gris y se nubló, y el viento aumentó, obligándolos a reducir la vela. A media tarde, Cástor anunció que en breve tendrían Ancona a la vista, y los hombres hablaron muy emocionados entre ellos de las riquezas que les esperaban en la costa de Umbría.

Telémaco se mantuvo callado, atormentado cada vez que pensaba en la cautividad de su hermano. La imagen de Nereo colgando de una cruz lo llenaba de una desesperación tal que iba más allá de todo lo que había conocido antes, y se agarraba a la vaga esperanza de que, si averiguaba dónde tenían cautivo a su hermano, quizá pudiera liberarlo antes de la fecha de su ejecución. Era una oportunidad mínima, lo sabía, pero se negaba a rendirse. Nereo era la única familia que le quedaba, y no descansaría hasta haber hecho todo lo que estaba en su poder para salvarle, aunque eso significase sacrificar su propia vida. Pero no arriesgaría la vida de sus camaradas también.

Mientras los otros marineros cumplían sus tareas, Geras se unió a él junto al mástil. Señaló el horizonte.

–¿No hay señal de nada todavía?

–Nada –dijo Telémaco.

–Eso pronto cambiará. Estamos a punto de atacar la ruta comercial más transitada de este lado del Adriático. Nos ahogaremos en botín dentro de poco.

–A menos que demos antes con una patrulla.

Geras miró a su amigo.

–¿Realmente crees que estamos en peligro?

–Los romanos saben que estamos operando por aquí. –Telémaco apretó los labios–. Es sólo cuestión de tiempo que nos topemos con ellos.

–No es lo único de lo que tenemos que preocuparnos.

–¿Qué quieres decir?

Geras inclinó la cabeza hacia las nubes oscuras.

–Parece que vamos a tener un poco de mal tiempo.

Telémaco miró al cielo. Por experiencia sabía que las tormentas de verano eran un peligro bastante común en el Adriático: duraban muy poco, pero se convertían en borrascas violentas que golpeaban casi sin advertencia previa.

–¿Crees que va a estallar pronto?

–Sí. Y creo que va a ser una tormenta fea. Con vientos fuertes, lluvia... La única cuestión es de qué dirección vendrá.

–¡El Pegaso hace señales, capitán! –gritó el vigía.

Bulla se acercó desde la cubierta de popa y esforzó la vista hacia estribor, hacia el otro buque pirata, a una milla de distancia en el mar agitado. Telémaco miró en la misma dirección, y vio una tira de una tela de colores vivos izada en la parte superior del tope, ondeando bajo el cielo de un gris acero.

–Verde –informó Virbio–. Agrio ha visto una vela, capitán.

–Ya sé lo que significa, maldito seas –gruñó Bulla–. ¡El del tope! ¿Qué puedes ver desde aquí?

–Nada todavía, capitán. Debe de estar fuera, en el mar... Espera. No, ya la veo ahora. No se ve el casco. Casi está justo delante de nosotros.

Telémaco fijó la mirada en el horizonte en el momento en que el Tridente trepaba a la cresta de la siguiente ola. El mar, cada vez más picado, dejaba difícilmente distinguir la vela en la lejanía.

–¿Un mercante? –preguntó Leito.

–Muy probablemente. No hay otras tripulaciones piratas actuando por aquí.

Geras sonrió ampliamente y dio un codazo a Telémaco.

–¿Qué te he dicho? Parece que vamos a llevarnos un poco más de botín hoy, después de todo.

Bulla se apartó de la barandilla.

–Telémaco, avisa a la tripulación. Y haz la señal al Pegaso de empezar la caza.

Telémaco cogió aliento y gritó con fuerza por toda la cubierta. Cuando los hombres tuvieron al Tridente de Poseidón listo para la acción, un par de marineros jóvenes corrieron hacia las jarcias llevando con ellos una tela roja que habían sacado de uno de los armarios laterales. Rápidamente, unieron los cazonetes de un extremo del gallardete a la driza del mástil, y entonces comenzaron a izar la áspera soga. La tela subió por el mástil y se estremeció con un chasquido en el viento tempestuoso. Un gallardete idéntico se alzó desde el mástil del Pegaso, como reconocimiento de la señal, antes de volver a bajar de nuevo.

–¡Calkas! –llamó Bulla–. ¡Cambia el rumbo! ¡Acércate para interceptar!

El timonel empujó la espadilla y a un rugido de Telémaco los piratas echaron a correr por los flechastes para coger un rizo de la vela. Cuando la lona aflojada gualdrapeó salvajemente con el viento, los hombres de cubierta tuvieron que esforzarse para izar las escotas, empujados por el joven segundo de a bordo. El Tridente viró en redondo, y Telémaco vio con satisfacción profesional que la tripulación del Pegaso estaba tardando más en conseguir el rumbo correcto. Un cierto tiempo después, las dos proas señalaban hacia el mercante, y ambos barcos convergieron sobre su víctima, impidiéndole escapar tanto por mar como hacia la costa.

En cuanto la vela estuvo claramente a la vista, Longaro gritó de

nuevo.

–¡Ah, de la cubierta! La presa ha alterado el rumbo, capitán.

–Nos ha visto –murmuró Bulla.

–Pues no le servirá de nada –bufó Virbio–. No puede huir a ningún sitio y tenemos el viento a nuestro favor. Es nuestra, si el tiempo se mantiene.

–Recemos para que sea así.

El capitán miró el cordaje, con los ojos entrecerrados como solía hacer, calculando gracias a la experiencia acumulada cuánto tiempo podía esperar antes de arrizar la vela.

Telémaco trasladó su atención de nuevo a la presa. Los dos barcos piratas habían ganado terreno rápidamente sobre su presa. El Tridente llevaba una exigua ventaja por encima de su barco hermano, pero, como era el más ligero de los dos, el Pegaso estaba avanzando deprisa. Por delante de ellos, el mercante continuaba su huida en la dirección del viento; pero se dio cuenta de que se acercarían a él mucho antes de que pudiera alcanzar la seguridad de Ancona. Entonces, sin embargo, se fijó en una franja de nubes de un gris oscuro que se dirigían hacia ellos desde el horizonte.

–Viene la borrasca, capitán.

Bulla frunció el ceño.

–Esa hija de puta viene directa hacia nosotros. Será mejor que recojamos un par de rizos.

–Sí, señor.

Un grito de Telémaco mandó a los marineros arriba a toda prisa, para recoger la vela hasta el primer punto de arrizado. Cuando ya bajaban de nuevo a la cubierta, Telémaco volvió a mirar hacia el mar. El Pegaso y su presa rápidamente desaparecieron de la vista, pues un sucio velo se cerró a su alrededor. El viento refrescó, y Bulla chilló una advertencia. La neblina corría por encima del Tridente de Poseidón con asombrosa velocidad.

–¡Aquí viene! –rugió Cástor.

Un momento más tarde estalló la tormenta. El viento aullaba a través de las jarcias, golpeando las drizas contra el mástil, y el barco se escoró peligrosamente a babor. Todos aquellos que estaban en cubierta se agarraron a lo que tenían más cerca para evitar caer por la borda, hasta que por fin el barco lentamente se fue enderezando. Entonces llegó la lluvia. Grandes gotas heladas cayeron en diagonal sobre la cubierta, empapando la lona y apuñalando como agujas la piel expuesta de los piratas. Bulla se cubrió la cara ante el helado torrente, y luego aulló al timonel que mantuviera el rumbo.

Pero la tormenta la tenían encima, y Telémaco notó una urgencia enorme de vomitar. El barco cabeceaba y se estremecía horriblemente sobre las olas. Y, de repente, cayó en picado de nuevo. El segundo de abordo tuvo que agarrarse con fuerza a la barandilla y vació el estómago a favor del viento. Angustiado, impotente para hacer nada excepto soportar la furia de Neptuno y esperar que cambiara el tiempo.

Tan repentinamente como había empezado, la borrasca desapareció al cabo de un rato. El viento se calmó hasta convertirse en una suave brisa, la lluvia cesó y el primer rayo de sol dorado irrumpió entre las densas nubes. Telémaco se limpió el agua salada de los ojos y se quitó el pelo húmedo que se le pegaba a la cara. Miró a su alrededor. Hacia el sur, la cortina de un gris oscuro se apartaba del Tridente; la borrasca iba retrocediendo hacia el horizonte. La cubierta ahora estaba increíblemente silenciosa, excepto las toses y aspavientos de los hombres y el suave chapoteo del agua que lamía el casco. Entonces Leito dio un grito:

–¡Mira, capitán!

Telémaco y Bulla siguieron el dedo con el que señalaba, fijando la vista. El Pegaso se había desvanecido de la vista, junto con el barco más grande de carga que estaba persiguiendo. Bulla miró atentamente el mar un momento más, y luego se golpeó el muslo con el puño.

–¡Mierda! –murmuró.

–¿Qué les habrá pasado, capitán? –se preguntó Telémaco–. ¿Dónde están?

–Los habremos perdido con la borrasca. Se habrán salido de su rumbo, lo mismo que nosotros.

–¿Y no podemos ir tras ellos?

Bulla meneó la cabeza.

–No hay forma de saber qué camino han seguido. Esta borrasca puede habernos separado millas y millas en cualquier dirección. Sólo los dioses saben dónde están ahora.

–¿Y qué hacemos entonces?

Bulla examinó la costa, contemplando sus opciones.

–Hemos perdido la caza. Podría costarnos horas encontrar al Pegaso, y no falta mucho para que oscurezca. No queremos que nos cojan en alta mar cuando caiga la noche. Y menos con los bajíos que hay en esta zona. Tendremos que dirigirnos al lugar de reunión. Agrio navegará al final hacia allí también, en cuanto vea que nos hemos separado.

–A menos que vaya primero tras la presa... –señaló Leito.

–Entonces esperaremos a que llegue. Es lo único que podemos hacer. –El capitán miró a Telémaco–. Comprueba que no haya daños en el barco. Y luego nos dirigiremos hacia el punto de reunión.

–Sí, capitán.

Al poco, el Tridente navegaba de nuevo. Entonces, Geras sonrió débilmente a Telémaco.

–No es el mejor inicio para nuestro viaje.

–No –replicó Telémaco, con desánimo. Volvió a mirar en dirección a la costa italiana. El sol ya estaba empezando a hundirse en el horizonte y, aunque ambos barcos llegasen al punto de

reunión, no habría tiempo de izar la vela de nuevo antes de que se cerrase la oscuridad. La idea de fondear por la noche en aguas hostiles le molestaba, pero no se podía hacer nada.

* * *

En la creciente oscuridad, el Tridente de Poseidón se acercó a la entrada de la pequeña bahía que Agrio había marcado en el mapa del barco. El mar estaba muy tranquilo, y el sol poniente bañaba la tierra con un resplandor cálido cuando los piratas rodearon el cabo, remando lentamente hacia la orilla. Un par de acantilados bajos se alzaba a cada lado de una franja curvada de arena fina, de media milla de ancho. A poca distancia del mar crecían unas casuarinas, y a un lado se podían ver las ruinas de un pueblo, abandonado desde hacía tiempo. Telémaco examinó las ruinas cuidadosamente, pero no vio prueba alguna de habitación reciente. Aparte de la entrada principal a la bahía, el único acceso era a través de un canal muy estrecho que corría entre el cabo más cercano y un amontonamiento de rocas grandes. Se veían unos bajíos en torno a un pozo de arena.

–Parece que somos los primeros aquí –dijo Cástor, mirando a su alrededor la bahía desierta.

Telémaco asintió.

–Agrio debe de haber ido detrás de ese barco.

–O eso o bien el barco quedó dañado durante la tormenta. En ese caso habrá tenido que buscar refugio en algún otro sitio. Pero ese hombre eligió un buen escondite. Hay pocas posibilidades de que los romanos nos encuentren aquí.

Telémaco miró hacia atrás, a la entrada de la bahía. Los cabos a cada lado, de poca altura, protegerían a los piratas de la vista de los barcos que pasaran, mientras que cualquiera que se aproximase se vería obligado a pasar entre las barras de arena a cierta distancia de la costa, dando a la tripulación del Tridente mucho tiempo para

prepararse, en caso de un ataque.

–Parece todo bastante tranquilo –dijo–. Confiemos en no tener que esperar mucho tiempo aquí.

Cástor desdeñó sus preocupaciones con un gesto de la mano.

–Agrio vendrá en cuanto pueda. Ni siquiera él está tan loco como para cazar por aquí él solo.

–No estaría tan seguro...

El intendente sonrió.

–No eres un gran admirador de nuestro nuevo socio, me parece, ¿no?

Telémaco iba a responder con toda sinceridad cuando recordó que ahora era segundo de a bordo, y que estaría mal cuestionar abiertamente el juicio de Bulla frente a los demás hombres. Tosió un poco.

–Agrio tiene sus cualidades. Pero sus métodos no van a conseguirnos amigos. Ya está mal que actuemos tan cerca de Rávena, pero asesinar a la tripulación de todos los barcos que tomemos lo único que va a conseguir es que los romanos nos persigan con más ahínco todavía.

–Es una forma de verlo.

–¿No estás de acuerdo?

–Puede que Agrio no sea un vaso de vino de Falerno, pero consigue que salgan las cosas. Y eso es muy bueno, dadas nuestras últimas dificultades.

Telémaco se encogió de hombros.

–Sólo espero que Bulla sepa dónde se está metiendo.

–No te preocupes por el capitán, chico. Lo conozco desde hace más tiempo que nadie en esta tripulación, y no es ningún idiota.

Conseguirá sacarnos de aquí antes de que las cosas se pongan feas.

–Espero que tengas razón –replicó Telémaco, en voz baja.

Cástor cambió de tema y se acercó a él.

–¿Y el hombre que traicionó a tu hermano? ¿Has averiguado quién es?

–Todavía no.

Telémaco había mantenido los ojos puestos en la tripulación en todo momento a lo largo de los últimos días, vigilando cualquier atisbo de sospecha o de culpa. Pero nada señalaba la identidad del traidor, y eso no hacía más que aumentar su intensa frustración. Tampoco estaba más cerca de descubrir el paradero de su hermano. Se le estaba acabando el tiempo: en menos de un mes Nereo sería asesinado, condenado a sufrir una muerte espantosa a manos de sus captores romanos.

Apartó a un lado esas ideas turbadoras y miró al frente. Seguían deslizándose por el canal. En ese momento, Bulla, que estaba junto al mástil, se enderezó y gritó a los que estaban en cubierta:

–¡Rumbo a los bajíos, Calkas! ¡Telémaco, prepárate para soltar el ancla!

–¡Sí, capitán!

A una orden del segundo de a bordo, Basso y tres de los hombres más robustos de la tripulación corrieron al pozo para sacar la recia ancla de madera con el lastre de las uñas de hierro y soga, alzándola por encima de la popa. Entonces Telémaco dio la orden de desarmar los remos, y fueron retirados rápidamente de sus ranuras. Sonó entonces una salpicadura. El ancla cayó por la borda, y el cable raspó por el escobén. El Tridente quedó amarrado a escasa distancia de la costa.

En cuanto el barco estuvo seguro y con un vigía, los hombres finalmente pudieron relajarse. En cubierta comieron raciones frías, ya que Bulla había prohibido que se encendiera fuego para cocinar,

ya que podía traicionar su presencia a cualquier barco que pasara o a un viajero que estuviera en tierra. La noche pasó en calma y, poco antes de amanecer, la tripulación se empezó a remover y enseguida se pusieron a sus deberes mientras esperaban a que llegase Agrio. Un denso banco de niebla color gris pálido colgaba sobre la superficie del mar, escondiendo la entrada a la bahía. No había señal alguna del Pegaso, y algunos de los hombres empezaron a refunfuñar abiertamente por el retraso de sus planes.

Telémaco paseaba por cubierta después de la inspección matutina de la bodega. Se encontró con Geras en el pasamanos; miraba más allá de la popa.

–¿Por qué tarda tanto Agrio? –murmuró Geras–. Tendría que estar aquí ya...

–Quizás haya tenido que atracar en alguna parte para hacer reparaciones –sugirió Telémaco.

Geras negó con la cabeza.

–No vamos a cazar mucho hoy, de todos modos. Si no se aclara esta maldita niebla...

Se vieron interrumpidos por un grito de uno de los marineros.

–¡Se aproxima una vela!

Telémaco miró hacia atrás, a la bahía, mientras Bulla y los marineros de mayor edad se detenían en sus quehaceres y corrían hacia allí. Apiñados en la popa del Tridente, Telémaco aguzó la vista y consiguió ver la débil silueta de un barco que emergía de la niebla, a un cuarto de milla de distancia. Su gallardete oscuro se agitaba por encima del mástil con la suave corriente de aire que soplaba a través de la bahía.

–Es el Pegaso, sí –dijo Bulla.

–Ya era hora, maldita sea –gruñó Virbio–. Llevamos aquí parados suficiente tiempo. Esperemos que haya traído algo de botín...

–Pronto lo averiguaremos.

Telémaco seguía mirando, ahora a las siluetas apenas visibles que se extendían por la verga del Pegaso y arrizaban la vela mayor. Salieron los remos y, al poco, cogiendo un ritmo constante, las palas se empezaron a mover de forma repetitiva, propulsando al barco lentamente hacia delante. Varios hombres levaban el ancla de bajo cubierta, dispuestos a echarla por encima de la popa, mientras los marineros libres se alineaban junto a la barandilla y saludaban a los piratas del otro barco. La tripulación parecía estar muy relajada, y no había señal alguna de daños en el mástil o las jarcias del Pegaso.

Telémaco examinó el barco, pero con la niebla no podía distinguir a Agrio, así que trepó un poco por los flechastes para tener mejor visibilidad. En la cubierta un hombre más robusto que los demás parecía que miraba ansiosamente la escotilla de carga de popa. Telémaco volvió la vista en la misma dirección, y un súbito escalofrío le recorrió la espalda.

–¡Capitán, es una trampa! –chilló a Bulla.

Bulla frunció el ceño, mirando al segundo de a bordo.

–¿De qué demonios estás hablando?

–¡Mira allí! –Telémaco señaló al otro barco. La cresta del casco de un oficial romano sobresalía de la brazola de la escotilla. Junto a él relucían docenas de cascos más y puntas de espada de auxiliares.

–¡La bodega está llena de romanos!

Antes de que Bulla pudiera responder, un grito se alzó desde la cubierta del Pegaso. El hombre robusto aullaba en latín, al tiempo que sacaba una espada de debajo de su manto. Todos los que se hallaban en cubierta sacaron sus armas, y un rugido muy ronco hizo eco a través de la bahía al mismo tiempo que una oleada de figuras fuertemente armadas salían en tropel de la bodega de carga, vestidos con túnicas blancas y blandiendo sus espadas y escudos auxiliares. Bulla los observó horrorizado, con la boca abierta, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo.

–¡Estamos jodidos!

CAPÍTULO TREINTA Y TRES

En cuanto las palabras salieron de la boca de Bulla, los oficiales romanos de la cubierta del Pegaso chillaron una serie de órdenes y los remos se movieron a mayor velocidad hacia el Tridente de Poseidón. Al mismo tiempo, los soldados se arremolinaron en cubierta, algunos ya preparando los ganchos de abordaje. Por un instante, nadie del Tridente se movió. La tripulación miraba estupefacta el barco de guerra que se aproximaba a ellos. De repente, Bulla se sacudió su estupor y se apartó de la barandilla.

–¡Todos los hombres! ¡Formad! ¡Ahora!

Casi no hubo tiempo de organizarse. La tripulación corrió por la cubierta, preparándose desesperadamente para enfrentarse al enemigo que venía a por ellos. Telémaco bajó por las jarcias y agarró una falcata y una daga pequeña y curva de uno de los armarios; se metió esta última en el cinturón y echó a correr para unirse a sus camaradas, que se estaban uniendo a los pies del mástil. Grupos de soldados habían surgido de la bodega del otro barco y ya se extendían a lo largo de la cubierta. Aunque el número estaba igualado, los romanos tenían mejor entrenamiento y equipo, y Telémaco sabía que sería una lucha bastante difícil y desigual.

Leito, a su derecha, sacudía la cabeza incrédulo.

–¿Cómo nos habrán encontrado esos cabrones?

–Agrio debió de caer preso de una de sus patrullas después de separarnos. –Telémaco rechinó los dientes–. Y ya sabes lo buenos que son los torturadores romanos para sacar información...

–El caso es que ahora nos tienen atrapados.

El enemigo había ejecutado su plan a la perfección, se dio cuenta Telémaco amargamente. Al aproximarse en el barco capturado y con los soldados ocultos bajo la cubierta, habían podido acercarse mucho al Tridente de Poseidón sin despertar

sospechas. Sólo cuando estuvieron casi encima la treta resultó aparente. Por aquel entonces era demasiado tarde para que los piratas intentaran escabullirse hacia mar abierto. Brevemente, se preguntó qué habría sido de Agrio y sus hombres, y luego sacudió la cabeza ante aquella lúgubre idea y se intentó concentrar en los romanos que se aproximaban.

Algunos hombres salían de la bodega con las jabalinas guardadas en la sentina. Telémaco cogió una, avistó a los soldados que estaban en la otra cubierta y la arrojó a través del espacio cada vez más pequeño que había entre los dos barcos. A una distancia tan corta era casi imposible fallar, y uno de los romanos dejó escapar un grito agudo cuando la punta le atravesó las tripas. Otros piratas siguieron el ejemplo de Telémaco. Los romanos respondieron con una andanada de proyectiles, y por todas partes resonaron los silbidos de las flechas y el susurro y el crujido de las hondas cuando ambas partes empezaron a intercambiar descargas desesperadas. Entonces el Pegaso cabeceó y embistió al Tridente de Poseidón con un golpe estremecedor que hizo temblar todo el barco, y los soldados que llevaban los cabos de abordaje los lanzaron al otro lado, tirando de ellos bien antes de atar el extremo a las cornamusas, para luego agarrar sus armas.

Antes de que pudieran abordar su barco, Bulla trepó a la barandilla y gritó a pleno pulmón:

–¡No os quedéis ahí parados! ¡Matadlos! ¡Matad a esos perros!

Los piratas soltaron un rugido ensordecedor y siguieron a su capitán, arrojándose hacia el otro barco.

Telémaco aterrizó en la cubierta del Pegaso, decidido a cargarse al primer romano con quien se encontrase. Con la daga en la mano izquierda y levantando con la otra la falcata, se sumergió en la confusión. Un marinero canoso le gritó, y Telémaco saltó hacia él y le lanzó una estocada con su falcata. El hombre recibió el ataque con su escudo, y la hoja curva rebotó en el tachón con un agudo sonido metálico. Aun así, el golpe dejó medio aturdido al legionario y, antes de que pudiera recuperarse, Telémaco lo apuñaló con la daga justo por debajo de la axila. El marinero se tambaleó, y luego cayó, con la daga todavía hundida en su carne. Telémaco

agarró el escudo del hombre con el corazón latiéndole con fuerza.

–¡Vigila! –gritó alguien, muy cerca.

Se dio la vuelta en redondo justo cuando un soldado achaparrado y grueso lo atacaba con la espada. Meses de lucha en el mar habían refinado mucho los reflejos de Telémaco, y reaccionó al instante, levantando su escudo. La hoja romana chocó contra éste con un ruido fuerte, y el hombre gruñó, lanzándose hacia delante y haciendo una finta que iba dirigida a la garganta, y luego hacia abajo. Su espada rasgó un pliegue de la túnica de Telémaco, sin cortar por muy poco su muslo.

Telémaco embistió con su escudo hacia delante un instante antes de que el soldado volviera a por él. El golpe echó hacia atrás al romano un par de pasos, y chocó con la masa de cuerpos retorcidos que tenía detrás. Telémaco se abalanzó sobre él, esta vez con un mandoble con la falcata por debajo de su escudo. El legionario previó el movimiento, pero cuando saltó hacia atrás su tobillo tropezó con un cuerpo que estaba tirado en cubierta. Perdió el equilibrio y cayó hacia atrás, aterrizando sobre las tablas con un fuerte ruido. Mientras trataba de ponerse en pie, Telémaco levantó la falcata por encima de su cabeza y la abatió sobre el romano con tal fuerza que la hoja cortó el casco del hombre y su cráneo también, entre una explosión de sangre y huesos.

El joven segundo de a bordo se retiró rápidamente detrás de su escudo, recuperando el aliento mientras miraba a su alrededor. La mayor parte de la lucha se concentraba en torno al mástil, y los dos bandos batallaban con furia entre un remolino de tajos y cuchilladas. Aunque los piratas estaban peor armados que los romanos, se estaban portando muy bien: la cubierta había quedado ya sembrada de cadáveres de ambos lados.

Por encima de los gritos de los heridos y del resonar de las hojas, Telémaco oyó que alguien le llamaba. Se secó la sangre de los ojos, y entonces vio a Cástor, que señalaba con una mano hacia la boca de la bahía.

–¡Mira! –gritó–. ¡Allí!

Miró hacia donde le indicaba. A través de un pequeño resquicio en la niebla, vio que tres barcos romanos se aproximaban a ellos por el mar. Dos birremes dirigían la marcha, y un trirreme de mayor tamaño iba rezagado a cierta distancia por detrás. Reconoció el trirreme por la proa ornamentada y el gallardete color púrpura que coronaba su mástil. El buque insignia de la flota de Rávena.

–Canis... –murmuró.

Un torrente de desesperación corrió por el interior de Telémaco al darse cuenta de que esos tres buques de guerra debían de haberse quedado escondidos entre la niebla, a la espera de que la primera oleada de romanos tomara el Tridente de Poseidón por sorpresa. Y ahora se apresuraban a completar la trampa. Las partidas de abordaje ya habían formado en la proa de ambos birremes, y la armadura y las espadas captaban la luz que pasaba a través de los jirones de niebla conforme se acercaban al barco pirata. La mayor parte de la tripulación del Tridente luchaba de espaldas al mar, y todavía no se habían dado cuenta de la nueva amenaza que se aproximaba. A menos que se retirasen pronto, preveía, caerían sobre ellos fatalmente.

Cuando Telémaco se volvió para avisar a sus compañeros, vio que un par de soldados habían empujado a Bulla hacia la popa, separándolo del resto de la tripulación. Dos piratas yacían retorciéndose en cubierta, cerca. Bulla consiguió parar el primer golpe, pero el segundo le dio por debajo del borde de su escudo y se dobló hacia delante cuando la hoja le perforó hondamente el estómago.

–¡Capitán! –gritó Telémaco.

Lanzando un rugido brutal cargó hacia la popa. Un soldado se desplazó para bloquear su camino, pero Telémaco bajó el hombro y golpeó al hombre con el escudo, arrojándolo a un lado. Uno de los dos soldados que atacaban a Bulla gritó a su camarada, y el otro se dio la vuelta en redondo y se enfrentó a Telémaco, que ya estaba frente a ellos. El romano ya levantaba la espada, pero Telémaco lo abatió con un movimiento de corte, rebanándole el brazo justo por encima de la muñeca. La sangre salió de la herida, pero no hizo caso; dio una patada al hombre, enviándolo a un lado, y se volvió al

segundo soldado.

La punta de una hoja relampagueó hacia él; el romano lo atacaba con su gladio. Telémaco levantó el escudo con desesperación, en el último momento, y la hoja rebotó en el borde con un crujido de astillas, entumeciendo su brazo y los músculos de su hombro. Sin embargo, adelantó la falcata, intentando golpear y abatir al marinero por encima de su escudo con la punta curva. El romano se agachó, y enganchando su escudo en el borde del más pequeño de Telémaco, y se lo arrancó de la mano. El soldado sonreía, dispuesto a atacar de nuevo a su ya indefenso enemigo.

Por el rabillo del ojo, Telémaco captó un movimiento veloz; la hoja de un hacha segó el aire hasta clavarse con un crujido en el cuello del hombre; con el movimiento en arco, le separó la cabeza del cuerpo con un limpio arco. La sangre caliente lo salpicó cuando el romano se derrumbaba en cubierta. Levantó la vista. Basso estaba detrás del romano caído, sujetando un hacha manchada de sangre con las dos manos. Telémaco le dio las gracias con un gesto y luego se agachó junto a su capitán. Bulla se agarraba el estómago con una mano; la sangre salía entre los dedos, y él gemía de dolor.

–¡Vosotros! –gritó Telémaco, agarrando al pirata que tenía más cerca–. Llevad al capitán de vuelta al barco. ¡Ahora!

El hombre dudó un momento, conmocionado al ver herido a su jefe. Pero enseguida se agachó y ayudó a Bulla a ponerse en pie, y lo llevó medio a rastras hacia el Tridente de Poseidón. En la cubierta, tres jóvenes marineros los vieron acercarse y rápidamente bajaron una pasarela. Cástor lo miró un momento y luego se volvió hacia Telémaco.

–¿Qué vamos a hacer?

Telémaco se arriesgó a mirar por encima de su hombro y, ante el panorama, notó un horrible nudo en el estómago. Los dos birremes se habían acercado muchísimo al Pegaso. La lucha estaba perdida, y él lo sabía. En cuanto los soldados de los birremes se unieran al combate, los piratas se verían sobrepasados. No había tiempo que perder si los hombres de la tripulación del Tridente querían tener alguna oportunidad de sobrevivir.

–¡Todos los hombres! ¡Atrás! –llamó a gritos desde la cubierta del Pegaso.

A su orden, unos cuantos se dieron la vuelta, para apartarse de la refriega, y se retiraron hacia la barandilla. Aquellos que estaban más cerca del mástil se vieron empujados hacia atrás, pues los romanos atacaban con renovado vigor, estimulados por la llegada inminente de refuerzos. El más cercano de los dos birremes había ido rapidísimo y ya sólo lo separaban del Pegaso unos pasos; sus soldados ya estaban dispuestos para la batalla.

La lucha se iba concentrando en unos cuantos focos de brutal combate, y por ello algunos piratas habían quedado separados. A un grupo los habían empujado hacia la proa, mientras que otros se agrupaban en torno al mástil. Cuerpos retorcidos y entremezclados sembraban las tablas, salpicadas de sangre.

–¡Atrás! –gritó Telémaco a los hombres–. ¡Atrás, ahora!

Mientras los piratas saltaban por encima de la barandilla, uno de los romanos gritó a sus camaradas, señalando furiosamente hacia el Tridente de Poseidón. Un grupo de soldados, dirigidos por un oficial con un casco con cresta roja, se separó de la lucha y corrió a través de la cubierta para cortar la retirada a los piratas. Telémaco se dio la vuelta y se lanzó a través del pequeño hueco que había entre los dos barcos, aterrizando de cualquier manera en la cubierta del Tridente. Detrás de él, los infantes de marina se colocaron rápidamente a lo largo de la barandilla del Pegaso y comenzaron a arrojar jabalinas.

–¡Abajo! –gritó Telémaco–. ¡Abajo!

En ese momento, tronó el grito de un centurión, y los soldados lanzaron sus proyectiles casi a quemarropa, hiriendo a varios hombres del Tridente. Una jabalina reventó el ojo al pirata que estaba justo al lado de Telémaco. Su cabeza rebotó hacia atrás y el hacha que llevaba en la mano se le cayó de la mano cuando se derrumbó sin sentido en la cubierta. Otros dos piratas fueron demasiado lentos a la hora de reaccionar, y sus gritos de dolor se elevaron en el aire cuando unas lanzas oscuras se ensartaron en sus torsos. Hubo otra andanada, y luego el centurión romano gritó de

nuevo y los romanos cargaron a través de la pasarela, antes de que pudieran retirarla.

–¡Conmigo! –gritó Telémaco a sus hombres, levantando la espada. Hubo un breve momento de duda entre los piratas, pero enseguida saltaron a la pasarela para hacer caer a los soldados. Rechinando los dientes, Telémaco pisó el cuerpo de un pirata asesinado y se arrojó hacia el soldado más cercano, dirigiendo sus estocadas a las piernas del hombre. El romano rugió cuando la falcata lo hirió en la rodilla. Telémaco desvió la estocada desesperada del hombre y lo empujó con el escudo. El golpe fue a parar en su mandíbula, y lo envió dando tumbos, por encima de la barandilla, hacia el agua que estaba debajo.

Retiró por un momento el brazo del escudo y miró a su alrededor a la cubierta empapada de sangre. A su derecha, Geras aullaba para animar a sus compañeros, instándolos a que no dieran cuartel al enemigo. El puñado de soldados que habían pasado a bordo del Tridente estaban rodeados, y la mayoría de ellos acabaron muertos con rapidez cuando los piratas se echaron sobre ellos, liquidándolos en escaramuzas individuales. Entre los cadáveres, Telémaco vio el cuerpo empapado de sangre del centurión romano. Sólo el optio de la armada y unos cuantos hombres permanecían aún en pie, con los escudos levantados, luchando desesperadamente por su vida en el barco envuelto en niebla. El optio aulló a sus hombres, exhortándolos para que resistieran la furia del ataque pirata. Más allá, en la cubierta del Pegaso, algunos soldados se apartaban de la lucha principal y corrían a ayudar a sus camaradas heridos. Mientras tanto, el birreme se ponía al nivel del Pegaso. Arrojaron cabos de abordaje, y los primeros soldados lanzaron gritos de combate al tiempo que saltaban a cubierta. Se echaron encima de Leito y los demás que luchaban en torno al mástil.

Telémaco se volvió y se puso las manos en torno a la boca.

–¡Cortad los cables! –rugió–. ¡Cortadlos!

Cástor parecía horrorizado.

–Pero ¿y los demás?

–No podemos hacer nada por ellos. ¡Cortad los cables ahora mismo!

Varios piratas corrieron a los cabos de abordaje y empezaron a cortarlos con hachas y espadas. Con un chasquido sordo, la última de las sogas se partió, y Telémaco gritó al timonel:

–¡En marcha, Calkas! ¡Date prisa!

Los que estaban más cerca de los remos los levantaron y empujaron el costado del Pegaso. Al apartarse, las suaves olas levantaron el Tridente de Poseidón y apartaron su proa del otro barco.

–¡Eso es, chicos! –gritó Telémaco–. ¡Y ahora, vámonos de aquí!

La tripulación sacó los remos y el Tridente se puso en marcha, dirigiéndose hacia la entrada de la bahía. Un grupito de soldados del Pegaso arrojó las jabalinas, las armas descartadas y cualquier otra cosa que tuvieran a mano al barco pirata que huía. No tuvieron tiempo de apuntar, y la mayoría de los proyectiles cayeron inofensivamente en el hueco cada vez más ancho entre los dos bajeles. El movimiento del Tridente se estabilizó y al fin empezó a avanzar rápido, y los últimos soldados, dándose cuenta de que habían quedado fatalmente separados de sus camaradas en el Pegaso, tiraron las armas e intentaron rendirse. Uno de los piratas se adelantó para matar al optio, pero Telémaco lo detuvo con un grito.

–¡No! ¡Lo quiero vivo!

El pirata, de mala gana, bajó el hacha. Algunos entre los demás miraron con intenciones asesinas a los tres romanos que quedaban.

–Mételos en la bodega –exclamó Telémaco–. Nos ocuparemos de ellos más tarde.

Geras ladró una orden, y los piratas que los tenían más cerca agarraron al optio y sus camaradas y los empujaron hacia la escotilla de carga. Telémaco volvió la vista hacia el Pegaso para ver cómo Leito y los últimos piratas desaparecían bajo una incansable

lluvia de golpes cuando los soldados del birreme se abalanzaron sobre ellos. Unos pocos de los suyos habían conseguido retroceder hasta la proa, y varios saltaron al agua, prefiriendo probar suerte en el mar antes que ser capturados por el enemigo. Murieron enseguida a manos de los soldados del birreme que estaba más alejado, pues los soldados se apiñaron en la popa para arrojarles proyectiles. Un momento más tarde el barco quedó perdido entre una madeja espesa de niebla que quedó suspendida entre los barcos.

–Esos hijos de puta han matado a Leito –gruñó en voz baja Geras–. No ha tenido ni la menor oportunidad...

La pérdida de tantos hombres era un golpe muy duro. Telémaco se agarró a la barandilla con fuerza y juró por los dioses que haría todo lo que pudiera para vengar a sus camaradas caídos. Roma pagaría, de una manera u otra. Siempre y cuando consiguieran escapar...

Ya los soldados a bordo del Pegaso gritaban a los trierarcas de los dos birremes, señalando furiosamente hacia el Tridente de Poseidón, que escapaba. De inmediato se quitaron los cabos de abordaje del birreme más cercano, y el buque de guerra cabeceó con fuerza, apartándose del Pegaso, y dio la vuelta para perseguir al Tridente. El segundo birreme, mucho más lejos del Pegaso, también cambió de rumbo, y fuera, en la bahía, el buque insignia se acercó en ángulo, tratando de bloquear la huida de los piratas.

–Estamos atrapados –escupió Cástor–. Ahora sí que la hemos hecho buena...

Telémaco maldijo entre sí con los dientes apretados. Pero entonces se le ocurrió una idea. Desvió la vista hacia el otro lado del cabo. A través de la niebla atisbó el estrecho canal que corría entre los pozos de arena y las rocas que había más allá. Señaló hacia allí al timonel.

–¡Allí! –gritó–. Calkas, ¡rumbo a los bajíos!

CAPÍTULO TREINTA Y CUATRO

Cuando Telémaco aulló la orden, el nervudo timonel apoyó bien las piernas y se inclinó sobre el timón, alineando la proa del Tridente con la zona de agua poco honda que se extendía entre el cabo y las rocas que había más allá, en el mar. El cambio de rumbo provocó miradas de extrañeza de la tripulación, y un cierto número de los hombres movieron la cabeza a un lado y a otro, nerviosos.

Virbio se adelantó, con expresión de incredulidad.

–Pero ¿qué te crees que estás haciendo?

–Pues salir de aquí –replicó Telémaco con firmeza–. Escaparemos a través de los bajíos y perderemos a los romanos entre la niebla.

–Pero no lo conseguiremos... Quedaremos embarrancados, joder.

–El Tridente desplaza menos agua que esos buques de guerra. Su calado es lo bastante ligero para que pasemos.

–Y, si no, nos quedaremos atascados, maldita sea. Los romanos nos matarán como ratas en un barril.

–Quizá. Pero si no lo intentamos, perdemos seguro. Al menos de esta manera tenemos una oportunidad.

–Nos estás mandando a la muerte, joder...

–No hay tiempo para discutir –gruñó Telémaco–. Estoy a cargo de este barco, mientras el capitán esté herido. Ya he dado la orden. Ahora vuelve a tu puesto, o si no te hago encadenar.

Virbio iba a protestar, pero vio la expresión del rostro de Telémaco y apretó los labios. Éste se apartó de él e hizo señas a Cástor.

–Pon a un hombre a proa. Alguien con buen ojo. Necesitamos a un chico que vigile bien a ver si hay rocas.

Cástor corrió, chillando a la tripulación. Todos corrieron a sus puestos y Telémaco ocupó también el suyo en la popa. Geras estaba de pie junto a él, con rostro serio y angustiado. Se alejaban de los pozos de arena, remaban hacia los bajíos. Por detrás, el buque insignia había cambiado de rumbo para acercarse al Tridente de Poseidón. Los dos birremes iban a cierta distancia por detrás del trirreme, aunque su progreso se veía entorpecido por tener que maniobrar en torno al Pegaso. Los tres barcos de guerra remaban con fuerza, y Telémaco calculaba que el Tridente llegaría a los bajíos justo por delante del trirreme.

Geras miró hacia delante con recelo.

–¿Crees de verdad que esto funcionará?

Telémaco frunció los labios.

–Existe la posibilidad de que el agua sea lo bastante honda, pero no puedo estar seguro hasta que pasemos por allí. Y será mejor que recemos para que sea demasiado bajo para nuestros perseguidores.

–¿Y si no es así?

–Entonces Virbio tendrá razón, y estaremos muertos.

–Bueno, una cosa sí que está clara: no dejaré que esos hijos de puta de romanos me cojan vivo. No sé lo que harás tú, pero yo no planeo abandonar esta vida clavado en una cruz.

–Yo tampoco. –Telémaco sonrió torvamente–. No te preocupes. Si llega el momento, lucharemos, y nos llevaremos a la mayor cantidad posible de ellos con nosotros.

Pero a medida que se aproximaban al canal, le recorría un cosquilleo de incertidumbre ante su plan. Una imagen mental muy viva se representaba ante sus ojos: la del Tridente de Poseidón chocando con una roca sumergida. Como había señalado Virbio, un barco embarrancado sería una presa facilísima para el buque

insignia romano. El trirreme sería libre de moverse a una distancia segura y machacar a los piratas con la artillería que llevaban montada en la proa. No habría escapatoria para el Tridente y su tripulación, en ese caso. Aquellos que sobrevivieran al desastre serían eliminados en los bajíos; o peor, serían capturados y crucificados.

Un crujido sordo perforó el aire repentinamente. Telémaco miró hacia atrás. Una roca salía disparada de la catapulta de proa del buque insignia. La roca pareció quedar suspendida en el aire un momento espantoso antes de sumergirse en las olas blancas y espumeantes, a tres o cuatro metros de la popa del Tridente.

–Por los dioses, eso ha ido muy cerca... –murmuró Geras.

–Un tiro afortunado –gruñó Telémaco–. No tienen todavía el rango de tiro. Está demasiado lejos.

–Sí, pero ¿por cuánto tiempo?

El trirreme se acercaba, se dio cuenta Telémaco. A la velocidad que llevaban, se pondría fácilmente a su nivel antes de que pudieran escapar a través del canal.

–¡Que los hombres aumenten la velocidad! –chilló a Cástor.

El intendente negó con la cabeza.

–Van todo lo rápido que pueden, pero este buque no es una galera. No está construido para navegar a remo.

Telémaco apretó la mandíbula con fuerza, frustrado, y apartó la vista. Sabía que Cástor tenía razón. El Tridente podía superar a cualquier otro barco a vela, pero, sin el menor soplo de aire, se veía obligado a depender de los doce pares de remos largos para impulsarse hacia delante, mientras que el trirreme podía contar con la fuerza de muchos más remeros. El buque de guerra iba ganando terreno rápidamente; las palas de los remos cortaban el agua, y, con una sensación de hueco en las tripas, se dio cuenta de que el Tridente pronto estaría al alcance de los proyectiles. Los birremes, más ligeros, se iban cerrando sistemáticamente y pronto llegarían al

canal, poco después del buque insignia. Intentó desesperadamente pensar en alguna forma de aumentar la velocidad, pero no podía hacer otra cosa que rezar a los dioses para que soplara alguna ráfaga súbita de viento. Sólo entonces el Tridente tendría alguna esperanza de sobrepasar a su enemigo.

Paseó la mirada en torno, por los bajíos. Desde su perspectiva, el hueco entre las rocas y el pozo de arena resultaba aterradoramente estrecho, y pensó que iban a embarrancar en cualquier momento. Por la borda veía las formas oscuras de las rocas, no muy por debajo de la superficie. Más allá, uno de los marineros se inclinaba por encima de la proa, avisando al timonel cuando veía aguas menos profundas o alguna roca que pudiera poner el barco en peligro. Sólo había que avanzar unas cuantas decenas de metros para alcanzar la libertad del mar abierto detrás del cabo, y Telémaco pidió a los remeros que se esforzaran y fueran más rápido.

Hubo otro crujido, y un oscuro proyectil saltó de una de las catapultas del trirreme, seguido por un agudo chillido cuando la punta de hierro se enterró en el pecho del pirata que tenía justo delante. Otro proyectil impactó en la barandilla, deshaciéndola entre una explosión de astillas. Un hombre se tambaleó y cayó hacia atrás, con un trozo irregular de madera sobresaliendo de un lado de su rostro. Telémaco volvió la vista atrás; el buque insignia casi los había atrapado.

–¡No lo conseguiremos! –gritó Virbio–. ¡Esos cabrones nos van a hundir!

De repente, un débil temblor se transmitió por el agua. Geras gritó, señalando a popa:

–¡Mirad! ¡Mirad ahí!

Telémaco siguió su brazo, y vio que el trirreme romano temblaba y quedaba embarrancado. Sus remos se habían enganchado y habían chocado contra las rocas, y entonces el mástil comenzó a inclinarse hacia delante con un crujido espantoso. Se elevó un coro de gritos de pánico cuando el lío de maderas, cordaje y velas cayó estrepitosamente en la cubierta, silenciando la artillería

y arrojando a los soldados al suelo. La proa del buque accidentado se levantó brevemente, y luego dejó de moverse. Los hombres del Tridente estallaron en vítores delirantes.

–¡Cabrones! –rugió Geras, levantando el puño en el aire–. ¡Os está bien empleado! ¡Ahora no nos atraparéis!

Telémaco se fijó en que varias figuras corrían por la cubierta del trirreme para cortar el mástil roto y las jarcias. Los dos birremes viraron abruptamente para apartarse del buque insignia embarrancado y así evitar la colisión; luego establecieron un nuevo rumbo hacia la entrada principal de la bahía. Con sus trierarcas poco dispuestos a arriesgarse por el traicionero paso a través de los bajíos, tendrían que rodear las rocas y tomar la ruta más larga por el mar, antes de reemprender la caza. Telémaco los miró un momento más, y luego se volvió hacia delante. El Tridente ya se sumergía a través del hueco, colocándose justo delante de los buques de guerra.

Geras exhaló con alivio.

–Gracias a los dioses.

–No ha terminado aún –advirtió Telémaco–. Todavía tenemos que perder de vista a esos birremes. En cuanto estemos fuera de la bahía, podrán reemprender la caza y venir a por nosotros.

–Será mejor que la niebla baje, entonces.

Los que estaban en los remos hicieron un esfuerzo final y el Tridente se abalanzó hacia delante. Sin darse cuenta, ya habían pasado los bajíos y en torno a ellos había aguas profundas. Telémaco levantó la cabeza, sintiendo la suave brisa que venía de tierra. Lo bastante fuerte para hinchar las velas. Dio la orden a Geras, y los exhaustos marineros subieron a la arboladura y desplegaron la vela mayor. Con el viento de popa, el Tridente de Poseidón pronto cogió velocidad y se apartó de la línea de costa. Aquellos que se habían estado esforzando en los remos finalmente pudieron descansar, y se echaron hacia atrás en la cubierta, con los rostros y brazos brillantes de sudor.

El Tridente se abría camino hacia mar abierto cuando un grito se elevó desde la popa. Telémaco devolvió su atención a la entrada a la bahía, ya muy lejos tras ellos. Entre los zarcillos leves de niebla, apenas eran visibles los mástiles y palos de los birremes; estaban a punto de doblar la punta. Por un momento pensó que la Fortuna iba a jugar cruelmente con él, y que la niebla se aclararía justo a tiempo para que los romanos los vieran y comenzaran la persecución. Pero entonces un banco de niebla denso pasó frente al cabo, y los buques de guerra se perdieron de vista rápidamente. La tensión entre la tripulación del Tridente desapareció al fin, reemplazada por un alivio nervioso.

En cuanto Telémaco estuvo seguro de que habían perdido a los birremes, dio la orden a Cástor de que marcara el rumbo hacia Petrapylae. Llevaron a los heridos abajo, a la bodega, y colocaron a Bulla en su camarote privado. El optio y los soldados capturados seguían encadenados, y Telémaco colocó a dos hombres de guardia para que los vigilasen.

A medida que pasaba la mañana, el sol luchaba por abrirse camino y la niebla se fue disipando. Telémaco buscaba constantemente en el horizonte alguna señal de los buques de guerra romanos, pero el mar permanecía misericordiosamente despejado; por una vez, estuvo agradecido de que el vigía no avistase ninguna vela. Los hombres estaban de muy mal humor, y el alivio por la huida se mezclaba con la desesperación ante las graves pérdidas que habían sufrido.

Mientras el Tridente continuaba hacia el norte, Telémaco meditó en la grave derrota que habían sufrido. Habían capturado un barco, y otro había perdido la mitad de sus hombres. La trampa de Canis había funcionado a la perfección. Docenas de tripulantes del Tridente habían muerto, muchos más estaban heridos, y su capitán estaba muy malherido. Peor aún: el destino de Nereo estaba prácticamente sellado. Después de una derrota tan aplastante, la tripulación no tendría más remedio que pasar los siguientes meses en tierra, escondidos, esperando a que Canis finalmente se cansara de perseguirlos y pidiese un nuevo puesto. Quizás entonces serían libres de volver al mar.

Rápidamente desechó aquella idea. Canis era más despiadado

que cualquier hombre que hubiera conocido antes. Nunca aceptaría nada menos que la aniquilación total de los piratas. La captura del Pegaso y las fuertes bajas que había infligido al Tridente de Poseidón no le harían desviarse de su objetivo. En realidad, su victoria podía envalentonarlo aún más y decidirlo a lanzar nuevos ataques para hacer más patente aún su ventaja sobre su desmoralizado enemigo. Quizá sus hombres estuvieran interrogando ya a algunos de los supervivientes de los dos barcos piratas, exigiéndoles que le contaran dónde estaba su escondite.

Al caer la tarde, Telémaco estaba de muy mal humor. Sabía que a menos que derrotasen a Canis y su flota, los hombres del Tridente de Poseidón nunca podrían descansar.

CAPÍTULO TREINTA Y CINCO

–¿Qué tal está el capitán? –preguntó Telémaco. Iba y venía por el patio junto a la torre de vigilancia de la ciudadela, mientras Próculo examinaba la herida de Bulla. El recluta de cara redonda se quedó de pie en la puerta y se secó las manos con un trapo sucio, pensando en cómo responder. Aunque el carpintero del nuevo buque era pirata a su pesar, había resultado muy útil ocupándose de los heridos. Después de una larga pausa, meneó la cabeza.

–No está bien, señor. La herida está corrompida. De ella sale un olor espantoso. No soy ningún experto, pero, cuando la sangre se envenena, no tiene solución. Eso sí que lo sé. Lo siento, señor, pero ni siquiera el propio Asclepio podría salvarlo ya.

–Lo entiendo –replicó Telémaco en voz baja. Era, en ealidad, lo que esperaba, después de que el día anterior Próculo inspeccionara y vendara la herida del capitán. La espada romana había pinchado un punto débil en la coraza de lino de Bulla y se había hundido mucho en su estómago, perforando sus órganos vitales. El cambio regular del vendaje no había conseguido evitar el sangrado, y un pus horrible de color amarillo había empezado a rezumar de la herida.

Cinco días habían pasado desde la emboscada. Los supervivientes del Tridente de Poseidón habían puesto rumbo a Petrapylae, y al amanecer de la tercera mañana llegaron al fondeadero. En cuanto la proa del barco se hubo deslizado por la playa, descargaron a los heridos. Aquellos que podían andar hicieron solos el corto viaje por el camino elevado que conducía a las puertas de la ciudadela, mientras que a los demás los colocaron en unas camillas improvisadas para bajarlos por la pasarela. Ya dentro, los que habían quedado atrás permanecieron nerviosos en sus puestos buscando cualquier señal de que se acercaba una flota enemiga.

El alivio que reinaba entre los familiares y amigos de los piratas por el regreso del barco pronto se convirtió en desesperación

al buscar frenéticamente entre los heridos a sus seres queridos. Los quejidos y lamentos de las esposas, amantes e hijos duraron todo el día. Hubo luto, mientras el resto de la tripulación del Tridente ahogaba sus penas en bebida y juraba que se vengaría de los romanos. Habían dejado aparte a los prisioneros para venderlos a los comerciantes de esclavos, y el optio romano quedó encerrado en una de las celdas de la ciudadela; los interrogadores se harían cargo de él.

–¿Cuánto tiempo le queda al capitán? –preguntó Telémaco.

Próculo se encogió de hombros.

–Un día o dos más, diría yo. Podría ser más. Depende de si puede luchar contra la fiebre, señor.

Telémaco asintió lentamente.

–¿Y los otros hombres?

El recluta se retorció las manos.

–Hago lo que puedo, pero hay muchos que están muy mal. Sé coser una herida bastante bien, pero no tengo experiencia en arreglar huesos y esas cosas. A algunos no puedo ayudarlos, señor.

Telémaco volvió a asentir.

–Trata a los que creas que puedas salvar. Es lo único que te pido, Próculo.

–¿Y los demás?

–Que estén lo más cómodos que sea posible. Haz lo que puedas para aliviar su sufrimiento. ¿Comprendido?

–Sí, señor. Lo haré.

Próculo se alejó por el patio, hacia el grupo de edificios cercanos a la puerta de entrada, donde estaban alojados los heridos. Telémaco se volvió y se metió por la puerta con tachones de hierro que había a un lado de la torre de vigilancia, y subió las escaleras

hasta las habitaciones del piso superior.

Un hombre hacía guardia ante el alojamiento del capitán, en el extremo más alejado del sombrío pasillo. Al ver que se aproximaba el segundo de a bordo, se hizo a un lado, y Telémaco levantó el cerrojo con un chirrido. Un olor espeso y sofocante a vómito y a putrefacción llenaba el aire, y se le metió por la nariz nada más entrar en la habitación. La túnica y la espada de Bulla estaban colgados de un par de clavos en una pared, junto a una mesa grande sobre la que se veía una jarra de agua y un vasito de plata. El capitán yacía en un sofá a un lado, con la frente cubierta de sudor y el pelo oscuro enmarañado. Un vendaje manchado de sangre le cubría la herida alrededor del estómago. Sus ojos de párpados gruesos se centraron poco a poco en Telémaco, cuando este último se puso en cuclillas ante él.

–Capitán... –dijo Telémaco, en voz baja.

–No por mucho tiempo, me temo. –Bulla sonrió de mala gana, y luego hizo un gesto de dolor. Tenía la piel blanca como la cera, y Telémaco se afectó mucho al ver lo rápido que se había deteriorado su estado desde la última vez que lo había visitado, la tarde anterior. Se aclaró la garganta.

–¿Puedo traerle algo, capitán?

–Agua.

Asintiendo lentamente, Telémaco se dirigió a la mesa y vertió un vaso de agua. Al dejar la jarra, se fijó en un pequeño botecito de cerámica con tapón de cera, junto a un fajo de pergaminos y mapas. Contempló el frasquito un momento, y luego cogió la copa y se arrodilló junto a Bulla, poniéndole el borde entre los labios agrietados. Bulla se inclinó hacia delante y tosió al beber el agua. Dio unos sorbos más, resopló y volvió a toser. Hizo señas a Telémaco de que apartara el vaso.

–Gracias –dijo, en tono áspero, con la voz ronca–. Lo necesitaba. Al menos no me moriré de sed...

Telémaco abrió la boca para responder, pero Bulla levantó una

mano débilmente, interrumpiéndolo.

–No pasa nada, chico. He destripado a los hombres suficientes a lo largo de mi vida para saber cómo acaba esto. Todo ha terminado para mí. Ya no pertenezco a este mundo.

La compasión llenó el pecho de Telémaco, y notó que se le cerraba la garganta.

–Lo siento, capitán.

–¿Lo sientes? No tienes nada que sentir. Tú no eres el que ha metido a los hombres en una trampa.

–Pero no podías saberlo. Los romanos nos engañaron, pero bien.

–Quizá. Pero si te hubiera escuchado a ti, en lugar de seguir la corriente a ese idiota de Agrio, no nos habríamos acercado siquiera a Rávena, eso ya de entrada... Ah, joder, duele.

Bulla cerró los ojos y apretó los dientes en una mueca cuando una nueva oleada de dolor lo acuchilló por dentro. Su cuerpo entero se tensó con el dolor, pero poco después su respiración volvió a adoptar un ritmo rápido, irregular. Sonrió débilmente al joven segundo de a bordo.

–Eres un buen líder, Telémaco. Mejor de lo que fui yo nunca. No lo olvides.

–He aprendido del mejor... –Telémaco se esforzó por sonreír–. Deberías descansar ahora, capitán. Ahorra fuerzas.

–A la mierda. Tendré muchísimo tiempo para descansar luego. Ahora, necesito que me hagas un favor.

–¿Sí, capitán?

–Convoca a los otros oficiales y tráelos hasta aquí. Tengo que deciros una cosa.

* * *

Aquella misma tarde, todos los oficiales se reunieron con su capitán en su alojamiento. Bulla se incorporó del lujoso sofá. Apretaba con una mano pálida el vendaje empapado en sangre. Aunque habían abierto las ventanas que había al fondo de la habitación, se percibía en el aire el hedor espantoso de la herida infectada. El sudor corría por la frente del pirata cuando éste se dirigió a sus hombres:

–Todos os imagináis por qué os he convocado –empezó. Su voz sonaba rasposa, y Telémaco se dio cuenta del esfuerzo que significaba el hablar para el capitán; se le reflejaba en el rostro–. Lo diré sin rodeos. Estoy acabado, chicos. Mis días como capitán de esta tripulación han terminado.

Los oficiales lo habían escuchado en silencio. Sólo cuando acabó, Basso se aclaró la garganta.

–Busquemos a un cirujano, capitán. Algunos de los chicos y yo podemos navegar hasta Ortopla y buscar a alguien allí. Secuestraremos a ese hijo de puta, si hace falta...

–Es demasiado tarde para eso..., demasiado tarde para mí. Debéis mirar al futuro.

Cástor juntó las cejas.

–¿Qué quieres decir, señor?

–Antes de morir, hay que elegir un nuevo hombre para que se haga cargo como capitán después de mí.

Los oficiales intercambiaron miradas incómodas. Nadie dijo nada durante unos momentos, asimilando el anuncio de Bulla.

–¿Y tienes pensado a alguien? –preguntó al fin Virbio.

Bulla asintió lentamente.

–Por eso os he mandado llamar. Para que seáis testigos de que entrego formalmente el mando a vuestro nuevo líder.

–¿Y quién es?

–Él. –Todos los ojos se volvieron hacia quien señalaba Bulla–. Telémaco. Desde este momento es el capitán del Tridente de Poseidón.

–¿Yo? –Telémaco estaba asombrado–. Pero, capitán...

–No soy tu capitán, ya no. Ahora ésa es tu responsabilidad.

En torno a él, los otros oficiales reaccionaron con una mezcla de sorpresa y envidia. Telémaco era consciente de que varios de sus camaradas lo miraban como si le estuviesen valorando por primera vez. Virbio meneó la cabeza lentamente, y luego se volvió a mirar a Bulla.

–¿Es prudente esto, señor?

–¿No estás de acuerdo?

–Con el debido respeto, el chico no tiene la experiencia necesaria. Sólo lleva unos meses con nosotros. ¿Por qué no darle el mando a uno de los marineros más veteranos? Alguien que conozca bien el trabajo...

Bulla esbozó una sonrisa.

–Alguien como tú, por ejemplo.

Virbio se encogió de hombros.

–Mi única preocupación es lo que es mejor para la tripulación.

–No lo dudo. Pero Telémaco ha resultado ser muy digno del mando. Ha capturado numerosos barcos, ha huido de los romanos más de una vez y ha demostrado ser un marinero muy habilidoso. Y lo mejor de todo es que tiene la cabeza fría. Creo que todos estaréis de acuerdo en eso.

–El capitán tiene razón –interrumpió Basso–. Si no fuera por Telémaco, nunca habríamos escapado de esa bahía. Los romanos nos habrían hecho pedazos, a todos y cada uno de nosotros.

–Nos ha impresionado a todos, eso desde luego –respondió Virbio, fríamente–. Pero ¿es momento ahora de correr un riesgo así? Los romanos nos acaban de dar una buena paliza... Quizá nos iría mejor con unas manos más sabias al timón...

–No –gruñó Bulla, con las venas de su cuello hinchadas al notar que otra sacudida de dolor le recorría el cuerpo. Se echó atrás, exhausto por el esfuerzo de permanecer sentado. Su aliento se hizo más errático, y sólo con gran dificultad fue capaz de continuar–: Mi decisión está tomada. Telémaco asumirá el mando de esta tripulación. Y espero que todos los hombres lo sirváis lealmente..., como hasta ahora me habéis servido a mí. Todo esto, claro está, si aceptas. ¿Qué dices, mi joven amigo?

Telémaco momentáneamente se había quedado sin habla. Asintió lentamente.

–Sí, capitán. Acepto.

–Bien. –Bulla cerró los ojos. Una cierta calma lo invadió, y su aliento se redujo a un débil susurro–. Entonces quizá podrías quedarte. Desearía decirte algo en privado. Los demás podéis iros.

Los oficiales salieron de la habitación en un silencio asombrado. Bulla los vio partir, y luego dirigió su mirada a Telémaco. Sus ojos, de un gris oscuro, hicieron un esfuerzo para centrarse en el nuevo capitán pirata.

–¿Estás sorprendido? –preguntó.

–Sorprendido, señor –dijo Telémaco–, y honrado.

–Serás un excelente capitán, Telémaco. Puedo descansar en paz. Mi tripulación está en buenas manos. Y ahora, hay una última cosa que quiero pedirte.

–¿Sí, señor?

Bulla hizo un gesto hacia la mesa.

–El frasquito. Hice que uno de mis guardias lo adquiriera a un comerciante del pueblo, por si el dolor se volvía demasiado feroz. Unas pocas gotas bastarán. Luego me podéis enterrar en el mar, donde pertenezco.

Telémaco lo miró y tragó con fuerza.

–Si es realmente lo que quieres, capitán...

–Se me acaba el tiempo. No tiene sentido retrasar mi viaje a través de la Estigia. Pero prométeme algo.

–¿Señor?

Bulla reunió las últimas fuerzas que le quedaban y tendió la mano hasta agarrar a Telémaco del antebrazo. Tenía la piel fría y la mano le temblaba, pero miró fijamente al joven.

–Cuando llegue el día, haz que Canis pague por lo que nos ha hecho. Él y todos los otros romanos hijos de puta. Y salva a tu hermano.

–Lo haré, señor –respondió Telémaco–. Por los dioses, lo juro. Les daré a los romanos una lección que no olvidarán jamás.

* * *

Poco después, Telémaco salía del patio y entraba en la celda oscura y húmeda que se situaba junto a los establos. Había entregado a Bulla el frasquito de veneno, y luego había dado instrucciones al guardia que permanecía en la puerta de su alojamiento de no molestar al capitán, respetando el deseo del moribundo de pasar sus últimos momentos a solas.

Mientras cruzaba la plaza empedrada, notaba un remolino de emociones en conflicto en su pecho. Bulla había sido para él más

que un capitán. Mucho más. Había reconocido el potencial del joven recluta enseguida y se había interesado por él, hasta convertirse incluso en una figura paternal a lo largo de los últimos meses. Aun así, la noticia de su súbita promoción había conmocionado a Telémaco. Habría tiempo más tarde de llorar adecuadamente a Bulla, decidió. Era muy consciente de que algunos de los piratas de mayor edad podían ignorar u oponerse a la decisión, hombres como Virbio, y no podría evitar la confrontación con todos ellos durante mucho tiempo. Pero primero tenía que centrar su mente en sus responsabilidades con la tripulación. La emboscada de Canis había dañado gravemente su moral, y sabía lo que había que hacer.

Un par de centinelas armados con lanzas estaban de pie frente a la puerta de la vieja celda. Al ver a Telémaco se pusieron firmes y dieron un paso a un lado. Uno de ellos levantó el cerrojo y la puerta chirrió sobre sus goznes, abriéndose hacia dentro. Telémaco entró en un espacio atestado, que en tiempos había servido como alojamiento del caballerizo.

El prisionero romano, un escuálido optio veterano llamado Cálido, yacía en un camastro de paja a un lado de la habitación, con el tobillo y el cuello encadenados a unos aros de hierro fijos a la pared más alejada. Al oír abrirse la puerta levantó la cabeza lentamente y guiñó los ojos en la oscuridad. Tenía un aspecto lamentable. Su túnica estaba sucia y raída; el pelo, enmarañado y lleno de sangre seca, y tenía los brazos cubiertos de hematomas. Al principio había adoptado un aire de desafío frente a sus captores. Incluso cuando Telémaco lo amenazó con cortarle los pulgares, el hombre se negó a cooperar. Pero entonces pusieron a trabajar al interrogador. Esciro no necesitó mucho tiempo. Dos días de palizas y torturas habían bastado para romper la voluntad de Cálido. El hombre que tenía delante Telémaco era ahora una imitación arruinada de un oficial romano. Dio un respingo cuando Telémaco dio otro paso hacia él.

–Esciro me dice que estás dispuesto a hablar.

Cálido miró con decisión al pirata.

–Primero quiero que me des seguridad.

Telémaco sonrió.

–No estás en posición de negociar, romano.

–Ni tampoco soy un idiota. –El prisionero hizo una mueca y se removió, haciendo sonar las cadenas–. Una vez te haya dicho todo lo que sé, ¿qué evitará que me mates? No te sirvo como rehén. Canis nunca negociaría mi liberación.

Eso era cierto, pensó Telémaco.

–Dime lo que quiero saber y te perdonaré la vida. Te doy mi palabra.

–¿Y me dejarás libre?

Telémaco casi sonrió, sorprendido ante la ingenuidad del hombre. Pero un hombre destrozado puede creer cualquier cosa, si eso le da esperanzas de sobrevivir. Negó con la cabeza.

–Eso no lo puedo permitir. Has visto nuestra base. Si te dejo volver con tu gente, nos traicionarás. Pero, si hablas, se te permitirá vivir. –Agitó una mano hacia la puerta–. O, si no, mando llamar otra vez a Esciro. Quizá te vuelvas más agradable una vez te hayan sacado los ojos. –Medio se volvió para irse. El romano se lo quedó mirando, aterrorizado.

–¡No! ¡Espera! ¡Tu hermano! ¡Sé dónde está!

Telémaco se dio la vuelta, sorprendido y encolerizado, y fijó sus ojos iracundos en el prisionero.

–¿Tú sabes lo de Nereo?

–Por supuesto. Todo el mundo en la flota ha oído la noticia de que está prisionero. No es ningún secreto.

–¿Dónde está?

–En Rávena –dijo Cálido, rápidamente–. Lo tienen en la base naval de allí.

Telémaco notó que su pecho se hinchaba.

–¿Estás seguro?

El prisionero asintió.

–Vi cómo lo azotaban en el campo de entrenamiento, unas cuantas veces. Está allí. Él y los piratas que hemos hecho prisioneros. Canis los está interrogando personalmente. Quiere obtener hasta la última pizca de información mientras reparan el resto de la flota.

Telémaco inclinó la cabeza a un lado, observando con cuidado al prisionero.

–¿Canis está reparando los barcos de guerra?

–Todos los que no están en condiciones de navegar, sí. O sea, la mayoría de ellos. Algunos de esos barcos de Rávena llevan cuatro años fuera del puerto. El prefecto ha hecho que los astilleros trabajen día y noche para ponerlos de nuevo en forma, quitándoles las lapas y reparando las cuadernas podridas.

–¿Por qué no ha pedido refuerzos en Miseno?

–No puede. Se dice que la flota de Miseno está casi tan destrozada como la nuestra, y que ya tienen sus propios problemas sin tener que patrullar también por el Mediterráneo oriental. Así que desde el primer momento es responsabilidad de Canis conseguir una buena flota para Rávena, y desde luego se lo ha tomado en serio. Pretende que todos los barcos de la flota estén preparados para salir al mar antes de que acabe la temporada de navegación.

–¿Para qué? ¿Por qué tanta prisa?

–Está desesperado por cazaros. A todos. Especialmente después de que los hombres más ricos de Rávena hayan protestado. Los gremios de mercaderes y de propietarios de barcos han estado removiendo las cosas, exigiendo al prefecto que haga algo sobre los daños al comercio. Canis incluso ha enviado a uno de los birremes del servicio de convoyes a Senia, para calmar las tensiones con el ayuntamiento de la ciudad.

–Ya veo. ¿Y qué planea hacer Canis, una vez haya reconstruido su flota?

Cálido se encogió de hombros.

–Pues va a barrer este lado del Adriático y quemar todos los nidos de piratas hasta los cimientos. No quedará ninguno de vosotros vivo, o eso calcula él. En Rávena no se habla de otra cosa.

–¿Cuánto les falta para completar las reparaciones?

–Lo último que oí decir es que estarán listas antes de que acabe el mes.

Telémaco se quedó callado un instante. Una sensación gélida le aferraba la nuca. En cuanto Canis tuviese todo el poder de la flota de Rávena a su disposición, la marina tendría una ventaja decisiva. El prefecto sería libre de mantener su servicio de convoy y atacaría simultáneamente por toda la costa iliria, destruyendo un escondite pirata tras otro. Sólo sería cuestión de tiempo que descubriese la base de Petrapylae.

Miró a Cálido.

–¿Quién les ha dicho a los romanos dónde encontrar a mi hermano? –susurró fríamente, mirando a Cálido a los ojos.

–De eso no sé nada –repuso el otro, sacudiendo la cabeza débilmente.

Una rabia hirviente atenazó el corazón de Telémaco. Levantó una mano y agarró la túnica del prisionero.

–Estás mintiendo, Cálido. Respóndeme con total sinceridad, antes de que vuelva a llamar a Esciro.

–¡Es la verdad, lo juro! –exclamó el optio, suplicante, con los labios temblorosos–. Lo único que sé es que alguien entregó un pergamino en Rávena destinado al prefecto.

–¿Quién?

–Un capitán mercante. Apareció en la puerta, hace más o menos un mes, pidiendo ver a Canis. Llevaba un pergamino, que le habían dicho que entregase en mano al mandamás de Rávena. Decía que Canis lo encontraría interesante.

–¿Y quién le dio a él el pergamino?

Cálido se encogió de hombros.

–No lo sé. Canis le preguntó lo mismo. Y él contestó que su barco había sido atacado por unos piratas, unos días antes. Uno de ellos lo había llevado aparte y le dijo que procurase que el pergamino fuese entregado en Rávena. Por eso los piratas le perdonaron la vida, o eso decía él, al menos. Es todo lo que sé, lo juro por los dioses.

Telémaco soltó la manchada túnica, y el prisionero se derrumbó en la yacija de paja a su lado, en el suelo. Parecía que Cálido decía la verdad. Ya no obtendría más información de él. Enderezó la espalda e inclinó la cabeza ante la figura desharrapada que tenía a sus pies.

–Nos has sido útil, Cálido. Muy útil, de verdad. Como recompensa, me aseguraré de que tu muerte sea rápida.

Cálido levantó los ojos, aterrorizado.

–Pero... no puedes... ¡Teníamos un trato!

–¿Realmente confías en la palabra de un pirata? Eres un idiota. No hay motivos para no matarte. Como tú mismo has señalado, no tienes valor alguno como rehén. Ya no nos sirves para nada.

–¡Por favor! –suplicó el romano–. ¡No puedes hacer esto! ¡No puedes matarme!

–¿Por qué no?

Una idea asomó en los ojos del prisionero.

–Porque te puedo dar más información... El diseño de la base, la celda donde tienen a tu hermano... ¡Puedo ayudarte!

–¿Ah, sí? –Telémaco hizo una pausa y sonrió–. Entonces quizá tengas una oportunidad de salvarte, romano. Enviaré a mis interrogadores en breve. Pero una advertencia: si no cuentas a mis hombres todo lo que sabes o si ellos sospechan que nos estás engañando, haré que alimentes a los lobos en el bosque más cercano.

Se volvió y salió de la celda, dejando al prisionero sollozando patéticamente tras él. Su yo más joven habría perdonado a Cálido, y quizá le hubiese encontrado algún uso en la ciudadela. Pero no estaba de humor para ser compasivo. Después de lo que habían hecho a sus camaradas y a su hermano, no. Ya había decidido el destino de Cálido. En cuanto el optio le hubiese dado hasta el último detalle de información, haría que lo mataran.

Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la luz, cuando Geras apareció, buscándolo. Venía de la torre de vigilancia.

–Bulla ha muerto.

Telémaco se lo quedó mirando. Se le cerró la garganta.

–Uno de los guardias lo ha encontrado –añadió Geras–. Parece que el viejo acabó con su vida antes de que todo fuera demasiado doloroso. No lo culpo, la verdad. Una forma horrible de irse. Parece que tú estás al mando ahora..., capitán.

–Sí... –replicó Telémaco. Le sonaba muy extraño que Geras se dirigiese a él por su nuevo título–. Necesito que elijas a cuatro hombres buenos para deberes funerarios. Que envuelvan a Bulla en unas telas y que lo saquen en uno de los botes de pesca, mañana por la mañana. Lo enterraremos en el mar, de acuerdo con sus deseos.

–¿Y qué pasa con ese amigo de ahí? –preguntó Geras, señalando hacia la celda.

Telémaco le explicó lo que le había sacado al prisionero romano. Cuando acabó, Geras se rascó la barbilla, con la cara arrugada, pensativo.

–¿Estará diciendo la verdad? ¿En eso de que van a reparar los

buques de guerra?

–Muy pronto lo averiguaremos.

–¿Y qué significa eso?

Telémaco soslayó la pregunta.

–Primero, quiero que prepares los dos barcos pequeños, el Proteo y el Galatea. Hay que aprovisionarlos y prepararlos para hacernos a la mar mañana. Con tripulaciones mínimas. Quiero a dos oficiales experimentados como capitanes, pero tú te quedas aquí. ¿Está claro?

–No te ofendas –murmuró, sorprendido y levantando las cejas–, pero ¿es éste realmente el mejor momento para salir de caza?

–Esos dos barcos no van a buscar presas –explicó Telémaco–. Quiero que naveguen por la costa, arriba y abajo, de escondite en escondite, difundiendo la noticia entre las tripulaciones piratas ilirias. Convocaremos a todas las bandas y a todos los barcos de este lado del Adriático a una reunión. Aquí, en Petrapylae. Dentro de diez días.

Las cejas de Geras se arquearon todavía más.

–¿Para qué quieres que vengan?

–Para hacerles una oferta. –Telémaco hizo una pausa, con algo de travesura en su rostro–. Voy a proponerles que ataquemos Rávena.

Geras miró a su amigo, como intentando decidir si hablaba en serio. Captó un brillo duro en los ojos de Telémaco y bufó, hinchando mucho las mejillas.

–Tienes un par de pelotas, desde luego. Pero te va a costar mucho convencer a los demás de que sigan tu plan. Especialmente, dado que acabamos de recibir unos buenos azotes en el culo de los romanos.

–Y por eso tenemos que actuar ahora, precisamente. Canis

estará muy ocupado felicitándose por su última victoria. No esperará un ataque. Podemos pillarlo por sorpresa.

–¿De verdad piensas que funcionará? ¿Atacar Rávena?

–Es nuestra única oportunidad de acabar con esto de una vez para siempre. Si atacamos antes de que la flota haya sido reparada, podemos destruir la base y entorpecer mucho sus operaciones navales. Pasará mucho tiempo antes de que sean capaces de reemprender las vigilancias y ataques en este lado del mar.

–Y si existe una oportunidad de rescatar a tu hermano al mismo tiempo...

–Entonces, lo encontraré –dijo Telémaco–. Lo rescataré. Y Canis tendrá que aceptarlo. Te lo aseguro: después de que yo haya acabado con él, nunca más nos volverá a molestar.

CAPÍTULO TREINTA Y SEIS

A media tarde, los primeros barcos piratas entraron en la bahía. Telémaco aguardaba a corta distancia, en la playa, y pudo ver cómo los esbeltos bajeles doblaban el cabo, con sus gallardetes negros ondeando como cuervos en la brisa. Una pequeña partida de piratas se había reunido junto a él, con los mantos bien apretados en torno al pecho, para saludar a los recién llegados. Algunos de la tripulación murmuraban entre ellos, mientras otros tenían un aspecto de aprensión ante la perspectiva de que unos desconocidos entraran en su base. No hacía el calor opresivo propio de finales del verano, sino que el cielo era gris e imponente.

–¿Estás seguro de que sabes lo que estás haciendo, invitando aquí a todos esos? –preguntó Geras, moviendo una mano en dirección a los barcos que se aproximaban–. ¿Cómo sabemos que podemos confiar en cualquiera de esas tripulaciones? Sabes tan bien como yo que algunos de ellos antes se rajarían el cuello unos a otros que trabajar juntos...

Telémaco frunció los labios y volvió su mirada hacia la bahía. Habían pasado diez días desde que envió a los dos barcos a reunir a las bandas piratas en Petrapylae. Se iba a celebrar una fiesta en la playa, y luego expondría con detalle las últimas incursiones por parte de la marina romana, junto con sus ideas de cómo podían responder. La decisión de invitar a los otros capitanes había sido recibida con incredulidad e ira por algunos de sus hombres, pero Telémaco les había hecho reflexionar: no tenían más remedio que intentar reclutar a más barcos para su causa. Entre todos, si accedían a trabajar juntos, tendrían los barcos suficientes para enfrentarse al escuadrón romano de Rávena. Tan pronto como se avistaron las primeras velas, Telémaco había dejado su alojamiento privado en la torre de vigilancia y había bajado a la playa a saludar a sus compañeros capitanes.

Ahora, con los barcos ya cerca, se sentía un poco angustiado y miraba una y otra vez por encima del hombro la ciudadela medio derruida. Unos hilillos de humo, siseando en el cielo de la tarde,

surgían de las bombas incendiarias montadas en plataformas por encima de las almenas. Aunque los capitanes piratas se habían identificado correctamente ante el puesto del vigía, Telémaco prefería tomar todas las precauciones, y había ordenado que los artilleros estuvieran preparados para disparar a la primera señal de traición.

–¿Qué esperas conseguir exactamente, capitán? –preguntó Geras.

–Ya lo he explicado –replicó Telémaco, con un rastro de irritación en la voz–. No podemos ocuparnos de los romanos nosotros solos. Necesitamos el apoyo de los demás piratas.

–Quizá sea así, pero esos hijos de puta egoístas no es probable que acepten nuestra propuesta. A menos que haya algo para ellos... Y, además, no fue demasiado bien la última vez que trabajamos con otra tripulación.

–Gracias por recordármelo –replicó Telémaco, lacónico.

–Era hablar por hablar, capitán.

Telémaco volvió su mirada hacia el horizonte y suspiró con fuerza.

–Tenemos que intentarlo, al menos –dijo al fin–. Construir una flota es nuestra única esperanza de recuperar el Adriático de manos de ese hijo de puta de Canis. Si le permitimos que controle las vías marítimas, nuestros días estarán contados.

–¿Estás seguro de que ése es el único motivo para intentar reclutar a todos esos en nuestras filas?

Telémaco le dedicó a su amigo una mirada intrigada.

–¿Qué quieres decir con eso?

Geras miró a su alrededor y luego se acercó más, para que los demás oficiales no lo escucharan.

–Todo el mundo sabe que no pasará mucho tiempo antes de

que los romanos ejecuten a tu hermano. Sé que estás desesperado por liberarlo, pero algunos de los chicos empiezan a preguntarse si no estarás poniendo su rescate por delante de las necesidades de la tripulación. De momento, sólo unos pocos murmuran algo, pero creía que debías saberlo.

–¿Qué es lo que dicen, exactamente?

Geras se encogió de hombros.

–Pues que deberíamos dejar correr todo este asunto de construir una flota. Algunos de ellos creen que sería mejor mantenerse ocultos durante un tiempo. Esperar a que las cosas se calmen.

–¿Y qué opinas tú, Geras?

–Pues que a lo mejor tienen algo de razón... –El segundo de a bordo vio la expresión oscura en la cara de Telémaco y levantó las manos–. Mira, tengo tantas ganas como tú de dar una buena paliza a los romanos. Los dioses saben que se lo merecen después de lo que nos han hecho. Pero ¿has pensado qué ocurrirá si falla este plan? El apoyo que tienes entre la tripulación desaparecerá más rápido que un asiento libre en el Circo Máximo.

–Juré que haría todo lo que pudiera por rescatar a Nereo –respondió Telémaco, firmemente–. Si existe alguna posibilidad de salvarlo, la aprovecharé.

–Suponiendo que esté vivo todavía.

–Lo está. Lo sé.

–Aunque eso fuera cierto, vas a tener que esforzarte para convencer a todos estos de que no estás arriesgando sus vidas innecesariamente, sólo para salvar a tu hermano. –Geras señaló con el pulgar a la tripulación del Tridente.

–Yo manejaré a los hombres. Déjamelos a mí.

–Con mucho gusto. –Geras hinchó las mejillas y luego soltó aire. Meneó la cabeza–. Jefe de una banda pirata... Da más

problemas que satisfacciones, si quieres saber mi opinión. Prefiero mil veces los placeres sencillos de la vida.

Telémaco miró hacia atrás, a la bahía, donde la tripulación del barco más cercano recogía la vela y sacaba los remos para hacer la aproximación final. Al cabo de unos pocos momentos, los remos empezaron a levantarse y caer con un ritmo regular, conduciendo el barco hacia la arena. Ya estaban a la vista media docena de velas, aunque todavía restaban más barcos, aún apenas visibles detrás de la punta.

El barco más cercano llegó a las aguas del fondeadero, y se gritaron una serie de órdenes en cubierta. Un momento más tarde guardaron los remos y echaron el ancla por encima de la popa. Hubo una breve pausa en la actividad, hasta que se bajó un bote por encima de la cubierta y un par de remeros lo llevaron a la costa. El barco se detuvo, y los cuatro hombres que estaban a popa descendieron a los bajíos. Telémaco los vio desembarcar, y entonces se irguió. Hizo una señal a Geras.

–Es hora de saludar a nuestros invitados.

–Estupendo –murmuró Geras–. No puedo esperar más.

Telémaco comenzó a bajar hacia la playa, encabezando la partida de bienvenida. Los guijarros crujían bajo sus suaves botas de cuero. Por delante de ellos, los recién llegados se abrían camino a través de las suaves olas, mirando a su alrededor en la playa, supicaces. Tres de los piratas más robustos se detuvieron a pocos pasos de distancia de la tripulación del Tridente y se repartieron por allí, con las manos apoyadas en los pomos de las espadas y dagas que llevaban al cinto. Un hombre mayor se adelantó, vestido con un jubón de cuero y unos pantalones bombachos. Llevaba anillos de oro en todos sus dedos nudosos.

–¡Bienvenido, amigo! –declaró Telémaco, tendiendo su mano hacia la figura de pelo gris–. Bienvenido a Petrapylae.

El pirata miró la mano de Telémaco con desconfianza, y no la estrechó. Detrás de él, dos barcos más se habían acercado a la costa, y ya comenzaban a arriar el velamen.

–¿Quién cojones eres tú? –graznó el hombre.

–Me llamo Telémaco. Capitán del Tridente de Poseidón y jefe de los piratas de aquí, desde la muerte de Bulla.

–¿Bulla ha muerto? –Una mirada de sorpresa atravesó el rostro del pirata–. ¿Y ahora tú eres el nuevo capitán?

–Sí. Eso es.

El hombre anciano miró al capitán del Tridente de arriba abajo, igual que un entrenador podría examinar a un posible gladiador.

–No esperaba a alguien tan joven. Pensaba que Bulla tendría más sentido común y no nombraría a un chiquillo como sucesor.

Telémaco miró con dureza al pirata.

–No soy ningún niño. Y te dirigirás a mí como igual, capitán...

–Critón, comandante del Lycus. Seguro que el nombre te suena.

Telémaco asintió. Aunque no había llegado a conocer a los otros capitanes piratas de Ilírico, sus lugartenientes le habían informado muy bien sobre sus posibles aliados. Por lo que le habían contado, Critón era uno de los piratas más viejos que seguían en el mar, y unos pocos de la tripulación del Tridente incluso habían navegado con él antes de que hubiera asumido un mando independiente. Su apoyo sería crucial para ganarse a las demás tripulaciones.

Los oscuros ojos de Critón se entrecerraron mientras examinaba las defensas de la ciudadela.

–Vaya operación que tienes aquí... –dijo–. Ojalá hubiera pensado en esto yo mismo. Aunque debo reconocer que tenía la impresión de que éste era el escondite del capitán Néstor.

–Lo era. Ahora es nuestro.

–Ya veo... –Critón miró intensamente al joven durante un momento, y luego se enderezó–. Bueno, ha sido un viaje largo. Mis

hombres y yo necesitaremos tomar algo.

–Claro. –Telémaco hizo una señal hacia los fuegos para cocinar que ya se habían encendido en la playa, junto a unas cuantas chozas–. Hay mucho vino y carne, y tus hombres serán bienvenidos para unirse a nosotros más tarde.

–No habrá necesidad. He ordenado que permanezcan a bordo del Lycus. Harán guardia toda la noche, por si acaso.

–¿No confías en nosotros?

–¿Cómo crees que he sobrevivido tanto tiempo? –Critón lanzó una risa seca–. Un pirata precavido dura mucho más que uno temerario. Tú mismo te darás cuenta, a su debido tiempo. El caso es que me iré en cuanto haya luz.

–Espera... ¿No te vas a quedar? –preguntó Telémaco, sorprendido.

–¿Para qué? Sea cual sea el plan descerebrado que nos vayas a proponer, los capitanes no accederán nunca.

–¿Por qué te has molestado en venir, entonces? –preguntó Geras.

–He venido porque tenía la impresión de que íbamos a hablar con Bulla. Algunos de los chicos y yo navegamos con su tripulación una o dos veces, e incluso cazamos juntos antes de tomar caminos separados. Era un buen hombre. Si tienes algo que decir, te escucharemos. Eso se lo debo a Bulla. Pero, si crees que alguno de los capitanes va a recibir órdenes tuyas, estás muy equivocado.

–No se trata de dar órdenes –dijo Telémaco–. Se trata de la supervivencia de nuestras tripulaciones.

–Eso lo dirás tú. –Critón se acercó más. Separó los labios en una sonrisa, y Telémaco captó el olor a ajo de su aliento–. Una palabra amistosa de consejo: te puedes llamar capitán a ti mismo, pero yo llevo veinte años cazando por estos lugares. Conozco a la mayor parte de los otros capitanes bastante bien, y se congelará el Hades antes de que accedan a trabajar conjuntamente.

Se volvió y dio una orden a sus hombres, y luego comenzó a andar sobre los guijarros. Al pasar junto al grupo de bienvenida, les dirigió miradas hostiles. Telémaco lo observó, precavido, hasta que estuvo lo bastante lejos para no escucharlo.

–Parece que va a ser más difícil convencer a todos estos de lo que yo pensaba.

Geras asintió lentamente.

–Quizá los otros capitanes sean más agradables.

–Esperemos que sea así. Porque, si no hacemos causa común, Canis será libre para organizar su flota y cazarnos a todos. Y estaremos acabados. Nosotros y cualquier otra tripulación pirata a lo largo de la costa de Ilírico.

CAPÍTULO TREINTA Y SIETE

A medida que se aproximaba la noche, los barcos fueron anclando en la bahía, y sus oscuros cascos quedaron silueteados por el sol de poniente. Los capitanes desembarcaron y se reunieron con sus lugartenientes de confianza en un semicírculo en torno a las fogatas, mientras el resto de sus tripulaciones permanecían a bordo de los barcos, dispuestos a responder a la primera señal de peligro.

Los jefes piratas que operaban desde las mismas bases se sentaban juntos; comían y bebían, pero siempre vigilando a las otras tripulaciones con mutua suspicacia. Les iban llevando jarras de vino desde la ciudadela, junto con bandejas de queso, pan e higos.

Telémaco bebió un poco de vino y examinó a los capitanes. Eran mucho más viejos que él, con los rostros desgastados por la intemperie tras muchos y duros años pasados en el mar, y pronto se le hizo obvio lo poco que se gustaban entre ellos. Estaba claro que iba a resultar difícil unir a unos hombres tan indisciplinados. En cuanto consideró que sus invitados habían consumido el vino suficiente para aliviar la tensión, dejó su vaso y se adelantó unos pasos.

–Hermanos –empezó. Hizo una pausa hasta que todos estuvieron quietos y callados, y luego continuó–: Gracias por venir. Sé que, para algunos de vosotros, no ha sido una decisión fácil. –Su mirada se entretuvo en Critón un momento–. También sé que ha habido mala voluntad entre nuestras tripulaciones en los últimos tiempos, y espero que esta reunión sea el primer paso para acercarnos más. Quizás en el futuro disfrutemos de muchas más noches como capitanes hermanos, como las tripulaciones que en tiempos dominaron el Adriático, celebrando grandes victorias juntos, con vino, carne y canciones... Pero esta noche hay un asunto mucho más urgente del que debemos ocuparnos. Hablo, por supuesto, de nuestro enemigo común: los romanos.

Hizo una pausa y se pasó la mano por el pelo, sin dejar de

mirar a su audiencia. Los capitanes y sus lugartenientes lo escuchaban en silencio, con los rostros iluminados por el resplandor de las fogatas. Los oficiales de mayor experiencia del Tridente de Poseidón también estaban invitados a la reunión; se habían sentado en un grupito aparte, a un lado, y todos tenían un vaso de cuero en las manos. Telémaco cogió aliento y continuó:

–Durante meses, la armada imperial nos ha hecho la vida imposible. Todos hemos sufrido. Roma, con sus barcos de guerra, ha atacado nuestras bases, allí donde nos han encontrado, ha interceptado nuestros barcos y ha matado a camaradas y familiares. Recientemente, la flota de Rávena ha empezado a proporcionar escolta a los convoyes mercantes en esta zona. No tengo que recordaros el duro golpe que ha significado este hecho para nuestro comercio. Algunos de nosotros nos hemos quedado al borde de la ruina.

–¿Y qué? –dijo alguien–. Las cosas siempre han sido así entre nosotros y los romanos. Lo entenderías si hubieras sido capitán más de un maldito día.

Varias figuras en torno a las fogatas soltaron un gruñido como afirmación. Otros se rieron de buena gana. Telémaco miró al hombre que había hablado, un pirata nervudo que vestía una túnica de seda muy llamativa. Había sido uno de los últimos en llegar a la costa, y enseguida había empezado a quejarse de la pérdida de comercio que sufriría por asistir a la reunión.

Telémaco esperó a que se volviera a hacer de nuevo el silencio.

–Gentio dice la verdad –respondió al fin–. Roma siempre ha estado decidida a combatir la piratería. En el pasado, de vez en cuando enviaba una patrulla o nos expulsaba de nuestros cobijos. Pero esta vez es diferente. Esta vez planean exterminarnos.

Gentio sonrió levemente.

–¿Y por qué crees que lo sabes todo de las intenciones de Roma?

–Porque conozco a su comandante, el prefecto Canis. Le he

oído jurar que nos cazaría a todos, hasta el último, hasta que la costa entera de Ilírico estuviera limpia de piratas. Más aún: he visto con mis propios ojos la destrucción que Canis y su escuadrón infligieron a nuestra antigua base de Peiratispolis. No se detendrá ante nada en su intención de derrotarnos. En realidad, hace tres días recibí la inquietante noticia de que otro escondite, en Terra Cissa, había sido arrasado hasta los cimientos.

Critón abrió mucho los ojos.

–¿Terra Cissa? –Critón abrió mucho los ojos–. Ha sido refugio de piratas durante décadas.

–Lo era. Ahora ya no queda nada.

–¿Y cómo te has enterado de eso? –preguntó Gentio.

–Uno de mis barcos encontró las ruinas de la base, cuando iban dando voces para convocar esta reunión. Recogieron a unos cuantos supervivientes, que nos contaron su historia. Atacaron la base, y fueron decapitados; sus barcos, quemados, y sus familiares, hechos prisioneros para venderlos como esclavos o para trabajar en las minas.

Hubo respingos de incredulidad por todas partes entre la audiencia. Algunos de los hombres miraron al joven capitán, incapaces de ocultar sus expresiones de asombro. Critón apretó los puños, temblando de rabia.

–Está claro que no podemos permitirnos ignorar una amenaza tan grave –siguió Telémaco–. Así que, a menos que actuemos ahora, Canis y su flota al final nos cazarán y destruirán nuestras bases. Ninguno de nosotros escapará de su ira.

–Entonces tendremos que establecernos en otra parte –sugirió uno de los piratas–. Al carajo Canis y su gente. Encontraremos nuevos refugios y zonas para cazar.

–Ojalá fuera tan fácil, Escila. ¿Pero dónde podemos ir? Hay pocas presas en el mar Jónico, y apenas quedan islas donde esconderse más al sur. No, amigos míos. Sólo nos queda una opción,

y es luchar contra los romanos y expulsarlos de nuestras aguas.

–¿Y arriesgar nuestro cuello? ¡Una mierda!

Telémaco miró a su alrededor. Era Virbio quien había hablado. Sus rasgos, llenos de cicatrices, relucían ante las llamas; miraba a los demás piratas, haciendo gestos hacia el capitán del Tridente.

–Nuestro gran líder aquí dice que no hay ningún sitio donde ir –siguió–. Bueno, pues no es cierto. Podemos ir hacia el este, hermanos. Al mar Euxino.

–¿El Euxino? –exclamó uno de los piratas–. ¿Por qué cojones tendríamos que irnos allí? Es el fin del Imperio. Nos costaría un mes llegar hasta allí, y mucho más encontrar un buen fondeadero; y no hay envíos ricos tan lejos de Roma.

–Pero tampoco hay flotas romanas que nos persigan. Y no hay muchas bandas de piratas por allí, al menos que yo haya oído. Tendríamos toda la zona para nosotros.

–¿Estás sugiriendo que abandonemos Ilírico? –preguntó Gentio.

–¿Por qué no? –Virbio se encogió de hombros–. ¿Qué nos retiene aquí, después de todo? Las vías marítimas están estrechamente custodiadas, hay muy pocas presas y vivimos en constante temor de muerte o captura. Cualquier cosa es mejor que eso. Al menos en el Euxino podríamos volver a hacer lo que se nos da bien: cazar barcos mercantes bien cargados.

–¡Estoy de acuerdo con Virbio! –exclamó otro pirata–. ¡Vámonos al este!

–¡Que se joda Ilírico! –chilló otro.

Más capitanes gritaron su apoyo al plan de Virbio. Pero otros reaccionaron a aquella sugerencia con ira. La algarabía de voces que competían entre sí fue en aumento poco a poco. Los piratas discutían entre sí e intercambiaban insultos.

Telémaco apretó la mandíbula, notando que estaba a punto de perder la discusión y, con ella, cualquier esperanza de convencerlos

de formar una alianza. Se llenó los pulmones de aire y gritó:

–¡Basta!

La mayoría de los capitanes se quedaron en silencio al momento. Al cabo de una pausa, las pocas voces que aún se oían fueron apagándose, y un silencio pétreo cayó sobre la playa.

–Virbio tiene razón –continuó Telémaco–. Frente a esto, navegar hacia el este sería lo más fácil. Dejaríamos atrás nuestro problema y ninguno de nosotros tendría que vivir con temor a Roma.

–¿Pues qué estamos esperando? ¡Vámonos!

Varios hombres murmuraron, apoyándolo. Otro pirata abrió la boca para hablar, pero Telémaco levantó la mano, cortándolo en seco.

–Si abandonamos Ilírico, estaremos a salvo un año o dos. Hasta que los romanos vengan a por nosotros otra vez. ¿Y adónde nos iremos entonces? Preguntaos esto: ¿por qué decidisteis cazar en estas aguas? ¿Qué os trajo aquí a todos?

–¡Buenos fondeaderos! –gritó un capitán.

–¡Putas baratas! –bromeó otro, haciendo que resonaran las carcajadas.

–Sí, está todo eso –replicó Telémaco, con una breve sonrisa–. Pero el Adriático es también el lugar donde se hacen las mejores capturas. Si nos vamos hacia el este, estaremos más seguros, al menos durante un tiempo, pero también seremos mucho más pobres. ¿Estáis dispuestos realmente a abandonar los mejores cazaderos del Imperio y vivir con las migajas que podamos encontrar en el Euxino?

Hizo una pausa, que aprovechó para examinar los rostros de su audiencia. Nadie respondió a su pregunta, así que siguió, y su tono se fue volviendo más osado a medida que entraba en materia.

–No se trata sólo de saquear, hermanos. Se trata de reclamar lo

que es legítimamente nuestro. Quizá no sea capitán desde hace mucho tiempo, pero esto sí que lo sé: la hermandad de los piratas siempre ha trabajado en esta zona de la costa. Ni siquiera Pompeyo el Grande consiguió aplastarnos, a pesar de haber fanfarroneado de ello ante el pueblo de Roma. Sobrevivimos a él y, sin embargo, estamos dispuestos a rendirnos cobardemente ante Canis. Y Canis no es Pompeyo, por mucho que él pueda pensar lo contrario. –Miró a su alrededor, ante las fogatas, y señaló a uno–. ¿Acaso olvidas, Escila, que tu padre ya cazaba en esta zona, y su padre antes que él? ¿Y tú, Perímedes? ¿Estás dispuesto a renunciar a tu derecho de nacimiento con tanta facilidad, sin presentar combate siquiera?

Los capitanes a los que nombró se removieron, incómodos, sin querer encontrarse con su mirada. Hubo más conversaciones airadas, y los piratas empezaron a discutir de nuevo entre ellos. Al cabo de unos momentos, una figura oscura, con la barba crecida desordenadamente y el pelo despeinado y blanco, se puso en pie. Se aclaró la garganta y esperó a que sus camaradas guardaran silencio.

–¡Callaos! –gritó un hombre–. ¡Birria quiere hablar!

Los otros dejaron de discutir y miraron al hombre en cuestión. Telémaco vio respeto y miedo en todos los rostros cuando Birria se dirigió a ellos.

–Todos me conocéis, hermanos. Como capitán del Olympias, he cazado en estos lugares durante tanto tiempo como vosotros, y llevo muchas cicatrices que lo demuestran. Y digo que Telémaco tiene razón. Durante demasiado tiempo hemos dejado que los romanos nos cazasen como a perros, matándonos y expulsándonos de nuestro hogar y nuestro terruño. ¿Y qué hemos hecho nosotros como respuesta? Discutir entre nosotros como si estuviéramos peleándonos por unas migajas... Yo digo que es hora de que dejemos de huir. ¡Demos a los romanos de su propia medicina! ¡Matemos a esos hijos de puta!

Se oyeron unos pocos murmullos de asentimiento en la playa. Varios de los piratas rugieron en apoyo, y pronto un coro de vítores se elevó por el aire. Telémaco se dio cuenta de que Virbio, con sus gruesos brazos doblados por delante del pecho, lo fulminaba con la mirada.

–Todo esto de la hermandad está muy bien, Birria –lo interrumpió Gentio–. Pero ante todo y sobre todo somos ladrones. ¿Por qué arriesgarlo todo metiéndonos en un conflicto temerario con Roma?

–Es que ya estamos en conflicto –dijo Telémaco–. Pensaba que eso había quedado claro con lo que ha hecho Canis en Terra Cissa y en todos los demás sitios.

–Aun así, deberíamos tener mucho cuidado antes de comprometernos a actuar. La situación ya es bastante mala. Quién sabe cómo podría reaccionar Canis si atacamos. Podría hacer que la situación fuera peor de lo que es.

Telémaco cogió aire.

–Bueno, si no hacemos nada, vendrá a por nosotros de todos modos. O bien presentamos batalla a los romanos y recuperamos el control de este lado del mar, o bien nos sentamos y dejamos que nuestro enemigo se vuelva más poderoso. Ésa es la alternativa a la que nos enfrentamos.

–Supongamos que nos unimos a ti en esta aventura... –dijo Critón, precavido–. ¿Qué es lo que propones, exactamente?

–Canis sabe que no atacaremos a su flota... –explicó Telémaco–, por motivos obvios. Nuestros barcos son mucho más rápidos y ligeros, pero no tendrían ninguna oportunidad contra sus buques de guerra, fuertemente armados. Y por eso debemos destruir la flota por partes. Empezando con un ataque a Rávena.

–¿La base naval? –Los ojos de Gentio se abrieron mucho–. Pero está demasiado bien defendida...

–Normalmente, sí. Pero Canis ha enviado a la mayor parte de su flota a este lado del mar para escoltar a los convoyes de mercantes. Sólo quedan unos pocos cascarones que puedan navegar en Rávena.

–¿Cuántos?

–Cinco birremes y el buque insignia, más un puñado de barcos

de exploración y transportes.

Gentio dirigió a Telémaco una mirada escéptica.

–¿Seis buques de guerra? ¿Nada más?

–Seis barcos que puedan navegar, sí. Hay unas cuantas liburnas y unos trirremes más varados en el astillero, pero muchos de ellos se remontan a la batalla de Actium y, con los recortes que ha hecho el emperador en el servicio, han quedado como desechos. Algunos de ellos no han salido de puerto desde hace años.

–Todo eso ya lo sabemos, chico. Todos los capitanes piratas desde aquí a El Pireo saben que la flota de Rávena se halla en un estado lamentable.

–Pero no será así durante mucho tiempo –advirtió Telémaco–. En realidad, he sabido recientemente que Canis está haciendo reparaciones a toda la flota, con la intención de venir a por nosotros y destruirnos de una vez para siempre.

–¿Y cómo has sabido eso?

–Hace quince días capturamos a un soldado romano durante una emboscada, un optio que tiene su base en Rávena. Nos ha contado los planes de la armada de buscar por la costa nuestras bases. También nos ha dicho que Canis ha puesto a sus hombres a trabajar en serio para reformar el resto de la flota antes de que acabe la próxima estación de navegación. Si consigue reconstruir sus fuerzas, estaremos acabados. Pero, si golpeamos ahora, podemos quemar los barcos en los propios astilleros, más todos sus almacenes en Rávena. Y podríamos usar esa victoria para unir más piratas a nuestra causa. Entonces nos enfrentaríamos en combate con Canis y lo que quede de su flota. Y lo aplastaremos.

–Tu prisionero puede estar mintiendo.

Telémaco se permitió una sonrisa.

–Está claro que no conoces a mis interrogadores, Gentio...

–La historia del optio parece lógica –dijo Critón–. Explicaría

por qué Canis no ha podido lanzar una campaña completa contra nosotros todavía. Puede llevar a cabo alguna acción suelta, pero, para lo demás, necesita más barcos.

Gentio no parecía muy convencido.

–Pero ¿un ataque a Rávena podría expulsar realmente a los romanos? ¿Qué les impide enviar refuerzos desde Miseno?

–No lo harán.

–Perdóname, Telémaco, pero necesito una garantía mayor que eso.

Telémaco rechinó los dientes, luchando por controlar su mal genio, que iba en aumento. Gentio, obviamente, era uno de esos piratas a los que no gustaba la hermandad y que examinaba cada decisión con frialdad según la cantidad de beneficios personales que podía sacar. En otra vida quizás habría podido ser un prestamista de dinero en El Pireo, reflexionó Telémaco irónicamente. Pero sabía que tenía que convencer a los que eran como Gentio si quería ganar la discusión.

–Según el prisionero, la flota de Miseno ha sufrido de la misma falta de inversión que la de Rávena. Eso significa que a los romanos les costaría muchísimo reconstruir el servicio. Mientras tanto, nuestros barcos serían libres de saquear este lado del mar, sin ningún temor. ¿Te satisface eso?

Una mirada de codicia apareció en los ojos de Gentio. A su alrededor, los capitanes se sonreían unos a otros, lamiéndose los labios ante la perspectiva de un jugoso botín.

–Hay algo más. –Telémaco dudó. Buscaba las palabras con cuidado. Era la parte de la reunión que más había temido desde el principio–. Algunos de vosotros quizás hayáis oído que hace unas pocas semanas mi hermano, Nereo, fue capturado por los romanos. Canis ha amenazado con crucificarlo a menos que me entregue a las autoridades a final de mes.

–Hemos oído esa noticia, sí. ¿Y qué? –repuso Critón, mirándolo

con recelo.

–Hace varios días averigüé dónde tienen prisionero a Nereo –explicó Telémaco–. El optio asegura que mi hermano está en una celda en Rávena, junto con algunos piratas capturados; todos a la espera de su ejecución.

En la frente de Birria se formó una arruga.

–¿Cómo sabía Canis dónde encontrar a tu hermano?

–Alguien se lo chivó a los romanos. Hay un traidor entre nuestras filas. El prisionero nos dijo que un capitán mercante llegó a Rávena hace un par de meses con un pergamino dirigido al prefecto. Un pergamino que un pirata le había ordenado entregar, en un barco que les atacó. Así fue como Canis supo lo de Nereo.

–¿Y crees que fue alguien de tu tripulación quien te vendió a los romanos? –preguntó Birria–. ¿Quién?

–No lo sé. Lo averiguaré pronto, te lo aseguro. Y, cuando lo haga, me ocuparé de él. De una manera u otra, tendré la cabeza del traidor...

–No hay nada peor que un pirata que traiciona a los suyos. –La expresión de Critón se tensó–. Y supongo que te propones rescatar a tu hermano cuando ataquemos, ¿no?

–Sí. Pero no pediré a ningún hombre entre nosotros que arriesgue su vida para salvarlo, ni a él ni a los otros prisioneros. Esa responsabilidad y ese riesgo son míos, nada más que míos. Quiero que esto quede bien claro.

–¡Y una mierda! –escupió Virbio. Miró a Telémaco con expresión pétrea–. Esto no va de vencer a los romanos ni de defender la hermandad. Estás desesperado por atacar Rávena sólo para rescatar a tu hermano.

Telémaco meneó con fuerza la cabeza.

–No, no se trata de mí ni de mi hermano. Amigos míos –añadió, paseando la vista por la audiencia–, defendería el ataque a Rávena

aunque esos perros romanos no estuvieran reteniendo como prisionero a Nereo. Lo que he dicho antes sigue en pie. La flota imperial debe ser destruida si queremos sobrevivir. El hecho de que mi hermano esté allí sólo me da una mayor motivación para procurar nuestro éxito.

–Si es que todavía vive –señaló Gentio–. ¿Cómo sabes que los romanos no lo han matado ya?

–Porque Canis es un cabrón muy cruel. Si lo conozco tan bien como creo, hará lo posible para prolongar el sufrimiento de mi hermano, y el mío, todo el tiempo posible, antes de matarlo.

–Eso suena muy propio de Canis –gruñó Birria.

–¿Cómo planeas rescatarlo, entonces? –preguntó Critón–. Los romanos ejecutarán al prisionero en cuanto ataquemos, ¿no?

–Os lo explicaré más tarde... –replicó Telémaco–. Os estoy diciendo todo esto con el nuevo espíritu de cooperación entre nuestras tripulaciones. Hermanos, no podemos luchar juntos si no confiamos los unos en los otros. Pero hay que saber esto: si decidís alejaros, no hay futuro para nosotros en el Adriático. La gran hermandad de los piratas será aniquilada. Sólo si trabajamos juntos tenemos esperanza de sobrevivir. –Hizo una pausa y se puso tenso–. Y ahora, ¿quién quiere luchar conmigo?

Hubo un breve silencio. Varios de los capitanes murmuraron entre ellos, pero fue Birria quien rompió a hablar:.

–Ya es hora de que nos enfrentemos a los romanos. Se han salido con la suya desde hace demasiado tiempo. Cada uno de nosotros ha perdido a un ser amado por culpa de esos hijos de puta. Una mujer, un hijo, un amigo... o un hermano. –Miró a Telémaco a los ojos con dureza–. Yo iré contigo.

–Gracias, Birria. –Las palabras se atascaban en la garganta de Telémaco. Miró a su alrededor, al resto de capitanes–. ¿Alguien más se unirá a nosotros?

Hubo una larga pausa mientras los líderes piratas volvían a

mirarse unos a otros.

–Hermanos –Critón se aclaró la garganta–, no es fácil tomar esta decisión. Como muchos de vosotros, me resisto a atacar a la armada romana. Pero, si lo que dice Telémaco es cierto, entonces me parece que no tenemos más remedio que dejar a un lado nuestras diferencias y luchar juntos. Estoy de acuerdo con el plan.

Al cabo de unos momentos, Escila también se declaró a favor, y uno por uno los otros los siguieron rápidamente, hasta que sólo Gentio seguía indeciso. Telémaco lo miró con dureza.

–¿Y bien, capitán? ¿Qué dices?

Gentio frunció los labios.

–Me estás pidiendo que me comprometa en un plan de acción extremadamente peligroso, joven. Si ese ataque no tiene éxito, nos enviarás a todos a la muerte.

–Y, si no hacemos nada, estaremos igual que muertos. –Telémaco levantó los brazos–. Ésta es la única posibilidad de éxito que tenemos. ¿No lo ves? ¿O prefieres abandonar estas ricas aguas y dejar los beneficios a tus hermanos capitanes?

El grueso comandante pirata dudó un momento más, pero al final asintió.

–Muy bien. Nos uniremos a ti en esta empresa.

Telémaco respiró hondo, con alivio.

–Empezaremos los preparativos inmediatamente. Cástor es nuestro intendente. Él atenderá todas las necesidades de suministros que puedan tener vuestros barcos. Mientras tanto, disfrutad del resto de la fiesta. Tenemos una larga lucha por delante. Ahora, a menos que tengáis otras preguntas...

–Sí, yo tengo una –dijo Critón–. ¿Cómo planeas introducirnos en Rávena sin dar la alarma?

–Critón tiene razón. –Birria asintió–. Aunque Canis haya puesto

a la mayor parte de su flota en el servicio de convoy, seguimos teniendo que ocuparnos de esos barcos de guerra. Yo mismo navegaba mucho por Rávena en mis tiempos de comercio, y esos hijos de puta tenían catapultas y munición caliente. En cuanto estemos a la vista del faro, nos atacarán. Hundirán nuestra flota antes de que nos podamos acercar a la bahía.

–Entonces tendremos que hacer que salgan... –dijo Telémaco.

Critón bufó.

–Y ¿cómo planeas hacer eso, exactamente? Canis no se atreverá a dejar sin defensas Rávena.

–Sí, podría hacerlo... –dijo Telémaco–. Si le damos un buen motivo para ello.

Se hizo el silencio en toda la playa, y los piratas se lo quedaron mirando con una expresión de asombro. Telémaco respiró hondo y sonrió.

–Escuchad cuidadosamente, hermanos míos. Esto es lo que vamos a hacer...

CAPÍTULO TREINTA Y OCHO

–Será mejor que esto funcione... –murmuró Geras, mirando más allá de la línea de árboles.

Telémaco y su segundo de a bordo estaban agachados junto a un pequeño grupo de rocas al borde de un extenso olivar, cerca de la costa liburnia. La primera luz del amanecer aparecía entonces en el horizonte, revelando un trecho de terreno abierto más allá del bosquecillo. Por delante, a no más de un cuarto de milla de distancia, se encontraba el pequeño puerto romano de Senia. La ciudad se había construido sobre terreno plano, a la entrada de la bahía, con una burda zanja defensiva excavada en torno al muro circundante y una torre de entrada que se alzaba por encima de la entrada principal. Tres centinelas de aspecto aburrido estaban de pie junto a la puerta, mientras, mucho más allá, Telémaco espiaba la torre de vigilancia que custodiaba la diminuta bahía. Un puñado de barcos mercantes se encontraban fondeados a lo largo del muelle; las líneas inclinadas de sus mástiles eran como lanzas clavadas en el suelo ante la luz creciente del amanecer. Más allá, varado en la playa para ser reparado, se encontraba el birreme romano solitario que custodiaba los viajes por mar.

Geras bufó, irritado.

–Seguimos sin ver señales de nuestra flota. ¿Por qué les está costando tanto, maldita sea?

–Es demasiado temprano –replicó Telémaco–. No tardarán mucho.

Echó un vistazo a su amigo y observó la expresión tensa de su rostro. Tras él, el resto de la partida de desembarco quedaba fuera de la vista, escondida detrás de la densa línea de árboles. Habían bajado a la costa al abrigo de la oscuridad, tras desembarcar en una pequeña cala a unas pocas millas. Los piratas vestían ropa oscura, para ser menos visibles, y llevaban sólo las armas, habiendo dejado el resto de su equipo y cualquier cosa que pudiera hacer ruido en

los barcos. Habían sido seleccionados doscientos hombres para la partida de desembarco: más que suficientes para ocuparse de la pequeña guarnición que conformaba la milicia de Senia. Aun así, Telémaco había ordenado a los barcos y a su tripulación mínima que permanecieran en la cala, por si tenían que retirarse rápidamente.

La flota pirata se había hecho a la mar tres días antes desde Petrapylae y había alcanzado Senia la tarde anterior. Poco antes de anochecer, atraparon un pequeño barquito de pesca que se dirigía hacia el puerto. Los interrogadores empezaron a trabajar inmediatamente con el capitán de aquel barco. Enseguida confirmó lo que Telémaco había sabido previamente del optio prisionero, añadiendo que Senia tenía unas murallas muy deficientes y la gente de la ciudad había descuidado invertir adecuadamente en las defensas. La milicia local había quedado severamente mermada, con gran parte de su equipo desaparecido o en muy mal estado, y no presentaría una amenaza importante contra los piratas. Los legionarios ya eran otra cosa, pero Telémaco se proponía establecer un punto de apoyo en el interior de la ciudad antes de que pudieran montar una defensa adecuada. Para asegurarse de que el capitán no quería engañarlos, Telémaco había ordenado que su tripulación permaneciera como rehén a bordo del Tridente. Si la información que les había dado resultaba ser incorrecta, había explicado, matarían a los pescadores.

–Todavía nada –gruñó Geras en voz baja, examinando la costa en busca del primer atisbo de una vela.

–Paciencia –replicó Telémaco–. Llegarán aquí pronto. Entonces la ciudad será nuestra. Y ese birreme romano también.

–Suponiendo que los defensores se lo traguen.

–Lo harán. Confía en mí. Estarán demasiado ocupados con nuestra flota para vernos. Hasta que sea demasiado tarde. –Telémaco sonrió con crueldad–. Acabaremos con ellos antes de que tengan una oportunidad de reaccionar.

–¿Y si te equivocas?

–No me equivoco. Piénsalo, Geras. Es una ciudad portuaria. A esta gente le preocupan las amenazas que vienen por mar. No anticiparán nunca un ataque desde tierra.

–Esperemos que nuestros nuevos amigos representen su papel –murmuró Geras.

Telémaco le dirigió una mirada inquisitiva.

–¿Qué opinas de ellos?

Geras hizo una breve pausa y pensó un poco antes de responder.

–Critón tiene razón. Es un viejo lobo de mar, pero es bastante formal. Lo mismo ocurre con la mayoría de los demás. Pueden ser cascarrabias, pero no se echarán atrás ante un buen combate. Gentio es un cabrón bastante codicioso y sólo estará con nosotros mientras piense que le puede aprovechar. En cuanto a Birria, está un poco loco y es el más despiadado de todos, pero resultará muy útil en combate. –Bajó la voz–. Pero no son los nuevos piratas lo que me preocupa, capitán. Es alguien de los nuestros quien más me preocupa.

–¿Te refieres a Virbio?

–Sí. Ambos sabemos que jamás te aceptará como comandante. Esa serpiente cumplirá bien con sus deberes, pero conspirará sin parar a tus espaldas para librarse de ti.

–Que lo intente... –Telémaco sonrió.

–Hablo en serio. Este asunto de rescatar a tu hermano lo ha puesto frenético, y algunos de los piratas más viejos están muy alterados. No les hace nada felices arriesgar su vida por una reunión familiar.

–Liberar a Nereo no tiene nada que ver con salvar a la hermandad pirata.

–Eso ya lo sé, capitán. Pero algunos de los otros chicos no son fáciles de persuadir, y puedes estar seguro de que Virbio confía en

sacar provecho.

–Quizá tengas razón –suspiró Telémaco–. Mira, no podemos hacer ningún movimiento contra Virbio ahora mismo. Necesitamos a todos los hombres de nuestra parte si queremos destruir Rávena. Además, ahora mismo no intentará nada. Tiene el mismo interés en derrotar a Canis que todos los demás.

–Por ahora, quizá –concedió Geras–. Pero no se puede posponer eternamente lo de ocuparse de él.

–Lo sé.

Telémaco volvió a clavar la mirada en la ciudad. La franja de luz en el horizonte se iba agrandando poco a poco. Todo dependía de que los barcos hicieran su parte en el ataque. En algún lugar más allá del horizonte, fuera de la vista de la tierra, se escondían el Lycus y el resto de la flota. Poco antes de amanecer, debían dirigirse directamente hacia el puerto, a toda vela. En cuanto estuvieran a la vista, la partida de desembarco, dirigida por Telémaco y Birria, avanzaría desde el olivar y asaltaría las defensas de la torre. Con la atención de los defensores puesta en la amenaza que venía desde el mar, entrarían en el puerto antes de que el enemigo fuera consciente del peligro. Las fuerzas de la milicia debían ser superadas con rapidez, junto con cualquier soldado que intentase resistirse.

La noticia del ataque a Senia pronto llegaría a Canis, y obligaría al prefecto romano a sacar el resto de la flota para cazar a los piratas, dejando Rávena indefensa. Mientras tanto, Telémaco y los otros capitanes esperarían al momento oportuno en una pequeña cala en la costa al sur de la base naval. En cuanto la flota romana partiese, los piratas lanzarían un ataque sorpresa sobre Rávena, usando el birreme que pensaban capturar en Senia, para disimular su aproximación. Si todo iba según los planes, la flota quedaría destruida. Y Telémaco por fin podría liberar a su hermano de su cautividad.

Geras se removió de repente, guiñando los ojos hacia el horizonte. Agarró el brazo de su capitán para avisarlo.

–¡Ahí! –susurró–. ¡Mira!

Telémaco dirigió su mirada hacia delante, esforzando la vista hacia mar abierto. Al principio no vio nada, excepto unos jirones de niebla que se agarraban a la superficie del agua. Pero, cuando las últimas vetas se despejaron, a una milla más o menos distinguió algo, justo en la línea del horizonte: la silueta de varios barcos que navegaban hacia el puerto. Había dado instrucciones de que todos se aproximaran con el gallardete negro en todo lo alto, y la tripulación reunida en la cubierta de proa debía hacer todo el ruido posible para extender el temor y el pánico entre los locales.

Durante un momento no se vio alterada la quietud anterior al amanecer. Pero al poco, de repente, sonó una trompeta de alarma, y los débiles gritos de marineros y civiles aterrorizados se propagaron por el aire mientras la amenazadora flota irrumpía en la bahía. A las puertas de la ciudad, los centinelas dieron la espalda al camino y se miraron con angustia unos a otros. Unos momentos más tarde, una serie de gritos salieron del interior de la ciudad, y los soldados que estaban en las almenas corrieron a ayudar a sus camaradas a preparar las defensas. Telémaco observó la escena un momento más, y luego se volvió hacia Geras.

–Vamos.

Echados boca abajo, los piratas empezaron a arrastrarse a través del olivar. El resto de la partida de desembarco, a veinte pasos de distancia, ocultos tras la línea de árboles, también esperaba a que comenzara el ataque por mar. Muchos de ellos tenían una expresión tensa pensando en la acción, sin la habitual emoción que sentían antes de atacar una presa. Y con buenos motivos, pensó Telémaco. Hoy se enfrentarían a un enemigo mucho más peligroso que a unos cuantos marineros desarmados. Aunque los piratas despreciaban a Roma, muchos de ellos temían y admiraban a sus soldados por sus habilidades y su valor, y a nadie le apetecía la perspectiva de enfrentarse a ellos en una batalla en tierra.

Birria se adelantó desde la partida principal, alertado por los gritos que procedían del puerto. Se acercó reptando a Telémaco e inclinó la cabeza en dirección al mar.

–¿Es nuestra flota? –preguntó.

Telémaco asintió.

–Tenemos que avanzar. Di a tus hombres que formen.

–Por fin. Ya es hora de matar a unos cuantos romanos –sonrió torvamente Birria.

Telémaco miró al capitán, inexpresivo.

–Recuerda. Matad a la guarnición, pero dejad a la gente local fuera del asunto. Todo debe centrarse en los soldados.

Birria asintió, y entonces retrocedió para pasar la voz por toda la fila. Unos momentos más tarde se percibió un movimiento, cuando todos sus hombres se pusieron de pie. Al mismo tiempo, Telémaco hizo formar a sus propios hombres hacia la derecha. Los piratas llevaban espadas cortas, hachas de abordaje y jabalinas, y algunos iban equipados con ganchos de abordaje sacados de los armarios del Tridente. Cuando hubieron terminado de reagruparse, Telémaco miró hacia el mar de rostros que tenía frente a él. El día llegaba rápidamente, y ya podía distinguir sus expresiones de torva decisión. Respiró hondo.

–¡Preparados, chicos! ¡Conmigo!

A su orden, la partida de desembarco se lanzó hacia delante, rozándose con los arbustos mientras avanzaban. Telémaco marcaba el camino, con el corazón latiéndole salvajemente dentro del pecho. A través de un hueco entre los árboles espió a los centinelas en las puertas de la ciudad. Estaban centrados en la actividad frenética que se llevaba a cabo en el puerto, y no habían visto aún a Telémaco y a sus hombres. Un puñado de comerciantes y viajeros que esperaban para que los dejaran entrar en la ciudad abandonaron sabiamente sus planes y echaron a correr por la carretera con sus mulas y carretas cargadas. Telémaco levantó la vista hacia las almenas, pero no vio señal alguna de arqueros; los defensores habían concentrado sus escasos recursos en la amenaza que venía del mar. Respiró con alivio; parecía que su plan estaba funcionando.

Un momento más tarde, los piratas salieron de entre los árboles, y uno de los centinelas, alertado por el sonido de pies que se acercaban, miró en su dirección. Hubo una pausa mientras se daba cuenta de que unas sombras se acercaban. Entonces se dio la vuelta y gritó hacia sus camaradas, señalando con el brazo a los piratas. Enseguida resonaron los gritos alarmados de comerciantes y vendedores, al ver al grupo de hombres armados que cargaban hacia ellos. Telémaco levantó la falcata y señaló con su hoja ampliamente hacia la puerta.

–¡Ahora! –chilló, por encima del hombro–. ¡Cargad!

En cuanto esas palabras hubieron salido de su boca, los piratas se abalanzaron hacia delante, atravesando el trecho despejado con árboles atrofiados, arbustos y rocas que se encontraba entre el olivar y las murallas de la ciudad. A no más de cien pasos de distancia, los centinelas se recuperaron rápidamente de la sorpresa y corrieron hacia las puertas. Un momento más tarde, los maderos con sus tachones se cerraron ruidosamente y un puñado de figuras apareció a lo largo del muro, alertados por las advertencias de los centinelas. Aquellos comerciantes que se encontraban fuera de las murallas se dieron la vuelta y huyeron en todas direcciones, abandonando sus carros y carretas en su desesperación por escapar. Otros se tiraron al suelo, confiando en que no les alcanzase la furia de los piratas.

–¡Dejadlos! –rugió Telémaco–. ¡Seguidme!

Echó a correr, dirigiendo a sus hombres hacia la parte de la muralla que quedaba a la izquierda de la puerta. Los piratas respiraban pesadamente, corriendo con toda su alma. Birria comandó a un grupo separado de sus hombres, armados con hachas de abordaje, hacia la poterna construida a los pies de la torre de guardia, en un extremo de la muralla. Al momento, los defensores del parapeto soltaron una andanada de flechas, y Telémaco oyó el aullido de agonía de un hombre, a su derecha, al que habían alcanzado un par de flechas en el pecho; al mismo tiempo, otro pirata caía también, tratando de sacarse una flecha que le sobresalía del muslo. Ignoró sus gritos desesperados y con otra zancada más llegó a la zanja.

–¡A la muralla! –gritó, haciendo señas a sus hombres de que avanzaran–. ¡Rápido!

Los primeros piratas subían ya, deslizándose por el talud a través del terreno irregular. Telémaco los siguió de cerca, y casi perdió pie en un grupo de rocas y raíces que sobresalían, antes de llegar al otro extremo de la escarpadura. Se aupó por encima de la cornisa, uniéndose a los demás piratas en la base de la muralla. Desde las almenas, los centinelas gritaban frenéticamente, llamando a los camaradas que estaban en el extremo alejado de la ciudad, alertándolos del nuevo peligro.

–¡Lanzad esas malditas sogas! –chilló Telémaco.

Los piratas saltaron a la acción con los ganchos de abordaje.

El hombre que estaba a la derecha de Telémaco hizo oscilar su cuerda y lanzó un grito de alegría cuando las puntas de hierro se engancharon en el parapeto. Tiró de la cuerda, probando si estaba segura para poder empezar a escalar el muro. Por aquel entonces, los defensores ya eran conscientes de la amenaza y, mientras el pirata trepaba, una figura le arrojó una jabalina desde arriba. La pesada punta le perforó el pecho y salió por la parte inferior de su espalda, y el hombre lanzó un gemido y cayó al fondo de la zanja. Los piratas que estaban también intentando arrojar las sogas dudaron al ver a su camarada empalado. Entonces, Telémaco se enfundó la falcata y agarró la cuerda que caía flácida, volviéndose hacia sus hombres.

–¿A qué esperáis? ¡Vamos, subid!

Rechinando los dientes, apretó los pies contra el muro y empezó a subir. Desde el otro lado de la zanja, Geras gritó una orden, y aquellos hombres que iban armados con hondas apuntaron a los guardias del parapeto, echándolos para atrás. Al ver al capitán, otros siguieron su ejemplo: lanzaron sus cuerdas y empezaron a ascender a toda prisa. Telémaco trepó por encima del parapeto con el corazón latiéndole furioso. Cuando llegó a la superficie, se sujetó bien, ya que la piedra medio deshecha se movía bajo sus manos callosas. Balanceó las piernas y las pasó por encima, y al fin cayó en la pasarela de madera.

Al ponerse en pie, un guardia muy delgado cargaba ya hacia él con una lanza. No tuvo tiempo de parar el golpe y flexionó la cintura, esquivando la punta por muy poco. El arma pasó como un borrón junto a su torso. Se oyó un grito de dolor cuando la lanza dio al pirata que había trepado justo detrás de él, clavándose en sus tripas. El romano soltó su arma con un gruñido, pero, antes de que pudiera golpear con ella de nuevo, Telémaco desenfundó su hoja y, poniéndose de pie de un salto, cortó horizontalmente una de las piernas de su oponente. El guardia siseó entre dientes cuando la falcata le rebanó la espinilla. Con un rugido incoherente, Telémaco se arrojó hacia delante de nuevo, atacándolo con el hombro. El otro se tambaleó hacia atrás y cayó chillando a la calle que estaba debajo.

Mirando por encima del hombro, Telémaco vio que más piratas llenaban la pasarela ya, y los cuerpos ensangrentados de otros dos guardias cayeron a través del parapeto. Docenas de piratas más habían conseguido alcanzar las almenas en el lado opuesto de la puerta, y ya lanzaban mandobles y apuñalaban a los pocos soldados que les bloqueaban el paso. Dio la vuelta en redondo y aulló a sus hombres, señalando la puerta:

–¡Por ahí! ¡No os paréis!

Los piratas corrieron hacia allí. Sus pasos resonaron en la desgastada pasarela. Telémaco miró hacia abajo. Los últimos hombres de las milicias huían por las calles laterales. Desde el muelle, mucho más lejos, un grupo de soldados venía corriendo para ocuparse del ataque por tierra, y sus botas resonaban sobre los guijarros. Miró de nuevo hacia la puerta de la muralla, que estaban abriendo de par en par. Un par de guardias cargaban hacia allí, blandiendo sus gladios. Se detuvieron momentáneamente, sorprendidos, y, antes de que pudieran utilizar sus armas, Telémaco chocó contra el más cercano y lo echó hacia atrás contra la puerta de guardia. El romano lanzó un quejido cuando el aire salió de sus pulmones, y Telémaco lo atacó de nuevo con un rápido movimiento del arma hacia abajo, hundiendo la hoja profundamente en sus tripas.

Soltó de un tirón el arma, agarró el escudo oval del romano y se dio la vuelta en redondo para ocuparse del segundo guardia. Pero

los dos piratas siguientes ya habían avanzado, abatiendo al romano con rápidos y violentos movimientos de la espada. Telémaco pasó junto a ellos como una exhalación hacia la puerta, con la sangre latiéndole en los oídos mientras bajaba a toda velocidad las estrechas escaleras que conducían hacia la ciudad. Momentos más tarde emergía por una calle amplia y se volvía hacia la derecha, hacia la puerta principal. Detrás de él, más piratas salían a toda velocidad de la puerta, jadeando pesadamente en busca de más enemigos que matar. Telémaco los llamó.

–¡Vosotros! ¡Por aquí! ¡Abrid esta puerta!

Ellos bajaron las armas y comenzaron a trabajar rápidamente; alzaron la pesada barra de cierre en su soporte y luego cogieron los aros de hierro y tiraron de las maderas. La puerta se abrió hacia dentro con un chirrido de protesta, rozando las losas del suelo. Tan pronto como la puerta estuvo abierta del todo, aquellos piratas que todavía no habían podido subir por las paredes entraron directamente desde las zanjas e irrumpieron en la ciudad con grandes vítores. Telémaco cogió su escudo y señaló con la falcata hacia los soldados que avanzaban hacia ellos por la avenida principal.

–¡Matadlos! –ordenó–. ¡Matad a esos hijos de puta!

CAPÍTULO TREINTA Y NUEVE

El sordo golpe de las espadas contra los escudos y el sonido metálico de las hojas chocando entre sí rebotaba por las paredes. Ambos bandos se habían encontrado en la avenida principal. Telémaco se abrió camino hasta la parte delantera de la lucha, siempre con el escudo oval a la altura del pecho, y sus ojos examinaban de izquierda a derecha la línea de hombres enzarzados. A diferencia de la milicia, mal preparada, los soldados habían recibido un entrenamiento muy superior y podían suponer un desafío importante para los piratas. Un romano cubierto con coraza de cuero se dirigía hacia él. Al ver al joven capitán, el romano había sonreído con maldad y luego echó atrás el arma, queriendo golpear la garganta de su oponente.

–¡No, no lo hagas! –gruñó Telémaco.

El romano era lento, y Telémaco adivinó con toda facilidad de dónde vendría el golpe, así que consiguió desviarlo con un movimiento hacia arriba de su escudo. Le tembló algo el antebrazo cuando la espada chocó con la superficie curva y rebotó en ángulo. Pero de inmediato se lanzó hacia él, apuñalando al romano tal como le habían enseñado los primeros días que pasó a bordo del Tridente de Poseidón. La hoja se abrió camino bajo la coraza del hombre y se hundió un buen trecho en su estómago, perforando sus órganos vitales. El hombre emitió un ruido agudo desde la garganta cuando Telémaco le dio una patada hacia un lado. Lo dejó retorciéndose en el suelo.

Los piratas que tenía a cada lado empujaban hacia delante, forzando a los soldados a retroceder. Ya había una docena de cuerpos que alfombraban el suelo. En ese instante, Telémaco vio cómo un pirata atacaba con su hacha de abordaje a un romano que chillaba de dolor; le cortó el brazo de un solo golpe. Otro se apartó de la lucha tambaleante, agarrándose una daga que le sobresalía de la garganta. Habían pillado por sorpresa a la guarnición, y muchos no llevaban armadura ni casco, ya que habían salido a toda prisa de sus barracones para luchar contra la horda salvaje de piratas que

habían irrumpido en el puerto. Acabarían con ellos con rapidez.

De repente, se oyó un rugido procedente de una de las calles laterales, y desde allí apareció una oleada de piratas que lanzaban vítores y avanzaban a toda prisa. Entre ellos estaba Birria, flanqueado por la partida de hombres con hachas a los que habían enviado a romper la poterna de entrada. Inmediatamente se arrojaron a la lucha, cargando hacia los soldados, que se quedaron un momento asombrados por el nuevo grupo de enemigos.

Con ese ataque por el flanco, los últimos residuos de resistencia entre los soldados cesaron del todo. Unos cuantos hombres de la retaguardia se alejaron y se retiraron por la calle principal, pero Telémaco ordenó a una partida de hombres que los persiguieran. Pronto sólo quedó luchando un pequeño número de romanos, espoleados por un robusto centurión.

–¡Hacedles frente y luchad, perros! –exclamaba, furioso–. ¡No cedáis ante esta escoria!

A pesar de sus gritos, comenzó a oírse el repiqueteo de las espadas que chocaban contra las losas de piedra. Se rendían. Finalmente, el centurión fue el único que quedó empuñando su arma. Uno de los oficiales del Tridente levantó su espada y se acercó al hombre, dispuesto a abatirlo. Pero Telémaco le ordenó que se detuviera, y se dirigió al oficial.

–Todo ha terminado, romano. Tira el arma.

El centurión se mantuvo firme un momento más, mirando desafiante a los piratas. Al principio, Telémaco pensó que se iba a negar a rendirse, prefiriendo la muerte a la indignidad de la derrota. Pero, al poco, abatió los hombros y arrojó la espada a un lado con un amargo suspiro.

Telémaco decidió dejar a un grupo de hombres vigilando a los prisioneros se marchó a buscar a Birria. El capitán pirata se limpió el sudor de los ojos y examinó la calle manchada de sangre.

–Una buena victoria, hermano –le dijo–. Los romanos nos temerán después de esto.

–Todavía no ha terminado. –Telémaco hizo señas a Geras hacia la torre que vigilaba el pequeño puerto–. Coge a algunos de los chicos y destruid la catapulta antes de que la flota esté a tiro. Con una docena de hombres debería bastar. Si hay defensores atrincherados dentro, diles que su comandante se ha rendido.

–¿Y si se resisten aun así?

–Matadlos.

Geras gritó una orden a varios de la tripulación del Tridente y partieron por la calle principal a trote rápido. La mayoría de los residentes había huido dentro de la ciudad para escapar al derramamiento de sangre, y ahora Telémaco podía ver sus rostros angustiados atisbando entre las barras de las ventanas o desde las sombras de unos callejones llenos de basura. Meneó la cabeza, y siguió repartiendo órdenes: envió a otra partida de hombres al muelle a despejar los almacenes y buscar más soldados, mientras que los piratas que no estaban de guardia, sin perder tiempo, comenzaron a saquear las casas más ricas, así como los puestos de los comerciantes y, en las tabernas que se alineaban en la calle principal, abrieron las cajas conde se guardaba el dinero y se sirvieron jarras de vino.

Cuando el amanecer se extendía por la bahía, una delgada columna de humo se levantó desde el faro que estaba por encima de la torre de vigilancia: la señal a la flota pirata de que la ciudad había sido tomada y que era seguro entrar en el puerto. Poco tiempo después, los primeros barcos pasaban en torno al malecón y desembarcaban a sus tripulaciones a lo largo del muelle. Mientras los hombres corrían a tierra para entregarse a una orgía de saqueos y violencia, los capitanes fueron marchando por la avenida principal para reunirse con Telémaco. Gentio era el que abría camino, pisando cuidadosamente en torno a los cadáveres repartidos por las losas al aproximarse al capitán del Tridente.

–Parece que has despachado rápidamente a toda esta gente, hermano –dijo–. Estoy impresionado.

–Nada que no pudiéramos manejar. ¿Algún problema en el puerto?

Gentio negó con la cabeza.

–El gobernador y algunos de los nobles han intentado huir en un barco con unos pocos soldados. Los hemos interceptado antes de que pudieran escapar del puerto. Podríamos sacar una buena cantidad si pedimos rescate.

–¿Y el birreme?

–Capturado. Y también sus marineros. Se han rendido enseguida. Nuestros chicos han capturado también los barcos mercantes. Algunos de los capitanes han tratado de reunir a sus tripulaciones, pero no eran enemigo para nosotros. Ahora mismo, mientras hablamos, los hombres están transfiriendo la carga.

–Coge lo que necesites –asintió Telémaco–, pero deja libres a los marineros.

Gentio sonrió, desdeñoso.

–¿Por qué íbamos a hacer tal cosa? Podríamos sacar un buen precio en los mercados de esclavos. Vamos a despreciar una pequeña fortuna.

–No nos sirven para nada. No podemos coger prisioneros, nuestros barcos ya están llenos. Además, nuestra enemistad es con Roma, no con la gente de esta ciudad.

Critón se aclaró la garganta audiblemente.

–Con el debido respeto, Gentio tiene razón. Nuestros hombres se han arriesgado atacando este lugar. Querrán lo que se les debe.

–Y lo tendrán –respondió Telémaco con firmeza–. En cuanto Canis esté fuera de nuestro camino, tendremos lo mejorcito de todos los envíos, que podremos pillar cuando queramos. Pero hasta entonces, dejaremos fuera a los locales.

–¿Y qué pasa con ésos? –preguntó Geras, haciendo una señal hacia los prisioneros.

Telémaco se volvió para encararse a ellos. Los soldados le

devolvieron la mirada con una mezcla de miedo y odio, y él notó una extraña excitación ante su capacidad de provocar semejante reacción en unos soldados de Roma curtidos en el combate. Sólo el centurión mantenía una postura de desafío. Telémaco se dirigió hacia él y lo miró de arriba abajo. Cuatro medallones de plata relucían en el arnés que llevaba por encima de la armadura de escamas. Serían recompensas de algún tipo, supuso Telémaco.

–Supongo que eres el oficial de mayor rango aquí –le preguntó en latín.

–¡Eso es! –El oficial se irguió–. Centurión Ligario, comandante de los soldados a bordo del Osiris.

Telémaco inclinó la cabeza en dirección al birreme que permanecía varado en la playa.

–Supongo que ése es tu barco. Estás muy lejos de Rávena, centurión.

–El prefecto nos mandó aquí. –Ligario miró a Telémaco sin acobardarse–. Nos ordenó que mantuviéramos vigilados a los piratas que trataran de causar problemas. Tendríamos que haber sabido que nos atacaríais tarde o temprano, hijos de puta.

–Sí, tendríais que haberos dado cuenta –sonrió levemente Telémaco–. Tienes un montón de medallas impresionantes. Estoy seguro de que valdrán una suma decente, en cuanto se hayan fundido.

–Malditos piratas. –Ligurio escupió en el suelo–. Quizá nos hayáis derrotado aquí hoy, pero vuestros días están contados. En cuanto Canis averigüe lo que habéis hecho, vendrá a por vosotros. Y esta vez el trabajo lo hará bien. Podéis contar con ello.

–¿Qué quieres decir con eso de «esta vez»? –Telémaco entrecerró los ojos.

Le tocó el turno al centurión de sonreír.

–Estaba allí cuando nuestros barcos atacaron una de vuestras bases. Ese nido apestoso de Peiratispolis.

Una rabia ardiente se encendió en el interior de Telémaco al recordar la devastación que la tripulación del Tridente había descubierto en su antiguo refugio. Fulminó con la mirada al centurión, con los puños tan apretados que notaba que se le clavaban las uñas en la carne.

–¿Tú formabas parte del escuadrón?

–Sí. Los chicos que están aquí conmigo, y yo. Matamos a todos esos piratas como ratas. A ellos y a sus asquerosas familias.

–Esas familias no eran ninguna amenaza para vosotros.

–Eran sabandijas. Los piojos engendran piojos. Algunos de ellos habrían crecido y habrían seguido los pasos de sus padres. ¿Por qué correr riesgos? Así que Canis nos dio la orden de matarlos. En cuanto los convenciéramos de que dejaran las armas, por supuesto. –Ligario soltó una risa seca–. Un día de trabajo fácil tuvimos allí. Tendrías que haber visto la cara que pusieron cuando se dieron cuenta de que iban a morir. No tenía precio, joder. Especialmente las mujeres. Nos ofrecieron favores sexuales allí mismo, al aire libre, para que perdonáramos la vida a sus niños.

–Matasteis a mujeres y niños inocentes, cabrones insensibles.

–Fue un honor. Esas familias eran tan culpables como los piratas. Sabían lo que iba a pasar. Y lo mismo ocurre contigo y con tu banda. Quizá te salves por esta vez, pero Canis os cortará la cabeza a todos bien pronto.

–Eso ya lo veremos. –Telémaco se apartó del centurión con la sangre hirviendo en sus venas. Nunca había sentido una rabia como la que experimentaba en aquel momento–. ¡Cástor!

–¿Sí, capitán? –El intendente se acercó.

–Saca a estos hombres fuera de los muros de la ciudad y empálalos. –Señaló un trecho de playa abierta más allá del puerto–. Hazlo ahí, para que todos los barcos que pasen vean como murieron estos romanos.

Los prisioneros reaccionaron con gritos de desesperación y de

terror abyecto. Cástor miró a su comandante, incapaz de ocultar su conmoción. Los demás capitanes piratas tampoco ocultaron su sorpresa y su intranquilidad ante semejante crueldad.

–Vaya con el honor de los piratas... –bufó Ligario–. No ibas a perdonarnos en ningún caso, ¿verdad? Aunque nos hayamos rendido.

–También se rindieron las familias de Peiratispolis –respondió Telémaco con frialdad.

Gentio lo llevó a un lado, rodeado de los otros capitanes, para que no los oyeran los prisioneros.

–¿Es necesario realmente esto?

–Es lo que se merecen. Y será un mensaje para Roma. Nuestros enemigos no lo olvidarán.

–Eso es lo que me preocupa. Mira, ya hemos cumplido nuestra misión en Senia. Canis tendrá motivos para venir a perseguirnos con lo que queda de su flota cuando se entere. ¿Por qué enfurecer a Roma más de lo necesario?

–Tenemos que dejarlos vivos –añadió Critón–. No quiero pasar el resto de mi vida perseguido por la marina imperial.

Telémaco respiró hondo para esconder su creciente frustración.

–Hermanos, estos hombres son responsables de la masacre de nuestras familias. Deben sufrir por ello. ¿O acaso hemos decidido que el crimen de nuestras mujeres e hijos debe quedar sin castigo?

–Nadie está diciendo que los dejemos libres –replicó Gentio–. Pero empalarlos no hará otra cosa que enfurecer a Roma.

–Roma no dudaría en hacer lo mismo con nosotros, si fuera al revés. Pregúntate esto, Gentio: si Canis capturase nuestros barcos, ¿crees que mostraría alguna misericordia con nosotros?

–Estoy de acuerdo –intervino Birria–. Nada conseguirá atraer a Canis con mayor efectividad que la ejecución de unos soldados

romanos.

–No es esto lo que acordamos. –Critón negó con la cabeza.

–No tiene por qué gustarte –replicó Telémaco–. Ojalá hubiera otra forma. Pero tenemos que enviar un mensaje a Roma, uno que no puedan ignorar. Y ésta es la única manera.

Paseó la mirada por todos ellos, uno a uno. Nadie protestó. Satisfecho de que su argumentación hubiese ganado al fin, hizo señas a Cástor.

–¡Cumple mis órdenes!

El rostro del veterano mostró cierta vacilación antes de gritar a los hombres que custodiaban los prisioneros. Éstos obligaron a los soldados a ponerse en pie, arrastrándolos, y les quitaron cascos, armaduras y túnicas, dejándolos sólo con el taparrabos. Luego les ataron las manos a la espalda con tiras de tela. Algunos suplicaban misericordia; otros no dejaban de insultar y blasfemar. Aquellos que luchaban o se resistían fueron sometidos rápidamente por sus captores por una lluvia de puñetazos y patadas. El resto de los piratas, con el vientre lleno de bebida por las tabernas saqueadas, vitorearon sonoramente y empezaron a insultar también a los hombres condenados.

–¡Cabrones! –escupió Ligario ante los brutales insultos–. Colgaréis de una cruz bien pronto. ¡Todos vosotros! Entonces sí que chillaréis, como aquellos patéticos despojos que matamos.

–¡Llévatelos! –ordenó Telémaco.

Varios mirones se quedaron junto a la vía principal, para ver cómo conducían a los soldados romanos a través de la puerta. Muchos de los prisioneros temblaban patéticamente ante la perspectiva de su macabro destino. Sus muertes no producían satisfacción alguna a Telémaco, pero se consolaba con el conocimiento de que no tenía otro remedio. Una incursión atrevida en un puerto romano menor podía no ser suficiente para atraer a Canis fuera de Rávena. El prefecto podría mostrarse reacio a sacar la flota si con ello dejaba la base sin defensa. Sólo destruyendo por

completo la guarnición, los piratas podrían estar seguros de tentar a la flota romana y atraerla a la batalla.

Cuando desaparecía de la vista el último de los romanos, Telémaco pidió a los piratas que esperasen e hizo señas al hombre que estaba arriba. Dos de los guardias arrastraron al prisionero lejos de sus compañeros y se dirigieron con él hacia el capitán. Telémaco examinó al romano de cerca y luego se dirigió a él.

–¿Cómo te llamas? –preguntó en latín.

–Pullo, señor –replicó ansioso el prisionero–. Quinto Ve-Vedio Pullo.

–¿Quieres vivir, Pullo?

–Sí, señor.

–Entonces escucha con atención. Vas a entregar un mensaje al prefecto Canis, en Rávena. Dile que los días en que Roma se consideraba dueña del Adriático han terminado. La hermandad de la costa no se someterá ya más a la autoridad del emperador y sus lacayos. Dile a Canis que lo desafiamos a una batalla. Nuestra flota contra la suya. Dile que deseamos vengar a nuestros hermanos muertos, y que lo esperaremos a diez millas de la costa de Parentio dentro de cinco días. Si se niega a combatir, continuaremos saqueando puertos y ciudades romanas hasta que todos los edificios hayan quedado arrasados hasta los cimientos y hayan muerto todos los hombres, mujeres y niños. ¿Te acordarás de todo?

–Creo-o que-que sí, señor.

–Tendrás que hacer algo más que creer, romano. Si no, elegiré a otro mensajero, y te unirás a tus amigos en las estacas.

–¡No! ¡Por favor! –respondió Pullo a toda prisa–. ¡Lo recordaré, lo juro!

–Así está mejor. –Telémaco inclinó la cabeza hacia los piratas que estaban a ambos lados de Pullo–. Llevad a esta patética criatura hasta el muelle. Encontrad un barco pequeño para él. Tiene que zarpar de inmediato.

Cuando los piratas conducían al aterrorizado soldado por la amplia avenida hacia el puerto, Geras apareció junto a su capitán, frunciendo el ceño.

–¿Realmente crees que Canis morderá el anzuelo, capitán?

Telémaco se encogió de hombros.

–Podemos confiar en que nuestro amigo Pullo informe y le transmita nuestro desafío. Creo que Canis aceptará. Su orgullo se lo exigirá.

Geras miró un tanto angustiado hacia la playa, desde donde se alzaban los gritos distantes de los romanos, al otro lado del puerto.

–Una cosa es segura, capitán: si esto no lo atrae, nada lo hará.

–Vendrá –respondió Telémaco–. Estoy seguro.

–¿Y entonces qué? ¿Esperamos a que actúen los romanos?

–No, eso no. Tenemos que hacer otras cosas. –Los ojos de Telémaco se dirigieron hacia la franja de guijarros y el buque de guerra varado–. Reúne a los carpinteros de todas las tripulaciones y tráelos ahí. Tienen que poner a ese birreme en el mar lo antes posible si queremos que nuestro plan tenga éxito. Y luego nos dirigiremos hacia la costa italiana y esperaremos a que Canis muerda el anzuelo.

CAPÍTULO CUARENTA

Los piratas arribaron a la costa de Umbría dos días más tarde. Después de abandonar Senia, la flota se había dividido. Birria había llevado el Olympia al norte, a Parentio, junto con los otros tres veleros más rápidos, donde podrían fondear a la espera de la primera señal de aproximación del escuadrón romano. El resto de los barcos continuaban en la misma cala que Telémaco había explorado previamente, a medio día de distancia de Rávena. Desembarcaron poco antes de oscurecer, embarrancando en la bahía justo cuando los últimos rayos de sol se hundían tras el horizonte. Habían apostado a los vigías junto a las ruinas de una granja en el cabo más cercano, y se desmontaron los mástiles de todos los barcos para reducir la posibilidad de ser vistos desde el mar. Telémaco dio instrucciones estrictas: prohibió que se encendieran hogueras para cocinar y ordenó a los hombres que no se alejaran de la playa, por si tenían que huir rápidamente.

A lo largo de los tres días siguientes, los piratas se mantuvieron ocupados preparándose para el ataque a Rávena. Se comprobaron las armas y los equipos buscando daños, se reemplazaron los cabos deshilachados y se repararon varias grietas pequeñas en el casco del birreme capturado. Se envió a una partida de reconocimiento tierra adentro, y se guardaron paquetes de leña en la bodega del birreme. Los piratas proseguían sus deberes con tranquila decisión, impulsados por su odio compartido hacia Roma y por su sed de venganza. El afortunado ataque a Senia había relajado la tensión entre las tripulaciones rivales y, al final de cada día, los hombres parloteaban libremente entre ellos cuando se juntaban en la playa para comer sus raciones frías. Incluso los capitanes más escépticos con el plan de Telémaco en Petrapylae mostraban admiración, aun a regañadientes, hacia el joven capitán.

Mientras los hombres se atareaban en los barcos, Telémaco mantenía la vigilancia del horizonte. Aunque tenía la certeza de que Canis aceptaría su desafío, sabía que siempre existía una mínima posibilidad de que el prefecto se percatase de su engaño. Si esto

ocurría, su reputación quedaría arruinada y sus hombres lo maldecirían por haberlos conducido a un viaje inútil en aguas hostiles. Virbio y algunos de los otros oficiales de mayor rango habían protestado abiertamente contra la decisión de dejar la costa liburnia, asegurando que tendrían que haber saqueado más puertos y colonias en lugar de ir a esconderse. Para mayores preocupaciones, sólo quedaban unos pocos días antes de la fecha de la ejecución de Nereo. Si Canis retrasaba su partida, por cualquier motivo, los esfuerzos de Telémaco para rescatar a su hermano estarían condenados.

Con cierto alivio, al fin oyó al vigía anunciar la llegada del Olympias la cuarta mañana. En cuanto Birria hubo hecho la señal convenida de reconocimiento, Telémaco ordenó a sus hombres que se retiraran y avisaran a los otros capitanes para que se allegaran al Tridente de Poseidón para convenir los planes. Sacaron un baúl de madera de la bodega y extendieron un mapa de piel de cabra encima, sujetado por las esquinas con unas piedras. Cuando todos los capitanes piratas y sus lugartenientes estuvieron reunidos en torno al mapa, Telémaco se dirigió a ellos.

–Bien, hermanos –comenzó–. Parece que Canis ha caído en nuestra trampa. Birria y sus hombres han avistado la flota de Rávena.

Critón miró a Birria.

–¿Estás seguro de que eran ellos?

El capitán pirata asintió.

–Los vimos ayer por la mañana, poco después de amanecer. Mi vigía vio el estandarte púrpura ondeando en el mástil del buque insignia, el Neptuno.

–¿Y ellos te vieron a ti?

–Sí. Vieron nuestros barcos ante el sol naciente y pusieron rumbo hacia nosotros. Los demás dieron la vuelta y salieron huyendo, mientras nosotros cambiamos el rumbo y nos dirigimos a mar abierto. Los romanos fueron detrás de los demás, tal y como

esperábamos que hicieran.

–¿Y nadie os siguió?

–Puse a un hombre bueno de vigía, y parece que no intentaron perseguirnos. Sin duda, los romanos suponían que habíamos abandonado a nuestros camaradas en su hora de mayor necesidad, y decidieron perseguir a la fuerza principal.

–¿Cuántos barcos tenía Canis? –preguntó Telémaco.

–Cinco birremes, más el buque insignia. Todo cascarón que pudiera navegar a su disposición.

–Entonces nuestra artimaña ha funcionado. Rávena está indefensa. –Citrón se dio con el puño en la palma de la otra mano, emocionado–. ¡Finalmente podremos acabar con esa escoria romana!

–No será tan fácil –dijo Telémaco–. Según el optio romano que teníamos prisionero, nos encontraremos con un pequeño destacamento de legionarios custodiando la base.

–Pero no lo sabemos con toda seguridad, ¿no? Quizá Rávena haya quedado totalmente indefensa...

Telémaco meneó la cabeza.

–Canis puede ser muy testarudo, pero no es un idiota.

–¿De cuántos hombres estaríamos hablando, más o menos? –preguntó Gentio.

–No más de una centuria, dijo el optio.

–Mientras sepamos a qué nos enfrentamos... Lo último que necesitamos es llegar allí y encontrarnos con una fea sorpresa.

–¿Qué es lo que te preocupa, Gentio? –Birria bufó despectivamente–. Hay ochenta de ellos como máximo, y nosotros somos más de cuatrocientos. Esos romanos no tienen ni la menor oportunidad.

–Quizá no –intervino Telémaco–, pero estarán bien entrenados y equipados, y serán valientes. Si se parecen a los soldados contra los que luchamos en Senia, podemos esperar que el combate sea duro.

–¿Cuándo propones atacar? –intervino Critón.

–Esta noche –contestó inmediatamente Telémaco, señalando con un dedo hacia el mapa–. Zarparemos al anochecer; nos acercaremos al puerto en una formación limpia. Yo iré al frente en el birreme que capturamos, con una tripulación mínima que me ayude a manejarlo. Desde la distancia y de noche, los vigías nos confundirán con la flota de Rávena. En cuanto hayamos despejado el malecón, prenderemos fuego al birreme y lo dirigiremos hacia el puerto naval. Hay varios barcos de guerra viejos fondeados allí, al parecer. Arderán todos bien. Nuestros vigías verán el fuego: ésa será la señal para que los demás arremetáis contra la base. Con algo de suerte, los soldados estarán demasiado ocupados con el fuego para darse cuenta de lo que está ocurriendo. Birria, Gentio, Critón..., vosotros desembarcaréis en el muelle, junto con el Tridente de Poseidón. El resto os ocuparéis de los barcos de guerra anclados en el puerto. Mientras tanto, yo cogeré a tres de mis hombres y rescataré a Nereo y los demás prisioneros. Cálido asegura que los tienen en una celda debajo del cuartel general principal. Si nos movemos con rapidez, podremos quemar los barcos de guerra, rescatar a los prisioneros, destruir la base y escapar a alta mar antes de que salga el sol.

Las cejas pobladas de Gentio se levantaron un poco.

–¿Y si los vigías se dan cuenta de nuestra trampa?

–Entonces nos hundirán con las catapultas –respondió Telémaco, con sencillez–. Pero no tienen ningún motivo para sospechar de nosotros. Desde la distancia, al menos. De noche, a cubierto de la oscuridad, no serán capaces de ver nada, excepto nuestras velas. Por lo que a ellos concierne, seremos los barcos romanos que vuelven de una victoria rápida sobre la flota pirata de Ilírico.

–Pero, en cuanto nos acerquemos, se darán cuenta de que

nuestros barcos no son romanos... ¿No es así?

–Cierto. Pero para entonces, los vigías y los locales estarán distraídos por el barco en llamas.

–Quizá deberíamos reconocer el puerto primero –sugirió Gentio–. Formarnos una imagen más clara de las defensas y fuerzas de los romanos.

–No podemos. No hay tiempo. Es posible que Canis ya se haya dado cuenta de que lo hemos engañado y esté volviendo por mar para interceptarnos. Debemos actuar ahora mismo. Cuanto antes ataquemos Rávena, mayores serán nuestras posibilidades de escapar a salvo de vuelta a Petrapylae..., una vez saqueada la base.

Gentio movió los pies.

–Pero navegaremos a ciegas. ¿Y si hay más soldados romanos custodiando el sitio? ¿O barcos extra?

Telémaco suspiró audiblemente y levantó las manos.

–Mira, ya hemos discutido esto antes, Gentio. No hay otra forma. O bien lo hacemos así, asumiendo los riesgos, o bien nos apartamos y dejamos la iniciativa a Canis. Yo sé lo que prefiero.

Gentio apretó los labios y se quedó silencioso un momento.

–Muy bien. Entonces, esta noche.

–Bien. –Telémaco respiró hondo y miró a su alrededor–. ¿Alguna pregunta más, hermanos? ¿No? Entonces sugiero que volváis a vuestros barcos e informéis a vuestros hombres. Geras, tengo que decirte algo.

Los capitanes se fueron dispersando con calma hacia sus barcos, y pronto sólo quedaron Telémaco y Geras junto a la barandilla. Telémaco se volvió a su segundo de a bordo y lo miró a los ojos intensamente.

–Quiero que tomes el mando del Tridente mientras yo estoy a bordo del barco del fuego. ¿Crees que podrás manejarlo?

Geras miró a su capitán y amigo.

–Si no te importa, preferiría navegar contigo en el birreme.

Telémaco sacudió la cabeza.

–Necesito a alguien que se haga cargo del Tridente si me pasa algo. Y tienes que ser tú. ¿Lo entiendes?

–Como desees –replicó Geras, hoscamente–. No te preocupes. Lo cuidaré muy bien.

–Sé que lo harás. –Telémaco sonrió–. También necesitaré que unos cuantos hombres me ayuden a conducir ese birreme a puerto. Tendría que bastar con cinco.

–Sí, capitán. No faltarán voluntarios que quieran ir contigo. –Geras hizo una pausa–. Simplemente..., me pregunto cuándo harás algo con ese hijo de puta intrigante. –Y señaló con la cabeza hacia Virbio, quien en ese momento atendía sus deberes al otro lado de la cubierta del Tridente.

Telémaco frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

Geras se acercó más y bajó la voz.

–Entre los chicos se dice que Virbio está planeando desafiar tu liderazgo. Que en cuanto acabe esto, va a poner en votación tu jefatura.

–¿Y tú lo has oído?

Geras asintió.

–Esa serpiente traidora ha ido por la tripulación ofreciendo sobornos a cambio de apoyo, amenazando a cualquiera que no lo respalde. Planea conseguir los votos suficientes para amañar el resultado y librarse de ti. ¡Ese cabrón...! –bufó, disgustado–. Da la orden y haré que lo carguen con unas rocas y lo arrojen por la borda. Fácil y limpio.

–No –replicó Telémaco, sucintamente–. Todavía no.

–¿Por qué no? Vamos, capitán. Todos sabemos que Virbio es una sabandija.

–No podemos librarnos de él sin más. No sin pruebas.

–Pero, si no lo detienes ahora, va a actuar contra ti. Dioses, con los votos que ya ha conseguido, incluso podría ganar. No puedes dejar que se salga con la suya.

Telémaco gruñó y apartó la vista. A pesar de la animosidad entre él y Virbio, este último todavía disfrutaba del apoyo de muchos miembros de la tripulación. Hombres que nunca perdonarían a Telémaco por librarse de uno de los oficiales más experimentados del Tridente sólo por simples sospechas. Hombres cuyo apoyo necesitaba muchísimo. Estaban a punto de embarcarse en una misión peligrosa, sin certeza alguna de victoria, y lo último que deseaba Telémaco era una pelea interna entre la tripulación en el preciso momento en que debían estar unidos contra el enemigo común. Y, además, razonó, Virbio era un luchador muy experto. Su experiencia resultaría útil en la batalla que se avecinaba.

–Más tarde –dijo al fin–. Ahora no es el momento. Primero tenemos que ajustar las cuentas con Roma. Luego me ocuparé de Virbio.

CAPÍTULO CUARENTA Y UNO

La noche había caído, y brillaba la luz de una luna casi llena cuando el birreme se acercó a la costa. Telémaco se puso de pie en la proa del birreme, esforzando la vista hacia el horizonte. Por delante de ellos, a no más de milla y media de distancia, un faro marcaba la entrada al puerto de Rávena. Un brasero ardía en su tejado, bañando la alta estructura de piedra en una luz anaranjada. Más allá, Telémaco podía ver más braseros ardientes en cada extremo del malecón, para guiar a los barcos que entraban en el puerto. El resto de la flota pirata navegaba a menos de dos millas detrás de ellos, en estricta formación. Bajo la luz de las estrellas y de la luna, y a cierta distancia, esperaban pasar por la flota de Rávena que volvía a casa después de una fácil victoria sobre los piratas ilirios.

Cinco hombres se habían presentado voluntarios para unirse a Telémaco a bordo del barco incendiado, los justos para maniobrar las velas y el timón. Para mantener el engaño, habían abandonado su acostumbrada ropa extravagante, cambiando sus túnicas llenas de colorido y el surtido de armas variopintas y equipo por el uniforme de los legionarios y marineros romanos. Telémaco llevaba una túnica de color marrón y un cinturón de cuero, mientras que Cástor iba vestido de oficial romano, con un manto de las marinas, grebas en las piernas y un casco de legionario que había tomado prestado en la guarnición de Senia. Las otras tripulaciones también representaban su papel, de otra forma: sus gallardetes negros ondeaban a la par, mientras navegaban con sus barcos en una fila limpia, en lugar de las formaciones desordenadas que normalmente solían usar los piratas.

–¿Cuánto falta para que lleguemos al puerto? –preguntó Telémaco a Basso, a quien había ido a buscar a la popa.

El tracio levantó la vista hacia la vela y guiñó los ojos a la oscura masa de la costa.

–Media hora o así, capitán. Quizá menos, si seguimos con este

viento.

–Esperemos que sí –murmuró Cástor–. Cuanto menos tiempo tengamos que pasar en esta pira funeraria, mucho mejor.

Telémaco miró de soslayo al veterano y vio que miraba ansiosamente la escotilla de proa. Media docena de grandes paquetes de astillas para el fuego, lino y tela de velas gastada estaban ahí apilados, empapados de aceite y brea para asegurarse de que las llamas prendieran rápidamente. El momento del ataque era muy importante. En cuanto el birreme hubiese pasado el malecón, el resto de la flota pirata encendería los fuegos en la bodega y enviaría el birreme hacia los barcos fondeados en el puerto naval. El fuego atraería la atención de los romanos, y no se ocuparían de la entrada del puerto el tiempo suficiente para que la flota entrase en la base naval y desembarcara sus fuerzas en el muelle. En cuanto los defensores estuviesen muertos o fueran prisioneros, los piratas serían libres para saquear.

Pero, mientras repasaba mentalmente de nuevo el plan, Telémaco se vio asaltado por una duda. ¿Y si los romanos se daban cuenta de su argucia? En aquel preciso momento podían estar organizando sus defensas, dispuestos para repeler a los atacantes en cuanto estuviesen a tiro de las catapultas de la entrada de la base naval. La flota pirata estaría navegando en ese caso hacia una trampa mortal. Muchos de sus barcos acabarían hundidos o dañados antes de poder dar la vuelta y huir. La frágil alianza entre los capitanes piratas de Ilírico no sobreviviría a una derrota tan aplastante. Canis sería libre de recomponer sus fuerzas y cazar a las tripulaciones una por una. Y Nereo sería ejecutado...

Sacudió la cabeza para despejar sus ideas, dejando a un lado los oscuros pensamientos. No había motivo alguno para dudar del plan. Los romanos debían pensar que la victoria fácil sobre los barcos piratas, peor armados, estaba al alcance de su mano, y no quedarían sorprendidos por la reaparición de la flota romana tan pronto, después de haber partido de Rávena. Sólo cuando Telémaco y sus hombres se acercaran de verdad al puerto, sería aparente su engaño, y para entonces sería demasiado tarde.

–No falta mucho –dijo en voz baja al volver la vista hacia el

faro.

–Llegaríamos mucho más rápido si tomáramos otro rizo en la vela –murmuró Cástor, mirando hacia el mástil.

–No podemos. –Telémaco hizo un gesto atrás, al mar, a las velas del resto de la flota, apenas discernibles en la penumbra gris–. Nos adelantaríamos demasiado con respecto a los demás.

–Pero, cuanto antes volvamos a la base, antes prenderemos fuego a todo y podremos salir. Y menos oportunidades habrá de que los romanos se den cuenta de que vamos disfrazados.

Telémaco pensó, y luego negó con la cabeza.

–Se supone que somos una flota que vuelve. Si parece que tenemos mucha prisa, los vigías pueden sospechar. No podemos correr ese riesgo.

–Ya estamos corriendo riesgos de todos modos. Si los vigías nos pillan, nunca conseguiremos pasar de la entrada.

–No nos pillarán. Confía en mí. –Telémaco miró hacia el intendente–. Mira, tengo tantas ganas como tú de librarme de este cascarón y dar lo que se merece a esos malditos romanos, pero tenemos que representar nuestro papel.

–Será lo mejor, sí. –Cástor señaló hacia los otros–. Todos los chicos están deseando entrar en batalla, capitán.

–Ya nos tomaremos nuestra revancha –lo tranquilizó Telémaco–. De una manera u otra, nuestros problemas con Roma acabarán esta noche.

Cástor gruñó y escupió en cubierta.

–Es una lástima que Canis no esté aquí para presenciarlo. Me habría gustado mucho coger por las pelotas a ese cabrón aristócrata.

–Pues no tendremos que hacerlo. –Telémaco sonrió a su camarada–. En cuanto el emperador averigüe que su base imperial

ha sido destruida, nos ahorrará el trabajo...

–Esperemos que sea así.

Al pasar junto al malecón, una parte de la pequeña tripulación pirata se alineó a lo largo de la barandilla lateral, mientras la otra se quedaba junto al mástil, pero todos miraban el puerto que tenían ante ellos. Docenas de barcos mercantes estaban fondeados en el muelle principal, las líneas enmarañadas de sus mástiles y palos iluminadas vagamente por antorchas y braseros que parpadeaban a lo largo de la amplia avenida. A pesar de las recientes incursiones a lo largo de la costa iliria, parecía que había pocas interrupciones del comercio en el que se apoyaban las fortunas romanas. Incluso a aquella hora tardía, equipos de estibadores trabajaban duramente descargando un río continuo de bienes exóticos y mercancías de los barcos de carga, muchos de ellos destinados a los estados y ciudades más ricos del interior.

En el extremo más alejado del muelle principal se encontraba la entrada a la base de Rávena. Allí se veían varios paquebotes militares y embarcaciones ligeras de patrulla, mientras que, más allá, media docena de buques de guerra estaban varados para hacer reparaciones. Dos trirremes más grandes, no adecuados para el servicio, se hallaban también fondeados tocando proa con popa en un extremo. Y más lejos aún, unos cuantos almacenes, cobertizos de almacenaje y talleres de carpinteros. En el extremo más alejado de la plaza de armas, Telémaco atisbó los barracones, junto a un edificio más grande que debía de ser el cuartel general de la flota, pensó Telémaco. En algún lugar por debajo de aquella construcción tenía que estar la celda donde encerraban a Nereo y otros prisioneros, y notó que su pulso se aceleraba al pensar en encontrarse con su hermano de nuevo.

Un ruido súbito atrajo su atención de vuelta a la parte delantera del puerto. Una pequeña multitud de habitantes se habían reunido a lo largo del muelle para dar la bienvenida a los héroes que volvían. Las familias gritaban y saludaban a los hombres en cubierta, alegres por el pronto regreso de la flota. Algunos más se habían juntado ante las puertas de la base naval, y daban puñetazos al aire como celebración. Los piratas miraban indecisos a la multitud que los vitoreaba, sin saber muy bien qué hacer.

–¿A qué estáis esperando? –soltó Telémaco–. ¡Saludad también, idiotas! ¡Se supone que acabamos de ganar una gran batalla, así que empezad a actuar como si fuera así!

Cástor y los otros devolvieron el saludo con fingido entusiasmo, agitando las manos y sonriendo nerviosamente. Telémaco desvió su atención de nuevo a la puerta fortificada, pero no vio señal alguna de que estuvieran preparando bombas incendiarias. Parecía que los romanos no sospechaban de trampa alguna. En cuanto el birreme se hubo apartado del rompeolas, se volvió hacia el timonel y señaló los dos barcos de guerra fondeados en el muelle.

–¡Allí! Rumbo hacia esos trirremes.

El timonel plantó bien las piernas sobre las tablas y movió la enorme pala de madera que era el timón, haciendo girar el birreme hasta que su proa se alineó con la de los buques de guerra. Bajo el débil resplandor de las antorchas, Telémaco pudo distinguir a las diminutas figuras que se acercaban desde la plaza de armas para dar la bienvenida a sus victoriosos compañeros. Sus gritos emocionados llegaban muy claros a través del aire nocturno, y Telémaco se tuvo que esforzar en saludar a su vez, a pesar del rápido golpeteo que notaba en el pecho.

Cuando el birreme estuvo sólo a unos pocos cientos de pasos de la base, se volvió e hizo una seña a Basso.

–Que enciendan esos fuegos. ¡Vamos, rápido!

–Sí, capitán.

El tracio sacó una caja de yesca y se fue hacia la escotilla de proa. Su robusta silueta desapareció rápidamente bajo cubierta. Poco después subía de nuevo el estrecho tramo de escaleras, y una voluta fina de humo salía de la abertura de la escotilla tras él. El humo se fue espesando hasta convertirse en una gruesa nube gris a medida que el fuego prendía. Los soldados romanos que se alineaban en el muelle no parecían notar todavía que algo sucedía, de modo que, con el birreme acercándose poco a poco a la base, Telémaco llamó a sus compañeros.

–¡Al bote! ¡Ahora! ¡Nos vamos de este maldito barco!

En cuestión de momentos la tripulación había sacado la gabarra para remolcarla detrás del birreme. El humo seguía saliendo de la escotilla, cada vez más espeso, y los hombres treparon por la barandilla, bajaron la cuerda y se dejaron caer en el bote, hasta que sólo quedaron en cubierta Telémaco y el timonel. Este último miró interrogante a Telémaco, y el capitán señaló hacia la barandilla, gritando para hacerse oír por encima de los chasquidos de las llamas que rugían en la bodega.

–Tú primero. Yo acabaré aquí. ¡Vete!

El timonel asintió y se precipitó hacia el costado. Telémaco agarró con fuerza la espadilla y la ató a la popa para asegurarse de que el birreme mantenía el rumbo. Tras él, las llamas se iban extendiendo por el buque de guerra con asombrosa rapidez. Ya lamían la abertura de la escotilla, y empezaban a devorar las tablas de la cubierta de proa. El calor era insoportable, y Telémaco notaba cómo le golpeaba la espalda mientras ataba el timón. Una vez lo aseguró bien, echó a correr hacia la barandilla y se dejó caer por el costado. Apenas podía respirar, mientras bajaba por la cuerda; sentía un gran escozor en los ojos y la garganta le ardía. Cayó en el bote tosiendo y medio atragantado, y de inmediato la tripulación empezó a remar frenéticamente para apartarse del barco en llamas.

Telémaco recuperó el aliento, se limpió las lágrimas de los ojos irritados y miró a su alrededor. El birreme se dirigía a mucha velocidad hacia los barcos de guerra fondeados, ayudado por el viento que soplaba desde el mar. Por aquel entonces las llamas se habían extendido a la mayor parte de la cubierta, envolviendo del todo el mástil, los palos y el cordaje, en un feroz triángulo naranja. El pánico rápidamente se había apoderado de los que estaban en el muelle. Algunos soldados corrieron en dirección a los barracones para dar la alarma, mientras el resto, hachas en mano, corrían hacia los trirremes para cortar las amarras, en un desesperado intento de apartarlos del camino del buque en llamas. Pero no hubo tiempo, y los soldados consiguieron escapar sólo momentos antes de que el barco incendiado se estrellase con ellos, provocando un estruendo de maderas rotas y astillas. Su espolón se hundió en el costado del buque más grande, y enganchó a ambos barcos en un estallido de

chispas ardientes. Casi de inmediato, el fuego prendió en el trirreme, comiéndose la traca y la barandilla lateral y envolviendo los muelles en una espesa humareda.

–¡Sí! –gritó Basso, emocionado, golpeando el aire–. ¡Arded!

Cuando las llamas comenzaron a expandirse por el trirreme, un grupo de soldados avanzó a toda prisa desde los almacenes, cargados con cubos de agua y telas de saco para humedecer aquella hoguera. Sus esfuerzos no consiguieron hacer mella en la intensidad del fuego, sin embargo, y enseguida un segundo trirreme empezó a incendiarse también.

Justo entonces uno de los piratas aulló en el bote. Telémaco miró hacia la entrada de la bahía, alrededor de la cual ya pasaba el Tridente de Poseidón, camino del puerto. En el muelle principal, varios mirones, una vez habiéndose librado del fuego, gritaban alarmados al ver a los barcos piratas que se acercaban. La mayoría de la gente que se había reunido salió huyendo a la carrera por la avenida principal. Algunos gritaron advertencias a los soldados, pero sus voces se perdieron entre el rugido de las llamas, y los barcos siguieron avanzando sin que nadie los detuviera; recogieron las velas y los remos largos, y pusieron rumbo directamente hacia la base naval.

Telémaco señaló el Tridente a los hombres que se apiñaban en el barco pequeño.

–¡Venga! ¡Vamos ahí!

La tripulación se inclinó sobre los remos y empezó a remar hacia su barco. La partida de desembarco del Tridente se había reunido en la cubierta de proa, y varios de los piratas gritaron a sus camaradas, señalando el pequeño bote que se balanceaba a través del puerto. El Tridente alteró ligeramente el rumbo y se puso junto al bote, mientras los otros barcos seguían su camino hacia sus objetivos. Se bajó a toda prisa una escala de cuerda y los piratas se alzaron por el costado del barco. Telémaco fue el último en subir y aterrizar en cubierta junto a sus compañeros. Se levantó de las tablas bien limpias y recuperó el aliento. Geras fue corriendo hacia él.

–¡Capitán! ¡Lo has conseguido! –El segundo de a bordo sonreía con evidente alivio–. Gracias a los dioses.

Telémaco sonrió.

–Ese fuego les dará algo en que pensar. Y ahora, vamos a rematar el trabajo. –Señaló hacia una parte del muelle alejada del fuego rugiente–. Vamos allí. Desembarcaremos y acabaremos con esos hijos de puta.

–Sí, capitán. –Geras se apartó y chilló a los hombres que manejaban los remos–. ¡Ya habéis oído al capitán! ¡Más rápido, perezosos! ¡O me comeré vuestro pellejo para desayunar!

Mientras el Tridente de Poseidón se acercaba al muelle, Telémaco a toda prisa se desabrochó las correas de la coraza de cuero y cogió su falcata y su escudo, y luego se unió a la partida de asalto en la cubierta de proa. A ambos lados del Tridente, los barcos capitaneados por Perímedes, Escila y algunos otros se dirigían hacia los barcos al ancla en el puerto, mientras que el Olympias, el Lycus y el Aquiles, bajo el mando de Gentio, marchaban hacia el muelle. En tierra, al fin algunos ya se habían dado cuenta de que se acercaba una flota pirata y habían dado la alarma. Aquellos que estaban luchando contra el fuego dejaron caer los cubos y agarraron sus armas, y rápidamente se reunió con ellos una gran fuerza de soldados que llegaron corriendo desde la plaza de armas. Telémaco contó más de cien.

–Las posibilidades no son buenas –murmuró Cástor.

Geras frunció el ceño.

–¿De dónde salen éstos? –Geras frunció el ceño–. Pensaba que sólo habría un pequeño destacamento...

–Eso es lo que dijo el prisionero. Ese cabrón nos habrá mentido.

La visión de los legionarios avanzando hacia los muelles heló la sangre en las venas de Telémaco. Rechinó los dientes y silenciosamente se maldijo por no haber previsto la posibilidad de que Canis hubiera dejado una fuerza mucho mayor a sus espaldas

para custodiar Rávena. Pero el momento pasó, y respiró hondo.

–Aun así, seguimos superando al enemigo tres a uno –replicó con serenidad, en voz lo bastante alta para que lo oyeran sus compañeros–. Nos hemos enfrentado a cosas peores que ésta y hemos ganado, chicos...

Tensó los músculos y notó la sequedad habitual en la boca ante la perspectiva del combate, una emoción que se mezclaba con el terrible miedo a la muerte o a quedar inválido por alguna herida espantosa.

Cuando el Tridente ya maniobraba para la aproximación final, se volvió a sus hombres:

–Bien, chicos. Todos estáis bien entrenados. Id a por ellos con toda vuestra rabia, ¡sin cuartel! ¡En cuanto nos hayamos ocupado de esos desgraciados, podremos dedicarnos a conseguir botines!

Los piratas más jóvenes prorrumpieron en rugidos de emoción. Los más experimentados sabían que no debían desestimar a aquellas filas ordenadas de los romanos, y miraban torvamente al frente mientras el Tridente los acercaba al muelle. Entonces, Geras gritó una orden. Guardaron rápidamente los remos con un sordo roce de madera con madera.

El Tridente se estremeció cuando se detuvo junto al muelle, tirando al suelo a algunos hombres. Telémaco recuperó totalmente el equilibrio, y se preparó. Enseguida, saltó por encima de la amurada, aterrizó en el muelle y señaló con la falcata a los soldados que estaban formando más adelante.

–¡Vamos, chicos! ¡A por ellos!

CAPÍTULO CUARENTA Y DOS

No habían saltado aún todos los piratas por encima de la borda cuando los romanos echaron a correr hacia ellos. Su comandante gritó una orden, y aquellos que llevaban jabalinas las levantaron y las arrojaron. Telémaco se dio cuenta al instante de la amenaza y se volvió hacia sus hombres:

–¡Levantad los escudos!

Los romanos habían soltado sus armas casi a bocajarro, y un torrente de proyectiles con la punta de hierro voló por el aire. La mayoría encontraron su blanco y rebotaron en los bordes curvados de los escudos de los piratas, o bien se clavaron entre las tiras de madera ligada con cuero. Los que reaccionaron más lentamente lanzaron un grito al recibir el impacto. Unos pocos fueron abatidos antes incluso de alcanzar el muelle, empalados al bajar a la costa. Otros cayeron al suelo alrededor de Telémaco; agarraban los palos de madera que sobresalían de sus miembros y pedían ayuda a gritos. Pero él sólo les dedicó una breve mirada, y luego se lanzó hacia delante de nuevo.

Hubo tiempo de que los romanos lanzaran más jabalinas antes de que los hombres del Tridente de Poseidón cayeran sobre ellos, con furia, con mandobles y estocadas. Telémaco se abrió camino hasta la vanguardia del tumulto y golpeó al hombre que tenía justo delante, un optio muy robusto con varias cicatrices profundas en el rostro. Estaba claro que se trataba de un soldado muy experimentado, pues supo leer las intenciones de su oponente con facilidad y levantó el escudo para parar el golpe. La falcata de Telémaco rebotó en el tachón con un sonido metálico y, antes de que pudiera recuperar el equilibrio, el romano le asestó una puñalada, obligándolo a echarse hacia atrás, tropezando.

–¡Me toca a mí! –gruñó entonces Telémaco.

Lanzó una estocada baja, y el romano tuvo que ajustar su escudo. Mientras tanto, Telémaco agarró con los dedos el borde

superior, echándolo hacia abajo. El soldado gruñó de dolor, ya que el borde inferior le dio en el pie, aplastándole los huesos, y Telémaco a continuación metió el arma por el hueco que había dejado el romano por encima del escudo. La hoja entró en la garganta y la sangre saltó de la profunda herida, salpicando toda la parte delantera de su armadura de escamas. El hombre dejó escapar un profundo gorgoteo y luego se derrumbó en el suelo.

Pero ya otro soldado se adelantaba para ocupar su lugar. Éste fue más precavido que su compañero y mantuvo el escudo levantado mientras procuraba asestar un golpe muy medido a Telémaco. El pirata echó la cabeza atrás y la hoja falló por poco, rozando la parte superior de su escudo. El soldado separó los labios en una cruel sonrisa, preparándose para atacar de nuevo. Sin embargo, antes de que pudiera dar otra estocada, un fornido pirata se le cruzó y, volteando su hacha de abordaje, rugió, triunfante, cuando la hoja penetró en su espina dorsal. Telémaco apenas tuvo tiempo de darle las gracias con un gesto, pues el grito del pirata se cortó en seco, ya que otro soldado le había atravesado el estómago con la punta de una lanza.

Telémaco levantó su escudo, se agachó ligeramente y miró a su alrededor. El primer ímpetu del ataque había desaparecido ya y, aunque los dos bandos estaban bastante igualados en números, la armadura ligera y sus habilidades básicas no podían competir con el entrenamiento y equipo superiores de los romanos. Poco a poco, los hombres del Tridente de Poseidón se iban viendo empujados hacia atrás, a medida que las habilidades de lucha de sus oponentes empezaban a volver las tornas a su favor. A su alrededor, Telémaco se dio cuenta de que habían caído ya piratas y el muelle empezaba a estar resbaladizo por la sangre derramada. Los hombres de la guarnición de Rávena estaban resultando ser unos oponentes muy tozudos, e incluso en medio de la lucha tuvo que reconocer a regañadientes que sentía admiración por ellos. Entonces miró por encima del hombro y, para su gran consternación, constató que los piratas habían sido empujados casi hasta el borde del muelle. A menos que el resto de la flota desembarcara pronto, corrían el peligro de verse desbordados.

–¡Sin cuartel! –aulló a sus hombres, rugiendo para animarlos–.

¡Manteneos firmes, chicos!

Los piratas se lanzaron hacia los enemigos con renovada determinación. Pero, a pesar de sus esfuerzos, más miembros de la tripulación del Tridente acabaron muertos frente a unos romanos que se defendían con la oscura desesperación de los que luchan por su vida. Más de una docena de piratas habían caído ya, y otros se tapaban las heridas en el suelo. Entre la gran confusión de cuerpos y puntas de espada, el joven Longaro gritaba pidiendo ayuda, momentos antes de desaparecer bajo las botas de los romanos. Por encima de los alaridos y los lamentos oyó las voces del oficial al mando de los romanos alentando a sus hombres a seguir luchando.

–Estos cabrones nos están machacando –gruñó Geras, con el aliento entrecortado–. No podremos aguantar mucho rato más, capitán.

Justo entonces un rugido ronco se alzó entre los piratas, y Telémaco volvió la vista hacia el muelle. El Olympias maniobraba en el atracadero junto al Tridente de Poseidón. La tripulación saltó el hueco que había hasta el muelle y ató las amarras. Con un rugido enloquecido, Birria, seguido de su grupo de asalto, todos blandiendo sus armas, bajó la pasarela y se abalanzó contra los romanos. Cargaron con rabia, con feroces mandobles y tajos. El oficial romano aulló a los soldados que mantuvieran el terreno, pero, a pesar de todos sus esfuerzos, poco a poco se vieron impelidos a retroceder a causa del número de oponentes. Pronto desembarcaron también los hombres de Escila y, bajo aquella presión implacable, la resistencia de los soldados acabó por desmoronarse.

–¡Ya está! –gritó Telémaco–. ¡Ya los tenemos!

Los soldados que estaban más alejados se dieron cuenta de que la lucha se había perdido y retrocedieron. Sus compañeros se vieron superados rápidamente. Muchos de ellos fueron asesinados antes de que pudieran darse la vuelta y echar a correr. Otros levantaron los brazos pidiendo clemencia, pero los piratas no estaban de humor para misericordia. Las súplicas fueron ignoradas y los ajusticiaron brutalmente allí donde estaban. Incluso unos cuantos piratas echaron a correr para acabar con los que intentaban retirarse al otro lado de la plaza de armas.

Al otro lado del puerto, el resto de tripulaciones piratas se había arrojado sobre los barcos que estaban al ancla, y unos hilos de humo ascendieron hacia el cielo cuando prendieron fuego en las bodegas.

–Gracias a los dioses –dijo Geras, con la frente brillante de sudor–. Pero a Birria le ha costado mucho unirse a nosotros. No puedo decir que esté impresionado por la rapidez de nuestros hermanos capitanes.

–No –respondió conciso Telémaco. Pero no era el momento adecuado para enzarzarse en las pequeñas rivalidades entre grupos–. ¡Virbio!

El pirata se acercó, respirando pesadamente. Telémaco clavó sus ojos en él y señaló hacia la puerta de entrada.

–Llévate a unos cuantos hombres, allí, y ocupaos de los guardias. Quiero que esos barracones queden totalmente despejados. En cuanto lo hayas hecho, ya puedes prender fuego a la base. Almacenes, cobertizos, talleres... Quemadlo todo, ¿está claro?

–Sí, capitán.

El oficial salió corriendo al tiempo que gritaba a un grupo de piratas que estaba cerca, ocupados saqueando los cadáveres que llenaban el muelle. Se metieron rápidamente el botín en las bandoleras y siguieron a Virbio hacia la puerta. Más allá, unos pocos soldados todavía presentaban un último desafío contra los hombres de Birria, pero la llegada del resto de barcos piratas había decidido el asunto, así que estaban condenados. Ahora simplemente se trataba de matar a todos los supervivientes y asegurarse de que la base quedara completamente destruida.

Telémaco llamó a Geras y Basso.

–Vosotros dos –dijo–, seguidme. Vamos a liberar a los prisioneros.

Partieron a trote rápido a través de la plaza de armas, apartándose de la escaramuza, en dirección hacia el cuartel general

de la flota. Por delante de ellos, una multitud heterogénea de guardias, oficiales y marineros de permiso huían por la puerta principal para desaparecer entre las oscuras calles de Rávena. Telémaco desvió su atención hacia el cuartel, y rápidamente localizó la discreta puerta tachonada a un lado del edificio, seguramente el acceso a las celdas que había en el subsuelo. Tres guardias la custodiaban, con las lanzas dispuestas, mirando angustiadamente la huida de sus camaradas.

De pronto, uno de los guardias se volvió y llamó a sus compañeros:

–¡Bajad y matad a los prisioneros!

De inmediato, dos soldados se volvieron y abrieron la puerta lateral. Telémaco, aterrorizado, notó que se le cerraba la garganta cuando los vio desaparecer a través del sombrío interior. Echó a correr con todas sus fuerzas, rugiendo desesperadamente:

–¡Cogedlos! ¡Detened a esos desgraciados!

Se adelantó a sus camaradas, con el corazón saliéndosele del pecho, impulsado por la urgencia desesperada de evitar que los romanos mataran a su hermano.

Levantó el escudo y empujó a un lado al primer hombre, abatiéndolo, y luego cargó en la oscuridad sin cuidado alguno. Tuvo que entrecerrar los ojos por la luz parpadeante que proporcionaban las antorchas fijadas en unos soportes en la pared. Tras unos saltos más, y pese a la respiración agitada, se encontraba ya al pie de las escaleras de piedra. Un estrecho túnel mal iluminado por antorchas se extendía ante él, con varias puertas de celdas a cada lado. Los dos soldados estaban ante la última puerta, y uno de ellos parecía descorrer el cerrojo mientras el otro sostenía con fuerza su gladio, dispuesto a matar a los prisioneros.

–¡No! ¡No lo hagas, joder! –chilló Telémaco, lanzándose hacia delante.

Al oírlo, el que agarraba la espada se dio la vuelta en redondo y se dispuso a atacar. Telémaco levantó el escudo, metiendo la

barbilla contra el pecho cuando el romano fue a por él. La punta de la espada rebotó en el escudo con un sonido metálico, y entonces se revolvió y se abalanzó sobre el romano. Éste gruñó cuando el escudo le dio en el costado y lo tiró al suelo. Antes de que pudiera incorporarse, Telémaco cayó sobre él y le asestó en el ojo un golpe feroz, que se incrustó en su cráneo y lo mató al instante. Recuperó su arma con un susurro justo cuando Geras y Basso lo adelantaban y se arrojaban sobre el segundo guardia.

La luz temblorosa de las antorchas arrojaba sombras en el muro mientras mataron a aquel romano en los confines del túnel. Geras lo golpeó contra la pared de piedra y le metió el arma hasta el fondo en la entrepierna; la retorció ferozmente, haciendo caso omiso de los gemidos y retorcimientos del soldado, al tiempo que Basso, con un rugido, lo golpeaba repetidamente con su hacha. Dio un último tajo al cráneo del hombre, como si cortara madera, y entonces levantó la vista y tropezó con la mirada divertida de Geras.

–¿Qué pasa? –dijo el tracio.

–Creo que ya está muerto, Basso.

–Vamos –ordenó Telémaco, enfundando su espada–. No hay tiempo que perder. ¡Deprisa!

Corrió hacia la puerta de la celda. Basso se echó a un lado para dejarle sitio. Desde el otro lado se oían voces, y notó que su corazón daba saltos de añoranza mientras soltaba el cerrojo.

Un olor horrible a mierda, orina y sudor asaltó su nariz. En la celda destacaba una ventana diminuta, situada muy alta en el muro del fondo y cubierta con una reja que permitía que entrase sólo un pequeño rayo de luna. En el rincón más cercano, un cubo, junto a un par de yacijas de paja sucia, desbordaba de inmundicia humana. Varias siluetas oscuras se acurrucaban en medio de la habitación y, al ver a Telémaco, el que tenía más cerca se apartó de la puerta, haciendo tintinear las cadenas de tobillos y muñecas.

–Son los putos romanos –gruñó el prisionero en griego–. Han venido a por nosotros. Estamos acabados, chicos.

Telémaco se miró y recordó entonces de repente que Geras y él seguían vestidos con la ropa de la marina romana. Bajó el escudo y sonrió a la temblorosa figura que tenía ante él.

–Mira bien.

El hombre dudó un momento. Luego se adelantó y observó con precaución el antebrazo de Telémaco.

–Espera... Esa marca... la reconozco. –Miró más de cerca y sus ojos se abrieron mucho–. ¿Estás en el Tridente de Poseidón?

El joven capitán asintió.

–Soy Telémaco, comandante del Tridente. Éstos son mis hombres, Geras y Basso.

–Yo me llamo Duras. –El preso sonrió–. ¿Cómo nos has encontrado?

–No hay tiempo ahora para eso –respondió Telémaco, enfundando la falcata–. Os lo explicaremos más tarde. Ahora tenemos que irnos. Hemos venido a rescataros a todos.

Duras suspiró audiblemente, lleno de alivio, y volvió a sonreír, revelando una dentadura en la que faltaban varias piezas. Bajo la débil luz de la celda, Telémaco vio que el cuerpo del hombre estaba cubierto de verdugones y hematomas, y el pelo lo tenía completamente enmarañado y manchado de sangre.

–Gracias a los dioses –gimió Duras–. ¿Habéis oído, chicos? ¡Estamos salvados!

Algunos prisioneros susurraron con emoción y alivio a la vez. Otros estaban demasiado débiles para hablar, y tuvieron que usar todas sus fuerzas para sentarse y levantar la cabeza hacia sus liberadores. Telémaco miró a su alrededor, a aquellas caras estragadas, y frunció el ceño.

–¿Dónde está mi hermano? ¿Nereo?

Duras bufó y bajó los ojos.

–Se lo llevaron.

Una sensación de horrible temor se retorció dentro de Telémaco como un cuchillo.

–¿Cuándo?

–Hace unos días. –Duras se rascó la descuidada barba–. Dos guardias vinieron a buscarlo por la mañana, justo antes del amanecer. Unos tipos muy crueles y malos. Nereo pensaba que lo iban a matar, pero sólo se rieron y dijeron que tenían órdenes de llevarlo a bordo del buque insignia. Dijeron que Canis quería llevarlo consigo en la flota cuando zarparan.

–¿Por qué? –preguntó Telémaco.

Duras lo miró un instante.

–Uno de los guardias dijo que Canis tenía un plan especial para él. Iba a aplastar a vuestra flota en una batalla, y después mataría a Nereo delante de ti. Los guardias suponían que lo que quería era ver la cara que ponías al ver morir a tu hermano.

–No..., ¡no!

Telémaco cerró las manos en unos puños temblorosos. En aquel momento sentía un odio rabioso contra Canis, y supo que no había muerte que no mereciese el prefecto romano, que no había tortura demasiado horrible para él. No podría salvar a su hermano de ninguna manera, se dijo, desesperado. En cuanto Canis se enterase de la destrucción de la base de Rávena, mataría a Nereo. Sus esfuerzos no habían servido para nada.

–Capitán –dijo Geras en voz baja, al cabo de un momento–. Tenemos que salir de aquí. Tenemos que irnos de Rávena antes de que vuelva Canis.

–Sí. –Telémaco respiró hondo, para dejar a un lado la ira y el dolor que le oprimían el pecho. Hizo señas a Duras–. ¿Puedes andar?

–Me las arreglaré. Pero hay otros que están mal...

–Mis hombres os ayudarán. –Telémaco señaló la puerta–. Nuestros barcos os esperan en el muelle. Os subiremos a bordo y nos iremos de aquí en cuanto hayamos acabado el saqueo.

–¿Y los guardias? –preguntó Duras.

–Ya nos hemos encargado –respondió Geras, señalando con un pulgar al pasillo.

–Lástima. –Duras hizo una mueca–. Me habría gustado ver sufrir a esos cabrones. Las cosas que nos han hecho a mí y a los otros chicos...

Telémaco se dejó caer sobre una rodilla al lado de Duras y le soltó los grilletes que le rodeaban las manos. Luego hizo lo mismo con los de los tobillos, mientras Geras y Basso se desplazaban por la oscura habitación liberando a los demás prisioneros.

Duras se frotó las hinchadas muñecas y asintió débilmente.

–Gracias. –Hizo una mueca–. Siento por lo de tu hermano. Por si quieres saberlo, es un buen chico. Muy duro. No se quejaba nunca, no mostró ningún miedo ante esos romanos hijos de puta.

Telémaco sonrió tristemente.

–Sí, ése es el Nereo que conozco. Vamos. Salgamos de este sitio apestoso.

Le ofreció la mano. Duras la tomó y no pudo evitar un gesto de dolor cuando Telémaco lo puso en pie. Entonces el capitán pirata le pasó un brazo por la espalda y salieron despacio de la celda; tras ellos, el resto de los prisioneros fueron arrastrando los pies, unos pasos por detrás. Varios estaban tan maltratados y tan muertos de hambre que apenas podían mantenerse en pie, y progresaban con una lentitud dolorosa.

Un odio helado se cerraba en el corazón de Telémaco mientras subían los estrechos escalones que conducían a la entrada de la mazmorra. Pensó en Nereo encadenado en la bodega del buque insignia romano, a la espera de sufrir una muerte dolorosa. Su ira aumentó aún más, y juró venganza contra Canis; juró ante los

dioses que haría sufrir al prefecto por el dolor que le había causado. Costase lo que costase.

CAPÍTULO CUARENTA Y TRES

La primera y débil luz del amanecer subrayaba el horizonte cuando los piratas salieron del edificio del cuartel general. Fuera, la destrucción de la base de Rávena ya estaba en marcha. Se iban encendiendo fuegos en los cobertizos y almacenes a medida que las partidas con antorchas corrían de un edificio a otro, incendiando los suministros de cuerdas, palos y velas. Los hombres de Critón habían desembarcado en el muelle principal y estaban saqueando los depósitos de grano y los almacenes comerciales. Aunque los piratas tenían órdenes estrictas de no hacer daño alguno a la población local, Telémaco sabía que algunos lo desobedecerían y, efectivamente, se oían lejanos gritos de mujeres mientras un puñado de piratas saqueaban las casas más cercanas, movidos por una combinación de lujuria y codicia.

Más cerca del muelle, más hombres descendían hacia los barcos de guerra varados en la playa. Cogieron las cubas de alquitrán caliente y lo arrojaron sobre los cascos, y luego tiraron allí antorchas, de forma que las llamas consumieron rápidamente las maderas empapadas en brea. Pronto se creó un fuego rugiente y el humo arremolinado echó hacia atrás a los atacantes, que marcharon en busca de una nueva presa. Otras partidas llevaron a cabo el saqueo de la base: los baúles con la paga de la guarnición, amplios suministros de plomo para municiones, astiles de jabalinas y aljabas de flechas.

La llegada de la mañana reveló la escala de la destrucción. No quedaba nada de la base naval, excepto edificios en ruinas y las costillas ennegrecidas de los buques de guerra. Le costaría meses a Roma reparar todo aquello, un coste enorme para el tesoro imperial. Y luego estaba el daño incalculable a su arrogancia y orgullo. El increíble asalto a Rávena viviría largo tiempo en la memoria de todos los ciudadanos romanos.

Telémaco supervisó la escena con una sensación de satisfacción, tristemente teñida de desespero. El ataque había ido mucho mejor de lo que se hubiera atrevido a esperar. Pero

cualquier alegría que le produjera la visión de los barcos de guerra ardiendo se veía templado por saber que el intento de rescatar a su hermano había acabado en fracaso. Nereo había desaparecido. En unas pocas horas seguramente sería asesinado, y Telémaco no podría hacer nada para evitarlo. Un ataque a la flota romana en el mar era impensable. Aunque pudiera convencer a los demás capitanes de que se unieran a él, Canis casi con toda seguridad mataría a su hermano antes de que Telémaco pudiera llegar hasta él. No había nada que hacer, se dijo, amargamente.

Tres marineros estaban de pie junto a la pasarela del Tridente de Poseidón, con los brazos cruzados, mirando con envidia a los camaradas que proseguían con la destrucción. Telémaco llamó al carpintero del barco.

–Lleva a esos hombres a bordo, Próculo –dijo, señalando a la fila de prisioneros desharrapados–. Mételos en la bodega y procura que se les dé alimento y ropas. Y trata sus heridas lo mejor que puedas.

–Sí, capitán.

Cuando los primeros prisioneros ya subían por la pasarela, Telémaco miró a su alrededor, y vio que Virbio se acercaba a él, seguido de una pequeña partida de hombres del Tridente. El pirata echó una mirada rápida a los prisioneros con las cejas arqueadas.

–¿Has encontrado a tu hermano, capitán?

Telémaco negó con la cabeza, decidido a no revelar su humor sombrío.

–Canis se lo ha llevado. No podemos hacer nada. ¿Qué hay de las defensas?

–Todas incendiadas. Birria ha enviado a unos pocos de sus hombres a la puerta de entrada para destruir las catapultas. Pasará un tiempo antes de que los romanos puedan reconstruir este sitio y volver a usarlo.

–¿Has tomado algún prisionero?

–Unos cuantos de esos perros romanos se han atrincherado en uno de los barracones. He hecho que los chicos sellaran las salidas y prendieran fuego al edificio. Irán quemándose poco a poco, estupendamente.

–Entonces nuestro trabajo aquí casi ha terminado. –Telémaco señaló hacia la base destruida–. Reúne a los hombres y da la señal a los demás capitanes. Quiero que todo el mundo forme en el muelle dentro de una hora.

La expresión de Virbio se agrió.

–¿Para qué? Nuestros chicos no han terminado todavía de saquear la ciudad, joder...

Telémaco señaló el débil resplandor que teñía el horizonte.

–Casi ha llegado el amanecer. Debemos salir de aquí cuanto antes.

–Pero, capitán...

–Es una orden, Virbio.

En la pasarela, Duras se volvió y se quedó helado al mirar al hombre al que se había estado dirigiendo Telémaco.

–¿Qué? –preguntó Telémaco–. ¿Qué pasa?

–Ese nombre. Virbio. Lo había oído antes.

Telémaco miró de soslayo a Virbio. El pirata miró a Duras con la cara impasible, pero Telémaco vio en ella una cierta inquietud. Se volvió hacia el prisionero–. ¿Cuándo? Cuéntamelo.

–Hace un mes. Cuando los romanos capturaron nuestro barco.

–¿Estás seguro?

–Recuerdo ese día como si fuera ayer. –Duras hizo una mueca dolorosa antes de continuar–. Los chicos y yo estábamos saqueando por la costa de Apulia. Habíamos tenido un viaje muy afortunado y

estábamos ya preparados para poner rumbo de nuevo a Ilírico cuando apareció un escuadrón romano y nos atrapó en una bahía. La mayoría de los nuestros murió antes de que pudiéramos rendirnos. Unos pocos de la tripulación intentaron escapar, pero los cogieron y los mataron, y a los demás nos metieron en un barco destinado a Rávena para vendernos como esclavos. Uno de los romanos empezó a fanfarronear durante el viaje. Un cabrón muy bocazas. Dijo que los piratas no eran una hermandad, tal y como ellos aseguraban, y que un pirata llamado Virbio incluso había vendido a su propio capitán, revelándoles el paradero de su hermano esclavizado.

La mirada de Telémaco se desvió hacia Virbio.

–¿Es eso cierto?

–¡Claro que no, joder! –exclamó el oficial–. ¿Por qué, en nombre de los dioses, iba a traicionar yo a uno de los nuestros? Está equivocado, capitán. O miente.

–No. –Duras sacudió la cabeza con fuerza y señaló con un dedo tembloroso a Virbio–. Yo sé lo que oí. Virbio... es el nombre del pirata que delató a tu hermano. Lo juro.

Virbio cruzó los brazos ante el pecho y sonrió levemente.

–Es tu palabra contra la mía. No puedes probarlo.

–Pregunta a los otros –dijo Duras, dirigiéndose a Telémaco–. Estaban en el barco conmigo. Ellos te dirán lo mismo que yo.

Telémaco se volvió hacia Virbio y sonrió cruelmente.

–Tendrías que haber cubierto mejor tus huellas. Entonces habrías podido salirte con la tuya y sustituirme como capitán.

Una mirada de desconcierto atravesó el rostro de Virbio.

–¿Qué plan, capitán? No sé de qué estás hablando.

–Creo que sí lo sabes. –Telémaco se acercó un paso más al pirata–. La historia de Duras confirma lo que ya sospechaba. Yo ya

sabía que alguien había dado un pergamino al capitán de un barco mercante, diciéndole que lo entregara en Rávena. Un barco que nosotros habíamos capturado. El Delphinus.

–¿Quién cojones te dijo eso? –La expresión de Virbio se tensó.

–El optio que teníamos preso –explicó Telémaco–. Cálido. Al principio decía que no sabía el nombre del barco en cuestión. Pero lo recordó más tarde, cuando Esciro amenazó con sacarle los ojos.

–Eso no significa nada... Cualquieras podría haber entregado ese pergamino.

–Pero sólo uno de nosotros discutió largo y tendido para que perdonasen la vida a la tripulación. Tú, Virbio. –Telémaco lo señaló con un dedo acusador–. Reconócelo. Fuiste tú el que entregó el pergamino.

Hubo una pausa y todos los ojos, simultáneamente, miraron hacia Virbio. El oficial miró a su alrededor, a las caras de sus compañeros piratas, como si estuviera calibrando su reacción. Luego pareció llegar a una conclusión y se encogió de hombros.

–Está bien. Fui yo. ¿Qué coño pasa?

–¿Por qué? –exigió Telémaco.

–¿Por qué crees que lo hice? Tú eras el favorito del capitán. Era obvio que Bulla te nombraría sucesor. No podía soportarlo. Un joven arrogante me estaba quitando lo que era mío por derecho...

–Así que tramaste un plan para librarte de mí. ¿Es eso?

–Más o menos. Yo sabía lo de tu hermano por haberte oído contárselo a algunos de los chicos. Les decías que harías cualquier cosa para recuperarlo. Lo único que tenía que hacer era enviar un mensaje a Rávena y dejar que los romanos hicieran el resto. Y habría funcionado, de no ser porque el idiota de Bulla te impidió que te entregaras al enemigo.

Telémaco miró al oficial con furia.

–Me has traicionado.

–¡Una mierda! –escupió Virbio, indignado por la ofensa–. No soy ningún traidor. Estaba haciendo lo que creía que era mejor para la tripulación. Asegurarme de que tendrán el capitán que se merecen.

–O sea, tú...

–No es por mí, chico. Tú no te merecías ser capitán. Hiciera yo lo que hiciera, fue por el bien del barco.

–Mentiroso... –Telémaco se adelantó hacia el pirata, con la mano en torno al mango de marfil de la falcata–. Eres un traidor, Virbio. A tu capitán y a tu tripulación.

Virbio rio sin regocijo alguno.

–¿Y qué vas a hacer, eh? ¿Encadenarme? ¿Desafiarme a duelo? Con el apoyo que tengo de los chicos, no te atreverás nunca. –Sus ojos brillaban con fiereza–. De hecho, creo que ya es hora de que haya un cambio de líder.

Sacó la espada con un movimiento súbito, apuntando a Telémaco antes de que el capitán pudiera sacar el arma de su vaina. Telémaco se quedó helado, con la punta de la espada a sólo unos centímetros de su cuello, mientras Virbio llamaba a dos de sus camaradas más íntimos. Los piratas, unos veteranos muy corpulentos, se acercaron a la carrera y miraron al primer oficial y luego al capitán.

–Ya es hora, chicos –dijo Virbio, sonriéndoles–. Nos vamos a hacer cargo del barco. Meted a este mierdoso en la bodega con los prisioneros. Lo echaremos por la borda en cuanto nos alejemos un poco del puerto.

Telémaco se lo quedó mirando fijamente. El corazón estaba a punto de salírsele del pecho. A su alrededor, varios piratas más habían acudido a presenciar el drama que se desarrollaba en el Tridente.

–No puedes hacer esto. Soy tu capitán.

–No, ya no lo eres. Estos otros y yo estamos a cargo de la tripulación ahora. Tal y como debía ser. En cuanto al resto de los hombres, puede que haya unos cuantos que todavía te apoyen, pero pronto entrarán en razón, cuando vean que te echamos de comida a los peces. Todo ha terminado, chico. Sin rencores. –Virbio sonrió un poco y señaló con la cabeza a los veteranos–. Lleváoslo.

Los dos piratas se adelantaron para prender a Telémaco cuando, de repente, Virbio dio un respingo. El primer oficial se removió espasmódicamente, con los ojos muy abiertos por la sorpresa, conmocionado. Telémaco bajó la vista. La punta curvada de una espada sobresalía del estómago del pirata. Una mancha roja y oscura empezó a extenderse por la túnica, mientras Virbio manoteaba asombrado hacia la punta de la espada brillante. Entonces la hoja desapareció, y él se derrumbó en el suelo con un gruñido de dolor.

La figura de Geras apareció tras el pirata moribundo. La sangre goteaba de su arma y miraba a la asombrada tripulación con fiereza, retándolos a que lo desafiaran.

–¿Quién más quiere unirse a este miserable despojo en la otra vida? ¿Alguien?

Los dos veteranos que estaban a cada lado de Telémaco dudaron un segundo, mirando horrorizados el cuerpo ensangrentado de Virbio, que se retorcía en la cubierta. Basso también había sacado su arma y estaba dispuesto para atacar. Entonces la pareja retrocedió lentamente y levantó las manos. Geras mantuvo su espada apuntada hacia ellos al tiempo que gritaba una orden a los marineros.

–¡Llevad a esos dos traidores abajo! Encadenadlos en la bodega. Si protestan o intentan resistirse, matadlos.

Los hombres se pusieron en movimiento en el acto: agarraron a los veteranos y los hicieron subir por la pasarela, para luego perderse por la escotilla de popa, que conducía a la bodega. Los siguieron Duras y los demás prisioneros, y luego también el resto de los piratas, murmurando entre ellos mientras rodeaban al moribundo Virbio, que yacía en el suelo jadeando y exhalando sus

últimos suspiros.

Geras limpió su espada en la túnica del pirata y se incorporó, sin dejar de mirar el cuerpo con expresión desdeñosa.

–Que le aproveche. Llevaba mucho tiempo queriendo hacerlo.

Telémaco asintió.

–Te debo una.

–¿Por qué? Se le estaba subiendo a la cabeza todo esto. Ya era hora de que alguien le bajara los humos. Además, era culpable de motín. Ya lo hemos solucionado, ¿no?

Telémaco sonrió a su más íntimo amigo, agradecido por su lealtad en un mundo en el que todos parecían mirar únicamente por sí mismos.

–Gracias. Por respaldarme.

–Ya me darás las gracias más tarde. Con un trago. O con diez... Después de la noche que hemos tenido, me vendría muy bien, la verdad.

–Trato hecho.

Justo entonces uno de los marineros a bordo del Tridente de Poseidón llamó:

–¡Capitán! ¡Aquí!

–Mierda –gruñó Geras–. ¿Qué pasa ahora?

Sin responder, Telémaco saltó rápidamente por la pasarela y corrió a la barandilla, de puntillas y entrecerrando los ojos en la dirección que había indicado el pirata. Al principio no veía nada, excepto la entrada al puerto y el mar abierto detrás. Pero luego lo vio. La silueta bien clara de un barco grande, negro, ante el fondo rojo del amanecer. A una milla y media de distancia del malecón, y se acercaba con rapidez.

–¿Un mercante? –preguntó de repente Geras.

Telémaco se mordió el labio y luego negó con la cabeza.

–No es probable. Cualquier capitán mercante que se precie se habría dado la vuelta en redondo nada más ver los fuegos.

–¿Entonces quién es?

–¡Mira, capitán! –gritó el pirata que estaba a la derecha de Telémaco, señalando con la mano–. Más velas... ¡Cinco en total!

–¿Cinco? –La cara de Geras se quedó blanca de horror–. ¡No...!

–La flota de Rávena –murmuró Cástor–. Son ellos. Tienen que serlo.

Los barcos se distinguían con más claridad a medida que iban emergiendo de la oscuridad. Por el tamaño del barco que iba en cabeza, Telémaco se dio cuenta de que era el trirreme romano. El Neptuno. El buque insignia de la flota de Rávena. Cinco barcos más pequeños, birremes, navegaban en estrecha formación justo por detrás, removiendo con los espolones el mar calmado a medida que se aproximaban. Los seis buques de guerra sacaron los remos mientras reducían velas y se lanzaban hacia delante, hacia el malecón del puerto.

–¿Cómo han podido llegar tan pronto? –se preguntó Geras.

–Canis debe de haberse dado cuenta de que lo habíamos engañado en cuanto los barcos huyeron. Habrá ordenado a sus tripulaciones que volvieran a toda prisa por la noche, en lugar de perseguirlos.

–En cualquiera, ahora esos cabrones nos tienen atrapados. No podemos esquivarlos ahora, capitán.

Telémaco apretó la mandíbula sin dejar de mirar las velas en el horizonte. A la velocidad que ahora llevaban, se acercarían al puerto mucho antes de que la flota pirata consiguiera reunir sus fuerzas y alcanzar el mar abierto. Aunque el Tridente de Poseidón y uno o dos de los barcos más rápidos pudieran de alguna manera

darles esquinazo, los más lentos serían una presa fácil. Los alcanzarían y capturarían antes de que pudieran escapar. Pero ya Telémaco se maldecía por haber sido vencido por Canis, y una nueva y terrible idea le machacaba el cerebro.

Geras miró de soslayo a su capitán.

–¿Y tu hermano? Estará en el buque insignia, ¿no?

–Eso es lo que pensaba Duras.

–Si todavía vive... –dijo Cástor–. Y, si es así, no durará mucho.

–¿Qué vamos a hacer, capitán? –preguntó Geras.

Telémaco respiró hondo, procurando contener su frustración al volverse hacia Cástor.

–Ordena a los hombres que vuelvan a los barcos. Quiero que todo el mundo esté listo para la acción, de inmediato. Vamos a ofrecer a los romanos la batalla de su vida.

El intendente duró un momento muy breve, pero enseguida se marchó corriendo por la pasarela. Geras miró a su capitán, asombrado.

–¿Vamos a enfrentarnos a los barcos de guerra, señor?

–No podemos escapar –respondió Telémaco–. No hay tiempo. Luchar contra ellos es nuestra única oportunidad de salir vivos de aquí.

–Pero nos hundirán, ¿no?

–No necesariamente. Si los pillamos en el puerto principal, nuestros barcos más pequeños podrán maniobrar más hábilmente que sus birremes. Lo cual debería bastar para imponernos al final.

–¿Y tu hermano, capitán?

Telémaco señaló al trirreme.

–Nos echaremos encima del buque insignia antes de que se le pueda hacer algún daño. Eso nos dará la posibilidad de sacarlo de la lucha, imponerse a la tripulación y rescatar a Nereo antes de que ese perro de Canis tenga la oportunidad de matarlo.

Geras separó los labios en una sonrisa maligna.

–Quizá los dioses nos den la oportunidad de vengarnos de Canis, después de todo.

–Si vivimos lo suficiente...

Mientras todos los hombres corrían a sus puestos, Telémaco se llevó las manos en torno a la boca y llamó al Olympias.

–¡Que corra la voz! ¡Que formen los barcos! ¡Todos con nosotros! ¡Atacaremos al enemigo en el puerto principal!

Birria y sus hombres intercambiaron unas palabras acaloradas y, durante un momento lleno de ansiedad, Telémaco temió que se negaran a obedecer. Luego, Birria se apartó de la barandilla y gritó urgentemente a sus hombres. Las órdenes fueron transmitidas rápidamente a los barcos anclados en el puerto naval, mientras las partidas de desembarco corrían de vuelta al muelle, subiendo a toda prisa por las pasarelas de sus respectivos barcos. En cuanto los últimos rezagados hubieron vuelto al Tridente de Poseidón, tendieron la pasarela y se deslizaron las amarras. Los marineros cogieron los remos largos y apartaron el Tridente del muelle, con el Olympias y los demás justo detrás. Con gran esfuerzo por parte de los remeros, dieron la vuelta en torno a la ligera embarcación ardiendo y los paquebotes militares y pusieron rumbo al puerto principal.

Mirando más allá de la proa, Telémaco vio que la flota de los romanos se había acercado mucho más. Los birremes, más ágiles, habían pasado por delante del Neptuno y ya no estaban a más de cien pasos del malecón. El buque insignia no mostraba señal alguna del daño sufrido al quedar embarrancado en el arenal, unas semanas antes, y Telémaco supuso que debían de haberlo reparado en Rávena poco después. A aquella distancia el gallardete del buque insignia ondeaba como una lengua morada en la punta del mástil.

Buscó entre las diminutas figuras con casco en cubierta del trirreme alguna señal de Canis o de Nereo, pero estaba demasiado oscuro aún para distinguirlos bien.

Miró un momento más, y luego llamó al Lycus, el barco que tenían más cerca.

–¡Quiero que cojáis al buque pirata de una sola pieza! ¡Tenemos que capturarlo!

Mientras los marineros de la cubierta del Lycus transmitían el mensaje al resto de los barcos, Telémaco ordenó a Basso que preparase hondas y unas flechas. El tracio se alejó lanzando órdenes sin parar, y todos los piratas que estaban en cubierta corrieron a llevar los suministros de munición de plomo, jabalinas y arcos que habían cogido en la base naval. El resto de los piratas formaron en la cubierta de proa, con sus espadas, hachas y escudos, preparados para el enfrentamiento con el enemigo. Entretanto, los birremes despejaban el rompeolas por delante del Neptuno y se extendían todo lo posible en los confines del puerto, dirigiéndose hacia los barcos pirata, que estaban ya a poca distancia.

Telémaco se volvió al timonel y le señaló el birreme más próximo.

–¡Ve hacia ese barco, Calkas!

–Sí, capitán.

La proa viró en redondo y el Tridente de Poseidón encaró al barco enemigo. Al otro lado del puerto, los otros barcos piratas tomaron como objetivo el resto de los birremes. Telémaco sabía que debían abordar los pequeños buques de guerra antes de volver su atención al Neptuno. Y entonces podía ser demasiado tarde para salvar a su hermano. El Tridente podía hundirse durante la batalla. O Canis podía ejecutar a Nereo antes de que pudieran acercarse lo suficiente. Aquel tormento mental amenazó brevemente con sobrepasarlo, y desvió la mirada de vuelta al birreme que tenía directamente enfrente. Casi a tiro de los proyectiles, se llenó los pulmones y se dirigió a sus hombres:

–Ésta va a ser una pelea dura, chicos. Más que ninguna que hayamos librado antes. Luchad como tigres, no les deis cuartel. ¡Recordad Peiratispolis! ¡Recordad a vuestros hermanos caídos!

Los piratas que estaban a su alrededor rugieron salvajemente, empuñando sus armas en el aire y golpeando sus escudos, mientras el Tridente de Poseidón seguía acercándose al birreme. Una masa de cascos y armas eran visibles ya en la cubierta del buque de guerra, brillando bajo el resplandor de las llamas que se elevaban de la base naval. Estaban muy igualados en barcos y hombres, y Telémaco sabía que los piratas tendrían que confiar en su mayor habilidad marinera y su decisión en la lucha si querían triunfar.

El birreme casi les caía encima cuando oyó que aullaban una orden desde la cubierta. Un momento más tarde, una ducha de oscuras flechas formó un arco por el cielo pálido y se sumergió entre las apretadas filas de los piratas en la cubierta de proa.

–¡Escudos arriba! –gritó Telémaco.

La mayoría de las flechas estaban bien dirigidas y dieron en los escudos levantados, mientras que otras caían en las tablas y en la traca que estaba enfrente de la proa del Tridente. Una flecha atravesó la mano de un pirata que se había protegido bajo la barandilla, clavándole la palma a la dura superficie. El hombre aulló de dolor, y Geras ordenó a uno de sus camaradas que lo liberase. El birreme mantuvo el rumbo, recto hacia ellos, dejando claro que su capitán pretendía embestir al Tridente de frente. Hubo tiempo para que los romanos soltasen unos cuantos proyectiles más, hasta que Telémaco juzgó que estaban lo bastante cerca. Entonces gritó al timonel:

–¡Llévalo a babor!

Calkas hizo un ligero ajuste de rumbo y apartó la proa del Tridente del birreme. Por su parte, Geras rugió a los remeros, y éstos recogieron de inmediato los remos largos, momentos antes de que el Tridente pasara de largo del buque de guerra. El birreme fue más lento en responder, y algunos de sus remos quedaron destrozados y hechos pedazos por la proa del barco pirata a su lado, entre un coro de crujidos y maderas astilladas. Los piratas armados

con arcos u hondas aprovecharon la oportunidad para soltar una salvaje andanada sobre el enemigo, matando o hiriendo al menos a una docena. Sus gritos de agonía resonaron mientras el Tridente pasaba junto al birreme y salía más allá de su popa.

–¡Lo tenemos! –gritó Geras, dando un puñetazo en el aire–. Es nuestro ahora, capitán.

–Buen trabajo. –Telémaco hizo una seña al timonel–. Y ahora, vamos a por ellos y acabemos el trabajo.

La cubierta se movió bajo sus pies cuando Calkas se apoyó en la espadilla e hizo virar en redondo el Tridente, preparándolo para embestir al dañado birreme por la popa. El barco de guerra se agitaba indefenso en las olas, mientras el trierarca gritaba órdenes a sus marineros, instándolos a usar los remos que quedaban para hacer virar el barco. Pero, antes de que Telémaco pudiera dar la orden, otro barco pirata se unió al barco, lanzando sus ganchos de abordaje, e inmediatamente los piratas saltaron para acabar con el enemigo desorientado entre un remolino de puntas de espadas y lanzas brillantes.

–Cabrones codiciosos –murmuró Geras–. Ese barco era nuestro...

–¡No importa! Uno vencido, quedan cinco más.

Telémaco miró en torno a él en el puerto, buscando el Neptuno. Los dos bandos estaban enzarzados en una lucha desesperada, y ninguno de los dos prevalecía aún sobre el otro. El Lycus, dirigido por Critón, había sido embestido por otro birreme. Los soldados ya saltaban por la borda del barco derrotado para arrojarse hacia los defensores. Otro barco pirata había embestido también a su oponente junto a la popa, y la cubierta del birreme se veía ya inundada. Los marineros y soldados, llenos de pánico, saltaban al agua, donde eran asaeteados por los arqueros y los honderos que llenaban la cubierta del barco pirata. Por todas partes los barcos se habían lanzado contra sus enemigos romanos, y las aguas tranquilas del puerto se habían convertido en un campo de batalla desesperado.

Sin embargo, el Neptuno había pasado a través de la maraña de barcos sin sufrir daño alguno, y su proa cabeceaba en redondo, buscando un barco pirata junto al que ponerse de costado.

Geras lanzó un grito, señalando con la mano el otro lado de la barandilla, y Telémaco vio con horror cómo Birria embestía directamente el lado indefenso del buque insignia romano. Algunos de los soldados fueron conscientes de la amenaza que se echaba sobre ellos y gritaron al timonel, pero el lento trirreme se movía demasiado despacio y, unos pocos momentos más tarde, un estruendo desgarrador llenó el aire cuando el Olympias lo golpeó por estribor, destrozando el casco. El impacto lanzó por los aires a muchos soldados, y varios cayeron por la borda, chillando al sumergirse en el mar. Cuando el agua empezó a inundar la brecha, los primeros piratas lanzaron sus garfios de abordaje y saltaron el hueco, chillando como posesos.

Telémaco se golpeó el muslo con el puño cerrado.

–¡Estúpido hijo de puta! ¿Qué cojones cree que está haciendo?

Geras sacudió la cabeza amargamente.

–No es culpa suya, capitán. No sabe que Nereo está a bordo.

Telémaco se llevó la mano ahuecada en torno a la boca, señalando con su falcata desenvainada al buque insignia.

–¡Calkas! ¡Llévanos allí! ¡Ahora!

El agua se removió bajo el casco del Tridente de Poseidón cuando dio la vuelta en redondo de nuevo. Su proa señaló directamente al otro lado del Neptuno. Delante de ellos, los romanos se habían recuperado y estaban oponiendo una resistencia decidida en la cubierta del buque insignia, arrojando jabalinas y flechas a los piratas que saltaban desde el Olympias. Telémaco miraba la lucha, enloquecido por la frustración. Con la brecha en el casco, sólo era cuestión de tiempo que el Neptuno quedara sumergido en el mar. Y a menos que el Tridente pudiera acercarse al trirreme a tiempo, Nereo se hundiría con el barco..., suponiendo que todavía estuviese vivo.

En torno a ellos la batalla continuaba encarnizada. El comandante de un birreme había ordenado a sus hombres que lanzaran flechas incendiarias, y los brillantes proyectiles formaban perezosos arcos en el cielo gris, para luego golpear sordamente en la cubierta del buque pirata al que se enfrentaban. Los piratas corrían frenéticos a apagar las llamas, distrayéndose así el tiempo suficiente para que el birreme se acercase más aún y lanzase sus ganchos de abordaje.

Ya tenían al Neptuno a menos de cien pasos de distancia, y las puntas de las espadas y los cascos de los soldados relucían en cubierta mientras se enfrentaban con los hombres de Birria. Una figura con un casco con cresta y un manto de un rojo vivo permanecía apartada de la lucha, apremiando a sus hombres a luchar, y Telémaco notó que su corazón se endurecía al reconocer a aquel hombre. Canis. El prefecto romano que lo había atormentado desde que se había convertido en pirata. Ahora, al menos, tendría la oportunidad de vengarse.

Algunos de los soldados se apartaron del combate y miraron con horror al Tridente, que corría hacia el costado del buque insignia. Telémaco agarró la barandilla con la mano libre y gritó a sus hombres, conforme el hueco entre los dos barcos se iba estrechando rápidamente:

–¡Preparaos, chicos!

CAPÍTULO CUARENTA Y CUATRO

Los piratas se agarraron cuando el Tridente de Poseidón se lanzó hacia el trirreme. El barco pirata era demasiado pequeño para poder embestir al buque pirata sin quedar dañado, y en el último instante Calkas tiró de la espadilla e hizo virar por proa, de modo que se pusieron junto a su objetivo en una maniobra muy bien ejecutada. Se recogieron los remos apresuradamente y se oyó un estruendo y un temblor cuando el costado del Tridente se estrelló contra el costado del barco romano.

–¡Preparad los cabos! –rugió Telémaco–. ¡Soltad!

A su orden, aquellos piratas que sujetaban los ganchos de abordaje los hicieron oscilar y los lanzaron al buque de guerra. A toda prisa, sujetaron los cabos en unas cornamusas, cogieron sus armas y se precipitaron a unirse a la partida de abordaje que se agolpaba en el cordaje. Telémaco enfundó su propia arma, y luego cogió una de las sogas con ambas manos y se alzó hasta el costado del buque romano. Trepó por encima de la barandilla y cayó en la cubierta con un golpe seco. Sacó la falcata de su vaina y levantó la vista.

En el otro extremo del muelle, Birria y los hombres que le quedaban estaban siendo empujados hacia la barandilla, pese a que luchaban desesperadamente contra sus enemigos. Los remeros habían abandonado los bancos de madera y se habían unido al combate. Desde el otro lado de la cubierta, Telémaco oyó un grito: un grupo de soldados se apartaba de la reyerta principal y corría a contener la nueva amenaza. Obviamente, Canis era un comandante astuto, y había previsto que tendría que enfrentarse a Birria y su tripulación antes de poder dedicar su plena atención a los piratas que los abordaban desde el Tridente de Poseidón.

–¡Vamos! –gritó Telémaco a sus hombres–. ¡Contra ellos! ¡Rápido, a menos que queráis que los de Birria se lleven todos los méritos!

Los hombres del Tridente de Poseidón cargaron saltando por encima de las jarcias caídas, vociferando desafíos y gritos de guerra mientras sus hojas curvadas y sus hachas se estrellaban contra los escudos romanos. Telémaco se arrojó hacia un soldado muy fuerte que llevaba una armadura de escamas. El hombre dejó caer el hombro y empujó con su espada corta al capitán pirata. Telémaco recibió el golpe con el escudo; luego lo empujó con la falcata y dio al romano en el pecho. La hoja no perforó la armadura, pero el golpe lo echó hacia atrás y éste jadeó buscando aire. Entonces, Telémaco lo golpeó en la cara con el escudo y lo derribó en la cubierta. Lo remató con un intenso golpe del escudo, incrustando el borde en la garganta del soldado, aplastándole la tráquea.

Antes de que los romanos pudieran cerrar filas, más piratas saltaron del Tridente y entraron en la caótica refriega. Los romanos luchaban con dureza para mantener sus posiciones, desviando los golpes y dando aguijonazos muy precisos. Entre las puntas de espada y las armaduras relucientes, Telémaco captó una breve imagen de la cresta y el casco de Canis, que gritaba a sus hombres y les imploraba que se mantuvieran firmes. Pero, a pesar de su buena disciplina en combate, los romanos se veían muy sobrepasados en número y fatalmente atrapados entre dos tripulaciones piratas.

Telémaco se dio cuenta de que la lucha se volcaba a su favor, y gritó lleno de ánimos a sus hombres:

–¡Ya los tenemos, venga! ¡Seguid, chicos!

Las tripulaciones del Tridente de Poseidón y del Olympias se arrojaron contra sus debilitados oponentes con renovada determinación, derribando a más romanos todavía. Casi trescientos hombres atestaban aquella cubierta. Apenas había espacio para moverse; los soldados que quedaban se veían empujados hacia atrás, hacia el mástil, y otros se retiraban hacia la popa. Por encima de los gritos y gruñidos de los hombres, Telémaco oyó el chirrido de los maderos también, y entonces notó que la cubierta temblaba bajo sus pies. De repente, el agua inundó la bodega, poniendo al buque bajo una tensión insostenible. La cubierta se movió de nuevo, y varios hombres de ambos bandos perdieron pie en las tablas empapadas de sangre y resbalaron, y acabaron cayendo al suelo entre un sordo estrépito de armas y equipos.

–¡Tenemos que salir de este barco pronto, capitán! –gritó Geras–. ¡Antes de que el cabronazo se hunda y se nos lleve con él!

Telémaco rechinó los dientes y contestó que sí con un gesto, pues el peligro era evidente. Con el Olympias incrustado en un costado del Neptuno y el Tridente de Poseidón amarrado a su lado opuesto, ambos barcos piratas se verían arrastrados al fondo junto con el buque insignia en cuanto éste sucumbiera al agua que inundaba su bodega.

Examinó la cubierta del trirreme, los músculos brillantes de sudor. Sólo un pequeño grupo de soldados continuaban desafiando a los piratas, con los escudos levantados, resistiendo el torrente de golpes que les llovían por parte de las dos tripulaciones. Telémaco se abrió camino hacia delante, hacia popa, en busca de Canis, pero no había señal alguna del casco adornado con la cresta del prefecto. Levantó la vista cuando un soldado lo atacó enfurecido. Telémaco levantó su escudo y bloqueó el ataque con un fuerte choque. Antes de que el hombre pudiera recuperar su arma, el pirata que tenía a la izquierda lo apuñaló con una lanza, enterrando la punta en un lado del torso del romano. El golpe echó hacia atrás al hombre y éste mandó al tiempo al suelo a dos de sus camaradas.

La cubierta tembló de nuevo cuando los últimos soldados se retiraron hacia el mástil. Algunos de ellos, dándose cuenta de que el Neptuno estaba condenado, rápidamente arrojaron armas y escudos y saltaron por la borda, prefiriendo probar suerte en el agua. La mayoría murieron, porque el peso de su armadura tiró de ellos hacia abajo, y otros porque cayeron indefensos ante las jabalinas que les arrojaron los piratas desde la barandilla. Aquellos que todavía estaban a bordo intentaron rendirse, pero los piratas no tuvieron piedad. Tras la muerte de tantos camaradas, la voluntad de lucha que aún les quedaba desapareció, y los últimos romanos rápidamente fueron destrozados o atravesados con las puntas de las lanzas.

Birria sonrió aliviado al ver a Telémaco, con el rostro y los brazos salpicados de sangre romana.

–Te ha costado bastante llegar hasta aquí. Empieza a ser una costumbre para ti, amigo mío. Venir cada uno a rescatar al otro...

Telémaco asintió. No había tiempo para reñir al capitán por su imprudente decisión de embestir el trirreme.

–Que tus hombres vuelvan al barco y suelten los cabos. Rápido, antes de que éste se hunda.

Birria asintió y exclamó:

–¡Volvemos al Olympias, chicos! ¡No hay tiempo para saquear! ¡Vamos, a toda castaña!

Los hombres abandonaron los cadáveres que estaban registrando y saltaron por encima de la barandilla. Aquellos que podían andar ayudaron a sus compañeros heridos a ponerse en pie y se los llevaron, y hasta el último de los hombres abandonó el Neptuno. Al mismo tiempo, Geras aullaba la misma orden a la tripulación del Tridente.

Telémaco examinó nervioso la carnicería sangrienta que cubría toda la cubierta.

–¿Dónde está Canis? ¿Y Nereo, mi hermano? ¿Dónde están?

Birria frunció el ceño.

–No lo entiendo... Canis estaba aquí hace unos momentos.

Telémaco buscó frenéticamente por entre los cuerpos que yacían en torno al mástil, buscando cualquier señal del prefecto romano entre los muertos y moribundos. Entonces una voz estridente lo llamó desde un lugar cercano a la escotilla de carga de popa.

–¡Telémaco!

El joven capitán dio la vuelta en redondo y vio a Canis saliendo a la cubierta por las estrechas escaleras que conducían a su camarote. El prefecto se detuvo, espléndido con su brillante armadura de escamas, su casco pulido y sus grebas. Frente a él se encontraba una figura con las mejillas hundidas; un hombre alto y con el pelo oscuro, vestido con una túnica desgarrada y sucia. Canis tenía una daga en su cuello, su punta apretada contra la fina piel.

Telémaco echó un vistazo a la figura desmelenada y notó que se le cerraba la garganta por la emoción. Una cara que no había visto desde hacía años, pero que reconoció igualmente.

–Nereo... –Se movió hacia su hermano, pisando el cuerpo de un romano muerto.

Canis presionó la punta de la daga con fuerza contra el cuello de Nereo, provocando una mueca de dolor de su cautivo. Los azules y fríos ojos del romano fulminaron a Telémaco.

–Ya te has acercado bastante –dijo en latín–. Si te acercas más, le corto la garganta, lo juro por Júpiter.

Telémaco se detuvo a unos pocos pasos de distancia. Una rabia amarga le roía las entrañas al ver las heridas de su hermano. En los brazos y la cara tenía varias cicatrices y verdugones rojos, y le habían cortado dos dedos de la mano izquierda, dejándole sólo unos muñones retorcidos.

–¿Qué le habéis hecho? –preguntó.

–Nada que no se mereciera este desgraciado –replicó con altivez Canis–. Pero sufrirá mucho más aún, a menos que hagas exactamente lo que te diga.

–¡Suéltalo, hijo de puta!

El prefecto rio.

–No lo creo. Verás, había planeado matar a Nereo delante de ti después de haber aplastado tu flota en combate. Un triunfo muy adecuado, ¿no? Pero, después de tu pequeño engaño, él vale mucho más vivo que muerto. O haces lo que te digo o lo mato.

–¿Y qué quieres? –preguntó Telémaco, receloso.

–Paso libre de este barco. Necesitaré la gabarra y a dos de mis hombres a los remos. Si alguien me hace daño o si intentáis seguirme, Nereo muere.

–¡No lo hagas, hermano! –suplicó Nereo–. ¡No dejes que se

salga con la suya!

Greas miró a Telémaco y bufó al prefecto romano.

–¿Realmente esperas que nos creamos que lo vas a matar? Si lo haces te sacaremos las tripas antes de que des un paso.

–Estoy dispuesto a morir, pirata. No tengo nada que perder.

–De eso nada. –Geras escupió en cubierta y dio un paso hacia Canis, agarrando el pomo de su espada.

Telémaco cogió a su amigo por el brazo, echándolo atrás.

–¡No! ¡Espera! Es una orden.

–Pero, capitán...

–¡Quieto! –Telémaco dirigió su mirada de nuevo al prefecto–. Si accedo, ¿cómo puedo estar seguro de que lo soltarás?

–Tú me acompañarás en el bote. –El prefecto esbozó una pequeña sonrisa–. De ese modo, yo podré estar seguro de que ninguno de tus camaradas va a intentar ningún truco sucio. En cuanto estemos a una distancia segura de Rávena y de tus barcos, soltaré a Nereo. No os haré ningún daño ni a ti ni a tu hermano. Te doy mi palabra como oficial romano.

Geras se volvió a su capitán y bajó la voz, hablándole en griego.

–¿Realmente vas a confiar en ese mierdoso y mentiroso? Os matará a los dos en cuanto esté fuera de la vista...

Telémaco frunció los labios. Por aquel entonces la mayoría de los piratas habían vuelto a sus barcos, y sólo un puñado de hombres del Tridente permanecía a bordo del trirreme, algunos robando objetos valiosos de los soldados y otros rematando a los heridos que todavía respiraban. Las tablas crujían como protesta mientras el Neptuno, poco a poco, se iba hundiendo en el mar.

–Última oportunidad –declaró Canis–. Accede a mis términos y

ayúdame a salir de aquí a salvo, o si no verás morir a Nereo. Tú eliges.

Telémaco seguía atenazado por la indecisión, desgarrado entre salvar a su hermano y permitir que escapase su odioso enemigo. Entonces sus hombros se relajaron y bajó la falcata.

–Muy bien, romano. Accedo a tus demandas.

–Bien. –Canis señaló a los piratas que estaban al lado de Telémaco–. Pues que tus hombres preparen la gabarra.

Geras murmuró una maldición en voz baja, pero una mirada de su capitán lo silenció, y llamó a cuatro hombres y les dio instrucciones. Enseguida accionaron las poleas, levantaron la gabarra y la dejaron caer por la borda. Luego llevaron a dos de los remeros que se habían rendido por encima de la borda. Al bajar al bote y coger los remos, los últimos piratas saltaron al Tridente de Poseidón.

Geras se volvió para abandonar el buque insignia, mirando con preocupación a Telémaco.

–¿Estás seguro de esto, capitán? –preguntó.

–No tengo elección –respondió Telémaco–. Es esto o la muerte de Nereo. Y ahora vete. –Señaló el Tridente–. Saca de aquí el barco antes de que éste se nos lleve al fondo.

–Sí, capitán.

Geras echó a correr, al tiempo que aullaba una serie de órdenes a los marineros. Momentos más tarde, los cabos de abordaje fueron retirados y el Tridente empezó a apartarse del Neptuno a remo, consiguiendo el espacio suficiente para maniobrar. Al mismo tiempo, los hombres del Olympias se alejaban por el otro lado del casco destrozado del Neptuno.

Telémaco miró por encima del hombro. A lo largo del puerto la batalla continuaba de forma encarnizada. Los piratas habían perdido tres barcos, bien dañados o hundidos, y el resto se mantenían abordados contra los birremes. Se volvió de nuevo,

dispuesto a enfrentarse a Canis, y notó cómo le subía la ira al ver a su hermano tan maltrecho.

–Pagarás por lo que le has hecho, romano. Quizás hoy no, pero algún día sufrirás. Yo me aseguraré de que sea así.

–No lo creo. El emperador tomará represalias ante este ataque descarado. Quizás hayas obtenido una victoria aquí, pero al final acabaremos con vosotros. Contigo y con los que son como tú. –Canis soltó una carcajada maligna–. Y ahora, suelta el arma y entra en la gabarra.

Telémaco arrojó a un lado la falcata y el escudo y se acercó a la barandilla. Las tablas del buque insignia gemían ruidosamente, y en la escotilla de carga, que estaba abierta, se podía oír el rugido furioso del agua del mar que caía en la bodega, acompañado por las desgarradoras colisiones de los artículos que se almacenaban allí. El trirreme ya estaba peligrosamente bajo en el agua, y se dio cuenta de que al cabo de unos pocos momentos se hundiría del todo.

Las tablas de la cubierta temblaron de nuevo, y Canis perdió pie. Sus botas claveteadas lucharon por agarrarse a las resbaladizas tablas. Buscó estabilizarse apoyándose en la barandilla; entonces, por reflejo, la mano derecha bajó la daga y la apartó de la garganta de Nereo. Al instante, éste echó la cabeza atrás con fuerza, golpeando al romano en el puente de la nariz. Canis dejó escapar un bufido de dolor, mientras se tambaleaba hacia atrás, tapándose la nariz de dolor, de donde empezó a salir sangre, y Nereo se echó a un lado a toda prisa.

Pero sólo consiguió dar un par de pasos antes de que Canis se recuperara y se abalanzara hacia él. El romano desenvainó el gladio y golpeó a Nereo en la espalda con el pomo. Nereo chilló y cayó hacia delante, golpeándose con la cabeza en la barandilla de madera. En el mismo instante, Telémaco agarró uno de los gladios que yacía entre el revoltijo de cuerpos y objetos destrozados en el suelo y cargó hacia delante, hacia Canis, aullando un grito de desafío. Canis se volvió en redondo y recibió el golpe del capitán pirata con un agudo choque del metal contra el metal. Hizo una finta, obligando a Telémaco a retroceder fuera de su alcance, y luego se agachó un poco, preparándose para el siguiente lance.

–Tendría que haberte matado antes. Esta vez, morirás, perro. –Escupió un coágulo de sangre y sus suaves facciones se retorcieron en una feroz mueca.

Telémaco meneó la cabeza.

–Eres tú quien va a morir, romano. Tu vida acaba ahora.

Canis lanzó una cuchillada con sorprendente velocidad, rugiendo como loco, a la pierna derecha del capitán pirata. Telémaco reaccionó una fracción de segundo demasiado tarde, y la punta de la espada le hizo un corte en el muslo. Aunque supo al instante que era un tajo poco profundo, jadeó y aguantó un chillido al notar el dolor agudo. Instintivamente cargó contra su oponente, apuntando a la cara, pero Canis movió su espada y desvió el golpe con la facilidad de un gladiador en la arena.

–¿Eso es lo mejor que sabes hacer? –sonrió el prefecto, implacable–. He visto a esclavos luchar con más habilidad...

La pulla estaba destinada obviamente a poner furioso a Telémaco y obligarlo a hacer un ataque precipitado. Pero éste mantuvo la calma y se esforzó por olvidar el intenso dolor de la pierna, que le latía; Canis se lanzaba ya de nuevo al ataque, con movimientos ágiles y continuos, sin dar tiempo a Telémaco a tomar represalias y atacar a su vez. Sólo podía defenderse. Así, gradualmente, Telémaco se fue echando hacia atrás, con los músculos del brazo temblando, doloridos, por el repetido esfuerzo de parar los golpes. Se arriesgó a mirar a la izquierda. Nereo se hallaba tendido en la cubierta, apenas consciente, y la sangre manchaba una herida en su cuero cabelludo.

Sintió una punzada de odio hacia el romano. Rechinó los dientes y se esforzó por concentrarse en Canis. El romano rugía y lo atacaba de nuevo, con la espada tendida. Pero Telémaco captó el movimiento y levantó la falcata para recibir el golpe antes de que le diera de nuevo, y se echó sobre el brazo con que el prefecto empuñaba su arma. Canis paró el ataque con toda limpieza, y Telémaco lanzó una maldición. Se echó hacia atrás para evitar una rápida estocada, pero entonces tropezó con el cuerpo de un pirata y aterrizó en el suelo. Del golpe, se le cayó la falcata, que rebotó en la

cubierta y quedó fuera de su alcance. Canis estaba por encima de él, sonriendo, triunfante.

–Ya eres mío, escoria... Esto lo voy a disfrutar.

El romano ya levantaba el espada, buscando hundirlo en el cuello de su enemigo. Telémaco levantó la vista, impotente, lleno de amargura y desesperación. Moriría allí, en aquel barco. Lo sabía. Canis lo había derrotado. El prefecto se vengaría y escaparía, y no podía hacer otra cosa que esperar el oscuro abrazo de la muerte.

Súbitamente, el trirreme dio un bandazo, y la cubierta de popa quedó bajo la superficie del agua, arrojando sobre las tablas a Canis. Éste cayó con un gemido de dolor a pocos pasos de Telémaco. Al momento siguiente un estrépito tremendo los envolvió: el palo mayor se partió y los maderos astillados cayeron en la cubierta. Canis tuvo el tiempo justo para mirar hacia arriba y chillar cuando el palo le cayó encima, aplastándole las piernas y hundiéndolo en las tablas. Gruñó débilmente, y trató de liberarse de los maderos desesperadamente. Pero entonces el mar se cerró en torno a la popa del trirreme y la cubierta de popa se perdió bajo la turbia superficie. El agua saltó por encima de las barandillas, inundando el Neptuno, con todos sus objetos rotos y cuerpos sin vida.

Nereo, que se había despertado, se agarraba ahora a una parte de la barandilla todavía fuera del agua con angustia, mientras, a su alrededor, piratas y romanos heridos daban tumbos y chillaban hasta caer en el agua oscura. Telémaco, a gatas, se apresuró a ir hacia su hermano, ignorando los gritos de ayuda de los hombres que lo rodeaban.

–¡Por aquí, Nereo! Vamos. El barco se hunde.

Nereo lo miró lleno de pánico.

–No sé nadar. Me ahogaré...

Telémaco señaló la traca.

–¡Iremos a la proa! Es nuestra única esperanza. ¡Rápido!

Agarró a Nereo y lo apartó de la barandilla. La inclinación de la cubierta iba a más a cada segundo, mientras el capitán pirata y su hermano avanzaban con dificultades. Un pirata malherido se aferraba con los brazos al trinquete, pero cuando el barco se removió de nuevo, ladeándose más, perdió el agarre y se deslizó por la cubierta, chillando, y acabó por sumergirse en el agua que gorgoteaba y los restos que había junto a la popa. Telémaco no dedicó ni una sola mirada al hombre, concentrado en salvar su vida y la de Nereo.

El agua inundaba ya toda la cubierta. Les llegaba a los tobillos, de modo que tuvo que emplear hasta los últimos residuos de fuerza que le quedaban para impulsar a Nereo hacia la proa. Tras él, Canis chillaba pidiendo ayuda, maldiciendo e intentando en vano levantar el peso del mástil que atrapaba sus piernas destrozadas.

Telémaco se sujetó con un brazo a la traca de proa, buscando la gabarra. Para su consternación, se dio cuenta de que los remeros ya se habían alejado, impacientes por estar en lugar seguro. En ese momento, vio Telémaco, los proyectiles del Olympias caían sobre ellos.

De pronto, el Neptuno cabeceó otra vez, inclinándose completamente, y Telémaco notó que le ardían los músculos del brazo por el esfuerzo de agarrarse a la proa.

–¡No lo vamos a conseguir! –gritó Nereo.

–¡Espera! ¡Mira ahí! –Telémaco señaló la zona de agua entre el Neptuno y el Tridente de Poseidón. El esquife del barco pirata corría como una flecha sobre las suaves olas, pasando más allá de los restos flotantes. Basso y Esciro iban a los remos, y Geras estaba de pie en la popa. El esquife pasó en ese momento junto a la proa elevada del buque insignia medio sumergido.

–¡Vamos! ¡Salta, capitán!

Telémaco miró a su hermano.

–Tú primero. Por encima de la borda. ¡Ve!

Nereo subió y se dejó caer en el esquife, que se balanceó de lado a lado al recibir su peso. Telémaco esperó hasta que la pequeña embarcación se hubo estabilizado, y entonces siguió a su hermano por encima de la proa y comenzó a bajar con cuidado, para al fin aterrizar junto a Geras. Al instante, el segundo de a bordo gruñó a los hombres que comenzaran a remar inmediatamente de vuelta hacia el Tridente. Telémaco miró por encima de su hombro cómo se hundía el trirreme romano. La cabeza de Canis era visible justo por encima del agua; gritaba y maldecía a los piratas. Justo entonces, el buque dio un nuevo bandazo, las maderas crujieron y el prefecto lanzó un último grito, como un gorgoteo, antes de que el agua lo cubriera por completo. Luego, la cubierta de proa se levantó un momento, y al fin el Neptuno se hundió bajo la superficie.

Telémaco miró aquella oscura zona de agua durante largo rato, sin poder creer lo sucedido. Se había vengado. Al fin, apartó la mirada y devolvió su atención de nuevo a la lucha que seguía desarrollándose en el puerto.

Las filas de soldados que aún luchaban a bordo de los barcos piratas gritaron y se lamentaron al ver que se había hundido su buque insignia. Con la pérdida de su comandante y su barco, los romanos sólo pensaron ya en su propia supervivencia, e intentaron huir o buscar alguna oportunidad en el agua.

Los dos últimos birremes fueron capturados rápidamente, y sus tripulaciones reducidas y asesinadas. Algunos hombres saltaron al agua y nadaron frenéticamente hacia el muelle, pero se vieron sometidos a una andanada de proyectiles que lanzaron los piratas desde las barandillas de sus respectivas cubiertas. Un tercer buque de guerra trataba de apartarse de la flota pirata, en un intento infructuoso de salir remando del puerto. Se oyó un agudo chasquido cuando los hombres de Critón empezaron a montar la catapulta de uno de los birremes capturados, y un proyectil rápidamente formó un arco por el aire y cayó diez metros por delante del birreme que huía, con un chapoteo. El segundo proyectil, mejor apuntado, le dio en la cubierta de popa, destrozando las maderas y empalando a varios marineros. La tripulación se rindió enseguida, y uno de los barcos piratas se acercó a remo y envió a una partida de hombres a

bordo para reclamar el botín. Los soldados y marineros supervivientes fueron arrojados al puerto.

En ese momento, bajaban una soga del Tridente de Poseidón. Los hombres del esquife subieron a bordo. Nereo cayó en cubierta, vencido por el agotamiento, mientras Geras supervisaba el puerto y lanzaba un suspiro de alivio.

–Todo ha terminado, capitán –dijo–. Gracias a los dioses, ha terminado de verdad.

–No, todavía no. –Telémaco miró a su hermano un momento, y luego señaló con el gladio que se había llevado a los piratas de los barcos hundidos que luchaban por mantenerse a flote en el agua–. Enviaremos botes para recogerlos –añadió–. Los supervivientes irán a bordo de los birremes que hemos capturado. Llevaremos los barcos de vuelta con nosotros a Petrapylae como trofeos. Eso contribuirá mucho a la humillación de Roma.

–Me gustaría estar en el palacio imperial cuando llegue la noticia de todo esto, capitán. –Geras curvaba los labios en una amplia sonrisa–. Esos malditos romanos finalmente conocen lo que es una derrota en nuestras manos.

Telémaco asintió, y echó un vistazo al otro lado del puerto, reflexionando en silencio, mientras sus hombres ya bajaban los botes y remaban hacia los piratas supervivientes. Aquellas figuras temblorosas y empapadas subieron a uno de los birremes capturados al fin, y un bote comenzó a recoger a todos los romanos que estaban todavía en el agua, matándolos mientras intentaban huir desesperados. Sólo un pequeño número de soldados había conseguido llegar a la seguridad del muelle, ayudados por sus camaradas. No podían hacer nada salvo mirar furiosos y desmoralizados a los piratas, mientras éstos sacaban su botín del puerto, dejando tras ellos una escena de destrucción.

* * *

Empezó a soplar una brisa suave cuando el Tridente de Poseidón salió a mar abierto. Con el sol de la mañana calentando su piel, Telémaco dio la orden de hacer señales al resto de la flota de formar tras ellos. La cansada tripulación hizo un último esfuerzo, mientras Geras les chillaba que desplegara la vela. El Tridente cogió impulso, y los otros barcos también alzaron sus velas, aprovechándose de la débil brisa que venía de tierra, y pronto los piratas dejaron Rávena tras ellos.

Telémaco se apartó de la proa, tomó un odre de agua de uno de los oficiales y lo pasó entre los cansados piratas. Encontró a Nereo derrumbado en el suelo de popa, con la espalda apoyada en la barandilla, tocándose la herida del cuero cabelludo con una mano. Telémaco se dejó caer sobre una rodilla a su lado y le puso el odre en los labios. Nereo dio un largo sorbo, y luego sonrió débilmente.

–Gracias, hermano –gruñó.

Telémaco consiguió sonreír también.

–¿Qué tal la cabeza?

–La he tenido peor... Y tú también, por lo que parece. –Nereo señaló la cicatriz que tenía en la cara el joven pirata.

–Son viejas heridas –dijo Telémaco–. Además, no es nada comparado con lo que han debido hacerte esos cabrones de romanos.

–Ni te lo imaginas... –respondió Nereo, amargamente. Entonces sacudió la cabeza–. Pero no importa. Has venido a buscarme. Eso es lo único que cuenta.

–Sí. –Un breve pinchazo de ira inflamó a Telémaco al ver los dedos que le faltaban a Nereo, y notó que se le cerraba la garganta con la emoción–. Todo está bien ya, hermano. Ahora estás a salvo.

A pesar de su larga separación, no había extrañeza alguna entre ambos. Simplemente, se abrazaron estrechamente, con fuerza, y los años de separación desaparecieron. Telémaco notó que se le humedecían los ojos por las lágrimas, atragantado por un remolino

de dolor y de alegría. Se quedaron uno en los brazos del otro un momento más y luego se soltaron, y entonces Nereo observó el aspecto de su hermano pequeño.

–Has cambiado... Ya no eres aquel chiquillo delgaducho que molestaba tanto por la casa.

–No es lo único que ha cambiado.

–Sí, eso he oído decir. –Nereo lo miró con admiración–. Los rumores que ha ido extendiendo Canis..., ¿son ciertos entonces? ¿Ahora eres un capitán pirata?

–¿Te sorprende acaso? –Telémaco asintió, con una sonrisa.

–Después del mes que acabo de pasar, ya no me sorprende nada en el mundo. –Nereo frunció el ceño–. Pero pensaba que tú odiabas el mar... No podías soportarlo cuando eras niño, recuerdo. Lo odiabas cuando padre nos llevaba a pescar.

–Sí, me acuerdo. –Telémaco sonrió de nuevo ante aquel recuerdo.

Nereo sonrió también.

–Mi hermano, un temido capitán pirata... ¿Cómo ha ocurrido tal cosa, en nombre de los dioses?

–Es una larga historia que te explicaré más tarde. En cuanto hayamos descansado un poco.

Nereo lo miró largo rato.

–Gracias. Por no rendirte conmigo.

Telémaco sonrió ampliamente entonces.

–No pensarías que iba a dejar que los romanos te colgaran de una viga, ¿verdad?

–Soy un esclavo... Aprendes a no agarrarte a ninguna esperanza.

–Ya no lo eres. Eres un hombre libre. Y ahora, tienes que descansar. Tenemos un largo viaje por delante. –Telémaco hizo señas a Próculo, y el carpintero del buque se acercó enseguida–. Lleva a Nereo a mi alojamiento. Puede descansar allí. Llévale un poco de comida y haz lo que puedas por sus heridas.

–¿Pero y tú? –Próculo señaló la herida en el muslo de Telémaco. Con la locura de la batalla, casi se había olvidado del dolor, pero ahora volvía con intensidad–. Tendrán que vendártelo.

–Más tarde –respondió Telémaco–. No es una herida grave, ya lo ves. Centra tu atención en aquellos que más lo necesitan, por ahora.

–Sí, capitán.

Mientras Próculo ayudaba a Nereo a ir bajo cubierta, Geras se adelantó y se acercó a su capitán.

–¿Cómo está?

–Cansado, pero vivo. Eso es lo que importa.

–Sí. –Geras se quedó callado un momento y luego asintió aprobadoramente al ver las nubes de humo que se elevaban por encima de Rávena–. Bueno, pues lo hemos hecho. Lo hemos hecho bien.

Telémaco sonrió a su amigo.

–¿Acaso dudabas de mí?

–Ha habido momentos que pensaba que no lo conseguiríamos, la verdad. Pero les hemos dado a los romanos una paliza que no olvidarán, eso seguro.

–No –replicó Telémaco, en voz baja–. No, no lo olvidarán.

–¿Cuáles son tus órdenes ahora, capitán?

Telémaco miró hacia atrás, a la base naval, que ya desaparecía de la vista en el horizonte. Cerró los ojos un momento, vencido por

un cansancio mayor del que había conocido jamás; había sido la noche más larga de toda su vida.

–Llévanos de vuelta a Petrapylae. Las otras tripulaciones pueden volver con nosotros a nuestra base y reparar sus barcos, si quieren. Y allí lo festejaremos y beberemos como nunca.

Geras sonrió.

–Ahora sí que me gustan tus órdenes...

EPÍLOGO

Cinco días más tarde, los piratas ilirios llegaban a la ciudadela de Petrapylae. Ante la noticia de la gran victoria, los comerciantes pusieron tenderetes con vino en toda la plaza principal, dispuestos a sacar provecho de sus sedientos clientes, mientras los piratas se reunían para celebrarlo a lo largo y ancho de las calles empedradas.

Los barcos habían entrado en la bahía aquella misma mañana, tras identificarse ante el vigía apostado en el cabo, y luego se acercaron a remo por las amables aguas del fondeadero.

Una multitud rugiente de habitantes del lugar se reunió en la playa para dar la bienvenida a la flota, vitoreando y saludando a los piratas mientras los barcos embarrancaban las proas en los guijarros y las tripulaciones desembarcaban fatigosamente. Sólo entonces los familiares y seres queridos captaron la escala de los daños sufridos contra la marina romana.

Se habían perdido cuatro barcos en la batalla. Más de cien piratas habían muerto, y muchos más habían sufrido heridas durante la lucha. Los vítores emocionados de la multitud pronto se convirtieron en gemidos, cuando los piratas empezaron a sacar a los heridos de las bodegas. Largas filas de camilleros llevaron a los heridos más graves hasta la orilla, seguidos por aquellos que podían andar: una sombría procesión de piratas lisiados que parpadeaban al sol después de los días pasados bajo cubierta, al abrigo de las bodegas de los barcos. Había tantos heridos de los que ocuparse que no quedaba espacio en los alojamientos de los piratas, y Telémaco tuvo que ordenar que limpiaran unos establos y los usaran como hospital improvisado.

La pérdida de tantos hombres igualaba el daño infligido a la flota pirata. La mayoría de los barcos quedaron varados para sufrir reparaciones, incluyendo el Tridente de Poseidón, y algunos estaban tan maltratados que pasarían meses antes de que pudieran hacerse de nuevo a la mar. Mientras esto sucedía, hasta que llegase ese momento y los barcos estuvieran preparados para navegar,

Telémaco había accedido a que las diferentes tripulaciones se quedaran en Petrapylae.

Al fin, los hombres podían permitirse una celebración, ahora que estaban en tierra. Aunque se había perdido parte del botín recogido en Rávena durante la batalla naval, los baúles de la paga de la guarnición habían sobrevivido, de modo que los piratas podían esperar una bonita recompensa.

Tras el desembarco, los piratas victoriosos se reunieron en la plaza para festejarlo. Muchos de ellos, en grupos, se unieron y cantaron canciones lascivas y brindaron por sus capitanes. El resto simplemente compartió jarras de vino o se consolaron en silencio unos a otros, llorando a sus amigos muertos.

Aunque habían sufrido bajas considerables en barcos y hombres, la destrucción de la flota naval de Rávena había conseguido su objetivo principal: el poder de los piratas ilirios era una vez más el que prevalecía en aquel rincón lejano del Adriático. Sin barcos romanos que patrullaran los mares, las tripulaciones eran libres de saquear los barcos una vez más sin temor a represalias. Al menos, durante un tiempo.

Además, la desesperada victoria había inspirado una nueva camaradería entre las tripulaciones rivales, y ahora se mezclaban libremente unos con otros, sin las malas relaciones que previamente habían existido entre ellos. Telémaco notaba una cálida satisfacción al ver los rostros embriagados y felices de los hombres alrededor de la plaza.

A su lado, Geras vació el contenido de su vaso de vino y eructó sonoramente. Luego se limpió el vino que le corría por la barbilla e hizo una seña a Telémaco.

–¿Otra ronda, capitán?

Telémaco miró su vaso, todavía medio lleno.

–Quizá más tarde.

–Una mierda. Toma otra. Deberías estar celebrándolo, después

de todo lo que hemos conseguido. Insisto...

–¿Y qué hemos conseguido exactamente?

Geras lanzó una mirada de extrañeza a su capitán.

–No estoy seguro de entenderte. Hemos derrotado a los romanos. Su flota está destruida. No nos volverán a molestar.

–Por ahora, quizá. Pero esto no durará siempre. Canis tenía razón: el emperador exigirá venganza cuando se entere de nuestro ataque a Rávena. Y también el resto de Roma, claro.

–Pues nada... –Geras replicó agitando la mano con desdén–. ¿Qué pueden hacer? No les quedan barcos en el Adriático, y no se atreverán a arriesgarse a desplegar de nuevo la flota desde Miseno.

–En eso estoy de acuerdo. Pero construirán nuevos barcos, al final. Y, cuando lo hagan, no cometerán los mismos errores que antes. Podemos esperar una flota mayor en contra nuestra. Y eso significará más patrullas, y más convoyes. Más incursiones en nuestro lado del mar.

–Entonces les daremos otra paliza. Como hemos hecho en Rávena.

Telémaco negó con la cabeza.

–La próxima vez no será tan fácil. Los romanos estarán preparados. Son buenos soldados. Nos espera una lucha muy dura.

–Sí, probablemente. Pero ya nos preocuparemos de eso mañana.

–Eso no hace que el problema desaparezca, Geras.

–No estoy de acuerdo. Tres vasos más de este vino, y no tendré ni una sola maldita preocupación en el mundo. Mira y verás...

Se levantó del banco donde había estado sentado, junto a uno de los puestos de vino, y se frotó las manos.

–Bueno. Ya basta de hablar de Roma por hoy. Voy a emborracharme. Y quizás a probar algún otro de los placeres que tenemos disponibles.

–Que disfrutes.

Geras sonrió.

–Para mí, vino barato y fulanas. Si no pudiera disfrutar de eso, significaría que tengo problemas de verdad... –Y se marchó tambaleándose hacia la taberna, tarareando animadamente para sí.

Poco rato después, Critón salió de un grupo multitudinario de piratas que seguían con la celebración, con la cara arrugada en una mueca ebria. Se acercó a Telémaco y le dio unas palmaditas. Ocupó entonces el espacio libre en el banco junto a él, haciendo gestos hacia el gentío que llenaba la plaza.

–Los piratas de Ilírico celebrando juntos una gran victoria. Qué imagen. Siempre creí en tu causa, chico.

–¿Ah, sí? –Telémaco arqueó una ceja al veterano capitán–. No lo recuerdo así. «Antes se congelará el Hades que acceder a trabajar juntos». Fueron tus palabras, Critón, no las mías.

–Bueno, está bien –reconoció Critón–. Estaba equivocado. Lo has hecho muy bien, Telémaco.

–Gracias.

–Pero me pregunto qué planeas a continuación.

Telémaco se encogió de hombros.

–¿Qué me sugieres?

–Quizá deberíamos pensar en un arreglo más permanente entre nuestras tripulaciones...

–¿Extender nuestra alianza, quieres decir?

–¿Por qué no? Hemos conseguido más en los días recientes que

en años navegando individualmente. Y necesitaremos todos los hombres y barcos que podamos conseguir para el día en que Roma intente atacarnos de nuevo.

Telémaco se acarició la cicatriz nudosa que le adornaba la barbilla.

–Es una propuesta interesante. Pero ¿y los demás capitanes? Son gente ferozmente independiente. Ya ha sido bastante duro conseguir que unieran fuerzas esta vez.

–Quizás haya unas cuantas voces discrepantes –reconoció Critón–. Pero estoy seguro de que podría convencerlos de que se unieran a nosotros en esta nueva empresa. Mi palabra todavía tiene algo de peso. Además, a la mayoría de ellos sólo les preocupa hacerse ricos y, si navegásemos juntos, podríamos conseguir más botín que nunca. –Hizo una pausa y miró detenidamente a Telémaco–. Por supuesto, tenemos que elegir a un jefe. Un líder. Alguien capaz de unir a las tripulaciones.

Telémaco lo miró un momento.

–¿Estás sugiriendo que yo dirija a esos hombres?

–¿Y quién, si no? –Se encogió de hombros Critón–. Las bandas necesitan un comandante, y ¿quién mejor que el hombre que planeó magistralmente la destrucción de la flota de Rávena?

–Suponiendo que estén de acuerdo...

–Ah, sí, lo estarán. Créeme, no hay candidato mejor. Los piratas te respetan. Hay pocos capitanes que hubiesen tenido las pelotas de enfrentarse en una lucha directa con los romanos... y ganar. Tú tendrías más votos que ningún otro capitán.

–Es tentador –dijo Telémaco tras una larga pausa–. Lo pensaré. Pero primero tengo que hacer otra cosa...

–Bien. Pero no tardes mucho en decidirte. Hay que aprovechar la oportunidad, Telémaco. Algo me dice que vas a ser una espina en el costado de Roma durante los próximos años...

* * *

El sol ya se estaba poniendo tras las montañas cuando Telémaco pasó por debajo de la arcada y entró en el patio, en el extremo más alejado de la ciudadela. Iba hacia los establos construidos a un lado del patio, andando muy erguido, aunque notaba aún tensión en la pierna por la herida que había sufrido en su lucha con Canis. Próculo había limpiado el corte, lo había cerrado con suturas y le había colocado un nuevo vendaje la noche después de dejar Rávena. Aun así, la pierna le latía con un dolor sordo y constante cuando se movía. Pero entonces oyó de lejos los gemidos de los hombres heridos y notó una ardiente sensación de vergüenza por haber sobrevivido a la lucha contra los romanos cuando tantos otros habían perecido o sufrían heridas que los incapacitaban.

Recorrió la fila de caballerizas hasta llegar a una habitación al final de todo, donde se guardaban los arreos. El leve hedor a sudor y a estiércol de caballo señalaban el uso original de aquella estancia, y la única luz que la iluminaba se filtraba por una ventana pequeña, situada muy arriba en la pared del fondo. Nereo estaba echado en un mugriento jergón bajo la ventana. Al oír los pasos que se acercaban, volvió la cabeza y miró a Telémaco.

–¿Otra vez tú? –gruñó–. ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a controlar a tu hermano mayor?

–Maldita sea, si me vas a dar las gracias así, me doy la vuelta y me voy...

–Ni hablar, a no ser que quieras una patada en las pelotas...

Telémaco sonrió con calidez. Nereo había ido progresando constantemente durante los días siguientes a su rescate. Los verdugones que tenía en la espalda, brazos y piernas se habían tratado con ungüentos y estaban vendados, y el color había empezado a volver a su rostro pálido.

–¿Cómo te encuentras hoy?

–Mejor. –Nereo hizo una mueca al incorporarse–. Pero no gracias al carpintero... Ese hombre es una amenaza, maldita sea. Si me viene otra vez con una de esas cataplasmas apestosas, le arranco la cabeza.

–Éste se parece más al Nereo que conozco.

Nereo inclinó la cabeza hacia la entrada del establo.

–He oído que hay una gran fiesta ahí fuera.

–Sí, más o menos.

–¿Y por qué estás aquí, en lugar de hincharte a vino barato? Yo preferiría estar haciendo eso también.

Telémaco respiró hondo y le contó a Nereo su conversación con Critón, y la sugerencia de este último de una alianza permanente entre los piratas ilirios. Nereo los escuchaba en silencio y, cuando su hermano hubo terminado, se rascó la barbilla peluda y asintió pensativamente.

–Ya veo. Y quieren que lideres esa nueva flota, ¿no?

–Sí. –Telémaco dudó–. Los otros capitanes tendrían que acceder a la propuesta de Critón, claro. Pero todavía no le he dicho que sí a nada.

–¿Por qué no?

–Pues no lo sé. –Telémaco se miró los pies–. Pensaba que quizá debía esperar a ver cuáles son tus planes.

–No lo entiendo. ¿Qué tiene que ver mi futuro con todo esto?

Telémaco levantó la vista hacia Nereo y lo miró a los ojos.

–Si quieres irte y empezar una nueva vida, yo estoy dispuesto a ir contigo. Con el dinero que había ahorrado para comprar tu libertad, podríamos empezar juntos en algún otro sitio... Allá donde

Roma no pueda encontrarnos nunca.

–¿Y qué haríamos exactamente?

–Pues comprar un bote de pesca... o cultivar un trozo de tierra. O vender algo. ¿Qué importa?

Nereo meneó la cabeza lentamente.

–No, tú no puedes hacer eso. Ahora eres un líder, Telémaco. Estabas destinado a dirigir a estos hombres. Hasta yo me doy cuenta, y me he pasado la mayor parte del tiempo metido en la bodega. De todos modos, te sentirías fatal luego, si nos retirásemos a algún sitio. Eres demasiado ambicioso para establecerte y llevar una vida tranquila.

–No me importa. Te perdí una vez y no quiero volver a perderte. Decidas lo que decidas, no te dejaré.

–¿Y adónde iríamos? –Nereo consiguió sonreír a medias–. Por si se ha escapado a tu atención, no somos exactamente invisibles. Tú eres un notorio capitán pirata, y yo, un esclavo fugado. Allá donde tratásemos de escondernos, Roma nos encontraría.

–Ya hallaríamos algún sitio –insistió Telémaco–. Algún sitio lejos de aquí. Si es lo que quieres realmente.

–Ésa es la cuestión. Que no es así. De hecho, ya me he decidido.

–¿Qué estás diciendo, Nereo? –preguntó Telémaco en voz baja.

–Ésta es nuestra vida ahora. Para los dos. No me voy a ninguna parte.

Telémaco lo miró intensamente.

–¿Estás seguro?

–¿Qué podría haber mejor que navegar y luchar codo con codo con mi hermano? A lo mejor soy un exesclavo lisiado, pero me imagino que todavía podría ser útil. Si me quieres a tu lado...

Telémaco notó que su corazón se alegraba y sonrió cálidamente.

–Estoy seguro de que algo podrás hacer.

–Será mejor que sea así –dijo Nereo–. Y ahora, vuelve y celébralo. Sería más inteligente dejar que los hombres te vieran. Estoy seguro de que querrán levantar sus vasos y brindar por el comandante electo de la flota pirata.

GLOSARIO

ágora: punto de asamblea central o plaza del mercado en las ciudades de la antigua Grecia.

birreme: versión más grande de la liburna (ver más abajo); medía 30 metros de longitud y 5,5 metros de manga.

centurión: oficial al mando de una centuria de hombres, en la legión romana.

falcata: espada curva con hoja de un solo filo, originalmente de Hispania.

garum: popular salsa hecha de intestinos de pescado fermentados mezclados con salmuera, usada como condimento y ocasionalmente incluso como medicina.

liburna: galera de patrulla, el tipo más común de barco de servicio en la flota imperial.

mulsum: un tipo de vino endulzado con miel.

navarca: comandante de un escuadrón de barcos en las flotas imperiales romanas; normalmente, era un oficial naval promovido

desde las filas y tenía mando sobre diez barcos

optio: segundo al mando en una centuria romana; informaba al centurión.

prefecto: oficial al mando de una flota imperial; bajo el emperador Tiberio, el prefecto normalmente servía como tribuno en las legiones romanas.

trierarca: comandante de un barco individual en la flota imperial romana; responsable del día a día y la navegación del barco, pero, en combate, el mando del barco pasaba al centurión a cargo de los soldados.

trirreme: barco de guerra romano, uno de los tipos de mayor tamaño usados en la marina imperial; buque insignia en muchas de las flotas provinciales.